VIDA DE

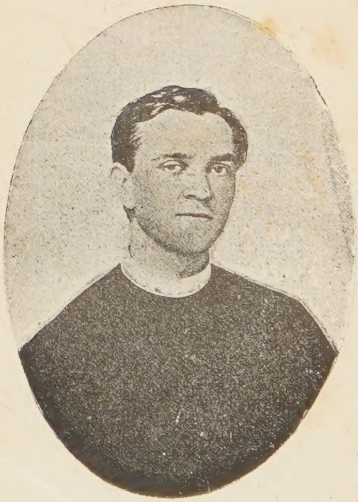
SAN PEDRO CLAVER

Description of leprosy
63 Liga P. de Bazan p.
174.

VIDA

DE

SAN PEDRO CLAVER



PRESBÍTERO PEDRO A. BRIOSCHI

VIDA

DE

SAN PEDRO CLAVER

HEROICO APÓSTOL DE LOS NEGROS

POR EL

PRESBÍTERO PEDRO A. BRIOSCHI

CON LA APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

ALMA COLLEGE
060.97
LIBRARY
C577
Alma, California

LIBRERIA DE ANDRES MARTOR
SE COMPRAN,
VENDEN Y ALQUILAN LIBROS
PRADO 93,
Lado del Teatro de Payret
HABANA

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1889

21620

Es propiedad de los Editores.

AL

EMINENTÍSIMO Y REVERENDÍSIMO

CARDENAL

MIECISLAO LEDÓCHOWSKI

VALIENTE DEFENSOR DE LOS DERECHOS DE LA IGLESIA
SOSTENEDOR INCANSABLE DE LAS CATÓLICAS INSTITUCIONES
ÍNCLITO PERSEGUIDO POR LA CAUSA DE LA JUSTICIA
ILUSTRE MÁRTIR DE POSEN
BIENHECHOR INSIGNE DE LA DIÓCESIS DE CARTAGENA

Y

RELATOR BENEMÉRITO EN LA CAUSA DE LA CANONIZACIÓN

DEL

APÓSTOL DE LOS NEGROS

Ó SEGÚN LA NOBLE EXPRESIÓN DEL CONCILIO DE TARRAGONA

DEL

JAVIER DE LAS INDIAS OCCIDENTALES

EN PRENDA DE SINCERO ACATAMIENTO
INALTERABLE AFECTO Y ADMIRACIÓN PROFUNDA

DEDICA

ESTE PEQUEÑO TRABAJO

SU HUMILDE HIJO EN CRISTO

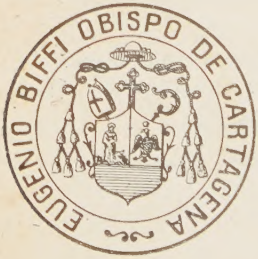
Pbro. PEDRO A. BRIOSCHI

APROBACIÓN ECLESIASTICA

Habiendo examinado la VIDA DE SAN PEDRO CLAVER, *escrita por el Rev. Sac. Pedro A. Brioschi, Mis. Apost., y habiéndola encontrado digna de aprobación, permitimos que se publique.*

† EUGENIO BIFFI OBISPO DE CARTAGENA

Cartagena, dia 14 de julio de 1888.



INTRODUCCIÓN

Postrados ante la sagrada tumba que encierra las reliquias de san Pedro Claver, estábamos un día suplicando al eximio apóstol que nos obtuviera del Cielo vigor bastante para atender al exacto cumplimiento de los grandes deberes que nuestro sublime carácter de *ungido del Señor* nos impone, cuando nos sentimos asaltados por una insólita y honda tristeza. No sabíamos explicarnos por qué experimentábamos tan desagradable impresión en aquel instante, pues siempre que visitábamos el sepulcro del Santo, inundaba nuestra alma el más dulce y suave placer.

Al encontrarnos solos delante de tumba tan veneranda, al contemplar desierto el hermoso templo que guarda ese incalculable tesoro, al ver muy poco frecuentado lugar tan sagrado, ¿por qué, nos sugería una voz interior, por qué no acuden numerosos los fieles á visitar al tierno padre de los pobres? ¿Por qué no vienen aquí las madres cristianas á aprender

cómo se ama? ¿Por qué aquí no toma el rico ejemplos de desprendimiento y de generosidad? ¿Por qué el grande no admira aquí el excelso modelo de humildad y abnegación? ¿Por qué no se reunen en este lugar todos los hijos de esta privilegiada tierra y rodean de veneración á tan insigne bienhechor, á tan sabio maestro, á tan amable pastor, á tan tierno padre?

¡Ay! ¡Un profundo suspiro fué la respuesta que aquella interna voz obtuvo! Más hondamente afligidos continuamos nuestra plegaria, esforzándonos en recoger nuestra mente.

Pero aumentaba el desconsuelo, la pena se hacía más viva, y la distracción persistía. ¿Por qué tan indignamente abandonado se encuentra este varón esclarecido? ¿Por qué preciosos mármoles, valiosas joyas, espléndidas estatuas, magníficas colgaduras, finos damascos y exquisitos trabajos artísticos no adornan la tumba de Claver como las de otros santos?

Nuevamente lanzamos un sollozo y continuamos orando. Mas por tercera vez fuimos sobrecogidos por violenta y melancólica impresión. Ya no era simple tristeza aquélla; verdadero pesar, insoportable dolor era el que perturbaba y atormentaba nuestro espíritu.

Libre está la entrada, repetía la misteriosa voz, permitida la aproximación al sepulcro del Santo; ¿por qué, pues, muchedumbres de cristianos no se

hallan aquí arrodillados para rendirle culto, ofrecerle sus corazones, presentarle sus homenajes?

Ya no pudimos resistir á la fuerte conmoción de nuestra alma, no nos fué posible continuar la corta oración que habíamos comenzado, tuvimos que prestar oído á la misteriosa voz y pensar en la solución de aquel enigma, en el descubrimiento de aquel secreto.

¡Ah! desconocidas están aún las virtudes de Claver. El piadoso y creyente pueblo colombiano todavía no se ha formado idea del heroísmo del grande apóstol que posee. Aun no se han narrado sus gloriosas hazañas. ¡Casi nada se sabe del lento martirio á que se sometió con tanta decisión por el espacio de cuarenta años en beneficio de esta generosa nación! ¡Por esto reina aquí la desolación! ¡Que una fiel historia de los inmensos trabajos soportados por el glorioso santo, circule entre los devotos habitantes de la afortunada tierra, que él ha cultivado y fecundizado con sus sudores y con su sangre, y entonces de todas partes acudirán las gentes á venerarle y pedirle favores!

Fuera instinto ó fuera inspiración, ello es que tuvimos el pensamiento de recoger datos sobre la vida de san Pedro Claver, y resolvimos no omitir esfuerzo para hacer conocer sus admirables virtudes, para proclamar sus heroicas hazañas y fomentar así la devoción que en el corazón de todo colombiano

debe existir especialísima para con tan abnegado siervo de Dios.

En el acto, inexplicable goce se apoderó de nuestro abatido espíritu y nos sentimos extraordinariamente animados. Tomando casi como aprobación de la idea semejante hecho, emprendimos la obra, y hoy nos cabe la honra de darle publicidad.

Comprendemos que para escribir los gloriosos recuerdos de un héroe como Claver se requiere brillante pluma y clara inteligencia, pero la elegancia y el brillo que no encontrarán los lectores en nuestro trabajo, serán compensados por el afecto que al Santo profesamos y por el deseo de glorificarlo, si no con la inteligencia, á lo menos *con el corazón*.

Confiados en la ayuda de san Pedro Claver y en la benevolencia de los lectores, esperamos que esta obra será bien recibida por el público, al cual pedimos como única recompensa una fervorosa plegaria.

Pbro. Pedro A. Brioschi.

VIDA

DE

SAN PEDRO CLAVER

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento. — Infancia. — Primeros estudios del Santo.

1. *Quis putas puer iste erit? Etenim manus Domini erat cum illo.* (Luc., c. I, v. 66.)
¿Quién piensas tú que será ese niño? Porque la mano del Señor le protegía.

2. *Piis parentibus ortus, Deique præventus, pueritiam summa cum simplicitate morumque innocentia transegit.* (Brev. Rom., S. Joseph a Cupert. leg.)
Nacido de piadosos padres é inspirado por el divino amor, pasó la infancia en medio de gran sencillez é inocencia de costumbres.

En el último cuarto del siglo diez y seis vivía en Verdú, población pequeña de la diócesis de Vich, en el principado de Cataluña, un matrimonio modelo. Íntimamente persuadido de las graves obligaciones contraídas por el sagrado vínculo, se había retirado del bullicio del mundo para poder cumplir más fielmente con ellas, y para evitar todas las distracciones y obstáculos á la propia santificación, que siempre encuentran en los grandes centros dos esposos ardientemente anhelantes de servir al Señor.

Don Pedro Claver se llamaba el varón, y Ana Sabocana era el nombre de su dulce y piadosa compañera. Ambos

pertenecían á ilustres y nobles familias. Don Pedro era próximo pariente de los condes de Benavente, Pimentel y Requesens, y doña Ana descendía también de una distinguidísima familia de España. Pero no olvidando lo que enseña san Jerónimo, á saber, que no es la nobleza de la sangre, ni la grandeza de la familia, lo que nos hace aceptables á los divinos ojos, sino la devoción, la fe y una vida santa [1], aquellos nobles esposos se dedicaron con ahinco al cumplimiento exacto de sus deberes y á la fervorosa práctica de la virtud.

Tenían ya algunos años de haber recibido la bendición nupcial, pero ésta no les había traído todavía del Cielo ningún fruto. Aunque jóvenes, comenzaron á afligirse, creyendo haber desmerecido con sus faltas las bendiciones prometidas en el salmo á los casados que temen á Dios: « Al rededor de tu mesa estarán tus hijos como renuevos de olivo [2]. »

Tristes, pues, por la esterilidad de su unión, ocurrieron al Señor suplicándole con todo fervor que escuchara sus ruegos. Doña Ana, que deseaba el cumplimiento de los propios deseos y los de su esposo, le dijo un día: « Si tu no te opones, yo prometeré consagrar á Dios el hijo que nos envíe. Puede ser que así nuestras súplicas sean más eficaces. »

Don Pedro le contestó: « Si Dios nos concede un hijo, será de El antes que nuestro; El es el dueño, y si lo llamare á su servicio, bendeciré su santa voluntad. »

« Por el nombre que llevo, repuso Ana, espero que

[1] *Hic apud Deum praevalet potior non quam nobilitas generis nec dignitas saeculi, sed quem devotio fidei et sancta vita commendat.* (Hier., in quadam epist.)

[2] *Filii tui sicut novellae olivarum in circuitu mensae suae.* (Salmo CXXVII, v. 3.)

nuestras oraciones llegarán al trono del Todopoderoso; Ana, madre de Samuel; Ana, madre de María, hicieron el sacrificio de su prole. Puesto que tú consientes, querido Pedro, me consideraré feliz en imitarlas.»

Las fervorosas y humildes plegarias de esposos tan cristianos, acompañadas de tanta virtud, tanto desprendimiento, y tanta sumisión á la voluntad divina, no podían menos que hacer violencia á Dios, según la frase del salmista: «El atendió á las oraciones de los humildes y no despreció sus plegarias[1].»

El año de 1583 la piadosa doña Ana dió á luz un gracioso y tierno niño, á quien puso el nombre del padre, llamándolo también *Pedro*.

¡Oh porción de la humanidad condenada á la suerte de los irracionales, parte del género humano sujeta á las ventas y contratos como lo están los objetos de comercio, víctima desgraciada de la codicia de los grandes, regocíjate, pues ha nacido quien te consolará en tus dolores, quien te aliviará del peso de tus cadenas, quien hará soportable tu calamidad! Pedro Claver, el Javier de las Indias occidentales, ha visto ya la luz del día, y pronto volará á tu socorro y te enseñará los caminos de la vida eterna.

En 1583 apenas hacía tres años que había fallecido la gran reformadora del Carmelo, santa Teresa de Jesús: hacía pocos meses que había desaparecido el ilustre arzobispo de Milán, el fundador y promovedor de los seminarios en Italia, el enérgico san Carlos Borromeo; san Vicente de Paul tenía entonces nueve años, santa María Ana de Jesús tenía veinte, san José de Calasans veinte y nueve, el

[1] *Respexit in orationes humilium et non sprevit preces eorum.* (Salmo CI, v. 18.)

beato Simón de Rojas treinta y tres, san Camilo de Lellis treinta y cinco, san Juan de la Cruz cuarenta y tres, y san Felipe Neri setenta. Sin embargo, también se levantaba la gran figura de san Pedro Claver. ¡Nunca la Iglesia de Dios ha sido estéril en santos!

« ¿Quién piensas tú que será este niño[1] ? » se preguntaban los israelitas al nacimiento del Bautista. Las mismas palabras hubieran podido dirigirse los habitantes de Verdú al contemplar á esa tierna criatura. Y así como Zacarías decía de su hijo « que había venido al mundo para alumbrar á los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte »[2], así el padre de Claver hubiera podido contestar en aquellos solemnes momentos, que su descendiente estaba destinado á iluminar millones de inteligencias con la brillante antorcha de la fe, á convertir un sinnúmero de infieles, á renovar las maravillas obradas ya en un tiempo por el Bautista, á preparar también para una nueva raza y en un nuevo mundo la venida del Redentor.

Siguiendo la buena costumbre de las madres cristianas, doña Ana quiso alimentar ella misma á su hijo, no permitiendo que sangre extraña corriera por las venas del recién nacido. Y al paso que de su seno le daba alimento para robustecer el cuerpo, de su corazón le comunicaba la leche espiritual, que conserva en su gracia y frescura la inocencia del alma. Muy diferente de la mayor parte de las madres para quienes el primer acento de los niños, que anuncia el desarrollo del pensamiento, no es sino un pasatiempo que las divierte, ó tal vez una molestia que las aburre, doña Ana se dedicó enteramente á dirigir á

[1] *Quis putas puer iste erit?* (S. Lucas, c. 1, v. 56.)

[2] *Illuminare his, qui in tenebris et umbra mortis sedent.* (S. Lucas, c. 1, v. 79.)

Dios la primera chispa de inteligencia de su Pedrito. El Señor quiere las primicias de todas las cosas que ha creado, por tanto debe ser cuidado de una madre ofrecerle como homenaje los primeros latidos del corazón de sus hijos, las primeras luces de su razón, los primeros sonidos que sus labios sepan articular. Jamás hubiera faltado doña Ana á tan sagrado deber, y para estar segura de que la primera acción, el primer pensamiento de su Pedrito, fuera todos los días para Dios, lo despertaba por la mañana y le repetía algunas cortas pero fervorosas oraciones.

Con tantos cuidados ¿cómo no había de hacer grandes progresos en la virtud el pequeño Pedro? Pronto aparecieron sus atractivas cualidades; el carácter dulce, la índole suave, la extrordinaria sencillez, la amable modestia, el profundo recogimiento que temprano resplandecieron en la tierna criatura, excitaron la admiración de cuantos lo conocían, y granjeáronle el más sincero afecto de todos los habitantes de Verdú.

En las nobles almas escogidas para obras maravillosas, la virtud no tarda en manifestarse con todo su esplendor, con sus admirables encantos y con su poder sobrehumano. Á los cinco años santa Rosa de Lima había hecho voto de castidad; á los cinco años santa María Magdalena de Pazzis instruía á los niños de su edad, y los días en que su madre comulgaba se ponía de rodillas y reclinaba la cabeza en el materno pecho, para estar más cerca de Jesús, adorándolo así silenciosamente en el santuario del corazón maternal; á los cinco años san Francisco de Sales refutaba á los calvinistas, y con las palabras del Catecismo los convencía de error; á los tres años el párroco de Ars buscaba la soledad de las selvas para estar con Dios y no tener distracción en sus oraciones.

También nuestro pequeño Pedro, antes de llegar al uso

And on Sodalicio Colonsanchez at 5

de la razón, había alcanzado un alto grado de santidad. ¡Cuántas veces se le oía repetir los nombres de su amado Jesús, ó de su querida madre María! ¡Cuántas veces se encontraba en los lugares más apartados de la casa arrodillado, con las manos juntas, rezando las oraciones que había aprendido de la madre! ¡Con cuánta alegría aceptaba las estampitas, cruces y otros objetos de piedad que ésta le daba! Todavía no tenía seis años y suplicaba á doña Ana que le contara algunos hechos de la vida de los santos, que después repetía con gusto á sus compañeritos y amigos, exhortándolos á imitar esos modelos de virtud.

El tiempo fué consolidando más y más tan bellos sentimientos.

Se dice del joven Tobías que desde sus más tiernos años no tenía ninguno de los gustos de su edad, amaba la soledad y no conocía sino el camino del templo, adonde iba con frecuencia para ofrecer las primicias de su corazón y de sus bienes materiales [1]. Pues tal fué tambien la infancia de Claver. Un gusto pronunciado por todo lo relativo al culto sagrado, una piedad sólida que se fortalecía todos los días, una vigilancia continua sobre sus sentidos, una modestia admirable que atraía la atencion de cuantos lo contemplaban, hacian presagiar lo que debía ser más tarde, y daban claros indicios de la gran misión á que estaba llamado.

La buena semilla sembrada en tiempo en terreno tan fértil por doña Ana, no podia menos que producir preciosos frutos también para la juventud de Pedro. ¡Con qué angelical devoción asistía al santo sacrificio de la misa; con qué recogimiento superior á su edad, como nuevo Samuel, entraba al templo y elevando los inocentes ojos al Cielo

[1] *Cumque esset junior omnibus in tribu Nephtali, nihil tamen puerile gessit in opere.* (Tobias, c. I, v. 4.)

rogaba al Todopoderoso! ¡Con qué fervor ejecutaba todas sus prácticas de piedad! Lejos de necesitar, como acontece generalmente en los niños, exhortaciones y consejos para cumplir con el sagrado deber de la oración, él era el primero en solicitarlo como favor.

Algunos amigos contemporáneos viéndole tan juicioso y recogido, tan virtuoso y amante de las cosas divinas, le manifestaron un día su asombro y le preguntaron cómo podía conservarse siempre así: «Es muy fácil, les contestó Pedro, lo que se aprende temprano, no se olvida nunca; lo que se bebe en la leche al nacer, se encuentra hasta en la mortaja.»

Ya el piadoso joven había llegado á una edad en que era menester darle otra educación. Hasta entonces había sido cuidado de la madre educar el corazón de Pedro, pero era preciso que se educara también la mente y se desarrollara su viva inteligencia. Por lo general aquí está el peligro; justamente cuando hay que enviar á los jóvenes á un colegio ó escuela, los padres cristianos deben tomar exquisitas precauciones. ¡De cuántos bienes es fuente la educación! Pero ¡cuántos males causa también, si no hay tino en escoger los planteles donde se colocan los hijos, en elegir los maestros á quienes se entreguen esos tesoros de las familias, en examinar los compañeros con quienes se juntan! Mucho atormentaba á los padres del pequeño Claver el pensamiento de enviarlo á algún colegio, pues al paso que estaban convencidos por un lado de la necesidad y de la obligación de dar al hijo una sólida y acabada instrucción, por el otro temían que una mundana ilustración, fundada sobre falsos principios, le hiciera perder sus ejemplares costumbres y su inmaculada inocencia. Pensaron primero en entregarlo á un tío, canónigo de la catedral de Solsona, para que hiciera particularmente sus es-

tudios en el hogar doméstico, bajo la inspección de ellos y del tío. Éste se llamaba Juan Claver, y era hermano de don Pedro. Ciertamente aquel proyecto tenía sus ventajas, y más que todo satisfacía plenamente el natural sentimiento de cariño que los padres profesaban al niño, pues Verdú no distaba mucho de Solsona y hubieran tenido ocasión de verlo con frecuencia. El tío lo cuidaría como un padre, el hijo tendría más fácilmente cuanto necesitara. Pero don Pedro y doña Ana, á quienes verdaderamente preocupaba aquella cuestión tan importante de la educación del hijo, reflexionaron mucho antes de decidirse, y habiendo comprendido por fin que de esa manera hubieran ganado solamente sus corazones, tomaron una resolución muy prudente y sabia para proporcionar al niño una educación moral y cristiana, y evitar al mismo tiempo el inconveniente de no dar completo desarrollo á su inteligencia con una educación privada en familia. Lo pusieron, pues, en un colegio de jesuitas fundado en Barcelona, donde además de la seguridad de su virtud también tenía Pedro la ventaja de recibir una instrucción vasta, ora en las ciencias, ora en las letras. Don Juan mismo no pudo menos que aprobar la conducta de los padres, alabando su desinteresado amor por el hijo.

Pedro debía salir para Barcelona, donde se quedaría hasta obtener sus grados. Llegado el día de la partida, se presentó á sus padres para recibir la bendición antes de separarse de ellos por primera vez. Bien se esforzaba doña Ana en disimular el dolor y la pena que experimentaba en ese amargo instante, pero las lágrimas que involuntariamente salían de sus ojos la traicionaban. Muy grande era para ella el sacrificio de aquella separación; sin embargo, no olvidando que el hijo era don del Cielo, levantó la mano y bendiciéndolo murmuró estas palabras: «Dios

me lo ha dado, á Él se lo ofrezco », y después en voz alta dijo : « Pedro, ante todo acuérdate del Altísimo, después no te olvides de tu madre ». ¡Qué ejemplo para las madres cristianas! Jamás dejó Claver de seguir tan precioso consejo.

Llegó á Barcelona y comenzó sus estudios en el colegio de los reverendos padres jesuítas. Desde los primeros días desplegó todas las virtudes de un joven estudiante. Serio, y al mismo tiempo afable siempre, era el modelo de sus condiscípulos.

Las principales virtudes que se requieren en un joven son la obediencia y la sumisión entera á los superiores. Tales eran las virtudes privilegiadas del pequeño Claver. Habiendo leído que la obediencia vale más que los sacrificios[1] y que la victoria corresponderá al hombre obediente[2], se propuso adelantar todos los días en el ejercicio de tan difícil virtud. Pedro no necesitaba recibir órdenes expresas : una simple indicación de sus superiores bastaba para que ejecutara inmediatamente lo que éstos deseaban. Muchas veces, adivinando el pensamiento de los maestros, los complacía preparándoles lo que necesitaban.

Á menudo sucede en los colegios que los estudiantes, por la natural ligereza de su edad, toman por blanco de sus chanzas y pesadeces á algunos de los condiscípulos, á quienes desprecian, tratan como inferiores y apartan de las comunes diversiones. Por cierto, para los pobres que se ven tan abandonados, el sacrificio es demasiado duro, la pena muy profunda y muchas veces les es hasta insoportable. ¡ Qué gran consuelo proporcionan á esos pequeños atribulados unas pocas y amistosas palabras de un com-

[1] *Melior est enim obedientia quam victimæ.* (Libro de los Reyes, lib. I, c. xv.)

[2] *Vir obediens loquetur victoriam.* (Prov., c. xxi, v. 28.)

pañerito! En el colegio de Barcelona, nuestro Pedro era el afectuoso y sincero amigo que consolaba á los condiscípulos menospreciodos por los demás: él se les acercaba, los exhortaba á la paciencia y resignación, les aconsejaba que ofreciesen sus pequeñas tribulaciones al Señor y los animaba con suavísimas palabras, que caían como bálsamo en aquellos tiernos corazones heridos tan temprano. De esta manera se preparaba Claver al ejercicio de aquella inmensa caridad, que debía transformarlo en un gran apóstol.

Entre las cualidades de la caridad indicadas por san Pablo, hay ésta: la caridad no consulta sus intereses[3]. Pedro no se cuidaba para nada de sí mismo: solamente pensaba en los demás, consideraba como una obligación atender á los condiscípulos y servirles. Benévolo, de carácter afable, cariñoso, cortes y lleno de generosidad, se granjeó en breve espacio el amor de todos los compañeros y la admiración de los superiores.

También procuró el pequeño Pedro arreglar sus ocupaciones, de modo que pudiera evitar todos los peligros de que está rodeada la juventud en las grandes ciudades. Consagraba la mayor parte de su tiempo al estudio de las letras y de las ciencias, en las cuales hizo tan rápidos adelantos que pronto obtuvo con distinción el grado de bachiller, y mereció que sus maestros lo juzgaran uno de los mejores ingenios que florecían entonces en aquellas escuelas. Destinaba los ratos que le quedaban desocupado á la oración y á las prácticas de piedad. Con el consejo de su director espiritual, había establecido un método de vida que seguía con escrupulosa fidelidad y constancia, para que ni el estudio impidiera la devoción, ni la devoción

[3] *Charitas non quærit quæ sua sunt.* (Ep. I ad Cor., c. XIII, v. 5.)

perjudicara al estudio. Se apartaba de los amigos imprudentes, amaba el recogimiento, era asiduo en la oración, frecuentaba los sacramentos, trataba su cuerpo con gran rigidez, y tenía especialísima devoción á la Santísima Virgen, escogida por él como querida madre y ejemplar maestra. Cuanto más adelantaba en la perfección, tanto más sentía encenderse en su pecho el deseo de ser perfecto.

Para Pedro era gran placer estar con los padres, conversar con ellos de cosas espirituales y santas. En el colegio pasaba él todos los momentos de recreo y de vacación que se le concedían. Allá había escogido á su confesor, allá iba para pedir consejos, allá buscaba los ejemplos de la perfección á la cual se sentía llamado.

Una prematura sabiduría había revelado á este niño, tan nuevo en la vida y tan adelantado en la virtud, lo que muchas almas ignoran aunque se crean muy iluminadas, á saber, que el reino de Dios está dentro de nosotros, y que sin salir de nuestra esfera de actividad, por modesta que sea, tenemos á la mano el primero y más seguro medio de salud en el cumplimiento de los deberes de nuestro estado. En esto consiste la santidad. Dios pesa los corazones y no las obras; no mira lo que hacemos, sino cómo y por qué lo hacemos. ¿Qué es un vaso de agua en el universo? Dadlo á un pobre, y será el precio de la eternidad. Toda la vida cristiana se compone de pequeñas acciones, que sirven de cumplimiento á grandes deberes.

Pedro estaba penetrado de esta verdad: «Él hacía mucho, según la palabra de la *Imitación*, porque amaba mucho: hacía mucho, porque hacía bien lo que hacía[1].»

[1] *Multum facit qui multum diligit. Multum facit qui rem bene facit* (Imitación de J. C., lib. I, c. xv.)

En aquella alma verdaderamente formada para el Cielo, la sencillez, la rectitud, la piedad, la dulzura y la pureza, parecia que germinaban espontáneamente, y sin trabajo crecían como natural producto de un terreno santamente fecundo.

CAPÍTULO II

Pedro recibe la tonsura y las órdenes menores. — Pide ser admitido en la Compañía de Jesús. — Entra al noviciado de Tarragona.

1. *Quis ascendet in montem Domini? aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde, qui non accepit in vanu animam suam, hic accipiet benedictionem a Domino.* (Ps. XXIII, v. 3, 4, 5.)

¿Quién subirá al monte del Señor ó quién podrá estar en su santuario? El que tiene puras las manos y limpio el corazón; el que no ha recibido en vano su alma, éste es el que obtendrá la bendición del Señor.

2. *Societati Jesu nomen dedit adolescens moribus innocentissimis.* (Brev. Rom., S. Petri Claver lect.)

Adolescente apenas, y ya de purísimas costumbres, entró en la Compañía de Jesús.

Ya había concluído Pedro sus estudios de literatura: era pues tiempo de decidirse á escoger una carrera.

Difícil empresa es la de resolverse á abrazar un estado, y desgraciadamente muchos jóvenes naufragan y pierden sus almas, precisamente porque no consideran bastante la suma importancia de la propia vocación, toman las cosas con demasiada ligereza, y dan así un paso en falso encaminándose á la ruina espiritual. Pero Claver no podía descuidar un negocio tan grave. Sabiendo que de una buena elección dependería su felicidad en la vida presente y también en la futura, se propuso tratarlo exclusivamente con Dios, para estar seguro del buen resultado. Aunque él

sintiera interiormente una particular inclinación á todas las cosas sagradas, aunque conociera que sus deseos, sus anhelos, sus tendencias lo llamaban á la carrera eclesiástica, sin embargo, desconfiando de sí mismo y temiendo ser engaño lo que experimentaba en su corazón, recurrió con grande humildad á la oración para pedir luz al Cielo. Aumentó sus prácticas devotas, duplicó su fervor y encomendó especialmente á la Virgen Santísima la decisión de su estado, suplicándola que le diera alguna señal cierta de su vocación sacerdotal.

No pasó mucho tiempo sin que Pedro tuviera la señal apetecida. En efecto, la fama de sus raras virtudes, admiradas por los condiscípulos y maestros del colegio de Barcelona, no tardó en llegar á los oídos del ilustrísimo señor obispo de Vich, quien inmediatamente lo llamó y le mandó que se preparase á recibir la sagrada tonsura y las órdenes menores. Si antes el santo joven, dándose al servicio divino temía obrar contra las palabras de Cristo: «No me elegisteis vosotros á mí; fuí yo quien os elegí á vosotros[1]», ó faltar á lo indicado por san Pablo: «No usurpe ninguno esta honra; acéptela el que fuere llamado de Dios como Aarón[2]»; apenas oyó la voz del superior, reconociendo claramente en ella la voluntad del Altísimo, que lo quería entre las filas de sus ministros, se preparó con ahinco y devoción á iniciarse en la carrera eclesiástica y á corresponder dignamente á tan sublime vocación.

Fué por consiguiente tonsurado y ordenado de menores después de pocos días de ejercicios espirituales. El hábito talar que el obispo le puso, lo recibió nuestro santo como el uniforme de siervo de Cristo, y al vestírselo resol-

[1] *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* (S. Juan, c. xv, v. 16.)

[2] *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo tanquam Aaron.* (Ep. ad Hæb., c. v, v. 4.)

vió vivir exclusivamente para Jesús, dedicándose á su servicio con todas las fuerzas del alma y del cuerpo. La corona que le hicieron, la consideró como la renuncia completa del mundo y de sus pompas, y en el momento de la ceremonia, mientras pronunciaba las palabras: «El Señor es la parte que me ha tocado en herencia y la porción destinada para mí. Tú eres, oh Señor, el que me restituirás y conservarás mi heredad [1]», declaraba una guerra implacable á las vanidades de la tierra y se proponía no omitir esfuerzo para alcanzar la preciosa herencia de las almas desprendidas de los bienes mundanales, á saber, el goce de Dios.

Desde entonces llevó Claver una vida de puro amor divino; desde entonces no tuvo otro fin en todas sus acciones que la gloria de Dios y la salud de las almas; desde entonces empezó á sentir una gran repugnancia por las cosas del mundo y resolvió ponerse al abrigo de sus peligros y asechanzas, entrando en una comunidad religiosa.

Como había contemplado las raras virtudes de los profesores y maestros que había conocido en el colegio de Barcelona, inmediatamente se dirigió su pensamiento á la Compañía de Jesús. Pero tan profunda era la estimación que tenía por ese instituto, que le parecía gran presunción de su parte pensar que conseguiría el honor de entrar en él. Por eso ni siquiera se atrevía á solicitar la gracia, pues se figuraba que ésta le sería redondamente negada. Y sin embargo, sentía una voz interior que lo llamaba y le parecía la voz del Señor. ¡Cuántas congojas, cuántas penas para el ardiente corazón de Pedro!

En aquella perplejidad recurrió al Cielo para obtener

[1] *Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei, tu es qui restitues hæreditatem meam mihi.* (Salmo XV, v. 5.)

la luz divina de que necesitaba, añadió nuevas mortificaciones á las que comunmente sufría y aumentó las horas destinadas á la oración. Persuadido de que todo su porvenir espiritual dependería de la fidelidad con que correspondiera al llamamiento del Señor, quería estar bien seguro de no hacer sino la voluntad de Aquel á quien amaba sobre todas las cosas; por consiguiente no omitía ningún medio para conocerla. Después de haberse dirigido á Dios, ocurrió también á su representante, es decir, al confesor, abriéndole el corazón, manifestándole todos sus pensamientos, descúbriéndole sus dudas y temores. Éste que conocía bien la inocencia y santidad de Pedro, previendo cuán inmenso tesoro sería no solamente para la Compañía sino para la Iglesia universal su adquisición, disipó con sabias observaciones aquellas dudas y temores y lo animó á pedir inmediatamente á los superiores la deseada gracia.

Escribió entonces el santo joven una petición al superior del noviciado. Por los excelentes informes obtenidos, hubiera querido éste admitirlo en el acto; sin embargo, para seguir las reglas de natural prudencia, juzgó conveniente, de acuerdo con los otros superiores, que se pusiera á prueba la firmeza y constancia del piadoso aspirante. Por consiguiente le contestó en términos muy bondadosos, pero manifestándole que se aguardara unos meses, y que mientras tanto reflexionara mucho antes de dar un paso tan importante en la vida. Se resignó Claver á esperar, pues así lo exigían los superiores. Pero ¡cuán largos le parecían los días! ¡cuán pesada se le hacía la vida en el siglo!

Un pensamiento terrible lo molestaba más que todo, y era el que la contestación de los reverendos padres fuera desfavorable. Cuando se retiraba para hacer oración, des-

hecho en lágrimas exclamaba: «Dios mío, indigno soy de tanto beneficio; pero no mires mi insuficiencia, no observes mi miseria, dirígeme una mirada de compasión, trátame con piedad y misericordia y lo que por mis culpas he desmerecido, concédamelo tu santa gracia.»

Al cabo de algunos meses contestó el superior á nuestro santo dándole el suspirado permiso, con la condición sin embargo de que obtuviera el consentimiento de sus padres.

He aquí un nuevo obstáculo á las vocaciones de los jóvenes. Muchas veces los padres, aunque sean buenos, por mal entendido amor á su prole no le dejan la libertad de seguir los impulsos de su corazón y quieren impedirle que corresponda á su vocación. Pedro tenía temores de encontrar algunas dificultades. Él sabía que sus padres lo amaban con extraordinaria ternura y afecto; sabía que lo adoraban, que habían fundado en él todas sus esperanzas. ¿Cómo recibirían la noticia de la separación? ¿Cómo persuadirles á hacer tan gran sacrificio? ¿Cómo se resolverían á sufrir la pena que les causaría su abandono? El santo joven había sufrido mucho en la lucha excitada por los vínculos de la sangre; pero apenas tuvo en su poder la deseada carta del reverendo padre, corrió al templo, y después de haber rendido infinitas gracias al Altísimo por el primer favor obtenido, postrándose humildemente ante la estatua de la Virgen: «Madre, rogó, cumple la obra que tu Divino Hijo ha comenzado ya, corona la gracia que Él me ha hecho; eterna será mi gratitud. Desde ahora me consagro enteramente á tu servicio; recíbeme, soy tuyo.» Y levantándose se retiró á su cuarto, donde escribió una carta afectuosísima á sus padres, aduciendo todas las razones que un alma encendida en el amor divino sabe encontrar, á fin de persuadirlos á darle el consentimiento.

Les decía que ese sacrificio hecho por Dios les sería recompensado segura y abundantemente; además les recordaba las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: « Quien ama al hijo ó á la hija más que á mí, no merece ser mío[1] »: les sugería lo que escribe san Jerónimo comentando el Evangelio: « Quienes por la fe de Cristo y la predicación del Evangelio despreciaren todos los afectos... éstos recibirán el céntuplo y poseerán la vida eterna[2]. » Y concluía asegurándoles que á pesar de su separación material, les estaría siempre unido en espíritu, continuaría queriéndolos entrañablemente, y que retirándose del mundo tendría también mayor facilidad de rogar por ellos y ayudarlos con sus oraciones.

Al leer la carta quedaron sorprendidos don Pedro y doña Ana; pues aunque ya habían ofrecido el hijo á Dios, sin embargo nunca se habían figurado que deberían separarse de él. Antes se consolaban viendo sus progresos, sus brillantes cualidades, sus grandes virtudes y su talento sorprendente, confiados en que formaría algún día la gloria de la familia. Á la nueva, pues, de aquella decisión se miraron el uno al otro, permanecieron en profundo silencio por largo rato... amargas lágrimas inundaron sus ojos, hasta que al fin doña Ana exclamó: « El Señor nos lo ha dado, ahora lo toma para sí; bendito sea su nombre. » Don Pedro también, sobre cuyo corazón habían hecho una gran violencia las razones del hijo, resignado al sacrificio prorrumpió en estas palabras: « ¡Cúmplase la voluntad de Dios! » El triunfo de la fe fué completo, tanto que no

[1] *Et qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus.* (S. Mat., c. x, v. 37.)

[2] *Qui ergo propter fidem Christi et prædicationem Evangelii, omnes affectus contempserit... isti centuplum recipient et vitam æternam possidebunt.* (S. Hier., in Brev., lect. de Abbat.)

solamente dieron permiso al fervoroso y santo joven para seguir su vocación, sino que le impartieron su bendición, rogando al Altísimo que lo hiciera adelantar continuamente en el camino de la perfección. Es así cómo los padres se muestran verdadera y sinceramente amantes de los hijos, pues les proporcionan bienes sólidos.

No perdió Pedro un solo instante en comunicar la buena noticia á sus superiores y pedir nuevamente con instancia que fuera recibido pronto en la Compañía. No se le hizo aguardar mucho la suspirada gracia, y fué admitido en el noviciado de Tarragona el día 7 de agosto del año de 1602.

Aquel día fué para el uno de los más felices de su vida, y dejó tan profundo recuerdo en su corazón que aun después de muchos años de apostolado, al pensar en la entrada al noviciado, se llenaba de júbilo y entusiasmo. Demasiado noble era aquella alma para que no supiera apreciar tan inmenso beneficio como el que por fin le había hecho Dios después de tantas súplicas y de tantos ruegos.

Apenas entró á la celda que se le había destinado, se arrodilló delante del crucifijo, y anegado en lágrimas de consuelo, empezó á estampar besos sobre las llagas de su amado Jesús. «¡Ah, Señor! se le oyó exclamar, ¿qué he hecho yo para merecer que me acojas así en tu santa casa? ¿No es á tu infinita misericordia á lo que debo la entrada á este paraíso?... No puedo reconocer un favor tan precioso sino con el amor más vivo y más constante. ¡Dame también, oh Dios mío, una nueva gracia, á saber, la de comenzar á ser enteramente tuyo, á amarte sobre todas las cosas y á vivir exclusivamente para ti! ¡Dios de misericordia, tú que eres toda mi confianza y sostén, haz que no pierda por mi culpa el tesoro que poseo solamente por tu bondad!» Levantándose después, y dejándose llevar por un ímpetu de santa alegría: «¡Amados muros! dijo,

¿qué? os veo... os toco... os poseo... ¡Sagrada clausura, donde el alma encuentra su verdadera libertad!... ¿es posible que aquí me halle? ¡Morada santa, más preciosa para mí que los palacios de los más grandes reyes, forma de ahora en adelante toda mi felicidad! »

Pedro consideró su entrada á la Compañía de Jesús como el más grande honor que hubiera podido recibir. Pero si éste en su humildad se creía tan honrado, mucho más debía reputarse honrada la misma Compañía, que adquiría un incansable apóstol, un gran santo. En efecto, el joven novicio no tardó en manifestar su virtud. Tenía pocos días de haberse iniciado en la nueva vía de perfección, y ya parecía haber llegado al fin de su noble carrera, tanta era la diligencia con que cumplía con todos sus deberes.

Nada había que enseñarle en el camino de la santidad, pues era el más adelantado: nada se encontraba que reprenderle, nada que sugerirle, nada que aconsejarle. Asiduidad en la oración, ardor en el trabajo, deseo de los empleos más humildes, dureza para consigo mismo, amabilidad para con los otros, prontitud en obedecer á los superiores, celo en servir á los inferiores: tales fueron las virtudes que desde el primer día de su vida religiosa comenzó á practicar el santo novicio. Con mucha razón escribía el padre Fleuriau en su *Vida del beato Pedro*, que « el mismo espíritu, de que había estado animado el santo fundador de la Compañía para prescribir las reglas, se había transmitido al joven Claver para cumplirlas ».

Sucede con frecuencia que los jóvenes al entrar á una congregación se entregan con todo fervor al ejercicio de la virtud y á las prácticas de piedad, haciendo bastantes progresos por algún tiempo; pero poco á poco, disminuyendo el ardor juvenil y desapareciendo los consuelos

espirituales experimentados al principio, se dejan vencer por la natural desidia y se quedan como estacionarios en la vía de la perfección.

No aconteció esto á Pedro, cuyo deseo de la propia santificación fué aumentando cada día. Aquella puntualidad en el cumplimiento de sus deberes que tenía cuando novicio, la conservó durante todos los largos años de su vida, tanto que cuando el reverendo padre Gaspard, que lo había conocido en el noviciado, fué nombrado provincial de Cartagena, y tuvo ocasión de ver en el anciano padre Claver la misma humildad, la misma obediencia, el mismo fervor, el mismo espíritu del joven principiante, no pudo menos que prorrumpir en esta significativa expresión: «Encuentro aquí al padre Pedro tan novicio como cuando lo vi en Tarragona.»

Ni las numerosas ocupaciones, ni los largos viajes, ni la edad provecta, ni las mismas súplicas de los colegas y aun de los superiores, lo indujeron nunca á suspender sus penitencias ó á disminuir siquiera sus prácticas de piedad.

No podía ser de otro modo, pues las máximas que se había propuesto tener siempre presentes durante toda la vida, lo sostenían y ayudaban á adelantar continuamente.

Esas máximas se encontraron en un pequeño libro, que el mismo santo entregó después á uno de sus íntimos amigos. Eran las siguientes:

«1.ª Buscaré á Dios en todas las cosas y procuraré hallarlo siempre.»

«2.ª Haré todas las cosas para la mayor gloria de Dios.»

«3.ª Emplearé todas mis fuerzas en obtener una obediencia perfecta y en someterme á la voluntad y juicio de

los superiores como á la misma persona de Jesucristo. »

« 4.° No buscaré en este mundo sino lo que Jesucristo ha buscado, á saber: santificar las almas, trabajar, sufrir y aun morir por la salvación de ellas. »

CAPÍTULO III

Peregrinacion al santuario de Monserrate. — Votos religiosos. — Estudios en Gerona. — Encuentro con san Alfonso Rodríguez en Mallorca.

1. *Peregrino molestus non eris.* (Ex., c. XXIII, v. 9.)
No molestarás al forastero.

2. *Peregrino da ut comedas, aut vende ei.* (Deut., c. XIV, v. 14.)
Da ó vende al forastero para que coma.

3. *Prêt à faire à son Dieu l'oblation entière de sa personne, il ne se considéra plus que comme un esclave absolument livré entre les mains de Sa Souveraine Majesté.* (Fleuriau, lib. I.)
Dispuesto á hacer á su Dios el sacrificio completo de su persona, se consideró como un esclavo de Su Divina Majestad.

En aquellos tiempos había la laudable costumbre de que todos los novicios de la Compañía, antes de hacer los tres votos de castidad, obediencia y pobreza, visitaran algún santuario, en recuerdo de la peregrinación del Fundador, el gran san Ignacio, á Nuestra Señora de Monserrate. Se les imponía aquello para ejercitarlos en la virtud de la humildad; por consiguiente, cuando se hacía semejante peregrinación, se seguían al pie de la letra las palabras de Jesucristo: « No llevéis oro ni plata ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni túnica y

calzado de repuesto, ni tampoco bastón ú otra arma para defenderos[1]. » Salían los novicios desprovistos de todo, llevando consigo el simple vestido que tenían puesto. Debían pedir limosna, para poder continuar la marcha, en los varios pueblos por donde pasaban. Se hospedaban en las casas de la Compañía, en algun convento ó en los presbiterios.

Llegó la época de la peregrinación para nuestro santo. El superior del noviciado le comunicó la orden de visitar el santuario de Monserrate, le asignó dos compañeros y lo licenció. El júbilo y contento que experimentó Pedro cuando supo que le había tocado la suerte de ir al mismo santuario santificado por la presencia del Fundador, es indescriptible. Solamente otro santo podría manifestar con palabras los nobles sentimientos de que el corazón de Pedro se llenaría al recibir tan fausta nueva.

Emprendió, pues, viaje con ardor y entusiasmo, acompañado por los otros dos novicios. Apenas llegaba á una poblacion, se dirigía inmediatamente á la iglesia para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos hasta aquel punto, y para suplicarle que lo ayudara y protegiera también en lo sucesivo. Despues iba pidiendo limosna de casa en casa.

¡Cuánto debía costar el ejercicio de tan profunda humildad á nuestro santo! Aunque hubiera alcanzado ya un alto grado de virtud, aunque estuviera acostumbrado á vencer los sentimientos de orgullo excitados en el corazón humano por el demonio y la carne, sin embargo, el humillante acto de extender la mano y comparecer delante del público como un pordiosero, no podía menos que can-

[1] *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris, non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque virgam, etc.* (Math., c. x, v. 9 y 10.)

sar en su espíritu una profunda impresión y producir algún desconcierto. La natural soberbia heredada con el pecado de Adán se hace sentir aun en las almas más generosas. Él, que era de una noble familia, que llevaba un nombre ilustre en toda la España, que se había levantado en medio de las comodidades, ¿cómo no experimentaría la más viva repugnancia en pedir como un mendigo? Pero si la carne se rebelaba, el espíritu era bastante fuerte para dominarla; si la sangre hervía, la virtud la sosegaba, y enérgicamente decidido á imitar de cerca la pobreza de Cristo, salió Pedro vencedor con tanta gloria en aquella lucha, que ya después, cuando recibia algun desdén y se le rehusaba la limosna, se alegraba diciendo que de esa manera podía ejercer con mayor perfección la virtud de la humildad y de la paciencia.

Algunas veces la colecta era abundante, y como él y sus compañeros se limitaban á los gastos más precisos para sus necesidades, siempre sobraba algo. ¿Qué hacía entonces el santo joven? Averiguaba cuáles eran las personas más pobres en el pueblo, iba á sus casas y les suplicaba que aceptasen lo que le había quedado. Así daba Claver los primeros ejemplos de su caridad heroica para con los menesterosos.

También aprovechaba todos los momentos libres para instruir á los niños en las verdades de nuestra santa fe. Los reunía en su derredor, les enseñaba algunos cánticos y los llevaba procesionalmente á la iglesia, donde les explicaba con sencillez y por medios prácticos el catecismo. Las demás personas, atraídas por la suave armonía de los cantos, se dirigían igualmente al templo. Entonces añadía Pedro á sus pláticas elocuentes y conmovedoras exhortaciones que hacían mucho efecto también en los corazones de los adultos. El ardor que animaba sus palabras parecía

comunicarse á los oyentes, tanto que en todos se excitaba un vivo dolor de sus culpas, un ardiente deseo de amar á Dios y una firme resolución de servirle. ¡Cuánto poder tiene la palabra del Señor predicada por un santo!

Ya se iban acercando los jóvenes peregrinos al término de su viaje, ya se divisaba á lo lejos la cúspide del santuario. Á aquella vista, olvidándose Pedro de que no se hallaba solo, y no pudiendo contener el ímpetu de sus sentimientos de gratitud hacia la Virgen, se arrodilló, y lleno de respeto y veneración á María, exclamó:

« ¡Cuánta dicha me proporcionas! Estas piedras, estas rocas, esta tierra fueron pisadas ya por san Ignacio; yo las veo, las contemplo y las piso igualmente! ¡Oh favor inmenso, oh beneficio incomparable que se me concede! ¿Á quién debo tanta gracia? ¡Oh Madre mía carísima! Tú eres quien estás colmando de dones á este ingrato siervo que á pesar de tanta bondad tuya nunca deja de ofenderte. Tú lo haces para que al fin, vencido por medio de los más señalados favores, me consagre de veras á tu servicio. María, perdóname mi mal correspondencia, perdóneme las pasadas ingratitudes: á ti me dedico desde ahora sin reserva ninguna, á ti ofrezco este pobre corazón: es miserable é insensible, pero acéptalo para purificarlo, recíbelo para encenderlo en amor divino.

» Y tú, padre mío san Ignacio, tú que conociste aquí la verdadera sabiduría y aprendiste en este lugar sagrado la ciencia que conduce al Cielo, ilumina mi ofuscada mente, disipa las tinieblas en que está envuelta, haz que conozca las sublimes verdades que te han guiado en el camino de la perfección y desprecie las vanidades terrenales. Tú que corroboraste aquí tus santos propósitos, tú que obtuviste á la sombra de este santuario fuerza y valor suficiente para poner en práctica aquellas resoluciones y para caminar con

gigantesco paso á la perfección, mira al último de tus hijos, que contempla los lugares donde te santificaste y quiere seguir sinceramente los ejemplos que le has dejado; ayúdalo á amar y practicar la virtud. Indigno soy de llamarme tu hijo, haz empero que de ahora en adelante no lo sea. Padre bondadoso y lleno de ternura aun por los hijos desnaturalizados, á nadie rechazas tú: acoge, pues, con benevolencia á este ingrato que te ruega: oye sus súplicas y sálvalo »

Después de tan humilde y ferviente oración, se levanta Pedro y sube la montaña hasta llegar á la cúspide. Aunque muy fatigado por el largo viaje, no quiere tomar reposo ninguno, sino va directamente al santuario y permanece en oración por una hora. Solamente después de haber dado gracias así á la Virgen por la asistencia y los beneficios recibidos, y de haber cumplido con un deber de gratitud hacia su Santa Madre, pidió hospitalidad á los frailes benedictinos, quienes lo recibieron con la mayor cordialidad.

Tres días pasaron los novicios en Monserrate, pero nuestro santo no quiso esperar ni unas pocas horas para acercarse al tribunal de la penitencia. Inmediatamente después de su llegada se confesó con tanta compunción y con tanto dolor, que parecía el más grande pecador del mundo. ¡Así son los santos, así obran las almas inocentes! Se creen las más indignas, se consideran las últimas, á pesar de ser las más perfectas y las más adelantadas en la virtud.

Comulgó en aquellos días con tanto fervor y recogimiento, que tenía el aspecto de un ángel bajado del Cielo! ¡Qué tesoro de gracias espirituales recibiría! ¡Cuántas bendiciones le atraerían del Cielo sus ímpetus de amor, sus ardientes plegarias, sus seráticos ardores! ¿Qué podía negar la Madre de misericordia á tan fervoroso y devoto hijo? Nadie supo jamás los favores que recibió, pero pudo obser-

varse durante toda su vida que cuando hablaba de aquella peregrinación, sus lágrimas y la expresión celestial de su rostro aseguraban el extraordinario consuelo que ese recuerdo esparcía en su alma. Á los pies de la Virgen pasó casi todo el tiempo de su estadía en aquel santo lugar, rogando y suplicando.

Así se preparaba Pedro á hacer los votos. Apenas volvió al noviciado, se le ordenó que entrara en ejercicios para unirse mas íntimamente á Dios. Se dispuso con la meditación y la oración, y el día 8 de agosto de 1604 tuvo la dicha de consagrarse enteramente á Jesús, prometiéndole castidad, obediencia y pobreza.

Es costumbre en la Compañía enviar á los jóvenes que concluyen su noviciado á un colegio, donde puedan acabar sus estudios, al paso que aprendan á enseñar. Pero no se siguió la tradicional regla con nuestro santo, porque habiendo notado los superiores sus extraordinarias virtudes, pensaron que sería muy provechoso para la casa detenerlo algunos meses con los novicios, á fin de que les sirviera de buen ejemplo, y con su conducta observante los estimulara á la perfección. El creyó, sin embargo, que los superiores habían adoptado semejante medida por sus deméritos, porque lo juzgaban incapaz de desempeñar cualquier oficio y querían que, estando con los novicios, adquiriera mayor solidez en la virtud. Contento, pues, de tener nueva ocasión de humillarse y perfeccionarse, aumentó todavía más su fervor para corresponder á la gracia divina y obedecer á sus superiores.

Cuando llegó irrevocablemente el tiempo de que Claver continuara sus estudios de literatura y ciencias para prepararse al sacerdocio, fué enviado á Gerona, donde la Compañía tenía un gran colegio. Allí, como en Barcelona y Tarragona, fué el modelo de todos; con su aplicación, recogi-

miento y modestia sorprendió tanto á los maestros como á los condiscípulos.

Comprendiendo el Santo que la principal virtud es la de cumplir con los deberes del propio estado, y sabiendo que el fin para el cual se hallaba en aquel colegio era adquirir conocimientos científicos y literarios, se consagró enteramente al estudio, y con su poderosa y viva inteligencia hizo rápidos progresos. Cultivó de una manera especial el estudio de las lenguas latina y griega, pues preveía que serían las más útiles para su futura carrera, y se distinguió tanto, que para la sesión pública que se acostumbraba hacer todos los años asignaron á Pedro dos discursos, el uno en latín y el otro en griego. La pericia oratoria con que trató las tesis propuestas, y la elegancia de estilo con que desarrolló sus argumentos, superaron la expectación de todos y le merecieron muchísimos aplausos y elogios. Pero mientras Pedro cultivaba las ciencias profanas, no descuidaba otra ciencia superior á las demás, no dejaba de avanzar en la única y verdadera ciencia, de que Tomás Kempis habla en su áureo libro de la *Imitación de Cristo*: « Ésta es la gran ciencia, buscar el reino celestial por medio del desprecio del mundo[1].»

Su principal estudio era estar con Dios, unirse á Él cada vez más estrictamente, vivir por Él, tener siempre el espíritu fijo en Él, no ocuparse más que de agradarle. En sus composiciones, en sus trabajos literarios y científicos nunca faltaban pensamientos morales que demostraban la íntima unión de aquella alma privilegiada con el Altísimo; siempre había algunas alusiones ó alegorías que traían á la

[1] *Vanitas vanitatum et omnia vanitas præter amare Deum et illi soli servire.*

Ista est summa sapientia, per contemptum mundi tendere ad regna cœlestia. (Thomas Kempis, lib. I, c. I, v. 3.)

mente á su amado Señor. Sin franquear los justos límites, sin excederse, sin caer en la exageración, sabía combinar perfectamente los estudios profanos con sus santos y elevados sentimientos, hermanando con admirable armonía la ciencia y la fe.

Son éstas dos fuentes de saber que de ninguna manera pueden estar en pugna ó contradecirse, pues tanto la una como la otra tienen el mismo principio, que es Dios, y el mismo fin, que es la verdad. Ahora, como por un lado es imposible admitir contradicción en Dios, y por otro la verdad, que es una sola, no puede variar, fe y ciencia deben estar siempre de acuerdo, sosteniéndose mutuamente.

Persuadido de esto nuestro santo, ponía gran cuidado en conseguir la maravillosa unión entre la ciencia y la fe, y procuraba que la primera esparciera mayor luz sobre la segunda. Así se proporcionaba dos grandes beneficios, el de ilustrar la mente y robustecer el espíritu, y el de adelantar en la santidad, manteniéndose fiel á la promesas hechas en el noviciado.

El reverendo padre Fleurian escribe de nuestro santo: « El deseo de Dios era el móvil de todas sus acciones; el estudio no le hizo omitir jamás uno solo de sus ejercicios de piedad; su trabajo mismo era una continua oración. Lo comenzaba dirigiéndose á Dios, lo continuaba con Dios y lo concluía absorto en Dios, pidiéndole que le enseñara sobre todo á amarlo ardientemente. » Fácil es imaginar cuánto progresaría en santidad con esta conducta. Sin embargo, Dios en su infinita bondad y misericordia le tenía preparada una gran escuela de perfección, en donde debía adelantar mucho más aún.

Se diría que el Señor se complace en unir á las almas nobles, á los espíritus perfectos, á los sublimes héroes de la virtud. Vivían en el siglo tercero dos anacoretas que

nunca se habían visto. Pablo era el nombre de uno, y Antonio se llamaba el otro. Después de noventa años de penitencias y mortificaciones pasados en la soledad, Antonio tiene una revelación divina en la cual se le anuncia que vaya á visitar á un santo ermitaño. Obedece al instante el venerando anciano, emprende camino y llega milagrosamente al lugar donde vive Pablo. Le llama por su nombre, y éste le contesta con júbilo y alegría, profiriendo también respetuosamente el nombre de Antonio. ¡Se ven, se abrazan, se estrechan, se aman!

Santo Domingo de Gazmán y san Francisco de Asís, aquellos dos ilustres fundadores de órdenes, que Dios había suscitado para su gloria y la de la Iglesia, jamás se habían conocido: el nombre del uno jamás había llegado á los oídos del otro. Estando por casualidad ambos en la Ciudad Eterna, se hallan un día en la plaza de San Pedro; el uno corre al encuentro del otro, se saludan con santa efusión se comunican los piadosos deseos de que están animados.

¡Así une Dios á sus siervos fieles! ¡Así hace que se comuniquen entre sí! También en el siglo diez y siete se hallaron en España dos almas nobles y sublimes que por disposición divina se comunicaron, se unieron, se perfeccionaron viviendo en santa compañía. Éstas fueron *Pedro Claver* y *Alfonso Rodríguez*.

Este ultimo había nacido en 1531, el 25 de julio. Entró á la Compañía de Jesús á los cuarenta años. Ejerció los más humildes oficios como hermano coadjutor por treinta años, y murió en concepto de santitad en 1601. El papa León XII lo declaró beato el 20 de setiembre de 1824, y el actual pontífice León XIII lo canonizó el 6 de enero de 1888.

Tan santo varón estaba en un colegio que la Compa-

ñía acababa de fundar en la isla de Mallorca, haciendo las veces de portero. El padre Fleuriau dice que en tan humilde ocupacion « brillaba su virtud espléndidamente. Era una de esas almas favorecidas por los más sublimes dones de Dios, era uno de esos espíritus sencillos y dociles que Dios se complace en iluminar, y para quienes las revelaciones divinas reemplazan todas las luces de la ciencia humana; era uno de esos corazones puros y rectos, que despegados de todo lo que inclina hacia la tierra, gozan en paz las dulzuras del divino amor y gustan de antemano la delicias del Cielo ».

El joven Claver fué enviado también á Mallorca, apenas concluyó sus estudios en Gerona. ¿Quién podrá describir el primer encuentro de esos dos ángeles en forma humana? Cuando nuestro santo entró á la casa, estaba el humilde Alfonso ocupado en una buena lectura, que suspendió para recibir al nuevo estudiante y cumplir con su deber de portero. Apenas se vieron, se comprendieron, é interiormente iluminados y penetrados ambos de un profundo respeto recíproco, se abrazaron y lloraron de satisfacción.

Dieron gracias á la divina Providencia por haberles concedido el gran beneficio de estar juntos, y en seguida pidieron permiso al superior de pasar una hora todos los días en suaves entretenimientos espirituales. La hora fué escogida de modo que no perjudicase ni á las ocupaciones del uno ni á los estudios del otro.

Así pasaba el joven Claver con regularidad de la escuela de la ciencia á la escuela de la santidad. Recibía con avidez todos los consejos del hermano Alfonso, y los escribia para recordarlos y formar con ellos su regla de conducta.

CAPÍTULO IV

Instrucciones del hermano Alfonso. — Máximas santas de Pedro Claver.

1. *Cum sancto sanctus eris, et cum viro innocente innocens eris, et cum electo electus eris.*
(Ps. XVII, v. 26.)

Con el santo serás santo, inocente can el inocente, y con el selecto serás selecto.

2. *Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit.*
(Ecclesiast., c. XIII, v. 20.)

Quien anda con los sabios será igualmente sabio.

3. *Religiosæ vitæ tyrocinio sancte et ad exemplum functus... In Balearium maximam trajecit; ubi cum beato Alphonso Rodriguez... conjunctissime vivens, ab eo sublimioris virtutis arcana... edoctus est.*
(Lect. de S. Petro.)

Concluído el noviciado de la vida religiosa, santa y ejemplarmente, pasó á la mayor de las islas Baleares, donde viviendo en intimidad con el beato Alfonso Rodriguez, fué por él instruído en los arcanos de la más sublime virtud.

«Estando con los santos serás santo, estando con los inocentes serás inocente», dice la Sagrada Escritura. Creemos que en ningún caso puede aplicarse esta sentencia con mayor propiedad que en el presente. Pedro vivía con la inocencia personificada, estaba al lado de un gran santo, y así no podía menos que aumentar también su inocencia y santidad. Además de la hora que se le había permitido pasar con Alfonso todos los días, cuando tenía momentos desocupados iba á entretenerse en santos coloquios con el buen hermano. Las observaciones y reflexiones de éste hacían una profunda impresión en el alma de Pedro. ¿Y

cómo no habia de ser así? Las palabras de Rodríguez, animadas de amor divino, correspondían perfectamente á los generosos sentimientos de nuestro santo, deseoso de consagrarse enteramente á Dios; por consiguiente caían en su espíritu como suave rocío para fecundizarlo.

Debido al celo de Pedro, que después de haberlas oído de la boca del santo anciano Rodríguez, iba á consignarlas en un cuadernito que conservaba como reliquia, han podido llegar hasta nosotros tan preciosas enseñanzas para la vida religiosa.

Helas aquí:

INSTRUCCIONES DE ALFONSO RODRÍGUEZ.

« Un religioso que quiere avanzar en la virtud, debe aplicarse á conocerse bien: conociéndose uno, se desprecia á sí mismo: ignorándose, se enorgullece ó ensoberbece. »

« Debe hablar poco con los hombres, mucho con Dios. »

« Si habla, que diga siempre bien de los otros, y en cuanto le sea posible, mal de sí mismo. »

« Debe ser como Melquisedec, sin padre, sin madre, sin parientes, porque aunque los tenga debe considerarse como si no los tuviera; sólo Dios ha de reinar en su corazón. »

« En todos los hombres debe ver á Dios y honrar en ellos su imagen: pero debe rogar de una manera especial por los que lo han ofendido personalmente, y hacerles tanto más bien cuanto más grande haya sido el mal recibido. »

« El verdadero religioso, antes de comenzar sus acciones debe dirigirlas á la mayor gloria de Dios; mientras

las está haciendo, debe unirlas á las de Jesucristo para que sean más gratas á su Divina Majestad; y al concluírlas, debe ofrecerlas por el bien de su alma y por el provecho de sus prójimos. »

« Tenga siempre presente á Dios en el fondo de su corazón; fórmese allí una especie de retiro, donde le pida incesantemente la gracia de no ofenderle: nada haga ni diga sin haberle consultado. »

« No debe salir de su cuarto jamás sin un fin bueno y sin haber pedido á Nuestro Señor la gracia de no hacer nada que le pueda disgustar. Cuando vuelva, examine si entra tal como salió. »

No debe hacer uso de sus sentidos sino para las cosas necesarias ó las tocantes al servicio del Señor. Nunca ha de mirar las cosas por curiosidad, ni escuchar noticias ó cuentos inútiles que distraigan su mente de Dios. »

« Nunca hable ni de la comida ni del vestido ni de las comodidades de la vida; no coma más que lo puramente necesario para vivir; no guste lo que sea demasiado exquisito y delicado; en una palabra, obre en todo como hombre muerto para el mundo, que no vive sino para Dios. »

« Considere las alabanzas como ultrajes, pensando cuan pequeño es á los ojos de Dios; ame el desprecio, en vista de lo que Jesucristo ha sufrido; humíllese en los insultos y reflexione que merece todavía mucho más por sus pecados. »

« Medite con frecuencia en las postrimerías del hombre, y especialmente en la muerte; anímese así á trabajar y á sufrir; considere que pronto no tendrá más tiempo de meditar. »

« En sus meditaciones considere las virtudes propias de su estado; represéntese con atención las dificultades más grandes que encuentra para adquirir cada una de ellas.

y no deje de hacer esfuerzos hasta que se determine á superarlas todas enérgicamente por Dios. »

« Acuérdese con frecuencia de la Pasión de Nuestro Señor, entre en los detalles de los muchos y dolorosos sufrimientos soportados por él; déle incesantemente las más sentidas gracias; pídale una parte de su cruz y llévela con santa alegría por su amor. »

« Evite cuidadosamente todas las ocasiones en que ya haya caído ó que ofrecen algún peligro de caer. »

« Despegue el corazón de todas las criaturas para dárselo enteramente á Dios y para aumentar en el propio espíritu el fuego del amor divino, haciendo todos los días muchos actos de caridad. »

« Tenga una devoción tierna por la Virgen Santísima; ame y sirva á esta Madre con todo el corazón; visite varias veces en el día alguna de sus imágenes; rece indispensablemente el santo rosario y el oficio parvo; no pierda ocasión ninguna para darle prueba de su afecto por medio de pequeños servicios; pero sobre todo medite sus virtudes y no omita esfuerzo para imitarlas. »

« Honre las imágenes de los santos, recuerde las virtudes en que se distinguieron, considere la brevedad de sus trabajos y la duración de su recompensa. »

« Duerma poco, vigile mucho; todo el tiempo consagrado al sueño es quitado á la vida y á los méritos de uno. »

« Estudie con diligencia lo que necesita saber, evite toda clase de estudio curioso y superfluo. »

« Por fin, busque á Dios en todo y por doquiera, y siempre lo encontrará á su lado. »

Si admirables eran las instrucciones del hermano Rodríguez, mucho más admirables fueron los efectos produ-

cidos por ellas en nuestro santo. En el curso de su vida veremos á cuán alto grado de perfección y de santidad le condujeron. Pedro leía y releía con frecuencia estas máximas tan sabias y tan profundas, las llevaba consigo y no consintió en separarse de ellas hasta la hora de la muerte.

Tan buena semilla caída en terreno tan fértil, no podía menos que producir los saludables frutos que produjo en todo el curso de la vida del heroico apóstol de los negros.

Ni los frutos se dejaron aguardar mucho. Al poco tiempo de la siembra germinaron los agradabilísimos y suavísimos arbustos de las virtudes de Pedro, como lo prueban las máximas que dejó escritas en un libro y que practicó al pie de la letra en todo tiempo.

Damos aquí las principales

MÁXIMAS DE SAN PEDRO CLAVER.

« 1.ª La salvación y la perfección del hombre consisten en hacer la voluntad de Dios, á la cual debemos conformarnos en todas las cosas y en todos los momentos de la vida. Mientras más cumpla el hombre esta divina voluntad, más perfecto será. »

« 2.ª Para hacer la voluntad de Dios, debe el hombre despreciar la suya propia. Cuanto más muera para sí mismo, tanto más vivirá en el Señor.

» Para obtener esta doble ventaja es preciso que ame á Dios.

» Cuanto más purifique el corazón del amor propio, tanto más tendrá amor por Dios. »

« 3.ª Para amar á Dios como se debe, es preciso desterrar del corazón todo afecto terrenal; es preciso amarlo solamente á Él, ó si se ama otra cosa hay que amarla por Él. »

« 4.ª Dirija el hombre todos sus pensamientos, sus

palabras y sus acciones exclusivamente á la gloria de Dios; trabaje sin cesar para conformar su voluntad á la del Señor, de manera que no desee el mal ni tampoco el bien que Este no quiere. Nunca pierda la paz de su espíritu, por grande que sea la prueba á la cual Dios juzga conveniente someterlo. »

« 5.ª Para aprovechar útilmente todo lo que acontece en el curso de la vida, el hombre debe callarse en medio de las correcciones, de las injurias y de los malos tratamientos que sufra, con razón ó sin ella.

» Cuando alguno quiera disputar con él, haga consistir su victoria en el silencio. »

6.ª Para hacer grandes progresos en la virtud, tenga mucho cuidado de refrenar especialmente la lengua. Brillen siempre en sus palabras la paz, la verdad y la edificación del prójimo.

» Diga muchas cosas con pocas palabras, y para hablar bien hable siempre de Dios y con Dios. »

« 7.ª No prefiera nada á la obediencia, sea quien fuere el que mande, sometiéndose por Dios á todas la criaturas y haciendo cuanto pueda con gran tranquilidad de espíritu.

» Si no puede hacer todo lo que se le ordena, y se le pregunta el motivo, confórmese con decir simplemente que no ha podido, y á todo lo demás que se le diga no conteste nada, nada absolutamente.

» Cualquiera que sea el regaño que se le dé, calle, acéptelo por Dios, con tal que no sea nada contra Dios ó contra la obediencia.

» Esto es saber vencerse á sí mismo. »

CAPÍTULO V

Progresos de Claver en los estudios y en la virtud. — Partida de Mallorca para la ciudad de Barcelona.

1. *Confiteor tibi, Pater Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* (Mat., c. XI, v. 25.)

Glorificote, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos y las descubriste á los pequeños.

2. *Quia multa jam tunc de Petri apostolatu ejusque futura in cœlis gloria divinitus cognoverat.* (Lect. de S. Petro.)

El cual conoció milagrosamente desde entonces muchas cosas acerca del apostolado de Pedro y su futura gloria.

Las almas santas, los corazones nobles, se comunican, apenas se encuentran, las elevadas aspiraciones de que están animados, se unen con estrechos vínculos de afecto y se ayudan á caminar con paso gigantesco en la vía de la perfección.

Los dos santos que por disposición de la divina Providencia se hallaron juntos en la casa de Mallorca, se prestaron admirablemente la mano para avanzar en el amor de Dios, para progresar en la virtud, para llevar á cabo la grande obra de su santificación.

El uno tomaba ejemplo del otro, las enseñanzas del maestro excitaban al discípulo, y el fervor juvenil de éste también producía efecto en el corazón del santo anciano, el cual contemplando en su humildad los progresos del joven novicio, se quejaba amargamente de su propia tibieza y pedía con instancia al Señor que le enseñara á servirle más fielmente. Así se establecía entre esos ángeles de

la tierra una santa emulación, una laudable envidia y un poderoso impulso para obrar el bien. Así se consolidaba aquella intimidad que existía entre ellos, y aumentaba también el recíproco amor que se profesaban.

Claver consideraba al santo hermano como maestro y padre, y como tal lo veneraba y acataba. Rodríguez á su turno tenía á Pedro como hijo y lo quería con ternura paternal: pero tanto el uno como el otro se amaban en Dios, se amaban por Dios, se amaban con aquella dulce e inefable caridad, cuyo desinterés no pueden comprender las almas vulgares, cuya generosidad son incapaces de penetrar los espíritus comunes. Ningún sentimiento humano es comparable al puro y santo vínculo sobrenatural que liga dos almas profundamente cristianas. Este vínculo las saca de la miserable y pestífera atmósfera mundana, las eleva sobre todo lo humano y las sublima haciéndolas participar de goces celestiales. Tal era el vínculo que unía á nuestros dos santos.

Practicando el consejo que da la Sagrada Escritura: *Rogad los unos por los otros á fin de salvaros*[1], ambos se ayudaban con fervientes oraciones. Pero el hermano Alfonso pedía de una manera muy especial por su discípulo, y no dejaba pasar un solo día sin invocar sobre él las más selectas bendiciones divinas y suplicar al Altísimo que le concediera gran abundancia de gracias para corresponder fielmente á los designios de su Providencia. Dios, la caridad misma, no podía menos que mirar con complacencia un afecto tan puro y una oración tan fervorosa. Quiso, pues, dar al santo varón el consuelo de conocer el alto puesto de gloria que estaba preparado para su amado hijo espiritual.

En efecto, mientras estaba rezando un día con el fervor

[1] *Orate pro invicem, ut salvemini.* (Jac., c. v, v. 16.)

de costumbre, cayó en éxtasis. Sin saber cómo, se vió transportado á un lugar deliciosísimo donde había un sinnúmero de criaturas celestiales, que ocupaban esplendidos y elevados tronos de gloria.

Melodiosos cantos resonaban en aquel sagrado recinto, que llenaban el espíritu del venerable anciano de un purísimo goce.

Un ángel lo acompañaba y lo llevaba á visitar la real morada.

Lleno de admiración y respeto contemplaba el hermano Rodríguez á tantos elegidos, rodeados de majestad y esplendor. Mientras se deshacía en lágrimas de consuelo, por el goce que experimentaba á la vista de tanta gloria, el ángel le enseñó un trono vacío más brillante que los otros que estaban en derredor. Animado por la bondad de su celestial guía, el santo religioso le preguntó:

« ¿Para quién está preparado este trono? Qué criatura será tan dichosa que lo posea algún día?

— *Tu discípulo Claver*, le contestó el ángel, es el destinado á ocuparlo. Lo alcanzará por sus heroicas virtudes y por el celo prodigioso que le hará conquistar miles y miles de almas á Jesucristo, en las Indias occidentales. »

El santo anciano sabía lo suficiente para su consuelo; la visión desapareció; quedaron el recuerdo y la veneración por el joven Claver. Inundado de júbilo, corrió donde su confesor y le manifestó lo que acababa de ver. Siguiendo éste las sabias reglas sugeridas por la prudencia cristiana, le prohibió que manifestara al discípulo lo acontecido.

Si ya antes el buen hermano Alfonso tenía gran afecto particular admiración por el joven Pedro, desde entonces su amor se convirtió en respeto, y la admiración se convirtió en una especie de culto sagrado. No podía contemplarlo sin sentir verdadera conmoción, pensando en

las innumerables almas que salvaría de la esclavitud del demonio: y aunque exteriormente se conducía con él lo mismo que antes, comenzó sin embargo á considerarlo de otro modo. Desde entonces las conferencias que tenía con él fueron más largas, los discursos sobre las cosas divinas más encendidos, y jamás dejó en sus entretenimientos espirituales de hablar de las Indias, de las inmensas necesidades de aquellos pueblos, y de la pena que causaba el saber que muchas almas perecían porque no había quien las instruyera, les hiciera conocer al Señor, les hiciera amar la virtud y les infundiera odio contra el vicio.

Por cierto no faltaba razón á Rodríguez para discurrir así con el querido discípulo, cuyo apostolado manifestó con evidencia la verdad de la sublime visión que había tenido el venerando anciano.

El reverendo padre José Urbina, que tuvo ocasión de conocer muy de cerca las virtudes de Claver y pudo entrar en los detalles de su vida apostólica, pues pasó muchos años con él en Cartagena, exclamaba muy á menudo en transportes de admiración por semejante prodigio: « ¿Cómo dudar de la verdad de lo que Dios hizo ver al hermano Alfonso, durante la permanencia del padre Claver en Mallorca? Es imposible, porque mientras más examino al padre, mayores perfecciones le descubro: es una santidad digna de la más hermosa corona. »

Dios quiso también que no quedara duda de la visión tenida por Rodríguez, permitiendo que éste manifestara en una profecía los méritos y las cosas grandiosas que debía obrar nuestro santo. En efecto, estaba un día el buen hermano portero en la entrada de la casa, hablando con un reverendo padre, cuando vió venir al joven Claver. No pudo contenerse, y dirigiéndose al padre, dijo:

« ¿Ve vuestra paternidad á ese joven religioso? Él irá

á las Indias, donde hará grandes obras en beneficio de las almas, y sacará inmensos frutos de su misión. »

Mientras tanto nuestro santo estaba concluyendo los estudios de filosofía. Al acabarse el curso de esta ciencia, siempre se daban pruebas de los resultados obtenidos por los alumnos con un examen público. Se escogía al mejor de los estudiantes para que sostuviera una tesis y la defendiera brillantemente, refutando todas las objeciones que se le hicieran. Á nadie juzgaron los profesores más aparente para el acto que á Pedro Claver. Mucho debió costarle sin duda someterse á la voluntad de sus superiores en aquella circunstancia, pero no podía excusarse: se trataba de obedecer, y no había virtud que el santo joven practicara con mayor gusto que la obediencia. Sostuvo, pues, su tesis con tanto brillo que fué aclamado y aplaudido por todos los presentes. Mas, poco sensible á las alabanzas que se le daban, aunque estudiara con empeño y aplicación las ciencias humanas, porque así lo exigía el cumplimiento del deber, sin embargo toda su inclinación era por la doctrina celestial que aprendía en la escuela del hermano Rodríguez, en la cual hacía admirables adelantos.

Se dice que las gracias sensibles con que Dios favorece algunas veces á sus siervos, se comunican de uno á otro. Un día salía Pedro de la casa con un compañero, y se encontró con su maestro en la portería. Éste detuvo á los dos jóvenes, y haciendo la señal de la cruz sobre ellos, exclamó: *Las tres divinas personas de la Santísima Trinidad os acompañen.* No había acabado de pronunciar semejantes palabras, cuando perdió el uso de todos sus sentidos y cayó en éxtasis.

En el mismo instante san Pedro se sintió tan penetrado igualmente de amor y de ternura, que no pudo dar un paso adelante. Quiso volver á la casa, pero reflexionando

que los superiores lo habían enviado, suplicó á Dios que moderara un poco el exceso de sus favores sensibles, para no faltar á la virtud de la obediencia. Obtuvo lo que deseaba. Tan grata impresión le quedó de aquella gracia divina, que al recordársela se veía obligado á derramar lágrimas de consuelo.

Pasaba el tiempo: los estudios de filosofía estaban al concluírse: se acercaba para Pedro el momento de dejar á Mallorca, y de separarse por consiguiente de su querido maestro. Aquella separación estaba ya anunciada, y por cierto la noticia causó un profundo dolor al corazón de los bienaventurados: pero el pensamiento de la obediencia á los superiores y de la sumisión á la voluntad divina, les mitigó bastante la pena y los consoló á ambos en tan desfavorable circunstancia.

Antes que la separación se verificara, quiso Dios servirse todavía del hermano Alfonso para poner al joven discípulo en la vía en que debía adquirir innumerables méritos. El padre Fleuriau escribe: «Si san Gregorio el Grande fué llamado con razón el Apóstol de Inglaterra por haber enviado obreros evangélicos que propagaran la fe en aquel país, se puede afirmar que Alfonso Rodríguez mereció también el título de Apóstol de Cartagena por haber dado á Claver á aquella afortunada ciudad.» Indudablemente las poblaciones todas de las Indias occidentales en general, y la de Cartagena en particular, no sólo deben profesar profunda gratitud al ilustre santo que consagró la propia vida á la regeneración y salvación de sus antepasados, sino también al gran maestro que indicó el camino á éste, al humilde hermano Rodríguez, que señaló la vía del apostolado á Claver.

El venerando anciano no omitió esfuerzo para que el discípulo dirigiera su mirada á las Indias y les consagrara

su corazón. Lo manifiestan evidentemente los consejos que le dió poco antes de separarse, en una de sus espirituales conferencias.

« Mi querido hermano, le decía, no puedo expresar con palabras todo el dolor que experimento al pensar que Dios es ignorado por la mayor parte de la tierra, porque sus ministros hacen falta en muchas regiones lejanas. ¡Cuántas lágrimas arranca la vista de tantos pueblos que se pierden porque no tienen quien los dirija; que perecen, no porque lo quieran, sino porque no se hacen esfuerzos para salvarlos! ¡Se ven tantos operarios inútiles allí donde no hay mies!... ¡Y donde ésta abunda, hay tan pocos obreros! ¡Qué multitud de almas, enviarían al Cielo, si fueran á América, tantos sacerdotes que viven en Europa en una culpable ociosidad! ¡Se esquiva el trabajo de ir á buscarlas, y no se teme la responsabilidad de abandonarlas! ¡Se aprecian las riquezas de aquellas regiones, y se desprecian sus habitantes!

» ¿No puede la caridad atravesar aquellos mares que la codicia atraviesa hace tantos años? Llegan á los puertos de España numerosos navíos cargados de tesoros, ¡y cuán pocas almas llegan al puerto de la bienaventuranza eterna! ¡Por qué el amor del mundo será más ardiente para la adquisición de tesoros, que el amor de Jesucristo por la conquista de almas? Aunque sean bárbaros esos hombres, son sin embargo diamantes en bruto, cuyo precio recompensaría el trabajo de pulirlos.

» ¡Oh hermano mío, hijo de mi alma, cuán vasto campo para tu celo! Si la gloria de Dios te interesa, ¡vete á las Indias! ¡Vete á salvar miles y miles de almas que se pierden! Si amas á Jesucristo, ¡vete á recoger su sangre derramada en provecho de naciones que no conocen su valor! Trabaja con él hasta la muerte por la salva-

4 ff Fr. Ch. X

ción de los hombres, puesto que tú eres de su Compañía.

» Es mucho, por cierto, estar dispuesto á partir para las Indias al primer mandato de los superiores; pero esto no es suficiente para un jesuíta. Como salvar almas es su primera y más noble vocación, es preciso que demuestre grande empeño, que solicite con instancia este puro apostolado.

» Manifiesta, pues, tus deseos á los superiores, pide, ruega y suplica. Las reiteradas peticiones no son contrarias á la obediencia, cuando hay motivo para creer que el superior difiere su consentimiento, solamente para probar más nuestra decisión y constancia. »

Cuánta compasión por los pobres infieles excitaran tan nobles consejos en el corazón de Pedro, es imposible figurárselo siquiera. ¡Él, que se hubiera conmovido de la triste situación de tantas almas abandonadas, á una simple palabra del hermano Alonso, ¡cuán vehemente deseo sentiría de ir á trabajar á esas regiones, después de tan inspiradas expresiones! Como fuego abrasador se encendió en Pedro el anhelo de consagrar su vida á la evangelización de aquellas gentes. Hizo el sacrificio completo de su persona al Señor, para que se dignara aceptarlo en beneficio de sus prójimos, y de una vez resolvió que los esclavos de América serían en adelante sus predilectos amigos y hermanos.

La orden de dejar á Mallorca había sido comunicada á Pedro hacía varios días. Solamente se estaba aguardando un buque en el cual se pudiera emprender viaje. Se presentó una goleta, que por cierto se hallaba en malísimo estado. Se sospechaba que no podría hacer la travesía y que se perdería antes de llegar á Barcelona. Algunos religiosos que debían acompañar á Claver, apenas vieron el buque juzgaron prudente aguardar otra ocasión.

y no quisieron embarcarse para no exponerse al peligro de perder la vida.

Nuestro santo, confiado en la divina Providencia, no tuvo ningún temor, y se determinó á salir solo. No faltaba más que dar un último adiós al querido hermano Rodríguez.

Se presentó, pues, el joven estudiante al buen anciano, y con la más profunda humildad se arrodilló diciendo: « Bendecidme, padre; Dios me quiere en otra parte, lejos de vuestra compañía; asístame á lo menos vuestra santa bendición. En las fervientes oraciones que elevaréis cada día al Todopoderoso, jamás olvidéis á vuestro hijo espiritual, que tanto necesita la protección de lo alto. Separados por el mar, divididos por las montañas, siempre estaremos unidos igualmente con aquel sagrado vínculo de caridad que no conoce distancias, supera todo obstáculo, atraviesa las aguas y pasa los desiertos. El corazón santísimo de Jesús sea la morada en que nos encontremos, en que nos hablemos, en que continuemos nuestras conferencias espirituales todos los días. »

Conmovido el respetable anciano, levantó los ojos al Cielo, oró fervorosamente un instante, y como inspirado tomó un crucifijo en la mano, y dijo: « Hijo mío, ve tranquilo, corresponde á los designios que el Señor tiene formados sobre ti, nuestra separación es momentánea, es pasajera, un día nos juntaremos de nuevo para no separarnos jamás, para vivir eternamente unidos. De lo íntimo de mi corazón te bendigo. Pero no es mi pobre bendición la que te debe acompañar. No, ten continuamente fija la mirada en este Crucifijo; sus dolores aliviarán los tuyos; sus padecimientos serán el bálsamo que curará tus penas. Él sea, hijo mío, tu compañero inseparable en tus peregrinaciones apostólicas, tu sostén en los peligros y

trabajos, tu indefectible consuelo en la vida, no menos que en la muerte. » Al terminar estas amorosas palabras, alzó tembloroso la mano y bendijo al querido discípulo, al amado hijo. ¡Cuán conmovedora escena!

Por fin el hermano Alfonso entregó á Claver un librito que contenía unos consejos escritos por el mismo, como recuerdo. Lo recibió el santo joven con el mayor respeto, y lo guardó como preciosa reliquia.

La travesía de Mallorca á Barcelona fué feliz. Los que habían temido embarcarse en la goleta con Pedro, y que salieron algunos días después á bordo de un buque que ofrecía todas las garantías posibles, fueron asaltados por los piratas, quienes los cogieron y los llevaron esclavos á Argel, en la costa del Africa septentrional.

CAPÍTULO VI

Pedro estudia teología en Barcelona. — Insiste con los superiores para que le envíen á las misiones. — Parte para la Nueva Granada.

1. *Amen dico vobis, nemo est qui reliquit domum, aut parentes, aut fratres, aut uxorem, aut filios propter regnum Dei, et non recipiat multo plura in hoc tempore, et in sæculo venturo vitam æternam.*
(S. Luc., c. XVIII, v. 29 y 30.)

En verdad os digo que ninguno que haya abandonado casa, ó padres, ó hermanos, ó mujer, ó hijos, por el reino de Dios, dejará de recibir mucho más en este tiempo y en el siglo venidero de la vida eterna.

2. *Quamdiu enim de mundo sumus, debitores nos constat esse parentum; at postquam reliquimus nosmetipsos, multo magis ab eorum sollicitudine liberi sumus.* (S. Bernard., sup. cant., serm. XXVIII.)

Mientras permanecemos mundanos, nos consta que

estamos muy apegados á los parientes; pero después que nos despojamos de nosotros mismos, nos sentimos mucho más libres del apego que á aquéllos tenemos.

Las exhortaciones del hermano Rodríguez habían excitado en el corazón del santo joven un vivísimo deseo de consagrarse pronto á las misiones. Estando en Barcelona le parecía oír todavía la dulce voz del amado maestro que le repetía : « Si la gloria de Dios te interesa, ¡vete á las Indias!... Vete á salvar miles y miles de almas que se pierden, no porque lo quieran, sino porque no tienen guías ni maestros. »

Nunca se le quitaba de la imaginación la veneranda figura de Alfonso, y le parecía verlo, encendido el rostro, trémula la voz, húmedos los ojos, defender la causa de los pobres infieles, describir el estado de miseria en que se hallaban tantas almas esclavas del demonio, y quejarse del poco interés que había para sacarlas de tanta postración. Los consejos que Rodríguez le había dado, las manifestaciones que le había hecho, y sobre todo las últimas palabras de despedida que le había dirigido, le hacían comprender que Dios le destinaba á las misiones, que la Providencia divina lo quería ver figurar en el número de los apóstoles.

Aquella conmovedora exhortación que su hermano le había hecho con el cristo en la mano, mostrándoselo, y aquellas suavísimas palabras : « Sea él tu compañero inseparable en tus peregrinaciones apostólicas, tu sostén en los peligros y en los trabajos, tu indefectible consuelo en la vida, no menos que en la muerte », lo entusiasmaban y lo llenaban de ardor. Si se le hubiera dejado seguir sus ímpetus de caridad, habría volado de una vez á las Indias; pero bien sabía que su vocación debía ser sellada por la voluntad expresa de los superiores, para estar cierto de

que venía de Dios. Escribió, pues, al provincial suplicándole que lo destinara á las misiones y le concediera la suspirada gracia de ir á sacrificar su vida por el bien de las almas.

« Hace tiempo, decía en su carta, que Dios misericordioso está golpeando á la puerta de mi corazón, y yo se la he tenido cerrada hasta ahora. Reflexionando que de esto podría derivar algún daño á mi alma, he pensado no tardar más en oír y seguir la voz del Señor. Después de haber consultado con el director de mi conciencia, y de haber obtenido su permiso, me dirijo á V. R. rogándole por las entrañas de Jesucristo y por los dolores de María, que me admita en el número de los escogidos hijos, destinados al sublime ministerio del apostolado entre los gentiles. La voz del Señor que me llama á las misiones, se hace sentir muy vivamente en mi corazón y me estimula á abrazar el apostolado. Conozco que soy indigno de tanto favor, pero espero hacerme digno con la gracia de Dios. El abandonar á mis compañeros queridos, el dejar á la patria, el renunciar á ciertas comodidades, no me desaniman; con el auxilio del Cielo superaré todos los obstáculos que se me presenten.

» El deseo de salvar almas que costaron tanto á Cristo, es la sola cosa que me inspira. Estoy dispuesto á dar la sangre y la vida, con tal de evitar á uno de mis hermanos la eterna condenación. Dios, que ve mi corazón, conoce la sinceridad de mis anhelos. »

El espíritu verdaderamente apostólico que brillaba en esta carta, hizo mucha impresión en el padre provincial, quien hubiera satisfecho inmediatamente la petición del joven estudiante, si la prudencia no le hubiera sugerido que examinara bien su vocación y experimentara su constancia. Le contestó por consiguiente diciéndole que todavía

no era tiempo de realizar tan sublime idea, que primero debía concluír sus estudios, y que más tarde los superiores resolverían lo que debería hacerse. Le recomendaba al mismo tiempo que se aplicara con esmero y diligencia á adquirir conocimientos de teología.

Recibió humildemente el santo joven aquella resolución, no se quejó de la negativa, y con la mayor resignación continuó sus tareas escolares con el empeño que siempre había demostrado.

Así como en Gerona, en Tarragona y en Mallorca, así se portó también en Barcelona. Fué uno de los estudiantes más distinguidos, ora por su inteligencia, ora por su aplicación. Sin embargo, Pedro ponía mayor cuidado en avanzar en la virtud que en la ciencia. Trataba con sumo rigor su cuerpo delicado y débil ya por las penitencias y las mortificaciones. Su íntima unión con Dios le atraía especiales favores del Cielo. Su humildad hubiera querido esconderlos á los ojos de quienes los rodeaban, pero á veces el Señor permitía que éstos los notaran.

Pasaba un día con uno de sus condiscípulos por cierto lugar de la ciudad, donde san Ignacio había sido atacado villanamente y maltratado por unos jóvenes impíos, y el condiscípulo de Claver lo detuvo para recordarle ese acontecimiento.

« De veras, exclamó Pedro, ¡éste es el lugar donde fué golpeado nuestro padre Ignacio! ¡Oh, aquí maltrataron al santo fundador! ¡Aquí, aquí mismo! »

Y al repetir estas palabras levantó los ojos al cielo, y quedó absorto.

Bastante tiempo permaneció el Santo en aquel celestial adormecimiento. Nadie pudo saber lo que vió ni lo que experimentó en tan dichosos instantes, pero indeleble quedó la impresión en Pedro, tanto que bastada hablarle

de aquella solemne y feliz circunstancia, para que derramara lágrimas de consuelo y manifestara extraordinaria alegría.

El padre Gaspar Parrigas, que había tenido ocasión de conocer la virtud y la santidad de Pedro en Barcelona, escribió lo siguiente á uno de sus amigos, cuando recibió la noticia de su muerte.

«Durante el tiempo que estudié con el padre Claver en Barcelona, hubiera deseado ser su confesor para descubrir las grandes maravillas escondidas en ese fiel siervo de Dios. Puedo asegurar que siempre lo he tenido por santo y por un perfecto religioso. Era modesto, afable y cariñoso con todo el mundo. No se quejaba nunca de nadie: hablaba siempre de Dios, ó de cosas que contribuyeran al progreso espiritual de los que lo oían. Era el más humilde, el más obediente á los superiores, el más exacto en la observancia de la disciplina religiosa. No vacilo en afirmar que jamás lo vi quebrantar la más insignificante regla. Trataba de imitar en todo al buen Alfonso Rodriguez, de quien conservaba algunos pequeños libros escritos de su puño y letra; se reconocía en él el mismo espíritu de oración, la misma unión con Dios, las mismas mortificaciones, que se veían en el santo hermano. Así es que yo no extrañaría que habiendo llevado una vida tan ejemplar, haga milagros después de su muerte.»

Aunque viera Pedro muy lejana la esperanza de coronar sus deseos, con respecto á las misiones, después de la contestación que el padre provincial le había dado, no dejaba sin embargo de rogar á Dios para que inspirara á sus superiores que lo destinaran á las Indias occidentales.

Recordaba con frecuencia los dichos de Alfonso Rodriguez, leía y releía los escritos que éste le había rega-

lado, y procuraba prepararse á la vida apostólica con e ejercicio de todas las virtudes.

Transcurridos dos años ya desde la primera petición, volvió el Santo á suplicar que le escogieran para la evangelización de los esclavos de América. Si en la primera solicitud había dejado ver con la sencillez de su lenguaje que el espíritu de Dios lo movía á tan sublime decisión, en esta segunda manifestó tan ardiente anhelo de sacrificarse por el bien de las almas, que los superiores creyeron contrariar los designios de la divina Providencia no satisfaciendo inmediatamente los deseos del generoso joven. En efecto, he aquí cómo escribía el Santo:

« La voz del Misericordioso Señor que me invita á dedicarme á las misiones, continúa haciéndose oír en mi espíritu, y en vez de cesar un solo instante, va haciéndose cada día más fuerte. Por tanto, después de haber invocado á Dios con muchas oraciones, he resuelto dirigirme de nuevo á V. R. para obtener el suspirado permiso, con su paternal bendición que me acompañe en las dificultades en que suelen hallarse los que Dios llama por este camino.

» Dirá V. R. que soy importuno, que soy indiscreto, mas ¿qué quiere? ¿No son tal vez los importunos los que van al Cielo: *Violenti rapiunt illud?* ¿No fué escuchada la Cananea por su insistencia? ¿No se lee en el Evangelio: Pedid, y se os dará, golpead y se os abrirá? ¡Oh, oiga V. R. mis peticiones, escuche mis ruegos!

» Confiado en la bondad de su corazón de padre, me considero seguro de la gracia que solícito, y doy anticipadamente las gracias á V. R. »

No era posible hacer suspirar más á tan enérgica y decidida alma. El padre provincial, pues, llamado José de Villegas, le contestó diciendo que se preparara á partir para las Indias occidentales; pero que antes deseaba hi-

ciese una novena á la Virgen Santísima, para impetrar las gracias necesarias para un estado tan sublime.

Apenas leyó Pedro la contestación favorable, se arrodilló ante la estatua de la Virgen que tenía en su cuarto, y le dió fervorosamente las gracias por haberle obtenido tan insigne favor. Lleno de gratitud también hacia sus superiores, no pudo menos que manifestarla con esta magnífica carta dirigida al mismo padre Villegas:

« Profundamente convencido de la gracia inmensa que el Señor me ha acordado por conducto de V. R., siento la necesidad de manifestarle mi sincero agradecimiento. Que el Señor bendiga á V. R. y desciendan copiosamente sus favores sobre su alma: en mis cortas oraciones no dejaré de pedir semejante beneficio.

» Recibo como precepto el consejo que V. R. me da de invocar primero las gracias necesarias á mi vocación, haciendo una novena á la Virgen Santísima. La haré con el mayor empeño para que esta bendita Madre me ayude á ser un buen misionero, y pueda salvar muchas almas y llevarlas al Cielo, aunque se tratara de perder mi sangre y mi vida. »

Hacía pocos años que la Compañía de Jesús había establecido una provincia en la Nueva Granada, para atender á las necesidades espirituales de aquellas regiones; pero ya porque los principios siempre presentan muchas dificultades, ya porque los obreros eran muy escasos, aquellas misiones no habían tomado aún mucho incremento.

El reverendísimo padre Acquaviva, que á la sazón era el superior general de la Compañía, deseando la propagación del Evangelio en la América meridional, quiso dar realce á las varias provincias existentes en este vasto continente, y especialmente á la de la Nueva Granada, que era la más menesterosa de auxilios. Ordenó por consiguiente

el año de 1609 que todas las provincias de España escogieran algunos de sus religiosos más distinguidos en piedad é inteligencia, para mandarlos á reforzar las casas de América. Claver fué escogido por la provincia de Aragón: se le mandó que se transladara á Sevilla, donde encontraría á los demás padres destinados con él á las misiones de las Indias occidentales.

Alegre y festivo nuestro santo, entonó el *Benedictus* y tomó la vía de Sevilla.

Verdú, la patria de Claver, se encontraba á una legua del camino que de Barcelona conduce á Sevilla. Nada era más justo, nada más natural, que Pedro fuera á ver por última vez su preciosa cuna, á abrazar á su anciano padre, á dar el postrer adiós á su querida madre. Hay que conceder algo también á la carne, hay que pagar su tributo á la sangre; la naturaleza tiene sus exigencias, y algunas veces se hacen sentir con tanta violencia que es imposible resistir, es imposible oponerse. Por cierto que los vínculos de la sangre reclamarían sus derechos cuando Pedro pasaba cerca de Verdú, y excitarían una fuerte conmoción en su espíritu. Pero conociendo el santo joven que un verdadero apóstol debe tener el suficiente valor para obtener un completo triunfo de sí mismo, sabiendo que debe morir enteramente para el mundo, no quiso acceder á la justa exigencia de la naturaleza, que lo llamaba á la patria para ver y saludar á sus padres. Había oído referir muchas veces el acto heroico de Javier, que pasando cerca del castillo donde vivía la madre, y sabiendo que abandonaría para siempre á su patria, continuó sin embargo su camino y ofreció aquel sacrificio á Dios, para obtener en cambio mayor prontitud en seguirlo y amarlo. Imitó, pues, nuestro santo el sublime ejemplo dado ya por el más ilustre misionero de la Compañía, por el más grande héroe del

siglo diez y seis; renunció al consuelo de dar un último abrazo á sus ancianos padres, y solamente consintió en que uno de los compañeros fuera á llevarles la noticia de su partida. Muy afectuosas palabras y santos consejos dirigió éste á don Pedro y á doña Ana para consolarlos en la inefable pena, en el dolor profundo en que estaban sumergidos. Les habló de las eminentes virtudes del hijo, de los importantes servicios que prestaría á la Iglesia, de las almas que conquistaría para el reino de Cristo, de la participación que ellos tendrían también en sus méritos. Aquellos esposos verdaderamente cristianos recibieron con gran veneración al buen religioso, y renovaron el sacrificio que ya habían hecho, pidiendo al Señor que bendijera al amado hijo y lo ayudara en sus trabajos apostólicos.

Á principios del siglo diez y siete ya estaba bastante esparcida la religión católica en la América meridional. El majestuoso edificio de la Iglesia estaba levantado en todos los países de esta parte del nuevo continente. Había cinco arzobispados y veinte y siete obispados; sin embargo, en tanta extensión de territorio no era posible que treinta y dos prelados bastaran para las necesidades inmensas de las numerosas cristiandades que se estaban formando. La escasez, pues, de los obispos presentaba muchas veces graves dificultades para las órdenes sagradas de los jóvenes misioneros. Previendo esto el reverendo padre Mejía, que era el superior de los nuevos obreros de la Compañía destinados para la América, quiso que los jóvenes minoristas recibieran el subdiaconado en Sevilla antes de partir. Pero nuestro santo le suplicó retardase para él tan grande honor, del cual se creía indigno, y lo hizo con tales instancias, que el superior juzgó conveniente ceder á tan profunda humildad.

Después de una corta demora en Sevilla, los misioneros se embarcaron en el mes de abril de 1610.

En aquellos tiempos la navegación no era tan fácil ni tan rápida como actualmente. Los vapores no se conocían: había que abandonarse á la merced de los vientos, y entregarse en manos de la divina Providencia. Varios meses se empleaban en la travesía del Atlántico, que se hace ahora en doce días. ¿Cómo pasar tanto tiempo ociosamente? ¿Cómo dejar de santificar tan largo viaje? Bien presto encontró el celo de Pedro en qué ocuparse. Tomó á su cuidado los enfermos del buque. Les llevaba la comida, les daba los remedios, los asistía con el cariño que un hermano hubiera tenido con sus hermanos. Cuando veía á alguno en peligro de muerte, lo exhortaba á recibir los santos sacramentos, lo preparaba él mismo, le sugería actos de fe, de esperanza y de caridad, y después llamaba á uno de los compañeros sacerdotes para que oyera la confesión de ese infeliz y le administrara la extremaunción. Como lo habían obligado á comer en la mesa del capitán, aprovechaba este favor para poner aparte los alimentos más exquisitos y darlos á sus queridos enfermos.

¡Ya ha comenzado Pedro su apostolado, ya ha principiado la vida de absoluto sacrificio que lo elevará al honor de los altares!

Al paso que su ardiente caridad asistía á los enfermos, no descuidaba á los buenos. En efecto, había establecido sus horas para ciertos ejercicios de piedad que hacía todos los días con los marineros y demás empleados del buque. Los reunía en derredor suyo, les explicaba con sencillez la doctrina cristiana, les dirigía palabras suaves para infundirles el amor de Dios y estimularlos á la práctica de la virtud de sus oyentes. También les hacía rezar el santo rosario, oración por la cual tenía Pedro un afecto especial.

Los trataba á todos con suma amabilidad, y usaba las maneras más finas aun con los pecadores, bien que en sus pláticas no dejara de atacar el vicio. Empleaba expresiones tan fuertes, que revelaban un odio implacable al pecado.

Los oficiales del buque, acostumbrados á pronunciar palabras indecentes ó demasiado libres, tenían cuidado de no hacerlo delante de él, pues sabían que los reprendía todas veces que los oía. Cuando algún marinero, olvidando por un instante las sabias máximas enseñadas en la explicación de la Doctrina, se abandonaba á la ira ó á la cólera, bastaba para calmarlo decirle que se llamaría al padre Pedro.

No era solamente á los empleados del buque á quienes imponía la virtud del Santo, sino también á los demás pasajeros, los cuales admiraban su angelical modestia, su amable trato, su tierna caridad.

Los demás misioneros lo consideraban como el modelo del buen religioso, lo tenían como el ángel tutelar de aquel viaje; y persuadidos de que ningún peligro podrían correr estando con él, lo veneraban como un santo.

El padre Mejía iba directamente al Perú y tenía la comisión de llevar á otro religioso distinguido, ora por su piedad, ora por su inteligencia. Inmediatamente fijó la mirada en Claver, y le manifestó el deseo que tenía de llevarlo consigo, para que lo ayudara con sus excelentes cualidades.

Confundido Pedro por el buen concepto que el superior se había formado de él, rogó fervorosamente al Señor para que disuadiera al padre Mejía de la resolución tomada. Dios oyó sus súplicas, el reverendo Padre no volvió á tocar el asunto y dejó que Claver siguiera para su primitivo destino, es decir, para Cartagena.

Se aproximaba el término del viaje: poco distaba la noble, la generosa, la afortunada ciudad que debía ser fecundada por los sudores de tan sublime apóstol, de tan grande héroe, de tan ínclito mártir.

CAPÍTULO VII

San Pedro llega á Cartagena. — Va á Bogotá. — Es enviado á Tunja y de nuevo á Cartagena. — Descripción de esta ciudad. — Los esclavos.

1. *In Negranatense Australis Americæ regnum, moderatorum jussu, transmissus. . sacrarum disciplinarum cursum in urbe Sanctæ Fidei Bogotensi confecit. Inde Carthaginem ad oram maris Atlantici missus, in illo emporio rudibus et barbaris hominibus ex Africa adductis et per vim de libertate in servitutem dejectis, se omnesque vitæ suæ rationes, interposita etiam sacramenti fide plane devovit.* (Brev.)

Fué enviado al reino de Nueva Granada, en la América del Sur, concluyó sus estudios eclesiásticos en Santa Fe de Bogotá. Después fué enviado á Cartagena, situada en la orilla del Atlántico. En aquel emporio consagró enteramente su vida, obligándose hasta con juramento al servicio de Dios.

2. *Et vos, domini, eadem facite illis, remittentes minas, scientes quia illorum et vester Dominus est in cœlis et personarum acceptio non est apud eum.*

(S. Paul. ad Eph., c. VI, v. 9.)

Y vosotros, ¡oh amos! haced con vostros siervos estas mismas cosas, abandonando las amenazas, ya que sabéis que el verdadero Señor de ellos, que es el mismo vuestro, está en los Cielos, y que para él no hay distinción de personas.

El buque que llevaba al Santo estaba ya enfrente de Cartagena. Lindo es el panorama que esta ciudad presenta á los ojos de los viajeros. Sus fuertes murallas, sus elevadas torres, sus majestuosos edificios, le dan un bello aspecto y recrean la vista de los que la contemplan deste el mar.

Todos la saludaron á bordo con actos de júbilo, pero particularmente se vió resplandecer una alegría indefinida en el rostro de nuestro santo joven. ¡Ah! ¡Pedro se regocijaba al ver que tenía muy cerca un vasto campo de fatigas y de dolores, se entusiasmaba sabiendo que allí había miles y miles de almas que convertir y santificar!

Apenas saltó á tierra se postró, besó aquel suelo que debía bañar tantas veces con sus sudores, y derramando lágrimas de consuelo exclamó: «Dios mío, ¡cuánta bondad habéis tenido con vuestro indigno siervo! ¡Me habéis llevado al lugar suspirado por tantos años! Alabado sea vuestro nombre: mil gracias os doy por un tan grande beneficio; pero cumplid ahora vuestra obra. Dadme fuerzas para corresponder á vuestra gracia y consagrarme exclusivamente á vuestro servicio. La mayor gloria vuestra y el bien espiritual de las almas son los anhelos de mi corazón. Estoy dispuesto á todo sacrificio, pero me siento débil, las fuerzas me faltan: necesito vuestro auxilio, que invoco humildemente.»

Después de esta corta oración se dirigió al convento de los jesuitas, donde fue recibido con gran fiesta. Todos los buenos padres lo rodearon con cortesía, lo trataron con benevolencia y le dieron mil pruebas de sincero afecto.

Tales manifestaciones de religiosa caridad y de fiel amor con que fue acogido en la casa de Cartagena, lo ligaron más estrechamente á la Compañía y le hicieron más grata su vocación, conociendo el admirable espíritu del instituto, que á pesar de tanta distancia de lugares y diversidad de países, los una á todos como hermanos.

Pero todavía no había llegado para el Santo la hora de comenzar sus trabajos en Cartagena: debía prepararse con algunas pruebas antes de consagrarse al sublime y largo apostolado que tantas coronas le mereció para el Cielo. En

efecto, á los pocos días de haber llegado recibió la orden de salir para *Santa Fe de Bogotá*, capital de la provincia, á fin de continuar allá sus estudios de teología.

Si hoy el viaje de Cartagena á Bogotá es relativamente cómodo y rápido, no era lo mismo en aquellos tiempos. Aquél era un viaje penosísimo y muy peligroso, especialmente para un extranjero recién llegado al país, ora por la inclemencia del clima, ora por los numerosos insectos cuyas picaduras molestan excesivamente, ora por los miasmas deletéreos del río Magdalena. Cuatro ó cinco meses se empleaban para ir de esta ciudad á la capital. Los vehículos más cómodos para subir el río, eran ciertas embarcaciones llamadas *champanes*.

El *champán* tenía la forma de una canoa bastante larga y ancha. Estaba cubierto con una tolda de paja que protegía á los viajeros del sol y de la lluvia. Los conductores de la embarcación la dirigían desde arriba de la tolda. Se llamaban *bogas*, nombre que han conservado hasta hoy los tripulantes de embarcaciones. Cuando se viajaba según la corriente, el trabajo de los *bogas* no era gran cosa, pero cuando se trataba de subir el río, y había necesidad de vencer la corriente, entonces el trabajo era extraordinariamente pesado, pues se veían obligados á superar la fuerza del agua, empujando para adelante con largas palancas la embarcación. Fácilmente se comprende que así no podían ser expeditas las comunicaciones, ni agradables los viajes.

Los pasajeros tenían que soportar un calor abrasador y una sofocación insufrible, especialmente desde el medio día hasta poco antes de ponerse el sol. Algunas veces, no pudiendo los mismos bogas resistir á la fatiga, tenían que pararse para descansar unas horas.

Jamás pronunció el joven Claver una sola palabra de queja durante tan largo y trabajoso camino. Soportó todos

aquellos inconvenientes con la paciencia y resignación de un santo. Los que lo acompañaban aseguraron, después, que siempre alegre animaba á los compañeros á dar gracias á Dios por la bella ocasión que se les había ofrecido de sufrir algo por su amor.

Los negros que encontraba en el camino eran el objeto de sus cuidados. Todas las veces que se quedaban en algún pueblecito, iba á buscarlos, los reunía y suplicaba á un padre que les explicara la doctrina cristiana, pues él se creía indigno de evangelizar á esos pobres esclavos, antes de haber recibido tal misión de sus superiores.

Por fin llegó Pedro á Santa Fe de Bogotá. El colegio que la Compañía había establecido en esa capital, no estaba todavía bien montado. El personal era muy reducido, las rentas eran escasas, por consiguiente no se habían podido abrir las clases de teología, como se había pensado. Se empleó entonces el Santo en todos los oficios de hermano coadjutor. Con el mayor empeño se consagró al servicio de los demás padres, como el último criado. Cocinaba, barría, mantenía el aseo en la casa, asistía á los enfermos atendía á la despensa y hacía también las veces de portero.

Pero su humildad en esta ocasión iba á causar gravísimo perjuicio á la Compañía y á multitud de almas: porque creyendo Claver que aquél era su puesto, tuvo la idea de no continuar en la carrera sacerdotal, y quedarse como hermano coadjutor. Escribió al superior manifestándole su pensamiento, y diciéndole que Dios lo había colocado en semejante situación para hacerle comprender su incapacidad de servirle como sacerdote, y convencerle de que ese estado le convenía más para el bien de su alma. El padre provincial, que conocía los méritos del joven Claver, le contestó claramente que la voluntad de Dios era la manifestada por los superiores, y que éstos lo obli-

gaban en virtud de santa obediencia á seguir sus estudios eclesiásticos.

Cabalmente en aquella época se abrían los cursos teológicos, y nuestro santo, que no sabía sino obedecer, volvió á las tareas escolares interrumpidas por casi un año.

Distinguióse también en Bogotá, como lo había hecho en los demás lugares donde había estado estudiando, y sostuvo admirablemente la reputación de inteligente y discreto que lo había precedido.

Un gran consuelo preparaba Dios al santo joven. El reverendo padre Antonio Agustín, que había sido su primer profesor de teología en Barcelona, después de haber ocupado un honroso encargo en Roma, fué enviado á Bogotá. Apenas tuvo noticia Claver de la llegada de tan venerando padre, se alegró grandemente y resolvió escogerlo por su confesor. También se llenó de júbilo éste cuando vió á su querido discípulo Pedro, cuyas prendas había admirado en el colegio de Barcelona.

Dos años permaneció en Bogotá, estudiando con grande interés los tratados de teología que aun le faltaban. Inútil es hablar de los progresos que Pedro hizo durante ese tiempo, pues su bella inteligencia y su aplicación asidua no podían menos que dar brillantes resultados. Y á la verdad, en el examen que sostuvo al concluír sus cursos, dió pruebas de haber adquirido una profunda ciencia. Pero más que en todo, Pedro había adelantado en otra ciencia, la ciencia del amor divino, que tiene por base la humildad; y cuando los condiscípulos lo felicitaron por el buen éxito de los certámenes, les contestó como para disminuír el mérito de sus acertadas respuestas:

« Oh, Dios mío, ¿acaso es menester saber mucha teología para recibir las órdenes y catequizar á unos pobres negros? »

Y habiéndosele dicho por algunos que lo habian examinado muy escrupulosamente para saber si podia ser admitido tan joven á la profesión, repuso humildemente:

«Si lo hubiera sabido, no hubiera contestado absolutamente nada, para que se persuadieran mis superiores de que soy enteramente indigno de tanto honor.

Parece que el Señor quisiera perfeccionar primero con el ejercicio de la humildad, á aquellos de sus hijos á quienes escoge para grandes obras. Claver no solamente tenia virtud suficiente para ser admitido á la profesion, sino que podia ser propuesto como modelo de virtudes á religiosos ya provectos y adelantados en la perfeccion: sin embargo, se juzgaba indigno de semejante honor y declaraba su indignidad delante de todos. Pero aquella sentencia que salió de la boca de la verdad misma: *El que se humilla será exaltado*[1], tenia que verificarse algun dia, por eso vemos hoy al humilde apostol de los negros, coronado de la aureola de los santos.

No era en Bogotá donde debia hacer su profesión. Esta gracia le estaba reservada para más tarde, cuando ya se encontrara en el vasto campo de sus apostólicas labores; este consuelo debia tenerlo en la ciudad afortunada donde habia de alquirir sus mayores triunfos.

Apenas concluyó los estudios de teología, fue enviado á Tunja para estar algún tiempo con los novicios, y, al paso que les sirviera á estos de ejemplo, se preparase también él mismo á la gran mision que se le debia confiar. Muy poco tiempo tenia de haber sido fundado aquel noviciado en Tunja para las vocaciones de la Nueva Granada: se queria por consiguiente arraigar profundamente en la casa el amor á la virtud y á la observancia religiosa. Como de

[1] *Qui se humiliat exaltabitur.* (S. Mat., c. XXIII, v. 12.)

allí habían de salir todos los miembros de las demás casas, era claro que con preferencia debían cuidar los superiores de que allí peculiarmente se amara la perfección y se emplearan todos los medios para alcanzarla. Nuestro santo fué escogido para que contribuyera con su ejemplar conducta á tan noble fin, infundiendo el deseo de las más bellas virtudes en los jóvenes aspirantes. Un año estuvo en Tunja, edificando á todo el mundo con su puntualidad y exactitud en el cumplimiento de los propios deberes. Después de este tiempo recibió orden de trasladarse á Cartagena.

Se puso en camino inmediatamente, y en noviembre de 1645 llegó á esta noble ciudad.

¡Oh dichosa Cartagena, regocíjate, pues un padre amoroso, un bienhechor insigne, un protector decidido, viene para salvarte! ¡Regocíjate, pues aquel oscuro y humilde fraile cubierto con tosco sayo, que no advertido por la muchedumbre atraviesa tus plazas y tus calles, formará un día tu mayor gloria! ¡Regocíjate, pues el abnegado apóstol Claver está ya en tu seno!

¡Levanta orgullosa la frente, *heroica* ciudad, porque de hoy en adelante te convendrá doblemente tan glorioso título! No solamente te lo ha conquistado el valor de tus hijos, sino también el sacrificio y el martirio del nuevo héroe, ¡más noble y más grande que todos los héroes que has visto recorriendo tus elevados muros! Los unos han sabido combatir y vencer á tus enemigos materiales, pero el otro ha sabido rechazar y debelar á tus enemigos espirituales, ¡mil veces más fuertes y más poderosos!

Seanos permitido aquí suspender por un instante la narración de las virtudes del Santo, para dar una ojeada al campo de sus trabajos.

Las cosas del mundo están todas sujetas á la misma

suerte. Principian, se desarrollan, llegan á su apogeo, después declinan y se acaban. Los afamados imperios de la antigüedad, las grandes naciones de los tiempos modernos, nos prueban verdad tan solemne. Es ésta la historia de todas las humanas grandezas. Ésta fué también la historia de nuestra Cartagena. Comenzó en la oscuridad, se fundó por algunos soldados, fué poco á poco aumentando en fuerza, poder y riqueza, obtuvo un nombre universal, sobresalió sobre todas las demás ciudades, llegó á ser reina de la América meridional, pero también principió á declinar, hasta que cayó en el estado de postración en que la contemplamos hoy. En la época de san Pedro Claver hallábase Cartagena en el apogeo de su grandeza.

La ciudad está situada entre el décimo y el undécimo grado de latitud norte, y á los setenta y cinco grados de longitud al occidente del meridiano de Greenwich. Antiguamente daba su nombre á una extensa provincia ó departamento colocado entre el gran río Magdalena y el golfo del Darién.

La localidad se compone de dos partes que forman admirable armonía, consideradas en su conjunto, pero que son muy distintas: la ciudad propiamente dicha, y su barrio ó arrabal, llamado *Getsemani*.

La parte principal tiene la forma de un cuadrilongo irregular, con los extremos inclinados hacia el nordeste y hacia el sudoeste, y los dos lados de mayor longitud dando frente, el exterior á la alta mar, y el interior al arrabal de *Getsemani*.

La otra parte tiene la forma de un triángulo cuya base está formada por el costado interior de la ciudad y cuyo vértice se extiende hacia el sudoeste, bañado por las aguas de la bahía.

La ciudad y el arrabal están separados por una gran

muralla y por un canal que liga la ciénaga llamada de *Chambacú* al nordeste, con el *Puerto* al sud, pero se comunican perfectamente por una puerta llamada *Boca del Puente* y un puente construído sobre el expresado canal.

Los españoles, que habían escogido á Cartagena como emporio de todo el comercio de la América meridional, pensaron fortificarla debidamente. La rodearon, pues, de sólidas y majestuosas murallas que, aun después de haber desafiado por siglos la destructora influencia del tiempo y las balas de poderosos enemigos, imponen al que las contempla. Sumas fabulosas ($ 39.000.000) parece que se gastaron en tamaña obra, pero bien valía la pena de que la Península no reparara en economías, tratándose de proteger contra los asaltos de enemigas huestes á la ciudad *del oro* y *de los tesoros*.

También la defendieron por el lado de tierra, construyendo en una colina situada al este de la ciudad un hermosísimo fuerte llamado de *San Felipe de Barajas*, que costó once millones de pesos, y por el lado del mar edificando un famoso castillo, precisamente en la entrada de la bahía, al cual dieron el nombre de *San Fernando*. Dos castillos más, uno enfrente de otro, dominan enteramente la bahía. *Manzanillo* se llama el que está al este, *Castillo grande* el que está al oeste.

La bahía de Cartagena es una de las más grandes, bellas y seguras de la América; bien protegida de todo viento, siempre está en perfecta calma. Comunícase con el mar por dos *bocas*. Denominase *boca grande* la una, y *boca chica* la otra. Fué cerrada la primera por medio de una escollera de enormes piedras, para impedir la entrada de buques enemigos en caso de guerra, y la segunda está bien defendida por el fuerte de San Fernando arriba mencionado.

Mucho se exagera la insalubridad del *clima de Cartagena*. Es sumamente extraño que casi todos los historiógrafos de san Pedro Claver hagan descripciones horribles á este respecto. Parece como que para dar más realce á las virtudes del heroico siervo de Dios, han querido representar aun más escabroso de lo que realmente era, el campo donde trabajó tantos años y con tan admirable perseverancia. Pero á decir verdad, es ésta una mal entendida manera de alabar, que lejos de servir para el fin que se proponen, lo perjudica grandemente. Demasiado alto hablan de nuestro héroe sus hazañas; y las extraordinarias virtudes que practicó con tanta perfección, son demasiado evidentes para darnos una idea de sus inmensos méritos. ¿Para qué, pues, recurrir á ridículas exageraciones, á fin de que resalte el heroísmo de un santo?

No queriendo ser prolijos en citar cuanto los diferentes autores dicen del clima de Cartagena, nos limitamos á á reproducir la descripción que hace el reverendo padre Fleuriau:

«Los calores, escribe, son allí excesivos, las lluvias tan frecuentes, el aire tan mal sano, que solamente la *extrema codicia* ó un *sublime celo* pueden atraer á los extranjeros y hacerles soportable la estadía. Desde el principio de diciembre hasta fines de marzo, sopla un viento del norte, ó brisa, bastante frío, al cual los extranjeros acostumbrados á un cielo menos abrasador, se acomodan gustosos, pero este cambio repentino de temperatura produce tales revoluciones en los naturales del país, que muchos caen enfermos. Entonces los árboles de los alrededores, especialmente los que están sobre las montañas, pierden toda su fuerza y se secan, los campos quedan desolados y la tierra no produce casi nada. Durante los otros ocho meses

del año, el sol es como fuego ardiente, insoportable á los mismos *españoles* que se acostumbran fácilmente á todos los demás climas. El calor penetra á los aposentos más retirados y los convierte en estufas. Los recién llegados caen poco á poco en una languidez que les quita completamente el apetito, y están sujetos á tan numerosos y deplorables accidentes, que á cada instante creen estar cercano el momento de la muerte. Lo que hay de más triste es que las lluvias son entonces muy abundantes, pero lejos de disminuir el calor, parece que contribuyen á hacerlo más sofocante. De estas dos causas reunidas nacen tres graves inconvenientes, á saber, enfermedades extraordinarias y desconocidas, que en corto tiempo concluyen con los temperamentos más robustos; grandes cantidades de mosquitos, moscas y otros *insectos volátiles*, contra los cuales de poco sirven los más espesos vestidos, y cuyas crueles picaduras siempre levantan ampollas envenenadas y dolorosísimas; por fin, unos huracanes y truenos tan violentos, acompañados por torrentes de lluvia tan extraordinarios, que *hacen perecer una infinidad* de hombres... Además, el suelo es tan estéril por sí mismo, que es preciso traer de otra parte todo lo necesario para la vida. Y como las frecuentes tempestades mantienen siempre borrascosos los vecinos mares, carecen aquellos habitantes de todo, aunque suelen tener en abundancia oro y plata. Un clima tan repugnante á la naturaleza no ha arredrado la insaciable avidez de dinero. »

¿Quién no encuentra en estas líneas las más extravagantes exageraciones? Por más que hayan variado las causas meteorológicas que tales fenómenos producían, no se puede menos que reconocer en semejante descripción el juego de una vivísima imaginación, que contemplando, desde lejos el campo de las fatigas de Clavet, con poéticos

vuelos narra dificultades existentes é inventa otras que en su concepto debían existir.

Por cierto es en extremo sensible que tales informes sobre el clima de Cartagena hayan circulado y circulen aún entre los buenos, porque causan gran perjuicio á esta pobre ciudad y diócesis. ¡Cuántos celosos sacerdotes, animados por el espíritu de Cristo, vendrían tal vez á ayudarnos en el ejercicio del sagrado ministerio, si no fueran detenidos por tan exageradas noticias que encuentran en los libros!

Sí, hay calores excesivos, pero nunca producen en los extranjeros la languidez que el padre Fleuriau describe, nunca causan tales accidentes que le parezca á uno estar ya al borde del sepulcro. Hay moscas y mosquitos en abundancia, pero líbrenos Dios de tener que cubrirnos con pesado paño para defendernos de sus picaduras. Aquellos tan temibles insectos volátiles cuya trompa pasa los más espesos vestidos, se habrán ido probablemente en busca de otras tierras, pues ya en Cartagena no se conocen.

Preséntanse de cuanto en cuando temporales, y huracanes espantosos si se quiere, pero nunca al salir después de las tormentas, hemos encontrado un solo cadáver en las calles que el buen padre Fleuriau deja suponer sembradas de infelices, muertos por las centellas y las aguas. Nunca hemos visto perecer, ni siquiera en las casas, un individuo, á consecuencia de las tempestades.

Se dice que el suelo es sumamente estéril y que es preciso traer de otras partes lo necesario para la vida. ¡Cuantás fábulas!

Hablan otros autores de una espantosa mortandad que siempre reina en Cartagena, y hacen suponer que son tantas y tan terribles las enfermedades dominantes, que no es posible para un extranjero permanecer aquí unos

pocos meses sin correr riesgo de perder la vida. ¡Cuán enorme falsedad! ¡No entienden los que tanto exageran lo mal sano de este clima, que caen en evidente contradicción? ¿No ha vivido el mismo san Pedro, de quien se ocupan en sus escritos, cuarenta años en Cartagena? Y nótese que el gran apóstol, lejos de llevar una vida tranquila, se sometió á las más duras fatigas y trabajos. Antes, no bastándole los sufrimientos y penalidades que el ejercicio de su ministerio le proporcionaba, añadía también durísimas penitencias y maceraciones. ¿No han vivido aún años, muchos extranjeros en esta ciudad, que gozan de una perfecta salud?

Se muere en Cartagena como en todas partes del mundo Es cierto que hay enfermedades de carácter maligno, cierto que hay fiebres tan perniciosas que se llevan al más gallardo mancebo en dos y tres días, es cierto que se pr sentan á veces casos de fiebre amarilla; pero ¿acaso en las otras partes del globo no está sujeta la pobre humanidad á miserias iguales, á calamidades peores aún?

Afirma el padre Fleuriau que las brisas causan en Cartagena grandes revoluciones en el organismo. Hoy también reinan las brisas, hoy también se hacen sentir bastante fuertes, especialmente en los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, y fácilmente se resfría uno cuando se descuida; pero jamás hemos sabido que se haya alterado la organización de los forasteros ni de los indígenas. Por el contrario, son éstos los meses más saludables.

Una sola cosa nota el extranjero recién llegado á esta ciudad: experimenta por la mañana un gran cansancio, un decaimiento general de fuerzas, no siente su natural agilidad en los nervios, le parece tener una especie de capa encima que le impide la ligereza de los movimien-

tos, pero todo desaparece apenas se desayuna, y poco á poco va acostumbrándose uno de tal manera, que ya no está sujeto tampoco á estas desagradables sensaciones.

No queremos sin embargo hacer un gran cargo á los antiguos historiógrafos de san Pedro Claver, por haber caído en semejantes exageraciones, pues no es extraño que se hayan engañado. Si actualmente con la comunicaciones tan rápidas que tenemos, con la facilidad tan grande con que pueden averiguarse las cosas, todavía goza esta ciudad una *pésima reputación* en Europa con respecto al clima: si todavía se considera como *infernal* su *temperatura*, y se cree que un misionero destinado á Cartagena es enviado al sacrificio, ¿cómo es posible que no se exagerara en aquellos tiempos, en que difícilmente podían transmitirse noticias exactas del nuevo al viejo mundo? No tratamos, pues, de hacer inculpaciones al reverendo padre Fleuriau y demás autores, por las hiperbólicas ideas emitidas acerca del clima de Cartagena; queremos solamente detenernos algo sobre este punto para evitar falsas suposiciones, y para desimpresionar á los que tales descripciones hayan encontrado en la vidas del Santo escritas hasta ahora.

Cartagena era entonces el puerto de mayor tráfico de toda la América meridional. Aquí hacían escala todos los buques que venían de Méjico, del Perú, del Ecuador, de Chile, de las Antillas, de la península Ibérica y de las costas africanas.

Una de las principales fuentes del comercio era la trata de los negros. Considerabilísimas ganancias hacían los negociantes con aquel vedado tráfico de carne humana. Iban á buscar los esclavos á las costas de la Guinea, de Angola, del Congo, y también del interior del África, donde aquellos infelices estaban continuamente en guerra

unos con otros. Los vencedores, negros como lo vencidos, llevaban á éstos al mercado y los vendían por vino, aceite ú otras provisiones, de las cuales carecían. Comunmente se compraba un esclavo por cuatro ó cinco pesos, y se vendía en Cartagena por doscientos y aun trescientos duros. Por millares se contaban las pobres víctimas que todos los años se traían á este puerto.

Muchas y muy distintas eran las *razas* de la *esclavos*. Solamente en las costas de Guinea se enumeraban treinta, cada una de las cuales tenía su lengua y sus costumbres particulares.

Los que eran más robustos, mejor formados y más valientes, generalmente carecían de inteligencia, eran sumamente salvajes, casi indomitos é intratables. Grandes dificultades se encontraban para instruirlos y enseñarles los rudimentos de la Doctrina.

Pero la mayor parte de los esclavos que eran traídos á Cartagena, venían del Congo y de Angola. Eran éstos bastante dóciles, tenían un carácter manso y se inclinaban á la religión. Abrazaban fácilmente el cristianismo, y cuando comprendían los misterios de amor que nuestra fé enseña, se volvían fervientes católicos; pero al principio eran también muy ignorantes. Á veces cuando veían administrar el santo bautismo, los que ya lo habían recibido en sus países se ponían en las filas de los otros y se arrodillaban para *recibir de nuevo* este sacramento, creyendo hacer una acción muy meritoria.

Sus mujeres se presentaban en público menos indecentemente que las de las otras razas. Se cubrían con grandes cortezas de árboles.

Los demás se compraban en las islas de Santo Tomás, de Carabal, de Arda y de Mina. Había entre ellos algunas tribus de antropofagos. Mostrábanse éstos tan ávidos de

carne humana, que en algunos casos se comían hasta los propios hijos. Eran los más estúpidos y más embrutecidos entre los negros: sin embargo, cuando se convertían á la fe católica eran los más asiduos y exactos en el cumplimiento de los deberes religiosos.

El vil precio por que se conseguían los esclavos, demuestra evidentemente cuán poco caso se hacía de esa gran parte de la humanidad. Á veces con dos ó tres pedazos de cuero de res se compraba un negro.

Un sinnúmero de comerciantes adquiría inmensas fortunas con los sudores y también con la sangre de esos infelices.

Á ellos eran adjudicados los trabajos más pesados, y la recompensa que se les tenía preparada generalmente consistía en el *fuete* y el *azote*.

¡Tristes frutos de la esclavitud!

CAPÍTULO VIII

La esclavitud, sancionada por la filosofía y la religion pagana, fue combatida y abolida por la Iglesia católica. — El Santo empieza á trabajar en favor de los esclavos. — Es ordenado sacerdote.

1. *O extrema conditio servitutis! natura liberos genuit sed fortuna servos constituit: servus cogitur pati et nemo sinitur compati; dolere compellitur, et nemo condolere permittitur. Sic ipse verus servus est, aliena vivere quadra.* (Innocent., de vilit. cond. hum.)

¡Oh mísera condición de la esclavitud! La naturaleza ha engendrado seres libres, pero la fortuna ha establecido siervos; se obliga al esclavo á sufrir, y á nadie se permite compadecerlo; se agobia con dolores, y á nadie se consiente tenerle compasión. Así es propio del siervo vivir á expensas ajenas.

2. El hombre no será libertado de la esclavitud del hombre sino por el Hombre-Dios, quien los redimirá á todos y á cada uno con su propia sangre y les dará este nuevo mandamiento: «Amaos los unos á los otros como yo mismo os he amado, y quien quiera entre vosotros ser más grande será vuestro ministro, y quien desee ser el primero será vuestro siervo.»

(Rohrbácher, Hist. Un. de la Igl., t. II, p. 220.)

3. *Domini, quod justum est et æquum servis præstate, scientes quod et vos Dominum habetis in cælo.*

(S. Paul. ad Colos., c. IV, v. 1.)

Vosotros, señores, haced con vuestros siervos lo que es de justicia y equidad sabiendo que también tenéis Señor en el Cielo.

La esclavitud, que solamente el cristianismo con sus sanas máximas, y la Iglesia con sus sabios preceptos, han podido desterrar del mundo, no era considerada en la antigüedad sino como cosa lícita y justa. Aquel abominable comercio de la humanidad, tan humillante para los comprados siervos como para los compradores dueños, había sido introducido, aprobado y sancionado por el paganismo con los más especiosos argumentos. No sólo la práctica común de los grandes, sino los asertos de los filósofos y de los hombres más distinguidos en la religión pagana, arraigaron tan profundamente el error de que la esclavitud era permitida, y aun necesaria, que no bastaron á la Iglesia quince siglos de trabajos para persuadir á las masas de lo contrario.

En nuestros días nos horroriza pensar que un hombre venda ó compre á otro, como se hace con los irracionales; pero no acontecía así antiguamente. Nada de extraño tenía que la carne humana fuera también objeto de contratos como cualquiera otra cosa. Los mismos personajes dotados de gran talento, los perspicaces filósofos que penetraban los misterios de la ciencia, no hallaban injusta esta clase de tráfico. La historia de Grecia nos ofrece una evidente pero espantosa prueba. Era la Grecia el más

libre, el más ilustrado, el más civilizado país del mundo, y sin embargo, véase cuán triste cuadro nos pinta Rohrbácher de esa gran nación:

« Atenas encerraba en sus muros cuatrocientos mil esclavos y sólo treinta mil libres. Más: de estos treinta mil había diez mil que aunque no fueran esclavos no gozaban de los derechos de ciudadanos; lo cual en resumen demuestra que allí había veinte esclavos por cada hombre libre. En Esparta, los esclavos eran todavía más numerosos, y lo que es peor, más duramente tratados que en otras partes. Un pueblo entero (los *ilotas*) se veían reducidos á pública y privada esclavitud. Se les daba todos los años cierto número de latigazos, sin haberlos merecido, simplemente para recordarles que eran siervos. Y si alguno de esos infelices, por la nobleza del semblante ó la elegancia de la persona, daba muestras de superioridad en su mísera condición, era condenado á muerte. A veces, para prevenir las rebeliones, cuando el número era muy crecido, los magistrados de Lacedemonia escogían á los más valientes y atrevidos jóvenes ciudadanos, y los enviaban armados de pie á cabeza para destruir á los ilotas. De tan bárbara manera fueron muertos dos mil esclavos en una sola noche. Parece que los tesalios, que se jactaban de ser los más libres entre los griegos, eran los que tenían mayor cantidad de esclavos. También entre ellos existía un pueblo entero de siervos, á saber, los *penestes*. Sus dueños los consideraban como un buen artículo de comercio, y los vendían á las demás naciones [1]. »

Si esto sucedía en el país que marchaba á la vanguardia de la civilización pagana, ¿qué sería en los demás que los griegos llamaban bárbaros? La masa de gente á que damos

[1] Rohrbácher. *Historia Universal de la Iglesia Católica*, t. II, p. 219

el nombre de *pueblo* hoy día, no era *pueblo* entonces; no se enumeraba entre los ciudadanos, ni tampoco entre los hombres: contábase en el número de las *cosas*, de los *útiles* que se compraban y vendían; por lo cual Aristóteles, con su tradicional exactitud de expresión, definía al esclavo *una propiedad viviente*, *un instrumento animado* [1].

Los romanos siguieron en todo el ejemplo de los griegos, y la historia de aquel pueblo austero y cruel nos asegura que el número de los esclavos creció tanto, que pudieron mover desastrosas guerras contra los libres, y sostener sangrientos combates contra los dueños. Ciento treinta y siete años antes de la venida de Jesucristo, se levantó un ejército de siervos á reclamar inútilmente pretendidos derechos, y guiado por un *sirio* llamado *Euno*, tuvo ocupadas las poderosas legiones romanas en perseguirlo, por el largo espacio de cuatro años. Treinta y un años después otras hordas de esclavos amenazan á la República romana; y solamente tras horrorosas y reñidas peleas, pueden ser debeladas por Marcos Aquilio, el cual sofoca la rebelión con el exterminio de un *millón* de esos infelices. ¿No se ha visto á un *Espartaco* reunir suficiente número de siervos para organizar temibles batallones que derrotaron á dos cónsules?

La esclavitud siempre estuvo de moda en el paganismo. ¿Cómo no había de ser así? ¿Qué hacía la religión de los dioses para impedir ese crimen? ¿Con qué argumentos anatematizaban los filósofos y sacerdotes paganos el tráfico de carne humana? ¿No fueron acaso los príncipes de la filosofía y de la moral, idólatras que fomentaron la esclavitud y la autorizaron con sus monstruosas teorías? Aristóteles decía que hay esclavos *por naturaleza*, y argumen-

[1] *De Republ.*, lib. I, cap. IV.

taba de la manera siguiente: « El derecho de mandar y la obligación de obedecer, como que tienen por fin el bien común, son determinados por la naturaleza. El que en la sociedad civil hace las veces de alma en el individuo, y es capaz por su inteligencia de prever, es *naturalmente jefe y señor*; el que en la misma sociedad civil hace las veces de cuerpo en el individuo, y cumple con lo que fué previsto, es *naturalmente* súbdito y *esclavo*. Hay, pues, *esclavos por naturaleza.* »

Aristóteles sostenía tambien que la *naturaleza* se encarga de distinguir físicamente á los esclavos y á los libres. Á los unos, dice, da cuerpos robustos cuales se requieren para obras mecánicas, y á los otros da cuerpos ineptos para esta clase de trabajos, pero aptos para la vida civil [1].

No establecía distincion ninguna entre *señor*, *despota*, *soberano*, *jefe* y *gobernante*, por un lado, como tampoco la hacía entre *siervo*, *esclavo*, *subdito* y *gobernado*, por el otro. Según el gran filósofo, pues, *esclavos* deben ser todos los que no mandan, y *libres* son simplemente los que participan de la soberanía. Añadía que el esclavo no es por naturaleza propiedad de sí mismo, sino de otro, y que sus servicios casi en nada difieren de los servicios prestados por los animales domésticos [2].

Así como Aristóteles, Sócrates y Platón propagaron tan falsas ideas. Platón, aunque vendido él mismo como esclavo, no se ofende, no pronuncia una sola palabra de queja contra semejante comercio. Subirán á la cátedra mil otros filósofos, pero no emitirán acerca de tan importante cuestión más nobles conceptos que los emitidos por Aristóteles, Sócrates y Platón. La filosofía pagana legitimó la

[1] Aristóteles, *De Republ.*, lib. IV, c. II, III, IV, V.
[2] Aristóteles, *ibid.*

opresión de los que son más acreedores á nuestra piedad y compasión, á saber, los débiles y los infelices.

¿Quién ha cambiado estas ideas? ¿Quién ha libertado al hombre de las garras del hombre? Jesucristo, con la enseñanza de su sublime doctrina, y la Iglesia con la predicación de la fe en el Hombre-Dios.

Cuando Jesús predicaba: « Amaos los unos á los otros »; cuando mandaba: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo», entonces empezó á comprenderse que no era permitido al hombre, por más alta que fuera su posición, oprimir á su semejante; entonces principió el amo á conocer que era ilícito despreciar al siervo; entonces se verificó la gran revolución de ideas en la humanidad, y se vió lo inmoral que era la institución de la esclavitud. Después de Jesús, sus apóstoles, sus discípulos, la Iglesia en suma, continuaron tan benéfica regeneración.

San Pablo, escribiendo á los colosenses, se expresaba así « Ya no hay gentiles ni judíos, ni circuncisos ni incircuncisos, ni bárbaros ni escitas, ni siervos ni libres: Cristo es todo en todos. Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos á los otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro; así como el Señor os dispensó á vosotros, así también perdonad á los demás. Mas, sobre todo, tened caridad, que es el vínculo de la perfección: triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo á la que también fuisteis llamados en un solo cuerpo, y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos á los otros... Cualquier cosa que hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedla en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios Padre.

» Casadas, estad sujetas á vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres y no seais desabridos con ellas. Hijos, obedeced á vuestros padres en todo: padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos para que no se hagan de ánimo apocado. Siervos, obedeced en todas cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo como para agradar á los hombres, sino con sencillez de corazón temiendo á Dios. Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón por el Señor y no por los hombres, sabiendo que recibiréis del Señor el galardón de la herencia. Servid á Cristo nuestro Señor. Pues el que comete injusticia recibirá lo que hizo injustamente, porque no hay acepción de personas ante Dios. *Vosotros, señores, haced con vuestros siervos lo que es de justicia y equidad sabiendo que también tenéis señor en el Cielo*[1].

Igualmente escribiendo á los efesios, volvía el Apóstol de las gentes á insistir sobre la misma doctrina y exclamaba: « Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y con respeto... como á Cristo. No sirviéndoles al ojo, como para agradar á hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios... Y vosotros, los señores, haced eso mismo con ellos, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos está en los Cielos, y que no hay acepción de personas para con él[2].»

Estas enseñanzas que propagó la Iglesia naciente por medio de sus apóstoles y discípulos, movieron á los primeros cristianos á tratar á sus siervos como hijos y á acordarles también la libertad. Estas nuevas máximas indujeron á Albina y Melania, dos nobilísimas y riquísimas matronas, á declarar libres en un día ocho mil esclavos.

[1] S. Paul., *Epist. ad Colos.*, c. III, v. 11-25, y c. IV, v. 1.
[2] S. Paul., *Epist. ad Eph.*, c. VI, v. 5-9.

los que formaban toda su fortuna, para retirarse á pasar el resto de la vida en una extrema pobreza.

La influencia del catolicismo continuó destruyendo poco á poco el edificio pagano, refutando con la sublimidad de sus doctrinas los sofismas filosóficos é introduciendo prácticamente la abolición del vil yugo de la esclavitud por los más admirables actos de heroísmo. Cuando prevalecieron las máximas cristianas, observa muy sabiamente el filósofo Balmes, los esclavos pudieron decir: « Somos infelices, es verdad; á la desdicha nos han condenado ó el nacimiento, ó la pobreza, ó los reveses de la guerra; pero al fin se nos reconoce por hombres, por hermanos, y entre nosotros y nuestros dueños hay una reciprocidad de deberes y de derechos [1]. » ¡Cuánto debe la pobre humanidad al cristianismo! ¿Cuándo se declararon por autoridades públicas decretos favorables á los siervos? Solamente en la época en que el cristianismo triunfó del romano imperio. Solamente en tiempos en que, libre la Iglesia de Cristo para comparecer en público con sus suntuosos templos y sus majestuosas ceremonias, pudo coronar y ungir á *Constantino*. Sí, cuando este emperador renunció á la pagana superstición para abrazar la Cruz y profesar la doctrina de Aquel que en ella se había dejado sacrificar, se sancionaron leyes conformes á la equidad y la justicia, se prohibieron ciertos bárbaros y crueles suplicios que se aplicaban á los siervos, y peculiarmente se mandó suprimir la pena de la cruz, con que se castigaba exclusivamente á los esclavos.

Más tarde, cuando los benéficos principios del cristianismo perfeccionaron el corazón del grande emperador, se dieron leyes más favorables aún á la humanidad opri-

[1] Balmes, *el Protestantismo comparado con el Catolicismo*, t. I, c. XVI.

mida. En efecto, muy difícil era para un dueño conceder la libertad á un esclavo, porque la ley exigía tantas formalidades, que raras veces podían cumplirse todas. Se requería hasta la presencia de los cónsules, condición imposible de llenar fuera de la ciudad de Roma. Para el año de 316, Constantino quitó todos esos inconvenientes, dejando á cada uno el derecho de declarar libres á sus esclavos. Bastaba que el acto se verificara en la iglesia ante el pueblo y el obispo, y fuera certificado por los ministros eclesiásticos. Por otra ley acordó también el pleno goce de los derechos de ciudadanía romana á todos los que hubieran recibido la libertad de esa manera. Ya había prohibido desde el año de 315, bajo pena capital, que se secuestraran los siervos por deudas de los amos.

Más tarde, se consagró la Iglesia católica hasta en sus concilios á mejorar la suerte de los esclavos. El concilio de Elvira, que se celebró en el siglo cuarto de la era cristiana, impone una grave penitencia á la mujer que golpee duramente á sus esclavos. El concilio de Orleans, que tuvo lugar el año de 549, prescribe en el canon XXII : « Si un esclavo perseguido por alguna falta cometida, se refugiare en la Iglesia, sea restituido á su dueño, si éste jura que no le hará daño: pero si despues, quebrantando el juramento, lo maltratare, será separado de la comunión de los católicos. » ¿Que más podía hacer la Iglesia para poner freno á la crueldad de los amos y dar protección á los esclavos?

Siendo los siervos una propiedad como cualquiera otra, los dueños disponían de ellos como mejor les parecía, y dejándose arrebatar á veces por excesos de pasión, les quitaban hasta la vida. Pues bien, á tanto abuso se opuso enérgicamente la Iglesia, prohibiendo con severidad á los dueños que cometieran tales enormidades con sus esclavos. El concilio de Epaona, en el canon XXXIV, dispone « que

sea privado por dos años de la comunión de la Iglesia aquel dueño que *por autoridad propia* quitare la vida á sus esclavos. » Era la mitad del siglo nono, y todavía se repetían semejantes atentados. Entonces el concilio de Worms, celebrado al año de 868, procuró reprimirlos nuevamente, sometiendo á dos años de penitencia á los amos que *por autoridad privada* hubieran muerto á sus siervos. »

La Iglesia nunca olvidó la bella lección del Apóstol, el cual escribiendo á Filemón intercedía por un esclavo, y esclavo desertor, llamado *Onésimo*. y se expresaba en favor de él con palabras enantes no empleadas al hablar de esa clase infeliz : « Te ruego por mi hijo Onésimo, á quien he dado la vida de la gracia en las prisiones; aquel que en algún tiempo te fué inútil, mas ahora es útil para ti y para mí, que te vuelvo á enviar. Recíbelo como á mis entrañas... no ya como siervo, sino como hermano muy amado, mayormente de mí; pero ¿cuánto más de ti, puesto que te pertenece según el mundo y según el Señor? Por tanto, si me tienes por compañero, recíbelo como á mí. Y si algún daño te hizo, ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta[1]. »

No, la Iglesia jamás dejó caer en el olvido este sublime ejemplo de fraternidad y amor; consecuente siempre con sus admirables principios de caridad, así como se esforzó en predicar la mansedumbre para con los siervos, así también consideró el rescate de los cautivos como uno de

[1] *Obsecro te pro meo filio, quem genui in vinculis, Onesimo, qui tibi aliquando inutilis fuit, nunc autem et mihi et tibi utilis. Quem remisi tibi. tu autem illum ut mea viscera suscipe... Jam non ut servum, sed pro servo charissimum fratrem, maxime mihi ; quanto autem magis tibi et in carne, et in Domino? Si ergo habes me socium, suscipe illum sicut me, si autem aliquid nocuit tibi, aut debet; hoc mihi imputa.* (S. Paul., *Epist. ad Phil.*, v. 10, 11, 12-16, 17, 18.)

los objetos más nobles de su celo. Ya sea que se examine el espíritu que en todo tiempo guió á la Iglesia en su manera de proceder, ya sea que se recuerden los actos particulares referidos en la historia del catolicismo, hay que reconocer este nuevo título de la religión cristiana á la gratitud de la humanidad. La redención de los esclavos era un objeto tan privilegiado, que fué establecido en los antiquísimos cánones de las diversas Iglesias. La caridad no tenía límites cuando se trataba de pobres siervos, el celo del cristianismo superaba todos los obstáculos. Se había mandado que aun los útiles y los vasos sagrados se vendieran para redimir á los cautivos. El concilio de Reims, el año de 625, castigó con la pena de suspensión á los obispos que mandaran deshacer los vasos sagrados por cualquier motivo; pero añadió generosamente: *excepto para redimir á los cautivos*. En el canon XII del concilio de Verneuil, se encuentra que los bienes de la Iglesia se empleaban en restituír la libertad á los siervos.

Y una vez rotas las cadenas de la esclavitud, esos infelices no quedaban abandonados. Como tierna y cariñosa madre continuaba la Iglesia prestándoles con solicitud su protección. Se daban á los siervos libertados cartas de recomendación, con el doble fin de defenderlos de nuevas vejaciones en sus viajes, y de proporcionarles los medios con que reparar los daños sufridos en el cautiverio. De este importante y cuidadoso esmero para con los esclavos, nos da una evidente prueba el canon II del concilio de Lyón (583) por el cual se disponía que los obispos indicaran también en las letras recomendaticias expedidas á los cautivos, la fecha y el precio del rescate.

¿No fué en la Iglesia católica donde se levantaron igualmente héroes de virtud para mitigar las duras penas á que se sometían los esclavos, y consagrar en beneficio de esos

desdichados los propios bienes, la propia fortuna, las propias fuerzas, la propia vida? ¿Quién inspiró á un Eligio tanta caridad, que apenas sabía la llegada de unos esclavos corría inmediatamente á comprarlos, los llevaba á París, los presentaba al rey y los declaraba libres? ¿Quién infundió á este noble é ilustre joven tan vehemente afecto para con los siervos, que invirtió incalculables riquezas en libertarlos? ¿Quién inspiró á un Pedro Nolasco, á un Ramón Nonato, á un Simón de Rojas y á otros mil, el heroísmo de venderse á sí mismos, para dar á otros la libertad perdida; de someterse ellos á la cruel potestad de inhumanos y tiránicos dueños, para quitar de encima á otros el ignominioso y pesado yugo de la esclavitud? ¡La Iglesia, y solamente la Iglesia, con sus divinas enseñanzas, pudo excitar á tan sublimes actos de desprendimiento y de caridad!

Es innegable: á la regeneradora y benéfica acción de la Iglesia se debe el mérito de la primitiva diminución y final abolición de la esclavitud. Mientras Isabel, reina y papisa de Inglaterra, favorecía el comercio humano en las costas africanas, nuestra Madre, cuidadosa siempre de los dolientes, enviaba abnegados misioneros á rescatar aquella racional mercancía de la doble esclavitud del *hombre* y del *demonio*. Al paso que el protestantismo empleaba sus más valientes marinos, como Hawkins, Drake, Cavendish, en ejercer semejante piratería en España y el nuevo mundo, el catolicismo mandaba almas sublimes y santas á predicar la caridad de Cristo, y dar los más admirables ejemplos de ella asistiendo á las infelices víctimas de tan ilícito tráfico. ¡Y qué ejemplos! ¡Cuánta compasión, cuánta abnegación, cuánto heroísmo desplegaban esos enviados de la Iglesia! La vida del héroe que estamos narrando, nos dará una idea de cuánto los demás también hacían, y nos obligará á reconocer la divinidad de aquellas doctrinas que supieron

formar tan excelsos varones... Sigamos nuestra historia, y veremos las maravillas que Claver obró en virtud de la inagotable caridad que las máximas y ejemplos de Cristo, que los preceptos y exhortaciones de la Iglesia supieron inspirarle.

Apenas llegó san Pedro á Cartagena, cuando impaciente por prestar sus servicios á los pobres esclavos, y aliviar las penas de su infortunio por medio de los santos consuelos que solamente la religión puede dar á los desdichados, solicitó el permiso de los superiores para atender á la evangelización de los negros. Pero aquella gracia no le fué acordada sino en parte. Los superiores querían tener una prueba más del celo y de la consagración del joven apóstol, antes de confiarle decididamente la deseada misión. Enviáronle por consiguiente en compañía del padre Nuñez á recorrer los pueblos de la provincia de Cartagena, para que se preparara á lo que en el porvenir le estaba reservado. Un año duró aquella peregrinación apostolica. Incalculable es el bien que en tan corto espacio de tiempo hizo Claver. El padre Nuñez, que era uno de los más distinguidos y ancianos misioneros de la Compañía, viendo la energía y constancia del joven Pedro en soportar los más duros trabajos, viendo su gran celo por la conversión de los pecadores, lleno de admiración exclamaba : « ¡He aquí un verdadero apóstol ! ¡He aquí el tipo del misionero ! »

Todavía Claver no era ungido del Señor, todavía no había recibido la imposición de las manos, ni había sido elevado á la alta dignidad de ministro de Dios. Solamente le faltaba la gracia de este sacramento para convertir su corazón en foco de divino amor.

Y no tardó en alcanzarla, pues el año de 1616, el día 19 de marzo, fué ordenado sacerdote por el ilustrísimo y

reverendísimo don *Pedro de la Vega*, obispo de esta diócesis.

Penetrado como estaba de la sublimidad del sacerdocio, al cual acababa de ser elevado, y de la santidad que exige el sagrado ministerio que debía ejercer en adelante, quiso el padre Claver prepararse á celebrar su primera misa con un retiro de muchos días. Aumentó el rigor de sus corporales penitencias, é hizo una confesión general con tan abundantes lágrimas, que parecía el más ingrato pecador del mundo. Quiso inmolar por primera vez la Hostia Inmaculada en un altar dedicado á la Virgen Santísima, en cuya estatua milagrosa tenía mucha fe. Después de la función dió gracias á su Divina Madre *por haberle prestado el altar á fin de ofrecerle el sacrificio de su Hijo.*

San Pedro Claver fué el primer jesuíta que tuvo la dicha de decir su primera misa en Cartagena. Tanta fué su devoción y tan grande su recogimiento, que dejó profundamente edificados á todos los presentes. Muchos de éstos después de largos años, recordando los felices tiempos de su juventud, como acostumbran hacer los ancianos, hablaban con entusiásticas expresiones de aquella solemne ceremonia, en que el padre Claver los había conmovido hondamente con su piedad.

Admitido Pedro á la familiaridad que el sacerdocio establece entre el hombre y Dios, introducido en los arcanos celestiales que las almas más inmediatas al Señor solamente penetran, sintióse animado de un vehemente deseo de aprovechar aquel tesoro de gracias infinitas, y desde los primeros días se esforzó en demostrarse lo menos indigno posible de la alta dignidad de que se veía revestido.

Parecíale no haber hecho nada hasta entonces por Dios. Oraciones, penitencias, trabajos, humillaciones y pruebas, toda su vida de pureza, inocencia y sacrificio, no corres-

pondían á la necesidad de amor y abnegación que en su corazón experimentaba. Dios abre en el espíritu de sus verdaderos ministros fuentes de unción vivificante y de expansiva caridad, del mismo modo que cambia en fuente de alimenticia leche el seno de las madres.

Este ardor, sin embargo, nada tenía de exagerado: el juicio y el consejo preceden á la vejez en las almas formadas por la religión. La piedad había comunicado al nuevo sacerdote una superioridad de razón y una rectitud de inteligencia, que las virtudes comunes adquieren solamente después de muchos años de experiencia.

Pronto fué rodeado por todas las clases sociales de aquella estimación y respeto que sobre todas las cosas hacen honor á un ministro del altar. Su confesonario estaba asediado de penitentes. Los primeros en accordarle plena confianza fueron sus mismos hermanos. En las solemnidades y fiestas, pasaba los días y parte de la noche en el santo tribunal. Apenas le quedaba tiempo para subir al altar, rezar su Breviario y tomar de prisa una modesta refección. Y ¡oh qué suaves exhortaciones salían de sus labios para consuelo de las almas! ¿Qué orgulloso pecador hubiera osado resistir á tan admirable humildad? ¿Qué rico se hubiera negado á poner en esas benéficas manos lo superfluo de su fortuna? ¿Qué misera criatura, postrada bajo el yugo del pecado, no se hubiera rendido al perfume de tantas virtudes, y no hubiera pasado á la práctica de la santa doctrina anunciada por alma tan angelical?

Afable, cortés y ameno con todos, tenía singular ternura para con los pobres y los pequeños. Su bien era el bien de todos, jamás cerró para nadie ni su bolsillo ni su corazón. En Cartagena vivió y vivirá siempre la memoria de su inagotable caridad.

Siempre estaba dispuesto á sacrificarse por la salvación

de sus prójimos. Los enfermos con un simple aviso lo veían correr al lecho de sus dolores. Era incansable en asistirlos, afectuoso en consolarlos, paciente en oírlos, asiduo en visitarlos.

Claro está que tan bellas cualidades debían granjearle presto el afecto de todos. ¡Y así aconteció! En breve Cartagena le cobró particular cariño, y cuando alguien necesitaba un consejo ó un aviso, ocurría al santo jesuíta Claver. ¡Y siempre en él se hallaban el afecto de un padre, la amabilidad de un hermano, el tierno cuidado de un verdadero pastor!...

CAPÍTULO IX

El reverendo padre Sandoval. — El Santo se encarga definitivamente de la misión de los negros. — Va al puerto á recibirlos.

1. *Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris; licet plus vos diligens, minus diligar.* (S. Paul., II ad Cor., c. XXII, 15.)

Y yo de buena gana daré lo mío y me daré á mí mismo por vuestras almas, aunque amándoos yo más, sea amado menos.

2. *Cum naves mancipiis onustæ in portum appellerent, præsto aderat Petrus, cibum, potum, pharmaca, aliaque necessaria præsidia secum ferens, hominesque miseria et squalore confectos, ceu pater filios peramanter complectens, nudis vestimenta, esurientibus escam, ægris medicamina suppeditabat.*

(Brev. Rom., lect. V, de S. Petro.)

Cuando entraban al puerto navíos cargados de esclavos, acudía Pedro al punto llevando alimentos, bebidas, remedios y otros auxilios necesarios. Abrazaba afectuosamente como padre á esos hombres acabados por la miseria y desolación, proporcionaba vestidos á los desnudos, alimento á los hambrientos, y á los enfermos medicinas.

Desde el año de 1605 se hallaba en Cartagena ejerciendo el sagrado ministerio con extraordinario celo, un santo

sacerdote que fué verdadera gloria y lustre de la Compañia de Jesús. Era éste el célebre padre *Alfonso Sandoval*, natural de Toledo, y descendiente de una nobilísima familia de España. Joven todavía, contrajo una enfermedad muy peligrosa que presto lo llevó al borde del sepulcro. Anunciada ya por los médicos su próxima muerte, estaba la familia inconsolable, llorando la inevitable calamidad, cuando se presentó un discipulo del padre Ignacio de Loyola. Bien conocida era la santitad de aquel sacerdote.

Rodéanlo todos los miembros de la casa, le suplican, ruegan é instan para que les obtenga de Dios la curación de su querido Alfonso. Lleno de confianza, acércase el humilde siervo del Señor á la cama, en donde está tendido el gallardo mancebo, y :

« Todavía te queda tiempo, le dice, para recobrar tu prístino vigor, pero si estás dispuesto á someterte á una condición.

— Padre, ¿qué condición me impone el Altísimo por conducto de vuestra reverencia? dice el joven con voz apagada.

— Que te consagres á su servicio.

— Prometo que así lo haré. Juro que para Dios serán los dias de vida que en su bondad infinita quiera acordarme aún. »

Tomóle por una mano el jesuita, invocó al santo padre Ignacio y le curó instantáneamente.

Fiel á la promesa hecha y agradecido á la Divina Misericordia, Alfonso Sandoval entró á la Compañía de Jesús y dedicóse con tanto ardor á la propia santificación, que en breve hizo grandes progresos en la virtud. A fines del siglo diez y seis fué enviado á la misiones del Perú. Ardiente celo y suma actividad desplegó allá el reverendo padre, y propagó extensamente el reino de Jesucristo. Pero Dios

quería destinarlo á otra obra de suma importancia para la Iglesia y la humanidad. Después de haber pasado algunos años en el Perú, recibió orden de transladarse á Cartagena para atender á la evangelización de los negros. En 1600 los padres residentes en este grande emporio comercial, habían comenzado á ocuparse de los esclavos que de las costas africanas eran llevados á las de América; pero era menester que un hombre de eximias virtudes y de preciaros méritos, como Sandoval, diera impulso á tan benemérita empresa y la desarrollara.

Apenas llegó á Cartagena el esclarecido misionero, declaró cruel guerra al infierno. Recorrió todas la poblaciones de la provincia, predicando y convirtiendo almas á Cristo. Pero si la caridad de tan digno ministro del Altísimo encontró bastantes consuelos en los copiosos frutos que recogió, tuvo también muchas penas que soportar, muchos dolores que sufrir de parte de los mismos negros. Á más de ignorar éstos todas las verdades de la fe, no sabían si habían recibido ó no el santo bautismo. Muchos, aunque hubieran sido regenerados por este sacramento, conservaban sus paganas supersticiones, continuaban prestando culto al demonio y se abandonaban á toda clase de vicios. ¡En cuántas ocasiones lloró el ardiente Sandoval! ¡No era fácil poner á tantos males el pronto y seguro remedio que se necesitaba! Para mies tan abundante, demasiado escasos eran los obreros, á veces duramente oprimidos por el trabajo.

Cada uno de esos infelices salvajes necesitaba continuas y repetidas instrucciones. Las lenguas eran tan diferentes y numerosas, que exigían profundos y largos estudios. Unos cuantos misioneros muy poco podían hacer en campo tan vasto.

Viendo el padre Sandoval semejantes dificultades, pensó

que era más conveniente y provechoso cuidar de los esclavos á su desembarque en Cartagena, ante que se esparcieran en las interminables regiones de las Indias. Así más fácilmente se podrían instruír todos juntos, aun por un solo padre. Tampoco faltarían en la Reina de las Américas intérpretes que ayudaran la obra del sacerdote. Además, con mayor certidumbre se averiguaría, tocando con los dueños y capitanes de buques, quiénes estaban ya bautizados.

Volvió, pues, el padre Alfonso á Cartagena y dió comienzo á aquella tan grandiosa y benemérita obra, que duró dos siglos enteros y salvó millones de almas de las garras de la infernal serpiente. Sólo el padre Sandoval, durante los ocho años que estuvo trabajando para fundarla y consolidarla, bautizó á treinta mil negros.

Pronto llegó á Europa la fama de tales maravillas, y el reverendísimo padre Mucio Vitelleschi, general entonces de la Compañía, temiendo que se descuidara tan útil misión al faltar el padre Alfonso, envió una orden terminante á los superiores de Cartagena, para que le asignaran un celoso compañero escogido entre los más jóvenes, el cual debía prepararse bajo la dirección de tan sublime maestro á continuar más tarde la importante obra. Á nuestro santo tocó la bella suerte de acompañar al distinguido padre Sandoval en el ejercicio de su ministerio. Infinitas gracias dió al Señor por este honor y beneficio.

Así como no hubiera podido ser formado el padre Claver por mejor maestro, así no hubiera podido tampoco el padre Sandoval encontrar mejor discípulo. La empezada misión estaba asegurada para el porvenir. Poco después, por urgentes negocios que requerían el tino y la prudencia de un experto y anciano jesuíta, fué Sandoval llamado nuevamente al Perú. Al partir no lo inquietaba

absolumente el temor de que su empresa no floreciera. Abandonaba tranquilo á Cartagena, pues dejaba sus esclavos encomendados al celo y á los cuidados de un joven sacerdote que lo superaría grandemente.

Duró unos años todavía el valiente ministro de Jesucristo en el exacto cumplimiento de sus deberes, hasta que al fin, acabado por las fatigas, cubierto de úlceras adquiridas voluntariamente por exceso de caridad en asistir á los leprosos, y atormentado por los más violentos dolores, espiró bendiciendo á la divina Providencia, que le había dado el consuelo de sufrir algo por la salvación de las almas y había suscitado un nuevo apóstol para sus infelices y pobres esclavos.

Solamente un año había estado el Santo con el padre Sandoval, pero había tenido ocasión de adelantar tanto con sus lecciones y ejemplos, que pronto se hizo un perfecto misionero. Cuando quedó solo, duplicó sus esfuerzos para que no faltaran á los negros los cuidados y las atenciones que siempre les había prodigado su maestro. Ofreció su vida al Señor y se consagró sin reserva á ese duro apostolado, que ni siquiera tenía la ventaja de la variedad en los sufrimientos. Los trabajos de hoy eran los de mañana: todos los días, nuevos pueblos para instruír, asistir y consolar; todos los días, caracteres nuevos que dominar... todos los días, incomprensibles idiomas que oír y esforzarse en aprender. El apostolado de Cartagena era el del *nuevo mundo*.

Siempre que el Señor quiere experimentar la constancia y firmeza de sus siervos, permite que aun en las mejores obras emprendidas por ellos, se les presenten graves dificultades. Así como para descubrir el valor de un bizarro militar, se le coloca donde más reñida es la lucha, así para probar la sólida virtud de las almas nobles, las pone

Dios en difíciles trances. No faltó esta prueba á nuestro santo.

Los primeros obstáculos se le ofrecieron de parte de los mismos esclavos. Por su carácter grosero é indómito rechazaban al principio el bien que él quería hacerles. Ignorantes y aferrados á las supersticiones de su culto, no podían entender las nuevas doctrinas que Claver les predicaba. Á veces se resistían á oír las dulces y suaves palabras que les dirigía. También acontecía, aunque fuera muy raramente, que á las caricias del amable padre correspondían con amargos insultos. Pero no se desanimaba Pedro: por el contrario, aumentaba las manifestaciones de cariño con los que más le ultrajaban, y al fin lograba conquistarlos para Cristo.

Sin embargo, aun cuando esos desdichados salvajes, vencidos por la divina gracia y la admirable virtud del santo jesuita, abrazaban la fe, conservaban siempre cierto afecto á las diabólicas ceremonias de su falsa religión. Era preciso que Claver vigilara constantemente para impedirles que volvieran á sus antiguas prácticas.

Otro obstáculo fué la lucha que tuvo que sostener con los amos de esas infelices criaturas. Algunos patrones eran tan severos é inhumanos para con los siervos, que no consentían que se les diera instrucción religiosa. Ya porque no hicieran caso del precioso don de la fe, ya porque quisieran tener á sus esclavos constantemente ocupados, se oponían al ardiente celo del preclaro sacerdote y le prohibían la entrada á sus negrerías. Es verdad que semejantes casos no eran muy frecuentes, pero los que se presentaban eran terribles golpes de espada que traspasaban el corazón del grande apóstol, devorado por el deseo de evangelizar á los negros.

Mas las dificultades, la contradicciones y los mismos in-

sultos no lo hacían nunca desistir de su obra; antes parecía que excitaran el ardor de su celo. No podía ser de otro modo. Claver estaba seguro de superarlos con el auxilio de Dios.

Lo que mayor trabajo le proporcionaba era la manera de entenderse con sus protegidos. Como ya hemos visto, los esclavos que se traían á esta ciudad venían de distintos países y hablaban por consiguiente diferentes lenguas, lo que ofrecía un gravísimo inconveniente para instruírlos. El Santo veía cerrada la puerta por donde debía introducirse en aquellos corazones. Pero hizo desaparecer pronto también esta dificultad, buscando intérpretes que le acompañaran y ayudaran en el ejercicio de su ministerio. Heroica fué la humillación á que se sometió para conseguir los medios con que sostener y pagar á los intérpretes; mas se trataba de dar gloria á Dios, de salvar almas, ¡y por tanto no había sacrificio que Claver no hiciera! Solicitó del reverendo padre superior el permiso para colectar limosnas entre los fieles, y apenas lo obtuvo, comenzó á recorrer las calles de Cartagena tocando como mendigo á las puertas y suplicando que se le diera una limosna por el amor de Dios. ¿Quién hubiera osado negarla á tan admirable apóstol?

Los que non podían entregarle dinero, le daban víveres. El Santo lo recibía todo y lo iba poniendo en su alforja. Cuanto más pesada la sentía, más se alegraba en llevar esa dulce carga por amor de sus negros. Dios bendijo tanto espíritu de sacrificio, pues en corto tiempo proporcionó á su fiel ministro lo suficiente para rescatar unos esclavos que le sirvieran de intérpretes. Con las provisiones, que además del dinero recogía, aliviaba á los enfermos y á los menesterosos.

Siempre era admirable Claver cuando se veía al lado

de sus queridos esclavos ; pero sublime aparecía cuando iba al puerto para recibirlos. Había prometido celebrar una misa por aquellos que primero le anunciaran la llegada de algún buque cargado de negros. Cuando, pues, entraba á la bahía uno de esos buques, los admiradores todos de sus grandes virtudes hubieran deseado volar á comunicarle la noticia, no solamente con el objeto de aprovechar el beneficio de la misa, sino también para proporcionarle el inmenso consuelo que él experimentaba en esas circunstancias. El mismo gobernador de la ciudad y otros empleados distiguidos se esmeraban en mandarle recados. ¡Cuánta alegría! ¡Cuánto júbilo para Claver! Aquel rostro siempre pálido, demacrado y enjuto á causa de las duras fatigas y ásperas penitencias, se transformaba en el acto, se encendía como por encanto, resplandecía lleno de brío y de vida. Ante todo, rendía infinitas gracias al Altísimo por la nueva ocasión que se le presentaba de ejercer la caridad con sus prójimos, en seguida avisaba á sus intérpretes que lo acompañaran, y con paso acelerado se dirigía al muelle.

La mayor parte de esos infelices, sacados de sus nativos países, robados del seno de sus familias y llevados sin compasión á tierras desconocidas, venían persuadidos de que los blancos los habían comprado para preparar con su piel cortinas y adornos para los palacios, pintar con su sangre los muebles y carenar los buques con su grasa. Los malos tratamientos que recibían durante el viaje los confirmaban en tan estúpida convicción. Las miserias y los trabajos que en toda aquella dolorosa navegación sufrían los inducían á creerse inferiores á los irracionales. Aglomerados unos sobre otros en el fondo del navío, enteramente desnudos, mal alimentados, envueltos en la más repugnante suciedad, exhalaban una fetidez insoportable.

Si por desgracia se presentaba la viruela, enfermedad muy común entre ellos y sumamente contagiosa, eran incalculables los estragos que producía. ¡Morían por centenas aquellos pobres! Nadie trataba de echar al agua los cadáveres. Los vivos quedaban confundidos y casi sepultados entre los muertos. Algunos, para sustraerse á tantas penas y calamidades, se obstinaban en no tomar alimentos, prefiriendo una presta muerte á una larga pero triste y mísera vida.

Apenas se acercaban los buques al muelle, brincaba Claver á bordo. ¡En medio de esos infelices hallaba su mayor dicha!... Con gestos, cuando no eran entendidas sus palabras, les aseguraba que en su corazón tendrían el puesto más privilegiado. Exhortábales á deponer los temores y sospechas; prometíales libertarlos de la esclavitud del pecado, más detestable aún que la de sus amos; les anunciaba una felicidad eterna; les señalaba el Cielo, única patria que debían desear y amar; y les decía que esa eterna felicidad difícilmente la hubieran alcanzado si no hubieran sido transportados á Cartagena. Asegurábales que los cuidaría como hijos, y apelaba al testimonio de los esclavos cristianos. Éstos, que habían disfrutado de los paternales cuidados de Claver, aprobaban, y referían á sus compañeros de desdicha los inmensos beneficios que de ese santo sacerdote habían recibido. Los animaban y consolaban manifestándoles que en él habían hallado siempre un sincero amigo, un insigne bienhechor, un caritativo abogado.

El ardiente amor del padre Claver se revelaba en su mirada, en sus gestos, en sus movimientos. Era evidente que no se necesitaba mucho para que aquellos pobres esclavos se dejaran conquistar. Parecía que hubiera simpatía entre el noble corazón del apóstol y los espíritus sal-

vajes de los míseros africanos. Conmovidos quedaban éstos al mirar al celoso jesuíta. Aquella ternura, desconocida para ellos hasta entonces, los llenaba de asombro. El Santo llevaba conservas, frutas, limones, aguas de olor, licores y cuanto podía gustarles; pues decía que primero era menester hablarles prácticamente, á fin de poderles hablar espiritualmente en seguida. Saludábales afectuosamente como un padre á sus hijos. Les recomendaba que desterraran de su corazón toda clase de temor.

« No creáis, hijos míos, les decía, que se os va á hacer daño alguno. No, aquí no solamente no se os quitará la vida temporal, sino se os dará otra vida que jamás se acabará. Os amo, os quiero entrañablemente y deseo haceros felices: deseo romper las cadenas con que os tiene atados el enemigo de vuestras almas; yo os libraré de su terrible esclavitud, os defenderé de sus asechanzas. Seguidme con confianza, venid á este corazón que suspira por vuestro bien y anhela daros un tierno abrazo. »

Y á todos los abrazaba con cariño verdaderamente paternal.

Después hacía la distribución de las provisiones, cuidando de tratar mejor á los débiles y á los pequeños. Si hallaba alguno muy abatido por las fatigas de la penosa navegación, excitaba sus entorpecidos miembros y les comunicaba fuerza con alimentos y bebidas apropiadas. Ayudábales á desembarcar, les daba la mano, los acompañaba á sus chozas y los dejaba instalados. Prodigaba á los enfermos atenciones más tiernas aún. Iba él mismo á los rincones del buque en donde estaban tendidos y exánimes, cargábalos sobre sus hombros y los llevaba á unas carretas que tenía preparadas. Los colocaba con cuidado en colchones que había pedido de limosna y con mil recomendaciones daba orden al arriero de que los trans-

portara á la próxima negrería. Lo mismo hacía con los niños recién nacidos.

Cuando estaban todos en sus habitaciones, se informaba del número de niños que habían llegado, y de una vez los bautizaba. También purificaba con las regeneradoras aguas bautismales á los enfermos que estaban en peligro de muerte. Se ha notado como cosa milagrosa que muchos, ya infantes, ya adultos, espiraban poco después de recibido el santo bautismo. Casi parecía que el Señor les conservara la vida para satisfacer el celo de su fiel siervo ó para recompensar su inagotable caridad, proporcionándole el goce de ver á esas almas volar al Cielo.

Al acabar de administrar los principales sacramentos á los más graves, pasaba á los otros enfermos. Los lavaba, los ascaba, los vestía, les vendaba las úlceras, les daba los alimentos, los acostaba, les hacía los servicios más viles y repugnantes; en seguida los abrazaba con caritativo afecto, y besándolos á veces se despedía. ¿Qué madre podría prestar más esmerada asistencia á un hijo enfermo?

Semejantes finezas de amor renovaba siempre que había desembarque de negros. Apenas se le anunciaba la llegada de un buque, iba al puerto con el mismo aparato de caridad, con los mismos regalos, con la misma abnegación, con el mismo desprendimiento, con el mismo heroísmo.

Cuando se separaba Claver de aquellos infelices *recién llegados*, ya se había granjeado su simpatía y afecto. Los dejaba en sus habitaciones, prometiéndoles volver, y se retiraba con la firme persuasión de conquistarlos á todos para Jesucristo.

¡Cuánto puede la caridad cristiana! « Ésta, dice san Pablo, vence todo obstáculo, supera toda dificultad; nada hay, nada, que pueda separar al hombre de ella. » El ad-

mirable apóstol de Cartagena nos ha dado la más evidente prueba. Conocía la índole salvaje de los esclavos á quienes debía tratar; sabía que era empresa ardua predicarles los misterios divinos y hacerles practicar las máximas evangélicas; comprendía que si deseaba obtener algo, debía contrariar la propia naturaleza, vencer la inevitable repugnancia que el contacto con semejantes seres le causaría. Mas no importa. Á todo estaba dispuesto, cualquier sacrificio le era grato y llevadero, pues la caridad lo estimulaba. *Charitas Christi urget me* «la caridad de Cristo me excita», escribía el Apóstol de las gentes, y esa misma caridad, que fué siempre el móvil de todos los siervos del Señor, excitaba también á nuestro santo. Con suma penetración calculaba el valor de las almas, sabía que éstas son inapreciables, puesto que un Dios no ha vacilado en derramar toda su sangre preciosísima para salvarlas. Meditaba lo que el Divino Redentor había sufrido por ellas. ¡Hasta á los azotes y á las bofetadas se había sometido: se había convertido en el ludibrio del mundo entero, había cargado pesadísimo madero, se había dejado llevar á un patíbulo infame, había aceptado la muerte de un malhechor. ¿Cómo podía Claver al recordar tales sacrificios de su Salvador, arredrarse por los que á él le exigía la salvación de las almas? Encendido en vivísimo amor para con su Dios, inflamado su pecho por la abrasadora llama de ese fuego divino, sentía placer en sufrir, gozaba en seguir las huellas de su Maestro y Salvador. Y cuando alguno le exhortaba á enfrenar su celo, contestaba:

« ¿Ignoráis lo que Cristo ha hecho y sufrido por las almas? ¿Qué es lo que yo hago? ¿Acaso los pocos padecimientos que debo soportar en el ejercicio de mi ministerio, valen una simple gota de la sangre de nuestro Divino Maestro? Si no tuvo Jesús consideración alguna

por sus inmaculadas carnes, si las dejó martirizar con tanta crueldad, ¿por qué trataré yo delicadamente á este miserable cuerpo, que al fin será pasto de viles gusanos? No se quejó Cristo cuando colocaron sobre sus sienes una corona de agudísimas espinas, ¿y no podré yo aguantar un poco de fetidez? No lanzó una palabra de dolor cuando le clavaron bárbaramente á una cruz, ¿y me fijaré yo en las insignificantes y despreciables penas que los esclavos me proporcionan? ¡Ah! mi Jesús murió por mí, y ¿por qué no he de morir yo también por Él á fin de satisfacer su sed de almas? ¿Por qué no he de emplear los cortos días de mi vida sirviéndole debidamente en la persona de los infelices? ¿No es á Él mismo á quien se hace todo el bien que á nuestros dolientes prójimos proporcionamos? Sí, Él lo ha dicho. ¡Oh, concédame Dios la fuerza suficiente para sacrificarme en el cumplimiento del sagrado precepto de la caridad, por Él impuesto á los hombres! ¡Ojalá pueda derramar también mi sangre por salvar las almas confiadas á mis cuidados! ».

¡Tales eran las disposiciones del heroico Pedro Claver!

CAPÍTULO X

Los habitaciones de los negros. — Método que tenía san Pedro para instruír á los esclavos.

1. *Hic erat edoctus viam Domini et fervens spiritu loquebatur, et docebat diligenter ea quæ sunt Jesu.*
(Act. Apost., c. XVIII v. 25.

Él era instruído en el camino del Señor, y hablaba con fervor de espíritu, y enseñaba con diligencia lo que pertenecía á Jesús.

2. *Qui docti fuerint, quasi splendor in firmamento*

et qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates. (Dan., c. XIII, v. 3.)

Los que hayan sido sabios, brillarán como la luz del firmamento; y los que hayan educado á muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad.

3. *Dominus dabit verbum evangelizantibus, virtute multa.* (Ps. LXVII. v. 12.)

El Señor dará gran facundia á los que anuncien su evangelio.

La codicia humana, siempre insaciable, siempre ávida de lucro, no se conformaba con dejar carecer de todo á los pobres esclavos durante los viajes, y someterlos sin descanso á durísimos trabajos, para acumular más y más riquezas. Ni siquiera les proporcionaba convenientes habitaciones, donde pudieran abrigarse y tomar descanso en las cortas horas de libertad que les eran acordadas. En efecto, los lugares destinados para los negros no merecían el nombre de viviendas, sino de pocilgas. Cuatro paredes desnudas, un suelo húmedo y un mal construído techo: ¡he aquí la morada de esos desdichados! Una ó dos ventanas y la puerta eran las únicas aberturas por donde penetraban luz y aire para centenares de individuos. Á veces estaban éstos tan aglomerados, que no había espacio suficiente para que los cuerpos extenuados por las fatigas pudieran tenderse en el suelo. Hombres y mujeres, ancianos y niños, enfermos y sanos, estaban todos confundidos. Abandonados por los pudientes en una completa privación de lo más necesario para la vida, perecían miserablemente sin excitar el menor sentimiento de piedad en el corazón de los que al pasar echaban una mirada á semejantes cuevas.

Fácil es comprender que la atmósfera de las negrerías debía estar siempre infestada, pues era imposible que la pequeña corriente de aire que en ellas se establecía, pudiera bastar para tantos pulmones. Nadie podía asomarse

sin sentir revuelto el estómago. Añádase la fetidez que exhalaban constantemente aquellos desaseados cuerpos. Cuando aumentaba el número de los enfermos, que de ordinario era considerable, ó se desarrollaba alguna epidemia, cosa que acontecía con frecuencia, la hediondez se hacía insoportable á los mismos esclavos.

Antes que nuestro santo penetrara á esos almacenes de carne humana, á infundir á sus infelices moradores la esperanza de una futura patria, horribles gritos de desesperación se elevaban al Cielo, y con execrables maldiciones se oía invocar la muerte, único consuelo que quedaba á quienes tan dura vida arrastraban.

Pues esos hediondos y repugnantes lugares eran los jardines de delicia de san Pedro Claver. ¡Allí en medio de tanto horror, rodeado de tantas miserias, pasó el heroico sacerdote durante cuarenta años no interrumpidos la mayor parte de sus días, allí recogió con insuperable celo abundantísima mies de almas! ¡Oh cristiana caridad, de cuántas maravillas haces capaces á los corazones generosos!

Purificar las almas, iluminarlas, consolarlas, inducirlas á amar la virtud, libertarlas de la tiranía de las pasiones, y someterlas al suave yugo de Jesucristo: ¡he aquí la misión del verdadero ministro del altar en el mundo! Para cumplir con tan elevada misión hay dos medios: la oración y la predicación, ó en otros términos, el deber de hablar de los hombres á Dios, y el derecho de hablar de Dios á los hombres. San Pedro conocía las dificultades del apostolado, sabía que la conversión de los infieles no es obra de las criaturas, que es solamente Dios quien puede cambiar los corazones, iluminar las inteligencias y mover los espíritus á someterse á los misterios de la fe. Comprendía que al misionero corresponde solamente elevar sus manos al Cielo y rogar por las almas confiadas á sus cuidados.

Por tanto, persuadido de que jamás hubiera recogido fruto alguno de sus trabajos, sin ocurrir á la oración, de día y de noche recomendaba á la Divina Misericordia sus ovejas, y le pedía que las convirtiera y salvara. En las largas y fervorosas plegarias estaba el secreto del valiente obrero evangélico. ¡Con ellas ganaba tantas almas á la Iglesia! Y después de sus victorias, convencido de que sólo Dios puede obrar la conversión de los pecadores, y de que nada valen los esfuerzos de los hombres sin el auxilio de lo alto, repetía las palabras de Pablo: « Yo planté, Apolo regó; pero Dios es quien ha dado el crecimiento. Y así ni el que planta vale nada, ni el que riega: sino Dios, que es el que da el crecimiento[1]. »

Después de la oración, la santa palabra de Dios era el medio más poderoso de que se valía el apostólico varón para convertir á los esclavos. Daba á la predicación la alta importancia que merece: todo el tiempo que le quedaba libre de los demás ejercicios, lo consagraba á preparar pláticas en aquellas difíciles lenguas africanas que mejor conocía. Estudiaba de memoria las preguntas y respuestas tocantes á los principales misterios de la fe, para poderlas repetir con facilidad. Se requerían verdaderamente la abnegación, la caridad, la paciencia y el celo de un santo, para atender á la instrucción de los esclavos, como lo hacía el padre Claver. Sigámosle un instante, acompañémosle á una de esas cuevas, para admirar su virtud.

Antes de salir de la casa iba á la capilla, se arrodillaba delante del Santísimo Sacramento y se extasiaba en fervidas preces para atraer las bendiciones divinas sobre sus

[1] *Ego plantavi, Apollus rigavit: sed Deus incrementum dedit. Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed qui incrementum dat, Deus.* (*Ep. I ad Cor.*, c. III, v. 7.)

apostólicos trabajos. En seguida suplicaba á dos de los intérpretes que lo acompañaran, y se dirigía á las *negrerías*.

Un viejo manteo, un crucifijo colgado al cuello, un sencillo bastón terminado en forma de cruz y dos alforjas, formaban el aparato de guerra con que marchaba á abatir los ídolos que dominaban los corazones de los pobres africanos. En una de las alforjas llevaba roquete, estola, santos oleos, rosarios, medallas y estampas; en la otra llevaba comestibles y licores para alentar á los débiles y enfermos. Por éstos comenzaba su visita, consolándolos uno por uno, informándose minuciosamente del estado de su salud, y administrándoles los santos sacramentos cuando la necesidad así lo exigía. Como de ordinario esos infelices caían enfermos á consecuencia del aire pestífero que respiraban continuamente en sus habitaciones, el santo jesuíta los reanimaba dándoles bebidas refrigerantes y haciéndoles aspirar esencias olorosas.

En seguida comenzaba á instruír á los demás. Generalmente los dividía en tres clases. Á la primera pertenecían los que se sabía ciertamente que habían recibido el bautismo. Á éstos les colocaba una medalla con los nombres santísimos de Jesús y María, recomendándoles que la conservaran preciosamente y la llevaran como señal de la fe cristiana que habían abrazado y prometido profesar hasta la muerte. La segunda clase se componía de aquellos cuyo bautismo era dudoso, por no haberse podido averiguar con certidumbre si ya habían sido purificados por este sacramento. También les daba una medalla, pero diferente de la que tenían los de la primera clase. Los que todavía no habían sido bautizados constituían la tercera categoría, y no llevaban distintivo alguno.

Después de haberlos ordenado según la clase á que pertenecían, el santo varón se arrodillaba en medio de sus

negros, y oraba un instante. Cuando elevando los ojos al cielo murmuraba la plegaria de introducción, tan angelical expresión tomaba su rostro, que dejaba admirados á los salvajes. En seguida se levantaba y comenzaba la primera instrucción. Esta consistía en enseñarles la señal de la cruz. La hacía él mismo con mucho despacio y pronunciando distintamente las palabras, para que todos pudieran seguirlo é imitarlo. Repetíala varias veces, y después obligaba á cada uno á hacer lo mismo. Animaba á los que habían retenido bien la fórmula ordinaria y no se equivocaban en llevar la mano, ora á la frente, ora al pecho, ora á los hombros, dirigiéndoles palabras de encomio; pero reprochaba dulcemente á los otros por su poco interés y esmero en aprender las cosas de Dios. No se cansaba, sin embargo, volvía á principiar la lección y la repetía hasta que todos la supieran. A veces empleaba dos y tres días para enseñarles á santiguarse.

¡Cuánta paciencia! Si para la señal de nuestra redención, cosa sencilla y fácil, se necesitaba tan largo tiempo y tan enorme trabajo, ¡cuánto costaría al Santo darles siquiera algunas nociones de los principales misterios de la fe! ¡Cuán ardua empresa sería hacer entrar en esas obtusas inteligencias la idea de un Dios uno y trino, de una vida futura, de la eternidad, de la inmortalidad, etc., etc.! Pero Claver conocía muy bien cómo debía tratar con sus esclavos, sabía que era menester hablarles á los sentidos; por consiguiente mandó pintar grandes cuadros que representaran de una manera sensible las verdades católicas. Para infundirles, por ejemplo, la esperanza de conseguir la vida eterna, y animarlos á soportar con conformidad los trabajos que en este valle de lágrimas se encuentran, les mostraba un retablo en que estaban representadas la *Gloria celestial* y la vía para subir á ella. Veíase á un lado un coro

San Pedro Claver enseña á los negros los principios de la religión.

de grandes damas y preciosas doncellas, que hacían corte á una excelsa matrona rodeada de brillantísima luz y adornada como augusta reina, figura de la Virgen Santísima; al otro lado se contemplaba un grupo de nobles guerreros que festejaban á un sublime rey sentado en elevado trono, en cuyo remate se leían las palabras *Gloria al Altísimo*. Un camino estrecho, difícil y sembrado de abrojos conducía de la tierra hasta aquel lugar de delicias. Una multitud de negros se esforzaban en subir por ese camino, deseosos de participar también de aquel glorioso triunfo.

De esta manera lograba el Santo hacer entender á los esclavos que con el amor á los sufrimientos, con la paciencia y la resignacion en las calamidades, entrarían después de la prueba á la corte del Gran Rey del Cielo. Por cierto caía como bálsamo en esos corazones tan consoladora verdad, pues la esperanza de un premio futuro los animaba al trabajo, les hacía soportable su mísera condición, y á veces les hacía agradables hasta los malos tratamientos.

Para inspirarles sentimientos de amor y de gratitud hacia Dios, mostrábales un gran crucifijo y les explicaba que el condenado á morir en ese madero era el Hijo de Dios, quien para salvar á los hombres se había dejado sacrificar de una manera tan ignominiosa.

Cuando los exhortaba á cambiar de vida, á dejar las malas costumbres, á odiar el pecado, á aborrecer el vicio, á entregarse á la práctica de la virtud, en suma á despojarse del *hombre viejo* para revestirse del *nuevo*, se valía de un símil muy original pero sumamente expresivo y apropiado al corto entendimiento de los esclavos. Se frotaba la piel, é introduciendo las uñas lo más profundamente posible en las carnes, exclamaba: « Hijos míos, tenemos que imitar á la serpiente, que se despoja de su piel

vieja para tomar otra nueva más linda y más brillante; abandonemos las inclinaciones perversas que nos dominan, y amemos las cristianas virtudes.»

Pasaba largas horas el Santo en estos molestos ejercicios, y aunque se sintiera cansado hacía esfuerzos supremos para continuar en su meritoria tarea. Muchas veces perdía todo el vigor y las fuerzas.

Empero crecía sobremanera el trabajo del santo varón cuando había que tratar de cosas más difíciles, como por ejemplo, de los sacramentos, del símbolo apostólico, de los preceptos divinos y eclesiásticos. Poco á poco y con una paciencia superior á la de Job, conseguía sin embargo que todos los aprendieran de memoria y comprendieran su significación. Insistía peculiarmente sobre las virtudes teologales. Á más de dar explicaciones acerca de su naturaleza, importancia y necesidad, con términos y figuras al alcance de sus ignorantes hijos, los exhortaba á hacer frecuentes actos de fe, esperanza y caridad: pues decía que poco le importa á uno saber lo que debe creer, esperar y amar, si después se descuida en la práctica. No concluía por consiguiente ninguna instrucción, sin hacerles repetir cortos pero férvidos actos de amor, de fe y de esperanza.

Sólo con semejante método podía Claver obtener algún resultado de sus pláticas. Es verdad que la cosecha era lenta, pero era segura y abundante. Poco á poco se persuadían los negros de lo que el santo jesuíta les predicaba, manifestaban deseos de recibir el santo bautismo y prometían sinceramente que se mantendrían fieles á los preceptos de nuestra santa religión católica.

Cuando había ya un buen número de catecúmenos suficientemente instruídos, les acordaba la gracia que con instancias vivas le pedían aquellos pobres negros. Establecía el día del bautismo. Procuraba dar mucha solem-

nidad á la ceremonia, para infundir á todos una gran estimación por ese sacramento y sus admirables efectos. Escogía á los padrinos y á las madrinas entre los cristianos más fervorosos y más exactos en el cumplimiento de los deberes religiosos.

Llegado el día fijado, erigía el Santo un decente altar en la negrería en donde debía verificarse la función. Exponía también un gran cuadro alusivo al solemne acto. Representaba con vivos colores la imagen de Nuestro Señor crucificado, que manaba de las sagradas llagas cinco fuentes de sangre; esta se recogía toda en una gran pila. Al lado se veía un venerando sacerdote revestido con lindísimos ornamentos, que sacaba de la pila el precioso líquido y lo derramaba sobre la cabeza de un negro humildemente arrodillado á sus pies. En derredor de la cruz se hallaban muchos sumos pontífices, grandes emperadores y poderosos reyes en aptitud de ensalzar la misericordia de Dios, tan liberal para con sus criaturas. En el fondo del cuadro aparecían á un lado algunos negros graciosamente adornados, figura de los que habían recibido el santo bautismo, y á otro lado muchos negros deformes, monstruosos y rodeados por terribles demonios. Eran éstos los que se restitían á abrazar la fe de Jesucristo. Un efecto verdaderamente mágico producía semejante retablo en los ánimos de los esclavos. Siempre que se exponía, infundía tanto temor á los obstinados, que iban á pedir al padre la gracia de ser admitidos también entre los catecúmenos; y por el contrario despertaba tanto fervor en los otros, que hacían mil promesas y protestas de fidelidad.

Arreglado el altar debidamente, ponía en orden á los que iban á ser bautizados, dividiéndolos en grupos ó series. Cada serie constaba de diez, los cuales llevaban todos el mismo nombre. Era ésta una piadosa industria á que

recurría el santo jesuíta, para que ninguno olvidara el propio nombre de bautismo.

Cuando los grupos estaban formados, se postraba el celoso ministro del altar ante el cuadro, ofrecía á Jesucristo todas aquellas almas rescatadas con su sangre preciosísima y le suplicaba que derramase sobre ellas abundantes gracias. Se levantaba en seguida, y principiaba á bautizar á los hombres. Concluídos éstos, pasaba á las mujeres y finalmente á los niños. Rezaba con gran devoción todas las oraciones prescritas en el Ritual, observaba con exactitud los ritos y las ceremonias mandadas por la Iglesia. Cuando llegaba el momento solemne de aplicar la materia y pronunciar la fórmula del sacramento, los mandaba arrodillar, les hacía cruzar los brazos sobre el pecho, y mostrándoles el agua purificadora, hondamente conmovido, les decía:

« ¡ He aquí el agua saludable que en virtud de los méritos de Cristo purifica el alma, quitándole toda mancha de pecado y devolviéndole la brillante pureza de la inocencia perdida por nuestro primeros padres! ¡He aquí la fuente de gracia que forma los verdaderos hijos de Dios y les da derecho al reino celestial! Para que en vosotros también obre estos admirables efectos, es preciso que detestéis de todo corazón vuestros pecados y renunciéis enteramente al demonio. ¿Estáis resueltos á hacerlo? ¿No creéis en Jesucristo? No queréis entrar al seno de su Iglesia y recibir el santo bautismo?»

Dos ó tres veces repetía el santo varón estas palabras, para estar seguro de que todos las habían comprendido. Aguardaba que cada uno contestara afirmativamente á sus preguntas, y demostrara vivo deseo de ser cristiano; en seguida los bautizaba y les suspendía la medalla con los nombres de Jesús y María.

Cuando concluía de administrar el santo sacramento, tomada su crucifijo, y levantándolo con la derecha, de manera que fuera visto por todos, los animaba á guardar como tesoro la fe cristiana :

« Mirad, hijos míos, les decía, hasta qué punto ha llegado su amor por nosotros ! Los más crueles sufrimientos, los más viles ultrajes, la muerte misma ha aceptado para salvarnos. Él quería borrar nuestros pecados, quería satisfacer nuestras deudas, quería rescatar nuestras almas de la esclavitud del demonio, y no ha reparado en sacrificio alguno. Después que El padeció tanto para abrirnos las puertas del Cielo, para hacernos dignos de los inapreciables privilegios de cristianos, ¿ volveremos á ofenderle ? ¿Continuaremos ultrajándolo con una conducta contraria á sus máximas ? ¿Seremos tan ingratos que correspondamos á sus bondades con otros insultos ? ¿ Lo crucificaremos nuevamente, imitando á los judíos ? ¡Ah ! ¡vedlo como está cubierto de úlceras! ¡ved la sangre que derrama, ved sus carnes despedazadas ! ¿Por qué tanto martirio ? Por nosotros. Con esas agudísimas espinas ha satisfecho á la divina justicia por nuestros malos deseos, por nuestros impuros pensamientos : aquel costado fué abierto por los afectos mundanos que nos dominan : esos clavos que traspasan sus sagrados pies y sus inmaculadas manos, son los que nosotros le pusimos con tantos actos pecaminosos como hemos consumado. ¡Ah ! no vayamos, después de haber recibido su beso de paz, después de haber recibido su tierno abrazo de padre, á declararle la guerra, á alistarnos en las falanges de sus enemigos. Fuímos llamados todos bajo el estandarte glorioso de Jesucristo, fuímos admitidos á tomar parte en sus combates y en sus triunfos, ¡no desmayemos ! Nadie abandone bandera tan santa y victoriosa, nadie deserte del campo en que estamos com-

batiendo, ¡seamos todos fieles á nuestro Salvador, á nuestro Redentor!

Conmovidos los pobres negros recién convertidos por estas ardientes exhortaciones, y más todavía por las lágrimas con que el Santo las acompañaba, contestaban con clamores y sollozos. En aquellos momentos de fervor Claver les hacía exclamar en coro:

« Jesucristo, Unigénito de Dios. Vos sois nuestro padre, nuestra madre, nuestro tesoro, todo nuestro bien. Os amamos de corazón. Tenemos un sincero y profundo dolor por haberos ofendido. Señor, os prometemos que en adelante no os abandonaremos jamás. Nuestras fuerzas, nuestras almas, nuestros cuerpos, todo lo que somos os lo consagramos enteramente á Vos, por el tiempo y la eternidad. Os queremos sobre todas las cosas, os amamos entrañablemente, os preferimos á nuestra propia vida. No permitáis que caigamos en pecado. ¡Ah! ¡enviadnos primero la muerte mil veces! Más grato será para nosotros morir, que vivir en enemistad con Vos. »

Al fin no pudiendo contener la alegría y el júbilo que le causaban tantos esclavos regenerados y animados de los mejores sentimientos, llorando los abrazaba á todos, los estrechaba cariñosamente, felicitábalos por la bella suerte que les había tocado, y les aseguraba que permaneciendo fieles á la divina Bondad por el beneficio recibido, nunca se verían desamparados.

Tampoco se mostraban menos afectuosos los nuevos cristianos con su querido padre. Bellísimos eran los sentimientos de gratitud y de amor con que correspondían á la abnegación y heroísmo de Claver. Dignamente le recompensaban de los trabajos que éste había soportado siempre y en todas partes para convertirlos, instruírlos y salvarlos. No hubieran querido separarse de él. En él fundaban

todas sus esperanzas, á él ocurrían cuando necesitaban consejo en algún negocio ó consuelo en alguna calamidad. Su vista bastaba para alegrarlos, para disipar toda melancolía y amargura. Cuando lo hallaban en la calle, corrían entusiasmados á saludarlo. Se inclinaban profundamente ante él, según la costumbre de sus países: le besaban las manos, la sotana y hasta los pies, y gritaban: «¡Viva nuestro padre, nuestro maestro, nuestro protector!»

Con el amor se conquistan los corazones, se ganan los espíritus, y se convierten las almas. Viendo muchos que la humana índole se inclina generalmente al mal, se entristecen y preguntan: *¿Cómo se puede mejorar á los hombres?* La contestación se encuentra en todas las páginas del Evangelio: *Hay que amarlos á pesar de todo... amarlos siempre...* Dios no quiso que fuera posible hacerle bien al hombre si no se le ama. La multitud pertenece al que más la ama. Toda la vida de Claver lo está proclamando. ¿Por qué logró convertir á tantos infieles? Porque amó mucho.

¡Oh cuán tierno afecto tenía para con sus negros! Desde el momento en que le fué confiada la suspirada misión entre ellos, no se consideró perteneciente á sí mismo, se hizo todo de todos, comenzó á vivir para los otros, á ocuparse exclusivamente del bien de sus prójimos. Se impuso esto como sublime deber del ministerio sacerdotal, y sin embargo no creía cumplir todavía con perfección sus obligaciones. Su caridad, que en todo pensaba, á todo se extendía, nunca estaba satisfecha, buscaba siempre nuevas ocasiones para ejercitarse.

Todas las veces que entraba al puerto de Cartagena un buque negrero, el capitán tenía que declarar los nombres respectivos de los negros que llevaba, presentar conocimientos como para las demás mercancías, y pagar una con

tribución por cada esclavo. Acontecía, pues, que muchos comerciantes se ponían de acuerdo con los capitanes para que una parte de los esclavos fueran desembarcados en las costas inmediatas. Aquellos infelices eran introducidos después furtivamente á la ciudad y guardados en las casas hasta que se presentara la ocasión oportuna de una venta, ó de un envío de operarios á las minas. Si la avaricia de los mercaderes era tan astuta y refinada que sabía engañar á las autoridadas civiles, no lo era bastante para impedir que la caridad de san Pedro descubriera dónde había almas que salvar. No podía suceder que al celo del digno ministro del altar pasara inadvertida la existencia de esos desdichados seres. En efecto, mandaba el venerando padre á algunos de los intérpretes más inteligentes á hacer pesquisas, sugiriéndoles la manera más fácil de introducirse á las casas y encontrarse con sus compañeros. Por cierto sabían éstos seguir con mucha pericia los consejos de Claver: entraban con cualquier pretexto á los almacenes de los comerciantes que se ocupaban en aquel tráfico, hablaban con los demás esclavos, les hacían mil preguntas, y exploraban tanto que por fin llegaban á conocer el número y hasta los nombres de los que estaban escondidos. Hecho el descubrimiento, volvían los intérpretes en otra ocasión, y so capa de amistad ó parentesco, pedían el permiso de tener una entrevista con ellos. Aprovechaban aquellos preciosos momentos para hablarles de la fe, de los inmensos bienes que al alma proporciona el santo bautismo, de los goces celestiales y puros que experimenta el cristiano ferviente. No dejaban de hablarles de cierto padre Claver, que ardía en amor por todos los esclavos; de los regalos y caricias que les prodigaba; é insistían tanto, que al fin los encarcelados manifestaban el deseo de conocer al padre. No se requería más. Avisado el siervo

de Dios, corría inmediatamente á visitarlos; y aunque encontrara dificultades de parte de los dueños, quienes temían ser descubiertos, sin embargo con la amabilidad de su trato, con la eficacia de sus argumentos, y sobre todo, con la promesa de guardarles el secreto, lograba llegar hasta los negros, instruirlos y bautizarlos. Como es fácil suponer, no era éste un trabajo sencillo, pues no se trataba de explicar la doctrina católica una sola vez, sino tantas veces cuantas eran las diferentes casas en que se hallaban tales infelices. Y á la ímproba labor de enseñar, también se añadía el continuo movimiento de Claver, quien á pesar de estar cansado y empapado en sudor, se veía obligado á correr de un lugar á otro para atender á todos. Solamente la gracia divina podía dar fuerzas al Santo para tantos trabajos.

Sus instrucciones las hacía de pie ó arrodillado; á veces se apoyaba en un objeto cualquiera. Nunca usaba asiento, éstos los reservaba para sus intérpretes y sus amados negros. De cuando en cuando algunos amos iban á asistir á los ejercicios. Viendo á los esclavos con más comodidad que al admirable apóstol, y no comprendiendo el espíritu de excesiva abnegacion y humildad de éste, se indignaban y querían castigar á los pobres salvajes por semejante falta de respeto. Se oponía el Santo, y con benevolencia defendía á sus amados hijos, del modo siguiente:

« Soy yo quien los he colocado como están. Señor mío, todo se hace aquí por ellos, luego los mejores puestos les son debidos. ¡Yo no soy nada, absolutamente nada! He venido solamente por ellos: ¡permita usted, señor, que las cosas se hagan así! »

El número de negros que desembarcaban en Cartagena ascendía generalmente á doce mil cada año. Era tarea de Claver instruirlos á todos en los rudimentos de la fe y pu-

cificarlos con las aguas bautismales. Distribuyendo proporcionalmente el trabajo, se verá que no le faltaban nunca mil esclavos que enseñar en cada mes.

¡Cuánta actividad! ¡Cuánta consagración!

CAPÍTULO XI

El Santo cultiva con esmero las almas conquistadas ya para Cristo. — Destruye varios abusos arraigados entre los negros. — Sus extraordinarios trabajos en la cuaresma.

1. *Ecce constitui te... ut evellas, et destruas et disperdas, et dissipes et ædifices et plantes.*
(Jerem., c. I, v. 10.)

He aquí que te he escogido para que arranques, y disperdicies, y disipes, y edifiques, y plantes.

1. *Si viderimus fratrem, qui ad domum Dei pertinet, superbia tumidum, detractionibus assuetum, ebrietati servientem, luxuria enervatum, iracundia turbidum, si alio cuiquam vitio substratum, studeamus... castigare, polluta ac perversa corrigere.*
(Ven. Beda, Com. in Joan., c. II.)

Si vemos á un hermano perteneciente á la Iglesia de Dios, dominado por el orgullo, acostumbrado á la maledicencia, entregado á la embriaguez, enervado por la lujuria, entregado á la cólera, ó esclavo de cualquiera otro vicio, procuremos castigarlo y corregir sus malas y perversas tendencias.

3. *Zelus itaque utiliter flagellat servum, salubriter corrigit filium.* (Hug. in Johelem.)

El celo se vale útilmente del azote con el siervo, y corrige saludablemente al hijo.

El premio no es de quien apenas comienza, sino de quien continúa y persevera hasta el fin en la buena fe. « Ninguno que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios[1] », decía Jesu-

[1] *Nemo mittens manum suam ad aratrum et respiciens retro, aptus est regno Dei.* (S. Luc., c. IX, v. 62.)

cristo. La salud eterna no se consigue tan fácilmente; se requiere constancia en la práctica de la virtud, si se desea alcanzarla decididamente. El Cielo es herencia de todos: á todos lo ha prometido nuestro buen Padre Celestial: para todos fueron abiertas sus puertas por los sufrimientos y la muerte del Redentor: pero está escrito que ha de ser forzado, y que sólo la violencia lo conquista [1]. No basta consagrarse á Dios en un momento de entusiasmo religioso; no es suficiente prometer amarle en los primeros ímpetus de fervor; hay que saberse sostener. Hay que permanecer firmes en los buenos propósitos, aun cuando se presenten dificultades, aun cuando, pasados los dulces alicientes de las delicias espirituales, con que Dios atrae á los principiantes, lleguen las arideces y se sientan las tentaciones. Hay que prepararse á ser fuerte también en las pruebas, para alcanzar el premio prometido á los justos. El Señor hace con nosotros lo que una madre con sus niños. Cuando están éstos muy pequeños y no pueden andar solos, los acompaña la dulce autora de sus días, los sostiene, los ayuda; pero cuando ya están grandecitos, cuando empiezan á adquirir fuerzas, los deja. Al principio nos asiste Dios con mayor abundancia de gracias, para sacarnos del pecado y encarrilarnos en la vía de la virtud: pero nos abandona después por momentos, para ver si sabemos marchar solos. Es en aquellos instantes cuando se siente el peso de la vida cristiana, es entonces cuándo se conoce que el servicio de Dios nos impone un yugo, aunque liviano y suave. Y es entonces cuándo debe uno estar firme en sus propósitos y continuar en la vía emprendida. Entonces más que nunca se necesita perseverancia.

[1] *Regnum cœlorum vim patitur et violenti rapiunt illud.* (S. Mat., c. XI, v. 12.)

San Pedro, que conocía bien el modo de guiar á las almas por los caminos del Señor, después de haberlas arrancado de las garras del demonio, no las abandonaba, sino procuraba consolidarlas en la virtud. Después de haberlas regenerado con el santo bautismo, duplicaba sus cuidados para perfeccionarlas y santificarlas más y más por medio de los otros sacramentos y de la oración. No omitía esfuerzo en hacer que sus negros convertidos perseveraran en la práctica del bien y en el cumplimiento de los deberes religiosos. Era un nuevo trabajo, muy pesado por cierto, el que se imponía; era incesante la vigilancia que debía tener; pero con gusto se sacrificaba para atender á sus queridos hijos y proporcionarles la verdadera felicidad, que consiste en la paz y la tranquilidad de conciencia. Aprovechaba todas las ocasiones, se valía de todos los medios para lograr su objeto.

Diariamente iba á visitarlos á sus pobres habitaciones. Siempre les llevaba algún regalito. Ora eran remedios para los enfermos, ora buenos alimentos para los convalecientes, ora dulces y golosinas para los niños. Entrando á las negrerías daba el saludo que el Divino Maestro acostumbraba dirigir á sus apóstoles y discípulos: *La paz sea con vosotros*. Los pobres esclavos se llenaban de alegría al ver á su buen padre, corrían todos á su encuentro, lo rodeaban y lo colmaban de caricias.

Su primera visita era para los enfermos, á quienes con dulces palabras exhortaba á la resignación.

« Mirad, les decía, mostrándoles el crucifijo, cuánto ha sufrido este buen Jesús por vosotros, ved el torrente de sangre que sale de sus llagas, contemplad este santo é inmaculado cuerpo que pende de una cruz, patíbulo infame reservado á los más grandes criminales. Voluntariamente ha abrazado el Salvador tantos padecimientos, con gusto

ha bebido el amargo cáliz del dolor hasta la última gota, y ¿por qué? Porque quería darnos un ejemplo del modo, cómo debemos sufrir, porque quería aliviar nuestras penas, y consolarnos en nuestros dolores; porque quería igualmente hacernos comprender la enormidad del pecado, por los estragos que en su divina persona ha producido, porque quería desterrar del mundo la iniquidad y borrar nuestras culpas. ¿Os quejaréis, pues, vosotros de vuestras enfermedades? ¿No sabréis sufrir con paciencia unos cortos dolores en penitencia de vuestros pecados? ¡Oh! unid lo que sufrís á la pasión de Jesucristo, juntad vuestros padecimientos á los suyos y pedidle perdón de vuestras faltas. »

Después de haber excitado sentimientos nobles de conformidad en sus corazones, distribuía los remedios que había traído, aliviando así el espíritu y el cuerpo de los míseros negros.

En seguida reunía en derredor suyo á los bautizados y les hacía pequeñas pláticas especiales. Primero les explicaba de una manera fácil y sencilla los Mandamientos, que encierran todos los deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con los prójimos. Les recomendaba encarecidamente que los practicaran con empeño asegurándoles que solamente en la observancia de esos sublimes preceptos hallarían completa dicha, ya en la tierra, ya en el Cielo. Aclaraba también las dificultades con ejemplos y símiles muy apropiados, al alcance de tan obtusas inteligencias.

Del Decálogo pasaba á los mandamientos de la Iglesia. Insistía especialmente en la obligación de santificar las fiestas. Les enseñaba la manera de oír misa con devoción, les manifestaba el significado de las ceremonias sagradas, les recomendaba que acompañaran con el pensamiento al

sacerdote en las diversas partes del augusto y santo sacrificio. Les sugería actos de amor, de esperanza, de conformidad con la divina voluntad y de arrepentimiento, para que los repitieran cuando iban á la iglesia.

Punto muy importante, sobre el cual se detenía mucho el Santo, era la necesidad de los sacramentos y el modo de frecuentarlos. Siendo éstos las fuentes perennes de la divina gracia, siendo los canales, diremos así, por donde se comunican á los hombres los más privilegiados favores espirituales, Claver quería que sus negros los recibieran á menudo y con los debidas disposiciones. Por lo tanto, á más de instruírlos, los preparaba también él mismo, les hacía el examen de conciencia, los excitaba á la contrición y les fijaba el día en que debían acercarse al tribunal de la penitencia.

El hombre pertenece á Dios; cuanto tiene, cuanto posee, lo ha recibido de Él; luego es justo que á Él se dirijan todas sus acciones, todos sus pensamientos y deseos. El Santo, que nada hacía sino para la mayor gloria del Señor, se había propuesto que también los negros siguieran su ejemplo. Los exhortaba, pues, continuamente á elevar la mente al Cielo, á ofrecer el corazón al Altísimo, á dirigirle sus obras y trabajos. Así, no se conformaba el admirable padre con instruír solamente á los esclavos, sino les hacía también practicar la religión que les predicaba.

Los domingos, poco antes de comenzar la misa, iba él mismo á las negrerías para llevarlos en grupo al templo. Cuando las muchas confesiones no le dejaban tiempo para ir, no olvidaba á sus negros y enviaba alguno de los intérpretes ó de los hermanos coadjutores á reemplazarlo. El buen padre no subía al altar antes que estuvieran reunidos sus negros en la capilla.

Tanta aglomeración de gente poco aseada esparcía un

olor insoportable, que daba motivo á innumerables quejas de parte de las clases altas de la sociedad. Algunas señoras distinguidas protestaban, y decían que se queria excluírlas de la iglesia, que se pretendia humillarlas dando la preferencia á sus esclavas, que no se les permitía asistir á las funciones religiosas en el oratorio de la Compañía, y vituperaban con amargas censuras el celo del Santo. Éste, á todos los lamentos que oía, contestaba con el aire modesto y humilde que le era tan familiar:

« Los pobres esclavos son también cristianos, están igualmente obligados á cumplir con el precepto de la Iglesia: yo soy su pastor y su capellán, ¿cómo pues, no he de procurar que asistan á la misa? »

Tan dulce firmeza hizo acabar las murmuraciones.

Además de la misa, prescribe la Iglesia un completo descanso de todo trabajo material ó servil, en los días consagrados al Señor. En la misma ley mosaica estaba mandado: « Seis días trabajarás; el séptimo descansarás para que reposen tu buey y tu asno, y se refrigere el hijo de tu esclavo y el extranjero[1]. » Jamás hubiera consentido el padre Claver que uno de sus amados negros faltara á esta obligación sagrada. Gran vigilancia tenía para que todos cumplieran con este precepto eclesiástico, evitando obras serviles en los días de fiesta. Como había algunos que, careciendo de lo más indispensable para el propio sostenimiento, se veían tentados á trabajar, su caridad industriosísima buscó la manera de proporcionarles recursos. Su profunda humildad le sugirió presto un medio eficaz. Uno ó dos días en cada semana salía á la calle, é iba pidiendo de puerta en puerta. Tendiendo su bendita diestra,

[1] *Sex diebus operaberis: septimo die cessabis, ut requiescat bos et asinus tuus; et refrigeretur filius ancillæ tuæ et advena.* (Exod., c. XXIII, c. 12.)

xclamaba : *No dejéis perecer á mis pobres esclavos*. Cuando legaba el domingo, tomaba lo que había colectado, corría las negrerías, reunía á sus queridos hijos, rezaba unas ortas pero fervorosas oraciones para dar gracias al Altí- mo por haberles enviado esas limosnas ; luego distribuía as provisiones, diciendo :

« He aquí, amados míos, he aquí algo con que reponer us fuerzas y sostener la vida temporal ; cuidad ahora de la ida eterna. Sed fieles á las leyes de Dios y de la Iglesia, no temáis que os falte cosa alguna. El Señor se ocupa de as aves del cielo, proporciona alimento á los peces del nar; ¿abandonará, pues, á sus hijos? No. Él no os dejará esamparados, siempre os protegerá. Cuanto más grande ea vuestro empeño en observar su ley, en cumplir con sus receptos, mayores serán también las bendiciones que so- re vosotros derramará. Santificad estas pocas horas que se a reservado, y recibiréis una generosa recompensa. »

De este modo evitaba la profanación de los días santos.

Empero el interés que el padre Claver tenía generalmen- en hacer santificar las fiestas, crecía sobremanera cuan- o se acercaba alguna de las grandes solemnidades de la glesia. Muchos días antes, donde quiera que encontrara sus negros, ya en la calle, ya en las casas, ya trabajando, a descansando, les recordaba que estaba próxima una esta de la Virgen Santísima ó de Nuestro Señor Jesucristo, añadía :

« Pueden ganar indulgencia plenaria los que confesando comulgando, rueguen según la mente del sumo ponti- ce ; hay que esmerarse en limpiar la conciencia, hay que provechar la gracia que en su infinita misericordia nos cuerda Dios. Á todos los espero en el confesonario en stos días. »

Y para facilitarles la manera de recibir los santos sa-

cramentos, se levantaba en aquellas circunstancias aun antes de la hora ordinaria, á pesar de que era ésta siempre muy temprana. Antes de las tres de la madrugada estaba el abnegado apóstol en el tribunal de la penitencia oyendo las confesiones de sus penitentes. Daba la preferencia á los negros, y cuando personas de alta categoría se confundían entre la turba que rodeaba su confesonario, con afabilidad y finura les decía :

« Yo soy el confesor de los pobres esclavos ; dirijanse á otro padre, no les será difícil encontrarlo. »

Algunos no se desanimaban por esto, retirábanse á un lado, aguardaban que se confesaran primero los esclavos, y al fin lograban también recibir los sabios consejos y la santa absolución del venerando padre.

Nada disgustaba más á Claver que oír palabras indecentes, ó peor todavía, blasfemias. Grandísimo era el odio que tenía contra este pecado. Por cierto la blasfemia ofende directamente á la Majestad divina, es una injuria lanzada contra Dios de una manera especialísima, contiene una insubordinación declarada contra el Altísimo, es en suma como un reto dirigido al Cielo. Por esto se hace más detestable y se considera más grave que cualquiera otra falta.

El Santo, deseoso de hacer comprender á los esclavos toda la fealdad y la malicia de la blasfemia, se mostraba muy severo con los que tenían costumbre de pronunciarla : los reprendía fuertemente en presencia de los demás compañeros y les imponía una penitencia pública. De ordinario ésta consistía en obligarlos á besar el suelo, y cuando se prosternaban para ello, solía decirles con voz temblorosa y con las lágrimas en los ojos :

« ¿ Quién eres tú, mísera criatura, que te atreves á atacar el Cielo ? ¿ Cómo tienes la osadía de ultrajar á la Majestad divina ? »

Semejante punición producía gran efecto en los otros, ·s causaba honda impresión y valía tanto como una pré-ica.

Generalmente cuanto los negros podían conseguir lico-·s, no sabían contenerse; tomaban con exceso, perdían ıs facultades intelectuales y cometían graves desórdenes. Javier combatió enérgicamente este vicio. Á más de estig-atizarlo en sus pláticas con fuertes expresiones, casti-aba á los que encontraba ebrios. Los avergonzaba pú-licamente y también los sometía á duras penitencias ara hacerles comprender que á la intemperancia se debe poner la mortificación. Algunas veces ocurría á la disci-lina, y la aplicaba á los culpables delante de todos. De sta manera pudo el gran apóstol corregir á muchos en uienes estaba arraigado el repugnante vicio de la em-riaguez.

Pero uno de los abusos que le costó gran trabajo des-ruir, fué cierta fiesta llamada *el llanto de los muertos*. ·abía un tiempo establecido en que hombres y mujeres · reunían de noche para llorar á sus difuntos. Hacían uchas ceremonias supersticiosas y paganas. Á más, la ayor parte se emborrachaban y caían en abominables esórdenes. El celo del Santo no podía contener la indig-ación contra tales excesos. Resolvió no tomar descanso asta no ver abolidas tan salvajes costumbres. Ocurrió rimero á la autoritad eclesiástica para que prohibiera los busos que se cometían en aquella fiesta; pero observando ue no se cumplía escrupulosamente lo dispuesto, se diri-ió también á los magistrados y pudo obtener una abso-ıta prohibición para vender ó llevar cualquiera clase de ebida capaz de embriagar. Dios mismo le ayudó á coro-ar sus piadosos deseos, por medios extraordinarios que enían algo de prodigioso.

La Iglesia establece días de abstinencia durante el año, para recordarnos la obligación de satisfacer con algún acto de abnegación á la Justicia divina por nuestros muchos pecados. Á todos nos impone que mortifiquemos nuestras carnes y sometamos nuestro cuerpo á servidumbre. Pero se excusan fácilmente los cristianos de cumplir con las prescripciones de la Iglesia á este respecto; unos porque las juzgan demasiado gravosas y casi insoportables, otros porque se creen dispensados por su pobreza ú otros fútiles motivos.

¿Quiénes más pobres que los negros de Claver? ¿Quiénes más sobrecargados de trabajos que las infelices víctimas de la esclavitud? Sin embargo, el Santo los hacía ayunar tanto en la cuaresma y adviento, como en las témporas y vigilias de las principales fiestas del año. Todos somos pecadores; á todos, pues, nos toca hacer penitencia. El santo Evangelio declara sin ambajes que no se entra al reino de los Cielos sino por el camino de la mortificación: *Si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis*[1]. Por esto el celoso apóstol, á fin de que sus negros penetraran el espíritu de la Iglesia, no solamente los obligaba á observar las abstinencias y ayunos, sino les quitaba también los objetos de juego y diversión, diciéndoles:

« Este tiempo está destinado á llorar nuestras faltas: tenemos que castigarnos por los ilícitos placeres á que nos entregamos, privándonos de goces permitidos. Los cristianos no pueden, sin dar muestra de ingratitud, divertirse en una época que les recuerda los sufrimientos que un Dios ha soportado por ellos. »

[1] *Si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (S. Luc., c. XIII, v. 5.)

No transigía el Santo cuando se trataba de la observan-
cia de las abstinencias prescritas por la Iglesia.

No se crea, sin embargo, que si era tan severo en
emejantes ocasiones, en que se invita á los cristianos al
lanto y al arrepentimiento, no concediera nunca á sus
negros pasatiempo alguno. Eran ellos inclinados sobre-
manera al baile; cualquiera cosa hubieran sacrificado á
sta clase de diversión. Era una verdadera pasión que los
ominaba. Por otra parte, ajenos los ignorantes salvajes
e la refinada malicia de la posterior ilustración, que al
delantar en general hizo también grandes progresos en
l vicio, la corrupción y la inmoralidad, no abusaban de
os bailes como sucede generalmente en los modernos
estines. De cuando en cuando, pues, ocurrían los pobres
sclavos á su buen padre, suplicándole que les permitiera
ailar. El santo apóstol conocía bien la dura vida que esos
esdichados llevaban en todo el año; por consiguiente les
cordaba la gracia pedida con instancias vivas, pero les
xigía la promesa de evitar las cuestiones, las rivalidades,
os desórdenes. De ordinario mantenían la palabra dada á
Claver, divirtiéndose por unas horas con sencillez; pero
veces sucedía que se tomaban algunas libertades y no
umplían con lo ofrecido. Presentábase entonces el santo
arón con un crucifijo en la derecha y una disciplina en
a izquierda, y les intimaba que suspendieran el baile.
i no era obedecido en el acto, metíase entre la muche-
umbre y empezaba á distribuír disciplinazos. Abandona-
an sus instrumentos los que estaban tocando, se daban
la fuga los otros, y sólo quedaban los culpables, quienes
e postraban á los pies del padre, reconocían humildemente
us faltas y pedían perdón. Entonces los sometía éste á
n castigo muy original. Los entregaba á personas piado-
as y honradas, para que los tuvieran encerrados hasta

que los amos mandarán por ellos. También les exigía una pequeña limosna para el hospital de San Lázaro.

Parecerá algo extraño á nuestros lectores que el apostólico padre Claver, cuyo carácter era todo dulzura y mansedumbre, se valiera de tales medios para mantener el orden entre sus queridos negros; pero si se considera la naturaleza salvaje de esas gentes, fácilmente se comprenderá que era indispensable tomar tan enérgicas medidas, y se reconocerá que su celo no era sino la reproducción del que el Redentor mismo desplegó durante su vida mortal. ¿No era Jesús la misma bondad y santidad? ¿Y no se vió obligado á recurrir al fuete para reprender á los profanadores del templo? Á veces hay que mezclar lo amargo con lo dulce: no siempre la corrección dada bondadosamente produce el efecto deseado: por eso el Santo se mostraba fuerte en los momentos en que era necesario serlo. Empero la manera de proceder iba acompañada siempre de una admirable suavidad. En efecto, persuadido de que un buen consejo, una buena palabra dirigida amigablemente en ciertas circunstancias, da mejor resultado que una dura reprensión, cuando se trataba de faltas privadas ó de defectos personales, llamaba aparte á sus negros y con suaves expresiones los corregía, sin herir el amor propio ó excitar la susceptibilidad. Ora era un dicho de algún padre de la Iglesia, que ponía en consideración de su hijo espiritual, ora era un pasaje de la Sagrada Escritura que le repetía distintas veces para que lo meditara, ora era una sentencia proverbial con que estigmatizaba el vicio ó la mala costumbre que se proponía quitar. Cuando encontraba algún grupo de esclavos, tampoco dejaba de darles buenos consejos de una manera general. Dirigiéndose á los jóvenes, les decía:

« Hijos míos, no hagáis gran caso de vuestro vigor y

río; á menudo los arbustos no se desarrollan en árboles, ino se secan y desaparecen; las flores no siempre dan rutos. »

Y á los ancianos:

« Pensad, amigos míos, que la casa está vieja y amenaza uina ya. Confesaos mientras os queda tiempo y facilidad ara hacerlo. »

Asombroso era el efecto que en aquellos corazones cauaban las palabras, y más todavía, las miradas del padre. Por salvajes que fueran los esclavos, no podían resistir á us caritativas amonestaciones, y menos podían soportar u vista sin conmoverse. Si por desgracia algunos se desarriaban, no permanecían largo tiempo en el mal camino, orque al fin asaltados por graves remordimientos, se veían bligados á volver al rebaño, á echarse de nuevo en los aternales brazos de su amado pastor.

También era favorecido el Santo de una manera muy special por el Altísimo, pues en distintas ocasiones escuriñaba los corazones, penetraba las conciencias y conocía i las almas estaban en gracia de Dios ó en estado de pecado. Con frecuencia acontecía que pasando por junto de n negro, se paraba, y golpeándole ligeramente la espalda on la mano:

« Hijo mío, le decía, piensa bien en lo que haces, ecuerda que pronto deberás dar cuenta de tus acciones á n juez inexorable. Dios tiene contados tus pecados. El rimero que vuelvas á cometer puede ser el último. »

Y continuaba su camino, dejando confundido y atónito l infeliz pecador, que reflexionaba sobre las expresiones le Claver, y al fin se convertía.

Tampoco eran raras las veces en que excitados los lescarriados por un vehemente dolor de sus culpas, al er al Santo, corrían á encontrarlo, se postraban á sus

pies, le pedían la bendición, le suplicaban que los perdonara y prometían vivir cristianamente de entonces en adelante.

Tratándose del bien de sus negros, no descansaba un instante el padre Claver; á todo estaba dispuesto con tal que pudiera encaminar por la senda de la virtud á los que vivían lejos de Dios, ó impedir que se desviaran los que ya pertenecían al rebaño de Jesucristo. Los trabajos que encontraba en la difícil tarea de convertir ó perfeccionar las almas, eran un consuelo para tan abnegado siervo del Señor. Jamás se desanimaba: en las mayores dificultades acostumbraba decir:

« Dios que derramó toda su sangre por la salvación de los hombres, debe tener bastante interés en este grave asunto; pues si fracasa, se pierde un alma. El verá cómo me saca del aprieto. Si el resultado no es bueno, tendrá un ángel menos en el Cielo que lo glorifique para siempre. »

Y con la sencillez de un niño ponía el negocio en manos de la divina Providencia, sin dejar de hacer por otra parte cuanto estaba á su alcance para conseguir el noble fin que se había propuesto. No reparaba en penas, no se fijaba en sufrimientos: lo que quería era llevar á cabo la gran obra de santificar almas, por consiguiente el provecho espiritual de sus prójimos era superior á todo, y lo prefería á la propia vida.

En la cuaresma, especialmente, se veía de cuán enormes sacrificios era capaz el celo de san Pedro. Es imposible suponer que sin el auxilio particularísimo de la gracia, pudiera un hombre solo atender á las ocupaciones que nuestro heroico siervo de Dios tenía diariamente en aquel saludable tiempo.

Todos los días, antes de la salida del sol, estaba ya en

el confesonario, en donde permanecía ocho largas horas, interrumpidas apenas por la celebración del santo sacrificio de la misa. Á las dos de la tarde volvía al templo, donde lo estaban aguardando sus pobres negros. Les hacía una corta explicación del Evangelio, que concluía con un acto de contrición, y se sentaba nuevamente en el tribunal de la penitencia. Muy raramente podía salir antes de las seis de la tarde. Aquel trabajo continuado por tantas horas sin descanso, el mal olor que tantos cuerpos desaseados exhalaban, el calor que tanta aglomeración de gente hacía insoportable, las picaduras de los mosquitos que tanto escozor le causaban, y por fin, los cilicios que continuamente mortificaban sus carnes, iban poco á poco agotando las fuerzas del Santo, quien á menudo perdía el conocimiento y caía desfallecido. Entonces los hermanos coadjutores ó sus intérpretes lo llevaban al cuarto y lo colocaban en la cama, para que al volver en sí comprendiera que no debía continuar la dura tarea de las confesiones, sino que le era indispensable un poco de reposo; pero aquello era inútil. Apenas recobraba el infatigable ministro de Dios sus facultades, por más que se le recomendara que cuidase de su salud, bajaba nuevamente á la iglesia y volvía á emprender sus apostólicas labores.

Á las seis de la tarde se reunía todos los dias en el patio del colegio una muchedumbre de negros, deseosos de purificar también sus conciencias. El incansable jesuíta suspendía entonces las confesiones de las mujeres para oír las de los hombres. ¡Oh cuántas veces amanecía bajo el rústico cendal que le servía de confesonario! Pero generalmente concluía á la hora en que se cerraba la puerta del colegio, á saber, cerca de las diez ó diez y media de la noche. Entonces consentía en tomar una pequeña refección, que de ordinario consistía en un pedazo de pan y algu-

nas patatas asadas. Tanta era la postración y el cansancio que experimentaba, que no podía andar solo. Dos hermanos se veían obligados á tomarle del brazo, llevarle al refectorio y acompañarle en seguida á su cuarto. No se crea que después de tales trabajos, omitiera el Santo una parte de sus oraciones, indispensablemente pasaba dos horas en santa unión con su amado Señor. Tampoco se acostaba antes de castigar su inocente cuerpo debilitado ya por las duras fatigas del día. Arrodillábase delante de un gran cristo que tenía al pie de su vacija, y comenzaba á darse disciplinazos, exclamando :

« Oh carne rebelde, ¿por qué pretendes oponerte á la voluntad de tu Creador? ¿Por qué te resistes á someterte á las leyes que El te ha impuesto? Bien te obligaré á servir á tu Señor: cuanto más grande sea tu oposición á la voluntad divina, mayor será también la severidad con que te trataré!... ¡Obedece! Camina por el buen sendero, si no quieres que te concluya á golpes. »

Solamente después de haber rezado con angelical fervor sus preces y haberse impuesto tan crueles penitencias, tomaba descanso. Y éste también era á menudo interrumpido. Ora tenía que volar á la cabecera de un moribundo, ora quería saciar completamente la sed de sufrimientos de que era devorado, y levantábase para mortificarse nuevamente. Á lo sumo, dormía dos ó tres horas. En efecto, antes de amanecer estaba ya entregado á las mismas tareas del día anterior. ¡Así santificaba Claver toda la cuaresma!

Para atraer á sus negros al tribunal de la penitencia, colocaba al lado del confesonario una mesita con muchas camándulas, estampas y otros objetos sagrados, que distribuía después de las confesiones.

Como hemos dicho, con aquellas gentes tan ignorantes

obtusas había que emplear un lenguaje material, á fin
e hacerles entender las cosas. El método, pues, que el
adre había adoptado para instruírlas en los rudimentos
e la fe, también le servía para explicarles los sufrimien-
os de Jesucristo, para prepararlas á recibir los santos sa-
amentos y excitarlas al arrepentimiento. Se había pro-
urado varias láminas que representaban distintas escena-
e la Pasión, y mostrándoles ora la una, ora la otra, les
a enseñando paso por paso la dolorosa historia de la
ondenación, muerte y sepultura del Redentor. Delante
el confesonario ponía un cuadro muy particular.

Deseando que todos se esmeraran en acercarse con las
ebidas disposiciones á los sacramentos, había mandado
ntar un alma condenada al infierno por haber comeeti-
o un sacrilegio. Se veía la infeliz rodeada de monstruo-
os demonios, que la atormentaban con agudas puntas de
ierro. El lugar en donde estaba tenía el aspecto de una
arcel horrenda y tenebrosa. Una serpiente gigantesca la
trechaba entre sus espiras. Una columna de vivo fuego
alía de aquella maldita boca, que había callado la ver-
ad en el tribunal de la penitencia, y de aquel desgracia-
o pecho que había profanado el cuerpo sacratísimo de
risto.

Se horrorizaban los negros al contemplar tan terrible
ntura de los réprobos. Mas para que se impresionaran
ondamente, cuando les hablaba de la manera de prepa-
rse á los sacramentos, prorrumpía el Santo en este elo-
uente apóstrofe, señalando el retablo :

« Aquélla será vuestra morada, oh almas pecadoras, si
o pensáis en convertiros ; la misma suerte os tocará si
o tomáis empeño en hacer una santa confesión ; si no os
teresáis en corresponder á las numerosas gracias que
ondadosamente os prodiga el misericordioso Señor vues-

tro, también sufriréis eternamente como la desgraciada que miráis afligida por tantos dolores. »

Daban indicios de horror los pobres esclavos y hacían gestos para asegurar al padre que no se expondrían á semejante peligro.

Si en el resto del año no consentía el santo jesuíta que se profanara el *domingo*, y no omitía esfuerzos para proporcionar á sus amados hijos lo necesario para mantenerse, á fin de que no se vieran forzados á trabajar, durante la cuaresma quería que se santificara muy particularmente. Salía, pues, él mismo con una campanita y pasaba por las principales calles de la ciudad tocando, para dar aviso á sus negros que se reunieran. Corrían éstos detrás del padre, quien los ponía en orden y los llevada procesionalmente á la iglesia entonando cánticos sagrados. Allí les dirigía conmovedoras palabras exhortándolos á la penitencia; en seguida entraba al confesonario, en donde permanecía por el resto del día.

No olvidaba á los ancianos ni á los enfermos. Buscaba cómodas sillas de brazos, escogía entre los jóvenes esclavos á los más robustos y les encargaba que transportaran al templo á todos los inválidos. Allí los confesaba antes que á los otros, los preparaba él mismo á recibir devotamente la santa comunión, los ayudaba á dar gracias, haciéndoles repetir actos de viva fe y encendida caridad; después los llevaba al refectorio del colegio para que se desayunaran. Él mismo quería servir la mesa, pues decía que esos pobres representaban al Redentor y que por consiguiente debían estar rodeados de respeto y veneración. ¡Cuántas atenciones les prodigaba! ¡Con cuánta amabilidad les ofrecía ya un plato de bien sazonados manjares, ya una copa de buen vino! ¡Con qué prontitud corría á la más pequeña señal de alguno de esos míseros, consi-

llerados por el mundo como *escombros de la sociedad!* ¡Cuánta alegría revelaba su rostro al aliviar así á los débiles y dar fuerza á los impotentes!

La Pasión de Jesucristo ha sido siempre el objeto privilegiado de la más tierna devoción de los santos. En la meditación de los dolores del Maestro se han formado estos discípulos modelos; en la divina escuela de la Cruz han aprendido á amar y practicar la virtud hasta el heroísmo. La consideración de las penas de Jesús crucificado, les ha infundido valor bastante para soportar toda clase de tormentos y martirios en este valle de lágrimas.

San José de Deonessa, capuchino, viendo que iban á atarlo para que no se moviera durante una operación dolorosísima que el cirujano debía hacerle, tomó su crucifijo en la mano y exclamó: « ¿Para qué ligaduras? ¡He aquí mis lazos! Este Señor clavado por amor mío, con sus dolores me obliga á soportar cualquiera pena por su amor. » Y sufrió el corte de una pierna sin pronunciar una palabra de queja, fijos los ojos en Jesús como manso cordero que enmudece delante del que lo trasquila y no abre la boca[1].

¡Oh cuántos corazones, felices en las llagas del Salvador, se han sentido dominar por un amor tan vivo que no han rehusado sacrificar los bienes y la vida, y han superado con gran ánimo todas las dificultades que en la observancia de la divina ley se les presentaron! Para andar expeditamente en la vía del Cielo, nos da el Apóstol de las gentes este admirable consejo: « Considerad atentamente á aquel que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su persona, para que no os fatiguéis, desfalleciendo en

[1] *Et quasi agnus coram tondente se obtumelescet et non aperiet os suum.* (Isaias, c. LIII, v. 7.)

vuestros ánimos[1]. » También exclamaba san Buenaventura: « Si quieres, ¡oh hombre! adelantar de virtud en virtud, de gracia en gracia, medita todos los días la pasión del Señor[2]. » Por esto Claver al acercarse los días en que la Iglesia recuerda los dolores del Redentor, renovaba su espíritu y lo excitaba al sacrificio, pensando en ellos más detenidamente. Refieren sus biógrafos que durante la noche salía de su cuarto, y con una soga al cuello, una corona de espinas en la cabeza, una cruz en los hombros, los pies descalzos, paseaba por los claustros del convento, repitiendo las amorosas expresiones de Agustín: « Imprime, Señor, tus llagas en mi corazón, para que en ellas encuentre yo dolor y amor: dolor, para sufrir por Ti toda clase de padecimiento, amor para despreciar por Ti toda clase de afectos[3]. »

También á sus negros procuraba infundir gran devocion á la pasión de Cristo. Desde el domingo de pasión hasta la pascua, el asunto de todas sus pláticas eran los oprobios, los escarnios, las amarguras con que el ingrato pueblo israelita había correspondido á las bondades y caricias de su Salvador. Y para representarles más sensiblemente aquellas dolorosas escenas, exponía unos pequeños cuadros, que como siempre, hacían gran efecto en la mente de los esclavos. Antes de confesarlos les recomendaba que se fijaran bien en esos retablos para que convenidos por los inmensos sufrimientos causados á Cristo por sus pecados,

[1] *Recogitate... eum, qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem; ut ne fatigemini, animis vestris deficientes.* (S. Paul. ad Hæb., c. LII, v. 3.)

[2] *Si vis, homo, de virtute in virtutem, de gratia in gratiam proficere, quotidie mediteris Domini passionem.* (S. Bon.)

[3] *Scribe, Domine, vulnera tua in corde meo, ut in eis legam dolorem et amorem: dolorem ad sustinendum pro te omnem dolorem; amorem ad contemnendum pro te omnem amorem.* (S. Augustin.)

se arrepintieran sinceramente y prometieran llevar una vida santa.

El jueves de la semana mayor ponía sobre una mesa, delante del confesonario, una imagen del Salvador en actitud de lavar los pies á sus apóstoles, y exortaba á todos á aprovechar esa enseñanza de humildad y caridad.

Así las confesiones, las instrucciones y las exhortaciones se sucedían casi sin interrupción. Se ha calculado que durante la cuaresma nuestro incansable héroe confesaba á cinco mil negros.

Empero cuanto más gozaba éste en recoger tan saludables frutos de su trabajo, más se enojaba el demonio y hacía grandes esfuerzos para estorbar las portentosas obras emprendidas por Claver. Intentó el infernal enemigo inducir á los amos á que impidieran á sus esclavos confesarse con el ministro de Dios, so pretexto de que las muchas devociones los hacían ineptos para servir debidamente, y al principio consiguió que se dictaran unas disposiciones muy perjudiciales al bien de aquellos desdichados. Pero poco á poco quedó confundida la ignorancia de tales amos, pues el cambio admirable que la predicación del santo jesuíta producía en los negros, haciéndolos más laboriosos y sumisos, los obligó á reflexionar, y comprendieron al fin que no solamente debían retirar sus órdenes, sino manifestar profundo agradecimiento á Claver por todo lo que trabajaba en su favor. Algunos, queriendo darle pruebas de su satisfacción y contento, le enviaban regalos. El Santo, rehusándolos con afabilidad y dulzura, les decía:

« No, no, amigos míos, no merezco tales dones. Llévenlos á su párroco. Él ha trabajado y trabaja mucho más que yo, merece por consiguiente que le recompensen. »

Después de la pascua iba á confesar también á los

enfermos que por sus graves males no habían podido ser transladados á la iglesia. Á nadie dejaba sin cumplir con el precepto. Su celo le comunicaba fuerza para atender á todos, para ocuparse de todos, para consolarlos á todos.

CAPÍTULO XII

San Pedro hace su profesión solemne. — Va en busca de los negros ancianos que estaban sin bautismo. — Es nombrado ministro del colegio, y en seguida maestro de los novicios.

1. *Majorem caritatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Ant. Brev. Rom.)
Nadie tiene mayor caridad que el que ofrece su alma por aquellos á quienes ama.

2. *Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua sed opere et veritate. In hoc cognocimus quoniam ex veritate sumus et in conspectu ejus suadebimus corda nostra.* (Ep. I S. Joan., c. III, v. 18, 19.)
Hijitos míos, no amemos de palabra, sino efectivamente y de verdad. En esto conocemos que somos de la verdad, y así aseguraremos nuestros corazones delante de Dios.

3. *Rem esse magni momenti sibi commissum intelligat, quandoquidem ex prima novitiorum institutione pendet majori ex parte eorumdem profectus, et spes nostræ socistatis in Domino.* (Ex reg. Societ. Jes.)
Entienda (el maestro de novicios) que se le ha confiado un negocio de mucha monta, pues de la primera educación de los novicios casi siempre dependen en su mayor parte el perfeccionamiento de ellos mismos y las esperanzas de nuestra Compañía.

Apenas habían transcurrido seis años desde que el padre Claver se había consagrado á la evangelización de los negros, é innumerables conquistas habían obtenido ya su caridad y abnegación. Dios se reservaba sin embargo aumentarlas todavía; sólo esperaba una última prueba de la virtud de su fiel siervo, la más grande que pudiera

lar el heroísmo de un santo; sólo aguardaba que su con-
sagración y celo sacerdotales llevaran el sello eterno é
ndeleble de un sacrosanto juramento.

Corría el año de 1622, y los superiores llamaron á
Pedro para que hiciera su profesión solemne. La profesión
de un religioso significa completo abandono de las cosas
terrenales. Es el último adiós al mundo, es el acto pos-
trero de perfecto desprendimiento de las criaturas, es la
entrega de sí mismo á Dios.

Al principio se amedrentó Claver al recibir aquella
orden, pues en su profunda humildad pensaba que no
endría suficiente fuerza para cumplir estrictamente los
graves deberes que la profesión le imponía; se juzgaba
demasiado indigno del elevado grado de perfección á que
a divina Providencia le llamaba. Pero considerando des-
pués que de esa manera se uniría más íntimamente con
u amado Señor; que más fácil le sería también sepultar
para siempre en unas negrerías los admirables talentos y
as brillantes cualidades que tantos aplausos le habían
nerecido en Barcelona, Tarragona, Mallorca, Bogotá y
Tunja; que haría una demostración más explícita de
mor á Dios, consagrándose sin reserva alguna al servicio
e los pobres esclavos despreciados y pisoteados por los
ombres, desterró todo temor de su corazón y con sumi-
ón se dispuso á hacer lo que le ordenaban los superio-
es. Para prepararse lo mejor posible al solemne instante
e la profesión, pidió que se le concedieran unos días de
etiro. Como es fácil suponer, pasó aquellos días en fervo-
osa oración y en santo recogimiento, atendiendo exclu-
vamente á su alma y pidiendo con instancias vivas,
rtud y fuerza para ser un religioso modelo.

Es en la soledad, en el retiro, donde comunica el Señor
las almas su luz y su gracia.

Estaba Claver meditando las humillaciones y escarnios del Redentor, cuando se siente repentinamente sobrecogido por tanta vehemencia de afectos, que no puede contenerse. Como impulsado por una fuerza sobrehumana abraza el crucifijo, y en alta voz exclama:

« Señor, ¿por qué estás cubierto de úlceras? ¿Por qué ni una sola parte de tu cuerpo está sin grave herida?... ¡Oh sed de almas!... ¿Cómo, pues, permanecerá más tiempo insensible este corazón? ¿Por qué no me resolveré á sacrificarme por tu amor y por amor de tus almas? Basta, Dios mío, la indiferencia con que he vivido hasta hoy; basta el tiempo que he perdido en ocupaciones inútiles, mientras he podido atender tan oportunamente á la conversión de tantos desdichados que están bajo el peso de una doble esclavitud, material y espiritual. ¡Ah no, en adelante no seré tan ingrato!... Á los negros me dedicaré con ahinco, tu nombre les predicaré continuamente, tu santa doctrina les enseñaré, su siervo me volveré y honrado me estimaré siendo *esclavo de los esclavos*, puesto que tú mismo no has rehusado ser el último de los hombres. »

Al concluir tan ardiente plegaria, sintióse interiormente inundada el alma en goce celestial. Formó la resolución de añadir á los votos de la profesión, el de consagrar su vida á la conversión de los esclavos, y declararse *siervo de los negros*. Dudando sin embargo de sí mismo, desconfiando de su propia constancia y creyendo que aquellas promesas fueran efecto de un momentáneo fervor, quiso consultar á su director espiritual. Manifestóle lo ocurrido, explicóle la interna alegría que había experimentado, abrióle su conciencia, díjole estar dispuesto á obligarse con voto solemne á procurar el bien material y espiritual de los negros, y pidióle su deseada aprobación. El sabio

onfesor, que conocía perfectamente al penitente y lo
admiraba por sus virtudes, comprendió en el acto que
quélla había sido una divina inspiración mandada á esa
rivilegiada alma para prepararla á cosas maravillosas. No
uvo por consiguiente dificultad alguna en satisfacer los
nhelos del Santo, y acordóle muy gustoso el permiso de
ñadir un nuevo voto á los tres que generalmente hacen
os profesos.

Ya no suspiraba Claver sino por el feliz instante de la
onmovedora ceremonia. Llegado el momento de emitir
os votos, invocó el auxilio de Jesús y María, rogó á los
antos patronos, y en seguida rezó la fórmula prescrita y
ontinuó:

« Deseoso de emplear útilmente los días de vida que aun
uieras acordarme, ¡oh Dios mío! te prometo, te juro de-
licarme al servicio de los esclavos, no omitiendo nunca
sfuerzo para procurarles la curación de sus enfermedades
norales y el alivio de sus males físicos.

Escribió las promesas y firmó: *Petrus Claver, æthiopum
emper servus*[1].

¡Oh heroísmo insuperable! En adelante Claver no se
onsiderará dueño de sí mismo, sino dependiente en ab-
oluto de sus queridos negros. No vivirá para sí, sino para
us protegidos, no tendrá más pensamiento que el de asistir
los esclavos, no tendrá más corazón que para amarlos,
o tendrá tiempo sino para consagrarlo al bien de sus
lmas y alivio de sus cuerpos. ¡Cuántas veces sentirá los
elicados miembros abrumados por el continuo trabajo de
rolongados meses! ¡Pero no reposará ni un solo día, no
uspenderá ni una sola vez la ímproba labor que se ha im-
uesto voluntariamente de ir á explicar las máximas evan-

[1] Pedro Claver, siervo de los esclavos para siempre.

gélicas á los negros! Cansado, casi exánime, no le quedarán fuerzas ni siquiera para caminar; mas en su inagotable caridad, al encontrarse con un mísero esclavo enfermo y desamparado, ora por las calles, ora por las plazas de Cartagena, no dejará de encorvar la frente, de presentarle los hombros y de llevarle cargado al próximo hospital ó á la inmediata negrería. Jamás olvidará que es *para siempre* el pastor, el padre, el amigo, el siervo, ¡el *esclavo de los negros!* ¡Oh admirable caridad de un blanco!

Hasta aquí no hemos visto más que el conjunto de los inmensos trabajos de Claver por la salvación de almas tan queridas; veremos ahora detalladamente los prodigiosos excesos de su celo, de su caridad, de su humildad, de todas las virtudes que practicó en grado heroico, durante los cuarenta años de su asombrosa vida apostólica.

Á medida que el amor del Santo para con los negros iba creciendo, parecía que la divina Providencia le prodigara más insignes gracias para ayudarlo en el cumplimiento del sublime voto. En efecto, apenas había un pequeño desorden entre los negros, era conocido en el acto por el buen padre, quien le ponía pronto y seguro remedio. Extraordinaria eficacia habían adquirido sus palabras, especialmente cuando iban dirigidas á demostrar la gravedad del pecado; sus exhortaciones impresionaban entonces más hondamente á los oyentes y cosechaban frutos más abundantes. Su mismo cuerpo resistía más largo tempo al trabajo, menos fuertes sentía su espíritu las ataduras de la carne, y su ternura para con los negros aumentaba grandemente. Si encontraba algunos que temieran presentarse á sus amos, porque habían perdido en las ventas ó las compras de las mercancías que se les habían confiado, iba él mismo á pedir gracia para ellos, y si los dueños demasiado apegados al interés se la rehusaban, colec-

aba limosnas para reponer lo que faltaba. Cuando tenía
ioticia de los maltratos y de la dureza de algunos amos
ara con los negros, su corazón se sentía traspasado por
na aguda espada. Visitaba á los avaros dueños, y si no
on las súplicas, con fuertes reprensiones llegaba á aman-
arlos ó inspirarles un tanto de compasión. ¿Oía al pasar
elante de una casa los gritos de los que se estaban casti-
ando? Entraba, y con los ruegos hacía suspender los
olpes que algunos despiadados amos descargaban sobre
us pobres esclavos.

En fin él mismo se encargaba de conducir nuevamente
sus negrerías á los que habían huído por temor de ser
everamente castigados. Él mismo solicitaba el perdón de
os dueños, y respondía por sus queridos hijos.

Cuando los negros envejecidos y debilitados por el
onstante trabajo no podían servir, generalmente eran
bandonados por inútiles. Se veían obligados los infelices
buscar asilo en alguna miserable choza de los alrede-
ores de la ciudad, ó bien en las mismas caballerizas de
s propios amos.

Muchos de ellos no habían recibido el santo bautismo;
asaban sin embargo por cristianos, porque tenían ciertas
rácticas religiosas exteriores, por espíritu de imitación,
guiendo el ejemplo de los demás. Apenas descubrió el
nto ministro esta nueva llaga, se apresuró á curarla con
bálsamo de su celo y de su caridad. Visitó todas las
ozas y ranchos de los afueras de Cartagena, penetró á los
gares más apartados de cada habitación, no dejó de ha-
r pesquisas en todas las caballerizas de los ricos. Cuando
contraba alguno de esos pobres ancianos repudiados
r el consorcio humano, se le acercaba, le saludaba afec-
osamente, le abrazaba con ternura, se le declaraba sin-
ro amigo, y le decia:

« No temas, yo soy hermano tuyo, vengo á hacerte un gran regalo. »

Después le hablaba de Dios, le explicaba los puntos principales de la Doctrina y lo preparaba para el bautismo. Confundidos los abandonados negros por tanta amabilidad, oían con interés las palabras del padre y concluían por solicitar la gracia de ser regenerados con las aguas bautismales. Después que ya había satisfecho sus deseos, les decía:

« Ya tenéis mi regalo, procurad conservarlo con mucho empeño; os he dado la estola cándida de la inocencia, no la manchéis jamás. Con ella entraréis á la eterna gloria que Dios ha prometido á sus fieles siervos: pero si al presentaros ante el Divino Juez os hallareis sin ella, seréis condenados para siempre á sufrir con los demonios. »

La mayor parte moran poco después de recibido el bautismo. Parece que el Cielo los mantuviera vivos simplemente para proporcionar al santo apóstol el consuelo de haber salvado esas almas. Los pocos que sobrevivían eran objeto de las más grandes solicitudes del caritativo jesuíta. Iba éste á verlos con frecuencia y les decía:

« Mirad, queridos míos, que la casa es vieja y se está desarmando: puede caerse cuando menos lo penséis. Confesaos, aprovechad la buena oportunidad que el Señor os ofrece. »

Los consejos del padre eran leyes para aquellos ancianos. Á menudo recibían los santos sacramentos, é iban adelantando admirablemente en la virtud. Así se preparaban á una preciosa y santa muerte.

Si se consideran las numerosas ocupaciones que fuera de la casa absorbían casi todo el tiempo del padre Claver, se creería que estaba dispensado de la asistencia á los comunes ejercicios de piedad impuestos por la regla. Pero no,

El santo apostol daba el ejemplo de la más perfecta observancia á los cofrades. Siempre era puntual en asistir á los actos de la comunidad, siempre era el primero en cumplir escrupulosamente con todas las prescripciones de los superiores. Traducía á la práctica aquel dicho: *Serva regulam, et regula servabit te* (observa la regla, y ésta te salvará).

Viendo, pues, el rector del colegio la exactitud del padre Claver en el cumplimiento de sus deberes, le confirió el cargo de ministro. No es tan fácil desempeñar satisfactoriamente semejante empleo. Se requieren gran tino, caridad suma, actividad extraordinaria. Se resistió al principio el buen padre, considerándose inepto para ocupar el honorífico puesto. Hizo observar al superior que era el menos aparente para vigilar la conducta de los otros, á quienes juzgaba mucho más perfectos que él, y le manifestó que ese nombramiento comprometería el orden y la disciplina, elementos indispensables para la buena marcha de un establecimiento. Pero no valieron razones, no se admitieron súplicas, y Claver tuvo que obedecer.

Fué entonces cuando supo conciliar admirablemente sus virtudes con el propio deber. El santo jesuíta sentía la necesidad de estar sujeto, de humillarse, de servir á sus hermanos. Estaba acostumbrado á considerar á éstos mucho más que á sí mismo, sobre todo se creía obligado á no causarles nunca la más ligera molestia ó pena. A todos los amaba con el tierno afecto de un padre. Si se hubiera encontrado en la precisión de reprender á alguno, su corazón hubiera sufrido en demasía, su caridad se hubiera resentido amargamente, su humildad lo hubiera llevado inmediatamente á los pies de aquel á quien hubiera hecho la más pequeña observación. Pero supo hallar la manera de satisfacer á su corazón y á su conciencia, sin menos-

cabo del propio deber, en la nueva posición que la obediencia y el respeto á sus superiores le habían inducido á aceptar.

Aunque sea generalmente el deseo de la perfección el que mueve á ciertas almas privilegiadas á abandonar el mundo para entrar en religión, sin embargo no se observa en todos la misma fuerza, la misma energía en soportar las privaciones y durezas de la vida penitente. Algunos, ya por la debilidad de la propia constitución, ya por las enfermedades sufridas, no pueden acomodarse enteramente al régimen estricto de comunidad, y paceden mucho por la falta de ciertas pequeñas comodidades. Para éstos, bien estarían dispuestos los superiores á prescindir de la regla, á hacer algunas excepciones, pero ¿cómo rehusar después otras concesiones á los que también pidan, sin tener las mismas necesidades? Y ¿cómo retirar oportunamente los acordados permisos, siendo tan difícil averiguar cuándo cesan ó las causas por las cuales se concedieron?

Fácilmente se introduce en una comunidad costumbre poco conforme á la severa disciplina que en ésta debe reinar, pero ¡cuánto cuesta extirparla! Para evitar por un lado que se solicitaran inútiles dispensas, y que por otro sufrieran los débiles, Claver tenía mucho cuidado en disponer las cosas de modo que á nadie faltara nada de lo necesario, y aun procuraba que más bien hubiera abundancia para todos.

La vigilancia y atención se extendían á lo más mínimo que en el colegio se hacía. No consentía en que se descuidaran los inferiores. Con la tradicional bondad y amabilidad que lo distinguía, animaba á los hermanos coadjutores para que cumplieran exactamente con sus obligaciones. Éstos, por el respeto que le tenían y por el deseo de corresponder lo mejor posible á las buenas maneras

del padre, se esmeraban mucho en atender con diligencia á sus quehaceres. Acontecía sin embargo que á veces, ya por estar sobrecargados de ocupaciones, ya por hallarse algo indispuestos, no alcanzaban á todo. Entonces el Santo, para evitar demoras é inexactitudes que siempre son perjudiciales al buen régimen de un establecimiento, los ayudaba repartiendo mejor el trabajo y reservándose una parte para sí. Él mismo barría, limpiaba, arreglaba, cocinaba, asistía á los enfermos, reemplazaba al sacristán, hacía las veces de portero; en todo estaba, á todos prestaba auxilio, á todos gustosamente servía. Sin duda los momentos en que más gozaba el abnegado padre, eran los que pasaba ocupado en tales servicios, pues la viles ocupaciones eran las más gratas para su humildad profunda.

Por cierto que si alguna vez deseaba continuar ejerciendo el cargo de ministro, era simplemente por tener la libertad de escoger el último puesto entre los mismos sirvientes, y para satisfacer su más grande anhelo de practicar el sabio consejo del gran Tomás Kempis: « Prefiere siempre lo menos á lo más, busca el último lugar, desea estar sujeto á todos [1]. »

Sus amorosas solicitudes se multiplicaban para con los hermanos coadjutores cuando éstos caían enfermos. Se volvía su médico, su criado, su asistente, su incansable enfermero. Les llevaba los remedios, se los preparaba con mucho esmero para que no les fueran tan repugnantes. Cuando se resistían á tomarlos, insistía tanto que al fin los inducía á obedecer. Les exhortaba á la paciencia, y cuando alguno se quejaba porque los males le impedían

[1] *Elige semper minus quam plus habere. Quære semper inferiorem locum et omnibus subesse.* (Kemp., lib. III, c. XXIII.)

desempeñar sus funciones en la casa, les recomendaba que no se afanasen, pues ya había quien lo reemplazara. ¡Y el que los reemplazaba á todos era el mismo santo! Los oficios á que los demás no podían atender por enfermad, los tomaba á su cargo.

Era la fiesta de San Ignacio. Entraba Claver á la iglesia, cuando el hermano sacristán, sobrecogido por un subitáneo ataque, cae desfallecido. En el acto el santo apóstol lo toma sobre sus hombros, lo lleva á la enfermería, lo acuesta y corre á buscar á otro hermano. Sugiere á éste los remedios que deben aplicarse al enfermo, se lo recomienda encarecidamente, vuela al templo, y durante todo el día hace las veces de sacristán.

Frecuentísimas eran las ocasiones en que prestaba tales servicios por los otros; sin embargo, no descuidaba sus tareas apostólicas.

Cartagena era en el siglo diez y siete lo que han sido en nuestro siglo *California* y *Australia*. Como emporio de las inmensas riquezas que de las Américas sacaba España, como centro en donde se reunía todo el oro que los representantes del gobierno ibérico enviaban á la patria, atraía á los hijos de todas las naciones. El oro tiene un mágico poder sobre la imaginación de las masas, quienes corren allá donde lo ven *brillar*. Á esta ciudad, pues, innumerables comerciantes é industriales, ávidos de lucro, acudían de las más remotas regiones del mundo. Como siempre acontece, algunos favorecidos por la fortuna, en breve espacio ganaban considerables sumas, y ricos volvían á sus países para pasar alegremente el resto de la vida. Pero otros, visitados por una serie de calamidades y perseguidos por adverso destino, perdían lo poco que traían y se veían reducidos á la extrema miseria. Muchos, después de innumerables peripecias, desengañados por com-

pleto, se persuadían al fin de que no era en la tierra donde debían buscar la felicidad. se convencían de que éste no es sino un miserable valle de lágrimas en donde es preciso padecer y sufrir, y penetrados de la verdad de la famosa sentencia del Eclesiastes: « Vanidad de vanidades y todo vanidad [1] », elevaban su pensamiento al Cielo. Entonces comprendían que allá solamente encontrarían bienes más grandes que los prometidos por el mundo, riquezas más seguras que las perecederas del siglo, y resolvían entregarse al servicio de Dios.

En muchas ocasiones, lejos de ser las adversidades un perjuicio, son un positivo beneficio. El Señor visita á los hombres con desgracias para atraérselos. Cuando los halaga, cuando los acaricia satisfaciendo en todo sus deseos, más fácilmente le voltean éstos las espaldas y le olvidan, como lo asegura san Agustín [2]. Los contratiempos son os que nos hacen recordar al Supremo Hacedor de las cosas, y nos mantienen en la debida sumisión á sus divinas leyes. Mientras estuvieron tranquilas las aguas del lago de Genazareth, los discípulos que acompañaban á Cristo en la barca no hicieron gran caso de Él; pero cuando se oscureció súbitamente el cielo y se desencadenaron impetuosos vientos, cuando retumbaron horribles truenos y se conmovieron furiosamente las olas, cuando el peligro de naufragar se hizo inminente, en el acto ocurrieron todos á Cristo, y despertándole con gritos comenzaron á decirle: « Señor, sálvanos, pues estamos pereciendo [3]. » Es menester que de cuando en cuando nos sacuda Dios con un buen golpe aquella indiferencia que tanto perjudica á las

[1] *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* (Eccl., c. I, v. 2.)
[2] *Si cesserit Deus et non misceret amaritudines felicitatibus sæculi, oblivisceremur eum.* (S. Aug., in Ps, LXIII.)
[3] *Domine, salva nos, perimus.* (S. Math., c. VIII, v. 25.)

almas, y que nos haga sentir su mano fuerte para que no nos quedemos eternamente en la negligencia de nuestros deberes. Es también ésta una prueba de amor que Él nos da. Bien decía el profeta Jeremías, que el Señor no deja de beneficiarnos, infundiéndonos temor para que no nos apartemos de Él[1].

En los tiempos de Claver se cumplían á menudo en Cartagena las palabras de Oseas : « En el día de la tribulación ocurrirán presto á mi[2]. »

Á la puerta del colegio dirigido por los reverendos padres jesuítas, se presentaban muchas de esas almas que en la desgracia se habían convencido de la nada del mundo. Pero en Cartagena no había noviciado; los aspirantes tenían que transladarse á Tunja para pasar su período de prueba. Demasiado distante estaba Tunja, y las comunicaciones eran entonces sumamente difíciles. También abundaban las vocaciones en el interior del reino de Nueva Granada, por consiguiente aquel noviciado no era suficiente. Entre tanto las peticiones al superior de Cartagena aumentaban más y más; se hacía indispensable la fundación de un noviciado en esta ciudad. Después de varias consultas hechas por los superiores locales, después de muchos informes enviados al prepósito general, se aprobó al fin la idea de establecer aquí una nueva casa para novicios, y en breve se llevó á cabo.

¿Á quién se escogerá para primer maestro de los novicios? Para este cargo se requiere un religioso de ejemplarísima conducta, pues debe ser un modelo de perfección que puedan los aspirantes imitar. Lo que más influye sobre el corazón humano es el ejemplo práctico. Fácil es

[1] *Non desinam eis benefacere et timorem meum dabo in corde eorum ut non recedant a me.* (Jer., c, XXXII, v. 40.)

[2] *In tribulatione sua mane consurgent ad me.* (Os., c. VI, v. 1.)

lar buenos consejos, sugerir santos pensamientos, pronunciar bonitos discursos, pero ningunos son los efectos que se obtienen si la vida del maestro no está de acuerdo con lo que enseña. Fácil es hablar, difícil obrar. Y el hombre necesita ante todo del ejemplo de las obras. El Divino Salvador, que conocía tan profundamente la humanidad, y sabía cómo debia instruírla, comenzó por *hacer* y después se puso á *enseñar* [1]. Y á los apóstoles les decía : « Os he dado el ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo he hecho [2]. »

En una comunidad, especialmente los jóvenes, hacen lo que ven hacer á otros. Era, pues, de suma importancia escoger un maestro que predicara con su comportamiento, con su conducta, con sus acciones. Uno excelente estaba á la disposición de los superiores del colegio. Éstos lo conocían y lo nombraron. *Pedro Claver* fué el maestro de novicios.

Creyéndose el más imperfecto de todos sus hermanos, no podía explicarse el motivo por el cual los superiores hubieran confiado á sus cuidados los jóvenes deseosos de santificarse en la Compañía. Alegróse sin embargo de la elección, pensando que el desempeño del nuevo oficio sería provechoso también para su alma, porque la obligación que tenía de iniciar á los otros en la pefección, le ofrecía la oportunidad de adelantar él mismo en la práctica de la virtud.

Desde los primeros días que estuvo ejerciendo sus funciones, vióse claramente cuán acertado había sido el nombramiento del nuevo maestro de novicios. El celoso padre se había propuesto formar unos santos. Empezó por ins-

[1] *Cœpit facere et docere.* (Act. Apost., c. I, v. 1)
[2] *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* (Joan., v. XIII, v. 15.)

pitar á los discípulos un espíritu de gran recogimiento. Decíales á cada instante :

« Un religioso discípulo que no trata de custodiar bien sus sentidos, de mortificar su curiosidad, de refrenar sus ojos, se traiciona á sí mismo, pierde presto la santa vocación que Dios le ha dado y miserablemente perece. ¡Recogimiento pues, os recomiendo, hermanos míos carísimos, recogimiento!... ¡recogimiento!...

En sus pláticas también insistía mucho sobre la necesidad de desprender el corazón de las cosas del mundo :

« Si queréis, decía, que nuestra alma more en Jesus, á quien os habéis consagrado, libertadla de las ataduras de profanos afectos, despreciad el fango de los bienes terrenales, y entonces podréis elevaros fácilmente hasta su celestial mansión, entonces podréis entreteneros en santos coloquios con vuestro amado, y experimentar en esta vida una parte de los goces reservados á los bienaventurados en la eternidad. »

Pero su primer cuidado fue inspirarles gran amor á la oración, profunda humildad y obediencia á los superiores. Y para hacerles comprender bien la importancia de tales virtudes, solía hacer curiosas comparaciones :

« Nuestra alma, enseñaba el santo maestro, es un terreno, que cultivado debidamente, produce opimos frutos, pero descuidado, no engendra más que espinas. Así como sin la lluvia enviada por el cielo sobre los campos, no nacen ni crecen los árboles, así tampoco las virtudes pueden tomar incremento en nuestro espíritu sin la oración que atraiga de lo alto abundante gracia para fecundizarlo. Igualmente, así como la raíz da fuerza y alimento á las olorosas y delicadas flores, así la humildad desarrolla y conserva las virtudes más preciosas. Faltando la humildad, falta el principio de la vida cristiana.

« Se esterilizan y mueren las plantas al suspenderse la circulación de la savia. También es inminente la muerte espiritual para el religioso que no ama la obediencia. Es ésta la virtud que sostiene al buen novicio, quien va relajándose poco á poco, si no la practica con esmero é interés. »

Estimulábalos, además, á dominarse y á vencerse en todo, hasta el punto de estar siempre dispuestos á hacer cuanto se les ordenara. Los animaba á aprovechar el tiempo del noviciado para fortificarse en la virtud, repitiéndoles continuamente las palabras de san Buenaventura : « La costumbre que primero se adquiere, difícilmente se pierde ; quien descuida al principio la disciplina, no se somete después á ella [1]. »

Las enseñanzas del santo varón daban brillante resultado, pues siempre iban acompañadas por el ejemplo. No se conformaba con indicar lo que debía hacerse, sino comenzaba él mismo á ponerlo en práctica. Por eso aseguraban los novicios que el padre Claver nunca les exigía lo que él no hubiera ejecutado antes con la mayor perfección.

Indulgente el buen maestro de novicios, aguardaba con paciencia que sus discípulos avanzaran bastante en la virtud, antes de someterlos á las pruebas. Mientras los veía débiles é indecisos, los trataba con suma ternura, con extremada compasión. Revelábase entonces la ilimitada bondad de su dulce corazón, toda la benevolencia de su grande espíritu, toda la amabilidad de su noble alma. Pero cuando los juzgaba ya suficientemente fuertes

[1] *Formam quam primo quis excipit, vix deponit : et qui disciplinam in novæ conversationis initio negligit, ad eam postmodum difficile applicatur.* (S. Bon.)

y fervorosos para poder soportar el peso de la prueba, no dejaba pasar ocasión alguna para humillarlos.

Á veces los llevaba al hospital de San Sebastián, cubiertos con pobres vestidos de tela, haciéndolos pasar por en medio de la ciudad con escobas en la mano. Les asignaba las salas que debían barrer, y cuando concluían ese primer oficio, los obligaba á arreglar las camas, á administrar los remedios y los alimentos y á prestar á los enfermos los servicios más viles y repugnantes. Empero para animarlos, él mismo abrazaba antes á los más asquerosos refugiados en el hospicio, y á cada uno le estampaba un beso en la frente.

Otras veces reunía á los novicios, y en su presencia llenaba una gran cesta de víveres, tomaba una larga vara, la introducía en las asas, la colocaba en su hombro de un lado, y ordenaba á alguno de ellos que hiciera lo mismo del otro; y con aquella pesada carga se dirigía al hospital, atravesando las más frecuentadas calles y plazas de la ciudad. Los otros novicios iban detrás para ayudar al compañero, que presto se cansaba y había que relevarlo. Los más jóvenes y robustos, á los pocos instantes de estar llevando la enorme cesta, no podían resistir y pedían auxilio. Pero el padre Claver iba desde el colegio hasta el hospital sin descansar, y caminaba con tanta prontitud y con aire tan sereno, que parecía que llevaba un peso sumamente liviano.

Á menudo les daba un hábito de mendigo y los enviaba á pedir limosna, ya por la calle á los transeuntes, ya por las tiendas y almacenes á los comerciantes. Cuando volvían, los reunía á todos en la puerta del colegio y les hacía distribuír los alimentos á los pobres que de todas partes de la ciudad acudían á la casa de los jesuítas. Para acostumbrarlos á vencer toda clase de repugnancia, los

bligaba á comer no solamente con esos infelices, sino ambién en el *mismo plato.* Mas siempre él era el primero n ejecutar lo que pedía de sus novicios; ¡siempre iba delante con el ejemplo!

Con semejantes pruebas, los novicios tenían que adquirir ma sólida y acrisolada virtud. Sin embargo, una prueba nucho más dura y terrible les tenía reservada Claver. En efecto, de cuando en cuando los conducía á las negrías. ¡Allá, en esos almacenes de carne humana, que ya osotros conocemos, les exigía actos heroicos de caridad! Ora mandábales que cubrieran con sus manteos los asientos de los esclavos, para que éstos estuvieran más cómodos durante las instrucciones religiosas; ora los obligaba á ubrir con ellos las úlceras de los enfermos, ó les imponía la humillación de lavar la ropa de aquella gente tan ucia.

Tales medios de santificación tan hábilmente empleados, lieron al noviciado de Cartagena gran fama. En breve, os discípulos del padre Claver se volvieron maestros en a ciencia de los santos, causando admiración á todos los eligiosos que pasaban por Cartagena. Al ver éstos la xacta observancia y el profundo espíritu de humildad que dominaba en la casa, exclamaban: « Nunca hemos visto en un noviciado tanto fervor y tanto amor á la perfección. »

La reputación adquirida con tantos actos de virtud también servía para atraer á muchos aspirantes que proporcionaban grandes consuelos al Santo.

Dos jóvenes hermanos, vizcaínos, distinguidos por sus talentos y por la nobleza de su sangre, se determinaron á renunciar á todas las ventajas que el mundo ofrecía á su posición, para entrar en la Compañía de Jesús como coadjutores. Los amigos y parientes no omitieron esfuerzos

para disuadir á los ardientes mancebos de esa resolución. Pero todo fué inútil. Los hermanos permanecieron firmes en su propósito, y fieles al llamamiento de Dios correspondieron debidamente á la vocación santa á que se sentían inclinados. Con el auxilio celestial superaron los crueles ataques del demonio y la oposición de la familia, y bajo la dirección de san Pedro pasaron su año de prueba con ejemplar fervor. El Señor quiso recompensarlos pronto por sus admirables virtudes.

Apenas hacía dos meses que habían concluído su noviciado, cuando fueron visitados entrambos por una persistente enfermedad, y el mismo día pasaron de la tierra al Cielo, para gozar allá eternamente de la compañía de Jesús. Su muerte fué edificantísima, como había sido también la vida desde su entrada al noviciado. Fueron sentidos vivamente, pues con su fallecimiento se frustraron las grandes esperanzas que en ellos habían fincado los superiores y los cofrades. Pero el santo maestro se sintió vivamente consolado por la certidumbre de que sus discípulos estaban en la patria celestial.

Á semejante consuelo, añadióse también otro.

Un oficial español, muy recomendable por sus servicios y por su valor, admirado de la santidad del padre Claver, solicitó y obtuvo el honor de su dirección espiritual. Lo primero que el Santo le propuso fué un retiro de unos días, siguiendo el método de san Ignacio de Loyola. Completa fué la transformación del bizarro militar. Al salir de los espirituales ejercicios hizo una confesión general, y manifestó el más vivo deseo de ser recibido en la casa, aunque fuera como sirviente.

El buen maestro de novicios lo experimentó primero por algún tiempo, á fin de asegurarse de la voluntad de Dios; y habiendo reconocido que aquella vocación venía

indudablemente del Cielo, manifestólo á los superiores. Éstos consintieron en la admisión del joven militar y dieron infinitas gracias al Cielo más tarde, cuando tuvieron ocasión de descubrir todas sus virtudes. Fué uno de los más santos miembros de la Compañía de Jesús, en la que murió lleno de méritos, adquiridos por el exacto cumplimiento de los preceptos del padre Claver, su primer maestro en la vida espiritual.

El ardiente celo del maestro de novicios lo excitaba á hacer los más grandes sacrificios á fin de dar buen ejemplo á los discípulos. Á veces se excedía en las mortificaciones y en los trabajos, y su salud sufría grandemente. Temerosos entonces los superiores de que pudiera correr algún peligro la preciosa existencia del Santo, resolvieron quitarle el cargo que le habían dado, aunque lo hicieran con pena, pues estaban convencidos de que nadie sabía iniciar á los jóvenes en el camino de la perfección como Pedro Claver.

Quedó, pues, libre en parte de las ocupaciones internas de la casa. Entonces se entregó en alma y cuerpo á las tareas apostólicas de que estaba algo apartado hacía algún tiempo, y lo hizo con el ardor y la asiduidad primitiva. Á ninguna clase menesterosa de la humanidad dejó carecer de consuelo, alivio y asistencia. Pobres, esclavos, encarcelados, enfermos, libertinos, heréticos, mahometanos, idólatras, todos fueron objeto de sus constantes y amorosos cuidados. Su entrañable caridad lo abrazaba todo, y para todo alcanzaba.

CAPÍTULO XIII

Cuidados que san Pedro prodiga á los enfermos. Su preferencia por los más repugnantes.

1. *Non desis plorantibus in consolatione, et cum lugentibus ambula. Non te pigeat visitare infirmum; ex his enim in dilectione firmaberis.*

Eccl., c. VIII, v. 37, 39.

No dejes sin consuelo á los que lloran, y anda con los que se lamentan. No te cueste trabajo visitar al enfermo, porque por tales cosas serás afirmado en la caridad.

2. *Qui veram ostendit corporis infirmitatem, humane tractandum est.* (S. Aug., de Opere Monac.)

Quien sufre de verdadera enfermedad corporal, debe ser asistido con humanidad.

3. *Corporales infirmitates populi fidelis suscipere in se debet Evangelii prædicator, juxta quod scriptum est: « Quis infirmatur et ego non infirmor? »* (S. Amb.)

El que predica el Evangelio debe hacerse cargo de las enfermedades del pueblo fiel, según lo que está escrito: « ¿Quién se enferma, que no me inferme? »

El estado á que la humanidad se ve reducida por las enfermedades físicas, es tan lamentable y lastimoso, que conmueve los corazones más duros. ¿Quién no se sentirá dominado por una profunda tristeza al contemplar un gallardo mancebo tirado en una cama, sin aliento, imposibilitado para el más pequeño movimiento, lanzando ayes y clamando al Cielo para que suspenda sus sufrimientos? ¿Quién no experimentará viva compasión al pasar revista á las diferentes clases de padecimientos que aquejan al género humano, en la visita de un establecimiento de infelices dolientes? La triste situación de ciertos enfermos arranca lágrimas á los hombres más impávidos. ¿Qué efecto producirían, pues, en el corazón del padre Claver las nume-

osas úlceras que cubrían los cuerpos de sus queridos ne-
ros? ¿Cómo se enternecería al ver las facciones de sus
rotegidos horriblemente alteradas por la viruela ó por la
epra? ¡Ah! ¡cuánto sufriría el santo y caritativo sacer-
ote al contemplar los estragos que en los predilectos de su
lma hacían frecuentemente las epidemias!

Desde que los superiores nombraron un nuevo maestro
e novicios para dejarle tiempo de atender más fácilmente
sus trabajos apostólicos, se volvió Claver cuidadoso en-
ermero, asiduo médico, tierno padre de los pobres escla-
os enfermos.

Para que nadie quedara sin el consuelo de sus visitas,
puntaba en un registro especial el nombre de cada uno.
'ambién anotaba la clase de enfermedad que tenía, los
emedios adecuados para curarla, y los especiales auxilios
ue según los consejos de los médicos se le debían prestar.
'or numerosos que fueran los enfermos, jamás pasaba una
emana sin que el Santo los visitara á todos. Y ¡cuántas
nuestras de afecto, cuán exquisitas atenciones, cuán pa-
ernales caricias les prodigaba!

Preparaba ante todo una yacija, sobre la cual extendía
u manteo; levantaba en seguida con cuidado á los do-
entes negros y los colocaba momentáneamente sobre ese
mprovisado lecho; les arreglaba bien sus camas, se las
mpiaba, les cambiaba la ropa, los abrazaba con cariño
uno por uno, y volvía á acostarlos cargándolos con la
nisma delicadeza con que lo había hecho antes.

Cuando salía á sus visitas, nunca olvidaba la alforja en
ue tenía un pequeño botiquín. Él mismo distribuía los
emedios. Á veces se resistían los infelices esclavos á to-
narlos, pero al fin tenían que ceder á las súplicas del Santo,
para no causarle pena hacían cuanto éste les exigía.

El desaseo en que aquellos pobres solían encontrarse, la

hediondez que sus cuerpos exhalaban, la asquerosidad de sus enfermedades que tanto repugnaba, lejos de ser motivo para alejar á Claver, eran atractivos que le hacían multiplicar sus visitas y aumentar sus solicitudes.

Muchas veces las enfermedades eran larguísimas, duraban meses y años también. Mas no se cansaba el celo de san Pedro, y continuaba prestando toda clase de atenciones á sus amados negros, en favor de los cuales había hecho solemne voto de sacrificarse.

Por el espacio de diez años se vió reducida á la cama una pobre africana, y por diez años estuvo recibiendo del padre Claver cuidadosísima asistencia. Un esclavo permaneció catorce años inútil, y durante todo ese tiempo jamás dejó el santo apóstol de estar á su lado y de auxiliarlo de mil maneras.

Para tener pronta noticia de los que caían enfermos, había designado celadores en cada negrería, á quienes les imponía la obligación de avisarle apenas se presentara cualquiera novedad. Cumplían éstos muy exactamente con la orden del Santo, pues además de estar persuadidos de que hacían una buena obra, comprendían cuánto placer causaban al padre todas las veces que le proporcionaban ocasión de ejercer su inagotable caridad.

Como eran numerosísimos los esclavos en Cartagena, raros eran los días en que no fueran á llamarle para nuevos enfermos. Apenas se le comunicaba el aviso, suplicaba á un hermano coadjutor que le acompañara, y de hecho se dirigía al lugar donde era aguardado. Las lluvias torrenciales, los calores abrasadores, las incalculables distancias, los caminos impracticables, no podían detener su ardiente celo. ¡Y cosa extraña! Cuando estaba Claver en Santa Fe de Bogotá, donde el clima era suave y agradable, tenía que tomar la precaución, al atravesar el patio del colegio, de

cubrirse la cabeza, pues el sol le hacía daño; y durante los cuarenta años de misión que pasó en Cartagena, expuesto á las consecuencias de este duro clima, no sufrió la más ligera indisposición. La Providencia sostenía indudablemente al gran Claver. Nada lo arredraba, nada lo cansaba. Los hermanos lo seguían con mucha dificultad, y varias veces caían desfallecidos por las extremadas fatigas. Había ocasiones en que el santo jesuíta se veía obligado á valerse de tres y cuatro diferentes, en una sola tarde.

Á la fin de evitar pérdida de tiempo, cuando era llamado para asistir á los enfermos, ayudaba á hacer los oficios de la casa asignados al hermano que debía acompañarle.

Por la noche, antes de retirarse al propio cuarto, suplicaba al portero que le avisara, si iban á buscar algún padre:

« Llámeme á mí, le decía, no se fije en la hora, puede despertarme cuando quiera; los que trabajan mucho en el día tienen necesidad de descansar por la noche; así es que los otros padres necesitan reposo, pero yo que hago tan poca cosa, no debo dormir demasiado. »

Y para estar siempre dispuesto á salir, no se despojaba, sino vestido se tiraba al suelo durante las pocas horas de descanso que acordaba á su cuerpo.

Como su cuarto estaba muy cerca de la portería, apenas tocaban la campana, se levantaba el celoso ministro de Dios, bajaba á toda prisa para que no hubiera tiempo de ir á llamar á otro padre, y corría donde la necesidad reclamaba su presencia. No se limitaba tampoco á proveer á las necesidades espirituales de los enfermos, sino les proporcionaba además todos los medios para aliviarles en sus materiales apuros. Cuando no le era posible visitarlos á todos, porque eran demasiado numerosos, encargaba á otras personas á quienes honraba con su confianza, para

que fueran á verlos y á darles remedios ó alimentos. Sin embargo, como hemos visto ya, no dejaba transcurrir una semana sin hacer á cada uno su especial visita. Y lo que es más admirable, parecía que el Santo experimentaba gran complacencia en frecuentar las habitaciones más hediondas y más repugnantes.

No viviendo sino para hacer morir en sí mismo la naturaleza, aprovechaba todas las oportunidades para vencerla, ó mejor dicho para mantenerla bajo el dominio de la gracia, que tanto más abundaba cuanto más digno se hacía de ella.

Sabemos lo que eran la negrerías y las miserables chozas de los esclavos. La falta de aire, la aglomeración de las personas, y la fetidez que á consecuencia de esto resultaba, hacían imposible la respiración. Sobre todo, cuando las fiebres de diferentes clases, la viruela tan común entre los indios, y las úlceras que no eran menos frecuentes, empezaban á azotar á aquellos desamparados negros, se esparcían miasmas tan deletéreos que producían una especie de astixia cuando se intentaba entrar. Los curas llamados á veces para administrar los sacramentos, á duras penas podían permanecer allí el tiempo necesario para asistir á dos ó tres moribundos; se veían obligados á retirarse para respirar un poco de aire puro, porque se sentían desfallecer. Muchos iban la primera vez que eran llamados, en seguida contestaban:

« Diríjanse al padre Claver, él es el capellán de los esclavos, sólo él sabe atenderlos debidamente, nosotros no servimos para eso. »

Realmente el Santo era el único que favorecido por una gracia especial, podía estar por un tiempo considerable al lado de aquellos fétidos cuerpos y prestarles toda clase de servicios.

No se crea sin embargo que no le costara gran sacrificio ejercicio de tanta caridad. Aunque en apariencia no deostrara repugnancia, era Claver hombre también, y por nsiguiente experimentaba lo que todos los demás hom-es sienten al acercarse á un asqueroso enfermo. Pero lo stenían las sabias máximas del Evangelico. Sabía que no gana el Cielo sino mortificándose á sí mismo. Recorda-a las palabras de Cristo á los apóstoles: « ¿Podéis beber cáliz que yo he de beber[1]? » Estaba convencido de que preciso demostrar con obras la sinceridad del amor para n Dios. Tenía siempre presentes las palabras de san Pedro: Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo ara que sigáis sus huellas[2]. » Pensando, pues, que Jesús ara dar pruebas de su entrañable afecto por nosotros, no abía vacilado en sacrificar la propia vida, no rechazaba acrificio alguno, dispuesto á imitar en todo al modelo cuyo jemplo se había propuesto seguir. Así es que cuando la aturaleza se resistía, dominábala Claver sin compasión, atando á su inocente cuerpo con sumo rigor y aspereza. ntonces era cuando para castigar su debilidad, acercaba s labios á las horribles úlceras de los negros...

¡ Oh sublime virtud del mártir de Cartagena !

No solamente conviene el glorioso título de *mártir* á los ue han sabido triunfar de las asechanzas é iras de crue-s tiranos, sellando con la propia sangre la fe de Cristo, ino también á los que con inaudita y heroica generosidad an superado valerosamente la fuerte y terrible tiranía de a carne. Bien decía san Gregorio, que se puede ser mártir in ser pasado por la espada, con tal que se venza uno de-

[1] *Potestis bibere calicem que ego bibiturus sum?* (S. Mat., c. XX, v. 22.)
[2] *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequa-mini vestigia ejus.* (S. Petri ep. I, c. II, v. 21.)

bidamente á sí mismo[1]. Nadie mejor que Claver ha conquistado la corona del martirio por medio de la mortificación y del sacrificio del *propio yo*. Su decisión en resistir á las exigencias de la naturaleza, arrancaba la admiración de las personas más virtuosas.

De una de las casas de la provincia, había sido enviado á Cartagena un joven jesuíta para recibir las órdenes sagradas. Deseoso este digno hijo de Ignacio de perfeccionarse en la virtud, y sabedor de las maravillas obradas por el padre Claver en las negrerías, le suplicó un día que le permitiera acompañarle en una de sus visitas. Consintió gustoso el Santo, y fué con el joven hermano á una enfermería de esclavos para pasar su visita de costumbre. Tuvo suficiente valor el buen religioso para soportar la vista de los horrores de aquel lugar y de los actos de heroísmo de Claver, pero sufrió tanto que á la vuelta dijo á los otros padres:

« Si hubiera sabido antes lo que el buen misionero iba á hacer á las negrerías, jamás le hubiera suplicado que me llevara á verlo. Indudablemente el padre es un héroe de caridad. Su virtud bien se podrá admirar, pero no imitar. »

Hallándose de paso en Cartagena otro sacerdote de la misma Compañía, muy distinguido por su piedad y talento, que había sido llamado á Roma, quiso persuadirse del estado deplorable de los esclavos y tener una prueba incontestable de la admirable abnegación del Santo. Lo acompañó, pues, un día á una negrería, pero no pudo resistir la impresión que en aquel recinto de indescriptible miseria recibió. Á los pocos instantes de estar contemplando el triste cuadro que delante de sus ojos se presentó, cayó

[1] *Nos sine ferro martyres esse possumus, si patientiam custodimus.* (S. Greg.)

privado. Hubo que sacarlo para que volviera á recobrar los sentidos. ¡Nunca olvidó aquel padre los prodigiosos excesos de abnegación que por cortos momentos pudo ver en Claver! Su estimación por éste se cambió en profunda veneración, y siempre lo citaba como el modelo más perfecto de santidad que en su vida había encontrado.

Habiendo visto una vez don Agustín Ugarte, inquisidor general de esta ciudad y después arzobispo de Quito, á San Pedro limpiar cuidadosamente las úlceras de un infeliz negro y besarlas con ternura, sintióse oprimir el corazón, tuvo un fuerte desmayo y permaneció casi media hora sin poder articular palabra. Tal fué la edificación que le causó semejante acto, que desde ese día consideró al padre Claver como un santo, y todas veces que hablaba de él, ensalzábale grandemente y afirmaba que no *había en el mundo otro religioso tan abnegado.*

Á primera vista se juzgaría exagerada la expresión de don Agustín Ugarte; pero leyendo las relaciones que nos han dejado los biógrafos del Apóstol de los negros, se persuade uno de que el célebre inquisidor no hablaba hiperbólicamente cuando semejante frase pronunciaba en alabanza de nuestro santo. En efecto, aunque ya por el continuo ejercicio de la caridad, se hubiera acostumbrado en parte á atender á toda clase de repugnantes enfermos, sin embargo, de cuando en cuando presentábansele horrorosos casos en que debía combatir enérgicamente como al principio, para repeler los primeros movimientos de la naturaleza.

Don Ignacio Torma, riquísimo comerciante de Lima establecido en Cartagena, era dueño de centenares de esclavos. Habiéndosele enfermado uno, ocurrió al siervo de Dios para que se lo confesara y le administrara los demás sacramentos. El pobre negro tenía el cuerpo enteramente

cubierto de úlceras; exhalaba tal hediondez que sus mismos compañeros no podían acercársele. Para que no infestara la casa, lo habían colocado en uno de los cuartos más apartados.

Apenas recibió Claver aviso de semejante novedad, voló á la casa de don Ignacio. Pero cuando trató de penetrar al cuarto del enfermo, sintióse sobrecogido por insólito horror... Iba á retroceder... mas detúvose al instante... Confundido por su cobardía y airado consigo mismo, por haber cedido á ese primer movimiento de la carne, exclamó:

« ¿Es así cómo te dispones á socorrer á tu prójimo? ¿Así te resuelves á salvar un alma rescataba con la sangre de Cristo? ¡Oh, esta vez sí tendrás que obedecer y someterte á la voluntad divina! »

Y sin más, descubrióse las espaldas, sacó su disciplina y empezó á descargar en ellas despiadados golpes. En seguida avanzó con ánimo, se arrodilló delante del negro y estampó tiernos besos sobre aquellas enfermas carnes, que poco antes le habían causado involuntaria repugnancia.

El señor Torma y tres de sus amigos estaban espiando de lejos lo que el santo varón hacía. Llenos de admiración al ver acto tan heroico, hubieran deseado postrársele á sus pies para pedirle la bendición, pero los detuvo el temor de que quedara descubierta su piadosa indiscreción.

Un religioso de la orden de San Agustín, atestiguó con juramento otro caso muy semejante, presenciado en la casa paterna.

Entre los esclavos de don Manuel de Acosta se había desarrollado una contagiosa enfermedad que en breve llenaba de úlceras á las pobres víctimas y las convertía en masas de podredumbre. Apenas tuvo conocimiento de esta calamidad el padre Claver, se apresuró á asistir á los mí-

eros atacados por el horrible mal. Á pesar de su enérgica voluntad y sólida virtud, no pudo menos que resentirse a naturaleza. Se estremeció el abnegado jesuíta á la vista le tan inmundos cuerpos, y sintióse tentado á abandonar a casa... Pero juzgando aquella impresión como una vergonzosa retirada, quejándose consigo mismo:

« ¡Gran cosa, dijo, gran cosa que este borrico mío quiera hacer una de las suyas, para demostrar que todavía está vivo! Ahora veremos si puede tanto como él pretende. »

Y de hecho comenzó á disciplinarse con toda su fuerza. Mortificada la carne de esa manera, corrió hacia los infelices negros tendidos sobre pútridas esteras y les prodigó os amorosos cuidados de un padre para con sus queridos hijos.

Demasiado justo era que Dios premiara al fin tan bellas victorias reportadas por el heroico padre sobre sí mismo, acordándole un don extraordinario de fortaleza por el cual pudiera soportar los espectáculos más repugnantes sin experimentar ya disgusto alguno. ¿Cómo no había el Altísimo de recompensar esos generosos actos de virtud, sosteniendo á Claver con su santa gracia y comunicándole valor suficiente para atender al ejercicio de tanta caridad? Por este especial privilegio del Cielo, era Claver en todos los tiempos y particularmente durante las epidemias, el refugio de los enfermos y también de los párrocos, de los magistrados, de los obispos y de los gobernadores, quienes ocurrían á él seguros de encontrarle siempre dispuesto á acceder á sus peticiones.

En 1628 llegó á Cartagena el cónsul don Francisco Caballero con unos buques negreros, en donde se había desarrollado la viruela. Dirigióse inmediatamente á las autoridades locales el digno representante de la creyente España, suplicándolas que le enviaran un sacerdote para asistir á

sus esclavos. Á Claver fué dada la difícil misión por el gobernador de la ciudad.

Sin pérdida de tiempo fué á bordo el santo jesuíta, y á los pocos instantes de recibido el aviso se hallaba entre los pobres virolentos.

El cónsul había dado la orden de que se espacieran perfumes á fin de disminuir en parte la fetidez y hacer que estuviera menos expuesto al contagio el admirable apóstol; pero apenas vió de qué modo atendía éste á los enfermos, comprendió que sus precauciones á nada conducían.

Como siempre desplegó Claver en aquella circunstancia un sublime heroísmo. Permaneció de rodillas durante todo el tiempo que estuvo confesando á esos infelices. Á todos los consoló, á todos los dejó inundados en gozo espiritual.

Don Francisco Caballero quedó tan prendado de los prodigios de caridad obrados por el celoso Claver, que desde entonces le dió el título de *santo sacerdote*, y jamás lo nombraba sino empleando esa honrosa expresión. Todas las veces que lo encontraba, se descubría respetuosamente, se le acercaba y le besaba la mano.

En otra ocasión llegó de Biafra un cargamento de esclavos infestados por una enfermedad epidémica: ocurrió nuevamente el gobernador de Cartagena al padre Claver solicitando sus servicios en favor de aquella mísera gente. Con sumo placer consintió, pero no conociendo la lengua, suplicó á una negra libre del mismo país, llamada Magdalena Mendoza, que le sirviera de intérprete.

El santo varón hace con aquellos pobres lo que hacía con todos, y especialmente abunda en caricias con los más repugnantes... Magdalena lo contempla... soporta por unos instantes la vista del caritativo padre que asiste á los desfigurados negros... mas al fin experimenta una insuperable sensación de disgusto... ¡Su estómago se revuelve!... ¡Se

ente desfallecer!... ¡Ella es necesaria á la obra de salvación que el grande apóstol apenas ha comenzado! Pero u caridad no es como la de éste... Titubea... resiste por n momento aún... al fin no puede soportar más, y huye, ejando solo al digno misionero entre aquellos salvajes capaces de comprenderle. Desolado entonces Claver, da n grito de dolor, y:

« ¡Magdalena, exclama con lágrimas en los ojos y la voz emmovida, Magdalena, vuelve en nombre de Dios! Éstos on nuestros hermanos también. ¿Como los abandonareios sin amparo? »

No pudo resistir Magdalena al llamamiento del padre. Conmdida por su deserción, volvió al primitivo lugar resuelta soportarlo todo y secundar el celo de aquel á quien veeraba como santo, y cuyas palabras, y acciones eran benecidas visiblemente por el Cielo. La recompensa que tuvo u negra fué el dulce consuelo de ver á todos sus paisaos abrazar la fe de Cristo, recibir el bautismo y morir ntamente.

Magdalena había tenido gran parte en la salvación de sas almas. Semejante recuerdo formó siempre su dicha.

La caridad de Claver no tenía límites. Aunque los nuerosísimos enfermos á quienes asistía diariamente en las egrerías, reclamaban todas sus fuerzas y la mayor parte le su precioso tiempo, sin embargo hallaba todavía maera de atender á los dos hospitales que entonces existían n Cartagena.

El uno estaba en el centro de la ciudad. Parece que ocupaba precisamente el ala derecha de la actual calle del Coliseo. Se había fundado por los años de 1574 á 1580, on el objeto de dar amparo y protección á los indigentes fligidos por enfermedades comunes. En los tiempos de an Pedro era dirigido por los hermanos de San Juan de

Dios. Llevada el nombre del patrono de la ciudad; se llamaba por consiguiente *Hospital de San Sebastián*[1].

El otro estaba fuera de Cartagena y solamente era destinado á los leprosos. Se llamaba *Hospital de San Lázaro*. No se conoce exactamente el lugar en donde estuviera situado, pero ya por lo que refieren los biógrafos de san Pedro, ya por lo que aparece de otros documentos históricos, se infiere que estaba por los lados del *cerro de San Felipe de Barajas*. En algunas cartas topográficas antiguas de Cartagena, aquel cerro tenía también el nombre de *San Lázaro*[2].

En el capítulo siguiente acompañaremos á nuestro apóstol en sus visitas á los leprosos, para admirar la sobrehumana virtud que con esos infelices ejercía: ahora veamos sus trabajos en el hospital de San Sebastián.

Careciendo aquel establecimiento de rentas, los religiosos de San Juan de Dios tenían que ocurrir á la caridad pública para sostener á los enfermos. Con mucha consagración trabajaban los buenos hermanos en beneficio de la humanidad doliente, y gustosos se sacrificaban ellos mismos para no dejar faltar lo necesario á sus protegidos. El número de éstos, que generalmente era crecido en todo el

[1] En este punto fué fundado el hospital de San Sebastián, en la fecha indicada arriba. Duró allí cerca de dos siglos. Por el año de 1770, después de la expulsion de los jesuítas, fué transladado el hospital al edificio de la Compañía, al cual se cambió entonces el primitivo nombre de San Ignacio y se le llamó San Juan de Dios. Hace pocos años que de aquí se pasaron los enfermos al antiguo convento de Santa Teresa, en donde permaneció el Hospital de caridad hasta el año de 1885. El 8 de enero de este memorable año se instaló en Santa Clara, donde hoy existe.

[2] Parece que aquel lazareto fué fundado en 1627, cerca del cerro de San Felipe. Á fines del siglo pasado se transladaron los leprosos á una población situada á orillas del mar en la bahía. Llámase ésta Caño del Oro.

año, aumentaba en demasía durante ciertas estaciones. Entonces se veían los abnegados hijos del convertido de Granada en continuos aprietos, y tenían precisión de destinar dos ó tres religiosos para colectar limosnas. San Pedro, que siempre buscaba nuevas ocasiones para ejercer la caridad, apenas advirtió la extremada pobreza de aquel hospital y las dificultades en que se hallaban sus directores, se apresuró á ofrecer sus servicios. Conocedores los religiosos de San Juan de Dios de la santidad del padre Claver, no solamente aceptaron los generosos ofrecimientos, sino dieron gracias á la Providencia por haberles enviado tan ejemplar modelo de perfección.

Fué convenido, pues, que el Santo iría á visitar á los enfermos una vez la semana, cuando no estuviera ocupado en las misiones rurales. Mas su celo le hacía multiplicar la visitas.

Á menudo se le veía salir del colegio cubierto con una sotana raída, con un manteo mil veces remendado, y atravesar las más frecuentadas calles con una escoba en la mano y unas alforjas en los hombros, causando maravilla y asombro á los que lo miraban. Iba entonces á San Sebastián.

Repetía en las anchas salas de aquel nosocomio, lo que ya le vimos hacer en las negrerías y en las chozas de los esclavos. ¡Obraba allí los mismos prodigios de mortificación y de humildad!... ¡Era siempre el caritativo, el heroico padre Claver!...

Primero hacía una visita general á los enfermos, consolándolos uno por uno, y les daba á besar el crucifijo para animarlos á sufrir con paciencia las penas corporales. Si alguno deseaba confesarse, inmediatamente lo satisfacía. Durante la confesión, hacía guardar al enfermo la posición más cómoda, sin cuidar de sí mismo, ni dar señal de re-

pugnancia por el fétido aliento del penitente ó por la asquerosidad de sus males.

Era tan compasivo y tierno para con sus pobres protegidos, que habiendo manifestado uno de ellos al prior el deseo de comer unas frutas que no se encontraban en esa estación, y habiéndole dicho éste el apuro en que se hallaba para satisfacer al enfermo:

« Yo se las voy á proporcionar, contestó Claver, cuente conmigo, yo espero descubrir pronto el lugar en que las haya y traerle algunas. »

Desaparece... y dentro de media hora vuelve al hospital con un cestito de las más frescas y sabrosas frutas que de esa clase se podían dar en el país. El prior, que había mandado buscarlas por todas partes y no había conseguido una sola, sospechó que el buen jesuíta había obtenido del Cielo ese milagro por medio de sus fervorosas oraciones. Tomó informes por toda la ciudad y los alrededores, para descubrir el lugar donde Claver había encontrado tan hermosas frutas y en tanta abundancia, pero no logró saber absolutamente nada. Confirmóse entonces en su opinión, y en adelante consideró siempre como santo al venerable padre.

Solía el siervo de Dios pasar la mayor parte del tiempo en el departamento de los que tenían úlceras y en las salas de cirugía, ya porque de este modo tenía ocasión de sufrir más, ya porque encontraba allí más vasto campo para dar pruebas inequívocas de son inagotable amor al prójimo. Y como muchos de esos enfermos se habían causado sus respectivos males por los vicios, hacía grandes esfuerzos para curarlos primero de las llagas espirituales. El arte de que se valía para conquistar esas pobres almas, era prestar á los cuerpos todos los servicios que eran menester. Ganábase el corazón con mil regalos y caricias, y poco á

poco, asistiéndoles con asiduidad y empeño, abría el camino á razonamientos religiosos apropiados á las necesidades de cada uno. Cuando por semejantes medios y por amorosas exhortaciones no lograba el fin deseado, ocurría al Altísimo, y duplicando sus oraciones, aumentando sus penitencias, obtenía siempre la conversión de los obstinados. Aun obraba milagros en los cuerpos para curar las almas.

Visitando un día la sala de los febricitantes, acercóse á la cama de cierto Juan Ramírez que estaba afligidísimo y lloraba desesperadamente, porque un violento dolor de cabeza le había quitado por completo la vista. Aquel infeliz tenía años de vivir descuidado de sus deberes de cristiano. Había pasado el tiempo en una desoladora disipación. Compadecido el Santo del estado deplorable de aquel público pecador, *tocóle con su manteo* y le estampó un beso en la frente, diciéndole:

« Tu ceguedad material hará desaparecer la espiritual, no te afanes. Por ella quiere Dios salvarte. »

Desapareció en el acto el dolor de cabeza, pero quedó Juan Ramírez ciego. Reflexionando entonces sobre sus pasados desórdenes, abandonó enteramente la vida licenciosa y tomó el camino de la virtud. Después exclamaba de cuando en cuando: « Más debo estar agradecido al padre Claver por el mal que me ha dejado, que por el que me quitó, pues así me ha hecho conocer y amar á Dios. »

Después de proporcionar gran consuelo á las almas con sus sabios consejos y con la administración de los santos sacramentos, se entregaba á los quehaceres materiales de la casa. Como siempre, hallaba su mayor placer en los servicios más viles. Nunca estaba tan contento como cuando barría las salas, recogía la ropa sucia y distribuía la limpia, transportaba camas y enfermos de uno á otro de-

partamento, lavaba los platos y deshollinaba las piezas.

Esto tenía costumbre de hacer el Santo por algunas horas, siempre que iba á San Sebastián; pero cuando arribaban al puerto de Cartagena los ejércitos de España y las flotas de las Indias, y crecía el número de los enfermos hasta el punto de no caber casi en el hospital, entonces no se conformaba con prestar sus importantes servicios por corto tiempo, sino pasaba allí enteramente el día y aun parte de la noche.

Les religiosos de San Juan de Dios decían que nunca habían hallado á un hombre tan amante del sacrificio como Claver. Aseguraban también que era imposible que éste pudiera atender á todo lo que tenía entre manos, sin una asistencia especialísima de la Providencia. En efecto, trabajaba más que cinco de los otros; y sin embargo, aun en los días de mayor faena, cuando asistía á los enfermos de la mañana á la noche, sin tener un rato de descanso, no aceptaba el alimento que los buenos hermanos del hospital le ofrecían. Á veces, no obstante el extraordinario calor, el aire pestífero y la extrema debilidad que sentía, no tomaba ni siquiera *un vaso de agua en todo el día*.

Al paso que el santo varón desplegaba ese ardiente celo, esa sublime caridad, fuentes de tantas maravillas en el hospital de San Sebastián, no descuidaba otra virtud que le era carísima, porque es hija primogénita de la humildad. Nunca olvidaba que ante todo es la obediencia, y que sin ésta nada valen los sacrificios. Por consiguiente no emprendía obra alguna sin solicitar primero el permiso del padre prior. Aunque se tratara de la más insignificante acción, antes de comenzarla quería tener el consentimiento y la aprobación del superior de la casa.

Cuando el santo jesuíta suspendía sus visitas para ir á dar misiones en los campos, la consternación se apoderaba

le los corazones de todos los que vivían en el hospital. Superiores é inferiores, enfermeros y médicos, convalecientes y graves, todos sentían la ausencia de su protector.

La pena que cada uno experimentaba cuando Claver dejaba la ciudad, sólo era compensada por el júbilo que en todo el mundo despertaba su vuelta. Entonces se hacía en San Sebastián una fiesta en honor del *buen padre*. Se convidaba á los amigos y bienhechores del establecimiento á cuantos sabían dividir con los enfermos y religiosos el regocijo de la llegada del infatigable misionero. Era aquélla una verdadera fiesta pública.

CAPÍTULO XIV

Los leprosos. — Asistencia de san Pedro á los desdichados de San Lázaro.

1. *Lue pestifera, aliisque morbis infectos, nihil de sua vita sollicitus, peculiari cura et ope levabat, visus non raro putrida eorum ulcera studiosius tractare donec nauseantis naturæ molestiam penitus superaret, dignus inde qui plurimus a Deo charismatum donis ditareret.* (Lect. V. B. Petri, in Brev.)

Sin cuidar de su propia existencia, aliviaba con especial esmero é interés los infestados de contagiosos males y de otras enfermedades : se le vió con frecuencia curar maternalmente pútridas úlceras, venciendo la repugnancia de la naturaleza ; por lo cual mereció que Dios le enriqueciera con muchísimos dones de gracia.

2. *Imitare Samaritanum illum qui in Evangelio tantam erga vulneratum præstitit sollicitudinem... Si Samaritanus adeo humanus mitisque fuit erga hominem ignotum, quam habituri sumus nos veniam, si proprios fratres neglexerimus in malis gravioribus?* (S. Joan. Chrys., in Evang.)

Imita al samaritano del Evangelio que desplegó tan-

ta solicitud hacia el herido... Si un samaritano fué tan humano y caritativo con un hombre desconocido, ¿cómo podríamos esperar perdón nosotros, si abandonamos á nuestros hermanos afligidos por males más graves?

El terrible azote de la lepra que enviaba Dios antiguamente con tanta frecuencia, ora para aquilitar la paciencia del justo tendido en un estercolero, ora para abatir la soberbia del impío encumbrado en alto puesto, era muy común en las poblaciones de América en la época de san Pedro.

Aun en nuestros días no faltan leprosos, especialmente en las provincias donde más se siente la influencia del clima tropical, como la de Cartagena; pero no hay comparación con el número de infelices que en aquellos tiempos estaban abrumados bajo el peso de tan horrible enfermedad.

Tampoco es extraño que así fuera, si se considera qué multitud de esclavos se traían entonces á estas costas, y se reflexiona á cuán duros trabajos eran sometidos.

Los bruscos y repentinos cambios de temperatura á que estaban sujetos cuando entraban y salían de las minas, la carencia de sanos alimentos para el propio sustento, las pésimas condiciones higiénicas de las habitaciones, eran causas más que suficientes para alterar la sangre de los pobres hijos de Cam, y afectarlos con el mal á que Moisés dió el expresivo nombre de *tsarath*, á saber, *mal terrible*.

Para formarnos alguna idea del estado deplorable á que quedaba reducido el hombre por la lepra, basta leer la clásica descripción que hace doña Emilia Pardo Bazán en su obra titulada *San Francisco de Asís*.

« Aparecía la lepra á manera de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus verdaderas causas y los medios de combatirla. Semejante á árbol maldito que

rroja innumerables renuevos tan empozoñados como él, desarrollábase el contagio con gran lujo de horribles variedades. Ya era la lepra negra que abigarra el cutis, salpicándolo de manchas y tubérculos leonados ó del matiz de las heces del vino; que hace manar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones; que roe el cartílago de la nariz, el pabellón de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas: que deslíe los ojos en una masa purulenta y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una á una las falanges de los dedos, hasta que por último llega á desligar las articulaciones que sostienen manos y pies. Ya la lepra blanca, que destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa, que va cebándose en la epidermis, en la carne, llegando con su carie hasta la médula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo conjunto de viscosa fetidez, despojo informe, roído por todas partes como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantiasis de los árabes, que muda la forma de hombre en mostruosa caricatura de paquidermo, que da al cutis apariencia de cuero tosco y rugoso, ó le cubre de leves escamas de pez, ó bien de gruesas costras amarillas: que entumece y anestesia los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada á sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entonces como hoy á los esfuerzos de la medicina, contagiosa quizá, repulsiva á los sentidos, eras más temible y cruel que la peste, porque el infeliz leproso se veía á sí propio corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto aban-

donado ya á la lobreguez, á las sabandijas y al hedor de la fosa [1]. »

El tristísimo cuadro que de la Europa nos pinta la digna escritora, durante la edad media, renovóse en la América en los siglos posteriores. También en estas playas se vieron los horrores causados por la lepra, también por estas vírgenes regiones se propagáron los estragos del *mal terrible*.

Compréndese por qué huían los hombres de los infelices visitados por aquel morbo; explícase por qué las leyes mandaban separarlos del cuerpo social. El mundo detesta el sufrimiento y la mortificación: no es posible, pues, pretender que quiera guardar en su seno á tan deformes seres, ni desee soportar su hediondez. No, siguiendo sus egoístas doctrinas es claro que debía despreciarlos, rechazarlos y relegarlos á apartadas chozas. Pero sobre el mundo está la Iglesia santa de Dios. Ésta, siempre bondadosa y magnánima, ha velado continuamente cual tierna madre por el bien de sus hijos más menesterosos, ha cubierto en toda época con el precioso manto de su protección á los desgraciados leprosos, indignamente vilipendiados por el mundo.

Por esto al paso que los príncipes prohibían á los lazarinos la asistencia á sitios públicos, á ferias y mercados, á teatros y fiestas, los obispos reclamaban para ellos en los concilios la comunión de los fieles, la entrada en los templos, la participación de la Eucaristía y la indisolubilidad del vínculo conyugal, que les aseguraba el santo consuelo del amor legítimo. Al paso que el mundo los desterraba á lejana isla, á un remoto rincón, los Papas encomendaban al clero gran celo y afecto en cuidarlos y

[1] *San Francisco de Asís (siglo XIII* por doña Emilia Pardo Bazán, segunda edición, pág. 31, 32.

onsolarlos. Nunca olvidó la Iglesia á esas ovejas enfermas roñosas; antes con particular ternura las estrechó en us brazos; siempre opuso simpatía á la antipatía que el ueblo sensualista por naturaleza mostraba á los repugnan-es gafos. Enseño á respetarlos, porque el mismo Cristo abía sido anunciado por los profetas como leproso[1]; en-eñó á compadecerlos, proponiendo el ejemplo del Divino laestro que había dado á los lazarinos grandes pruebas de fecto: enseñó á venerarlos, predicando que las plegarias e esos infelices purificados por el dolor y la tribulación legan más pronto á los pies del que llamó á sí á los afli-idos[2]; enseñó á amarlos, demostrando que aquella uerte lenta del cuerpo podía ser renacimiento y luz para l espíritu, y que si á veces la capa de lepra era castigo de cultas iniquidades, otras era visita del Señor á sus pre-ilectos, como lo fueron los horribles males del justo Job.

Las doctrinas de la Iglesia fueron las que suscitaron tan-os héroes de caridad, quienes consagraron toda su vida, ó na gran parte de ella, al alivio y asistencia de los lepro-os. ¡Pedro Claver fué uno de éstos!

Habiendo tenido conocimiento de que el hospital de San ázaro carecía casi en absoluto de auxilios espirituales, de ue se pasaban muchos domingos y fiestas sin que se ce-brara misa para los enfermos, de que ningún sacerdote uería hacerse cargo del ejercicio del sagrado ministerio el establecimiento, ya por temor de la asquerosa lepra, a por la considerable distancia de la ciudad, resolvió istribuír su tiempo de manera que después de haber aten-ido á los negros y á los enfermos de San Sebastián, pu-iera también dedicar unas horas á los lazarinos.

[1] *Et nos putavimus eum quasi leprosum.* (Is., c. LIII, v. 4.)
[2] *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* (Mat., c. XI, v. 28.)

Por la descripción ya vista de las diferentes clases de lepra, compréndese claramente cuánto ánimo, cuánto espíritu de sacrificio, cuánto amor divino se requería para soportar la vista de los enfermos reunidos en aquel hospital. Pero cabalmente donde había que sufrir mortificación más grande, allí estaba Claver. Él se había propuesto dar á Dios demostraciones de su amor por medio de una abnegación perfecta: por consiguiente resistía con placer las insoportables exhalaciones de esos cuerpos, llevaba con gusto su piadosa mano á las heridas de aquellos infelices, iba con regocijo á aliviarles y dulcificarles sus penas, volaba con júbilo á renovar en las salas de San Lázaro los actos heroicos de la admirable caridad de que en las negrerías y en San Sebastián había dado ya mil pruebas.

Cuando hacía sus visitas ordinarias, reunía á todos los enfermos que podían caminar delante de la puerta de la capilla. Los hacía arrodillar, se ponía en el medio y empezaba á rezar fervorosas oraciones. El recogimiento de espíritu y el tono de voz con que acompañaba sus plegarias, le comunicaban un aire verdaderamente celestial, é infundían respeto á los pobres leprosos, que le contemplaban admirados. Repetían los mismos actos de encendida caridad que de los labios del Santo salían, y se esforzaban en orar también con suave unción espiritual.

Después de esto, los hacía sentar y daba principio á una pequeña instrucción. Su tema favorito era la resignación y paciencia en las enfermedades. Exhortaba á los oyentes á soportar aquella especie de purgatorio que Dios les había asignado en este valle de lágrimas, para evitarles el más terrible de la otra vida. Animábalos con palabras y ejemplos tomados principalmente de la Escritura Santa y de los padres de la Iglesia, á considerar sus dolores como un beneficio que el Señor les hacía para purificar sus almas

y satisfacer á la Justicia Divina por las culpas cometidas en lo pasado. Les refería con frecuencia lo que el abad Juan Egipciaco había contestado un día á un monje que le suplicaba con instancia que lo curara de una grave enfermedad: « Queréis ser librado de una cosa que os es muy necesaria; porque así como la inmundicia y suciedad del cuerpo se quita con agua y otras sustancias aparentes, así también se purifica el alma de toda mancha y culpa con las enfermedades, trabajos y sufrimientos [1]. »

Insistía en el odio que debían tener al pecado, representándoles éste como lepra del alma, infinitamente más temible y más funesta que la del cuerpo.

Concluída la plática, se sentaba en una tosca piedra que estaba cerca de la puerta de la iglesia, y confesaba á todos los que deseaban limpiar sus conciencias. Cuando se le presentaba alguno muy débil y postrado de fuerzas, lo sostenía con su brazo, le hacía reclinar la cabeza sobre sus rodillas, ó también lo tenía suavemente apoyado á su pecho.

¡Cuán conmovedoras escenas de dulce y tierna caridad se sucedían en San Lázaro!

Acabadas las confesiones, iba á visitar á los enfermos más asquerosos que estaban reunidos en una sala aparte, para que su vista no aumentara los sufrimientos de los menos afectados por el terrible mal.

Vivísima compasión excitaban estos gafos en el corazón del Santo. Ningún sacrificio que para mejorar su suerte pudiera hacer el admirable Claver, le era gravoso. Poco le parecía cuanto por ellos trabajaba, aunque les prestara todos los servicios que necesitaban. No perdía ocasión de

[1] *Rem tibi necessariam cupis abjicere; ut enim corpora nitro vel aliis hujusmodi linimentis abluuntur a sordibus; ita animæ languoribus, aliisque hujusmodi castigationibus purificantur.*

atestiguarles el especial afecto que les profesaba. Como aquéllos eran los más infelices, mayores atenciones les prodigaba, con mayor cuidado los asistía. Cuando iba á llevarles los alimentos, sempre hallaba alguno difícil de contentar que sólo los probaba y después los rehusaba. Entonces el buen padre, para animar al enfermo, tomaba del mismo plato un bocado y en su presencia lo comía, diciendo que estaba bueno y sabroso.

¿Podía hacer más el caritativo apóstol de Cartagena?

Un día encontró á un leproso que se había arrastrado hasta la puerta de la capilla, para pedir limosna, y no tenía fuerzas para volver al hospital. Doblega el santo varón sus delicados hombros, carga al infeliz paciente, lo lleva á su sala y lo acuesta muy cuidadosamente en su cama.

Un capitán llamado don Pedro Maraona, que había presenciado este hecho, lo refería después con honda emoción, y aseguraba que la caridad del padre Claver encerraba algo milagroso.

No se conformaba el Santo con las visitas ordinarias, sino iba á consolar también á sus queridos leprosos extraordinariamente, cuantas veces le quedaban algunos ratos libres de las ocupaciones más apremiantes. Los días de fiesta particularmente, quería que participaran esos infelices de la común alegría; y mientras la comunidad estaba en recreo, tomaba sus alforjas, las llenaba con los exquisitos manjares que había apartado de la mesa, y se dirigía al hospital de San Lázaro. Apenas lo divisaban los leprosos, se ponían en orden formando una larga fila, para estar preparados á recibir cada uno su regalo. Sonreíase amablemente el celoso jesuíta al encontrarlos ya ordenados, los exhortaba á la gratitud hacia la divina Providencia, que todo lo dispone para mayor bien de sus

criaturas, y distribuía los alimentos que llevaba. En aquellas circunstancias solía decir :

« Demasiado justo es que también estos pobres hijos míos solemnicen sus fiestas. »

Un día de carnaval le encontró un oficial español fuera de la ciudad, muy contento y alegre, y preguntóle :

« ¿Adónde va vuestra reverencia, que está tan festivo?

— Señor mío, voy á hacer el carnaval con mis amigos de San Lázaro », le contestó con viveza el apostólico Claver.

Lo saludó afectuosamente el oficial, y fingió continuar su camino por el lado opuesto al que llevaba el Santo; pero conociendo su gran virtud y comprendiendo que aquella expresión no era sino una chanza, movido por la curiosidad quiso aprovechar la ocasión de ver con los propios ojos alguno de esos muchos actos de mortificación y de sorprendente caridad que había oído referir varias veces. Le siguió, pues, manteniéndose á cierta distancia para no ser descubierto, y penetró también al establecimiento. Estuvo contemplándolo desde su escondrijo, hasta que sus fuerzas se lo consintieron; y al fin, no pudiendo soportar ya la vista de los servicios humillantísimos que el heroico misionero prestaba á tan repugnantes seres, que ni siquiera conservaban las formas humanas á causa de los estragos de la lepra, se retiró lleno de admiración. Desde ese día, al oir hablar del padre Claver, no podía menos que prorrumpir en semejante exclamación :

« ¡Es un santo! ¡es un santo! no se cree lo que hace si no se ve; ¡yo lo he visto! »

Además de las fiestas acostumbradas, había algunas que el apóstol preparaba con mayor pompa, para consuelo y alivio de sus protegidos. Eran éstas las principales de

Nuestro Señor y de la Virgen Santísima. Al acercarse aquellos días solemnes, iba el caritativo padre á visitar las familias más piadosas y más ricas de la ciudad, y las empeñaba á dar un festín á sus pobres. Ninguno podía resistir á las súplicas de tan abnegado sacerdote. Siempre convenían los miembros de la alta aristocracia en lo que Claver proponía. En la mañana, pues, de tales festividades, después de haber celebrado la misa para sus negros, los reunía en el patio del colegio. Ya estaban en la portería nobles damas y distinguidos caballeros, aguardándole para presentarle toda clasa de dones. Era entonces cuando en el rostro del Santo se veía estampada la más viva complacencia. Si él hacía consistir su vida en socorrer al pobre, si ponía todas sus delicias en ayudar al indigente, ¿cómo no debía regocijarse al poseer tanto con que corresponder á sus nobles aspiraciones, con que llenar sus vehementes deseos?

Ante todo, manifestaba la profunda gratitud que á los bienhechores de sus amados hijos profesaba, dábales expresivas gracias, y en seguida hacía delante de ellos la distribución de los regalos. Generalmente sobraban muchas cosas, pues las dádivas eran muy abundantes. Recogía entonces los restos, buscaba unos músicos y los llevaba á San Lázaro para que también tomaran parte en el *festín* los pobres leprosos. Animábanse éstos al toque de los varios instrumentos, olvidaban por un instante su miserable suerte, se aliviaban de las penas que sufrían de continuo, y entregábanse á moderadas y lícitas diversiones, á las que el mismo *buen padre* los excitaba.

La capilla anexa al hospital amenazaba ruina hacía algún tiempo. Por cierto los escasos recursos de que podían disponer los administradores del establecimiento, no eran suficientes para que se emprendiera su reparación; pero

en la esperanza de que más tarde se conseguirían fondos para la obra, nunca se pensaba seriamente en ella, ni se hacían esfuerzos para su realización. Así fué poco á poco deteriorándose el edificio, hasta que finalmente se vino abajo. Bastantes reclamos dirigieron entonces los administradores á las autoridades civiles, muchas diligencias practicaron con los más ricos habitantes de la ciudad para allegar recursos con que construír una nueva capilla; pero nada obtuvieron, porque el gobierno se negó redondamente á ayudarlos, y los acomodados ciudadanos de Cartagena consideraron la obra muy costosa. Todos abandonaron, pues, aquella empresa, y la iglesia no se levantaba.

Entonces el padre Claver, confiando en la Providencia divina, la acometió con su tradicional celo y ahinco. Empezó á buscar obreros, reunió unos pocos materiales y salió á pedir limosna. Aun los que antes habían rehusado su contingente para la reedificación de la iglesia de San Lázaro, pues creían que no se llevaría á cabo, contribuyeron gustosos cuando vieron que la obra estaba bajo los auspicios del venerando padre Claver, persuadidos de que así tendría sin duda un éxito muy feliz.

En efecto, á los pocos días se trabajaba con empeño. San Pedro era el superintendente, el arquitecto, el ingeniero... Todo lo inspeccionaba, dirigía á los maestros, asignaba las tareas á los oficiales y animaba á los peones.

También ayudaba á cargar maderas, traer piedras, acumular materiales, etc... Prestaba en suma todos los servicios que se necesitaban. Viéndose así obligado á pasar el día entero en San Lázaro, para atender á la buena marcha de la obra, había rogado al superior del colegio que le enviara la comida. Oyó el reverendo padre rector la súplica del abnegado apóstol, y todos los días le mandaba

los alimentos con gran puntualidad. ¿Qué hacía el Santo? Cada vez que recibía el almuerzo ó la comida, renovaba un acto de caridad heroica. No pudiendo su tierno corazón soportar que los enfermos lazarinos tuviesen alimentos inferiores á los que le llevaban á él del colegio, los distribuía por turno entre esos desgraciados. Cuando acababan éstos de comer, tomaba entonces *en el mismo plato lo que había sobrado.*

Para formarse una idea exacta de semejante mortificación, y comprender todo su mérito, hay que tener en cuenta, á más de la asquerosidad de los leprosos, la extrema delicadeza de Pedro Claver, su gran sensibilidad y la nobleza de su origen.

En poco tiempo fué reconstruida la iglesia del hospital, y nuestro santo tuvo el consuelo de celebrar en ella el sacrificio de la misa para sus enfermos, á quienes quería entrañablemente. Para obras tan costosas sabía reunir medios suficientes la solicitud del protector de los lazarinos. Y cuantas veces pedía, recibía: nunca salía desairado de una casa. De esa manera proporcionaba al establecimiento cuanto era preciso para su buena marcha.

Tan conocido era el noble interés de Claver, para buscarlo y conseguirlo todo en provecho de los enfermos, que un día predicando al pueblo un religioso mercedario, y tratando del deber sagrado de ejercer la caridad, especialmente para con los desvalidos, propuso en un arranque oratorio el ejemplo del admirable apóstol, y dijo que « los desdichados habrían perecido, faltándoles el padre Pedro ».

Aquel religioso decía la verdad. Los cuidados del Santo se extendían á las necesidades más minuciosas del menesteroso. No solamente asistía á sus leprosos con las paternales caricias que ya conocemos, sino les proporcionaba

ropa, hilas, y mil otras cosas para hacerles sus penas lo más soportable posible.

Tal es la multitud de mosquitos que en estas regiones dominan, especialmente durante la estación de las lluvias, que ni las habitaciones más aseadas y mejor ventiladas pueden defenderse de la tremenda plaga. ¿Qué sería en el hospital de San Lázaro, donde eran continuos los miasmas, ninguna la limpieza de los leprosos, y sumamente reducidas las salas para el crecido número de enfermos? Los mosquitos eran allí un verdadero azote.

Los infelices gafos se veían asaltados por nubes de estos animales.

Vivísimo dolor experimentaba el corazón de san Pedro, al ver que un nuevo tormento se añadía á los otros para martirizar más y más á sus caros lazarinos. Era preciso poner un toldo á cada cama. Pero ¿cómo hacer el gasto si los recursos del establecimiento no alcanzaban muchas veces para los artículos de primera necesidad? Aquél era un *lujo* que nunca se había pensado introducir en semejante lugar de padecimiento. Pero el santo jesuíta, movido por su ardiente caridad, se propuso defender de la plaga á sus protegidos; y con la habitual constancia con que sabía superar cuantos obstáculos encontraba en sus empresas, realizó el noble pensamiento. Revisó todas las tiendas de la ciudad para conseguir el género. Al entrar decía:

« ¡Dios bendiga esta casa y sus moradores! Vengo á pedir un regalito para mis lazarinos. Los pobrecillos no tienen toldos, y los mosquitos los molestan sin cesar. Es menester cuidarlos también á ellos; cualquiera piececita de género aparente que por aquí haya, será un gran regalo para mí y para mis hijos en Jesucristo. El Cielo recompensará abundantemente esa admirable obra de caridad. »

En la voz, en la palabra, en la mirada, aparecía todo el corazón del Santo. ¿Quién podía resistir á tanta amabilidad? Aun los más egoístas y avaros comerciantes se veían obligados á ser generosos con Claver. En breve espacio consiguió lo que deseaba. Entregó el género á dos negras para que cortaran y cosieran los toldos. Cuando éstos estuvieron ya listos, fué él mismo á colocarlos. ¡Qué lindo espectáculo presentaba nuestro santo á los ojos de los circunstantes! ¡Allá encima de una escalera de mano, con un martillo en la derecha, unos clavos y la extremidad de una pieza en la izquierda, radiante el rostro de una celestial alegría, se complacía en extender un toldo en derredor de la cama de un pobre leproso, y proporcionar de tal manera tranquilidad y calma al sueño de su amado enfermo! Concluído el trabajo, manifestaba éste su agradecimiento al santo varón por tanta bondad y dignación. Abrazábale entonces el celoso sacerdote con tierno afecto, y le daba expresivas gracias por haberle ofrecido la ocasión de hacer una obra meritoria.

Pasaba de una cama á otra, y para todos repetía la misma operación con igual placer y regocijo.

También introdujo en el hospital otra mejora. Antiguamente la ciencia médica sugería para curar, ó mejor dicho, para aliviar á los leprosos, un remedio que aunque las modernas teorías desaprueben, y tal vez rechacen por completo, no dejaba sin embargo de producir saludables efectos. La *extracción de sangre* que se hacía de cuando en cuando, alentaba sensiblemente á los atacados por el *terrible mal*. ¡Pero ay! ¡cuán difícil era hallar un médico que quisiera prestar este servicio á los enfermos de San Lázaro! De ninguna manera querían los cirujanos de la ciudad ponerse en contacto con esos infelices; les repugnaba acercar sus instrumentos á carnes cubiertas con

contagiosa lepra, temiendo contraer ó propagar el pernicioso morbo.

Viendo ese inconveniente el padre Claver, hubiera querido prestar él mismo tan importante servicio, como prestaba muchos otros cuando se le ofrecía la oportunidad; pero su ministerio se lo impedía; las leyes eclesiásticas se lo prohibían terminantemente. ¡Ésa era una gran pena para su corazón! Los leprosos tenían que aplicarse mutuamente sangrías con cualquier instrumento punzante. ¿Qué imaginó el caritativo apóstol para volverles menos dolorosa aquella operación? Buscó las mejores lancetas que había en la ciudad, compró un buen número y se las llevó.

« Mis queridos amigos, les dijo al entregárselas, estos pequeños instrumentos son más aparentes que los toscos que hasta ahora habéis acostumbrado. Espero que con ellos no sentiréis tanto dolor como con los vuestros. »

Concluiremos la narración de los actos de virtud ejecutados por el admirable apóstol en el hospital de San Lázaro, con un hecho tan extraordinario, que estaría uno tentado á rechazarlo como inverosímil, si no hubiera sido comprobado jurídicamente en los procesos de la beatificación.

Estaba en el hospital un pobre leproso á quien la violencia del mal había corroído los brazos y cubierto de fétidas úlceras todo el cuerpo. Causaba tal horror á la vista, que los directores del establecimiento habían dispuesto separarlo también del departamento ocupado por los más asquerosos lazarinos. Estaba en un miserable cuartito de tablas, construído á un lado del hospital, adonde se subía por una escalera de mano. Con frecuencia quedaba el mísero completamente olvidado; nadie pensaba en él, ni se acordaba nadie de llevarle los alimentos ni de consolarlo.

Estaba entonces muy anciano el padre Claver: caminaba ya con mucha dificultad; comenzaba á tener los síntomas de la última enfermedad que, después de cuatro años de crueles sufrimientos, debía llevarle al sepulcro. Pasaron algunos días antes de que tuviera conocimiento de la suerte de aquel ser desgraciado; pero cuando lo supo, y fué á visitarlo por primera vez, se enterneció tanto, que se propuso compensar sus anteriores penas, rodeándole de exquisitas atenciones y adoptándole como hijo predilecto. Distintas veces al día salía del colegio el padre Claver; y á pesar de los numerosos achaques y de la avanzada edad, atravesaba toda la ciudad, salía á los afueras y llegaba al fin á San Sebastián. Allí hacía un supremo esfuerzo, recogía todas las fuerzas que le quedaban, y subía la insegura escalera que daba al cuartito del infeliz gafo. Con gran trabajo podía hacer esto; pero su ardiente celo le comunicaba la energía bastante para ir hasta donde se hallaba su amado hijo, para consolarle, instruirle, llevarle alimentos y aliviarle espiritual y corporalmente. Durante todo el tiempo que permaneció el pobre en San Lázaro, lo asistió con el interés de una madre. Habiendo advertido los otros padres del colegio, cuánto costaba á Claver ir diariamente tan lejos, se ofrecieron á reemplazarlo. Consentía á veces en que lo hicieran para asistir á los otros lazarinos, pero jamás consintió para con su predilecto hijo.

¡ Hasta la muerte le acompañó !

Cuando se transportaron los despojos al cementerio, fué á celebrar primero la misa de *requiem* en sufragio de su alma y presidir la función religiosa. El establecimiento no podía hacer para los muertos lo que era superior á sus fuerzas; los recursos eran demasiado escasos; tampoco existía un paño mortuorio con que cubrir los cadáveres.

El Santo, al entrar á la capilla, se quitó su manteo y con él cubrió el cuerpo del difunto. Dijo la misa, hizo las ceremonias prescritas, y al concluírse todo, tomó nuevamente su manteo y se lo puso con la mayor sencillez.

¡Admirable acto de que solamente es capaz la perfecta caridad de los santos!

CAPÍTULO XV

Consagración del Santo en asistir á los moribundos. — Gracia especial que Dios le concede, de prever la próxima muerte de algunos enfermos. — Milagros estupendos con que el Señor le recompensa por su celo.

1. *Et rogante pro eis Sacerdote, propitius erit eis Dominus.* (Lev., c. IV, v. 20.)
Y orando el sacerdote por ellos, el Señor les será propicio.

2. *In requie mortui requiescere fac memoriam ejus, et consolare illum in exitu spiritus sui.* (Eccl., c. XXXVIII, v. 24.)
Con el reposo del muerto haz que repose también su memoria, y dale consuelo en el trance final.

3. *Arbitrans quia et a mortuis suscitare potens est Deus.* (Epist. ad Hæbr., c. XI, v. 19.)
Consideraba que Dios es bastante poderoso para resucitar de entre los muertos.

El heroísmo con que hemos visto al apostólico Claver asistir á los enfermos, la caridad que con ellos ejercía, los cuidados que les prodigaba, no eran dirigidos solamente á aliviar los cuerpos de los materiales sufrimientos, sino á purificar las almas de las espirituales manchas que por el pecado habían contraído. Teniendo el celoso padre íntima persuasión de que la conquista de un alma vale ante Dios más que la de un reino entero, se había propuesto con-

vertir á los pobres pecadores á costa de cualquier sacrificio. Por eso no ahorraba trabajo ni pena para ponerse en relación con los más repugnantes enfermos y ganarse sus corazones; por eso resistía tan enérgicamente á las rebeliones de la carne, y se oponía con tanta fuerza á las naturales inclinaciones; por eso se mortificaba con tal decisión á sí mismo, y trataba con tanta amabilidad y benevolencia á los virolentos, á los coléricos, á los lazarinos y á toda clase de enfermos contagiosos. Él veía en aquellos seres desfigurados un alma que podía salvar, y hasta ella quería llegar, á ella deseaba llevar el nombre y el amor de Cristo. Acostumbrado á ver en la criatura humana una admirable imagen del Creador, no se fijaba en las exteriores apariencias, ni reparaba en la fealdad de las formas, sino veneraba en el último y más deforme hijo de Adán un nobilísimo espíritu, digno de todo acatamiento y respeto. Recordando, además, que era obligación sacrosanta de su ministerio procurar la salvación de los hombres, no podía el santo varón omitir esfuerzo para llenar ese deber. Por consiguiente todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones, eran *salvar almas, salvar almas*. Y cuando veía que éstas estaban en peligro, y poco era el tiempo de que podía disponer para arrancarlas de las garras del demonio, por estar próxima la muerte, entonces más que nunca aumentaba su celo, multiplicaba sus tentativas, y no perdonaba trabajo ni fatiga para conseguir lo que anhelaba. Poníase á la cabecera del enfermo, y no la abandonaba un solo instante; con exhortaciones, con consejos, con suavísimas palabras, se insinuaba entonces en el corazón del doliente, y no descansaba sino cuando éste se reconciliaba con Dios y recibía los santos sacramentos.

¿Cómo no había el Señor, infinitamente bueno y misericordioso, de recompensar tanto celo? Numerosísimos son

los maravillosos acontecimientos con que quiso demostrar sus favores á nuestro santo iluminándole interiormente siempre que había peligro de muerte, para proporcionarle el gran consuelo de ver á las almas encomendadas á su dirección entrar bien preparadas á la eternidad.

Un día estaba ocupado Claver con un hermano coadjutor, en una obra de caridad. Acercábase la hora de volver á la casa, para asistir á un ejercicio piadoso. Concluyen pronto y se dirigen al colegio á toda prisa. En el camino se vuelve de repente el santo jesuíta hacia el compañero y le dice :

« Un instante de paciencia, hermano... Trátase de ayudar á un alma... Venga conmigo. »

Había tenido una de esas inspiraciones sobrenaturales con que Dios lo favorecía á menudo para su propia gloria y provecho de las almas.

Corre hacia el barrio de Getsemaní, coge por cierta calle y entra á una miserable choza. El hermano lo seguía. ¡Allí tendido en una estera estaba un pobre indio agonizando!... Pero todavía conservaba el infeliz sus facultades mentales, comprendía lo que se le decía, y también murmuraba algunas palabras.

Aprovechó el Santo los pocos momentos de vida que aun quedaban al indio, lo confesó, le administró la extremaunción y no lo abandonó sino cuando lo vió espirar en sus paternales brazos.

El tiempo era horroroso, caía un agua torrencial, las calles estaban inundadas, había fango en todas partes. Cuando volvieron al colegio, Claver parecía que no se acordaba más que del hermano que bondadosamente le había acompañado. Le hizo mil recomendaciones para que se cuidara, lo obligó á tomar una bebida caliente, é insistió en que se mudara el vestido. Y para sí ¿qué hizo? Nada absoluta-

mente, decía que *su borrico*[1] no valía la pena de pensar en él.

En otra ocasión, después de haber pasado todo el día en asistir á sus negros enfermos, volvía al colegio con el mismo hermano. Estaba el padre agobiado por la fatiga y el cansancio, cuando de repente se detiene, lanza un suspiro y dice al hermano:

« Tenemos que detenernos aquí, hay otro enfermo que necesita nuestros cuidados, entremos á esa casa. »

De una vez se dirige al lugar que señala, penetra á la habitación y encuentra dos mujeres que lo reciben con lágrimas en los ojos, como á un ángel enviado por el Cielo.

« ¿Donde está la enferma? » pregunta Claver.

Lo llevan á un reducido cuartito y le muestran una pobre señora que está á la muerte.

La exhorta el santo misionero, la confiesa, le da la absolución y la acompaña en su último trance.

Referiremos otro caso mucho más extraordinario que demuestra hasta la evidencia el don particularísimo que el Santo tenía de prever la muerte de algunas personas.

Pasando un día por delante de la casa de una gran dama muy estimada en Cartagena, vió á una joven esclava sentada en la puerta y ocupada en coser. Se le acercó como inspirado y le preguntó si era posible hablar á la señora de la casa en aquel instante.

« Sí, padre mío, contestó la negra, casualmente mi amita está ahora desocupada: bien puede vuestra reverencia pasar adelante. »

Lo introdujo á una sala donde estaba la dama y retiróse.

[1] Así llamaba Claver su cuerpo. Como borrico lo consideraba, y como borrico lo trataba también.

« Mi señora, dijo entonces el padre Claver, es preciso que usted haga confesar á esta esclava hoy mismo.

— Padre, ¿por qué tanta prisa? Ella está perfectamente buena.

— No importa: mándela confesar, pues no se concluirá el día sin que alguna desgracia le acontezca; haga, haga que reciba los santos sacramentos; si no, tendrá usted que arrepentirse. »

Extrañas le parecieron estas palabras á la señora, pues la esclava gozaba de salud perfecta. Sin embargo, acatando siempre el consejo del padre Claver, que toda la ciudad reputaba como un santo iluminado por Dios, sin manifestar lo ocurrido á la esclava, la llevó de una vez á la iglesia y la hizo confesar y comulgar.

Al anochecer volvía muy alegre la joven esclava, de una diligencia, cuando al llegar á la puerta se siente sobrecogida por un terrible dolor, da un grito y cae al suelo.

Corren todos los de la casa, y encuentran á la desdichada mujer nadando en su propia sangre.

Por más remedios que se le aplicaron, no hubo modo de aliviarla. Al cabo de pocas horas murió.

No solamente favorecía Dios en su misericordia al santo jesuíta, iluminándole acerca del peligro próximo de muerte en muchos casos, sino obraba también prodigios para que quedaran satisfechos los deseos nobilísimos de su fiel servo, y tuviera tiempo para preparar á sus protegidos á una muerte cristiana.

Dos negros, que estaban al servicio de dos oficiales españoles, cayeron gravemente enfermos. Como los amos estaban ausentes, los pobres permanecieron abandonados, desde que los sobrecogió el mal hasta que ya moribundos estaban al entregar el alma al Creador. Nadie sabía de ellos...

Un día el padre Claver volvía del hospital de San Sebastián, cuando de pronto tuerce el rumbo que lleva hacia el colegio, y va directamente á una pobre choza fuera de la ciudad. Allí encuentra á los dos infelices tendidos en el suelo, sin conocimiento y cubiertos de un sudor frío. No había tiempo de salvarlos: demasiado tarde había llegado el auxilio... Sin embargo, se arrodilla el Santo, ruega un instante y se levanta. Los moribundos vuelven en sí, recobran el habla, reconocen al amoroso padre y bienhechor, y piden el bautismo. Su súplica es oída en el acto, y consiguen el insigne beneficio que solicitan.

¡Á los pocos minutos de regenerados para Cristo, fallecieron entrambos!...

Una pobre india pagana, que vivía sola en un tugurio, fué atacada por una fiebre violenta. En breve espacio se halló al borde del sepulcro. El padre Claver, inspirado como en otras ocasiones, va á verla. ¡Ay!... ¡era tarde!... Estaba la enferma sin conocimiento, no hablaba; el pulso no tenía casi movimiento, el sudor de la muerte le cubría el rostro, inminente era el postrer suspiro.

Levanta el Santo los ojos al cielo, hace una fervorosísima oración é interroga aquel cadáver.

¡Estupendo milagro! La india contesta con voz débil... vuelve á recuperar en parte sus fuerzas, puede ser instruída en la religión de Jesucristo y disponerse á recibir el santo bautismo.

Purificada ya aquella alma, y preparada para participar de la compañía de los espíritus celestiales, dejó la tierra y volvió al seno del que la había formado.

Otra vez sale Claver de su cuarto muy apresurado, corre á llamar un hermano coadjutor y un intérprete, para que le acompañen, y va á la casa de un pobre negro yolofo gravemente enfermo. Éste tenía el cuerpo enteramente hin-

chado y ulcerado hasta la garganta. Exhalaba una hediondez insoportable. Estaba sin conocimiento y próximo á morir.

Apenas entraron al cuarto donde yacía el infeliz, tanto el hermano como el intérprete, rechazados por el espectáculo tristísimo que se les presentó, y por las mefíticas exhalaciones que les quitaban la respiración, abandonaron al padre Claver y se retiraron con náuseas.

Puesta toda la confianza en Dios, el heroico apóstol toma su crucifijo, lo coloca sobre la boca y después sobre el corazón del enfermo, y lo llama en alta voz... El hermano y el intérprete, al oír al padre, se asoman á la puerta dispuestos á soportar el mal olor y la vista de aquel terrible cuadro de miserias, y entran nuevamente. ¡Admirable espectáculo!... Ya no sienten la sofocante fetidez que la primera vez los asfixiaba. Sus pulmones aspiran un aire suave y puro. Más aún. El que poco antes habían visto moribundo, está en su cabal juicio y conversa con el buen padre. Éste le dirige afectuosas palabras, lo excita á arreglar sus cuentas con Dios, lo confiesa y le administra el santo sacramento de la extremaunción. Viéndose obligado á retirarse, porque el cumplimiento de su deber exigía que estuviera en otra parte con el hermano, deja al intérprete solo, recomendándole que no se descuidara, pues dentro de pocos instantes moriría el enfermo.

Así aconteció; á la media hora de haberse ido, rindió el negro su alma á Dios.

Muchísimos fueron los casos en que el Santo obtuvo del Cielo, con sus ruegos y súplicas, semejantes milagros en beneficio de las almas. Para excluír toda duda sobre el particular y quedar profundamente convencido, basta examinar los procesos de beatificación, y ver las deposiciones juradas de innumerables testigos que presenciaron las

grandes maravillas que merced á la intercesión del padre Claver obraba el Señor.

Abunda Dios en generosidad con quien lo ama sinceramente; siempre se muestra liberalísimo con sus fieles siervos.

Además de los extraordinarios milagros que hemos visto, quiso también en diferentes ocasiones restituir la vida á inanimados cadáveres para que el Santo pudiera ejercer su celo apostólico.

Como era Claver el sacerdote más estimado y venerado en la ciudad, á él lo deseaban todos para que los asistiera en los últimos instantes de la vida: á él lo quería cada cual á la cabecera de su lecho de muerte. Acontecía por consiguiente que iban á llamarle á un mismo tiempo para varios enfermos, quienes á veces vivían á grandes distancias unos de otros. Nada de extraño, pues, que en algunas circunstancias, que por cierto eran rarísimas, llegara tarde.

Don Vicente de Villalobos, mayor del ejército español, residente en Cartagena, católico decidido y muy cuidadoso de sus esclavos, lo había mandado llamar para auxiliar á una joven negra que estaba muy grave. Tan crecido era el número de los enfermos en *aquella época*, que el padre no pudo ir sino el día siguiente temprano, por haber tenido que asistir á otros cuyo estado de postración había reclamado sus servicios con más urgencia. Pero al entrar á la casa, los encontró á todos en movimiento, haciendo preparativos para el entierro. Desde el instante en que se había mandado el aviso al santo jesuíta, la esclava había ido agravándose más y más, y por la noche había muerto.

« ¿Dónde está la enferma? pregunta Claver con su acostumbrada sencillez.

— ¡Ay, padre, la infeliz ha muerto ya! » le contestan.

Una sonrisa aparece en los labios del siervo de Dios, que se desentiende de la respuesta y repite la misma pregunta:

« ¿Dónde está la enferma? Enséñenme su cuarto... »

Para persuadirle de que la esclava estaba tendida y no había más que hacer, le acompañan al cuarto y le enseñan el cadáver.

Acércase el Santo á la cama sobre la cual yacía la difunta, y la llama en voz alta.

Pero un silencio sepulcral sucede á sus palabras. La esclava no despierta... duerme el sueño eterno...

Arrodíllase entonces Claver y ora... ¡Cuán fervorosa plegaria elevaría al Cielo en aquellos momentos!...

Por media hora permanece de rodillas rezando, al fin levántase, y nuevamente y con poderosa voz intima á la esclava:

« En nombre de Dios omnipotente, despierta, hija mía... »

¡Oh maravilla!...

Muévese la negra, se sienta sobre la yacija y exclama:

« ¡Jesús, cuán cansada vengo!

— ¿De dónde? y ¿por qué? le preguntó el padre.

— Yo iba alegre, dice la joven, hacia un hermoso jardín, y precisamente cuando estaba al entrar, un niño de sorprendente belleza me impidió continuar la marcha y ordenó que me devolviese, asegurando que aun no podía penetrar en aquel sagrado recinto. Yo he vuelto, pues, adonde estoy, pero no sé ni cómo ni cuándo. He aquí por qué me siento tan fatigada. »

El santo jesuíta hizo retirar á los presentes para confesar á la enferma. Entonces descubrió que aunque esa negra había sido siempre sumamente adicta á la religión y puntual en asistir á todos los ejercicios piadosos, no había re-

cibido todavía el santo bautismo. Preparóse en pocos días á recibir con las debidas disposiciones este sacramento, y después de haber sido purificada de la mancha original, entregó su alma al Creador.

Don Vicente de Villalobos, que había sido testigo ocular de este milagro, había quedado tan admirado de la virtud de san Pedro, que cuando lo veía, corría á besarle la mano. En cualquier lugar lo encontrara, ora por la calle, ora en casa de algún amigo, ora delante de sus inferiores, ora delante de sus superiores, le daba esa muestra de profunda veneración. Á todos decía: « Yo reputo tan santo al padre Claver, que me considero feliz en acercarme á él y hacerle una demostración de afecto. ¡Ojalá hubiera cuatro ó cinco padres más tan venerandos, tan virtuosos, tan abnegados, tan encendidos en amor de Dios como él! Se cambiaría la faz de esta provincia; no existiría un pecador; á sus pies se postrarían todos y se rendirían á la gracia divina. Á las sobrenaturales dotes con que fascina y conquista, nadie podría resistir. También hace milagros para salvar las almas; yo los he visto. ¡Es un gran santo; es un gran santo! »

Otro prodigio no menos estupendo obró el apóstol en casa del señor Duarte Bravo, rico comerciante de Cartagena, que tenía gran número de esclavos. Un joven negro, que apenas contaba catorce años, había sido atacado por una fuerte enfermedad del pecho. Pronto degeneró ésta en tisis. Evidentemente se notaba la postración en que iba cayendo el pobre. Empeoraba cada día. Ya el mal había llegado á su último período, y los médicos lo habían abandonado, á pesar de las reiteradas instancias del amo en llamarlos. El negrito estaba desahuciado; su muerte se aguardaba de un momento á otro. Sin embargo, ya por descuido, ya por pena, los de la casa nunca le decían que

era preciso pensar en el alma y prepararse á recibir los santos sacramentos. De repente sobrevino un ataque que no pudo el joven resistir. En pocos minutos sucumbió.

Mientras se estaban haciendo los preparativos para el *entierro*, preséntase el Santo y pregunta por el *enfermo*.

« Padre, ha muerto anoche, cabalmente estamos alistándonos para acompañar el cadáver al cementerio.

— ¿Para qué tanta prisa, hijos míos? dice con calma Claver: á lo menos dadme tiempo para encomendarle á Dios; ¿no tenemos obligación de pedir por todos nuestros hermanos? »

Y se encamina al cuarto donde yace el difunto. Ruega devotamente, hace aspersiones con agua bendita sobre el cadáver, le pone su crucifijo en el pecho y con voz imperiosa lo llama tres veces.

Estremécese el joven, que todos habían visto espirar la noche anterior, y como si despertara de un sueño exclama:

« Gran Dios, ¿qué veo? »

El hecho asombroso los llena á todos de admiración; pero el padre Claver conversa con el negro, como si nada hubiera acontecido; lo prepara y lo confiesa. Después de haberle administrado también los demás sacramentos, le vió fallecer en sus brazos.

Si la Divina Bondad fué tan generosa, que llegó al punto de resucitar á los muertos para favorecer ó recompensar el inmenso celo de su siervo; si en diferentes ocasiones restituyó la vida á aquellos enfermos que el incansable apóstol no había tenido tiempo de preparar para una santa muerte, ¿qué de extraño que le acordara el consuelo de conocer la feliz suerte de algunas almas, como nos lo aseguran sus biógrafos?

Una piadosa negra llamada *Ángela*, que por los esfuer-

zos de Claver había obtenido la propia libertad, se había propuesto consagrar sus días al alivio de los demás esclavos, beneficiándolos de mil maneras. Había hospedado en su casa á una pobre esclava desamparada y enteramente cubierta de úlceras. Era ciertamente una prueba de heroísmo que daba la buena Ángela, recogiendo en su casa aquel esqueleto cuyos miembros se estaban deshaciendo poco á poco. La asistencia que á la pobre enferma debía prestarse era incesante. Pero Ángela era discípula del padre Claver, gran fruto había sacado de las lecciones y ejemplos que de éste había recibido, por consiguiente sabía amar el sacrificio y ejercer la caridad de una manera sublime.

No fueron pocos días, sino numerosos meses, largos años, los que la buena Ángela estuvo prodigando toda clase de servicios á la infeliz Úrsula.

Un día entraba el santo jesuíta á la casa para hacer su acostumbrada visita á la enferma, cuando le sale Ángela al encuentro llorando y le dice:

« Padre mío, la pobre Úrsula está sumamente grave, se va á morir presto, temo que sucumba dentro de pocas horas.

— No, no, hija mía; todavía tiene cuatro días de vida; hasta el sábado no morirá », le contestó Claver.

En efecto, el sábado siguiente aplicó á Úrsula el santo sacrificio de la misa, y en seguida fué á asistirla en el último trance. Estuvo rezando por algunos instantes á la cabecera de aquel lecho de muerte; después volteándose hacia Ángela, cuyo corazón se había aficionado tiernamente á la que curaba hacía tanto tiempo con una consagración verdaderamente filial, le dijo:

« Consuélate, Ángela, Dios quiere mucho á Úrsula. Hoy mismo se la llevará para la celestial mansión. Después

de tres horas de purgatorio, entrará tu protegida á la Gloria. »

Y saliendo, añadió:

« Que se acuerde, cuando esté con el Señor, de rogar por mí y por la que hasta ahora ha hecho con ella las veces de hija y de madre. »

Úrsula murió el mismo día. Las palabras del santo apóstol inspiraban tanta confianza, que nadie dudó de que la pobre negra estuviera gozando la eterna bienaventuranza. Ángela, en vez de afligirse, se alegraba al pensar que su querida amiga y favorecida había conseguido ya el premio de la paciencia y resignación demostradas durante tan largos años de sufrimientos.

Doña Isabel de Urbina, señora de gran piedad, fué consolada también por la palabra del inspirado jesuíta en una gravísima calamidad doméstica. Atacado su esposo por una enfermedad contagiosa que infestaba entonces la ciudad y sus cercanías, se vió pronto al borde del sepulcro. Estaba en una casa de campo no muy afuera de Cartagena adonde había ido á temperar. El padre Claver no tenía conocimiento siquiera de la desgracia. Doña Isabel le envió un recado para avisarle de la novedad del gobernador y del deseo que éste tenía de confesarse con él. En el acto vuela el Santo al lugar del infortunio, y ofreciendo al enfermo una imagen del hermano Alfonso Rodríguez, lo exhorta á invocar á ese gran siervo de Dios.

El gobernador recibe la imagen con respeto, invoca al hermano Alfonso y dice á Claver:

« Padre mío, si su santo amigo me devuelve la perdida salud, prometo dar una fuerte suma para los gastos de su canonización. »

Rogó el santo varón con gran fervor por el enfermo, pidió á Dios con instancias vivas su curación, pero esta

vez nada consiguió... El señor Urbina murió ese mismo día, desgracia que fué sentida hondamente por todo el país.

Desolada doña Isabel por el fallecimiento del esposo, con aquella confianza filial con que acostumbraba tratar al buen padre, inculpándole de la pérdida sufrida, le decía:

« Padre, yo le había recomendado que me lo curara, y vuestra reverencia me lo dejó morir.

— Dios lo quiso así, hija mía... hay que resignarse á su santa voluntad.

— Pero si vuestra reverencia lo hubiera querido, mi amado esposo viviría aún. Si hubiera pedido á Dios que lo curara, indudablemente hubiera alcanzado la gracia. Vuestra reverencia no ha pedido esto: me ha engañado por completo. Dígamelo claro... ¿No es cierto que me ha engañado?...

— No, hija mía, no lo crea. El hermano Alfonso ha pedido también al Señor con interés la curación del gobernador: pero el Salvador Divino le contestó: *Es mas ventajoso para él morir ahora: jamás estará mejor dispuesto que en la actual circunstancia.* Consuélese, pues; su marido está en los Cielos. Desde allá la está amparando y protegiendo. Tiene un abogado más que la defienda. Confíe en Dios y continúe siendo buena. »

Doña Isabel no dudó un instante de aquella consoladora manifestación, que el Santo le repetió también otras veces con categórica afirmación.

Una mujer española, cuya vida había sido un continuo escándalo para la ciudad de Cartagena, había caído gravemente enferma. Varias personas piadosas que deseaban salvar aquella alma, se le presentan y se esfuerzan de mil maneras para inducirla á reparar las graves culpas cometidas, por un sincero arrepentimiento, y prepararla á hacer una buena confesión. Mas la infeliz no quiere que se

le hable de nada tocante al alma, á la religión y á la eternidad...

Sobrenaturalmente inspirado el santo misionero, va también á visitarla. Intenta insinuarse con afables y dulces palabras, pero no es recibido más cortesmente que los otros. También es insultado, también es despedido con horribles injurias y maldiciones... Todo esfuerzo para salvar á la desgraciada pecadora es vano... Toda esperanza de conversión se disipa...

No desiste sin embargo de sus exhortaciones y consejos el apostólico varón: recurre á todas las industrias que su caridad le sugiere; no omite ninguna de las observaciones con que penetraba de ordinario el corazón de los pecadores más empedernidos; pero no obtiene fruto alguno... Obstinándose más y más la infeliz en sus pésimos principios, continúa vomitando blasfemias y execraciones. Indignado al fin el celoso jesuita, toma su crucifijo, se lo presenta y le dice:

« Puesto que lo quieres resueltamente, vete al báratro infernal en compañía de los ángeles rebeldes. He aquí tu juez inexorable ante quien tendrás que comparecer dentro de poco. Prepárate á oír tu fatal sentencia. Á la terrible mansión de los demonios te condenará por toda la eternidad. »

No pudo resistir la mujer á semejante amenaza. La mirada, la voz imperiosa y la autoridad del Santo, la impresionaron en extremo, sometiéndola y conquistándola. Dió un grito de dolor, rompió en llanto y suplicó al buen padre que perdonándola la ayudara á prepararse para una santa confesión. Detestó sus crímenes, recibió los sacramentos con gran fervor y piedad, dió las muestras más evidentes de una contrición perfecta, y tuvo una muerte envidiable.

Dios quiso recompensar á su siervo, iluminándole acerca de la suerte eterna que á la arrepentida Magdalena había tocado, pues Claver manifestó después á varias personas su alegría y satisfacción porque sabía que ciertamente las puertas del Cielo habían sido abiertas para aquella persona, antes tan obstinada en el vicio.

En otra circunstancia, no pudiendo llegar á tiempo para asistir á una moribunda, sumamente afligido y triste por el temor de que esa alma se hubiera perdido por su culpa, suplicó á la Divina Misericordia que le perdonara la involuntaria demora, y que acordara gracias especiales á la pobre que no había alcanzado los últimos auxilios espirituales. Lo consoló el Altísimo, revelándole el estado de la difunta. De repente, pues, se levanta Claver, y lleno de júbilo dice á la familia, que desolada se deshacía en llanto:

« Una muerte como ésta es digna de nuestra envidia. No hay que llorar. El alma de la finada se halla en el purgatorio; allí permanecerá veinte y cuatro horas; procuremos mitigarle las penas con férvidas oraciones. »

Parece que Dios se complacía en dar al admirable apóstol, también en esta vida, un premio por su consagración al ministerio sagrado y por el deseo vehemente de salvar almas, acordándole tan preciosos consuelos.

CAPÍTULO XVI

San Pedro presta atención á los presos. — Reforma de las cárceles. — Assombrosas conversiones de muchos condenados á muerte.

1. *In carcere eram, et venistis ad me.*
(S. Mat., c. xxv, v. 36.)
Estaba en la cárcel, y me vinisteis á ver.

2. *Et dedi te in fœdus populi, in lucem gentium: Ut aperires oculos cœcorum et educeres de conclusione vinctum, de domo carceris sedentes in tenebris.*

(Isai., c. XLII, v. 6, 7.)

Y fuíste dado al pueblo en señal de alianza como luz de las gentes: para que abrieras los ojos de los ciegos y sacaras del encierro al preso y de la cárcel á los que quedaban en las tinieblas.

3. *Il trouva encore le moyen de pénétrer jusque dans les cachots les plus profonds et les plus abandonnés. A force d'attentions et de bons traitements, il avait gagné la confiance des prisonniers les plus durs et les plus féroces.* (Fleuriau, p. 221.)

Halló también modo de penetrar hasta las más profundas y abandonadas cárceles. Á fuerza de atenciones y buen trato, había ganado la confianza de los prisioneros más duros y más feroces.

No había miseria que la caridad del ardiente apóstol no intentara aliviar, ni calamidad á la cual no se esforzara en aplicar remedio, ni desgracia que no procurara mitigar. Al paso que extendía su benéfica mano á los unos, no la negaba á los otros; mientras consolaba una clase de desvalidos, no abandonaba á los demás que también necesitaban su asistencia y protección. Verdadero discípulo de Jesucristo, practicaba al pie de la letra las máximas que éste había enseñado á los hombres. « Dad de comer á los hambrientos, dad de beber á los sedientos, vestid á los desnudos, socorred á los desamparados, instruíd á los ignorantes, consolad á los afligidos, visitad á los enfermos, tened compasión de los encarcelados », predicaba el Divino Maestro; y san Pedro Claver, movido por el vehemente deseo de servir con la mayor fidelidad al Hijo de Dios, no se conformaba con observar escrupulosamente algunos de estos preceptos, sino se había impuesto la obligación de llevarlos todos á la práctica, de cumplir con todos ellos de la manera más perfecta. Así es que después de haber visto al gran siervo de Dios instruír en las negrerías á los ignorantes descendientes de Cam; de haberle visto

quitarse el propio manteo para cubrir á los desnudos; de haberle seguido cuando en las salas de San Sebastián asistía, curaba y consolaba á los pobres enfermos: de haberle admirado cuando partía los propios alimentos con los leprosos; de haberle acompañado á la cabecera de numerosísimos moribundos, penetremos con él á las oscuras y tétricas prisiones de Cartagena, y allí también veámosle desplegar su apostólico celo y ejercer su inagotable caridad con hombres convertidos en verdaderas fieras por la pasión y el delito.

Allí como en todas partes obtuvo Claver espléndidos triunfos. Dominó los más discolos caracteres, venció los más obstinados espíritus, conquistó las más rebeldes naturalezas, convirtió á los más empedernidos criminales. Al poco tiempo de estar frecuentando las cárceles ya no se oía una blasfemia, ni un juramento, ni una expresión impía, ni una palabra indecente. Las cuestiones, las riñas, las enemistades, los desórdenes habían desaparecido como por encanto. La transformación obrada por el santo misionero había sido completa.

Uno de los prisioneros estaba encargado de vigilar á los otros y de dar cuenta al padre de la conducta observada por los demás. Todos se confesaban con regularidad distintas veces en el año: al levantarse rezaban diariamente sus oraciones en común; por la noche se retiraban á hacer sus plegarias privadamente. Á veces cantaban en coro las letanías de la Virgen Santísima.

El preso encargado de la vigilancia de los compañeros, debía imponer un castigo al que cometiera la más pequeña falta, la más insignificante transgresión de las órdenes dejadas por Claver. Así lo mandaba éste, y así se hacía. Nadie pretendía sustraerse.

El celoso misionero había suplicado al rector del colegio

que permitiera al licenciado Juan Sánchez ir á ayudarle en su obra á favor de los presos. Satisfecho quedó su deseo, pero él no dejaba, sin embargo, de hacer de su parte cuanto podía para mejorar la suerte de sus protegidos.

Cuando descubría que alguno de los presos se hallaba sufriendo en duros cepos, víctima de pasiones políticas ó de venganzas personales, no descansaba un instante para que se reconociera su inocencia, se le hiciera justicia y se le acordara la libertad. Insistía con los abogados, se empeñaba con los jueces, hablaba á los procuradores, ocurría á todas las autoridades judiciales y no les dejaba tranquilidad hasta que no se convencieran de la verdad y dictaran providencias conformes á la ley. Solamente suspendía sus diligencias cuando éstos examinando nuevamente los procesos, y reconsiderando bien los hechos, juzgaban con imparcialidad á favor del infeliz inocente. De esta manera pudo libertar á muchos presos que sin duda alguna hubieran perecido en un húmedo y oscuro calabozo, víctimas sacrificadas al odio de sus enemigos.

Con frecuencia acontece en los pleitos que no teniendo la parte pobre los recursos necesarios para buscar buenos abogados, se ponen en manos de mezquinos leguleyos sin conciencia, quienes en lugar de aclarar y defender la causa de los clientes, la embrollan y oscurecen, con el objeto quizá de prolongar la solución de ella y sacar por ese medio á los pobres litigantes la mayor cantidad de dinero posible. Bien conocía el padre Claver hasta dónde llega á veces la perversidad del mundo, estaba al corriente de los crímenes á que excita la avidez del lucro. Cuando, pues, había algún pobre que necesitaba un defensor, buscaba él mismo un abogado honrado y concienzudo que espontáneamente y sin exigir remuneración,

se encargara de sostener el pleito. Y ¿cómo lo conseguía? De esta manera á veces: iba á visitar á uno de los más afamados y probos abogados de la ciudad, y entregándole los papeles de su protegido le decía:

« Señor mío, vengo á ofrecer á usted una ocasión muy oportuna para hacer una obra meritoria. Trátase de administrar justicia á un infeliz. La inocencia está gimiendo en el fondo de una infame prisión: ¿permitirá usted que así quede despreciada y vejada?

» No; no puedo suponer que su dignidad consienta en semejante violación del sagrado depósito de las leyes, que usted se ha propuesto guardar intacto. Le recomiendo, pues, encarecidamente este asunto; haga lo que su conciencia le dicte, defienda á mi pobre cliente. »

¿Qué abogado que tuviese corazón y pundonor podía negarse á hacer lo que el padre Claver le solicitaba? ¿Quién podía rehusar un favor pedido con tanta autoridad y amabilidad? Todos aceptaban el encargo, y muchos se reputaban honrados en servir de esa manera al santo varón.

En las causas criminales jamás tocaba con los magistrados para nada; les dejaba plena libertad para juzgar á los reos según los principios de la equidad y para aplicar á éstos todas las penas establecidas por la ley. Entonces lo que hacía en favor de los condenados era excitarlos al arrepentimiento sincero de sus delitos, insistir en que se confesaran y animarlos á soportar pacientemente la prisión.

No eran raras tampoco las veces que el Santo lograba hacer desistir de inútiles pleitos á la parte más obstinada. Especialmente si notaba ser un deseo de venganza lo que movía al fuerte á oprimir al débil, se valía de toda su influencia á fin de que se suspendiera el proceso. Iba

directamente á casa del interesado en continuar la cuestión, representábale el peligro á que exponía la propia alma dejándose guiar por sentimientos vengativos, le daba buenos consejos, le hablaba de la necesidad de perdonar las ofensas recibidas, y proponíale el ejemplo del Redentor que clavado en la cruz pedía al Eterno Padre por sus verdugos. Al fin obtenía casi siempre el objeto que se había propuesto, á saber, la suspensión de las cuestiones, la desaparición de los sinsabores, el restablecimiento de la paz.

Don particularísimo era el que tenía el padre Claver de disipar toda clase de desavenencias. Con su amable trato, con su gran dulzura apaciguaba el corazón más henchido de soberbia contra algún prójimo; con sus suavísimas maneras desterraba las enemistades de las familias y establemente enarbolaba en ellas el olivo de paz.

Dios comunica á sus santos las gracias necesarias á fin de llevar á cabo las grandes obras para las cuales les ha suscitado. Admirable sobre todo era en el padre Claver el privilegio de disminuír, en los condenados á la pena capital, el horror de la muerte que tan cerca tenían. Apenas acababan las autoridades de leer la fatal sentencia á algún delincuente, mandaban por el padre. En la mirada, en la voz, en los gestos tenía éste algo sobrenatural que impresionaba á los criminales. Pero así como los llenaba de un temor saludable por los eternos juicios divinos, así les inspiraba también una filial confianza que los movía al arrepentimiento.

El licenciado Juan Sánchez, testigo ocular de la asistencia prestada por el Santo en diferentes de esos casos, hablaba con profunda admiración del modo como obtenía siempre un feliz resultado. Se observó también que los sentenciados á quienes acompañó Claver en los últimos

instantes, subieron todos al cadalso con gran resignación y conformidad, bendiciendo la Divina Misericordia por haberles dado ese medio de expiar sus culpas. Todos detestaron sus crímenes, todos lloraron sus extravíos, todos murieron arrepentidos.

Referiremos aquí un ejemplo que da idea del modo como asistía san Pedro á los criminales condenados á muerte.

Cierto individuo llamado Diego Pérez, había cometido un homicidio premeditado, con muchas circunstancias agravantes. Perseguido y prendido por la autoridad fué juzgado severamente y condenado al cadalso. Apenas tiene Claver la noticia de la sentencia dictada, corre á la cárcel donde está encerrado el criminal. Lo halla triste y pensativo... Le echa los brazos al cuello, lo estrecha contra su corazón como tierno padre, toma el crucifijo, lo pone entre las manos de Diego y con acento penetrante le dice :

« Los hombres te han condenado definitivamente : pero Dios no ha pronunciado aún su último veredicto. En su misericordia te tiene reservado un gran beneficio, hijo mío, ten ánimo... Vengo á ofrecerte en su nombre una tabla de salvación... Este Jesús que por tí ha derramado toda su sangre y sacrificado su vida en un duro madero, quiere perdonarte. Las palabras que al ladrón dirigió en la cruz, á tí también está dispuesto á dirigirlas, con tal que no rechaces su gracia. ¡Cuánta bondad ha tenido para con los hombres! Ha instituído un sacramento inefable por medio del cual podemos revestirnos con la cándida estola de la inocencia aun después de haber caído en los más graves delitos. ¡Oh, sí ; al puerto podemos llegar seguramente, asiendo esta tabla santa! Hijo mío, ya no hay medio de huír de la tempestad...

« ¡Cuán feliz sería yo si pudiera conocer, como Dios te lo hace conocer á ti, el día y la hora de mi muerte! Todos tenemos que someternos á ésta... unos se adelantan... otros se atrasan, pero tarde ó temprano hemos de ver todos el hilo de nuestra vida cortado por la inexorable parca... todos hemos de entrar á la eternidad...

» ¿Qué importan, pues, las cosas de la tierra? ¿Qué importa este mundo, cuando tan ligero se acaba? Pensemos más bien en nuestra alma, pensemos en salvarla, porque una vez perdida, lo está para siempre. »

Acompañadas las palabras del Santo por la gracia divina, penetraban hasta el corazón del culpado y le excitaban á perfecta contrición. Diego lloraba...

Abrázale afectuosamente Clayer y le ayuda á hacer una confesión general, concluída la cual lo exhorta á aplicarse antes del suplicio, una penitencia voluntaria. Saca del bolsillo una disciplina, se la entrega y le fija el número de veces que debe usarla... Diego está tan arrepentido de sus culpas, que acepta con júbilo aquel instrumento de mortificación para satisfacer más y mas á la justicia divina. No conformándose con las prescripciones del padre, descarga golpes sobre sus carnes hasta derramar sangre.

Llegado el día de la ejecución, Clayer va muy temprano á la cárcel, se prepara á celebrar el santo sacrificio de la misa y reune á todos los presos en la capilla.

Diego está arrodillado ante el altar é implora fervorosamente la gracia de soportar aquella pena en penitencia de sus delitos. Se le acerca el santo apóstol, y extendiendo la diestra sobre la cabeza del sentenciado, lee algunas oraciones. Le recomienda en seguida que haga el sacrificio de su vida al Señor. Dice la misa y da la comunión á Diego. Entona las letanías de la Virgen Santísima, y todos los presos en coro continúan el canto. Concluído esto, toma la pala-

bra. Su rostro parece iluminado con una luz celestial. Levanta el crucifijo, lo muestra á todos y hace un discurso tan conmovedor, que arranca las lágrimas á los oyentes. Exige del reo que proteste públicamente contra sus pasados extravíos, que deteste delante de todos las infames acciones que lo han llevado al patíbulo, que repare los escándalos dados y que pida por ellos perdón también á la sociedad.

Diego hace cuanto le ordena el santo misionero, y se encamina hacia el lugar del suplicio con el ánimo que sólo la fe y el arrepentimiento saben inspirar.

Llegado el fatal momento de la ejecución, Claver le enjuga con su pañuelo el sudor de la frente, le bendice, se despide dándole un postrer abrazo y le dirige las palabras siguientes :

« Querido mío, he aquí la escala por la cual vas á subir al Cielo. Besa con amor y respeto cada una de esas gradas antes de pisarlas, pues por ellas te acercarás á Dios, quien te aguarda para premiar tus lágrimas de sincero dolor. »

Cuando se concluyó todo, oyóse la música de la catedral, que el padre tenía preparada no muy lejos de allí, tocar una magnífica pieza. También se entonaron cantos religiosos por el alma de Diego Pérez que acababa de entrar á la eternidad.

Tan persuadido estaba Claver de la verdadera conversión y de la salvación de dicho criminal, que á todos decía :

« ¡Ojalá á nosotros también nos conceda Dios la gracia de llorar nuestros pecados como el buen Diego lloró los suyos!... ¡Ojalá tengamos una santa muerte como la que él tuvo!... »

Y ciertamente, las almas preparadas para el último trance por el celoso siervo de Dios, bien fundadas esperanzas

daban de alcanzar el Cielo. Casi siempre se notaban en los cadáveres las señales que los instrumentos de penitencia empleados antes del suplicio habían dejado. Evidentes eran las pruebas que los pobres sentenciados daban de una contrición perfecta. En la ciudad se había arraigado tanto la creencia de que todos los condenados asistidos por san Pedro podían considerarse seguros de la propia salvación, que la pena capital en vez de ser objeto de horror se volvía motivo de edificación.

No fueron pocos los casos en que tuvo nuestro apostólico padre que renovar la admirable asistencia prestada á Diego Pérez: innumerables se le presentaron durante su larga carrera. ¡Á veces había hasta veinte y treinta sentenciados!...

Sin embargo, el incansable apóstol á todos los auxiliaba, á todos los confesaba, á todos los convertía, á todos los salvaba: para su prodigiosa caridad la labor nunca era excesiva. Por el contrario, precisamente en semejantes ocasiones quedaba más satisfecho, pues veía un mayor número de almas volar al Cielo; veía una legión de santos penitentes alcanzar la corona inmarcesible de la eterna gloria. Entonces aparecía más viva la alegría en su rostro...

Acostumbrado á considerar las cosas bajo un aspecto muy diferente del que el mundo le da, no reputaba desgracias aquellas muertes que solamente afectaban el cuerpo y no el alma, sino positivos favores que el misericordiosísimo Señor acordaba á tantos criminales, á fin de hacerles expiar sus culpas por ese medio y abrirles las puertas del Cielo.

En semejantes ocasiones repetía á los condenados y á las personas que los compadecían, las palabras del Evangelio: «No temáis á los que matan el cuerpo y no pue-

den matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno[1]. »

No se crea, sin embargo, que el deseo que Claver tenía de salvar esas almas, le impidiera sentir la calamidad temporal de sus amados presos. Deploraba hondamente la desgracia de estos infelices, y cuando le hablaban de algunas personas que habían contribuido á entregar un criminal á la humana justicia, prorrumpía en estas expresivas palabras:

« ¡Qué Dios les perdone! Bien cierto es que han asegurado la salvación de ese hombre, pero no es menos cierto que corren riesgo de perderse ellos mismos.

Tanto era el amor que en nombre de Jesucristo profesaba á los pobres condenados, que arrancaba actos de admiración aun de abnegados religiosos considerados en Cartagena como modelos de caridad cristiana.

Un capitán español, ávido de lucro, se había dejado seducir por una compañía de capitalistas, encargándose de la dirección de una fábrica de moneda falsa furtivamente montada en la ciudad. Pudo la cosa permanecer oculta por algún tiempo, pero al fin fué descubierta por la policía. Los astutos capitalistas comprometidos en ese crimen supieron engañar á las autoridades, comprando testigos perjuros que sostuvieran su pretendida inocencia, pero el inexperto capitán sorprendido en flagrante delito, no encontró manera de salvarse, tuvo que pagarla por todos. Fué condenado á morir estrangulado y á ser quemado en seguida.

Como había admirado en diferentes ocasiones las virtudes y principalmente la ardiente caridad de Claver, su-

[1] *Nolite timere eos qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam.* (S. Mat., c. x, v. 28.)

pidió á las autoridades que se le llamara al celoso padre.

« Á lo menos, decía el pobre, quiero pasar las últimas horas de mi vida en compañía de un santo. He tenido una conducta poco cristiana, mas quiero morir en el seno de la Iglesia católica; por lo tanto, deseo ser asistido por un justo varón, cuyos méritos me obtengan de Dios este gran beneficio y el perdón de mis innumerables culpas. Séame acordada esta última gracia, que agradeceré infinito. »

Quedaron satisfechos los deseos del capitán. El padre Claver fué á la cárcel y lo preparó á hacer una muerte verdaderamente cristiana. Sus palabras y exhortaciones produjeron en aquella alma efectos muy saludables y la transformaron por completo, hasta el punto de que en un libro de oraciones, regalado por el Santo al capitán, se encontraron escritas estas conmovedoras palabras:

« El presente libro pertenece al hombre más dichoso que existe sobre la faz de la tierra. La justicia humana condena mi cuerpo á la muerte, pero proporciona á mi alma eterna vida. Es cierto que he sido gran pecador, no merezco por consiguiente la bienaventuranza, pero la Misericordia divina es infinita y espero que ella me haya perdonado ya todas las ofensas que le he irrogado. Ruego encarecidamente á aquellos á cuyas manos llegue este libro que eleven una plegaria al Cielo en sufragio de mi alma.

» He pecado, Dios mío, he pecado gravemente; merezco la muerte no una sola vez, sino mil veces si fuera posible. Mi pesar más grande es el de no tener una contrición tan viva como la que debería tener después de todas las injurias que he hecho á su Divina Majestad. »

En el acto de la ejecución, presentóse un accidente que proporcionó á todos los presentes la ocasión de asistir á un admirable espectáculo dado por el Santo.

Rompióse la soga de que estaba suspendido el ajusti-

ciado, y cayó éste tendido en el suelo. Corrió inmediatamente Claver, abrazóle con indecible afecto y en voz alta le dictó actos de amor divino. Al instante los verdugos pusieron al capitán una nueva cuerda, pero reventóse igualmente. Renovó Claver las manifestaciones de su tierna caridad para con el pobre condenado y por segunda vez lo abrazó, repitiéndole los nombres de *Jesus* y *María*.

Varios religiosos muy distinguidos por su piedad, que habían presenciado aquella escena conmovedora, quedaron prendados de la virtud del santo jesuita, y el más anciano entre ellos exclamó :

« ¡Ese es el verdadero tipo del buen religioso! ¡La lección que acaba de darnos con su ejemplo, nos dice lo que deberíamos ser todos para corresponder dignamente á nuestra vocación. »

¡Bien merecido elogio de Claver!

Por su celo consiguió también el santo varón que se salvaran algunos inocentes acusados de gravísimos delitos y condenados ya á la pena de muerte.

El conde de Castillo Mayor, muy propenso á la intriga y siempre dispuesto á sublevar las masas, había reunido unos cuantos filibusteros é intentado adueñarse de la ciudad de Cartagena. Inmediatamente se sofocó aquella ridícula revolución. El mismo conde fué prendido y encerrado en el castillo de San Fernando, pero á pesar de las muchas precauciones tomadas, á los pocos días desapareció éste de la cárcel. El gobernador entonces procediendo con demasiada precipitación, acusó de traidores á los dos jefes que mandaban el piquete encargado de custodiar el castillo. Los hizo juzgar y condenar á muerte.

Ya los inocentes oficiales estaban en capilla aguardando resignados la ejecución de la injusta sentencia, pero protestando que nunca habían tenido la idea siquiera de

faltar tan ignominiosamente á las promesas hechas bajo juramento, de servir con fidelidad al gobierno. Y realmente, los culpables non eran ellos, sino dos militares comprados por el intrigante prisionero, quienes habían estado de guardia la noche en que había tenido lugar la fuga.

Claver, que había obtenido de Dios el especial privilegio de escudiñar á veces los corazones humanos, veía claramente la inocencia de los oficiales. Mas, ¿cómo comprobarla? ¿Como persuadir á los jueces de la verdad? ¿Cómo impedir que se diera curso á la sentencia ya dictada? Su caridad le hizo encontrar fácilmente el modo de salvar á esos pobres militares. En efecto, presentóse al gobernador suplicándole que mandara suspender por unos días la ejecución de los dos oficiales. Aseguró que eran inocentes y prometió buscar los reos. Extrañó el alto funcionario público las afirmaciones del santo jesuíta, pero ya por la veneración que toda Cartagena le profesaba, ya por el temor de que le acusaran más tarde de haber sacrificado dos víctimas al propio capricho y obstinación, accedió á los ruegos de Claver y ordenó inmediatamente que se aplazara el castigo de los sentenciados.

Obtenido el primer favor, el celoso apóstol cobró animo y pidió otro. Suplicó al señor gobernador que mandara aislar á todos los militares que componían el cuerpo de guardia en el castillo de San Fernando en la época de la fuga, y solicitó el permiso de tener una entrevista con cada uno de ellos. ¿Cómo rehusar algo á Claver? Fueron sacados del cuartel todos aquellos soldados y puestos en unos calabozos de la prisión militar. Á todos los visitó el santo varón, y á cada uno le hizo mil exhortaciones para que confesara la verdad. Con lágrimas en los ojos les suplicaba que no agravaran su delito, haciéndose reos de dos homicidios con dejar que se sacrificara á dos inocen-

tes. No pudieron resistir á las palabras del apostólico sacerdote los culpables, y declararon que ellos habían sido los traidores. Entonces exhortóles al arrepentimiento, y les recomendó que restituyeran á los otros la propia honra y la propia vida, presentándose espontáneamente á la autoridad. Hicieron los reos cuanto les sugirió el padre Claver, denunciaron lo acontecido á la justicia y aceptaron la sentencia de muerte pronunciada contra ellos con la mayor resignación, en penitencia de sus culpas. Quisieron ser asistidos hasta el último instante por el santo apóstol, y murieron dando pruebas de un sincero dolor de su delito.

Es indudable que Claver era favorecido por el Cielo de una manera perculiarísima en el desempeño de sus sagradas funciones. Además de los ejemplos ya referidos, que nos lo prueban evidentemente, hay otro que demuestra más claro aún cuánto abundaba la Providencia en acordar sus gracias al santo y ejemplar sacerdote.

Un español llamado Baltasar había caído en la mas escuálida pobreza, y ocurrido á uno de sus amigos, el capitán Pereira, para que lo admitiera en su casa aunque fuera como sirviente. Tenía el capitán un corazón muy noble y generoso: la desgracia ajena lo enternecía; no sólo, pues, recibió al infeliz en la casa, sino le guardó siempre las consideraciones que un padre guarda á su hijo. Pero desgraciadamente nunca se ha extinguido en el mundo la raza de los Caines y de los Judas. Al cabo de poco tiempo, excitado por la avidez del dinero, cambióse Baltasar en verdugo de su bienhechor, á quien clavó un puñal en el corazón con la esperanza de cogerse parte de sus bienes. Pero apenas consuma el execrando parricidio, se horroriza el mísero, y bañadas aún las manos en sangre, se da á la fuga. La policía lo persigue y pronto lo

alcanza. Se le levanta un sumario, se le juzga según las leyes y se le condena á subir al cadalso.

Apenas se lee la sentencia de muerte, entra el desgraciado en una espantosa desesperación. Muchos sacerdotes son llamados para calmarle, pero ninguno obtiene el fin deseado. Estaba entonces el padre Claver muy anciano y enfermo; ya no podía caminar solo. Apenas tiene conocimiento de la desgracia de Baltasar, se hace transportar á la cárcel para ver si logra salvar aquella alma.

Bastó que le dirigiera pocas palabras, para que el criminal se tranquilizara. Pronto la abundante gracia que acompañaba siempre las exhortaciones del Santo, cambió el corazón del infeliz condenado, quien hizo una confesión general y pidió como un favor que se le sometiera á lo que la ley tiene de más cruel en sus suplicios. El arrepentimiento de Baltasar era conmovedor, arrancaba lágrimas á todos los que se le acercaban para consolarle. Durante los pocos días que precedieron á la ejecución, dió las más evidentes pruebas de su conversión. Sufrió la pena de muerte con una resignación igual á su dolor.

Muy á menudo se hizo llevar el santo apóstol á la cárcel para calmar, consolar y convertir á criminales de quienes los otros religiosos encargados de ese ministerio no habían podido conseguir nada. Siempre fué feliz el éxito, pues la santidad del padre Claver aumentaba de día en día, y parecía estar acompañada de una gracia extraordinaria, á la que nadie podía resistir.

CAPÍTULO XVII

El Santo trabaja incesantemente por destruír muchos abusos y desórdenes arraigados en Cartagena. — Medios de que se vale.

1. *Melior est manifesta correptio, quam amor absconditus. Meliora sunt vulnera diligentis quam fraudulenta oscula odientis.* (Prov., c. XXVII, v. 5, 6.)

Mejor es la corrección manifiesta, que el amor escondido. Mejores son las heridas del que ama, que los ósculos del que aborrece.

2. *Corripe amicum ne forte non intellexerit et dicat: Non feci, aut si fecerit ne iterum addat facere. Corripe proximum, ne forte non dixerit; et si dixerit, ne forte iteret. Corripe amicum: sæpe enim fit omissio.* (Eccli., c. XIX, v. 13, 14, 15.)

Corrige al amigo, para que por falta de conocimiento no diga: Nada malo he hecho; ó para que si lo ha hecho á sabiendas, no lo vuelva á hacer. Corrige al prójimo para que no diga nada malo; ó si lo ha dicho, no lo repita. Corrige al amigo, porque frecuentemente yerra.

3. *Peccantes coram omnibus argue; ut et cæteri timorem habeant.* (Ep. I ad Tim., c. V, v. 20.)

Á los que pecaren, repréndelos delante de todos, para que los otros también teman.

No solamente en las prisiones tenía ocasión el admirable apóstol de desplegar su actividad á fin de inspirar amor al orden y á la virtud; no solamente tenía campo para realizar sus planes de reforma, en reducidos calabozos, con unos cuantos criminales segregados de la sociedad; también llevaba su benéfica acción á los que dueños de la propia libertad se paseaban con la cabeza erguida por las calles de Cartagena.

Abundaban los desórdenes en esta ciudad. Especialmente en los meses de más tráfico, cuando de todas partes del mundo acudían á este puerto los buques españoles y extranjeros, se desencadenaban con escándalo las pasiones

humanas. Odios, venganzas, duelos, blasfemias, perjurios y toda clase de excesos estaban á la orden del día; lo cual causaba grandes perjuicios á la moral cristiana, que Claver quería establecer en todas las familias, asentar en todas las casas, propagar por doquiera. Había que combatir todos esos vicios, había que moverles una guerra implacable, había que destruír el reino de Satanás. Mas ¿cómo obtener esto si los mayores escándalos eran dados por los poderosos? Sabido es que no hay tarea más difícil que la de poner freno á las pasiones de la alta clase, pues se exaspera la temible ira de la aristocracia, y se da origen á una reacción que á veces puede tener consecuencias fatales y aumentar el mal que se quiere extirpar. Pero Claver es sabio, es prudente, tiene especiales luces del Cielo, conoce el modo de tratar las cosas, descubre el camino recto que lo lleva indudablemente á la deseada reforma, y confiado en la asistencia divina emprende con ánimo su obra de regeneración.

Siempre que se quiere destruír inveterados abusos, es preciso evitar dos escollos. El uno es el celo inconsiderado que predica la verdad con palabras duras y ofensivas. Provócanse de esta manera los perversos, y continúan en los mismos excesos; desanímanse los débiles y se exasperan los espíritus propensos á la ira. Entonces las pasiones excitadas por la nimia severidad duplican su violencia y se pierde el fruto de todos los esfuerzos hechos para dominarlas. ¿Qué hubieran conseguido los siervos del padre de familia si al encontrar la cizaña mezclada con el buen trigo, hubieran procedido incautamente á extirparla como habían pensado? No hubieran logrado destruír la mala hierba, sino imposibilitado la futura cosecha, arrancando la mayor parte del trigo. Por eso contestó con acierto el prudente padre del Evangelio á los siervos que le pre-

gumtalan : « ¿Quieres que vayamos y la cojamos[1]? — « No, no sea que cogiendo la cizaña, también arranquéis con ella el trigo[2]. »

Los obreros de Dios deben conquistar y no devastar el campo en donde trabajan por destruír con demasiada precipitación aquella cizaña que el padre de familia consintió en dejar crecer hasta el tiempo de la siega.

El otro escollo contra el cual se estrellan generalmente los inexpertos en el arte de gobernar las almas es no escoger los medios aparentes para cortar al mal de raíz. Es necesario que el sacerdote olvide á veces su odio contra el vicio para arrancarle las víctimas que éste tiene bien asidas ; que ponga primero suave bálsamo sobre las llagas que va á descubrir y curar, para penetrar después con el hierro de que está armado hasta lo más hondo de la úlcera.

Un gran santo decía : « No se cura el corazón sin afligirlo, pero hay que ganarlo ante todo. Yo no me he airado nunca con mis ovejas, no creo haber causado á ninguna de ellas el más pequeño resentimiento. »

Estos escollos supo evitarlos admirablemente el santo jesuíta. Ocupado en su tarea de reforma, nunca dejó escapar una palabra poco prudente, nunca ofendió á nadie, jamás se precipitó en la aplicación de los remedios espirituales oportunos á las almas enfermas. Siempre procuraba ganarse el afecto de los que deseaba convertir, siempre se valía de la bondad y de la dulzura para introducirse en los corazones de los pecadores. Imitando al Divino Maestro, conversaba con los extraviados, llamábalos á sí, los

[1] *Servi autem dixerunt : Vis imus, et colligimus ea ?* (S. Mat., c. XIII, v. 28.)

[2] *Et ait : Non ; ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum.* (S. Mat., c. XIII, v. 29.)

exhortaba con suaves palabras y los trataba familiarmente hasta que al fin los convertía.

Si al pasar delante de una casa oía gritos, seguras señales de riñas entre miembros de familia ó entre vecinos, entraba... presentábase á los contendores y con la simple mirada restablecía la calma. Bastaba que él apareciera para que todos callaran... No se conformaba sin embargo el santo apóstol con una pasajera reconciliación, sino insistía hasta que la paz se arraigaba en los espíritus exasperados. Aprovechaba la ocasión de manifestarles los graves perjuicios que causan las enemistades, la ofensa que con ellas se irroga á su Divina Majestad, el peligro de perdición á que exponen las almas; hacía en suma una elocuente narración de los males de que es fuente la ira, y en seguida demostraba también los inmensos bienes de que es portadora la paz para las familias cristianas. Antes de separarse de los querellantes, les mandaba que se abrazaran y prometieran evitar en adelante toda cuestión. Lo *ordenaba* el buen padre, y había que obedecer.

¡Bello espectáculo era ver hombres que poco antes se insultaban con gran encono, estrecharse amigablemente, besarse con afecto y darse muestras de la más sincera amistad!

Cuando había familias enemistadas, desplegaba también Claver todo su celo apostólico para restablecer en ellas la concordia. Iba á visitarlas con frecuencia, y todas las veces que se le presentaba la ocasión, hablaba de la caridad, de su importancia, de sus ventajas y preparaba así poco á poco los ánimos á una verdadera reconciliación. Al fin trataba directamente del asunto con los jefes de la casa, se dirigía á los padres y los exhortaba á olvidar los motivos de descontento, á sacrificar el amor propio y á deponer los rencores. Sus palabras conmovían... penetra-

ban hasta el corazón de los oyentes... y siempre reportaban espléndida victoria.

No podía ser de otro modo tampoco... Nuestro santo tenía un verdadero poder sobre los espíritus.

En semejantes ocasiones revelaba Claver dulzura tan penetrante, tenía palabras tan persuasivas y maneras tan fascinadoras que era imposible resistirle. Había que ceder... era preciso someterse á su voluntad... cumplir con el deber que él imponía. Así se efectuaron innumerables reconciliaciones, especialmente en la clase más alta de la sociedad.

Es el juego una gravísima llaga moral que causa incalculables perjuicios á la familia y á la sociedad. Por él se pierden horas y días enteros con menoscabo de las obligaciones del propio estado, se descuidan los intereses y deberes temporales y espirituales, se disipan ahorros sagrados reunidos á fuerza de largo y duro trabajo, se dilapidan grandes fortunas, se pronuncian execrables blasfemias, se cometen abominables perjurios, se atenta contra la propia existencia, se cae en suma en toda clase de excesos. Desgraciadamente en los tiempos de Claver dominaba en Cartagena la funesta pasión del juego. Había compañías que fomentaban tan tiránico vicio. ¿Qué hacía el ardiente apóstol para impedir que se propagara el pestilencial contagio? Apenas sabía que algunos jugadores estaban reunidos en determinado lugar, iba allá, les preguntaba si no tenían otras ocupaciones, y les hablaba con tanta elocuencia contra el juego que los confundía á todos y los hacía volver á sus quehaceres. Esto no bastaba todavía al santo jesuíta. Iba en seguida á verlos á cada uno particularmente, los reprendía y obligábalos á tomar en su presencia la firme resolución de abandonar el juego para siempre. De esta manera se salvaron de la ruina bas-

tantes familias, que hubieran perecido indudablemente, si la solicitud del apostólico padre Claver no hubiera retirado en tiempo del precipicio á algunos de sus importantes miembros llamados á proveerlas del necesario sustento.

Para destruír el vicio dominante de la deshonestidad, tuvo el feliz pensamiento de asignar un dote á las niñas pobres cuya virtud estaba expuesta. Y para conseguir los fondos necesarios, ocurrió á los gobernadores y á las otras autoridades, y consiguió que se destinaran por la real cámara á tan piadoso objeto una parte de ciertos impuestos que tenían los productos de importación y exportación. También recogió muchas limosnas de los más ricos ciudadanos y militares. Entonces se vió cuánta impresión hacía en los ánimos la palabra del santo varón : pues los mismos gobernadores, magistrados y caballeros quisieron salir á pedir, dando así un admirable ejemplo de caridad.

Los auxilios que se colectaron, sirvieron después para sostener un sinnúmero de mujeres, sacando á unas del estado de pecado y quitando á otras la ocasión próxima de caer en él.

Con tan piadosas industrias acompañadas por la eficacia de sus oraciones, por la energía y fuerza de su carácter, por la impresión de sus exhortaciones, logró convertir á muchísimos extraviados que se habían entregado en alma y cuerpo al vicio de la impureza.

Celosísimo el Santo del honor divino, no podía soportar que se pronunciara una blasfemia ó que se hiciera un juramento. En sus prédicas insistía mucho sobre la necesidad de respetar el nombre de Dios. Repetía á menudo las palabras de la Escritura : « No tomarás el nombre de Dios en vano, porque no dejará el Señor sin venganza al que

lo profanare[1]. » Para inspirar horror á semejantes culpas, refería ejemplos de terribles castigos dados por el Altísimo á los blasfemos y á los perjuros. También recordaba la gravísima pena de lapidación decretada por Moisés en el Antiguo Testamento contra esta clase de delito, advirtiendo que si ya no eran condenados á la muerte temporal los que irrogaban á Dios tamaña injuria, una muerte más funesta les tocaría en la mansión de los réprobos[2]. En el capítulo XI hemos visto con cuánta severidad castigaba á los negros inclinados á la blasfemia, haciéndoles besar el suelo y ejercitándolos en actos de humildad. También trataba con rigor á las personas de posición que tenían el mismo defecto. Se les acercaba, y con aire de autoridad les exigía una reparación del escándalo dado á los presentes. Ordenábales que fueran lo más pronto al tribunal de la penitencia para obtener el perdón de Dios.

Movía Claver acérrima guerra á todos los vicios, atacaba todas las costumbres pecaminosas, combatía todas las pasiones, predicaba contra todos los desórdenes: pero tal era el modo con que lo hacía, que nadie se disgustaba. Al paso que aborrecía el pecado, demostraba paternal afecto al pecador y se lo ganaba. En Cartagena deseaban todos ser corregidos por él. La ciudad entera lo amaba entrañablemente: las diferentes clases sociales lo veneraban.

Los negros lo llamaban *el buen padre.*

Los trabajadores y artesanos le decían *el santo.*

[1] *Non assumes nomen Domini tui in vanum: non enim insontem habebit Dominus eum, qui assumpserit nomen Domini Dei sui frustra.* (Ex., c. XX, v. 7.)

[2] *Quicumque blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur: lapidibus opprimet eum omnis multitudo sive ille civis sive peregrinus fuerit. Qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur.* (Lev., c. XXIV, v. 16.)

Los nobles le daban el glorioso título de *ángel de la paz*.

Muy particular era el método adoptado por el fervoroso misionero á fin de contener el torrente de las pasiones, cuando afluían los extranjeros. Generalmente acudían éstos en gran número en la época de las cosechas, para exportar los ricos productos de nuestro fertilísimo suelo. Duraba el *gran tráfico* cuatro ó cinco meses, y por cierto mucho trabajaba y cosechaba también el demonio en aquel tiempo. La flota española se estacionaba en la bahía á fin de impedir los fraudes y contrabandos. Así á los escándalos que la ciudad recibía de un sinnúmero de corrompidos comerciantes se añadían los perniciosos ejemplos dados por muchos militares indisciplinados y entregados á toda clase de vicios. ¿Qué inventó el padre Claver para impedir la propagación del reino de Satanás y defender á su querida Cartagena de tantos peligros? Cuando se acercaban los fatales meses de desorden, escogía entre los jóvenes de la ciudad á los más piadosos y firmes en las creencias católicas, y les enseñaba la manera de ayudarle en su apostolado. Estaban éstos bien instruídos y preparados ya cuando llegaban los primeros buques extranjeros. Entonces daba comienzo al nuevo género de tareas.

Casi todos los días reunía á sus discípulos, los ponía en buen orden y procesionalmente los llevaba ora á la plaza de la Catedral, ora á la de la Independencia. En el camino entonaba religiosos cánticos, y los jóvenes los continuaban. Presto se agrupaba la gente y rodeaba al santo apóstol. Aprovechaba éste el momento en que había gran concurrencia, tomaba la palabra, catequizaba, instruía y exhortaba á penitencia. La unción peculiarísima con que predicaba conmovía á los oyentes, penetraba en los corazones

y conquistaba innumerables almas para Cristo. Á los pocos días, pues, de comenzada esta original misión, llenas se veían las iglesias, asaltados los confesonarios y frecuentadísima la mesa eucarística.

Apenas zarpaban los buques, se apresuraba el santo varón á descubrir las malas consecuencias que la presencia de los extranjeros dejaba siempre sembradas, á pesar de todos sus esfuerzos, en el corazón de los habitantes de la ciudad, y no descansaba hasta que las destruía por completo.

Mas si el apostólico padre Claver había encontrado bastante facilidad para poner remedio á todos los desórdenes que hasta aquí hemos visto, si no había encontrado grande oposición cuando se propuso estigmatizar la pasión del juego, la embriaguez, la blasfemia, el perjurio, los odios, los rencores y demás vicios, no le aconteció lo mismo cuando dirigió sus armas contra la inverecunda y deshonesta moda que tenían las señoritas en sus trajes. Ligera como es la mujer de mundo, acostumbrada á considerar las cosas demasiado superficialmente, no es extraño que crea permitido aún la más indecente forma de vestido, porque así lo requiere la imperiosa necesidad de seguir la corriente, porque así lo exige la vituperable manía de imitar á las otras.

« ¡Oh, decían con hipócrita figura las mundanas señoras de aquellos tiempos para justificarse de algún modo, hay que evitar las singularidades! Todas visten así, ¿por qué debo yo sola exponerme á las risas del público? Siendo yo la única que me presentara en sociedad con diferente traje, no podría evitar las burlas de las amigas. Hay exigencias sociales á las cuales es preciso conformarse. »

Entonces, como siempre, buscaban las mujeres mil pretextos para engañarse á sí mismas y persuadirse falsamente de que no ofendían á Dios con su inmodestia y vani-

ad. Pero el santo jesuita, que iluminado por la divina racia, veía claro lo que disgustaba á su amado Jesús, se ropuso combatir con energía la exagerada moda introdu- ida en Cartagena. Tanto en público como en privado, ablaba fuertemente contra la bárbara costumbre que te- ían las señoras de usar trajes inmorales.

« El mejor adorno de la mujer, decía, es la modestia. Qué concepto puede uno formarse de una dama ó don- ella inverecundamente vestida? ¿Quién la estimará sa- biendo que pospone la ley evangélica á la del mundo? La irtud es la que realmente la hace respetable. »

En las pláticas se desahogaba á veces de la manera siguiente :

« Ya bastan las ofensas que al Creador se hacen sin ce- sar. ¿Por qué vosotras también, que pertenecéis al sexo llamado devoto, y que por consiguiente estáis especialmente obligadas á amar á Dios, os juntáis á los perversos para in- juriarle? No, por aquel Jesús que murió para salvar nues- tras almas, no continuéis pisoteando sus preceptos divi- nos. El Señor os invita á la penitencia, os da gracias para vuestra santificación, no continuéis resistiendo á la bondad y misericordia con que hasta ahora os ha tratado. Si no os conmueven sus amorosas llamadas, si no os impresionan sus paternales reclamos, deténgaos á lo menos el temor de sus justos castigos por seguir con imprudencia el to- rrente de tan escandalosas modas. »

También ocurría á medios sensibles para combatir esa pasión desmoralizadora. Había mandado hacer un cuadrito que representaba varios demonios en actitud de atormentar á una gran dama, adornada según las *exigencias del mun- do;* y cuando encontraba alguna de esas mujeres inmo- destamente vestida, se le acercaba, y presentándole el ale- górico símbolo, le decía :

« ¡He aquí la suerte que le tocará, si no piensa en renunciar en tiempo á sus vanidades. Recuerde que como pasajera flor desaparece la juventud; fugaz como sombra es la vida[1]; no apegue su corazón á este miserable suelo; más alto levante los ojos, y dirija sus miradas á la verdadera Patria. »

No dejaban de producir saludables efectos las palabras del santo apóstol; no eran inútiles tales exhortaciones; siempre se corregían muchas. Pero, ¡ay! ¡cuántas contrariedades halló Claver en la ardua empresa! ¡A cuántas pruebas fué sometida su humildad! ¡A cuántos ataques se vió expuesto su celo! Baste el acontecimiento que vamos á referir, para dar alguna idea de las graves dificultades que el demonio le suscitó, aunque definitivamente quedara debelado y vencido por la virtud del admirable apóstol.

Era la semana de pasión, por consiguiente pasaba Claver todo su tiempo en la iglesia confesando, predicando y ejerciendo el sagrado ministerio. Un día vió entre la muchedumbre á una gran dama, muy impropiamente vestida.

Doña Carmen de Badajoz pertenecía á una de las más distinguidas familias de la ciudad, pero era sumamente vana y ambiciosa. No era la intención de orar, ni cumplir con sus deberes religiosos la que la había llevado al templo, sino el deseo de ostentar sus naturales dotes y ricas joyas. Había ido á la capilla de la Compañía porque la concurrencia era allí mayor, y podía por consiguiente lucirse más. Ningún recogimiento, ninguna devoción revelaba la mundana señora; ora miraba para un lado ora para otro, se reía del que dejaba el confesonario ó del que con respeto

[1] *Brevis vita hominis qui quasi flos egreditur et conteritur et numquam in eodem statu permanet.* (Off. Amb.)

Numquid non paucitas dierum meorum finietur brevi? (Job, c. x, v. 20.)

se postraba á los pies del sacerdote, escandalizando con su disipación á todos los fieles que le quedaban cerca. Una santa indignación causó la vista de doña Carmen al celoso padre Claver. Levantóse del confesonario y fué directamente á reconvenirla.

« Señora, le dijo, su *traje* y su *conducta* no son aparentes para la casa de Dios, y mucho menos en un tiempo que la Iglesia ha escogido para recordar los sufrimientos y la muerte de Jesucristo. ¿Cómo no ha pensado usted en esto?... ¡Á su edad!... »

Volvióse *una furia* doña Carmen al oír aquella justa reprensión. No fijándose ni en el lugar sagrado en donde se hallaba, ni en la venerabilidad del padre á quien se dirigía, ni en el respeto debido á las numerosas personas que allí estaban reunidas, empezó á lanzar insultos y proferir palabras altaneras. Cubrió al santo jesuíta de improperios, tratóle de irrespetuoso, atrevido, ineducado, dando tales gritos que se oían fuera de la misma capilla.

Corrió inmediatamente el sacristán al ruido de esa violenta explosión, y viendo á la señora tan exasperada, se permitió vituperar el procedimiento del padre Claver, sólo con el objeto de calmarla. También el rector del colegio, que estaba paseando en el claustro del convento inmediato á la iglesia, al oír la bulla, fué á ver lo que acontecía.

No pudiendo explicarse la furia de la señora contra Claver, preguntó al sacristán la causa de semejante escándalo. Refiriéle éste cuanto acababa de suceder, al paso que doña Carmen con descompuesto acento pretendía darle también sus explicaciones. El reverendo padre superior, á fin de poner término á tal desorden y desarmar la cólera de la impertinente señora, juzgó conveniente declarar culpable á nuestro santo apóstol, seguro de que éste por su gran

virtud soportaría gustosamente aquella humillación. En efecto, lo desaprobó diciendo que había cometido una imprudencia é indiscreción, y advirtiéndole que en adelante guardara más consideración á las personas.

Durante toda la borrascosa tempestad, no había proferido Claver una sola palabra. Después de la observación hecha á la dama por su inverecunda manera de adornarse, permaneció callado. Mas cuando se vió corregido por el superior, se postró á sus pies, le pidió humildemente perdón y le suplicó que le impusiera una grave penitencia para reparar el escándalo que había dado al público.

Queda confundido el orgullo de doña Carmen al presenciar ese acto de verdadera humildad... Abochornada é iluminada al mismo tiempo por la gracia, comprende la gravedad de su falta, y se retira con la resolución de cambiar de vida y seguir los consejos del santo jesuíta. Correspondió fielmente á aquella buena inspiración y se arrepintió de todos los malos ejemplos que con su vanidad y ambición había dado hasta entonces. Hizo una sincera confesión con el mismo padre Claver, y convirtióse en modelo de virtudes cristianas.

Así devolvió el admirable apóstol el golpe contra el infernal adversario que le movía enconada guerra para impedir la salvación de las almas.

Su constancia en predicar contra los diferentes desórdenes dominantes en la ciudad y sus santas industrias para extirparlos, dieron un espléndido resultado. En breve se despertó un vivo fervor en todas las clases sociales. Sabemos ya con cuánto empeño oían los negros y los pobres los consejos de Claver, más adelante veremos cuántos frutos recogerá éste entre los herejes y musulmanes; ahora examinemos los innumerables beneficios que con su palabra hacía á la aristocracia.

Miembros de nobilísimas familias, personajes colocados en los más distinguidos puestos públicos, hombres elevados á las más grandes dignidades, deseaban oír las exhortaciones del humilde hijo de Ignacio, solicitaban como gracia el honor de ponerse bajo la espiritual dirección del *padre de los negros*. Más aún; no eran raros los casos en que se le ofrecieran espontáneamente para acompañarle en sus tareas apostólicas.

Don Pedro Calderón, uno de los primeros oficiales de la Inquisición, insistió con encarecidas súplicas para que le permitiera asistirle en sus obras de caridad, siempre que el empleo le dejara algunas horas libres; y considerándose afortunado por haber obtenido tamaño favor, iba lo más á menudo posible á admirar las virtudes heroicas que el Santo ejercitaba en los hospitales, en las prisiones y en las negrerías.

Hizo el celoso siervo de Dios grandes conversiones en esta elevada clase.

Una tarde volvía del paseo un joven oficial, llamado Fernando, que estaba de brazo con su compañera de desórdenes. Encontróle el padre que iba al hospital de San Lazáro, se le acercó y le dijo:

« ¡Cuánto siento que ande usted tan escandalosamente acompañado! »

¡Quién no creería que semejantes palabras dirigidas á un descreído militar, habrían debido causarle risa! Pero no. Fernando quedó amedrentado. Dios se valió de aquella sencilla advertencia para tocarle el corazón. En efecto, el mancebo se apresuró á salir del mal estado en que vivía, casóse con la joven con quien había tenido ilícitas relaciones hasta entonces, y llevó en seguida una conducta ejemplarísima. Todas las veces que hablaba de su encuentro con el padre Claver, cuyas palabras habían sido tan pode-

rosas que le indujeron á cambiar de vida, acostumbraba decir :

« Basta un poquito de plomo salido de una boca encendida, para abatir á un hombre. »

Manuel Rodríguez, á causa de un gravísimo insulto recibido de un indivíduo, se había exasperado tanto que había jurado vengarse, quitándole la vida. Creyendo haber llegado el momento oportuno para llevar á cabo su infame proyecto, fué á esconderse detrás de un árbol en un lugar apartado por donde sabía que tenía precisión de pasar su enemigo. Era una noche oscurísima : las espesas tinieblas se prestaban á cubrir el negro crimen que Manuel estaba dispuesto á consumar. Pero el padre Claver, asistido por una gracia especial, al pasar cerca de ese punto, exclamó en voz alta :

« ¡Infeliz, ten cuidado, pues la Divina Justicia está en acecho detrás de esos árboles !... »

Como sobrecogido por un rayo, cayó Rodríguez privado. Estuvo algunos instantes sin conocimiento, después recobró los sentidos. Dióse entonces á una precipitada fuga, perdonó las ofensas recibidas, confesó su gran delito, comenzó una vida santa y conservó siempre vivo el recuerdo de aquella voz que lo había llamado al buen sendero.

Estos hechos extraordinarios hacían reflexionar á otros pecadores, y á menudo los inducían á postrarse arrepentidos á los pies del apostólico Claver para confesar sus culpas y jurar fidelidad al Señor.

Se puede asegurar que no había día que no fuera coronado con algún triunfo de la gracia sobre un alma. Pecadores de los más obstinados, que habían opuesto antes una larga y fuerte resistencia á sus dulces amonestaciones, al fin se rendían. Cuando próximos á la muerte comprendían que una triste suerte les aguardaba, llamaban al

padre, oían sus consejos, se confesaban y reconciliábanse con Dios.

Un oficial de marina, que había llevado una vida muy poco conforme al espíritu cristiano, cayó gravemente enfermo y de hecho se abandonó á una terrible desesperación. Los miembros de la familia después de haber hecho muchas tentativas para tranquilizarlo, fueron á avisar al *buen padre*.

« El infeliz Barbastro, le dijeron, está á la muerte, no puede ver ningún sacerdote. Muchos han ido á visitarle y se han esforzado por calmarlo, pero nada han conseguido. Á todos los ha insultado de la manera más horrorosa. Ya se cree condenado para siempre. Corra vuestra reverencia á salvar esa pobre alma desesperada. »

Voló el santo jesuíta á la casa de Barbastro, entró al cuarto en donde estaba y le dirigió la palabra con aquella dulzura con que sabía cautivar los espíritus más indómitos.

¡Cosa extraña!... El enfermo fija en él los ojos, y en vez de continuar en su frenético furor, como lo hacía generalmente al ver un sacerdote, lo oye con atención. Queda como avergonzado delante del apóstol, cuyos consejos había despreciado por mucho tiempo, cuyas conmovedoras exhortaciones le habían perturbado la conciencia tantas veces sin efecto. No dice sin embargo una palabra... permanece en una glacial indiferencia...

Entonces Claver le toma la mano, y estrechándosela, le dice :

« Yo voy á rogar por ti, mañana vendré también á verte. »

En efecto, se retiró de la casa, volvió al colegio, se encerró en su celda y pasó la noche entera en fervorosísimas oraciones para obtener la conversión de su pobre enfermo.

El día siguiente fué nuevamente á casa de Barbastro. Le estuvo hablando por unos instantes, pero viendo que éste

persistía en su fatal silencio, presentóle el crucifijo, se lo acercó á los labios y con autoridad, exclamó:

« Adora á tu Dios y Padre, besa á tu Salvador, no provoques la ira de tu Juez... »

Al fin queda vencido Barbastro, derrama copiosas lágrimas de arrepentimiento, hace una santa confesión de todas sus culpas, recibe los sacramentos con gran fervor, y muere reconciliado con Dios y la Iglesia.

Tanto fué el consuelo que aquella conversión causó al incansable misionero, que después de haber estado recomendando al Señor el alma del difunto por unos momentos, fué, contra su costumbre, á comunicar la noticia á un caballero español, íntimo amigo suyo, suplicándole que también diera él gracias al Cielo por la maravillosa conquista.

Hemos visto que por la alta sociedad Claver era llamado el *ángel de la paz*. Justo es, pues, que también nos conste por algunos hechos cómo sabía eliminar todo motivo de discordia, apaciguar los ánimos exasperados y llevar al seno de la familias la preciosa rama de olivo.

Doña María de Zumata había tenido un pequeño disgusto con el marido. Verdaderamente la causa del desacuerdo no valía la pena, pero en su femínea y ligera imaginación, doña María se había fabricado un gran castillo y creía haber recibido de don Juan una gravísima ofensa. Poco á poco fué aumentando su exacerbación y llegó al punto de cambiarse en profundo aborrecimiento por el esposo; ya su vista le era insoportable, se le hacía imposible vivir con él. Separóse, pues, de la casa y ocurrió á la autoridad competente para pedir el divorcio.

Don Diego de Villegas, encargado de tratar aquel delicado asunto, se propuso concluírlo, más sensata y cristianamente, por medio de un arreglo amistoso. Suplicó á su

esposa que también lo ayudara. Mucho había congeniado ésta con la joven matrona española, por consiguiente creyendo seguro el buen éxito, prometió que con gusto trataría de poner término á la sensible desavenencia entre doña María y el marido. En efecto, no omitió esfuerzos para persuadir á su amiga de que no tenía motivos para estar descontenta de don Juan, se valió de todas las razones que su despierto entendimiento le sugirió para inducirla á desistir de aquel mal propósito; pero nada obtuvo. Sus tentativas fueron enteramente estériles. En vez de calmar el ánimo de la señora de Zumata, lo exaltaron más aún; ofuscada por la pasión, no quería oír las razones que se le aducían para convencerla de su mal procedimiento: y obstinándose cada vez más en sus falsas ideas y preocupaciones, prohibió al fin á la señora de Villegas que le hablara de reconciliación con el marido.

Continuó sin embargo ésta en su caritativa obra de pacificación. Volvía de cuando en cuando á ver á la amiga é insistía en que pesara el grave escándalo que su divorcio causaría; pero cansada un día doña María de verse contrariada, contestóle friamente así:

« Comprendo que no puedo conservar tu afecto y amistad sino reconciliándome con mi esposo; pero yo me sé estimar, conoczo lo que vale mi dignidad, estoy resuelta á morirme antes que dar un paso hacia el que me ha ofendido oprobiosamente. Quiero mantener intactos mis derechos de señora. Nunca sacrificaré mi honor á tus caricias; mil veces prefiero aquél á éstas. Desde hoy está cerrada la puerta de mi casa para ti, si persistes en tus importunas exigencias. »

La señora de Villegas perdió entonces toda esperanza de buen éxito, y para no agravar el mal, desistió por completo de sus instancias.

Viendo don Diego que nada había conseguido su buena esposa, á pesar de las íntimas relaciones de amistad que tenía con la señora de Zumaia, ocurrió al padre Claver, en la confianza de obtener por su intervención el feliz resultado tan suspirado. Accedió gustoso el santo misionero á los deseos del señor Villegas, y fué á ver á doña María.

Habla con ella largo rato, le hace mil observaciones, pero la respuesta que recibe es:

« Padre mio, grande es el respeto y la veneración que á vuestra reverencia profeso, pero volver á vivir con mi marido es imposible. Yo me consideraría feliz si pudiera complacerlo: mas vuestra reverencia me pide una cosa que mi dignidad jamás consentirá en acordarle. Haré cuanto quiera vuestra reverencia, excepto unirme otra vez con Juan: nuestros caracteres son incompatibles. »

Retirose el venerable sacerdote al oir semejante contestación, pues comprendió que sólo con la oracion y la penitencia hubiera podido iluminar aquella alma tan fuertemente agarrada por el demonio, y comenzó una novena de fervientes plegarias, durante la cual castigó su cuerpo con excesos de mortificación.

El mismo dia en quei Claver concluia su novena, los sirvientes de doña María de Zumaia estaban por la tarde reunidos en la sala inmediata al cuarto de la dueña, cuando la oyen gritar desaforadamente: « ¡Socorro, socorro! » Corren en el acto, penetran en el aposento y la encuentran pálida, enteramente desconcertada y casi exangüe. Nada hallan, sin embargo, en derredor suyo que explique el motivo de aquella novedad. Interrogan á la señora, y:

« Dios mio, exclama ésta, acabo de tener visiones espantosas. Mi alma y la del abogado que defiende el pleito pendiente con mi marido, se hallan expuestas á grave peligro.»

Es el caso que habiéndose retirado la señora á dormir la *siesta*, muy preocupada por la cuestión con el esposo, tuvo un sueño en que vió horribles escenas. Parecióle que los demonios la acosaran á ella y á su abogado defensor. Al sentirse en poder de los infernales enemigos, fué sobrecogida de tanto temor, que lanzando un fuerte grito despertó asustada. Indudablemente las oraciones del santo padre jesuíta subirían al Cielo, y Dios permitiría semejante hecho para encarrilar esa alma.

Apenas tuvo conocimiento Claver de aquello por medio de una amiga de doña María, fué directamente á visitarla. Esta vez no hubo necesidad de hacer muchas recomendaciones; ella misma se echó á los pies del Santo, pidióle perdón por la resistencia opuesta hasta entonces, y suplicóle que se empeñara con el marido á fin de que la recibiera nuevamente en la casa.

Muy exacerbado estaba don Juan por la conducta de su frívola mujer, y cuando se le propuso la reconciliación, se negó redondamente á aceptarla.

Pero estaba el santo apóstol de por medio: no era posible que la paz no volviera á reinar en la familia Zumata.

Claver fué a ver á don Diego de Villegas, le refirió lo acontecido y añadió:

« Todo debe arreglarse cuanto antes; es preciso que su señora se encargue de llevar la amiga donde el marido. Doña María le pedirá perdón, prometerá ser más seria en adelante y le dará una satisfacción. Nosotros también iremos á acompañarlas y procuraremos allanar la dificultades que se presenten. »

Todo se hizo como el santo varón lo había indicado; y cuando don Juan vió delante á su esposa confundida y humillada, no pudo menos que abrazarla. La paz fué

duradera. En seguida no hubo el más pequeño disgusto en la casa.

¡Los triunfos de Claver eran siempre completos!

CAPÍTULO XVIII

Llegan á Cartagena muchos herejes. — San Pedro los convierte.

1. *Hæreticus est qui conceptam novi erroris perfidiam pertinaciter defendit.* (S. August., de definit.)

El que sostiene con pertinacia la perfidia de un nuevo error, es hereje.

2. *Charissimi, nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sint; quoniam multi pseudoprophetæ exierunt in mundum.*

(S. Joan., ep. I, c. IV, v. 1.)

Carísimos, no os dejéis llevar de todo espíritu; examinad antes si viene de Dios el espíritu que trata de moveros; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo.

3. *Plus longe nocet falsus catholicus, quam si verus appareat hæreticus.* (Bern., sup. cant.)

Mucho más daño hace el mal católico, que el que se presenta como verdadero hereje.

Nueva mies se presentó á san Pedro Claver. Además de los comerciantes descuidados de la propia salvación, á quienes procuraba encarrilar: además de los negros paganos enteramente ignorantes de las primeras nociones morales, á quienes se apresuraba á instruír; además de los indisciplinados militares cuyas costumbres demasiado libres se esforzada en corregir, también llegaron á este puerto muchos herejes y protestantes, en cuya conversión trabajó grandemente y con feliz éxito el incansable misionero.

Don Fernando de Toledo recibió perentoria orden real

de atacar á los ingleses y holandeses que ilegalmente habían ocupado las dos pequeñas islas de San Cristóbal y de Santa Cristina, pertenecientes á España. Inmediatamente acometió la empresa el bizarro militar, y trabó un sangriento combate con los enemigos. Los que no perecieron fueron tomados prisioneros y enviados á Cartagena. Las órdenes del almirante eran que se les tratara con las mayores consideraciones, pero que no se les consintiera saltar á tierra. Estrictamente cumplidas eran estas prescripciones por los oficiales españoles.

Apenas tuvo noticia Claver de la llegada de la flota y de la prohibición hecha á los militares de desembarcar, pidió al superior de la casa permiso para ir á bordo á fin de llevar á los españoles los auxilios de su ministerio é intentar la conversión de algunos herejes. Ningún inconveniente tuvo el reverendo padre rector en acordarle aquella gracia; antes contento de satisfacer el celo del Santo, le dió también dos compañeros para que le ayudaran en su apostólica labor. Era preciso obtener igualmente el consentimiento del comandante, pues sólo á las autoridades estaba permitido visitar los buques de guerra. Claver no se detiene por aquello: bien seguro está de conseguir lo que desea. En efecto, se dirige al comandante, y éste se estima honrado en satisfacer los anhelos del celoso apóstol.

El día siguiente el padre Claver y los dos jesuítas que lo acompañaban eran recibidos con gran fiesta por todos los oficiales y los soldados de la flota. Mucho tiempo hacía que éstos no tenían ocasión de asistir á la misa, por consiguiente el primer favor que pidieron fué que se celebrara para ellos el santo sacrificio á bordo. Bien lo había previsto el buen padre Claver, quien había traído todos los objetos necesarios para dar esplendor y solemnidad á las majestuosas ceremonias de la Iglesia. Se había propuesto

impresionar á los protestantes con la belleza y pompa del culto católico, para ganarse más fácilmente sus corazones.

En breve estuvo preparado y adornado el altar. El santo sacerdote celebró la misa con el acostumbrado fervor, con la ordinaria devoción. Asistieron con piedad y recogimiento los españoles, con interés y curiosidad los ingleses.

Después de la misa, el comandante suplicó á los padres que se quedaran á comer con él, y pasaran el día á bordo. No era costumbre de Claver aceptar semejantes invitaciones, pero preveía que aquello aprovecharía á muchas almas y se dirigiría á la gloria de Dios; aceptó, pues, por primera vez sin vacilación alguna.

Durante todo el tiempo que pasó á bordo se mostró alegre, jovial, ocurrente y sumamente amable. Los ingleses, prendados del agradabilísimo trato del padre, lo rodearon y estuvieron oyendo con gusto los santos consejos que con admirable pericia sabía intercalar en su interesante conversación.

El arcediano de la iglesia de Londres estaba también prisionero en el buque, pero apenas llegaron los jesuítas á bordo, se retiró. Fuera con el objeto de evitar discusiones religiosas, ó para dejar más libertad de palabra y acción á los sacerdotes católicos, ello es que no había salido de su camarote en todo el día. Tampoco había querido asistir á la comida con sus demás correligionarios. Pero algunos de éstos, á quienes la afabilidad del padre Claver había causado una profunda impresión, fueron á ver á su prelado y le hablaron tan favorablemente de los jesuítas, que despertaron en él vivos deseos de conocerlos. Preguntáronle entonces al padre Claver si permitía que se le presentara el *prelado anglicano*. Dió gracias á Dios el Santo al ofrecérsele tan oportuna ocasión de tener una entrevista

con el jefe espiritual de todos aquellos herejes: porque estaba convencido de que logrando la conversión de éste, fácilmente conquistaría para Cristo las otras almas. Contestó, pues, con la mayor cortesía y finura:

« Gran placer experimentaré en conocer á su digno *prelado*; también me estimaré honrado en relacionarme con él. »

Con esto uno de los oficiales fué á prevenir al arcediano.

Se acababa entonces la comida: los padres estaban confundidos entre los españoles y los ingleses: se habían formado varios grupos; las diferentes conversaciones estaban animadísimas, y cada cual parecía interesarse vivamente en aquella en que tomaba parte, cuando el oficial que poco antes había dejado la sala, entró acompañado por un venerable anciano de cabellos canos y larga barba, cuyo aspecto dulce y modesto inspiraba confianza y simpatía. Era el *prelado protestante*.

Recibióle el padre Claver con aquella extraordinaria bondad que cautivaba los corazones, y le hizo todos los honores que á la dignidad del alto personaje convenían. Saludáronse recíprocamente con paternal cordialidad y comenzaron á hablar de cosas indiferentes. La conversación de Claver gustaba mucho al prelado, y aunque no versaba sobre argumentos de importancia, no dejaba sin embargo de impresionarle. La gracia de Dios acompañaba la palabra del Santo, é iba poco á poco preparando el ánimo del ilustre protestante.

Al cabo de media hora, levántase el arcediano, suplica al *buen padre* que le conceda una entrevista en privado, se excusa con los presentes y se retira á su camarote. Claver lo sigue. Ambos comenzaron entonces una seria discusión acerca de los principales puntos de controversia entre el catolicismo y el protestantismo. Hasta por la no-

che estuvieron conferenciando, sin perder la calma ni la serenidad. No omitió el prelado uno solo de los argumentos que suelen oponer los protestantes á las verdades católicas, mas todos fueron refutados brillantemente por el entendido jesuíta. Ni una sola dificultad quedó sin contestación, ni una duda sin aclaración, ni una tesis sin una larga explicación.

La luz que el padre Claver había arrojado sobre todos los dogmas de la Iglesia, era tan viva, que hubiera bastado para convencer al heteredoxo más pertinaz en sus errores. El arcediano estaba persuadido de la verdad del catolicismo; pero una gran dificultad se oponía á su conversión. En efecto, no tenía más recursos que los de su beneficio y estaba cargado de hijos; debía pensar también en su esposa, y si oía la voz de la conciencia privaba á la familia del necesario sustento. Manifestó ingenuamente al Santo la triste situación en que se hallaba, y le aseguró que desde ese día sería *católico de corazón* y *anglicano* solamente por las *prácticas exteriores*. Más, le prometió que se declararía decididamente católico en la hora de su muerte, y le dió prueba de su pena por no poder reconciliarse inmediatamente con la Iglesia.

Insistió el celoso misionero en la necesidad de corresponder á las primeras voces del Señor; observóle que de esa manera se exponía al peligro de eterna condenación, pues podía ser atacado por una violenta enfermedad que no le dejara tiempo de convertirse.

Exhortólo á pensar primero en la salvación de su alma y á despreciar los intereses materiales; lo animó á confiar en la divina Providencia, asegurándole que sin duda ésta no le abandonaría, sino le proporcionaría cuanto fuera preciso para el sostenimiento de su familia; pero todas estas consideraciones fueron inútiles. El arcediano repetía

que no haría la abjurarión de sus errores sino en artículo de muerte.

Desconsolado el santo jesuíta estaba ya al despedirse, cuando se acordó de que en ese día celebraba la Iglesia la fiesta de santa Úrsula. Como inspirado por el Cielo dirigió la palabra al prelado del modo siguiente :

« Señor, hoy es un gran día, día memorable para su patria. Á una noble doncella, gloria y lustre de su país, honra y festeja nuestra Iglesia. Ésta celebra la fiesta de santa Úrsula, que en compañía de numerosas vírgenes derramó su sangre y sacrificó generosamente su vida, por confesar aquella religión cuya verdad usted mismo reconoce.

» San Luciano, rey de la Gran Bretaña, modelo de todos los reyes verdaderamente cristianos, enviaba todos los años á la Sede de Pedro magníficos presentes en prenda de devoción y de inalterable acatamiento á la Iglesia. Después de ese príncipe todos los soberanos de la Isla de los Santos, siguieron su ejemplo y mantuvieron tal práctica piadosa, hasta el desgraciado Henrique VIII.

» Y este mismo monarca ¿no escribió en defensa de la Iglesia y de la Cátedra de San Pedro? ¿Quién pudo inducirlo á abandonar la religión del reino para establecer otra?

» ¿Acaso no fué el escandaloso matrimonio que contrajo con Ana Bolena, después de haber repudiado á su legítima esposa, contra todas las leyes divinas y humanas?

» ¡He aquí las abominaciones de que resultó su religión! Juzgue los efectos por la causa.

» ¿Cómo podrá un hombre sensato y que teme á Dios preferir una ley basada en el crimen y la inmoralidad á la que fué predicada por los apóstoles, confirmada por los mártires á costa de la propia vida, defendida con gran ánimo por ilustres vírgenes, venerada por innumerables

príncipes virtuosos y justos, y observada durante tantos siglos por sus antepasados?

» ¿Cómo podrá la autoridad de un rey podrido por sus vicios anteponerse á la de tantos otros personajes distinguidos por sus virtudes y por su piedad?

» ¡Qué! ¿Una religión introducida por la santidad de un Luciano será falsa, y se reputará verdadera la establecida por los desórdenes de un Henrique?

» Si este príncipe no ha podido justificar sus crímenes sino con el apoyo de una nueva religión, ¿por qué usted que no es culpable de los mismos delitos, ha de defender semejante religión? Si usted cree en ella durante la vida, ¿por qué no ha de creer también á la hora de la muerte?

» En esta hora dice usted que se arrepentirá y abjurará. ¿Pero quién le asegura que no le acontecerá lo que á Henrique sucedió? ¿No le espantan las tristes palabras que él pronunció al espirar: *Omnia perdidimus* (todo lo hemos perdido)? Quiso reconciliarse con la Iglesia, pero le faltó la oportunidad. ¿Cómo está usted cierto de que ésta no le falte? Sus bienes, su esposa, sus hijos ¿no le estorbarán la conversión entonces, como se la estorban actualmente?

» ¡Ruborícese de no tener el ánimo suficiente para sacrificar esta clase de bienes, cuando jóvenes vírgenes lo tuvieron para sacrificar la propia vida!

» Su primer interés es el de su alma, de su salvación; no se exponga á suplicios eternos, por conservar unos bienes pasajeros que pronto tendrá que dejar á otros. »

Tan persuasivas expresiones dejan hondamente impresionado al prelado anglicano, quien reconoce su cobardía y se avergüenza al pensar que había resistido á la imperiosa voz de la conciencia por mezquinos intereses privados. No encuentra razones que alegar. Furtivas lágrimas

brotan de sus ojos y le bañan las mejillas; su corazón está conquistado. Pero era la hora muy avanzada ya, y los jesuítas debían volver al colegio. Claver no tiene tiempo para concluír su obra, y se despide del arcediano. Le retorna éste el saludo con un fuerte apretón de mano y le dice:

« Padre, ruegue por mí.

— Sí, le contestó Claver, lo haré con mucho gusto; se lo prometo sinceramente. »

Lo abraza con ternura y se apresura á alcanzar á los compañeros que ya estaban bajando la escalera del buque.

Mucho sintieron los protestantes la ida de los misioneros. Tanto era el cariño que les habían tomado por sus finos y amables modales, que no hubieran querido dejarlos partir nunca. Mas era preciso separarse. Entonces prometieron mutuamente que volverían á verse lo más pronto posible.

El padre Claver había dado palabra al prelado protestante de rogar por él, y la cumplió fielmente. Duplicó sus corporales mortificaciones en aquellos días; pasó varias noches en continua oración y pidió con gran fervor al Altísimo la gracia de ver entrar al seno de la Iglesia esa alma, cuya conversión causaría grandes bienes á los demás protestantes.

Las plegarias de Claver fueron oídas.

Era la octava de los Santos, cuando entraba el incansable apóstol á San Sebastián para pasar su tradicional visita á los enfermos. En el patio encuentra un grupo de personas que tristes y melancólicas rodean á algún amigo. Se acerca, y reconoce al *arcediano* tendido en un palanquín. Los que le acompañan son sus más adictos correligionarios. Apenas el prelado protestante ve al santo misionero, se llena de regocijo, se anima y dice:

« Padre mío, ha llegado el tiempo de cumplir la promesa que hice á Dios y á vuestra reverencia. Quiero abrazar la religión de mis padres y convertirme á la fe de la Iglesia romana. No me abandone, padre, se lo suplico encarecidamente: no me deje solo. Deseo salvarme, deseo alcanzar la vida eterna: estoy resuelto por consiguiente á renunciar al error y abjurar mis falsas creencias para confesar la verdad pura y santa predicada por Cristo y mantenida intacta por la Iglesia católica. Ayúdeme, padre mío, líbreme de la esclavitud del demonio y hágame hijo de Dios. »

Brilló vivísimo en el rostro de Claver el inmenso júbilo que tales palabras le causaron. Inmediatamente aprovechó el Santo aquellos buenos sentimientos del arcediano protestante, y le dirigió una patética exhortación para prepararlo al importante acto de la abjuración. Suplicó en seguida al superior del hospital que asignara un cuarto particular al ilustre enfermo, y obtenida la gracia, él mismo ayudó á transportarlo á la pieza destinada y á ponerlo en la cama. Le dejó reposar un buen rato, y después en presencia de todos los ingleses y holandeses que tenían el permiso de quedarse en el hospital para asistir á su prelado, hízole renunciar al protestantismo y profesar la fe católica.

¡Commovedora fué la ceremonia!

Cuando llegó á cierto punto, recogió el arcediano todas sus fuerzas, alzó la cabeza, y elevando la voz pronunció con entusiasmo las palabras: *Creo en la Iglesia católica, creo cuanto ella enseña, reconozco su jefe supremo y me someto humildemente á su autoridad.*

No pudo contenerse el padre Claver, y estalló en llanto de consuelo. También brotaron lágrimas de los ojos de varios protestantes.

Concluída la abjuración, sintiéndose el enfermo inundado en gozo celestial dirigió la palabra á sus compañeros. Instóles para que siguieran su ejemplo y entraran lo más pronto posible al seno de la Iglesia católica. Les recomendó que no aguardaran el instante de la muerte para abandonar el error y abrazar la verdad.

En seguida se confesó y recibió los santos sacramentos con la mayor piedad y devoción. Los pocos días que duró aún en esta vida, los empleó en exhortar á todos los amigos y prisioneros, ya ingleses, ya holandeses, que iban á visitarlo, para que se convirtieran á la religión católica y pidieran por su alma después que tuviera la fortuna de hallarse en el número de los verdaderos hijos de la Iglesia de Dios.

Cuando murió, Claver le preparó un espléndido entierro. Hizo que asistieran todas las autoridades de la ciudad y una gran parte del ejército. También obtuvo el permiso del almirante de la flota para que todos los prisioneros de guerra acompañaran el cortejo fúnebre del arcediano londinense.

Bastantes eran los protestantes que habían caído enfermos á consecuencia de los grandes calores y del mal clima. Todos habían sido transportados al hospital de San Sebastián. Muy impresionados quedaron por la muerte de su jefe espiritual. Habiéndolo visto abrazar la religión católica, precisamente en el momento solemne de comparecer ante el Divino Juez, se persuadieron fácilmente de que ésta era la verdadera. No oponían por consiguiente resistencia alguna cuando eran excitados por el apostólico padre á abandonar el protestanismo. Antes, muchos le suplicaban que dispusiese la abjuración.

Por cierto esos recién convertidos eran verdaderos modelos de resignación y paciencia en sus enfermedades. Al

sentirse atormentados por violentos dolores, exclamaban con fe viva :

« ¡Oh santos españoles! socorrednos, dadnos fuerza para soportar estos sufrimientos en penitencia de nuestros pecados. »

Muy pocos fueron los que aferrados á las doctrinas anglicanas no quisieron convertirse : casi todos abjuraron sus errores y se hicieron fervientes católicos.

Resultados tan benéficos alcanzados por el Santo con los enfermos, indujeron al almirante de la escuadra á disminuír el rigor hasta entonces observado con los demás presos. En adelante consistió que fueran á tierra con frecuencia.

Semejante medida proporcionó al buen padre la ocasión de ejercitar su ardiente celo más directamente sobre los protestantes. En efecto, atraídos éstos por los corteses modales del Santo, no podían dejar de visitarlo todas las veces que se les acordaba el permiso de venir á la ciudad. Aprovechaban entonces Claver y los otros jesuítas las buenas disposiciones de los ingleses y holandeses, para tener con ellos familiares conferencias sobre asuntos religiosos ó iluminarlos especialmente acerca de los puntos controvertidos. El afecto y confianza que les demostraban, la bondad y caridad con que los instruían, la facilidad y prontitud con que les disipaban todas sus dudas, influían mucho sobre aquellos corazones sencillos y rectos. Siempre que iban al colegio salían con más favorable concepto de la religión católica.

La víspera de la natividad de nuestro Señor Jesucristo pidieron permiso los prisioneros de guerra para ver la capilla del establecimiento. Con sumo placer satisfizo el superior aquel laudable deseo, y comisionó á Claver para que los acompañara. Estaba la iglesia lujosamente ador-

nada, á causa de la solemnidad que se acostumbra celebrar todos los años con esplendor y brillo.

Los protestantes se sorprendieron agradablemente, y cuando estuvieron cerca del altar mayor, no pudieron menos que arrodillarse y elevar una plegaria al Cielo. Juzgó Claver haber llegado el momento oportuno para hablarles, é improvisó un magnífico discurso, que los enterneció hasta harcerles derramar lágrimas.

¡La conquista fué espléndida, la victoria completa! Todos renunciaron á la secta á que pertenecían, abrazaron la religión católica, se convirtieron, y procuraron reparar el tiempo pasado en el protestantismo, esforzandóse en propagar con ardor las santas máximas de aquella fe que demasiado tarde habían conocido.

Apenas volvieron á los buques, comenzaron una especie de apostolado entre sus compañeros, á quienes entusiasmaron grandemente con la narración de lo que habían visto y oído entre los jesuítas, y en especial con la relación de las virtudes y méritos del padre Claver.

Tantas conversiones causaron gran sensación entre los demás protestantes, en quienes se despertó un vivo deseo de visitar á los padres de la Compañía, y particularmente á nuestro santo apóstol. Así continuó propagándose la religión católica, y pudo Claver llevar en breve á la buena senda más de seiscientos herejes. Pero temeroso de que los militares ganados ya al Señor pudieran correr peligro de extravío por el contacto con sus antiguos correligionarios, rogó encarecidamente al almirante que los separara, y aun que los recompensara dándoles algún puesto de consideración por su buena voluntad y prontitud en corresponder á la gracia.

Fueron oídas las súplicas del santo misionero, pues don Federico de Toledo mandó que se apartaran los recién con-

vertidos de los demás prisioneros, y propuso á los que quisieran alistarse en el ejército del rey de España, conservarles sus grados. Ninguno rehusó la favorable propuesta, y de esta manera no solamente proporcionó Claver á tantos desdichados la salvación del alma para la eternidad, sino también una posición social en el mundo.

No es extraño que en el gran número de herejes se hallaran algunos tan aferrados en sus creencias, que ni con las persuasivas exhortaciones de nuestro apostólico varón se resolvieran á abandonarlas. Pero el Santo no se desmayaba; pedía sin cesar al Altísimo que los iluminara, y no suspendía sus duras mortificaciones para obtenerles la gracia de la conversión. Al fin Dios recompensó tan admirable celo con nuevas victorias reportadas sobre los más rehacios.

Declaróse en los galeones una enfermedad desconocida en Cartagena, pero muy contagiosa, que especialmente atacaba á los holandeses. Las autoridades ordenaron que se prepararan unas salas en el hospital de San Sebastián á fin de que tuvieran mejor asistencia las pobres víctimas de aquel misterioso mal. Presto se llenó el establecimiento. El padre Claver no abandonaba un instante á esas almas que se había propuesto salvar de todos modos. Comenzaba por prodigar á los cuerpos los más tiernos cuidados y se granjeaba así el afecto de los pacientes; después llevaba poco á poco la medicina también al espíritu.

Desde el primer día, habiendo visto traer á uno de los holandeses muy grave, se dedicó con ahinco á salvar su alma. Sabía que era uno de los más apegados al protestantismo, por consiguiente hizo mayores esfuerzos para conseguir su noble fin. Lo asistió con ternura verdaderamente maternal, lo rodeó de caricias, y al fin por su inagotable caridad obtuvo el triunfo deseado. En efecto, apenas pudo el moribundo cobrar algunas fuerzas, por la asistencia es-

meradísima del Santo, renunció á su falsa religión, volvió al seno de la Iglesia católica, recibió los sacramentos de la manera más edificante y murió bendiciendo *al que le había abierto las puertas de la eterna bienaventuranza.*

Semejante ejemplo impresionó hondamente á los demás. Comenzaron éstos á reflexionar, se convencieron de que sólo una religión santa y divina podía inspirar á sus ministros la abnegación que veían en el padre Claver, reconocieron que no podía ser falsa aquella fe que hacía capaz al glorioso apóstol de tantas maravillas, y pidieron la gracia de ser admitidos en la Iglesia católica. El santo misionero no satisfizo inmediatamente el buen deseo de todos, pues quería darles nuevas pruebas de la grandeza y sublimidad de nuestra religión; mas las repetidas instancias le indujeron á acordarles pronto el suspirado favor.

Inmediatamente después de la abjuración, le suplicaron todos que los hiciera transladar á la sala de los católicos para asistir á los ejercicios de piedad que él presidía. También les fué concedida esta nueva gracia.

Los estragos de la epidemia continuaban; cada día se llevaban al hospital nuevos enfermos. El padre Claver multiplicaba sus cuidados, hacía esfuerzos inauditos para atenderlos á todos, se esmeraba como siempre en que á nadie faltaran los consuelos de su caridad. Y por cierto Dios premiaba su consagración, recompensaba su virtud, pues además de los copiosos frutos que Claver recogía de sus trabajos, obtenía de cuando en cuando conversiones humanamente imposibles de verificarse.

Una vez encontró un hereje holandés tan duro de corazón, que á sus caricias contestaba con insultos, á sus paternales consejos respondía con blasfemias y maldiciones. Tal vez creería el demonio que haría perder la paciencia al santo varón inspirando á ese infeliz tan cruel rabia; pero

no logró su objeto. Cuanto más viva era la resistencia del enfermo, más grande era el afecto y el interés que Claver le demostraba.

Dos días de lucha habían transcurrido ya, cuando llegó á San Sebastián un nuevo grupo de enfermos, también de la misma nación. El buen padre corre á encontrarlos, los recibe con la ordinaria bondad, los abraza, los pone en sus camas, y los cuida como hijos predilectos.

Conmovidos los pobres por esas muestras de caridad, se sienten animados por un sincero agradecimiento hacia tan insigne bienhechor y le hacen mil protestas de afecto. Entonces Claver aprovecha la oportunidad y les habla de una religión que le manda se sacrifique por el bien de sus prójimos. Les dice que cuanto ejecuta, se lo impone el deber; les demuestra que la Iglesia católica es la depositaria de la verdad, y se la representa como una madre con los brazos abiertos para recibir aun á los herejes. Todos se entusiasman grandemente y se convierten, menos uno.

Agrávase éste muy pronto. La muerte es inevitable.

Aumenta el santo jesuíta los esfuerzos para sacarlo del error, y al fin triunfa. El obstinado holandés se convierte también como sus compañeros, y confortado por los auxilios espirituales muere santamente.

Quiso el apóstol dar toda la pompa y majestad posible al entierro del convertido. Pidió los mejores paramentos que entonces tenía la catedral, para adornar la capilla del hospital, buscó los más distinguidos cantores de la ciudad, y convidó á muchos altos funcionarios públicos, á varios nobles y otros personajes, quienes asistieron gustosamente para satisfacer al santo misionero. Éste se había propuesto producir con tan espléndidos funerales una saludable impresión sobre el ánimo del que hasta la víspera

había estado blasfemando y renegando contra el catolicismo. Y consiguió su objeto. En efecto, el día siguiente entraba el buen padre al hospital para hacer la visita de costumbre, cuando oye una voz que dice :

« Padre mío, padre mío, acérquese. »

Era el obstinado hereje que sinceramente convertido lo estaba llamando con lágrimas en los ojos. Corrió inmediatamente Claver hacia el infeliz, lo estrechó contra su pecho, y lleno de regocijo exclamó :

« ¡Cuánto consuelo experimenta la Iglesia al verte arrepentido! ¡Con cuánta alegría te recibe en su seno! Hijo mío, tratas con una tierna madre, no temas, échate en sus brazos. »

El llanto impedía el habla al enfermo. Pasados los primeros instantes de vivísima conmoción :

« Oiga vuestra reverencia, dijo á Claver, oiga una cosa sumamente extraña : Yo he visto durante la noche á aquel holandés que vuestra reverencia ha mandado enterrar con tanta solemnidad. Estaba entre dormido y despierto, cuando he visto á mi paisano rodeado de esplendor y gloria. Él me ha asegurado que no hay más vía de salvación que la indicada por vuestra reverencia. Añadió que solamente por tal vía se han salvado los demás compañeros difuntos.

» Me ha reprochado la indigna conducta que yo he tenido para con vuestra reverencia y me ha impuesto que le pidiera perdón... ¡Padre mío, yo le suplico que me dispense! Estoy arrepentido... Yo me entrego á vuestra reverencia... Disponga como guste de mi corazón, de mi persona... Ya no me quedan sino dos días de vida, él me lo ha dicho... El tiempo es corto.... no quiero perderlo... Ayúdeme, padre, con sus oraciones. »

El santo jesuíta da gracias al Altísimo por haber ilu-

minado la mente de tan obstinado pecador por medio de un prodigio, olvida los amargos dolores que su corazón había experimentado antes, y empieza á sugerir á ese hijo de su mayor consuelo actos de amor, de fe y de esperanza. Lo prepara á una buena confesión, le administra los demás sacramentos, y durante los dos días de vida que aun le quedan, no abandona un momento su lecho. Siempre se halla á su lado, ora le dirige palabras de consuelo, ora le repite los nombres santísimos de Jesús y de María, ora lo anima á esperar en Dios infinitamente misericordioso, ora le inspira bellos sentimientos de gratitud hacia la Reina del Cielo que no rechaza el título de Refugio de los pecadores.

Conmovido el moribundo por tanta bondad, no sabía cómo demostrar su reconocimiento al santo apóstol.

Poco antes de espirar, le tomó la mano, se la besó y dijo :

« Padre mio, yo le pido una gracia. No me tribute después de la muerte honores de los cuales soy indigno. Demasiado graves son los delitos que yo he cometido ; no merezco sino la suerte de los criminales. Sepulte mi cuerpo en un lugar cualquiera apartado, no me sean acordadas más distinciones que las reservadas á los condenados por la humana justicia. »

Sus últimas palabras fueron fervientes actos de amor de Dios.

Una muerte tan edificante concluyó la obra de conversión comenzada por el venerando padre jesuíta con los herejes presentes. Todos estos se apresuraron á hacer la abjuración del protestantismo, todos abrazaron la religión católica y proporcionaron así al apostólico Claver inmenso consuelo.

CAPÍTULO XIX

Los musulmanes y sus costumbres. — Abominaciones de Mahoma. — San Pedro triunfa de la obstinación de varios turcos. — Convierte á muchos sectarios del Gran Profeta.

1. En los triunfos de Mahoma se ve un conquistador, se ven ejércitos, se ve el poder de la espada; en su religión se observa una mezcla de cristianismo, de judaísmo y paganismo; se advierte una moral y un paraíso epicúreos; y bien se comprende que haya gentes que sigan una religión predicada de tal manera.
(Rohrbácher, Hist. Un. de la Igl., lib. II, p. 612.)

2. *Mahumeticæ superstitioni addictis ad Christi ovile trahendis, multam atque utilem operam possuit.*
(Lect. VI, Brev., de S. Petro.)
Trabajó mucho y con ventaja para llevar al rebaño de Cristo los adictos á las supersticiones de Mahoma.

3. *Et ducam cæcos in viam, quam nesciunt, et in semitis quas ignoraverunt, ambulare eos faciam; ponam tenebras coram eis in lucem, et prava in recta, hæc verba feci eis et non dereliqui eos.*
(Isai., c. XLII, v. 16.)
Y llevaré á los ciegos por un camino que no conocen, los haré andar por sendas que ignoran; haré que delante de ellos las tinieblas se cambien en luz y en recto lo tortuoso. Estas cosas hice en favor de ellos, y no los desamparé.

Difícil es encontrar hombres más embrutecidos y degradados que los musulmanes. Imbuídos en las bárbaras doctrinas de Mahoma, no entienden argumentos, ni reconocen razones, ni admiten discusiones. Sagrados son para ellos todos los absurdos que el Alcorán enseña; religiosamente practicados son todos los vicios que este mentido Evangelio predica, lícitos todos los delitos que justifica el conocido libro del pseudo profeta. ¡Mísera suerte la del género humano! Á los que no pertenecen á aquella comunidad religiosa se les considera como infieles

y reos de muerte; á nadie debe convencérsele de los dogmas por la razón, todos deben someterse por la fuerza y la violencia. El fanatismo religioso de los musulmanes los lleva á la destrucción, al degüello de los que rehusan aceptar la sórdida idolatría del culto prestado á la *piedra negra*. Son fieras cuando se sienten poderosos y pueden competir con los *infieles*: obstinados y rebeldes, cuando su impotencia los obliga á estar sujetos. Son sumamente inclinados á la inmoralidad y la injusticia. Desprecian todo principio que tienda á realzar la dignidad de la mujer y rechazan cuanto es conforme á la equidad.

Mas ¿cómo extrañar que tales sean las costumbres de un pueblo que adora y venera á un inmundo profeta cuya vida fué una serie de abominaciones? ¿Qué concepto podrían tener de la moral los secuaces del lujurioso Mahoma, puesto que la historia nos asegura que á éste no bastaban quince mujeres y otras tantas concubinas? Á la edad de cincuenta y cuatro años celebró su matrimonio con Aicha, niña de sólo nueve, hija de Abou-Beker. Enamoróse también de la mujer de su antiguo esclavo é hijo adoptivo Zaíd, é hizo que éste la repudiara para verificar en seguida su casamiento con solemnidad extraordinaria. Y porque algunos murmuraban de tan incestuoso comercio, el *Profeta* consiguió que *bajara presto del cielo un capítulo del Alcorán*, en el cual Dios le reprendía por haber tenido respeto humano en no manifestar antes su pasión ardiente por la esposa del propio hijo, le enseñaba que la adopción ya no es un impedimento para el matrimonio y que por especial privilegio le era permitido casarse con cualquiera mujer.

El cristianismo había franqueado y restituído sus derechos á la mujer, predicando la unidad é indisolubilidad del vínculo matrimonial; había vencido las dificultades,

ora en las naciones occidentales, ora en las orientales, introduciendo poco á poco sus saludables máximas; había conseguido que en todas partes la mujer dejara de ser la esclava y la víctima del hombre; había obtenido que fuera ennoblecida, haciéndola reconocer por única é indivisible compañera de éste; y casi la había elevado sobre el nivel del mismo hombre por medio del celibato religioso. Pero levantóse Mahoma y destruyó el edificio de la Iglesia católica entre las numerosísimas tribus de África. Autorizó la poligamia y el divorcio, envileció la mitad del género humano, esclavizándola, sometiéndola á un yugo más humillante que el del paganismo en Grecia y Roma. Para Mahoma la mujer no es la dulce compañera única é inseparable, dada por Dios al hombre; no es aquel segundo ser que con éste se identifica y reproduce: es solamente una mísera esclava, una víctima infeliz, sacrificada á la más degradante de las pasiones.

Mahoma se burla de la justicia así como de todas las demás virtudes.

Hallándose con algunas fuerzas en Medina, comenzó á mover guerra á la propia patria y tribu, y á guisa de un jefe de beduínos sorprendía y saqueaba las caravanas de sus compatriotas.

Él mismo encabezó el ataque contra una que se componía de trescientos diez hombres, en cierto punto llamado Bedra, y al concluírse el combate, delante de copioso y rico botín, inventó un artículo del Alcorán inspirado por su codicia, en que se prescribía ceder al *Gran Profeta* la quinta parte de lo tomado al enemigo.

Era mandado por el Altísimo que, sacado lo correspondiente á Mahoma, se dividiera el resto en partes iguales entre sus secuaces; pero casi siempre el astuto impostor se adjudicaba la mayor parte ó el todo y hacía

bajar del cielo un nuevo artículo para sancionar con sacrílego engaño su caprichosa justicia.

Á unos coraiquitas que habían despreciado sus revelaciones, les hizo cortar la cabeza, y mandó tirar á un pozo los cadáveres. Asesinó al podre Caab, poeta de Medina, porque lo había estigmatizado en unos versos.

Con semejantes ejemplos dados por el Profeta, con doctrinas tan halagüeñas para las humanas pasiones, fácil es comprender que los musulmanes fueran las más embrutecidas gentes del mundo, los que más se resistieran á reconocer la verdad y amar el orden. ¿Cómo inducir á respetar lo ajeno, á ser continente, á practicar la virtud á quien aguarda un premio tanto más grande cuanto más repugnantes y numerosos sean sus delitos? El paraíso de Mahoma es una vergonzosa suciedad, pues consiste en el goce de todos los placeres carnales, y está prometido á los que mayores iniquidades cometan en vida. ¿Cómo contener un pueblo que en la seguridad de alcanzar tan despreciable recompensa de sus abominaciones, puede satisfacer lícita y desenfrenadamente todos sus apetitos? Sólo un milagro de la divina gracia es capaz de cambiar el corazón de hombres tan encenagados en el vicio. En efecto, sumamente raras son las conversiones entre los musulmanes.

Aun en nuestros tiempos las misiones fundadas entre los turcos hace largos años, han dado y dan mezquinos resultados.

También hoy día son inútiles los esfuerzos sobrehumanos que innumerables y celosos misioneros hacen para propagar la fe entre los hijos del *Gran Profeta*. Recordamos mucho la expresión de un ilustre obispo católico, que durante veinte años de duro apostolado en la Arabia apenas había convertido diez y siete musulmanes: «El anzuelo de

Mahoma es el *harem*[1]. Más fácil es la pesca que hace el demonio con semejante anzuelo, que la de san Pedro con todas sus redes. »

Estériles son los trabajos de los más ardientes siervos del Señor para iluminar inteligencias tan ofuscadas y dominar espíritus tan rebeldes. También tocó á nuestro apostólico padre lidiar con esta durísima obcecación.

Entonces nunca faltaba en Cartagena una colonia bastante numerosa de musulmanes, pues ya entre los empleados de los buques guardacostas, ya entre los esclavos traídos de África, siempre había adoradores de *Alá*. Por cierto, muchas dificultades encontró el celo de Claver, muchas resistencias tuvo que combatir, muchos obstáculos tuvo que superar, pero alcanzó gloriosos triunfos también sobre los depravados corazones de los mohametanos.

Los mismos medios de que se valía para convertir á los paganos y á los herejes, eran los que empleaba para introducirse con los secuaces del Gran Profeta. Siempre con su proverbial dulzura, con su extraordinaria amabilidad, daba los primeros pasos hacia la conquista. Desplegaba una solicitud paternal con los pobres mahometanos que encontraba, iba también á buscarlos ora á los buques, ora á las casas; informábase de su posición, de su familia y de sus intereses. Más aún, les ofrecía sus servicios, les instaba para que lo ocuparan y los colmaba de caricias. Después de haber ganado de esta manera la plena confianza de esos infelices, y granjeado su amor, comenzaba á hablarles de religión con tanta suavidad que hubiera vencido á los más extraviados seres del mundo. Pero generalmente no le bastada aquello; añadía también pro-

[1] *Harem* se llama la casa donde están reunidas todas las concubinas que un mahometano puede mantener, según los recursos que tenga.

longadas oraciones, amargas lágrimas y duras mortificaciones. Y sin embargo ¡cuánto tiempo pasaba antes de convertir alguna de esas almas!

Entre los pobres que iban diariamente al colegio á recibir la limosna del padre Claver, hallábase un turco llamado Amhed. Tenía éste un carácter intratable, y lo que era peor, se mostraba insensible á todos los beneficios que se le hacían. Duro, cruel é ingrato, no correspondía á la solicitud de Claver sino con insultos y ultrajes. Tan indigna conducta excitaba más y más la caridad del santo jesuíta. No pasaba día sin que éste elevara al Cielo férvidas preces especialmente por su Amhed. En la distribución de las limosnas la mejor parte era reservada á Amhed; los más señalados favores y privilegios eran para Amhed. ¡Cuánto heroísmo! El áspero musulmán era para el santo apóstol el mendigo predilecto, porque le proporcionaba más frecuentes ocasiones de sufrir. Largos años duró la lucha entre la ingratitud del mísero turco y la caridad del buen padre. Al fin oyó Dios los ruegos de su siervo; la gracia tocó el corazón de Amhed.

Una mañana antes de llegar la hora de la repartición de las dádivas, corre el mendigo al colegio, y apenas ve á su benéfico protector, se le postra á los pies y:

« Padre mío, exclama, demasiado he resistido á la divina gracia, que me está llamando á la verdadera fe de Jesucristo hace tiempo; demasiado he resistido á las santas inspiraciones de aquel Señor que nunca se cansa de golpear á la puerta de mi corazón; demasiado he resistido á la indecible bondad y dulzura con que vuestra paternidad se esfuerza en sacarme del mal camino. Ya no me es posible continuar en la terrible esclavitud del demonio y de mis pasiones. Instrúyame, padre mío... hágame cristiano... Su religión es la sola que puede hacer feliz al hombre, es

la única que satisface las nobles aspiraciones de un espíritu justo, es la sola revelada por Dios. Renuncio en absoluto al culto del profeta Mahoma. »

¡Oh momento de inefable júbilo para Claver!

Aquellas palabras le hacen olvidar cuantas penas han amargado su corazón anteriormente; se entusiasma, abre los brazos, estrecha á su querido mendigo y da gracias al Señor por tan prodigiosa conversión. De una vez comienza á instruírle, y después de pocos días le administra el santo bautismo.

Bajo la dirección del Santo, volvióse Amhed uno de los más humildes y fervorosos cristianos.

Así como había obtenido nuestro incansable misionero la conversión de Amhed por sus multiplicadas oraciones y mortificaciones, así consiguió también que muchos otros entraran al buen sendero. La demora de la gracia que pedía, no le hacía desistir de las continuas penitencias. No se desanimaba cuando el resultado no era inmediato, y al fin su perseverancia alcanzaba el triunfo deseado. Los dos ejemplos siguientes lo demuestran claramente.

Visitando un día los presos, encontró un galeote turco condenado á sufrir en Cartagena su bien merecida pena. Se propuso salvar á este infeliz, y dió principio á la ardua empresa. Cotidianamente iba á verlo, le llevaba regalos, le ayudaba á concluír los trabajos que se le asignaban, le trataba como hijo. Todas las veces que se le presentaba la ocasión propicia, le hablaba de religión, explicábale los dogmas de la fe católica y le demostraba la falsedad de l ley de Mahoma.

Por unos instantes prestaba el moro atención á lo que el santo sacerdote le decía, pero al fin siempre exclamaba con desoladora indiferencia:

« Padre, no me hable más de semejantes cosas, pues

yo no las entiendo ni quiero entenderlas. Para salvarse basta ser hijo del Gran Profeta, yo lo soy; luego ¿por qué abrazaré una nueva religión, que impone enormes sacrificios? No, no, jamás seré cristiano. »

Agudas espinas que transpasaban el corazón del buen padre, eran estas palabras, pero no disminuían su celo, ni le hacían perder las esperanzas. Continuaba el apóstol en el noble propósito que había pensado llevar á cabo; recomendaba especialmente á Dios su querido preso, y animado por una gran confianza trabajada continuamente para obtener su conversión. Por veinte y dos años resistió el obstinado musulmán á las exhortaciones del santo jesuíta, despreció sus consejos y rechazó sus caricias; pero no bastó esto para cansar la paciencia del intrépido Claver, quien estuvo prodigando á su protegido toda clase de beneficios y esforzándose en llevarle al camino de la verdad durante tan largo período de tiempo.

No era posible que la corona debida á tanta consagración y paciencia tardara más. Y no tardó en efecto.

Un día en que el apóstol no había podido ir á la cárcel según su costumbre, por haber tenido que ejercer de preferencia su admirable caridad con otra clase de desamparados, presentósele un individuo avisándole que al infeliz moro le había atacado una violentísima fiebre la noche anterior y que se temía su muerte. Corre Claver en el acto á la cabecera del moribundo y hace las últimas tentativas para salvar su alma. Ya no se necesitan grandes esfuerzos para conquistar al musulmán; la gracia ha reportado sobre él de antemano un espléndido triunfo. Aun no ha concluído el Santo de dirigirle sus dulces amonestaciones y ya el pobre está convertido; derrama lágrimas de arrepentimiento y pide encarecidamente que se le administre el santo bautismo.

Apenas quedó purificada su alma por este sacramento, en voz alta dijo:

« ¡Reniego de la fe del falso profeta Mahoma! Reniego de sus infames enseñanzas que hacen los espíritus esclavos del demonio. No hay más ley que la de Jesucristo. En ella se encuentra la santidad, en ella está la pureza, en ella pues quiero vivir y morir. »

Y durante los pocos días que aun le quedaron de existencia dió pruebas inequívocas de una conversión muy sincera.

Don Pedro de Zapata tenía entre sus esclavos un turco llamado Abbas, muy aferrado á su supersticiosa religión. Treinta años había estado trabajando el padre Claver para iluminarlo, con una caridad y perseverancia verdaderamente heroicas, pero ningún fruto había podido sacar de sus grandes esfuerzos.

Un día fué Abbas á cortar leña por los bosques inmediatos á la ciudad. Fatigado á causa del excesivo calor y del duro trabajo, tendióse en el suelo y se durmió. Vió en sueño una gran dama rodeada de brillante luz, que le señalaba un humilde sacerdote y con aire majestuoso é imponente le decía:

« ¿Por qué no obedeces tú á ese ministro del Altísimo que te está invitando á abrazar la verdadera religión, hace tanto tiempo? »

Pronunciadas estas palabras, desapareció la señora. Despertó el turco en aquel momento, y comenzó á experimentar una viva agitación de conciencia. Ya no sentía tanto apego á la doctrina de Mahoma; le parecía que Cristo era superior al Profeta, se inclinaba al catolicismo, le disgustaban las máximas de su religión... casi quería hacerse católico; pero el respeto humano lo detenía, el temor de ser considerado como apóstata de su primitiva fe, lo arre-

draba: le parecía demasiado humillante ceder después de treinta años de fuerte resistencia, no tenía valor suficiente para triunfar de su orgullo... Así pensativo, la frente baja, el rostro pálido, la conciencia perturbada, volvía á su casa sumamente preocupado por lo que acababa de acontecerle... cuando se siente llamar por su nombre. Levanta los ojos y se halla delante del padre Claver, que con su natural dulzura le pregunta si no cree haber llegado finalmente el día de la conversión.

Se confunde el infeliz musulmán á aquella súbita aparición que confirma con tanta evidencia el significativo sueño tenido poco antes, toma á Claver por un fantasma, se da á precipitada fuga y se refugia en la primera choza que encuentra. El exterior revela su interna conmoción... Le rodean los miembros de aquella familia y le preguntan:

« Abbas ¿qué traes? ¿Por qué vienes tan atemorizado, siendo tan valiente? ¿Quién te persigue?... »

El moro no hace misterio, se reposa un instante, toma aliento y refiere cuanto acaba de ver. Todos le aconsejan que no desprecie aquel llamamiento á la fe católica, asegurándole que es sin duda una gracia de Dios; pero aunque Abbas esté animado de un vivo deseo de ser discípulo de Cristo, teme la burla de sus correligionarios. Le parece un acto de cobardía renunciar á las doctrinas del Profeta, después de haber sido por tantos años uno de sus más fanáticos sostenedores, y todavía no se resuelve á seguir el dictamen y el impulso de su conciencia. Sin embargo, el tiempo de la gracia había llegado, y era preciso que Abbas se rindiera.

A los pocos días había que ejecutar un criminal condenado á muerte. Faltaba el verdugo, nadie quería reemplazarlo. La autoridad entonces mandó una orden perentoria á Abbas para que hiciera aquel oficio. Rehusó éste y es-

condióse en el castillo de Santa Cruz, en la confianza de que allí no lo encontrarían. Pero se hicieron tan severas pesquisas por la ciudad y los alrededores, que al fin lo hallaron. Prendiéronle y lo obligaron á ejecutar al criminal. Tal era el horror y la repugnancia que el pobre moro tenía, que á la vista del reo se desanimó completamente, palideció, y hubiera caído si el padre Claver que iba asistiendo al condenado no hubiera corrido á sostenerlo con su piadosa diestra. Dejáronle descansar un rato, y apenas le pasó la primera impresión, lo obligaron á cumplir la orden que se le había dado.

El santo jesuíta que siempre se mostraba heroico cuando había algún pecador que convertir, algún infeliz que consolar, alguna alma que salvar, asistía con la acostumbrada abnegación al mísero sentenciado por la humana justicia. Admirable era el modo como lo consolaba, extremadamente conmovedoras eran las exhortaciones que le dirigía para inducirle á hacer el último sacrificio de la vida. Todos los circunstantes quedaban asombrados al contemplarlo al lado de un ajusticiado en los terribles momentos que precedían á su trágico fin. En aquellos solemnes momentos Abbas quedó también hondamente impresionado por la conducta de Claver.

Por la noche del mismo día preséntase al santo apóstol, póstrase á sus pies y le dice:

« ¡Padre, la caridad que en vos he admirado esta mañana me ha vencido definitivamente! Ya me sentía inclinado al catolicismo, pero todavía estaba titubeando; vos me habéis dado el último golpe con vuestro heroico ejemplo de abnegación. Disponed de mí como os parezca, pido un solo favor, el de pertenecer á vuestra religión, que tanta caridad inspira á sus ministros. Quiero ser también cristiano. »

¡Fué aquél un momento de indescriptible contento para el corazón del apóstol de Cartagena! ¡Después de treinta años de trabajos y penas, veía finalmente coronados sus deseos!

El padre del Evangelio, lleno de júbilo al ver nuevamente en la casa paternal á su hijo extraviado, dijo á los criados: « Traed pronto la ropa más preciosa, vestidle y ponedle anillo en la mano y calzado en los pies. Traed un ternero cebado y matadlo para que comamos y celebremos un banquete [1]. » Reunió en seguida á todos sus amigos y festejó aquel acontecimiento con gran pompa. También nuestro santo varón necesitaba hacer visible el consuelo que experimentaba al abrir la puerta del Cielo á un pecador tan obstinado, é imitando al padre del pródigo, celebró una gran solemnidad cuando bautizó á Abbas. Hizo la ceremonia en la catedral y convidó á los más distinguidos personajes para que asistieran á ella.

Tales conquistas recompensaban en demasía al venerando Claver por los dolores y sufrimientos de largos años. Era feliz cuando podía arrancar de las garras del demonio un alma; olvidaba entonces las lágrimas *por ella* derramadas al pie de su crucifijo, los rudos golpes de disciplina *por ella* descargados sobre sus inocentes carnes, los ayunos y las abstinencias *por ella* ofrecidos al Altísimo. Todo aquello era nada, en lo pasado ya no se fijaba. Con entusiasmo repetía las mismas palabras de Cristo: « Así os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia [2] », y se entregaba á una santa alegría.

[1] *Dixit autem pater ad servos suos. Cito proferte stolam primam et induite illum et date annulum in manum ejus et calceamenta in pedes ejus: et adducite vitulum saginatum et occidite, et manducemus et epulemur.* (S. Luc., c. xv, v. 22, 23.)

[2] *Ita dico vobis gaudium erit coram Angelis Dei super uno peccatore pœnitentiam agente.* (S. Luc., c. xv, v. 10.)

Si alguno viéndole festivo y contento le preguntaba el motivo de tanto regocijo, contestaba:

« ¿Cómo no he de imitar á los ángeles del Cielo que están de plácemenes por la conversión de un pecador? Sí, unámonos todos á la corte celestial y demos gracias al Señor por el beneficio que ha acordado á esa alma. Cantemos sus glorias, exaltemos sus misericordias. Digamos todos: Alabado sea el Señor. Glorificado sea el Dios de nuestra salvación [1]. »

La paciencia con que el incansable misionero aguardaba el momento de la gracia para los musulmanes más obstinados, era premiada por el Cielo con otras conversiones más fáciles de obtener.

El dueño de una hacienda cerca de Cartagena tenía un esclavo moro á quien quería entrañablemente por la suavidad de su carácter, cualidad rara en los de esa raza. Justamente por el afecto que le profesaba, deseaba ardientemente su conversión. Le hablaba, pues, con frecuencia de la religión católica, le explicaba los principales misterios, le enseñaba los preceptos morales, pero nunca lograba persuadir de la verdad á su Jusuf, á pesar de su docilidad y mansedumbre. Dios no quería que á otros tocara el honor de libertar á los miembros de la humanidad afligidos bajo el peso de duras cadenas; quería reservarlo á su fiel siervo, que se había declarado voluntariamente *esclavo de los esclavos*. De Claver debía ser la gloria de llevar á esos infelices al seno de la Iglesia católica.

Viendo el dueño de Jusuf que sus consejos no surtían efecto, pensó conducirlo al convento del buen padre para que éste lo convirtiera. Bastó la primera visita para decidir

[1] *Vivit Dominus, et benedictus Deus meus et exaltetur Deus salutis meæ.* (Ps. XVII, v. 47.)

al moro á abrazar el cristianismo. Las palabras del santo varón, su mirada angelical, su armoniosa voz, lo dominaron. Á los pocos días presentósele nuevamente solo, y:

« Padre mío, le dijo, creo que la religión de Jesucristo es la verdadera, y la del Profeta es falsa. Quiero ser cristiano, pero no conozco la ley del Divino Redentor como la de Mahoma: deseo estudiarla bien: instrúyame debidamente en la santa fe que anhelo profesar. »

Comenzó Claver á dar lecciones al joven musulmán, y al cabo de poco tiempo le administró el santo sacramento del bautismo, dándole el nombre de *José*.

Algunos meses después de su conversión vino á la ciudad para practicar una diligencia y se encontró por la calle con un joven cuya fisonomía le llamó mucho la atención. Se para un instante, lo contempla, lo reconoce, corre á abrazarlo, y:

« Táleb, exclama, hermano mío, ¿cuándo has llegado á estas playas? ¡Cuánto júbilo me proporciona tu vista.

— Jusuf, contesta el joven, ha tiempo que aquí estoy. ¿Cómo te hallas tú también en Cartagena?»

Largo rato estuvieron conversando los dos hermanos, y descubieron que habían sido cogidos en la misma época, embarcados en el mismo tiempo y llegado junto á esta ciudad. Pero como habían venido en buques diferentes, cada uno ignoraba la suerte del otro. Antes de despedirse José, se apresuró á dar á Táleb la buena noticia de su conversión, y díjole:

« Tú eres mi hermano por la sangre, sólo también por la fe; así estaremos unidos por doble vínculo... ¡Cuánta dicha se encuentra en la práctica del cristianismo! No es posible expresar con palabras la dulzura y el consuelo con que tan santa religión inunda el alma. Hay que experimentar los goces con que Cristo premia también en la tierra á sus

adoradores, á fin de poderlos valuar. Te aseguro que sólo siguiendo á ese Gran Salvador se encuentra la verdadera felicidad. »

Como celoso musulmán, dejóse transportar por la ira Táleb al oír semejantes frases. Parecióle que el hermano lo excitaba á un enorme delito, exhortándole á renunciar á Mahoma, y furibundo contestó:

« ¿No temes los terribles castigos de Alá por tu apostasía, y más aún, por tus infames esfuerzos en arrebatarle adoradores? ¿No éramos ya nosotros hermanos por la sangre y por la fe? ¿Por qué, pues, dejaste de serlo, rompiendo el sagrado vínculo de la religión por el cual formábamos parte de una sola familia? Tú fuíste el que no quiso continuar siendo mi hermano. Sé tú cristiano, caiga sobre ti la maldición de Alá; yo permaneceré siempre fiel á Mahoma ».

José fué inmediatamente al colegio y refirió al padre Claver el inesperado encuentro que había tenido con su hermano. Al paso que le manifestaba su ardiente deseo de ver un día á Táleb cristiano, quejábase por la ninguna esperanza que la entrevista con él le había inspirado. El santo jesuíta lo estuvo consolando y le prometió que rogaría mucho á Dios por la conversión de Táleb.

« ¡Hijo mío, le dijo, hazte ánimo, ten confianza en Dios!... Tu hermano se hará también católico, ruega por él; trátalo con mucha bondad y cortesía y tráemelo pronto. »

Siguiendo el sabio consejo del buen padre, se mostraba José muy afable para con su hermano. Pero siempre que lo encontraba le decía que la persona á quien debía estar más agradecido por los innumerables beneficios recibidos en Cartagena era el padre Claver. Un día añadió:

« Nuestros intereses deben ser comunes, querido Táleb; puesto que somos hermanos, cada uno tiene que conside-

rar como propias las obligaciones del otro; ven, pues, conmigo á dar también las gracias á mi bienhechor. »

Adivinó Táleb la intención de José, é irritado contestó:

« No puedo considerar como beneficio lo que es un atentado contra la ley del Profeta. Jamás me inducirás á obrar contra mi conciencia. He jurado fidelidad á Alá, y se la guardaré. He nacido en su fe, en ella he sido educado, en ella moriré. »

Sin embargo, animado José por la palabra de Claver y confiado en la divina Providencia, no dejaba de rogar por el hermano; y cuando lo veía, renovábale la súplica de ir juntos á saludar á su bienhechor. También hacía que otros musulmanes convertidos le hablaran de la inmensa caridad del santo apóstol y lo animaran á hacerle una visita.

Cedió finalmente Táleb á tantas insistencias y dejóse llevar al convento de Claver. Éste lo recibió con la mayor afabilidad, le habló mucho de su hermano, le preguntó los detalles de su vida, se informó de su posición, del empleo que ocupaba, del trato que de su amo recibía, y manifestando gran interés por todo lo que el joven musulmán le refería, se entretuvo largo rato con él. También alabó á José, puso de manifiesto sus magníficas cualidades y especialmente elogió su prontitud en corresponder á la divina gracia. Al fin lo exhortó á imitar al hermano, prometiéndole que Dios le recompensaría abundantemente con extraordinarios consuelos espirituales. Antes de concluír:

« No tardes, le dijo, en oír la voz del Señor, y también tendrás parte de la inmensa dicha de que tu hermano está gozando hace tiempo. »

Táleb no daba señal de fastidio al oír semejantes consejos del celoso misionero. Antes parecía recibirlos con sumisión. José se admiraba de su calma y tranquilidad.

Había llegado el momento oportuno para Claver. Toma

éste su crucifijo, lo presenta al pobre moro, y con tono autoritativo exclama:

« En nombre de Cristo te mando que te postres ante su imagen. ¡Échate en los brazos de un Salvador que tanto ha hecho y sufrido para arrancar tu alma de las garras del demonio! »

Sorprendido Táleb, cayó temblando á los pies del santo apóstol é inclinó su frente delante del crucifijo. Iluminado por un rayo de luz divina, comprendió la falsedad de la religión de Mahoma, y prometió abandonarla para abrazar el catolicismo. Cumplió su promesa. Poco tiempo después recibió el santo bautismo, y como su hermano, fué dentro de poco modelo de virtudes cristianas y de profunda piedad.

Habiendo caído gravemente enfermo un moro bastante avanzado en edad, sus correligionarios que conocían el celo de Claver y temían que éste pudiera acercársele y abjurar la fe del Profeta, se propusieron estarle continuamente al lado para impedir su *apostasía*... Saleb era el nombre del anciano.

« Si se introduce, decían los que formaban aquel diabólico *meeting*, si se introduce el *marabat* cristiano, indudablemente seducirá á Saleb y con sus artes obtendrá que un fiel adorador de Alá menosprecie nuestra fe. Preciso es impedirle la entrada á este aposento; estamos en la obligación de no omitir esfuerzos para alejarlo.

» No, no, gritaban en coro, el marabat cristiano no entrará aquí, no se acercará á este lecho, nosotros cumpliremos con nuestro deber; cuidaremos á nuestro hermano y lo salvaremos. Alá es grande y nos prestará su valiosa ayuda. Su Profeta nos favorecerá igualmente, y la victoria será nuestra. »

Convinieron, pues, en relevarse para no dejar un instante

á su correligionario solo, á fin de impedir que el padre Claver lo visitara y le hablara de religión. Pero rogaba incesantemente el santo misionero por el pobre Saleb, y no era posible que aquella alma se perdiera. En efecto, habiendo tenido conocimiento del convenio hecho entre aquellos musulmanes don Pedro de Zapata, gobernador de la ciudad, se indignó grandemente y mandó en el acto que el enfermo fuera transladado á su palacio para que le quedara plena libertad de morir cristianamente si así lo quería.

Á los pocos instantes estaba Claver á la cabecera de Saleb exhortándole á abjurar el mahometismo. Mostróse el enfermo algo rehacio al principio, pero cuando conoció la virtud del santo apóstol, cambió por completo, y conmovido pidió el bautismo. Cuando el buen padre se presentó para administrarle este sacramento, entusiasmado:

« ¡Oh cuán claro, exclamó, veo ahora la verdad, aunque tarde quiero abrazarla. Soy cristiano de convicción, purifique mi conciencia de las graves culpas de que es rea. »

Saleb recuperó con la salvación del alma la del cuerpo, pues sanó perfectamente.

El gobernador, que había sido padrino del enfermo, aseguraba que la conversión y curación que había tenido la dicha de presenciar, eran dos evidentes milagros.

Así consolaba Dios á su incansable misionero, así lo premiaba por su admirable celo é inagotable caridad; así lo remuneraba por las extraordinarias penitencias que en favor de las almas voluntariamente se imponía. También se complacía en acompañar las conversiones con asombrosos acontecimientos como para comprobar las virtudes y los méritos de su santo y fiel siervo.

CAPÍTULO XX

San Pedro acompaña al muelle los esclavos que salen de Cartagena. — Consigue intérpretes para las misiones. — Sus trabajos apostólicos por los campos.

1. *Super montem excelsum ascende tu qui evangelizas Sion; exalta in fortitudine vocem tuam qui evangelizas Jerusalem: exalta, noli timere. Dic civitatibus Juda: Ecce Deus vester.* (Is., c. XL, v. 9.)

Sube sobre un monte alto, tú que evangelizas á Sión; alza tu voz con esfuerzo, tú que evangelizas á Jerusalén: álzala, no temas. Di á las ciudades de Judá: Ved aquí á vuestro Dios.

2. *Dum omni modo sive per occasionem sive per veritatem Christus annuntietur et in hoc gaudeo sed et gaudebo.* (Epist. ad Philip., c. I, v. 18.)

Sea anunciado Jesucristo de todos modos, ya ocasionalmente, ya por amor á la verdad. Alégrome de esto, y me alegraré siempre.

3. *Evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed et in virtute, et in Spiritu Sancto et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos.* (Epist. ad Tes., c. I, v. 5.)

Nuestro Evangelio no os fué comunicado solamente de palabra, sino por medio de la eficacia de la virtud y del Espíritu Santo, en gran plenitud; pues bien sabéis lo que fuímos con vosotros cuando estábamos entre vosotros.

Ha mucho que no vemos al héroe de Cartagena entre sus hijos predilectos. Después de la narración de sus otras tareas apostólicas, volvamos á admirar la gran solicitud que tenía para con los negros. Contemplémosle nuevamente en medio de sus queridos esclavos, de aquellos seres, en cuyo favor había hecho solemne juramento de sacrificar las propias fuerzas, la propia tranquilidad, la propia vida. Ya sabemos con cuánto amor los recibía á su llegada á este puerto, con cuánta caridad y paciencia los instruía en la doctrina de Jesucristo, con cuánto afecto

los asistía en sus enfermedades, con cuánto esmero cuidaba de su santificación; pero aun no hemos acompañado al incansable apóstol en las duras peregrinaciones que hacía á los campos para mantener viva la fe en los corazones de los negros esparcidos por la provincia, ni hemos asistido tampoco á las escenas dolorosas que se repetían todas las veces que de Cartagena eran llevados á otras partes.

Vamos á llorar también con Claver en los momentos en que esos pedazos de su alma se separaban de él, y le pedían su santa bendición; vamos con él á buscarlos por las mezquinas chozas adonde se retiraban para ponerse al abrigo de la intemperie después de haber trabajado todo el día en el campo.

Sabido es que los esclavos que llegaban á Cartagena no podían quedarse todos en la ciudad. Así como se importaba esa mercancía humana, así también se exportaba. Era aquello un tráfico como cualquiera otro. Siendo Cartagena uno de los más frecuentados puertos, aquí acudían comerciantes de todas partes del reino y de otras tierras para comprar el número de esclavos que necesitaban para sus empresas, y se los llevaban. A veces, pues, esos negros salían para los alrededores de la ciudad ó para los pueblos de la provincia; y á veces eran transportados á lugares lejanos. De todos modos siempre tenía el *buen padre* gran pena por su separación, porque veía entorpecida la saludable obra de salvación comenzada y aun avanzada entre ellos. Se le partía el alma al pensar que presto olvidarían sus consejos, descuidarían las piadosas prácticas á que estaban acostumbrados y poco á poco perderían hasta la fe. Por cierto no faltaba razón al Santo para deplorar la ida de sus amados hijos, porque quedando abandonados á sí mismos, faltándoles la dirección y vigilancia de un celoso sacerdote, estando por largo tiempo privados de los

auxilios espirituales, insensiblemente se relajaban, perdían el primitivo fervor, abandonaban la oración y volvían al supersticioso culto de los ídolos. Multiplicaba, pues Claver, sus cuidados con los negros que habían de salir de Cartagena. Iba á verlos con mucha frecuencia, les reservaba las palabras más dulces y suaves, les duplicaba las instrucciones. Escogía á los más inteligentes y devotos y recomendábales encarecidamente que cuando estuvieran en sus lejanas estaciones repitieran á los otros lo que habían aprendido de él. Especialmente les enseñaba unos actos de contrición y de amor de Dios para que los renovaran á menudo, máxime en las enfermedades.

Llegado el momento de la partida, los acompañaba al puerto y los consolaba con las siguientes expresiones :

« Ánimo, mis amados hijos, allá donde os llevan, encontraréis sin duda buenos amos. No os aflijáis, tendréis también excelentes compañeros, que han recibido aquí el santo bautismo como vosotros. Os considerarán, pues, como hermanos, os ayudarán con caridad en vuestras necesidades corporales y espirituales, os amarán tiernamente. Corresponded vosotros también á sus bondades. »

Daba en seguida un afectuoso abrazo á cada uno de esos amados esclavos, los hacía arrodillar, levantaba devotamente los ojos al cielo, murmuraba una corta plegaria, alzaba la sagrada diestra y les impartía su valiosa bendición.

En un llanto general estallaban aquellos pobres negros, y antes de separarse de su buen padre corrían á besarle las manos.

Tampoco podía disimular Claver la conmoción vivísima que le causaban los gritos de dolor de sus hijos ; furtivas lágrimas le humedecían los ojos. Con la mirada acompañaba las naves hasta que las perdía enteramente de

vista. Los negros permanecían en el entrepuente para tener el gusto de contemplar unos instantes más á su bienhechor, y cuando ya iban alejándose, hacíanle señales, subían á los palos y continuaban dándole muestras de afecto y cariño hasta que alcanzaban á verlo.

Cuando el santo misionero se retiraba del muelle, se encaminaba á la capilla del colegio y allá rogaba fervosamente por aquellos cargamentos de esclavos y suplicaba al Altísimo que los defendiera de todo peligro material y espiritual. El día siguiente aplicaba también la misa por esas almas expuestas á perder el don de la fe y elevaba por ellas especiales plegarias al Cielo.

Menos viva era la pena que tenía el apostólico varón cuando se separaba de los negros destinados para los alrededores de Cartagena ó para los campos de la provincia, pues se consolaba con la esperanza de verlos nuevamente, y de trabajar aun por su santificación. Confiaba en que Dios le daría los medios para una nueva obra que hacía tiempo pensaba llevar á cabo. Todavía no le bastaba el incesante trabajo que le proporcionaban los idólatras, los herejes y los musulmanes; no le bastaban las ocupaciones que tenía en las negrerías, los hospitales y las cárceles: su celo lo excitaba á hacer algo más, su caridad lo movía á organizar misiones periódicas entre los negros esparcidos en las poblaciones de la provincia. Pero los obstáculos que se presentaban para esta nueva obra no eran pequeños. Ante todo ¿cómo obtendría de los superiores el permiso para ausentarse dos ó tres meses de Cartagena, en donde su presencia era tan necesaria para atender á un sinnúmero de ocupaciones? Además, ¿cómo viajar por lugares casi incomunicados? ¿Cómo transladarse de un pueblo á otro con los caminos intransitables que entonces había? Los negros á quienes debía predicar

no entendían tampoco el español; hablaban lenguas sumamente diferentes unas de otras; para aprenderlas todas, no hubieran bastado veinte años de asiduo estudio. ¿Cómo allanar tantas dificultades? No había proyecto que fracasara en manos de Claver. Especialmente cuando se trataba de salvar almas, encontraba siempre modo de remover los obstáculos, de destruír los inconvenientes y de llevar la empresa á cabo. No temía que sus superiores le negaran el permiso; tampoco lo arredraban las penas que á causa de los malos caminos tendría que soportar; lo único que podía preocuparlo era la falta de intérpretes para entenderse con los indios. Pero tampoco esto amedrentaba á Claver. Él esperaba que Dios le enviaría indudablemente lo necesario para establecer su obra de las misiones entre los negros del campo, y por consiguiente le proporcionaría intérpretes también. Por cierto el Señor premió la fe de su siervo.

En efecto comenzó el buen padre una colecta; visitó á todas las familias pudientes de la ciudad, y pronto reunió una suma considerable para comprar unos negros de carácter dulce y sumiso que se prestaran á ayudarle en su noble tarea.

Casualmente estaba entonces al embarcarse un comerciante de Cartagena llamado José Torres, cuyos intereses lo obligaban á ir á las costas de Guinea. Lo supo el santo jesuíta; fué inmediatamente á verlo y le dijo:

« Don José, necesito algunos intérpretes para las misiones que quiero promover en el campo. Por Dios, hágame el favor de buscar tres negros inteligentes y dóciles de quienes pueda yo valerme para convertir á tantos esclavos abandonados. ¡Aquí tiene el dinero suficiente para conseguirlos y traerlos!

— No, padre, no es menester que vuestra reverencia me

entregue lo que ha recogido, yo pagaré, y cuando vuelva le diré lo que haya gastado. Con muchísimo gusto cumpliré su recomendación, pierda cuidado, dentro de pocos meses tendrá vuestra reverencia tres excelentes intérpretes, tres magníficos colaboradores, que le presten valiosa ayuda en su nobilísima labor de moralizar á los pueblos. »

Así contestó José Torres, pero el Santo insistió :

« Señor mío, agradezco en extremo su cortesía ; mas nadie sabe lo que puede acontecer en un viaje : tome esta suma que está destinada á la salvación de tantas almas. Puede ser de gran ventaja también para usted mismo. »

Recibió entonces el dinero el honrado comerciante, y poco después se embarcó para la Guinea. Hizo el viaje con una flotilla del rey y tuvo una navegación muy feliz hasta las costas africanas. Mas cuando los galeones ya estaban al tocar la meta, desencadenóse una horrorosa tempestad. Todos fueron dispersados, unos se rompieron, otros se sumergieron. También era inminente la catástrofe para el buque en que iba José Torres.

Cuando se presentó la borrasca, estaba el capitán descansando en su camarote. Á los primeros golpes recibidos por el navío, despertó éste y fué directamente al timón.

« ¡Qué montañas! » dijo admirado, al ver las elevadas olas que parecían acercarse para engullir el buque.

Ya los mástiles estaban despedazados, las bodegas hacían agua. El capitán guiaba la nave, sin consultar dirección alguna, sobre esas inmensas olas, que tenían el aspecto de verdaderas montañas. Veíanse los pobres navegantes ora transportados á incalculable altura, ora sumergidos en un profundo abismo. Apoderóse de todos el más terrible pánico.

En aquel trance recordando José Torres las palabras del santo apóstol : « Tome esta suma que está destinada á la

salvación de tantas almas: puede ser de gran ventaja también para usted mismo», se apresura á sacar el paquete de dinero y se lo amarra fuertemente á la cintura. Se despoja en seguida de todos los vestidos menos necesarios, y resignado á la divina voluntad, se prepara para tirarse al agua en el caso de que la necesidad así lo exija.

El viento se enfurece... las olas se hacen más y más violentas... confusos clamores, horribles gritos... amargos llantos se oyen por todas partes... Invocan los unos á la Virgen... claman los otros al ángel de la guarda... imploran todos el auxilio de lo alto... Prometen éstos hacer penitencia... ofrecen aquéllos vivir santamente... Reina la confusión más grande... es un dolor indescriptible...

¡De repente se escucha un espantoso crujido!... La desesperación se apodera de los pasajeros...

Las olas han lanzado al buque contra un escollo... los navegantes han quedado abandonados al furor de las olas.

Don José Torres corre también la suerte de los demás... pero lleno de confianza en el tesoro que lleva consigo, pide al Señor que lo vea con ojos de misericordia, por los méritos del padre Claver. Aunque buen nadador, ¡las fuerzas empiezan á faltarle!... Lucha el gallardo viajero con la muerte que ya le asesta el golpe... sostiénese lo más que puede... continúa su plegaria... aumenta su fervor... pero á cada instante se ve engullido por espantosas oleadas. Ya se siente desmayar... Hace un supremo esfuerzo y exclama:

« Dios mío, alejad vuestra vista de mis iniquidades, no miréis mis culpas, salvadme por los méritos del santo padre Claver, cuya comisión tengo que cumplir. »

En este instante avanza con furor una nueva montaña de agua que parece querer aplastarlo bajo su enorme peso. ¡Oh prodigio! Detiénese como combatida por opuestos

vientos, y suavemente se retira. La corriente lleva una gran tabla cerca del náufrago, sobre la cual puede descansar un momento. Por algunas horas más, dura la prueba de su fe... pero al fin un viento fuerte le transporta á la costa, no muy lejos del punto donde debía desembarcar.

Hallábase don José en la más triste situación. Perdidas sus mercancías, su dinero, sus valores y también sus vestidos, no le quedaban más recursos que la suma recibida del Santo, para proporcionarse á lo menos los objetos de primera necesidad. Gastó, pues, una parte en vestirse y transladarse á la ciudad inmediata. Presentóse á los comerciantes con quienes había tenido anteriormente diferentes negocios y les refirió su calamidad. Todos lo recibieron con afecto, le demostraron verdadera pena por lo ocurrido, le brindaron su amistad sincera y le acreditaron considerables sumas. Así pudo el náufrago mercader remediar su gravísima desgracia. Persuadido de que debía su salvación á los méritos del padre Claver, antes de pensar en lo propio, tuvo gran cuidado de buscar los negros que á éste había prometido. Escogió tres que le parecieron bastante inteligentes y dóciles, y escribió inmediatamente al santo misionero, anunciándole su próxima vuelta y refiriéndole los percances del viaje pasado. Le suplicaba también en la carta que no lo olvidara en sus oraciones y pidiera á Dios que le concediera próspera navegación.

Oyó el buen padre la súplica de don José, y rogó mucho por él. El viaje de vuelta fué muy feliz. Inútil es observar que desde entonces aquel comerciante profesó un profundo agradecimiento á Claver y lo consideró siempre como su más insigne bienhechor. Dios lo recompensó también por el empeño que había tenido en satisfacer los deseos del santo jesuíta, pues le dió gran suerte en todas sus empresas y en todos sus viajes.

Los tres intérpretes que José Torres había traído de Guinea, no bastaban para las misiones que el padre pensaba visitar. Ellos conocían algunas de las lenguas habladas por los negros de las costas africanas, pero ignoraban los demás idiomas y dialectos de los esclavos de las islas. Trabajó mucho Claver para conseguir otros, y en breve vió coronados sus deseos, pues le fueron regalados siete negros de índole muy mansa, bastante inclinados á la religión y aparentes para desempeñar el oficio de intérpretes.

Lo primero que hizo el santo sacerdote fué instruír bien en la doctrina católica á estos cooperadores; y cuando juzgó que estaban en aptitud de enseñar los rudimentos de la fe á los otros, dió principio á sus peregrinaciones apostólicas por el campo, y las repitió después todos los años con ardiente celo.

Generalmente hacía sus preparativos para salir á las misiones después de pascua florida, cuando ya todos sus protegidos de la ciudad habían cumplido con exactitud el precepto de la confesión y comunión anual impuesto por la Santa Iglesia. Proporcionábase los enseres necesarios para la celebración de los sagrados misterios y la administración de los santos sacramentos; reunía un número considerable de medallas, rosarios, escapularios, imágenes, estampas y otros objetos de devoción; escogía entre sus intépretes dos ó tres que conocían bien la lengua de los negros que pensaba visitar, dividía con ellos la carga y se ponía en marcha. Desde que salía de Cartagena se abandonaba á heroicos excesos de caridad. Las dificultades obstáculos que encontraba, no eran sino un estímulo para aumentar su celo. Las lluvias torrenciales, los violentos huracanes, los abrasadores días, no retardaban sus viajes. Siempre dispuesto á sufrir, se alegraba cuando había escarpadas montañas que subir, espinosos caminos por donde

pasar, horrorosos fangales que atravesar. Todas sus peregrinacionas las hacía á pie. Á veces se cansaban los nobles patricios de Cartagena de brindarle sus caballos y de suplicarle que los aceptara, á lo menos para la visita de los campos; pero nunca lograban ver satisfechos sus deseos, nunca podían inducir al abnegado misionero á acceder á sus ruegos.

Cuanto más grandes eran los padecimientos que durante aquellas apostólicas peregrinaciones tenía que soportar, más se regocijaba. Cuando alguien lo ponía en alguna dificultad decía á sus negros intérpretes :

« ¡Qué agradecidos debemos estar á los que nos ofrecen la bella ocasión de trabajar así por la gloria de Dios! »

Después de una penosísima visita en la cual había tenido que padecer más que en las otras, apenas volvió á Cartagena, presentóse al superior eclesiástico que le había acordado amplias facultades para el ejercicio de su ministerio, y le dió las más expresivas gracias. El celoso misionero estaba tan contento y satisfecho por los soportados dolores, que sentía la necesidad de manifestar su agradecimiento al que le había otorgado el permiso para ir á buscarlos. El superior que había tenido conocimiento de los duros trabajos pasados por el padre Claver, quedó maravillado y le dijo :

« He sabido que en esta última misión vuestra reverencia ha tenido que sufrir demasiado. Su mismo semblante lo revela, su exterior confirma lo que se me ha referido. Es probable que el año entrante no le permita que se sacrifique tanto.

— ¡Oh no, contestó el Santo, no crea cuanto dicen! Es cierto que la cosecha ha sido abundante, pero todo es debido á la bondad de Dios que derramó sus bendiciones sobre mis pobres negros. Los trabajos míos no han sido considerables. »

Fácil era comprender que hablando Claver de esa manera, quería disminuír sus méritos, impulsado por su profunda humildad; pero la extenuación de su cuerpo y la palidez de su rostro lo traicionaban, pues demostraban con evidencia que se había sometido á durísimas fatigas. Sin embargo, nada le parecía aquello; él no se fijaba sino en la bendición del Cielo que había fecundado sus trabajos; no pensaba sino en los frutos recogidos, en las almas puestas en buen camino.

Lo primero que hacía, al llegar á una población, era dirigirse á la iglesia para implorar el auxilio divino. Donde no había ni iglesia ni capilla, mandaba enarbolar una gran cruz de madera en la plaza. ¡Allí postrado delante de ese caro signo de nuestra redención elevaba sus plegarias!... Preguntaba en seguida por los enfermos é iba á visitarlos. También se informaba de si había algunos negros ya avanzados en edad é ineptos para el trabajo, y los instruía, los confesaba y repetía para ellos lo que hacía con enfermos y ancianos en Cartagena. Para escoger su posada fijábase en la choza más pobre é incómoda del sitio, rogaba al desvalido ó al viejo que la habitaba que le permitiera hacerle compañía, y allí se instalaba.

Otras veces prefería alguna casa abandonada; pero la prefería por estar en ruina, por ser inhabitable, para estar así expuesto á la intemperie.

Cuando al ponerse el sol volvían los negros de sus trabajos, se hacía al buen padre una solemne ovación. Casi todos esos esclavos habían estado en Cartagena, por consiguiente habían tenido ocasión de admirar sus virtudes y apreciar su inagotable caridad. Apenas sabían que su bienhechor se hallaba en la población vecina, al concluír sus tareas se reunían en grandes grupos y de los diferentes caseríos iban á presentarle sus homenajes. Cuando lo

veían lo saludaban con aclamaciones entusiásticas, lo rodeaban, le hacían una gran fiesta. Aquellos que tenían la dicha de quedar más cerca, le besaban las manos... el manteo... la sotana... Los otros gritaban, daban señales de alegría, empujaban á los demás y poco á poco se abrían paso hasta llegar también al buen padre. Enternecido éste por la cordial acogida de sus hijos, los bendecía, los abrazaba y les demostraba su invariable afecto.

Después de tales manifestaciones, se dirigía el santo misionero al templo ó á la plaza donde había colocado la cruz. Todos lo seguían como mansos corderos. Los disponía en hileras, los distribuía en clases como hacía en las negrerías, y daba principio al ejercicio religioso. Arrodillábase humildemente en medio de sus amados esclavos, rezaba con ellos unas oraciones, en seguida les predicaba, valiéndose siempre de retablos para representarles más sensiblemente las arduas verdades de la fe católica.

Su primer cuidado era prepararlos á recibir los santos sacramentos. Informábase por consiguiente de las cuestiones y enemistades que existían en la población, y se esforzaba en restablecer la paz en todos los corazones, para que el rencor y el odio no impidieran á sus hijos que se acercasen á la mesa eucarística. También procuraba descubrir los desórdenes dominantes, y no descansaba hasta que todos quedaran extirpados.

Por la mañana muy temprano comenzaba á oír las confesiones, que suspendía á la hora de celebrar el santo sacrificio, y las continuaba á veces hasta la una y las dos de la tarde. Entonces hacía una visita á los enfermos y pobres, á quienes consolaba con edificantes palabras. Retirábase en seguida á su choza, y allí permanecía en fervorosa oración hasta la hora de la instrucción por la noche.

Cuando se recogía no le parecía haber hecho todavía

lo suficiente para santificar el día y dar gloría al Señor, no estaba satisfecho de su trabajo, por consiguiente en vez de acordar inmediatamente el debido descanso á su cuerpo, pasaba largas horas rezando de rodillas, y después tomaba la disciplina y descargaba sobre sus carnes terribles golpes que á menudo le hacían derramar sangre. Solamente después de haberse mortificado en demasía, tirábase al suelo y reposaba corto tiempo.

Tan grande era el espíritu de mortificación del santo misionero, que cuando sus intérpretes se le acercaban durante las pláticas para alejarle los molestos mosquitos que le devoraban el rostro y las manos, decíales con afabilidad :

« No, hijos míos, no maltraten á estos pequeños insectos. Son ellos también criaturitas de Dios ; además me hacen un beneficio, pues me purifican la sangre.

Cuando lo acompañaba, Antonio no podía soportar que el buen padre continuara sufriendo, y no osando tampoco contrariarle, á menudo ocurría á la siguiente astucia. Pocos momentos después de comenzada la instrucción nocturna decíale en acto de compasión :

« Padre mío, estos pobres esclavos han trabajado mucho hoy, están muy cansados, tenga piedad de ellos, aligere un poco... »

Bien sabía Antonio que así tocaba la más delicada fibra del corazón de Claver. En efecto no podía éste resistir á semejante súplica y terminaba presto para dejar descansar sus negros. Disolviendo la reunión de tantas gentes y apagando las luces, conseguía el intérprete que fuera mitigado el tormento de los mosquitos que á veces ensangrentaban el semblante del santo apóstol. Pero esto no podía repetirse todas las noches. Así es que Antonio se veía obligado en distintas ocasiones á aprovechar de la su-

misión y obediencia de Claver para inducirle á consentir que se le alejaran los nocivos insectos. Apreciaba tanto la virtud de la obediencia el admirable taumaturgo, que hubiera creído caer en una gran falta, no haciendo lo que sus inferiores le indicaban.

Inmensos eran los frutos que de las misiones recogía. No salía de una población antes de haber restablecido en ella el orden más perfecto. Desterrados los odios y rencores, legitimadas las ilegales uniones, abolido el concubinato, convertidos los extraviados, dejaba completamente transformados los pueblos. Y para que los saludables efectos producidos por sus prédicas continuaran, encargaba á los negros más prudentes y serios que se habían conducido ejemplarmente durante todo el año, que vigilaran la conducta de los otros, los reunieran de cuando en cuando é hicieran públicas oraciones. Recomendaba á todos que obedecieran á esos encargados, y castigaba á los insubordinados, negándoles sus afectuosas caricias cuando volvía á la visita el año próximo.

Si se encontraba con alguno absolutamente rebelde, que á pesar de sus esfuerzos, no quería convertirse y continuaba escandalizando á los demás con su mala vida (cosa que acontecía muy raramente), le amenazaba con la divina ira y lo abandonaba. Era ésa una gran desgracia para el obstinado pecador, pues tales amenazas eran seguidas siempre por providenciales castigos que infundían un saludable temor en todos y los excitaban á oír siempre la voz del santo misionero.

Estando un día en camino para cierto pueblo, tuvo que atravesar un campo en donde se hallaban trabajando muchos esclavos. Fué una aclamación general que le hicieron todos. Apenas lo vieron, abandonaron sus instrumentos y corrieron á encontrarlo exclamando : *¡Viva nuestro buen*

padre! Uno solo se mostró indiferente á las manifestaciones de júbilo de sus compañeros, no suspendió el trabajo, é impasible continuó la siembra de maíz. Echaba sin embargo furtivas miradas al santo misionero y experimentaba interiormente vivos remordimientos.

« ¿Quién es el que allá continúa trabajando? preguntó Claver.

— ¡Ah! padre, es Felipe...

Bien conocido era Felipe. El año precedente bastante había dado que hacer á nuestro santo, quien se había esforzado de mil maneras para conquistarlo para Cristo, pero sin lograr su noble objeto. »

Embarazado se veía el negro por la vuelta del buen padre. ¡Cualquier sacrificio hubiera hecho para evitar aquel desagradable encuentro! Pero tenía que sostenerse... Sofocaba, pues, el remordimiento de conciencia que lo atormentaba, y fingía una sarcástica sonrisa de desprecio.

El santo jesuíta pasa muy cerca de él, y sin pararse le dice:

« Felipe, no te afanes por sembrar, pues no podrás cosechar. Dios no protege á los que no lo aman. »

Pocos días después el infeliz negro cayó enfermo. La enfermedad no parecía grave; los parientes lo animaban asegurándole que se curaría. Pero las palabras del Santo: *No te afanes, pues no podrás cosechar*, habían quedado profundamente esculpidas en su corazón. Continuamente resonaba en su oído la voz del apóstol. Aquella terrible expresión: « Dios no protege á los que no lo aman » lo impresionaba extraordinariamente. Le parecía que esa enfermedad era un castigo supremo de su obstinación. ¡Y no se engañaba!... Al fin, arrepentido pidió con insistencias que le llamaran al padre Claver. En el acto corrió éste á la casa del enfermo, lo abrazó, lo confesó, le administró

los últimos sacramentos y lo acompañó hasta el último suspiro.

El pobre Felipe murió manifestando los más leales sentimientos cristianos y recomendando á todos que no desobedecieran á Claver, si querían alcanzar las bendiciones del Cielo, «porque, decía, el Señor castiga al que no atiende al buen padre, yo lo sé por experiencia, si me encuentro en este lecho de dolores es por haber rechazado sus consejos».

Este y otros hechos maravillosos con que Dios se había dignado confirmar la palabra de su fiel siervo, impresionaban grandemente á los negros y los mantenían en la recta senda de la justicia. Aun muchos años después de la muerte del Santo, bastaba el recuerdo de semejantes acontecimientos para excitarlos al cumplimiento de sus deberes religiosos. Las madres los referían á sus hijos, los ancianos los narraban á los niños. Cuando había alguna querella, ó se suscitaban cuestiones ó se proferían blasfemias, siempre se levantaba la voz de algún negro viejo, amonestando con gravedad, de la manera siguiente:

«El buen padre está con Dios, él nos ve... nos oye... Si hacemos lo que él ha prohibido, rogará para que seamos castigados. Por el contrario, si hacemos lo que él ha mandado, rogará para que seamos bendecidos.»

Pero si Dios manifestaba á veces su poder por algún castigo anunciado anteriormente por su siervo, á fin de mantener á los esclavos en la observancia de su ley, mas frecuentemente los daba, por intercesión de este, pruebas evidentes de su infinita bondad.

Un año en que los campos de Tolú y sus alrededores estaban completamente estériles por una extraordinaria sequía, presentóse Claver á doctrinar á sus negros. Persuadidos éstos de que solamente el buen padre podría obte-

nerles de Dios la lluvia, tan necesaria para sus campos, ocurrieron á él, en la seguridad de conseguir por su medio la gracia deseada. Estaba entonces el Santo en un pequeño caserío no muy lejos de Tolú. Los vecinos de esta población, pues, comisionaron al párroco para que fuera á solicitar el precioso favor. Presentóse el cura al santo varón y le suplicó, en nombre de todos sus feligreses, que encomendara á Dios aquel desgraciado país con particular fervor.

Arrodíllase el padre Claver, ora por algunos instantes, se levanta y como inspirado dice :

« Consuélese, señor cura, vuestra paternidad y todos sus hijos espirituales tendrán agua antes de la caída del sol. Dios premia á los que le sirven. »

Ciertamente se necesitaba tener una gran fe en la santidad del buen padre, para creer semejante predicción, porque ya era tarde, el sol estaba sumamente fuerte, y no se veía una sola nube en el cielo.

Vuelve, sin embargo, el buen párroco á Tolú y anuncia la lluvia para ese mismo día *antes de la caida del sol*.

Las horas pasaban y no aparecía un solo punto negro en el firmamento. El día avanzaba, y el cielo parecía ponerse cada vez más sereno. Ya el sol estaba próximo á su ocaso, y el horizonte estaba despejado más que nunca. ¿Se había equivocado el buen padre?... Oh no... no era posible... ¡ Dios lo había iluminado !... En aquella ocasión quería probar evidentemente el Señor que la obra maravillosa de su bondad y providencia en favor del pueblo de Tolú, era debida á los méritos y á las plegarias del admirable apóstol.

Estaba al ponerse el rey de los planetas, cuando « llueve, llueve », se oye por todas partes.

Efectivamente, caían gruesas gotas de agua, y lo que

era mas asombroso, el cielo estaba sereno. Solamente despues aparecieron grandes nubarrones que oscurecieron el horizonte. La lluvia fue tan abundante que impidió los graves daños que la anterior sequedad habia hecho temer, y permitió que la cosecha fuera espléndida.

Otro año fue Claver á predicar cerca de una montaña donde existia un pequeño volcan. De repente, en el pueblo situado á la falda, se siente una violenta sacudida. Era el principio de una terrible erupcion del volcan... Azufre, piedras, lava, brotan impetuosamente del crater y llegan hasta el poblado... Amos y esclavos se dan á precipitada fuga y se refugian en las primeras chozas abandonadas que encuentran por la campiña. La erupcion continua... los estragos se propagan mas y mas... Bajo el peso de tan terrible calamidad se acuerdan del buen padre, y sabiendo que estaba cerca, resuelven mandar algunos á suplicarle que apacigue con sus suplicas la ira de Dios. Contestó el Santo á los enviados :

« Preparad, hijos mios, una gran cruz de madera, llevadla al volcan y colocadla en la boca del crater... Alla ire yo mañana temprano. »

Hacer la cruz no era cosa difícil, pero llevarla á la cima de la montaña y colocarla cerca del mismo volcan, como el buen padre habia indicado, era someter á una gran prueba la fé y el animo de esos esclavos. Sin embargo, las portentosas obras que ya le habian visto hacer, les infundieron un valor extraordinario y los animaron á cumplir la orden recibida. Nadie fue herido ni por las piedras ni por el fuego que se elevaban perpendicularmente y volvian á caer en el mismo cráter.

Al amanecer del dia siguiente estaba Claver en la cúspide de la montaña. Apenas lo vieron los negros, lanzaron gritos de alegría.

El santo misionero hizo varias aspersiones con agua bendita en derredor del cráter, oró por largo rato, y al retirarse dijo á la numerosa concurrencia que lo rodeaba:

« Estad tranquilos, hijos míos, en adelante no habrá más erupciones. »

Y realmente desde aquel día el volcán quedó extinguido. ¡Admirable portento!...

Siempre las previsiones del héroe de Cartagena se verificaban al pie de la letra. Sin duda tenía el don de profecía. En diferentes ocasiones pudo observarse este especial privilegio con que Dios lo había favorecido.

Don Nicolás de Barrios tenía un excelente negro honrado á toda prueba, á quien había confiado la dirección de una de sus haciendas en la *Costa-abajo*, por el gran esmero é interés con que le cuidaba sus haberes. Á tan bellas cualidades añadía Santiago la de ser católico muy ferviente y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes religiosos. El padre Claver lo amaba entrañablemente, y siempre que iba á visitar la hacienda de don Nicolás, elogiaba mucho á su querido Santiago por el celo que desplegaba en mantener viva la fe católica en los corazones de los otros esclavos.

En una de esas visitas, quiso darle una especial muestra de cariño, para recompensarle de los grandes esfuerzos que hacía durante su ausencia. Le prometió, pues, aplicarle tres misas en los tres días que pensaba destinar á aquella misión.

Al tercer día, mientras los esclavos estaban trabajando por el campo, fué á llamar á Santiago y le dijo:

« Alístate para salir conmigo, porque voy á otra parte á celebrar la tercera misa que he prometido aplicar por ti, y es preciso que tú la oigas. »

Obediente siempre el buen negro

« Padre mio, contestó, heme aquí á sus órdenes, vamos adonde vuestra reverencia desea. »

Todavía no hacia un cuarto de hora que habian dejado la poblacion, cuando se presentó un ejército de piratas holandeses que la saquearon por completo. Los valientes esclavos que opusieron resistencia para impedir tan bárbara devastación, fueron todos asesinados.

Cuando volvió Santiago á la hacienda, comprendió el motivo por el cual el *buen padre* lo habia instado á salir con el pretexto de la misa, y dió gracias al Cielo por haberse escapado de tan terrible calamidad.

Tambien alejó Claver milagrosamente de una poblacion entera otra desgracia de esta clase. Estaba un dia catequizando á sus esclavos, cuando de repente se detuvo... é inspirado por Dios dijo:

« Amados hijos mios, abandonad presto este lugar, buscad refugio en otra parte donde podais estar al abrigo de la invasión de los piratas ingleses que dentro de pocas horas saquearán vuestras costas y sembraran doquiera el espanto con el hierro y el fuego... Huid, huid todos... »

Nunca se habian presentado piratas por esos lados, por consiguiente las palabras del santo varon causaron gran asombro á los oyentes. Pero bastaba que el anuncio fuera dado por el buen padre para que todos se apresuraran en transladarse á otra parte.

El dia siguiente llegaron en efecto muchos bandidos ingleses y devastaron la población.

Otro acontecimiento no menos admirable demuestra que Dios hacia presentir á Claver las cosas, cuando se trataba del bien de los esclavos.

Hallábase el Santo en la hacienda del capitán Toledo, atendiendo á la evangelizacion de los negros, cuando un dia desapareció de repente. Sin guia, sin intérprete, sin

previo aviso á persona alguna, parte sin que se sepa para dónde...

Apenas vuelve, el capitán le hace amables reproches porque se había ausentado sin pedirle un guía, exponiéndose así á gravísimos peligros por aquellos bosques tan inseguros y por caminos desconocidos é impracticables. El Santo, con la sencillez de un niño, le contestó:

« Era preciso que me apresurara para salvar tres almas. El caso era urgente... Dispénseme, señor mío, otra vez aprovecharé sus espontáneos ofrecimientos y le pediré un mozo que me acompañe. »

El día siguiente se supo que había ido á asistir á tres negros que estaban á punto de morir de vejez, abandonados en una miserable choza. Dios había dado á conocer al celoso Claver que aquellos pobres ancianos suspiraban por un sacerdote, para recibir los últimos auxilios espirituales y morir cristianamente. Mas con el objeto de que nadie supiera la sobrenatural advertencia que había recibido, el buen padre se había ido solo sin decir palabra á nadie. Sin embargo, Dios dispuso que tan extraordinario beneficio no quedara sepultado en el olvido. En efecto, dos españoles que estaban cortando leña vieron al santo misionero entrar al bosque, le siguieron á lo lejos y descubrieron lo que éste había querido ocultar.

Cuando terminaba el venerando padre sus tareas apostólicas en un pueblo, y estaba próximo á partir, renovábanse las escenas dolorosas que hemos descrito respecto de la despedida que le daban sus negros cuando salía de Cartagena. Se reunían todos los esclavos del lugar en la plaza para aguardarle. Apenas lo veían venir, corrían á encontrarle... lo rodeaban... se le postraban á los pies é imploraban su bendición. Conmovido el santo varón levantaba la sagrada diestra y los bendecía. Desolados los pobres

prorrumpían en amargos sollozos que laceraban el corazón paternal de Claver. No pudiendo éste soportar aquellos llantos, apresuraba entonces el paso para alejarse presto de la población. Pero sus afligidos hijos no se resignaban á dejarle, lo acompañaban por largo espacio y prolongábanle así su intenso dolor. Al fin se veía obligado el *buen padre* á imponerles, bajo santa obediencia, que se devolvieran. Se sometían entonces, deteníanse todos y lo acompañaban con la mirada hasta que alcanzaban á verlo. Cuando ya desaparecía, aumentaban los míseros el llanto, y tristes volvían á sus ocupaciones, renovando la promesa de ser fieles á los avisos del santo apóstol.

Cuando suspendía éste las misiones para ir nuevamente á Cartagena, con dificultad se le reconocía. Los trabajos de la visita lo extenuaban tanto que sus facciones quedaban enteramente alteradas. No tomaba sin embargo un solo día de descanso, ni una sola hora de reposo; apenas entraba al colegio se entregaba a sus ocupaciones de costumbre. Con el mismo ardor, con la misma energía de siempre, recomenzaba sus tradicionales tareas de la ciudad. Es inútil advertir que los primeros cuidados eran consagrados á los negros: *para ellos* reservaba la primera visita; *para ellos* eran las primeras sonrisas, *para ellos* las primeras caricias, *para ellos* los primeros actos de caridad que ejercía. Á veces al entrar á Cartagena mientras pasaba por una calle oía el llanto de esclavos á quienes se estaba castigando por alguna falta. No continuaba su camino, no iba al colegio á cambiar los vestidos de viaje y deponer la carga que llevada, sino corría al lugar de donde salían los clamores, se presentaba al amo airado que castigada á sus negros, intercedía por ellos, suplicaba... instaba... él mismo se ofrecía á soportar el resto de la pena asignada á esos queridos hijos suyos... y no se ausentaba

antes de haber logrado que el dueño suspendiera el azote. Entonces se dirigía al convento, saludaba á los padres, y daba principio á los trabajos interrumpidos por su salida.

CAPÍTULO XXI

Espíritu de mortificación que tenía san Pedro Claver. — Severidad con que trataba su cuerpo. — Duras penitencias á que se sometía.

1. *Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus.* (Ep. ad Gal., c. v, v. 24, 25.)

Y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias. Si vivimos en espíritu, andemos también en espíritu.

2. *Ecce in cruce totum constat, et in moriendo totum yacet : et non est alia via ad vitam et ad veram internam pacem, nisi via sanctæ crucis et quotidianæ mortificationis.* (Kempis, lib. II, c. XII, v. 3.)

¡He aquí cómo todo está en la cruz! ¡todo consiste en morir! No hay otro camino que lleve á la vida y á la verdadera paz interior, sino la santa vía de la cruz y de la incesante mortificación.

3. *O pœnitentia! Quid de ti novi referam? Omnia ligata tu solvis, omnia clausa tu reseras, omnia adversa tu mitigas, omnia contrita tu sanas, omnia confusa tu lucidas, omnia desperata tu animas.*

(S. Cyp., de laud. pœnit.)

¡Oh penitencia! ¿Qué de nuevo referiré de ti? ¡Desatas toda ligadura, quitas todo obstáculo, alivias toda calamidad, curas toda herida, disipas toda confusión, alejas toda desesperación!

« En verdad siendo libre, de todos me he hecho siervo para ganar más almas. Y así para los judíos me he hecho como judío para convertir judíos; con los sujetos á la ley he vivido como si yo estuviese también sujeto á la ley (no estándolo) sólo para conquistar á los que lo estaban; así como con los que no estaban sujetos á ley alguna, he vi-

vido como si yo tampoco tuviese ley (aunque tenía una con respecto á Dios, á saber, la de Jesucristo) á fin de salvar á los que no reconocían ley. Híceme flaco con los flacos, para ganar á los flacos; híceme todo para todos para convertirlos á todos. Y esto lo hago por el Evangelio, á fin de participar de sus promesas. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, hermanos míos, de tal manera que lo ganéis. Los que han de luchar en la palestra guardan antes mucha abstinencia, sólo para alcanzar una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos imperecedera. Pues yo corro no como quien va detrás de cosa incierta; peleo no como quien da golpes al aire, sino que castigo *mi cuerpo* rebelde y lo esclavizo; para que no acontezca que habiendo predicado á otros, venga yo á ser reprobado [1]. »

Así escribía el Apóstol de las gentes á los fieles de Corinto, persuadido de que no le bastaba para salvarse haber predicado el Evangelio á los otros, haber soportado toda clase de trabajos y haberse sacrificado de mil maneras en beneficio de sus prójimos. Quería san Pablo que todos

[1] *Nam cum liber essem ex omnibus, omnium me servum feci, ut plures lucrifacerem. Et factus sum Judæis tamquam Judæus, ut Judæos lucrarer. Iis qui sub lege sunt, quasi sub lege essem (cum ipse non essem sub lege) ut eos, qui sub lege erant, lucrifacerem; iis, qui sine lege erant, tamquam sin lege essem (cum sine lege Dei non essem, sed in lege essem Christi) ut lucrifacerem eos, qui sine lege erant. Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos lucrifacerem. Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos. Omnia autem facio propter Evangelium; ut particeps ejus efficiar. Nescitis quod ii, qui in stadio currunt, omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium? Sic currite ut comprehendatis. Omnis autem, qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet; et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant; nos autem incorruptam. Ego igitur sic curro, non quasi in incertum; sic pugno, non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum et in servitutem redigo: no forte cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar.* (S. Paul., Ep. I ad Corinth., c. IX, v. 19-27.)

comprendieran que aun la virtud más sólida siempre está expuesta á peligros, y que es preciso conservarla por medio de la vigilancia y penitencia. Quería que aun los más celosos y ardientes siervos del Señor no se alucinaran, pensando que después de haberse esforzado en conseguir la conversión de muchas almas, podían estar seguros de la propia salvación... No, aunque un ministro del altar haya llevado una vida santa y enteramente dedicada al atento desempeño de sus deberes, siempre debe tener presente la terrible expresión del apóstol por excelencia: *No acontezca que habiendo predicado á los otros, venga yo á ser reprobado.*

Las mismas ocupaciones exteriores destinadas á promover el bien espiritual de los demás, fácilmente distraen el espíritu del sacerdote y le impiden conservar aquel recogimiento que para los sublimes misterios se requiere. Por esto recomienda con insistencia la Iglesia á sus ministros una gran vigilancia sobre sí mismos y una escrupulosa exactitud en la observancia de aquellas prácticas que tanto sirven para alejar de la disipación y mantener el espíritu en la verdadera senda de la virtud. Es preciso no olvide el que sirve al Altar, que también tiene un *alma* para cuya salvación debe trabajar incesantemente, y es la *propia*. Tampoco dejará de considerar que si fué escogido como intermediario entre su Divina Majestad y el pueblo, está más obligado á cuidar de su perfección para hacerse digno de tan honroso cargo. Donde son más grandes los honores, mayor es la responsabilidad, por consiguiente más expuesto queda uno al peligro de la perdición. Quien ha recibido más, más rigurosa cuenta tendrá que dar al Supreno Distribuidor de todos los dones, según lo enseña el gran san Gregorio comentando el Evangelio. Luego el sacerdote que fué revestido de altísima dignidad, muy severa-

mente será juzgado. No descuide, pues, el propio adelanto en la virtud.

Pedro Claver, á pesar de haber llegado al más alto grado de santidad, se atemorizaba al considerar su responsabilidad para con Dios, y temeroso de perderse, repetía con espanto las palabras de Pablo: *No acontezca que habiendo predicado á los otros venga yo á ser reprobado*, y no suspendía sus grandes mortificaciones. Decía que las fatigas del ministerio y los trabajos del apostolado estaba obligado á sostenerlos por el honor que Dios le había hecho de escogerlo como su ministro; que debía por consiguiente añadir muchas otras penitencias á fin de que éstas le valieran ante Dios para merecer la salvación de su alma.

Parecía sentir la necesidad de sufrir... de sufrir mucho... de sufrir continuamente por el Señor, que según su expresión privilegiada, lo *había amado hasta la muerte de cruz*. Su vida puede definirse sin exageración *un lento martirio*. Comenzó sí, con pequeños sacrificios, pero de éstos pasó á los grandes. Las mortificaciones que el apostólico varón se había acostumbrado á hacer eran terribles... superiores á las que un hombre puede soportar... Sólo se concibe que por *ellas* no haya sucumbido á los pocos meses de su sacerdotal ordenación, porque indudablemente estaba sostenido por una fuerza sobrenatural.

Durante los cincuenta y cuatro años que vivió en la Compañía de Jesús, jamás se permitió una sola mirada, por simple curiosidad. Cuando viajaba á pie y pasaba por lindísimos lugares, donde podían contemplarse espléndidas vistas ó admirarse escogidas bellezas naturales, dejaba gozar de estos placeres á los hermanos que lo acompañaban, pero él continuaba su camino con el mayor recogimiento y absorto en Dios. Mucho le gustaba que se adornaran lu-

josamente los altares con ocasión de las principales fiestas del año; pero cuando le preguntaba alguno de los padres si se había fijado en esta colgadura ó en el aquel paramento nuevo, contestaba que no había tenido tiempo de mirarlo todo. Y en verdad, cuando iba al templo nunca levantaba los ojos para ver los adornos, sino se entregaba de una vez á la oración ó la administración de los santos sacramentos.

Extraordinario era el recogimiento de la vista que nuestro santo tenía. Baste decir que él no advertía muchas veces que estaba rodeado de varias personas, ni entendía lo que éstas hablaban. En distintas ocasiones se observó que al comenzar una conversación profana, se recogía el *buen padre* en sí mismo, se entretenía espiritualmente con su Señor y no oía lo que estaban diciendo los demás.

Cuando llegaba la flota española, se hacía gran fiesta en la ciudad. Había descargas de toda la artillería, se tocaban las campanas de todas las iglesias; nobles y plebeyos, ricos y pobres, corrían al puerto, para saber noticias de la madre patria, para informarse de cómo estaban los amigos y parientes de la Península. Los que no iban por el interés de obtener tales informes, porque no tenían conocidos en España, eran atraídos por la curiosidad. Todos, pues, acudían al muelle con júbilo para contemplar el bello espectáculo que ofrecían los hermanos que abrazaban á los otros hermanos y para participar de la general conmoción.

Jamás se vió al padre Claver en semejantes ocasiones. Si era el primero en correr al puerto cuando llegaban cargamentos de negros para recibir á esos infelices que consideraba como sus queridos hijos, para dividir con ellos sus penas, para aliviarlos en sus dolores, nunca comparecía en los momentos de general regocijo cuando había algo que gozar. Él no buscaba más que el sufrimiento y el sa-

crificio; no concedía solaz alguno á sus sentidos; rechazaba enérgicamente las distracciones; no quería saber nada del mundo; no reconocía otra patria que el Cielo; las noticias de España le eran indiferentes.

Cuando ya había pasado el primer entusiasmo, preguntaba si había enfermos á bordo para ir á visitarlos, consolarlos con buenos consejos y administrarles los santos sacramentos. Deseaba saber si entre los príncipes cristianos reinaba paz y armonía, si se propagaba la fe católica, si desaparecían las herejías. Todo su interés era por la gloria de Dios y la salvación de las almas, su pensamiento siempre iba dirigido al Cielo; no daba importancia á la tierra.

Tanto era el amor que Claver tenía á la mortificación, que se privaba aun de los más inocentes recreos, á los que asistían los otros padres jesuítas. Los españoles generalmente son muy amantes de la música. Cuando llegaban á Cartagena músicos de la Península, hacían una visita á todos sus compatriotas residentes en la ciudad y tocaban unas piezas para festejarlos. Nunca dejaban de ir también al colegio, en donde sabían que más se apreciaban sus aptitudes artísticas. Reuníanse entonces los superiores y los alumnos en la principal sala del establecimiento y pasaban un rato divertido en ese agradabilísimo entretenimiento. El padre Claver jamás tomaba parte en tan inocente recreo. Y sin embargo también tenía un gusto pronunciado para la música; distintas veces lo hemos visto distraer con ella á sus queridos mendigos, á sus amados lazarinos; con frecuencia manifestaba el deseo de que se estableciera una buena orquesta para acompañar los cantos eclesiásticos en los días de solemnidad. Es evidente, pues, que si no asistía á esas familiares fiestas, era por el deseo de mortificar sus sentidos, de ofrecer al Señor más privaciones que las acostumbradas.

Casi todos los miembros de la Compañía de Jesús destinados para alguna casa de América, pasaban por Cartagena, puerto en donde hacían escala los navíos que salían de la península ibérica. Así es que á menudo llegaban nuevos jesuítas al colegio y allí permanecían hasta que tenían ocasión de embarcarse nuevamente para el lugar de su misión. Á pesar de esto, no eran pocas la veces que no advertía el Santo la llegada de sus hermanos. Había necesidad de avisársela para que fuera á saludarlos. Y lo que prueba aun más evidentemente hasta qué punto evitaba toda curiosidad permitida, es que los abrazaba con ternura, se ponía á la disposición de ellos, les hablaba con su proverbial benevolencia y amabilidad; pero nunca les preguntaba ni de dónde venían, ni para dónde iban, ni cuánto tiempo se quedarían en la casa.

¿Qué diremos de las abstinencias á que el santo varón se sometía voluntariamente? No se comprende cómo pudo conservar sus fuerzas por tan largos años bajo el peso de tantos trabajos y con los escasos alimentos que acostumbraba tomar.

San Agustín, al hacer la apología del catolicismo, dice que si no probaran bastante su divinidad los estupendos milagros con que se ha propagado, demasiado lo demostraría el simple hecho de haberse esparcido tan extensa y largamente en el universo sin milagros; pues sería éste el mayor de los milagros. Nosotros podemos decir que si los maravillosos portentos del héroe de Cartagena no nos persuaden de que era un gran santo, tenemos sobrados motivos para convencernos de su alta santidad en el hecho de haber resistido durante cuarenta años á la más pesada y laboriosa tarea, á pesar de sus extraordinarias penitencias; pues un hombre como cualquier otro hubiera tenido que sucumbir á los pocos días de estar llevando tan austera vida.

La cantitad de alimentos que tomaba era tan escasa, que todos los días podían considerarse para él de ayuno; sus comidas ordinarias no eran más abundantes que la pobre colación acordada generalmente á los religiosos, cuando observan la más rigurosa abstinencia. Unas pocas tajadas de papa asada formaban su principal y favorito plato de todo el año. Variaba á veces, los días en que volvía al colegio por la noche, muy postrado á causa de los trabajos y las fatigas sostenidas durante diez y doce horas seguidas; pues no rechazaba una bebida caliente, que el superior le hacía preparar.

En las fiestas que la comunidad solemnizaba también en el refectorio con algunos platos más, el santo jesuíta apenas probaba la carne, y después la dejaba diciendo que era demasiado nutritiva para su constitución. Una vez estaba sumamente fatigado á causa de las numerosas confesiones que había oído en una misión del campo, y sin embargo no quería tomar alimento, porque se había propuesto atraer las bendiciones del Cielo sobre aquella población con sus penitencias y ayunos. El hermano que le acompañaba, le instaba para que mitigara esos rigores, pero el buen padre quería mantener la promesa hecha á Dios. Era por la tarde ya, había trabajado incesantemente todo el día y aun no se había desayunado. No pudiendo resistir la carne á tan enormes fatigas, cayó en un terrible desmayo. Cuando se alivió, el intérprete le hizo amargos reproches y quiso obligarlo á romper su prolongado ayuno. Entonces dirigió el Santo una mirada celestial á su negro, y casi en acto de súplica, le dijo:

« ¡No, querido amigo, todavía no es tiempo de que satisfaga las exigencias de este cuerpo! ¡Aun no he hecho nada por Dios! ¿Qué servicio he prestado hoy á la Iglesia? »

En los últimos años de su apostolado, estando suma-

mente débil por la avanzada edad y por la salud quebrantada, los médicos le aconsejaron que tomara por la noche una jícara de chocolate; pero creyendo que aquello era excesiva delicadeza, nunca consintió en satisfacer el deseo de los facultativos.

Durante la estación de las lluvias la temperatura de Cartagena es sumamente cálida y sofocante. Entonces más que nunca se experimenta la necesidad de tomar en el día alguna bebida fresca, para apagar la sed que se hace insoportable. Mas Claver no aceptaba ni siquiera un vaso de agua fuera de las horas de comer. Á caso parecerá ésta una pequeña mortificación, pero si bien se examina, se reconoce que era muy grande. ¿Por qué se admira tanto lo que hizo David, cuando ardiendo de sed no quiso acercar sus labios á la fresca agua que dos de sus valientes militares le habían traído del campo enemigo? Porque aquélla era una gran privación, un gran sacrificio para el noble guerrero en ese momento. Gran privación, gran sacrificio era también para Claver el rehusar las más sencillas bebidas cuando, resecos los labios, después de un largo viaje á pie, se sentía morir de sed. Y ¿cómo no había de ser grande la abnegación de nuestro santo, constando de la historia que esos actos los repetía no una sola vez, sino todos los días... toda la vida?

También se había impuesto la obligación de no tomar ninguna clase de frutas. Decía que la fruta es un manjar de lujo, que no convenía por consiguiente á un buen religioso.

Atravesaba un día el patio del colegio durante el recreo, cuando se le presentó un hermano coadjutor con un hermosísimo racimo de uvas, que acababa de regalarle un amigo de la casa. El clima de Cartagena no es muy aparente para la vid, como en general no lo son los lugares

calientes. Era pues aquél un bonito y espléndido presente. Inmediatamente el hermano, deseoso de dar una prueba de cariño á su *buen padre*, corre á ofrecérselo. Pero el santo jesuíta rehusa aceptarlo; el hermano insiste... recibe afectuosas expresiones de profundo agradecimiento... mas siempre acompañadas por una redonda negativa. Contrariado éste le dice:

« Padre mío, yo estaría mucho más satisfecho y aun quedaría *más edificado* de su *condescendencia* en aceptar, que de su *obstinación* en rehusar. »

Pareció entonces á Claver que había faltado á la caridad, y sólo movido por el deseo de aliviar la herida hecha á la susceptibilidad del hermano querido, tomó dos granos y dijo:

« Hijo, no quiero causarte pena: aunque no mereczo tan finas atenciones, ni acostumbro tomar tan exquisitos frutos, quiero complacerte. Es ésta la primera uva que pruebo desde que estoy en América. »

Imposible sería recordar todas las mortificaciones que el admirable siervo del Señor se imponía; pero no queremos omitir una extraordinaria que merece ser conocida.

Entra una noche el padre Claver al refectorio para cenar y suplica al hermano coadjutor que le sirva el resto de la salsa del día anterior. Mucho extrañó éste semejante demanda, pues jamás el santo varón pedía nada; pero corre á tomar la vasija de la salsa y se la presenta. El abnegado sacerdote moja unos pedazos de pan... se los come con gusto... y antes de retirarse, da las gracias al hermano por haberle reservado aquella salsa tan excelente...

El día siguiente repite Claver su petición y renueva también sus agradecimientos al hermano. Tal conducta era enteramente anormal; nunca hablaba el abnegado padre de alimentos, nunca manifestaba satisfacción ni descontento

por las comidas. Aquella predilección, pues, por la salsa revelaba algo. Entró en sospecha el hermano, comprendió que debía haber algún secreto y quiso descubrirlo.

« Es preciso, decía entre sí, que yo sepa lo que hay en esto. ¿Por qué pide siempre el buen padre aquella salsa? Ciertamente es algún motivo de refinada mortificación que lo mueve. »

Destapa la vasija, saca una cucharada de líquido y lo prueba. En el acto lo rechaza con repugnancia exclamando :

« Dios mío, ¡cuán detestable bebida es ésta! »

Se fija bien, examina y encuentra en el fondo de la vasija, una sustancia extraña que daba á la salsa malísimo sabor.

Estaba explicado *por qué* había pedido Claver por dos veces semejante *golosina*. Por la noche suplicó el Santo que le dieran otra vez la *exquisita salsa*, pero el hermano le contestó :

« Padre mío, ya no hay más. Hoy la boté. Siento en el alma no haberlo hecho antes, pues así le hubiera evitado las revoluciones de estómago que vuestra reverencia ha debido tener las dos noches pasadas. No sé cómo haya podido tomar vuestra reverencia tan horroroso alimento. Yo acerqué á él solamente lo labios, y casi creí haberme envenenado.

— Bendito sea Dios, exclamó san Pedro con la mayor ingenuidad y sencillez, ¿por qué botar una cosa buena? Yo no había experimentado repugnancia alguna. »

¡Cuánto amor al sacrificio! Sin embargo, no eran éstas todavía las mayores mortificaciones del apóstol de Cartagena.

Fenelón habla de ciertas debilidades desproporcionadas á su estado eminente, las cuales deja Dios en las almas

perfectas, como se dejan en un campo allanado por la mano del hombre montones de tierra que señalan la profundidad hasta donde se ha llegado con inauditos esfuerzos. Dios permite que queden por mucho tiempo aun en los espíritus más nobles, restos de la miseria que con su gracia ha quitado, y son evidentemente éstos los más difíciles de eliminar. Pero ya en Claver habían desaparecido semejantes *restos*. El hábito de la santidad había llegado á ser una segunda naturaleza en él, la práctica de las más heroicas virtudes se le había hecho tan familiar que no le costaba mucho; íntimamente unido á Aquel que se llama el camino, la verdad y la vida, hacía consistir sus delicias en amar lo que á Dios gusta y aborrecer lo que Dios detesta. No cambiaba sus propósitos nunca; por más que variaran los acontecimientos, siempre seguía las huellas del Divino Maestro, con el cual no tenía más que un corazón y una voluntad. Pero quien se figurase que nuestro apóstol había alcanzado tan admirable perfección sin hacer los esfuerzos y someterse á las penas que han soportado todos los elegidos, se engañaría grandemente. ¡Oh! él también se vió obligado á abrazar la cruz, también tuvo que subir al calvario antes de conquistar la aureola de santo.

« Esos que rodean el trono del Cordero y están cubiertos con blancas vestiduras ¿quiénes son? ¿de dónde han venido? » preguntó uno de los ancianos del Apocalipsis, y al decirle el angélico Juan: *Señor, tú lo sabes*, añadió: *Éstos son los que padecieron grandes tribulaciones, y lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero* [1]. ¡He aquí la ley ge-

[1] *Et respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi qui amicti sunt stolis albis qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illi: Domine, tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni.* (Apoc., c. VII, v. 13, 14.)

neral para todos los que quieran tener la cándida veste nupcial á fin de tomar parte en el celestial banquete! *Hay que pasar por grandes tribulaciones*. Tampoco nuestro santo pudo sustraerse á esta ley. ¡Cuántas luchas lo vimos sostener! ¡Por cuántas pruebas lo vimos pasar cuando era llamado para visitar á ciertos enfermos á quienes nadie podía acercarse por la terrible fetidez que de ellos emanaba, cuando iba á consolar á ciertos infelices que casi no tenían el aspecto de criaturas racionales, cuando penetraba en oscuros calabozos para llevar el bálsamo de la resignación á almas desgraciadas, cuando aliviaba pobres desamparados en los hospicios de Cartagena, cuando como buen pastor recorría numerosas poblaciones en busca de ovejas descarriadas, para conducirlas al rebaño! ¡Cuán cierto es lo que santa Catalina dice en sus cartas: « Que desde el principio hasta el fin del mundo nuestro Señor quiso y querrá que nada grande se efectúe sin grandes sufrimientos[1]! » La santidad es fruto del sacrificio, es una *muerte* y una *resurrección*, es la muerte del hombre viejo y la resurrección del nuevo. Mas no hay muerte sin dolor. También nuestro santo tuvo que morir para poder alcanzar las excelsas virtudes que lo hicieron glorioso como Cristo después de la resurreción.

Referiremos aquí algo de los rigores que ejercía con su cuerpo.

Nunca se acostaba en su cama. Descansaba sobre una sábana ó una piel puesta en el suelo; muchas veces tampoco hacía uso de éstas y tirábase de una vez en la dura tierra. La blanda almohada en que apoyaba la cabeza era un trozo de madera. Viejos y sencillos muebles adornaban su cuarto. Y aun éstos eran considerados por el abnegado

[1] Santa Catalina, carta XXXI.

sacerdote como cosas de lujo y solamente los tenía para guardar la ropa de sus intérpretes. También su cama estaba reservada á los demás. Ni siquiera enfermo consentía en hacer uso de ella. Regañábanle las personas que le cuidaban por semejante exceso de mortificación; pero contestaba con ingenuidad que mejor descansaba en el suelo. Generalmente se disciplinaba tres veces al día, y lo que es más asombroso, castigaba su cuerpo hasta hacerle derramar sangre. Cuando se daba á la comunidad la señal de levantarse, ya el santo varón tenía una hora de estar orando, y precisamente al toque de la campana tomaba uno de los tantos instrumentos de penitencia que tenía, y empezaba á martirizarse sin compasión. No era posible que Claver se acostara antes de haber maltratado duramente su *borrico*. También se levantaba á media noche y descargaba nuevamente terribles golpes sobre sus inmaculadas carnes.

Diferentes eran las clases de disciplinas que se aplicaba, pero tenía dos especiales que prefería por ser las más penosas. La una consistía en unas cuerdecillas llenas de terribles nudos que debían causar inmenso dolor al penitente jesuíta. La otra consistía en unas pequeñas cadenas de hierro con puntas agudas del mismo metal. Estos instrumentos llevaban horrorosas señales de la sangre que hacían correr por los miembros de Claver.

Para ocultar las llagas que se formaban á veces en su cuerpo, se ponía un cilicio que le cubría todo el cuerpo. Con anudadas cuerdecillas de crin amarrábase los dedos de los pies, y con otras más gruesas se fajaba las piernas. Debajo de la sotana, cargaba siempre dos cruces de madera toscamente trabajadas; la una le caía sobre el pecho y la otra sobre las espaldas. La primera tenía unas puntas que ponía en contacto con las carnes, y para mortificarse

más, asegurábala con una cuerda también de crin, dándole muchas vueltas en torno del cuerpo y apretándola fuertemente. Remontaba las extremidades de la misma y se amarraba también los brazos hasta el puño.

Había mandado hacer igualmente una pesada banda de crin que llevaba muchas puntas de hierro para ponérsela al cuello como estola. Cruzaba las largas extremidades sobre el estómago, las hacía pasar detrás y volvía á recogerlas en la parte anterior.

Cuando se retiraba á su cuarto, colocaba sobre el pestillo de la puerta una piedra, de manera que apenas alguien intentara abrir, caía ésta al suelo y le daba tiempo para esconder el complemento de su vestido de dolor. Como si todo lo dicho fuera poco, había mandado hacer una corona de espinas y unos guantes de crin con puntas de hierro, y se los ponía cuando se hallaba solo para que ninguna parte del cuerpo estuviera privada de su especial sufrimiento.

También durante el rezo del Breviario, para humillarse ante su Divina Majestad, llevaba una soga al cuello á guisa de criminal condenado por la humana justicia.

Amarrado, maltratado y adolorido el santo varón con tan cruel aparato de mortificación, tenía sin embargo una extraordinaria agilidad. Apenas era llamado para prestar un servicio al prójimo, corría con la mayor prontitud. Su inagotable caridad le comunicaba tanta fuerza y energía, que los hermanos é intérpretes destinados á acompañarlo, no podían seguirlo.

Á veces el exceso de trabajo unido á tan duras austeridades, lo abatía hasta el extremo de caer desfallecido. Mas no omitía por eso una sola de sus importantes ocupaciones, no suspendía una sola de sus penitencias. Apenas volvía en sí y recobraba sus fuerzas, daba las gracias á

los que lo habían asistido, y todo quedaba terminado. Con la mayor impavidez continuaba atendiendo á sus quehaceres.

En las enfermedades que de tiempo en tiempo lo afligían, tampoco mitigaba sus rigores. Habiendo sido atacado una vez por una terrible fiebre, fué llamado uno de los mejores médicos de la ciudad. Llega éste, y acompañado por el superior y el famoso padre Sandoval, va al cuarto del ilustre enfermo, que no pudiendo ya estar parado se había tirado al suelo. Lo examina detenidamente, y hallándolo muy abatido por la violencia del mal, le ordena que se despoje inmediatamente y se acueste en la cama.

Comprendiendo el Santo que no tenía suficiente fuerza para despojarse solo, se desentiende y habla de otras cosas para eludir la prescripción. Pero el médico insiste, el superior manda y el padre Alfonso ayuda á quitarle los vestidos. La prueba era grande para la humildad del santo religioso, pero había que someterse. El padre superior había ordenado... no le quedaba más recurso que obedecer. Apenas se le quitó la sotana, aparecieron los cilicios con que Claver se martirizaba.

Atónito el médico á aquella vista, cayó á sus pies, y conmovido hasta derramar lágrimas, le dijo:

« Padre mío, ¿cómo quiere vuestra reverencia conservar su salud de esta manera? Es un suicidio el que vuestra reverencia está cometiendo. Le suplico encarecidamente que desista de tales penitencias, y suspenda tan exageradas mortificaciones. No es posible que se prolongue su importante existencia con una conducta abnegada como la que tiene. »

El Santo hizo entonces muchas instancias para que lo dejaran solo, pues ya no necesitaba el auxilio de los otros para acostarse. Los padres y el médico se retiraron, pero

quisieron que un negro estuviera siempre á su lado para asistirlo. El pobre esclavo á quien tocó acompañar á Claver, admirado de ver cómo trataba éste su cuerpo, se enternecía tanto á veces que no podía contener el llanto.

Añádanse ahora las sobrehumanas mortificaciones que lo hemos visto sufrir en las negrerías, en San Lázaro y San Sebastián, no se olviden los sufrimientos que debía soportar durante las misiones, y bien se comprenderá que la conservación de la preciosa vida de Claver era un milagro continuo.

De esta manera se ha santificado nuestro apóstol, formándose con el ejercicio de la más alta contemplación y de la más austera penitencia, según el modelo del adorable Maestro y de aquellas grandes figuras que no se hallan sino en los primeros siglos de la Iglesia, cuando salida apenas de las llagas sagradas del Redentor y bañada aún con su sangre divina, la santa esposa de Jesucristo alimentaba en su seno innumerables legiones de apóstoles, de mártires y de confesores. Así comenzó el infatigable misionero á poner en práctica con sublime heroísmo la primera condición que Nuestro Señor impone á quien desea ser su discípulo, á saber, la de morir para nacer á nueva vida y poder decir : « Ya no soy yo quien vivo. »

No complaciendo ninguno de sus sentidos, aplicando incesantemente á las partes más vivas de su ser el hierro que corta y el fuego que consume, llegó poco á poco con la cruz y el sacrificio á esa muerte dichosa. Pero al mismo tiempo, ¡qué resurrección! Huír de la repugnante atmósfera, en que la mayor parte de los hombres languidecen, buscar con ansia la luz y el aire puro, salir de la miseria del propio espíritu, de la monotonía de los propios pensamientos, de los confines sobremanera reducidos del estrecho horizonte que va limitándose á medida que uno avanza

en la vida, para lanzarse con vuelo libre y poderoso hacia el infinito, hacia lo inmenso, lo increado... ¡he aquí el estado de un alma que por medio del sacrificio muere para vivir en Dios! Éste era el estado del héroe de Cartagena. Vencedor de las exigencias del egoísmo, nada le impedía que siguiera los impulsos del Espíritu Santo. Quitado todo obstáculo, rotas las ataduras que pudieran alejar su corazón del Bien soberano para hacerle amar otros bienes, llevaba una vida angelical. Elevándose su voluntad sobre todo lo mundano, uníase á la de Dios; sus pensamientos, deseos y afectos se divinizaban: su corazón ardiendo en caridad santa, abrazaba con fraternal cariño todas las criaturas. Él podía exclamar con san Pablo: «¡Cristo es mi vida[1]!» «Y en verdad todo lo tengo por inútil, si lo comparo con el conocimiento de Jesucristo, mi Señor: por éste lo he perdido todo y lo considero todo despreciable, pues sólo anhelo participar de sus padecimientos, conformándome á su muerte... No es que todo lo haya alcanzado ya, ó que sea ya perfecto; mas voy siguiendo para llegar á la meta... y sé que olvidando las cosas que atrás quedan, y mirando sólo hacia adelante, avanzo hacia el fin mío, que es el premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo[2].»

Mihi enim vivere Christus est. (Ep. ad Philip., c. I, v. 21.)

[2] *Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christo Domini mei: propter quem omni detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam... ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius; configuratus morte ejus... non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem, si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum a Christo Jesu... Ad destinatum persequor ad bravium supernæ vocationis Dei in Christo Jesu.* (S. Paul., ep. ad Philip., c. III, v. 8, 10, 12, 14.)

CAPÍTULO XXII

Ardiente amor de san Pedro para con Dios. — Su tierna devoción á la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, al sacramento de la Eucaristía y á la Virgen Santísima. — Celo extraordinario que tenía por la salvacion de las almas.

1. *Quærite Dominum, et virtutem ejus, quærite faciem ejus semper.* (Paralip., c. XVI, v. 14.)

Buscad al Señor y su fortaleza : extasiaos siempre en su divino rostro.

2. ... *Requiesce in passione Christi et in sacris vulneribus ejus libenter habita. Si enim ad vulnera et pretiosa stigmata Jesu devote confugis, magnam in tribulatione confortationem senties...*

(Kempis, lib. II, c. I, v. 4.)

Descansa en la pasión de Cristo y vive en sus sagradas llagas. Pues si te refugias devotamente en las heridas y preciosas llagas de Jesús, experimentarás gran consuelo en la tribulación...

3. *O beate voi, anime amanti, che non trovate nel mondo più bel riposo che in istarvene vicino al vostro Gesù sacramentato.* (S. Alfonso de' Lig., visita XIV.)

¡Oh bienaventuradas vosotras, almas amantes, que no halláis en el mundo mayor consuelo que estar cerca de vuestro Jesús sacramentado !

4. *Accede ad Virginem quia per ipsam mundus habiturus est omne bonum.*

(S. Alphons., Op. asc., t. I, p. 80.)

Acércate á la Virgen, porque el mundo alcanzará todo bien por ella.

No hay mejor prueba del amor que el sufrimiento. El que ama lo soporta todo per el ser amado ; el que consagra su afecto á un objeto no se arredra ante ningún sacrificio con tal de alcanzarlo. ¿Por qué se sometió como manso cordero el Dios fuerte á los escarnios é insultos de diabólica chusma ? ¿Por qué resignado aceptó el amargo cáliz de dolor que por el ángel le fué presentado en el huerto de Getsemaní ? ¿Por qué abrazó con júbilo el infame madero con que ingratas criaturas osaron cargar sus

divinos hombros? ¿Por qué invocando perdón y bendiciones sobre sus verdugos espiró contento en un patíbulo de malhechor? ¡Ah, bien se sabe *por qué! Quia dilexit nos* (por amor nuestro). Tantos dolores no fueron sino la prueba de su caridad. El Angélico Doctor de las escuelas nos lo explica admirablemente, diciendo que por los grandes padecimientos de Cristo *comprendemos el inmenso amor que tiene por nosotros* [1]. San Juan nos lo enseña igualmente con las palabras: *Conocemos el gran amor de Dios en que dió su vida por nosotros* [2]. Y el seráfico san Buonaventura observó sabiamente con su profunda perspicacia que aquello no fué sólo un *exceso de dolor* sino un *exceso de amor*.

Todo el que se sacrifica, ama. No hay verdad más cierta. ¿Qué eran las mortificaciones que en el capítulo precedente hemos visto hacer á nuestro santo, sino un efecto del tierno amor que profesaba á su Dios? ¿Para qué martirizaba tan duramente su delicado cuerpo con cilicios y disciplinas, sino para demostrar su entero acatamiento al Redentor que había recomendado tanto la penitencia á sus discípulos? Las frases en que frecuentemente prorrumpía: *¡Unión con Jesus, unión con la Cruz, he aquí la vida, he aquí la salvación!* demuestran muy claro que su ardiente deseo de sufrir era excitado por el entrañable amor que á Dios tenía. El santo sacerdote amaba á su Señor con extraordinaria ternura, su pensamiento no se separaba un instante de Jesús; durante el día y durante la noche partían de esa alma inflamada saetas de amor divino que llegaban hasta el trono del Altísimo.

[1] *Per hoc enim homo cognoscit quantum Deus hominem diligat.* (S. Tom.)

[2] *In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam illi animam suam pro nobis posuit.* (Ep. S. Joan., c. III, v. 16.)

Todos sus trabajos, todas sus fatigas, todas sus mortificaciones eran dirigidas á la gloria de Dios. Después de haber pasado el día en las más duras tareas, no buscaba alivio y descanso sino en la oración, en la íntima unión con el Señor, en el suave entretenimiento con su Padre Celestial. Las delicias que experimentaba en estos santos coloquios con la Divina Majestad, lo recompensaban en demasía de las penas pasadas, y no eran raras las veces que al romper el alba se hallaba el Santo de rodillas rogando aún. Cuando hablaba de las dulzuras de la oración y de la vida interior, asuntos que no tocaba sino con gran efusión de afectos :

« *¡La oración*, decía, he aquí toda la felicidad del hombre en ta tierra ! ¡Oh bella vida ! ¡Oh bella unión del alma con su Creador ! ¡La eternidad no será suficientemente larga para gozar esta felicidad !... ¡La vida interior es un baño de amor en el cual se sumerge el alma !... Dios tiene el hombre interior como una madre tiene la cabeza de su niño entre las manos para cubrirla con besos y caricias. Yo pienso á menudo cuán grande habrá sido el júbilo de los apóstoles al ver nuevamente al Salvador. ¡La separación había sido cruel ! ¡Nuestro Señor los amaba entrañablemente ! ¡Era tan amable con ellos ! Bien se puede presumir que los abrazaría diciéndoles : *La paz sea con vosotros*. Y así abraza nuestra alma cuando oramos, diciéndonos también : *La paz sea con vosotros.* »

Todos los instantes de que podía disponer eran consagrados á la oración. El padre Sebastián de Murillo, rector del colegio, decía :

« Jamás he podido saber cuándo acaba el padre Claver sus plegarias !... Á cualquiera hora que yo vaya á su cuarto, lo encuentro rezando ; y tan absorto en Dios, que ni me ve, ni me oye. »

Tan estrecha era su unión con el Supremo Bien, que ningún acontecimiento que se verificaba en torno suyo, podía interrumpirlo. Por grande que fuera el tumulto que se presentara en las calles por donde pasaba, no bastaba para distraerlo. Sólo en el caso de que su ministerio y su presencia fueran útiles para la gloria de Dios y la salvación de las almas, se apercibía de la ocasión favorable de desplegar su celo.

Un día iba caminando por la ciudad, con su tradicional abstracción, cuando los caballos de un coche se enfurecen y se dan á desenfrenada carrera.

El buen padre iba precisamente por el medio de la calle, la cabeza baja, la vista recogida, el pensamiento fijo en Dios. Los caballos avanzaban... De todas partes salían gritos : « ¡Cuidado con el Santo !... ¡sálvese!... » Pero éste no veía, no se fijaba en lo que estaba pasando en derredor suyo... Ya tenía encima la fogosa pareja... El hermano que lo acompañaba corrió entonces con gran ligereza á ponerle fuera de peligro... Lo cogió por la sotana... lo haló fuertemente y lo hizo entrar á una tienda. Un momento más de demora... y el santo varón hubiera quedado aplastado bajo los cascos de los caballos.

No dió Claver señal alguna de asombro. Después del peligro salió de la tienda con la mayor calma y continuó su camino como si nada hubiera acontecido. Todo había pasado inadvertido para el admirable siervo del Señor.

Cuando se presentaban tempestades acompañadas por pavorosos truenos y relámpagos, el hermano González se asustaba grandemente y corría á refugiarse al cuarto de Claver. Encontrábale rezando, se le acercaba lo más que podía, para estar seguro de alejar la mano de la divina justicia con ponerse bajo el valioso amparo de la santidad, y allí permanecía á veces largas horas, hasta que pasaba

por completo el temporal. En el próximo recreo pedía perdón al buen padre por haberle molestado de esa manera, y especialmente le suplicaba que le dispensara si lo había distraído durante sus fervidas preces. Maravillado se quedaba el Santo al oír al hermano, pues no entendía lo que éste le decía... Claver quedaba asombrado, porque ni siquiera se había apercibido del temporal, nada había visto ni oído, absorto en fervorosa oración...

Aquella alma privilegiada tenía con Dios una unión más estrecha que con su propio cuerpo. Á menudo manifestaba deseos de retirarse á la soledad para que su corazón y todas sus facultades quedaran más libres para esta interior comunicación con el Señor que es prenda de los goces celestiales sobre la tierra. Se puede decir que nunca interrumpía su santa contemplación, pues permanecía siempre en presencia de Dios *mirándolo con ternura al través de las criaturas*. Libre tan noble espíritu de los mundanos vapores que oscurecen la inteligencia y le quitan su lucidez, recibía en lugar de las incompletas é inexactas nociones de la humana ciencia, una brillantísima luz que le permitía comprender la relación de todas las cosas con el Creador, y su destino en el orden admirable de los divinos consejos. De esta iluminada penetración de los celestiales secretos, se derivaban muchos otros privilegios que lo elevaban á la altura de los dichosos comprensores que gozan de la vista de Dios. No puede dudarse que Claver se comunicaba con el Supremo Bien de una manera absolutamente sobrenatural y extraordinaria. También permitió el Señor que *semejante intimidad*, diremos así, con su fiel siervo apareciese exteriormente y se comprobase por muchos. En efecto, no una, sino distintas veces, vióse el santo religioso repentinamente rodeado por una aureola luminosa, cuyo brillo no podían soportar los que tenían la dicha de verla.

Al pasar una noche por delante de la cámara de Claver uno de los padres, llamado para administrar á un enfermo, ve una gran claridad... Sorprendido se detiene... cree que haya fuego en el cuarto del Santo... se figura que éste se halla rodeado por las llamas... da un grito para avisar á los demás, pero antes que llegue el auxilio entra resueltamente para salvarlo... ¡Oh maravilla!... El *apóstol de los negros* estaba en oración, inmóvil y absorto en Dios, con las manos juntas y suspendido sobre el suelo... ¡La claridad era producida por una gran luz sobrenatural que le iluminaba el angelical semblante!...

Otra vez pasando un negro intérprete á hora avanzada de la noche, cerca del cuarto del buen padre, ve también un insólito resplandor. Entra y encuentra la cámara admirablemente alumbrada. ¡Queda estupefacto!... Más aumenta su asombro al no encontrar allí á Claver.

« Indudablemente, exclama, ha subido al Cielo. Dios ha enviado su luz para iluminarle el camino. »

Y así diciendo alza los ojos... ¡Oh portento! El Santo estaba suspendido en el aire, las rodillas dobladas, las manos juntas, el rostro encendido, la mirada fija en el cielo. El negro casi no se cree á sí mismo... quiere ir á despertar la comunidad para que todos vean al *buen padre subir al Paraiso envuelto en la luz de Dios bendito*; pero el deseo de ver cómo se acaba semejante fenómeno lo detiene...

Largo tiempo tuvo que aguardar antes que su curiosidad quedara satisfecha. Finalmente al amanecer ve que el cuerpo del Santo se mueve ligeramente y poco á poco baja con suavidad al suelo. Lleno de regocijo porque el *buen padre* había vuelto á la tierra, salió corriendo para comunicar la importante noticia á todos los de la casa, y también á muchas personas de la ciudad. Cuando aca-

baba la relación de lo que había visto, añadía con la más cándida sencillez :

« El *buen padre* no ha abandonado á sus negros. El Señor quería llevárselo al Cielo para premiarlo por sus fatigas, pero se dejó vencer por sus ruegos y consintió en que se quedara aún aquí. Es por esto que todavía lo tenemos con nosotros. »

Un hermano coadjutor que asistió á Claver durante el último período de su larga enfermedad también fué testigo de un prodigio semejante. Hubiera deseado igualmente llamar á todos los religiosos de la casa para que contemplaran el bello espectáculo ; pero conociendo la humildad del Santo, temió causarle grave disgusto en el caso de que el éxtasis cesara en presencia de la comunidad. Se quedó pues solo, aguardando la conclusión de la celestial escena. Cuando Claver volvió en sí y advirtió la presencia del hermano, le suplicó que no manifestara á nadie lo que acababa de pasar. Prometióle éste que guardaría el secreto, y así lo hizo hasta la muerte del Santo. Entonces lo reveló y confirmó con juramento.

No solamente unos pocos presenciaron tan privilegiados favores concedidos por el Señor á su venerando sacerdote, sino comunidades enteras, muchedumbres considerables.

Un día estaba predicando en la capilla de don Andrés Vanquemel, varón muy piadoso con quien tenía mucha relación, cuando de repente levanta los ojos al cielo, lanza un profundo sollozo y queda en completa inmovilidad. Sorprendidos los oyentes fijan sus miradas en el rostro del orador, y viéndolo brillar con luz divina derraman lágrimas de consuelo. Ya había pasado largo rato. Se aproximaba la hora de volver al colegio ; era preciso avisar al Santo. Uno de los padres que lo habían acompañado le toca

suavemente el brazo y lo llama, pero no obtiene contestación. Claver continúa en su éxtasis... Lo sacude entonces fuertemente y le avisa que es tiempo de ir á la casa. Entra el Santo en su estado normal, y confundido por la buena opinión que deja de su virtud en el auditorio, se retira en el acto y pide humildemente perdón á los compañeros por no haber sabido dominarse.

Sin embargo, estas señaladas gracias no hicieron nunca suponer al humilde jesuíta que había dado un solo paso en el camino de la virtud. Al contrario, siempre se quejaba de su tibieza y en sus oraciones pedía constantemente al Señor que encendiera en su corazón un amor sincero y ardiente. Tan penetrado estaba de su indignidad, que se consideraba como novicio aun después de largos años de fructuosísimo apostolado. No se acordaba de sus éxtasis sino para renovar continuos actos de humildad.

Su tierna caridad para con Dios aparecía todavía más viva cuando recordaba la pasión de Jesucristo. La vista del crucifijo excitaba en su noble alma una especialísima conmoción. Pensando en las crueldades y delitos consumados por los ingratos judíos contra la sagrada persona del Redentor, desde la última cena hasta la espiración en la cruz, se confundía por su *poco afecto* al sufrimiento, derramaba copiosas lágrimas y prometía á su amado Dios reparar las pasadas ingratitudes é indiferencia con una vida de *absoluta abnegación*. Como tenía estampas en las que estaban representadas todas las dolorosas escenas de la Pasión, escogía una que le recordara el misterio que deseaba meditar, y de esa consideración se elevaba insensiblemente hasta la más sublime contemplación. Era tanta la abundancia de las gracias sensibles con que Dios lo favorecía en las férvidas meditaciones del misterio de la Cruz, que no pudiendo á veces soportar el ímpetu de los

afectos, se le oía exclamar : « ¡ Dios mío, basta ! » ¡ Plenamente inundada de divinos favores se sentía el alma del gran apóstol !

« El amante de las almas, escribía san Alfonso, el amorosísimo Salvador del mundo, declaró que no tuvo al hacerse hombre otro fin que el de encender el fuego de su santo amor en los corazones de los hombres. « He venido » á poner el fuego en la tierra, y ¿qué puedo desear, si no » deseo que éste se encienda[1] ! » ¡Oh cuán bellas llamas de caridad ha prendido en innumerables almas, especialmente con las penas que quiso sufrir antes de su muerte, para demostrar su inmenso amor á las criaturas ! ¡ Oh cuántos corazones felices en las llagas de Jesús, como en ardientes piras de amor, se han inflamado hasta el punto de no haber rehusado consagrarle los bienes, la vida y las mismas personas, superando con ánimo todas las dificultades que se le presentaron en la observancia de la divina ley[2] ! »

Pedro Claver fué precisamente una de esas bellas almas que se encendió en amor divino, meditando los dolores de Jesús crucificado ; fué uno de esos corazones dichosos que á los pies de la Cruz aprendió á despreciar el mundo, á pisotear los terrenales bienes, á vencerse á sí mismo y á sacrificar la propia vida. ¡ Sí, allí adquirió aquel profundo espíritu de abnegación que ya hemos admirado en él ! ¡ Allí consiguió aquel heroísmo que lo indujo á volverse *esclavo de los esclavos para siempre !* ¿ Qué de extraño que así recompensara el amantísimo Jesús la especial devoción que su fiel ministro tenía por la Pasión ? ¿ Para qué maravillarnos de que así premiara las lágrimas derramadas

[1] *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?* (S. Luc., c. XII, v. 49.)
[2] S. Alfonso de Lig., Obras Asc., t. I, p. 538.

por Claver ante el símbolo de su martirio? El alma noble y generosa del Santo se refundía en Jesús, y éste lo llenaba de bendiciones...

Cuando las multiplicadas ocupaciones le dejaban algunos instantes libres, iba á hacer su visita á un gran crucifijo situado en la parte más retirada de la casa. Muchas veces lo oían prorrumpir en seráficos actos de amor. Los reverendos padres, que bien conocían la sublime santidad de Claver y le profesaban grande estimación, lo observaban con piadosa curiosidad, á fin de sorprenderlo en aquellos santos ejercicios de virtud, que su profunda humildad procuraba esconder á los ojos de los demás. Por esto se pudo saber lo que hemos narrado en el capítulo XI, al hablar de su devoción por la pasión de Jesucristo. También se descubrió así que en los últimos años de su preciosa vida, salía del cuarto todos los viernes á media noche, con la mencionada soga al cuello, la corona de espinas en la cabeza y una pesada cruz en las espaldas, é iba haciendo tantas estaciones cuantas hizo Nuestro Señor Jesucristo antes de llegar á la cima del Gólgota.

Deseaba hablar mucho de los indecibles dolores y padecimientos soportados por el Divino Redentor, pero siempre que la conversación sobre tan delicado asunto se prolongaba, prorrumpía en amargo llanto, pues se enternecía demasiado su dulce corazón al referir la dolorosa historia del Hombre-Dios, y por más esfuerzos que hacía no podía contener las lágrimas.

En la semana santa parecía sufrir su rostro una transformación. En efecto, la tradicional sonrisa que siempre veíase estampada en ese simpático semblante, desaparecía; la ordinaria alegría se trocaba en tristeza; se mostraba hondamente impresionado.

Casi se hubiera dicho que estaba representada en él la

viva imagen de Jesús víctima de expiación por nuestros pecados.

Después de la pasión del Redentor, el misterio que más lo entusiasmaba era el de la *eucaristía*. La viva fe que tenía en la real presencia de su *amado* en el santo tabernáculo, lo hubiera obligado á pasar la vida entera al pie de los altares si el deber no le hubiera impuesto también otras ocupaciones y ejercicios. Hacía al *Prisionero de amor* frecuentes visitas; no podía pasar delante de una iglesia sin entrar á rendirle homenaje. Cuando sus trabajos apostólicos no eran tan urgentes, pasaba largas horas alabando y glorificando á Jesús sacramentado. En su última enfermedad, como no podía ir solo, se hacía llevar á la capilla por alguno de sus queridos hermanos, y allí pasaba muchas veces el día en santa contemplación. Habiéndole preguntado uno de sus negros qué hacía en todo ese tiempo delante del tabernáculo, contestó :

« ¡Dios mío! ¿qué se hace en compañía de su Divina Majestad? Se *adora*... se *ama*... ¿No es eso mismo lo que estaremos haciendo por toda la eternidad en el Cielo? ¿No encontraremos nuestra felicidad y dicha en la *adoración*... en el *amor* por todos los siglos de los siglos? »

Cuando hablaba de este adorable misterio, empleaba los términos más dulces y afectuosos. Su corazón se sentía lleno de gratitud y amor; su frente resplandecía; brillaban sus ojos, su alma se conmovía y las lágrimas le cortaban á veces la voz.

Cuando catequizaba á los negros, exclamaba :

« Hijos míos, ¿por qué está nuestro Señor en el sacramento del altar? Para demostrarnos su caridad, para darnos una espléndida prueba de su ternura y misericordia, para borrar los pecados del mundo. Vayamos, pues, á Él con el corazón lleno de confianza, seguros de que no nos

rechazará; rodeemos su excelso trono de amor y hallaremos la vida y la felicidad. Cuando recibimos á Jesús, recibimos nuestro consuelo, nuestra dicha. Queriendo Dios comunicársenos en el sacramento eucarístico, nos ha dado deseos tan extensos, que él solo puede llenarlos... Quien se une al Señor se pierde como una gota de agua en el océano y ya no es posible separarla. Un corazón que á Dios posee, debe estar muy encendido; los corazones de los discípulos de Emmaus ardían en llamas de amor solamente al oirlo... Entreteneos con Él, y experimentaréis un fuego devorador que despertará en vosostros una marcada propensión hacia el bien y una gran repugnancia por el mal. »

Inspiraba también á sus negros mucho respeto por el sacramento de la eucaristía, con el esmero que tenía en arreglar lo más decentemente posible sus chozas, cuando debía llevar el santo viático á algún enfermo. Iba él mismo á barrer y asear la negrería donde había de entrar el Rey del Cielo; preparaba un pequeño altar que adornaba con paramentos á propósito y daba ropa limpia al enfermo.

No consentía que sus negros en los días de precepto faltaran una sola vez al santo sacrificio de la misa. Sabemos que los domingos y demás fiestas los reunía y los acompañaba á la iglesia. Pero como algunos no podían asistir siempre, solicitó de la autoridad eclesiástica el permiso para celebrar dos veces, á fin de proporcionar la ocasión á sus hijos de cumplir con la obligación impuesta por la Iglesia.

Era tanta la reverencia que tenía para con Jesús sacramentado, que á pesar de su admirable santidad jamás subía al altar sin haberse confesado antes. Todas las mañanas, pues, se reconciliaba con un dolor vivísimo casi siempre

acompañado de lágrimas, y pasabá en seguida media hora en oración para prepararse á ofrecer al Cordero inmaculado y recibirlo dignamente en su corazón. Apenas llegaba al altar transformábase en un serafín... No era posible contemplar una figura que mejor representara la *adoración* ó la *iluminación angelical* que la del santo Claver en el acto de celebrar. Se hubiera dicho que estaba en una atmósfera paradisaica. Corazón, espíritu, alma y sentidos parecían absortos... y lo estaban en realidad. Ni un momento de distracción en su plegaria... Rodeado por una turba de gentes, bajo la influencia de tantas miradas fijas en él, comunicaba con su Dios tan libremente como si hubiera estado en la soledad de su pequeño cuarto. Derramaba abundantes lágrimas de amor durante todo el tiempo de los santos misterios.

Los que tenían la dicha de asistir á su misa, confirmábanse en la idea de que el *santo jesuita veía á Nuestro Señor* al través de los velos eucarísticos. Cuando hablaba de la *Comunión*, se entusiasmaba extraordinariamente y decía :

« Si se comprendieran los bienes contenidos en este sacramento, no habría necesidad de otra cosa para satisfacer todas las aspiraciones humanas. El avaro no codiciaría los bienes terrenales ; no se afanaría en acumular tesoros el comerciante; no buscaría perecederos laureles el ambicioso; no correría en pos de inmundos placeres el lujurioso... Todos despreciarían la tierra, se sacudirían su polvo y volarían el Cielo... ¡La Comunión!... ¡Oh, qué honor hace Dios á sus criaturas!... Deseando dar á nuestra alma algún alimento para sostenerla en la difícil peregrinación de la presente vida, echó una mirada á lo creado y no encontró cosa digna de *ella*. Contemplóse á sí mismo y deliberó comunicársele... ¡Alma mía!... ¿Quién será capaz de va-

luar tu grandeza, puesto que el Señor solamente puede contentarte?... ¡Oh, el alimento nuestro es el cuerpo y la sangre de un Dios!... ¡Adorable nutrición!

El santo jesuíta no tenía más que un pensamiento, pero noble, generoso, elevado y sublime. *¡Amar y hacer amar* á Dios!... ¡Dios, nada más que Dios!... ¡Siempre Dios!... ¡Doquiera Dios!... ¡En todas las cosas Dios!... Así llevó su vida... ¡Más de setenta años pasó en esta celestial monotonía!...

Tan ardiente caridad para con Dios despertó en la nobilísima alma de nuestro héroe otro amor, que fué acentuándose cada día más: el amor á la Virgen Santísima. Bien sabía Claver que no podía separarse la Madre del Hijo, que las palabras pronunciadas por Jesús en la cruz: «Juan, ¡he aquí á tu madre!» imponían á todos los cristianos la obligación de profesar á María sincero y tierno afecto filial. Cuanto más, pues, aumentaba el amor para con Dios, más viva se hacía también su devoción hacia la Virgen Santísima. Terminada la visita que acostumbraba hacer al santísimo sacramento, sentía la necesidad de dirigir fervorosas preces igualmente á María. Solía llamarla con el nombre de *Madre del bello amor*. Non eran raras las veces que en medio de sus éxtasis se le oía prorrumpir en estas nobles expresiones:

«¡Oh buena Madre, enséñame á amar á tu divino hijo! ¡Dame, te suplico, dame una chispa de aquel puro amor en que estás ardiendo siempre! Cámbiame este corazón tan duro é insensible, ó préstame el tuyo para que pueda recibir dignamente á Jesús; María, no abandones á tu siervo. Recíbeme bajo tu santa protección... ampárame... defiéndeme de todos los enemigos espirituales que me rodean... sálvame... haz que te contemple algún día en tu elevado trono de gloria!...»

La víspera de las fiestas consagradas á la Virgen, la santificaba con ayunos y penitencias... Por la tarde confesaba á los niños del colegio y les daba sabios consejos para inspirarles desde temprano el amor á María.

También escogía generalmente esas solemnidades para proporcionar á sus mendigos un poco de distracción y alegría. Reuníalos entonces en el patio del colegio y les daba un pequeño *banquete*. La música era indispensable en fiestas tan gratas para el corazón del Santo, quien experimentaba inmenso júbilo siempre que veía á sus hijos contentos y satisfechos. Sin embargo, así como no se principiaban esos *festines* antes de haber cumplido con todos los deberes de cristiano, antes de haber asistido á la misa y recebido el *pan de los ángeles*; así no se terminaban sin elevar nuevamente el pensamiento á Dios y á su Santísima Madre, en *cuyo honor* se celebraban. El santo sacerdote reunía en derredor suyo á todos esos infelices, les explicaba el misterio que la Iglesia recordaba en el día, los exhortaba á imitar las virtudes de María, rezaba el santo rosario y entonaba las letanías, que todos cantaban en coro con acuerdo y armonía.

María era el refugio de san Pedro en los difíciles trances de la vida; á Ella ocurría cuando quería una gracia, á Ella se dirigía cuando deseaba una conversión; á Ella clamaba cuando le interesaba alguna cura, á Ella imploraba cuando anhelaba que se suspendiese un azote ó se obtuviese algún beneficio; á Ella pedía las armas cuando necesitaba un triunfo sobre el demonio. Una de sus más frecuentes prácticas para alcanzar un favor del Cielo era ofrecer una novena á la Madre de Dios.

« De esta fuente he sacado tanto, decía, que ya se hubiera secado si no fuera inagotable. »

En sus instrucciones hablaba con frecuencia de María, la

privilegiada mujer que forma las delicias de la Trinidad Santísima.

« *El Padre*, exclamaba, *se complace en mirarla como su obra maestra, de la misma manera que el artista ama su obra, especialmente cuando está bien hecha. El Hijo la mira como aquella adorada madre, de quien ha recibido la sangre que nos ha redimido. El Espíritu Santo la considera como su templo precioso.*

» El corazón de esta buena Madre es todo amor y misericordia : no desea sino vernos felices : basta encomendarnos á Ella para ser oídos... Dios nos amó hasta morir por nosotros : pero en el corazón de Nuestro Señor reside la justicia que es un atributo de la divinidad : en él de la Virgen Santísima no hay sino misericordia... Si el Hijo está á punto de castigar á un pecador, María se interpone, detiene el brazo, implora en favor del culpable y desarma la divina cólera. María nos prodiga caricias y bondades cuando más menesterosos de ellas nos ve. ¿No presta con preferencia una madre su ayuda al más débil de sus hijos ? Un médico ¿ no atiende con más esmero á los que se hallan más enfermos? Ocurramos pues á María con confianza. »

Para fomentar también en los demás la devoción que tenía vivísima en su corazón, distribuía cantidades fabulosas de estampitas de la Virgen y rosarios. Se calculaba que repartía, sólo entre los negros, de ocho á nueve mil todos los años, sin comprender las que distribuía en los hospitales de San Sebastián y de San Lázaro.

Cuanto más se despertaba en el espíritu de Claver tan acendrado amor para con Dios y para con la Virgen Santísima, se excitaba con mayor vehemencia otro amor menos conocido, menos comprendido, pero que no es sin duda menos importante. Hablamos del amor hacia la

Iglesia; hacia esa madre tan veneranda y digna de todo nuestro respeto, hacia la esposa de Jesucristo, salida de sus llagas, alimentada con su sangre, y en la cual, vive el Señor con su verdad, con su gracia, con su sacramentos. Este amor abrazaba implícitamente todo lo que la Iglesia representada por su jefe reconoce, acepta y propone. No se podía hablarle de la augusta cabeza del catolicismo, sin provocarle suspiros, lágrimas de consuelo y actos de sincero entusiasmo. Su piedad le obligaba á buscar todo lo que se refiere de un modo ú otro al culto y á la gloria de Dios. El más pequeño objeto le era caro y sagrado, con tal que tuviera alguna significación devota. Le gustaban las imágenes, las cruces, los escapularios, las medallas y las reliquias sobre todo. Las negrerías, las salas de los hospitales que él visitaba, su cuartito tenían los muros cubiertos de esos signos de devoción.

Un ministro del altar tan amante de su Señor, tan adicto á la Iglesia ¿cómo no debía arder en celo por la salvación de las almas? Fácilmente se explica ahora cómo sostenía los extraordinarios trabajos que conocemos para convertir á los pecadores, á los herejes, á los paganos. Su anhelo era el de corresponder siempre al amado Jesús, y sabía que no había modo más aparente que conquistarle almas. No quería frustrar las esperanzas puestas por la Iglesia en sus sacerdotes, por consiguiente todo lo soportaba con tal de ayudar á su Santa Madre en la reforma de los corazones. Todo lo que tenía por objeto el bien de las almas, le era grato y llevadero. Por esto devoraba á Claver un celo tan admirable, que le hubiera llevado á las costas africanas á evangelizar á los infieles si los superiores no lo hubieran detenido en esta afortunada ciudad. Muchas veces solicitó el permiso para ocuparse en tan bella y peligrosa misión; pero siempre en vano, pues muy ne-

cesaria era creída su presencia en Cartagena para continuar las innumerables obras ya establecidas por él en beneficio de las almas. Sin embargo, el último año de su apostolado, cuando salió á las misiones, movido por su inagotable celo intentó ir hasta el territorio del Caquetá para civilizar á sus crueles y bárbaros habitantes. Ya se había puesto en marcha para el nuevo campo de trabajos, pero vencido por los sufrimientos, extenuado por las fatigas, se vió obligado á retroceder. Bien recordó entonces que el Gran Apóstol de las Indias orientales á quien se había propuesto imitar, también había tenido que sucumbir antes de penetrar á la China aun no iluminada por la luz del Evangelio.

CAPÍTULO XXIII

Profunda humildad y gran mansedumbre de san Pedro.

1. *Amen dico vobis, nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regno cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum.* (S. Mat., c. XVIII, c. 3, 4.)

En verdad os digo que si no os hacéis sencillos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se haga pequeño como este niño, será el mayor en el reino de los cielos.

2. *Quanto magnus es, humilia te in omnibus et coram Deo invenies gratiam.* (Eccli., c. III, v. 20.)

Cuanto más grande seas, humíllate más en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.

3. *Humilem Deus protegit et liberat; humilem diligit et consolatur; humili homini se inclinat: humili largitur gratiam magnam, et post ejus depressionem, levat ad gloriam. Humili sua secreta revelat; et ad se dulciter trahit et invitat... Non reputes te aliquid profecisse, nisi omnibus inferiorem te esse sentias.*

(Kempis, de Imit. Chr., lib. II, c. II, v. 2.)

Dios salva y protege al humilde; lo ama y lo con-

suela; se siente inclinado hacia él; le da abundante gracia, y después de su postración lo eleva á la gloria. Al humilde revela sus secretos, y lo atrae y convida dulcemente á sí... No creas haber adelantado en nada si no te consideras inferior á todos.

4. *Docebit (Dominus) mites vias suas.* (Ps. XXIV, v. 9.) El Señor indicará sus vías á los mansos.

Resiste Dios á los orgullosos y reserva sus gracias para los humildes [1]. Es ésta una verdad que en todo tiempo ha sido confirmada por la historia. Léanse con atención los anales de la Iglesia, y se verá que siempre las almas altivas abandonaron el recto camino, fueron precipitadas del elevado solio á que pretendieron subir y como su gran maestro Lucifer perecieron miserablemente. ¿Qué aconteció á los Tertulianos, á los Arios, á los Eutiquios, á los Focios, los Luteros, los Calvinos, los Zwinglios, los Lamennais, los Gioberti y otros muchos espíritus soberbios y rebeldes á la autoridad? Sabido es que todos cayeron en un profundo abismo de errores é iniquidades. El Todopoderoso castiga con severidad el orgullo de sus criaturas, abate á los que intentan elevarse, postra á los que contrarían sus enseñanzas. Mucho ha insistido siempre para persuadirnos la necesidad de humillarnos, y más que con palabras nos ha excitado con el ejemplo á evitar el orgullo y la soberbía. *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* [2]. Él ama la humildad. Por eso exalta á las almas sumisas, enaltece á los espíritus dóciles. En efecto, ¿quiere Dios cambiar la faz de la tierra, apartar á los hombres del vicio y acostumbrarlos á la virtud? ¿Quiere destruír el imperio de la idolatría, disipar las tinieblas y sombras de muerte en que está envuelto el mundo? ¿Quiere abatir el solio desde donde Satanás domina con

[1] *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* (Jac., c. IV, v. 6.)
[2] *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* (Mat., c. IX, v. 29.)

tiránicas supersticiones pueblos enteros? ¿Quiere iluminar todas las inteligencias para establecer el reino de la verdad? ¿Quiere abolir el homicidio, desterrar la fornicación y el incesto, condenar la intemperancia y prohibir la blasfemia, el perjurio y el robo? ¿Á quiénes escogerá para llevar á cabo tan grandiosa empresa? ¿Recurrirá tal vez á la culta y poderosa Roma para conseguir allí elocuentes oradores, bizarros militares, eminentes hombres de Estado que lo ayuden? No; no busca ni el valor, ni la riqueza, ni la ciencia: lo que necesita es humildad. Fija, pues, su mirada en unos infelices hombres de la Judea, no conocidos por el mundo; hombres que se ven obligados á ganar el pan con el sudor de su frente, y con *ellos* se propone conquistar á los *sabios*, á los *valerosos*, á los *grandes*.

Casi siempre se vale Dios de los instrumentos aparentemente más ineptos para llevar á cabo sus nobilísimas obras.

¿Se propone reformar su grey, quitar los desórdenes que en ella dominan, devolver á su esposa la primitiva belleza de formas y pureza de costumbres? Saca de la oficina de un olvidado artesano á *Hildebrando* y lo coloca en la sede pontificia.

¿Quiere avergonzar á los grandes talentos de un siglo falsamente ilustrado? ¿Quiere obtener numerosas conquistas para el Cielo y establecer una peregrinación de almas descarriadas hacia el santuario de la fe? Escoge á un pobre ignorante, á un humilde hijo de oscuros padres, á un *Juan B. Vianney*, lo reviste de la dignidad sacerdotal, lo coloca en la insignificante villa de Ars, y por su medio obra inauditas maravillas.

¿Quiere presentar un gran modelo de virtud á los corrompidos hijos de un siglo en que reina un espíritu de refinada y diabólica malicia, en que se consiente el desborde de todas las pasiones, en que se profesa un nuevo

género de idolatría fondada en el puro egoísmo? Suscita á un pobre mendigo, eleva al honor de los altares á un *José Benito Labre.*

¿Quiere confundir el orgullo de presumidos y sedicentes doctos? ¿Quiere ofrecer al mundo el ejemplo de una abnegación y desprendimiento sobrehumanos en época en que hacen estragos la codicia, el sensualismo y la falsa filosofía? Levanta á un desconocido sacerdote, excita á un *Bosco*, el cual arranca la admiración de todos con su extraordinaria sencillez, y con su prodigiosa actividad confunde á los corifeos del progreso pagano en el siglo de las luces.

Es innegable que el Señor se sirve de los pequeños para confundir á los grandes, se sirve de los más insignificantes seres para dar lecciones á los poderosos de la tierra, pues como dice muy sabiamente el autor de *la Imitación de Cristo*, « protege y ayuda al humilde, lo ama y lo consuela, lo colma de gracias y lo eleva hasta la gloria ». Por esto todos los santos, todos los que han alcanzado un alto grado de perfección, todos los que han obrado grandes cosas en el orden moral, han sido profundamente humildes. Todos comprendieron que la humildad es el principio de las demás virtudes, es la base de la vida cristiana y tuvieron especial cuidado en practicarla escrupulosamente. Por eso también vemos al heroico padre Claver que demuestra una predilección muy marcada por la *humildad.*

Sus talentos, su nobleza, su instrucción, su capacidad, le hacían apto para grandiosas empresas, le anunciaban un brillante porvenir; pero él prefería los cargos más viles y despreciables. Hubiera podido ocupar con honor y distinción una cátedra de filosofía ó de teología, en cualquiera de los afamados planteles de la Compañía, hubiera podido des-

plegar sus dotes oratorias en las principales ciudades de la patria: hubiera podido desempeñar con éxito cualquier puesto elevado en la Iglesia: hubiera podido obtener dignidades en la jerarquía eclesiástica: pero Claver jamás pensó en semejantes cosas. El había abandonado ya al mundo y sólo quería imitar á Jesucristo, por consiguiente en vez de buscar honores, procuraba esconderse y se esforzaba en ocultar sus bellas cualidades.

Catequizar á pobres é infelices esclavos, infundirles amor para con Dios y odio á pecado, ¡he aquí el noble y honroso oficio que él ejercía! Los mismos superiores, durante los primeros años de su apostolado, deploraban á menudo que lo escaso de obreros les obligara á sepultar tan brillante inteligencia en las cocinas, en los hospitales y en los presidios, y sentían hondamente tener que ocupar en semejantes oficios á un religioso tan distinguido que ofrecía grandes esperanzas. Pero la voluntad de Dios acerca de la misión del padre Claver era evidente, no había duda de que el estaba destinado á ejercer la glorioso corona de apóstol de Cartagena *y de las Indias occidentales*; por consiguiente era preciso que antes se volviera el *humilde esclavo de los negros para siempre.*

El se consideraba como el más ingrato de sus religiosos, se creía el más ignorante de todos. Con, pues, á los demás con sencillez y mérito, se sometía humildemente á cuanto los otros decían, aceptaba con humildad los consejos de los hermanos coadjutores y de los misioneros, estaba siempre dispuesto á hacer lo que le mandaban no solamente los superiores sino también los inferiores. En las ocasiones en que se le querían dar muestras de distinción y honor se resistía á aceptarlas, decía que á él se le debía el último puesto, y cuando se le instaba mucho, recordaba la lección de humildad que Jesucristo nos había querido

dar con aquellas palabras: *Si fueres convidado á bodas, no te pongas en el primer puesto; no sea que haya quizas otro convidado de mas distincion que tu, y sobreviniendo el que á ti y al otro os convidó, te diga: Haz lugar á éste; y entonces con sonrojo te veas precisado á ponerte de ultimo*[1].

Á sus ojos nada era más digno de menosprecio que la propia persona. Se reputaba gran pecador, por consiguiente merecedor de los más severos castigos divinos. Por eso mortificaba duramente su cuerpo. En el pequeño libro en que apuntaba sus elevados pensamientos, se encontraron las siguientes expresiones:

« ¡Alerta! ¡no abuses de las gracias del Señor! Teme ser entre tus hermanos un nuevo Judas entre los apóstoles.

» ¡Cuántos han entrado contigo en religión y han hecho ya grandes progresos en el camino de la perfección! ¿Por qué éstas tú tan atrasado? ¿Por qué eres tan ingrato? ¿Por qué aun eres tan pecador? ¿Cuándo te resolverás á consagrarte definitivamente á tu amado Señor, á aquel Señor que te ha colmado de dones y beneficios? »

Tan íntima persuasión tenía el Santo de su indignidad, que no obstante sus grandes penitencias, le parecía que no hacía nada para satisfacer á la Justicia Divina, airada por las ofensas que creía haberle irrogado.

Al pasar un día por delante del cuarto de Claver, el superior del colegio oye un insólito ruido que no puede explicarse. Deseoso de averiguar lo que hay, entra... y encuentra al abnegado jesuíta con una corona de espinas en la cabeza, un freno en la boca y una cadena de hierro en la derecha con que se estaba dando terribles golpes. Lo re-

[1] *Cum invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco, ne forte honoratior te sit invitatus ab illo, et veniens is qui te et illum vocavit, dicat tibi: Da huic locum: et tunc incipias cum rubore novissimum locum tenere.* (S. Luc., c. XIV, v. 8.)

prende severamente el rector por tales excesos de mortificación y le ordena que se modere...

« Oh, padre mío, le contestó el Santo, yo he contraído muchas deudas con mi Dios, es preciso que me esfuerce en pagarlas si quiero salvar mi pobre alma. »

La idea de su ingratitud en corresponder á los beneficios divinos lo dominaba continuamente. Cuando veía algún árbol alto y frondoso, cuando contemplaba los productos de la vegetación, exclamaba :

« ¡Cuán ingrato soy yo! Este terreno produce abundantes frutos, y mi alma, á pesar de las innumerables gracias con que el Señor la fecundiza, no da más que abrojos y espinas. »

Al pasar cerca de un charco de agua cenagosa y cubierta de lama, llamaba la atención de los que le acompañaban y exclamaba con tristeza :

« ¡El agua cristalina y pura de la gracia se corrompe de este modo en un corazón impuro como el mío! »

Cuando por casualidad veía colocar un hierro en la candela paro trabajarlo, decía :

« ¡Yo también tendría necesidad de ser purificado por este fuego á fin de evitar el del infierno!... Si no me tratas con severidad, oh Dios mío, ¿cómo ablandarás mi duro é insensible corazón? »

Si alguna persona, conocedora de la gran santidad del padre Claver y de la eficacia de sus oraciones, deseando el buen suceso de un asunto importante, se le recomendaba, se excusaba de esta manera :

« ¡Oh, es éste el medio más seguro para que sus deseos no se verifiquen!... Indudablemente fracasará su empresa si le busca apoyo en mis pobres plegarias... Las mías no son *oraciones* sino *distracciones*. »

Á veces, en las ocasiones en que acompañaba al patí-

bulo á los condenados á muerte, después de haberles dirigido palabras de consuelo, añadía :

« Hermano mío, ¿no merezco yo la misma pena que tú vas á sufrir? ¿No he provocado también la ira de Dios con numerosas culpas? Sí, yo merezco más que tú la pena de muerte. »

Bastarían estas expresiones para demostrarnos cuán profunda era la humildad del padre Claver; pero más claro aún revelan su predilección por la bella y noble virtud que ha formado tantos santos, las máximas escritas de su puño y letra halladas después de su muerte. Dicen así :

« El hombre verdaderamente humilde desea el desprecio; no pretende hacerse estimar como humilde ; más bien procura aparecer digno de ser humillado.

» Se somete á todos.

» Obedece á todos.

» No reprocha á nadie.

» Desea que todos lo maltraten.

» Desea que las personas que le ofenden, no se persuadan de su *humildad*, sino que lo juzguen verdaderamente despreciable.

» Cuando se ve corregido, debe hacer creer que está confundido, mientras en el fondo de su corazón debe alegrarse por el santo odio que es preciso tenga contra sí mismo. »

Semejantes pensamientos sobre la humildad no quedaron solamente escritos, sino que fueron puestos estrictamente en la práctica. La vida del santo jesuíta fué una vida de continuas humillaciones, copia fiel de la vida del humilde *Hijo del hombre*, la vida de un verdadero *esclavo de los negros*.

Ocultaba con gran esmero sus cualidades, deseaba aparecer siempre el último á los ojos de los hombres, y cuan-

do era favorecido públicamente por Dios con alguna gracia extraordinaria, pedía otra para sustraerse á las congratulaciones de los presentes, y desaparecía milagrosamente, evitando las muestras de respeto de que se le quería colmar. Véase lo que aconteció una vez en el hospital de San Sebastián.

Estaba el arcediano de la catedral distribuyendo unas limosnas en una sala de aquel establecimiento, cuando ve á la cabecera de un enfermo al padre Claver iluminado por una luz sobrenatural. Una claridad brillantísima rodea la cabeza del Santo y se esparce por todo su angelical semblante. Lleno de asombro el arcediano, experimenta la necesidad de atestiguarle su veneración. Aguarda que acabe Claver de auxiliar al infeliz moribundo para acercársele, besarle la mano y encomendarse á sus oraciones; y apenas lo ve dejar aquella cama, corre á su encuentro...

El *Santo* ya no estaba en la sala...

Se busca por todas partes... no está tampoco en el hospital. Y sin embargo, ninguno lo había visto salir, y en la misma sala en donde había aparecido tan brillante á los ojos del arcediano, los enfermos y los enfermeros lo habían visto en aquel mismo instante y habían dejado de apercibirlo sin que nadie pudiera decir cómo había desaparecido.

El arcediano se persuadió de que el santo varón, notado el milagro hecho por Dios en su favor, había pedido otro para preservar su humildad del escollo que lo aguardaba á su paso.

Á pesar de su talento é instrucción, cuando se le consultaba acerca de un asunto de monta, el gran siervo de Dios contestaba así :

« Yo no puedo dar un consejo sabio y prudente en tan importante cuestión. Más vale que se dirijan á los padres del colegio. Ellos tienen mucha ciencia y tino, por consi-

guiente sabrán dictar una resolución acertada. Yo no sirvo sino para los esclavos ignorantes. »

Dos veces á la semana se veía infaliblemente al buen padre atravesar las calles de la ciudad, llevando ropa y provisiones para los hospitales. No era raro tampoco encontrarle encorvado, temblorosas las piernas, vacilante el paso, cargar algún pobre enfermo encontrado tendido en el suelo de una miserable choza. Y cuando se le observaba que para semejantes oficios debía ocurrir á los sirvientes de los hospitales en lugar de hacerlos él mismo, decía :

« ¿Qué, acaso no deben ejercer *todos* la caridad? ¿Solamente los sirvientes deben tener el privilegio de prestar servicios tan importantes á los desvalidos? ¡Oh, no! yo quiero también hacer algo en provecho de mis amados hijos. »

Las demostraciones de estimación lo mortificaban. Cuando las funciones de su ministerio lo llamaban á las casas de los grandes, y éstos por la veneración que le tenían, manifestaban el deseo de oír algunas edificantes palabras de su boca, señalando al compañero, decía :

« ¡He aquí un padre que les hablará mucho mejor que yo. Escúchenlo, y quedarán satisfechos. »

Y dirigiéndose al colega, le suplicaba que hiciese una pequeña exhortación á la familia, mientras él iba á confesar al enfermo.

Pero cuando explicaba la doctrina á los esclavos, no podía impedir á muchos amos piadosos que oyeran sus instrucciones. Entonces aprovechaban éstos el valioso privilegio de sus súbditos para tener la dicha de admirar la sabiduría y sencilla pero conmovedora elocuencia del santo apóstol.

Querían igualmente tener parte en la distribución de los

premios que se hacía de cuando en cuando entre los pobres negros, á fin de guardar como reliquias preciosas las estampas ó las medallas que el *Santo* repartía.

Trataba el padre con proverbial dulzura y suavidad á todo el mundo; pero no consentía que se le hablara de sus méritos, pues volvíase muy severo, y á veces mostrábase hasta brusco con quienes le alababan.

Hacía poco tiempo que había desaparecido de Cartagena una peste portadora de grandes estragos para la ciudad y sus alrededores, y se decía comunmente que la cesación del terrible azote era debida á la férvidas preces y heroicos actos de virtud del Santo. Un día al pasar éste por cierta calle, se le acercó una infeliz mendiga, y extendiéndole la mano le pidió una limosna. Vació sus bolsillos el caritativo sacerdote y le entregó todo lo que pudo encontrar.

Penetrada la mujer de la generosidad de Claver, se postró á sus pies exclamando:

« Ah, santo padre mío, es verdad lo que se decía en Lima, que Dios había *tenido compasión de Cartagena* por los méritos de vuestra reverencia.

—¡Vaya!... contestóle Claver disgustado, ¡no sabes lo que estás hablando! ¡Cuán enorme desatino estás profiriendo! Si llega á mi conocimiento la noticia de que repites semejantes cosas, no volverás á verme. ¡Pide perdón á Dios por tan grande imprudencia! »

Y en el acto corrió al hospital de San Lázaro para poner á cubierto de aquella fuerte tentación su humildad atacada y para expiar con terribles mortificaciones la *buena opinión* de que gozaba en *Lima* y en *Cartagena*.

Por el contrario, siempre aplaudía á los que desaprobaban sus acciones; recibía los reproches aun de sus inferiores con sumisión y acatamiento, y cuando lo creía ne-

cesario para el bien de las almas hacía actos de humildad más profundos todavía.

Teniendo que salir un día para ejercer el sagrado ministerio, fué á avisar al hermano coadjutor destinado á acompañarle, que se alistara. No queriendo éste ir á la calle á esa hora, que era de gran calor, comenzó á regañar al Santo porque no tenía consideración por sus hermanos, y negóse rotundamente á seguirle. Suplicóle entonces Claver que le perdonara, y lo exhortó á ceder por el amor de Dios; pero firme en su mal propósito el hermano no cedía... Mientras tanto el tiempo pasaba, y Claver se quedaba aguardando. Viendo finalmente que era urgente la salida, postróse á los pies de su inferior y le rogó encarecidamente con las lágrimas en los ojos que no opusiera aquellos obstáculos al ejercicio de su ministerio. Vencido el hermano por tal exceso de dulzura y humildad, se avergonzó de su resistencia, le pidió perdón, y en el acto accedió á sus deseos.

Á veces se creería exagerada la *humildad de los santos* pensando que almas purísimas, corazones devorados por vivas llamas de amor divino como los que han merecido ser elevados al honor de los altares, se declaran sin embargo llenos de defectos, se dicen reos de graves culpas, se llaman en suma *grandes pecadores*. Por cierto que causa maravilla ver cómo lo más adelantados en la virtud se creen indignas y miserables criaturas que no merecen pisar la tierra; pero si bien se reflexiona, se comprende que precisamente porque son santos aquellos seres privilegiados han podido penetrar mejor que nadie los secretos divinos, formarse un concepto más exacto de la miseria de los hombres, de su pequeñez é indignidad. Cuando, pues, afirmaban que eran *pobres pecadores*, convencidos estaban de que confesaban la verdad. ¿Y cómo no habían

de estarlo *ellos* que bien sabían que *los mismos ángeles son defectuosos* en comparación con el Altísimo? San Pedro Claver nos explica este secreto de las almas *santas* con unas sabias frases escritas en el *librito de sus pensamientos:*

« El alma verdaderamente *humilde* se eleva á Dios con todas sus fuerzas.

» Cuanto más á Él se eleva, más descubre su santidad, más comprende su inmensa perfección.

» Se ve entonces á sí misma, conoce la distancia infinita que entre Dios y ella existe. Con el favor del Cielo que la ilumina, descubre sus manchas, así como por los rayos del sol que entran por una ventana ve el ojo los átomos de polvo de que el aire está lleno. »

No había falsa humildad por cierto, de parte de nuestro santo cuando se declaraba *el más grande pecador*. Elevábase éste hacia el Señor con todas las fuerzas de su alma, y cuanto más se acercaba á la *divina luz*, más claro veía, más profundamente penetraba el abismo que separa á Dios de las criaturas. Por eso se convencía de su pequeñez y aumentaba su deseo de verse humillado, despreciado y considerado como el *último de los hombres*. Por eso se encargaba él mismo de inspirar á los otros la idea de su miseria protestando que *nada era, nada hacía, para nada servía*.

Por la noche, al volver de sus ímprobas labores al colegio extremadamente cansado, se acercaba al hermano portero y decíale :

« Querido, si algo se ofrece, no despiertes á los otros padres que deben estar muy fatigados, sino toca á mi puerta. Yo no he hecho nada hoy, justo es no dejar que repose en la noche aquel que no ha trabajado, y dar descanso á los pobres que han estado sudando todo el día. »

Una vez que estaban los colegas alabando su grande acti-

vidad é inagotable celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas:

« ¡Pobre de mí! dijo el Santo, ¡cuán estricta será la cuenta que tendré que dar al Juez Eterno por el tiempo que pierdo y las innumerables almas que dejo caer en las garras del infernal enemigo, por mi pereza... por mis descuidos!... Si el Señor juzgara como los hombres hacen, muy fácil sería salvarse: pero ¡ay! ¡Él considera de otro modo las cosas! Y lo que más me aterroriza es saber que Él no se equivoca... Conoce los méritos de cada uno... conoce mis defectos... por consiguiente preveo que en vez de premio estoy preparándome un castigo... ¡Tenga Dios piedad de este inútil siervo suyo y lo mire con ojos de misericordia! »

La santidad de Pedro Claver, las maravillas que obraba todos los días, la dulzura de su palabra y aun la misma severidad que á veces desplegaba para convertir á las almas y las demás excelentes cualidades que lo distinguían entre los otros padres, despertaban en muchas personas de la alta sociedad el deseo de recibir sus consejos y ponerse enteramente bajo su dirección espiritual. Pero no era fácil conseguir esta gracia, pues prefiriendo el buen padre á sus queridos negros y no consintiendo en privarlos de los auxilios que se había obligado á prestarles, pasaba la mayor parte de su tiempo ejerciendo la caridad en las negrerías, y solamente podía dedicar á la aristocracia los pocos ratos que le quedaban libres. Acontecía por consiguiente que las numerosas atenciones que prodigaba á esos infelices no le permitían acceder á todas las peticiones que los grandes le dirigían, y así muchas condesas y marquesas envidiaban la bella suerte de sus esclavas, quienes podían consultar cuando querían los casos de conciencia con el santo jesuíta. Cuando alguno de sus mismos cole-

gas le instaba para que acordara el suspirado favor á alguna persona de alta categoría, contestaba así :

« Generalmente muy poco se gana con esta clase de gente, sus pasiones los ciegan, sus riquezas ó su posición en el mundo los enorgullecen : hay que perder mucho tiempo en cumplimientos, en ceremonias, en conversaciones inútiles, y yo debo ocuparme de cosas más importantes. »

Ya sabemos que Claver daba siempre la preferencia á los negros y á los pobres. Cuando había confesiones, los amos se veían obligados á aguardar y ceder el puesto á sus esclavos.

Era ciertamente angelical la piedad del ferviente jesuíta. Las sobrenaturales comunicaciones que tenía con la Divinidad son la más evidente prueba de esto. Pero no se crea que él dejara ver algo de los especialísimos favores que recibía del Señor. Ninguna otra señal revelaba las operaciones de la gracia en su espíritu, sino un piadoso y recogido comportamiento, claro indicio de una gran concentración interior. Sin embargo, no había sombra de afectación. Él no tenía aire de querer alejar á Dios con un semblante triste y severo, demostraba por el contrario una sincera y cordial alegría que se granjeaba el amor de todos. Evitaba las exteriores exageraciones ; observaba las sabias reglas dictadas por la Iglesia respecto del porte y trato de los eclesiásticos en sociedad, y deseoso de practicar fielmente la bella virtud de la humildad, se esforzaba en seguir la costumbre de los demás, sin distinguirse en nada. Aun sus éxtasis hubieran quedado sepultados en el olvido, si Dios no hubiera permitido que á muchos y en bastantes ocasiones se revelaran. Él no omitía medio alguno de ocultar tan maravillosas comunicaciones con la Divinidad.

El rector del colegio lo había escogido para su director espiritual. Á menudo, pues, iba á su cuarto por la noche, poco antes de la hora de acostarse para consultarlo con tranquilidad y sosiego. Muchas veces lo sorprendía bien absorto en Dios ó bien ocupado en macerar su cuerpo. Desolado el Santo, cuya humildad hubiera querido esconder tanto sus privilegios como sus méritos :

« Padre mío, le dijo una vez, le ruego encarecidamente que escoja vuestra paternidad otro momento ú otro confesor, pues quiero reservarme la noche para la oración. »

Confundíase siempre que se descubría algún acto de sus heroicas virtudes ó algún efecto de las abundantes gracias de que el Señor lo colmaba.

Compañera inseparable de la humildad es la mansedumbre. No sólo dijo el Redentor que aprendiéramos de Él á ser *humildes*, sino también *mansos* de corazón. No basta, pues, ser *humildes*, hay que practicar la mansedumbre. El mismo Divino Maestro se encargó de darnos los más espléndidos ejemplos de tan preciosa virtud durante su vida mortal. La mansedumbre, pues, es indispensable para el verdadero creyente que anhela seguir las huellas de Jesucristo. Claver, que conocía perfectamente el espíritu del Salvador y se había propuesto reproducirlo en sí mismo con la mejor perfección posible, añadió á la ilimitada humildad que ya conocemos la más grande mansedumbre.

Aunque lo ofendieran, aunque lo persiguieran, siempre guardaba su admirable calma y tranquilidad; siempre aceptaba con resignación y paciencia cuantas mortificaciones se le proporcionaban. Especialmente durante el tiempo que se ocupó de reformar las costumbres de la ciudad, dió asombrosas pruebas de mansedumbre. En efecto, unos jóvenes españoles (deshonra de sus nobles familias) entregados á toda clase de vicios, no pudiendo soportar que el

buen padre trabajara con tan feliz éxito para quitarles todas las ocasiones de ofender á Dios y perder sus almas, cuando lo veían pasar, atacábanle villanamente con insultos y lo llenaban de ultrajes.

Ni una palabra de queja pronunciaba el santo sacerdote en aquellas circunstancias, ni una contestación fuerte daba á esos libertinos, ni un lamento salía de su boca para desaprobar tan ignominiosa conducta. Antes se mostraba contento y satisfecho, porque decía que el Señor lo honraba demasiado permitiendo que se le tratara como está escrito en el Evangelio que se trataría por el mundo á lo discípulos de Jesucristo. Alegrábase y repetía las palabras del Redentor : *Dichosos sereis, cuando os maldigan y os persigan y digan todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa. Regocijaos, porque vuestro galardón sera muy grande en los cielos. Pues así también persiguieron á los profetas que fueron antes de vosotros* [1].

Un día se estaba preparando para ir á la plaza á predicar, como de ordinario, contra los desórdenes que dominaban en Cartagena, cuando uno de los más atrevidos y licenciosos entre esos jóvenes se le echó encima con puñal en mano, amenazando quitarle la vida si no dejaba de predicar sobre sus costumbres. ¿Qué hizo Claver para defenderse? Lo que Jesús con sus enemigos : ofrecerse víctima de expiación al furor de aquellos infelices, y :

« ¡Si la voluntad de Dios, exclamó, es que yo muera, ¡he aquí mi vida! ¡Tomadla! »

Tan noble acto de virtud desarmó á los impetuosos jóvenes y proporcionó al Santo un espléndido triunfo.

[1] *Beati estis cum maledixerint vobis et persecuti vos fuerint et dixerint omne malum adversum vos, mentientes propter me; gaudete et exultate quoniam merces vestra copiosa est in cœlis. Sic enim persecuti sunt prophetas qui fuerunt ante vos.* (S. Mat., c. v. v. 11-12.)

En efecto, vencidos aquellos inconsiderados mancebos por tanta mansedumbre, se postraron á los pies de Claver, le pidieron perdón y se convirtieron.

La extraordinaria mansedumbre y dulzura del padre Claver triunfaba de la ferocidad de los salvajes, de la obstinación de los musulmanes, de la pertinacia de los herejes, de la injusticia de los grandes, de los caprichos de los pobres. Los más violentos caracteres tenían que ceder cuando se encontraban de frente con la insuperable paciencia del *buen padre*. Los dos hechos siguientes nos dan una idea del poder que tenía el héroe de Cartagena para dominar los espíritus con su mansedumbre.

Antonina Bánjez debía al colegio una suma considerable y recurría á mil pretextos para no pagarla. Los padres no tenían tan abundantes recursos que pudieran renunciar á ese crédito sin perjuicio para el establecimiento; hacían, pues, de cuando en cuando sus reclamos, pero siempre en vano. Antonina cubría de injurias á sus bienhechores todas las veces que éstos le recordaban la deuda.

Los remordimientos de conciencia eran vivísimos, pero la desgraciada mujer esperaba sofocarlos echando improperios contra los jesuítas.

Quiso el superior intentar de nuevo la vía de la dulzura para calmar la exaltación de Antonina, y envióle al padre Claver, con la firme esperanza de que éste apaciguaría el espíritu exacerbado de la señora y la convencería de la necesidad de cumplir con una solemne obligación, pagando la deuda pendiente con el colegio. Obediente siempre nuestro santo se encamina hacia la casa de Antonina. Apenas ésta lo ve, no puede enfrenar su diabólico furor, empieza á pronunciar horribles maldiciones y usa un lenguaje tan indecoroso que lo obliga á salir escandalizado. Y para evitar en adelante nuevos reclamos, la infe

liz mujer azuzada por el demonio resuelve consumar un crimen horroroso, quitándole la vida á Claver.

« Haré las cosas, razonaba extraviada entre sí, de manera que nadie lo note. Basta que el rector sospeche que su enviado ha muerto aquí, y no se atreva á proceder contra mí por temor de encontrar la misma suerte. »

El plan estaba combinado ya, solamente aguardaba la ocasión oportuna para ejecutarlo.

Una noche Antonina, fingiéndose enferma, va á acostarse antes de la hora de costumbre y manifiesta el deseo de confesarse con el *buen padre*. Le manda decir que está arrepentida por haberle tratado tan indignamente en días pasados y le suplica que vaya á reconciliarla con Dios y la Iglesia.

No demora un instante el celoso sacerdote en satisfacer tan buenos deseos, que en su sencillez cree sinceros, y vuela á la casa de Antonina. Mas apenas entra al cuarto de la pretendida enferma, dos *negros idólatras* se le echan encima, lo cogen por el cuello, lo estrechan fuertemente entre sus brazos é intentan sofocarlo. Cual manso cordero el buen padre deja que lo maltraten sin proferir una palabra, sin exhalar un lamento. Pero el hermano que lo acompañaba y que había quedado en la pieza vecina se apercibe del horroroso atentado y corre en el acto á la defensa del Santo.

Grita con toda su voz : « ¡ socorro ! ¡ socorro ! », y obliga á los esclavos á huír atemorizados.

Antonina, abismada por la virtud del padre Claver, vencida por aquel exceso de paciencia y mansedumbre, se deshace en lágrimas, se levanta de la cama, confiesa compungida su delito y se convierte realmente.

En un gran proceso que se había promovido contra los jesuítas, uno de los jueces principales se mostraba tan

apasionadamente contrario á éstos, que no podía dejar de manifestar su indignación siempre que se hablaba en favor de la Compañía. Era preciso presentarle una *instancia* de la cual dependía el buen éxito de la causa; pero nadie se atrevía á hacerlo. El rector del colegio se valió entonces del medio más eficaz para superar todas la dificultades, ocurriendo á Claver, en la persuasión de que la *virtud de un santo* impresionaría sin duda al injusto magistrado. Va el buen padre á la casa del juez, y con su tradicional humildad trata presentarle la instancia. Mas apenas le ve el juez, olvida su posición oficial, no se acuerda de la alta misión que desempeña como funcionario público, y le dirige palabras sumamente duras y ofensivas.

Retírase el Santo sin contestar absolutamente nada y con aspecto tan alegre y contento como si hubiera sido recibido con la mayor afabilidad y cortesía. Al día siguiente presentósele nuevamente con la misma instancia. El juez, creyendo que los jesuítas querían burlarse de su autoridad se exalta más que nunca, se deja transportar tanto por la cólera que amenaza pegarle á Claver y llama á los hijos de Ignacio intrigantes, sediciosos y perversos.

El siervo de Dios oye todo con admirable calma, y antes de retirarse saluda cordialmente al magistrado con una profunda inclinación. Se renovaron por unos días las mismas escenas, y á los ultrajes siempre contestaba el Santo con actos de sobrehumana virtud. Al fin triunfó la paciencia de la impetuosidad, triunfó la mansedumbre de la soberbia, triunfó la humildad del orgullo. El juez se persuadió de que la razón estaba del lado de los jesuítas, dictó una justa sentencia, y la Compañía ganó el pleito.

Todas las veces que los jesuítas encontraban dificultades con personas que les eran poco favorables, escogían á Claver para que fuera á entenderse con ellas y las moviera

á desistir de sus pretensiones. No había inconveniente que no superara el *buen padre*, no había cuestión que no decidiera el *ángel de la paz*; no había sinsabor que no disipara nuestro manso *intermediario*.

Sería imposible referir todas las victorias que obtuvo con su suave y dulce carácter; baste saber que á pesar de verse rechazado indignamente por aquellos á quienes se dirigía, despreciado, insultado y vilipendiado, no dejaba de cumplir estrictamente con el encargo recibido, y nunca decía al superior una palabra para que le ahorrara aquellos bochornos. Cuando no conseguía su objeto desde la primera vez, volvía con su proverbial paciencia, insistía con su extraordinaria amabilidad, y al fin lograba conmover aun á los más duros corazones.

No era posible resistir á la mansedumbre de tan santo varón, no era posible soportar su celestial mirada sin declararse vencido.

¡Oh cómo se impone la santitad, cómo domina y avasalla!

CAPÍTULO XXIV

Claver es el tipo del buen religioso. — Su amor á la pobreza, su admirable pureza, su ciega obediencia y gran regularidad.

1. *Omnis ex vobis qui non renuntiat omnibus quæ possidet non potest meus esse discipulus.*

(S. Luc., c. XIV, v. 33.)

Cualquiera de vosotros que no renuncie á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

2. *Paupertas ut murus religionis firmus diligenda et in sua puritate conservanda est quantum divina gratia aspirante fieri poterit.*

(Rodríguez, Ejerc. de perfecc., lib. VIII, p. 8.)

La pobreza, como sólido muro de la religión, debe

amarse y conservarse en su pureza cuanto nos sea posible con el auxilio de la gracia divina.

3. *Videsne virginitatis præstantiam quomodo terrarum incolas sic afficiat, ut qui corpore vestiti sunt, eos incorporeis mentibus exæquet.*

(Lect. VIII S. Aloysii Gonz.)

¿Ves la importancia de la virginidad que ennoblece tanto á los moradores de la tierra, que iguala á los que tienen cuerpo con los espíritus inmateriales?

4. *In obedientia summa virtutum clausa est, nam simplici gressu hominem ducit ad Christum.* (S. Hier.)

En la obediencia se compendian todas las virtudes, pues ella nos conduce directamente á Cristo.

Si grande era el empeño de nuestro santo en practicar las cristianas virtudes en general, fácil es suponer cuál sería su esmero para adelantar en aquellas que solemnemente había prometido cultivar con preferencia, en aquellas á que se había obligado por sagrados y perpetuos votos.

Al entrar en la Compañía de Jesús había tomado la firme resolución de abrazar la pobreza del Divino Maestro, de imitar el sublime ejemplo de pureza que éste había dado al mundo, de renunciar á su voluntad para acatar la de sus superiores. Semejantes propósitos los había renovado con mayor entusiasmo al concluír el noviciado y ser admitido definitivamente en la gran corporación fundada por san Ignacio. En seguida los había meditado más detenidamente aún, antes de su solemne profesión; había considerado toda su importancia y penetrado su sublimidad; y decidido como siempre á seguir de cerca á su amado Señor obligóse con inquebrantables vínculos á ser *pobre*, *inmaculado* y *obediente*.

¿Cómo había de olvidar el Santo los preciosos instantes en que inundada su alma de celestial goce, se había ofrecido á Dios? ¿Cómo no había de tener siempre presentes las tiernas fórmulas con que había repetido sus promesas? ¿Cómo no había de recordar diariamente la sacrosanta obli-

gación que había contraído de alcanzar toda la perfección posible en el ejercicio de las virtudes del estado religioso? Demasiado noble era el alma de Claver para descuidar tan importantes deberes. Si pues, hemos quedado prendados de su ardiente amor para con Dios, de su heroica abnegación, asombrados nos dejarán su pobreza, su pureza y su obediencia.

Vehemente era el deseo de parecerse al Divino Infante envuelto en miserables paños y colocado en un pesebre. Acostumbraba llamar *madre* á la *pobreza*. Estaba convencido, como los estuvieron siempre todos los santos, de que el único tesoro del corazón consiste en desprenderse de la tierra. Decía que así se rompen las cadenas que quitan al hombre su libertad manteniéndolo unido á cosas limitadas y perecederas. Había comprendido perfectamente aquella sentencia del Evangelio: *Quien cuida su alma, la pierde, y quien consiente en odiarla, la salva para la eternidad*[1]. » Él se había despojado de todo, aun de sí mismo, para hallarlo todo y aun su *alma en Dios*. El verdadero pobre, según el Evangelio, tiene el mundo en su poder, porque posee el soberano dominio de los bienes, despreciándolos.

Siempre buscaba Claver para su uso lo que rechazaban los otros. Los vestidos más remendados eran los que se ponía con preferencia, y casi siempre se necesitaba una orden del superior para que se los quitara cuando ya estaban enteramente inútiles.

No era posible entrar al cuarto que habitó por muchos años sin sentirse dominar por un sentimiento de viva conmoción y de respeto profundo al contemplar tanta indi-

[1] *Qui amat animam suam perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.* (Joan., c. XII, v. 25.)

gencia. Parecía entrar á un santuario... al santuario de la humildad, de la penitencia, de la abnegación y de todas las evangélicas virtudes, pero especialmente de la pobreza.

Era aquél un apartado é incómodo rincón del establecimiento adonde casi no penetraba la luz. Para leer y escribir, se veía obligado el Santo muchas veces á salir de él. Una reducida ventanilla que daba el puerto era la única abertura que iluminaba tan mezquina morada. Ya se sabe en qué consistía la *cama*. Los otros muebles eran una mal construída mesa, dos viejas sillas y un tosco banquillo de madera. Los adornos que embellecían aquellas desnudas paredes se reducían á una estampa de *María Santísima* en el centro, un cuadro de la *Flagelación* á la derecha, y á la izquierda una imagen de *San Pedro Apóstol* arrodillado en aptitud de llorar su infidelidad. Al pie de la cama había una cruz de madera, un retrato del *querido hermano Alfonso Rodríguez* y varios instrumentos de penitencia. ¡Oh cuánta luz para el espíritu, cuánta enseñanza para el corazón en esa oscura posada! ¡Aquellos pobres muebles, aquella infeliz yacija, aquella desnudez, impresionaban á todos, y obraban conversiones! Los pecadores que guiados por la Providencia eran llevados á esa veneranda habitación y contemplaban semejante cuadro, caían compungidos á los pies del santo jesuíta, y bañaban con sus lágrimas aquel pavimento regado ya de antemano y repetidas veces por la sangre del penitente taumaturgo.

En los cincuenta años que estuvo en la Compañía de Jesús, no cambió nunca su Breviario. Los únicos libros que tenía en su aposento eran unos volúmenes de teología moral y dogmática, y la Sagrada Biblia, cuya lectura inundaba tan elevada alma de una especial satisfacción y grato placer. Cuando necesitaba consultar otras obras iba á la biblioteca del colegio.

Deseos, de imitar lo más posible á su divino modelo, quien no siquiera tenía una piedra en donde reclinar la cabeza, esforzábase en privarse de todo poco á poco, y en la práctica de la pobreza descendía á los más pequeños detalles. No quería que se le pusiera una vela entera para su servicio, sino recogía los cabos que dejaban los demás padres para hacer uso de ellos.

A veces aconteció que siendo detenido fuera de la casa más de lo ordinario por las muchas ocupaciones de su ministerio, el hermano encargado de la cocina se olvidaba de reservarle su ruzal comida. Este olvido parecía al santo sacerdote la cosa más natural del mundo y privábase aquel día del escaso alimento que acostumbraba tomar. Si alguno de los padres al advertir lo ocurrido, reprochaba al hermano cualquier la falta cometida, el buen padre lo defendía diciendo:

« Yo soy el que tiene la culpa; yo hubiera debido entrar a la hora señalada para comer con los otros, pero no me fué posible, pues se hubiera perjudicado un alma. Es bueno que sufra algo mi rebelde carne. »

Habiendo notado un padre por distintas ocasiones semejante descuido del hermano para con Clavier, manifestó a este la intención que tenía de avisar al superior.

« ¡Oh no! le dijo el Santo, no lo haga. Le ruego encarecidamente que no cause pena á nuestro buen hermano. El pobre hace cuanto puede; no siempre se alcanza a todo. Además ¿para que quejarse? ¡Cuantos hay que pasan no uno, sino muchos días sin tener un pedazo de pan! »

Cuando, movido por el espíritu de su inagotable caridad, salía á colectar para los enfermos de San Lázaro y de San Sebastián ó para los pobres negros, parecía que tuviera escrúpulos de guardar el dinero. Lo entregaba inmediatamente al hermano que lo acompañaba. Cuando se tra-

taba de distribuírlo, también tocaba al hermano manejar los fondos. Era raro que el santo jesuíta tuviera alguna moneda en el bolsillo. Ignoraba hasta el valor de las diferentes piezas que estaban en circulación en aquellos tiempos.

El dinero no era para él sino un objeto de desprecio. No lo consideraba ni como medio ni como fin. Bien convencido de aquella gran sentencia: *Buscad primero el reino de Dios y lo demás os sobrará* [1], miraba todo lo terrenal con indiferencia. Solamente reconocía en el dinero un instrumento posible de salvación y de apostolado; cualquiera otra aplicación le disgustaba. Cuando deseaba proveer á las imperiosas necesidades de sus protegidos y se veía obligado á pedir, se conformaba con lo que era estrictamente necesario para la buena obra que se proponía llevar á cabo.

Estando una vez enfermo, fué á visitarlo el capitán de San Martín, personaje que no solamente se distinguía por su valor entre los militares sino también por su ortodoxia entre los católicos. Pensando hacer cosa grata al buen padre, le ofrece unas pequeñas golosinas sumamente deseadas de ordinario por los enfermos. Rehusa éste el cordial ofrecimiento con finos y corteses modales, pero insiste el capitán y le dice:

« Padre mío, si este presente no conviene á vuestra reverencia, indíqueme algo que necesite ó le sea útil; no me prive del placer que tengo en prestarle algún servicio aunque pequeño.

—Necesito, contestó entonces el Santo, un poco de género para uno de mis negros. Está el pobre casi desnudo y no tiene modo de proporcionarse vestido. Mucho le agradeceré este favor hecho á uno de mis pobres hijos. »

[1] *Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus et hæc omnia adjicientur vobis.* (S. Mat., c. VI, v. 33.)

Se apresuró el caballeroso militar á satisfacer aquel noble deseo del santo religioso, y fué directamente á buscar el género. Compró una pieza y la envió en el acto al colegio. Pero ¿qué hizo el buen padre? Mandó medir y cortar la cantidad necesaria para su negro y devolvió el resto. ¿Por qué no guardarlo? La pieza le había sido regalada... pronto se le presentaría la ocasión para emplearla con otros infelices... ¡Eran tantos los que ocurrían á Claver!... Mas no. La urgencia solamente existía para ese esclavo, luego ¿para qué preocuparse por lo futuro? ¿para qué pensar en los que necesitarían más tarde? El Santo proveía á los presentes apuros y para los venideros abandonábase en manos de la Providencia. Decía:

« Así como Dios me ha enviado hoy para aliviar á uno de mis queridos hijos, así me enviará también mañana para socorrer á los otros. »

Una vez una buena persona viéndole muy postrado de fuerzas, le dijo que había sabido por el médico que le convendría mucho el vino añejo y le prometió unas botellas. Aceptó el buen padre el ofrecimiento.

« ¿Cómo lo prefiere vuestra reverencia? le preguntó la persona. ¿Le gusta más seco ó tinto? »

— Los pobres no escogen », le contestó el Santo.

El vino le fué enviado pocos después, pero no probó Claver ni una gota siquiera; pues mandó que se lo dieran á otro padre igualmente enfermo, á quien él consideraba más débil, y más menesteroso por consiguiente de semejante alivio.

Todo lo que no podía absolutamente rehusar lo distribuía entre los desvalidos de los hospitales y los negros enfermos. Para él... *¡nada se reservaba!...*

El extraordinario empeño de Claver en practicar la *pobreza* no podía compararse con el que tenía para conser-

var intacto el lirio inmaculado de su inocencia, para no manchar la cándida estola bautismal. « Bienaventurados los limpios de corazón, pues ellos verán á Dios [1] », se lee en la Escritura Santa, y Claver comprendía todo el significado de esta sentencia y estimaba más que ninguna otra cosa la sublime y angelical virtud de la pureza.

Viviendo en un siglo corrompido y sensual, parecía que una luz sobrenatural le revelaba ser la *materia* acérrima enemiga de Dios, y cuando pronunciaba este nombre, lo hacía con un acento que manifestaba su odio profundo é implacable contra todo lo carnal.

La castidad comunica al cuerpo mismo cierto aire encantador. Es un hecho que la virtud de un corazón puro, de un alma casta se transluce en la serenidad del rostro, en la dulzura de la mirada, en la amabilidad del trato, en la moderación de los gestos, en el porte mismo de la persona. Esto era lo que se veía claramente en Claver. Todo su cuerpo, como iluminado por una aureola celestial, casi perfumado y anticipadamente embalsamado por la gloriosa resurrección prometida á los justos, daba indicios seguros de la interna pureza del ama.

Los santos Padres, admirados de la belleza y excelencia de la castidad, á porfía exaltan con grandes elogios esta virtud tan rara en el mundo. Llámanla el *lirio del campo*, el *esplendor de la humana naturaleza*, el *honor de los sexos*, el *adorno de las costumbres*, el *vínculo del pudor*, y más que todo, la *angélica virtud que asemeja al hombre á los espíritus celestiales* [2].

Con el mismo entusiasmo se expresaba san Pedro Claver al hablar de la pureza:

« ¿Qué lengua humana, decía, puede ensalzar debida-

[1] *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt.* (S. Mat., c. v, v. 8.
[2] *Per hanc virtutem homines Angelis assimilantur.* (S. Juan Cris.)

mente esta virtud? ¿Con cuáles encomios se exaltará su belleza? *Sancta et immaculata virginitas quibus te laudibus efferam nescio!* Basta decir que el mismo Rey del Cielo está enamorado de tu garbo. *Concupivit Rex speciem tuam.* ¡Tú eres una lindísima flor que Dios se complace en mirar! ¡Cuán grata fragancia exhalas! *Omnis ponderatio non est digna continentis animæ.* Sí, de un alma casta puede afirmarse con toda verdad: *Ista est speciosa inter filias Jerusalem.* Una joven inocente, un pobre obrero, un sencillo labrador adornados de esta virtud, son más estimables á los ojos divinos que la más gentil y rica reina, que el más glorioso y temido monarca. »

Desde su tierna infancia fué la pureza el encanto de Claver. ¿No hemos visto el cuidado que ponía en evitar las ocasiones peligrosas durante su estadía en Barcelona? ¿No hemos visto cómo sabía inspirar también en los demás grande horror contra la impureza? ¿No hemos visto cómo los oficiales y tripulantes del buque, en que hizo nuestro santo el viaje de Europa á América no osaban pronunciar en su presencia una palabra indecente? Nunca usaba tanta severidad en reprender á los negros como cuando faltaban á la *santa virtud.*

Desde que esos salvajes entregados á toda clase de vicios llegaban á Cartagena, comenzaba Claver á inspirarles con el ejemplo y la palabra un odio profundo especialmente á la deshonestidad. En las instrucciones y pláticas que dirigía á los esclavos, no omitía especiales exhortaciones sobre la necesidad de evitar ese vicio.

« Tened cuidado, les decía, de la pureza del corazón, de la mente y del cuerpo. Es ésta la más preciosa de las virtudes. Pero no olvidéis que ella es muy delicada: fácilmente se pierde, es como un reluciente cristal, cuyo brillo desaparece con el simple aliento. ¡Alerta, pues! Evitad las

malas compañías, las ocasiones peligrosas, las conversaciones inmorales. Custodiad bien los ojos, la lengua y todos vuestros sentidos. Vigilad, vigilad mucho para conservar tesoro tan grande. »

La historia no asegura que san Felipe Neri, santa María Magdalena de Pazzis, san Francisco de Borja y otros siervos del Señor, distinguían las personas castas no solamente por el aspecto, sino por la fragancia que de sus cuerpos exhalaban.

También al apóstól de Cartagena acordó Dios tan singular privilegio. Pasando una vez cerca de dos damas muy bien adornadas, sacó de prisa el pañuelo y se lo llevó á la nariz. Habiéndole preguntado el hermano que lo acompañaba el porqué de ese acto, contestó ingenuamente:

« ¿No sientes el hálito impuro que de esas mundanas señoras se desprende? »

Movido por la curiosidad, quiso el hermano informarse de la conducta de esas damas y supo que realmente llevaban una vida escandalosa.

¡Así premiaba Dios la gran pureza de su fiel siervo! Lo iluminaba hasta el punto de descubrirle los secretos desórdenes de los impúdicos y de hacerle notar dónde faltaba el suave aroma de la castidad.

¿Para qué detenernos más en demostrar el amor del padre Claver á la santa virtud? ¿No habla ya demasiado alto en favor de la pureza de su corazón y de su alma la ardiente caridad que tenía para con Dios, el celo inagotable por su gloria y la salvación de las almas, la tierna devoción que profesaba á la más sublime de las vírgenes? ¿No lo demuestran con evidencia el constante recogimiento y la suma modestia que en él hemos admirado? ¿No nos lo dicen las muchas austeridades y continuas mortificaciones que se imponía, y finalmente la santidad de su

vida entera? Basta pues lo escrito acerca de la castidad de nuestro héroe; pasemos á ver con cuánta perfección ejercía la postrera virtud á que se había obligado por voto, á saber, la *obediencia*.

Persuadido Claver de que cumplía la voluntad de Dios sometiéndose á la de sus superiores, se consideraba feliz cuando recibía una orden de éstos, y se esmeraba en ejecutarla con la mayor puntualidad. Seguía unas máximas importantísimas sobre la santa obediencia, que se hallaron después de su muerte escritas en el libro de sus apuntes. Helas aquí:

« En la vida religiosa, el camino más corto y seguro para llegar á la perfección es el de la obediencia á los superiores. Más caso hago yo de una palabra de éstos que de mis revelaciones particulares. Cuando el superior me mande una cosa difícil, elevaré mi corazón á Dios, me figuraré que es él mismo que me la ordena, por consiguiente sin réplica alguna obedeceré con la prontitud de los ángeles, dándole infinitas gracias por haber querido servirse de mí para ejecutar sus mandamientos. »

La conducta del padre Claver fué siempre conforme á esta *elevada idea de la obediencia*. Siempre respetó las órdenes y las personas de sus superiores como á Dios mismo.

En las comunidades religiosas con frecuencia sucede que un miembro elegido superior tiene bajo su mando á los condiscípulos, á los amigos más íntimos. En esos casos, fácilmente olvidan los inferiores el carácter de que está revestido su antiguo colega, y sin repararlo no tributan á la autoridad aquella reverencia que le es debida. También á nuestro santo tocaron superiores que quienes había tenido por largo tiempo gran familiaridad, con quienes había estado ligado por íntima confianza; pero desde que

veía en ellos la *dignidad de superior*, les profesaba el más profundo respeto y les prestaba la más perfecta obediencia.

Cualquiera que fuese el carácter, cualesquiera que fuesen las cualidades del nuevamente nombrado, poco importaba al venerando padre. Para él no había cambio en las *autoridades*. Éstas eran siempre *representantes de Dios*; siempre las acataba de la misma manera. Apenas las veía, se descubría, escuchaba sus palabras en silencio, y se apresuraba á ejecutar las órdenes que de ellas recibía.

Tal veneración, sin embargo, para con aquellos de sus hermanos que eran revestidos de la dignidad de *superior* no impedía cierta filial confianza que en el inferior es indicio de una laudable sumisión. Abríales Claver su corazón ingenuamente, les daba cuenta de sus espirituales tribulaciones, les revelaba todos los secretos de su alma, les pedía oportunos consejos, con la sencillez de un novicio, les suplicaba que le ayudasen á reformar su propia vida y á señalarle el verdadero camino de la perfección; y decía:

« No puede uno decidir bien en los asuntos de su conciencia. Sabia es aquella sentencia: « Ninguno es juez en » su propia causa ».

» No puede uno conocerse bien á sí mismo.

» No puede uno juzgar imparcialmente sus propias acciones.

» Luego se necesitan ojos y juicio ajenos para no equivocarse. »

Nunca encontraba obstáculos para obedecer con prontitud. Una vez estaba de misionero en la ciudad de Tolú [1]

[1] Antiguamente era Tolú una villa muy importante. Los españoles tenían allí una estación militar, probablemente con el objeto de vigilar el contrabando. También existían hermosos templos; había un capítulo.

y recibió una carta del rector del colegio, en la cual se le ordenaba que volviera inmediatamente á Cartagena. El buen padre había anunciado ya el santo jubileo. La población de los alrededores, muy numerosa, había concurrido á Tolú para aprovechar aquella gracia. Las confesiones abundaban... el bien que se había hecho en pocos días era incalculable... muchísimas conversiones se habían obtenido y más aún se obtendrían durante la estadía del Santo en aquel sitio... Pero la obediencia lo llamaba á otra parte; nadie pudo, pues, persuadirlo á quedarse después de la orden del superior.

El cura de Tolú, los oficiales del ejército y los soldados que allí había, los habitantes todos de los pueblos vecinos le suplicaron que se aguardara solamente por el tiempo indispensable para escribir al rector y recibir su contestación. Negóse redondamente Claver... Insistieron los otros, y en la esperanza de retenerlo halagando su celo, le observaron cuán inmensa cosecha espiritual abandonaba...

Mas el superior había hablado; y á él no le tocaba sino obedecer... Permaneció firme en su resolución; la gloria de Dios y el bien de las almas no lo autorizaban á cometer una desobediencia. Salió, pues, inmediatamente de la población, y á pie, hizo el viaje hasta Cartagena.

Y no era solamente á los superiores á quienes obedecía con tanta puntualidad, sino también á los hermanos coadjutores en lo tocante á sus oficios. Si tenía algo que hacer en la cocina, solicitaba el permiso del hermano cocinero y descubríase delante de él; si debía ocuparse en el refectorio, se conducía lo mismo con el hermano encargado de vigilar esa parte del establecimiento. Á una pequeña señal del portero, corría en el acto, y quitándose el bonete, preguntaba respetuosamente :

« Mande, hermano mío. ¿Qué se le ofrece? »

Cuando iba á visitar á los novicios, se ponía á las órdenes del hermano que los presidía, y demostrábale el mismo respeto que al superior del colegio.

Cuando salía para ejercer el sagrado ministerio, siempre estaba acompañado de un hermano. Pues, á éste rendía el homenaje de su obediencia, durante todo el tiempo que sus tareas apostólicas lo obligaban á estar ausente de la casa.

Don Pedro Calderón, oficial de la Inquisición y penitente del padre Claver, tenía un año de estarle suplicando que fuera á bendecirle á su familia.

El buen padre se excusaba, y riéndose respondía :

« ¿Qué bendición puedo yo traer del Cielo sobre la tierra ? »

Entonces pensó el creyente inquisidor ocurrir á un medio infalible para alcanzar la suspirada gracia. Entendióse con un hermano que salía muy á menudo con Claver y le suplicó que la primera vez que pasara delante de su casa indujera al Santo á entrar. En efecto, á los pocos días volviendo del hospital el celoso misionero, el hermano que lo acompañaba le dijo :

« Padre, tenemos que pasar por esa calle... allí nos aguarda un amigo que nos estima mucho... Hay que complacerlo. »

No osó contradecir el humilde jesuita, obedeció y se dejó guiar por su inferior. Éste lo llevó á la casa de Calderón.

La alegría de la piadosa familia fué grande ; aquel día fué uno de los más felices y memorables para el buen *don Pedro*, quien rogó con instancias vivas al Santo para que le bendijera la casa y á sus moradores. Ya no pudo negar Claver á sus queridos hijos espirituales el favor que le habían pedido tantas veces ; alzó los ojos al cielo y dió su preciosa bendición á todos.

Cuando iba al campo para las misiones, estaba tan sujeto á los negros intérpretes, que no hacía nada sin consultarlos y pedirles de antemano su parecer. Un día recibió una carta en que se le suplicaba que fuera á visitar también una población algo distante del punto donde se hallaba. El esclavo que traía la petición tenía orden de no volver sin la respuesta. El santo apóstol, después de haber leído la carta, con toda sencillez dijo :

« Iré con mucho gusto si mi querido negro lo consiente. »

Y consultó al intérprete :

« Pablo, desean que vaya á predicar á un pueblo que está del lado opuesto del río, ¿ piensas que sea conveniente satisfacer á esas buenas gentes?

— Padre, contestó el negro, está sumamente lejos; además es muy difícil pasar el río con esta creciente : la corriente es demasiado fuerte. Es muy peligroso en esta estación embarcarse para ese sitio. Iremos en otra ocasión. Ahora es imposible. »

Volteándose el humilde jesuíta al portador de la súplica :

« Hijo mío, le dijo, ya ves cómo Pablo no juzga conveniente que se visite ese pueblo por el momento ; siento en el alma no poder complacerte ; pero Dios quiere sin duda que me dirija á otra parte en donde tal vez hay más necesidad de mi presencia. Sin embargo, avisa á tus compañeros y amigos que iré más tarde, si Dios lo permite. »

Tanto era el amor que san Pedro tenía por la virtud de la obediencia, que aun en las cosas indiferentes se sometía al juicio de los otros, y se resignaba á veces á ciertas comodidades que jamás hubiera aceptado sin el atractivo del mérito que adquiría obedeciendo.

Un día don Pedro Calderón, de quien hace poco hici-

mos mención, fué al colegio á buscarlo para una enferma.

Ya por no estorbar á alguno de los hermanos, ya por el placer que experimentaba en estar con el santo varón, quiso acompañarle él mismo. La mujer vivía bastante lejos. Llenado su deber á la cabecera de aquella infeliz, se encaminó Claver hacia el colegio. Calderón iba siempre á su lado. No habían andado dos cuadras, cuando se presenta un violento huracán y empieza á caer tan abundante lluvia que en breve inunda todas las calles. Fué necesario refugiarse en una casa. Apenas escampó un instante, quiso el celoso sacerdote, pensando que podrían ir otros al colegio á buscarle, continuar la marcha, pero Calderón le dijo :

« Padre, es imposible irse ahora ; las calles están intransitables, aguárdese un momento.

— ¿ Y si otros enfermos me necesitan ? No, no, hay que volver al colegio inmediatamente. No quiero que se pierdan las almas por guardar demasiadas consideraciones á mi carne.

— Padre, le suplico encarecidamente que se aguarde aún. No es ya joven vuestra reverencia ; tampoco goza de perfecta salud ; ir á pie con este tiempo es exponerse. Permítame á lo menos que mande traer un palanquín.

— No, no, amigo mío. Esto no se lo consentiré por nada ; un pecador no debe tratarse á sí mismo con semejante delicadeza ; ¿ que importa mojarse un poco los pies ? »

— Padre, ahora no hay aquí ningún hermano ; yo soy el que lo acompaña, luego á *mí tiene que obedecerme* en la presente circunstancia. Ya el palanquín se ha mandado buscar, sin duda estará aquí en esto ; hay que aguardarlo. »

Entonces el Santo cedió en el acto. Se le había manda-

do en nombre de la *santa obediencia*, luego había que someterse de todos modos. No profirió una palabra más; callado aguardó el palanquín y se dejó llevar al colegio como su compañero lo dispuso[1].

Claver tenía una estimación tan grande por la obediencia, que hubiera renunciado á todo antes que dejar de hacer lo que se le mandaba.

La virtud en él llegaba siempre hasta el heroísmo. Por esto era también exactísimo en la observancia de las reglas de su instituto.

Consecuencia inmediata del amor á la obediencia era su admirable celo en el *cumplimiento de la regla*. Tenía en esto una puntualidad y fidelidad admirables. Aunque por su eminente santidad fuera observado más que ningún otro por los superiores y por los inferiores, no se le pudo nunca sorprender en la más pequeña falta, durante toda su vida religiosa. Le sucedía á veces que estando sobrecargado de ocupaciones, al salir olvidaba apuntarse en la portería como lo mandaba la regla, pero apenas echaba de ver esa omisión, volvía al colegio aunque estuviera ya lejos y reparaba su involuntaria falta.

Llamado un día como confesor á una de las casas más importantes de la ciudad, entra al pequeño oratorio y nota que la silla preparada para él está situada de modo que no pueda ser visto por el hermano que lo acompaña. Antes de comenzar se acerca á éste, lo hace sentar de frente á la puerta del oratorio que abre enteramente, y él mismo se coloca de manera que pueda ser vigilado con facilidad.

Si la obediencia y la caridad le dejaban algunos momentos, los pasaba en su cuarto leyendo, escribiendo, tra-

[1] La familia de don Pedro Calderón guardó ese palanquín como un precioso recuerdo del apóstol de Cartagena.

bajando y rezando, ó bajaba también á la iglesia y permanecía delante del santísimo sacramento absorto en Dios; pero á la primera señal de la campana del colegio, lo dejaba todo para ir adonde la comunidad lo llamaba.

Cuando se le remitía una carta cerrada, sentía mucha pena, pues le parecía perder así la ocasión de ejercer la subordinación y dependencia en que quería vivir. Nunca enviaba una carta sin que sus superiores conocieran el contenido. Era tan exacto en esto que habiendo conseguido una vez permiso del padre general para escribir á un religioso de la Compañía sobre asuntos particulares, y no estando el superior en el colegio, Claver ocurrió al provincial, que se hallaba entonces en Cartagena, y le suplicó que leyera la carta, cuyo envío era urgente.

En fin, baste saber que todos los jesuítas que vivieron con el Santo, dieron después de su muerte deposiciones juradas atestiguando solemnemente su perfecta regularidad. Todos aseguraron que no lo habían visto nunca faltar á ninguna de las numerosas reglas del instituto.

CAPÍTULO XXV

Inmensa caridad de san Pedro Claver.

1. *Super omnia autem hæc charitatem habete quod est vinculum perfectionis.*
(S. Paul., Ep. ad Colos., c. III, v. 4.)

Mas sobre estas cosas tened caridad, que es el vínculo de la perfección.

2. *Major est fraternitas Christi quam sanguinis; sanguinis enim fraternitas similitudinem tantummodo corporis referit: Christi autem fraternitas unanimitatem cordis animæque demonstrat.* (S. Ambros.)

Es más íntima la fraternidad de Cristo que la del

parentesco; pues la hermandad de la sangre sólo se refiere al cuerpo, al paso que la hermandad con Cristo se refiere al corazón y al espíritu.

« Aun cuando hablara yo todas las lenguas de los hombres y conociera el idioma de los ángeles, sin tener caridad, no sería más que un metal sonoro ó un bronce retumbante. Igualmente si tuviera el don de profecía, penetrara todos los misterios de la naturaleza y de la divinad, y poseyera todas las ciencias; si tuviera tanta fe que me fuera fácil transladar de una á otra parte las montañas, sin tener caridad, no sería absolutamente nada. ¿Qué más? Si me disciplinara hasta hacerme sangre, si distribuyera todos mis haberes entre los pobres, si me lanzara en una hoguera, sin tener caridad, mi mérito sería nulo [1]. »

Así exclamaba el gran Apóstol de las gentes, entusiasmado por la excelencia de la caridad. Y otro apóstol que especial predilección había merecido siempre del Salvador, el *puro* y *amante Juan*, que había tenido la dicha de escudriñar los divinos misterios, reclinando la propia cabeza sobre el pecho del Dios vivo, ensalza también la caridad de una manera extraordinaria.

« Es éste el mandamiento de Dios, dice, y si lo cumplís con fidelidad, basta [2]. »

El mismo Rey del universo, interesado en que siempre se mantenga viva la llama del recíproco amor entre los hombres, hizo que todos descendiéramos del mismo padre

[1] *Si linguis hominum loquar, et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans aut cymbalum tinniens. Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam, et si habuero omnem fidem ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum. Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest.* (Epist. I ad Cor., c. XIII, v. 1-3.)

[2] *Hoc est præceptum Domini, et si solum fiat sufficit.* (S. Joan.)

y nos halláramos así unidos por el afecto de hermanos. Las diferencias de las tierras y sus productos son una providencial disposición para fomentar entre los hombres un comercio de mutua benevolencia, obligando á los de un país á pedir á los del otro aquellos artículos de que carecen. Más aún. « Deseando Dios, reflexiona sutilmente el Crisóstomo, que los individuos se prestaran mutuo auxilio, no ha permitido en la distribución de sus dones que todos tuvieran la misma cantidad, sino los ha repartido con sabiduría y variedad, acordando á los unos ciertas aptitudes y otras á los otros. » Y esta diferencia, dice san Pablo, tiene por objeto en los consejos divinos, formar de todos los hombres destinados á vivir en sociedad, una sola familia y un solo cuerpo, fomentando entre ellos recíproca dependencia y fraternal caridad. Sin embargo, temiendo todavía que no se amaran unos á otros, para empeñarlos más y más á la práctica de esta virtud, les impuso un precepto y quiso que fuera parte del principal precepto de su santa ley, el de amarle á Él sobre todas las cosas. « Éste es mi mandamiento, dijo, amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo. » Y sobre tan sublime máxima fundó todas las otras.

¡Cuánto esmero de parte de Dios, á fin de inculcarnos el amor para con nuestros hermanos! Así se comprende por qué los santos unieron siempre á una ardiente caridad para con Dios, un tierno afecto para con los prójimos. Así se explica cómo un Juan, al paso que encendido en el fuego del divino amor exclamaba : *Dios mio, Dios mio, tú eres mi vida*, doblegaba gustoso sus hombros ante los infelices apestados que encontraba por las calles de Granada, cuidadosamente los cargaba, proporcionábales alivio y les lavaba con maternal cariño las fétidas llagas. Así se entiende cómo un Javier, al paso que exclamaba inundado por

las delicias de la caridad divina: *Basta, Señor, basta; vuestro siervo no puede ya con tanto goce*, no temía imprimir sus labios en las úlceras de los coléricos.

Así se entiende también cómo el heroico *Claver* al paso que en sus éxtasis de amor gritaba: *Señor, Señor, os quiero mucho*, se deleitaba en asistir á los hediondos refugiados de San Lázaro y San Sebastián; se comprende por qué prodigaba las más finas atenciones á los más repugnantes enfermos; se comprende por qué colmaba de caricias á los más desvalidos, se comprende por qué reservaba á los más infelices las tiernas pruebas de su ardiente caridad.

Claver, lleno de amor para con su Señor, había penetrado toda la importancia del segundo mandamiento de la ley: « Amarás al prójimo como á ti mismo », y lo consideraba semejante al primero. Él amaba á *Dios en sus hermanos*. No es extraño, pues, que su caridad hacia el Creador le hiciera obrar en beneficio de la humanidad doliente los grandes prodigios que ya en parte conocemos.

Cuando nuestro Señor mora realmente en un corazón le inspira los sentimientos de un celo purísimo por el bien de las almas y ennoblece aun las más sencillas relaciones exigidas por la benevolencia, la amistad y la civilización. La *benevolencia* con todos, sin distinción de personas, era habitual en él; pero bien se veía que no era aquella benevolencia superficial que puede ostentarse por cálculo ó practicarse por cumplimiento, sino la verdadera benevolencia que procede de la perfecta caridad, y se traduce en actos de la más pura abnegación. Esa alma generosa y fiel no mostraba ningún desdén, por más que fueran grandes los defectos que en otros encontraba. Sabía tolerar y sufrir las ajenas debilidades. ¿Quién ignora cuán bárbaros eran los infelices entre los cuales pasaba su tiempo nuestro apóstol? ¡Cuántas faltas descubriría en ellos,

cuántos defectos hallaría, cuántas ocasiones se le presentarían de perder la paciencia! Y sin embargo, durante cuarenta años que pasó en continuo roce con gentes tan incultas, ni una sola vez salió de su boca una palabra de reproche por las faltas de sus pobres é ignorantes negros. ¡Cuánta caridad!...

Con los intérpretes, que á pesar de todo eran más inteligentes que los otros, ¡cuánta virtud se necesitaba también! Para enseñarles la señal de la santa Cruz, tenía que emplear á veces días enteros. ¡Sin embargo, no se desanimaba el heroico Claver!

« Poco á poco, decía, mis buenos hijos aprenderán. Una gota de agua agujerea con el tiempo aun la más dura peña; luego con la constancia yo conseguiré lo que deseo de mis hijos. Se requiere perseverancia. Insistiendo lograré instruírlos á todos en los santos misterios de nuestra religión. Hay que tener paciencia. ¡Es tan meritoria esta bella virtud! »

Pasaba por consiguiente largas horas con aquellos intérpretes, explicándoles los elementos de la doctrina, y nunca daba muestras de cansancio.

La naturaleza había dado á Claver un carácter bastante vivo y propenso á la ira. Sobrados motivos ofrecíanle diariamente sus intérpretes para excitar esa natural irascibilidad; pero él había adquirido completo dominio sobre sí mismo. Cuanto más fáciles eran las ocasiones de caer en semejante defecto, más fuerte era su resistencia á las inclinaciones de la naturaleza corrompida. Siempre se mostraba alegre y afable con los amados compañeros de sus fatigas apostólicas, los miraba con tan afectuosa sonrisa que revelaba toda su complacencia en verlos contentos. Deseaba hacerlos felices.

« ¿Queridos míos, les preguntaba á menudo, estáis sa-

tisfechos? Si os falta algo, decídmelo. ¿Acaso no soy vuestro padre? ¿Por qué no han de tener los hijos una ilimitada confianza en el padre? ¿Por qué no le han de manifestar todas sus necesidades? »

Cuando alguno de sus intérpretes caía enfermo, llamaba al mejor médico de la ciudad para que lo viera, y no consentía que otros le prestaran los servicios que el negro necesitaba; él mismo lo asistía con el cariño de una madre, él mismo lo levantaba, él mismo lo aseaba, él mismo le daba los remedios.

Una vez fué atacado Pablo por una horrorosa enfermedad. Tal era la fetidez que el cuerpo del infeliz exhalaba que no se podía casi entrar á su cuarto. El heroico Claver va á visitar al superior... le suplica... le ruega... le insta... y obtiene el permiso solicitado...

Vuela donde yace Pablo, lo carga, lo lleva á su aposento y lo pone en *su propia cama...*

El corazón del *esclavo de los negros* rebosaba de júbilo; estaba plenamente satisfecho por haber proporcionado alguna comodidad á quien se hallaba bajo el peso del dolor y la calamidad. ¡Eran éstos los exquisitos goces de nuestro héroe!

Durante la noche no lo abandonaba... tirábase en el suelo junto á la cama del esclavo y le suplicaba que lo despertara cuantas veces se le ofreciera algo. Cuatro meses duró esta caritativa asistencia prestada por el buen padre á Pablo. Al fin, aniquilado ya el negro intérprete no pudo aguantar la violencia del mal y sucumbió á pesar de todos los esfuerzos de su cuidadosísimo enfermero.

Espléndido fué el entierro que se hizo al buen Pablo. Nuestro santo mandó invitaciones á todos los religiosos de la ciudad, á los sacerdotes de las varias parroquias y á las personas más distinguidas de la alta aristocracia. Siendo

conocidísima la maternal ternura con que Claver amaba á su intérprete, todos se apresuraron á corresponder á sus deseos y asistieron puntualmente dando así un testimonio de respeto y afecto al santo varón. Éste les manifestaba á todos tantas pruebas de agradecimiento que pareció un padre que hubiera perdido al más querido de sus hijos.

Tuvo tan gran pesar, que no le fué posible celebrar la misa del entierro. Suplicó á uno de los colegas que lo reemplazara en el cumplimiento de ese deber. Solamente pudo asistir, pero derramó copiosísimas lágrimas durante todo el tiempo que duró la triste ceremonia.

Pedro Claver vivía para los demás, anhelaba mejorar la suerte de sus prójimos, buscaba el modo de santificar las almas: por eso sentía doblemente la pérdida de sus intérpretes. Además de faltarle uno de sus queridos hijos, también quedaba el Santo sin un valioso medio para atraer y convertir á muchos esclavos.

Sin embargo, aquellas pobres gentes correspondían mal á las solicitudes y á las caricias del venerando jesuíta. Su naturaleza salvaje no se compadecía con el cariñoso afecto de éste. Es verdad que en el fondo amaban á su buen padre y maestro; pero lo amaban tosca y groseramente según sus incultas costumbres y lo hacían sufrir muchísimo con ciertos bárbaros procedimientos que herían aquel corazón sensibilísimo. Tratar con los intérpretes era otro ejercicio de virtud constante y muy meritorio para nuestro santo. Pero más tenía que padecer por parte de sus indios, más se encendía su ardiente caridad, y multiplicaba los actos y las pruebas de amor para con ellos. Su mirada iba dirigida á las almas; la sed que lo devoraba era la de conquistar éstas para el reino de Cristo; poco le importaban, pues, los sufrimientos y los sacrificios.

¡Es imposible figurarse cuán á pecho tomaba Claver la

salvación de las almas!... Gemía pensando en la pérdida de muchas que, por obstinación ó por ignorância, no querían abrazar la fe de Cristo. ¡Cuántas veces se le oían repetir estas significativas palabras!

« ¿Cómo no he de llorar de tristeza al ver que perecen por toda una eternidad tantas almas redimidas con la sangre de un Dios? »

Otras veces exclamaba:

« Señor, ¿será posible que hayais querido someteros á toda clase de tormentos para salvar las almas, y que éstas caigan en manos del demonio? »

Movido por el vehemente deseo de abrir á todos las puertas del reino de Dios, no se daba descanso ni tregua. Esforzábase en convencer á los herejes de las falsedades que en sus sectas profesaban; trabajaba con los musulmanes á fin de inducirlos á abjurar las absurdas creencias de Mahoma; amenazaba á los empedernidos pecadores que resistían á las divinas inspiraciones para que se resolvieran á dominar sus violentas pasiones y á despreciar los humanos placeres; afanábase en predicar á los paganos las puras y santas máximas de Cristo. Con una elocuencia que derivaba inmensa fuerza de su caritativo celo, los conquistaba á todos, multiplicando cada día más el número de los creyentes.

Después de haber convertido á las almas no cesaba todavía de trabajar el incansable apóstol. No, continuaba su obra con la misma energía que había desplegado al emprenderla. Si grande era su celo para llevar al seno de la Iglesia nuevos hijos, más aún se afanaba en santificarlos y confirmarlos en la práctica de la virtud.

¡Oh hermosísimo espectáculo de celo y caridad!

Sorprendente era ver cómo se hacía Claver por sus amorosos cuidados el padre de toda la ciudad. Rodeado de tur-

bas de fieles, á todos repartía el pan de la divina palabra, á todos daba reglas de vida según el propio estado, á todos con dulzura ó con autoridad, y siempre con iluminado celo y paternal amor, amonestaba, corregía y guiaba por la senda del bien. Verdadero imitador del Divino Maestro, que vino para servir y no para ser servido, nuestro admirable apóstol governaba á sus fieles con la servidumbre de la caridad, haciéndose siervo de todos para ayudarlos y salvarlos á todos. Aquí se interesa por la viudas y los pupilos; allá establece casas para huérfanos; en otra parte organiza colectas para pobres y enfermos desamparados. Ora con exhortaciones acompañadas de lágrimas y súplicas, se esmera en levantar á los caídos, en estimular á los tibios, en perfeccionar á los buenos, en atemorizar á los obstinados; ora con sabios consejos y enérgicas medidas, quita las malas costumbres entre sus hijos arraigadas. En suma, como buen pastor protege á todas sus ovejas y como buen médico espiritual cura las llagas de todos sus enfermos.

¡Tal era la caridad verdadera, activa, emprendedora, incansable del apóstol de los negros!

Pero dicen los ascetas que más se demuestra el *amor* sufriendo que trabajando. La caridad de Claver tampoco estuvo exenta de la prueba del dolor. Después de obras buenas como las que conocemos, ¿quién no piensa que nuestro santo habría de recoger el fruto de tan caritativo celo, mereciendo la estimación y el afecto de todo el mundo? Sin embargo, apenas enarboló el estandarte de la verdad, la bandera de la Cruz, desencadenóse contra él la rabia de Belcebú. La más cruel guerra fué la recompensa y el premio que aquí tuvo el valiente predicador de Jesucristo. Tropezó con el odio de los mundanos, no le faltaron amenazas, calumnias, censuras de parte de sus falsos her-

manos; ni traiciones, emboscadas, tramas y peligros de parte de mascarados amigos. Pero esto no lo arredraba un instante; antes lo animaba á adelantar con pasos gigantescos en la vía de la perfección. Devolvía bien por mal; lloraba y rogaba por sus perseguidores, trabajaba incesantemente por su conversión y salvación. Con san Pablo exclamaba: « ¿Se nos maldice? Contestemos con bendiciones. ¿Se nos persigue? Opongamos paciencia y tolerancia. ¿Se nos cubre de improperios? Respondamos con súplicas y oraciones [1]. » Aquella caridad que es tan fuerte como la muerte, lo hacía superior á todo. Su anhelo era ganar almas; poco caso hacía del resto. Bien podía enfurecerse la tempestad en derredor suyo: impasible seguía su camino, y con la mirada fija en el deber, se sostenía hasta que al fin desaparecían los truenos y los relámpagos, disolvíanse las nubes y se restablecía una perfecta calma. Entonces ejercía el Santo su caridad libremente y se regocijaba viéndose rodeado por una ambicionada corona de indigentes, enfermos, afligidos, perseguidos ó infelices de todo género. Á todos los consolaba, á todos les servía; su amor ardiente para con el prójimo ponía suave bálsamo sobre las llagas de todos.

El mundo no socorre al pobre sino con *altiva compasión y para humillarlo*. Parece ignorar que si los dones obligan al que los recibe, obligan también al que los hace; y la divina ley prohibe todo lo que pueda parecerse al reproche de un beneficio. La religión enseña que recibiendo el pan honra el indigente á su bienhechor, y que la pobreza no es solamente conmovedora, sino santa y respetable.

« Es una gran fortuna, decía san Pedro, que los infeli-

[1] *Maledicimur et benedicimus: persecutionem patimur et sustinemus; blasphemamur et obsecramus.* (Epist. I ad Corint., c. IV, v. 12, 13.)

ces ocurran á nosotros para pedirnos auxilio. Cuando no vienen ellos, nosotros mismos debemos ir á buscarlos. »

Y por cierto, el ardiente fuego de caridad que tales palabras le hacía proferir, lo estimulaba á no aguardar que se solicitaran sus servicios. Él mismo corría hacia donde sabía que lo necesitaban... él mismo volaba á los asilos del sufrimiento... visitaba diariamente las negrerías, las cárceles, los hospitales... ansioso siempre de practicar la caridad hasta el heroísmo.

Los pobres negros, desanimados por los malos tratamientos, á veces se obstinaban en dejarse morir de hambre. Perecían así muchísimos de esos desgraciados. El Santo se propuso combatir tan terrible y cruel tentación con que asaltaba el demonio á los esclavos, y sus esfuerzos fueron coronados con éxito muy feliz.

Uno de esos infelices, rendido por la fatiga, cubierto de fétidas úlceras, atormentado por horribles espasmos, convencido de que sólo en la muerte hallaría alivio, rehusaba tomar alimento hacía dos días. Los compañeros avisan á Claver. Va inmediatamente el *buen padre* á visitar al negro y le habla con afectuosísima ternura. El desgraciado está sumamente debilitado ya, no tiene tampoco fuerzas para tomar los manjares que se le presentan.

Insiste el caritativo sacerdote :

« Te suplico, hijo mío, que no rehuses este bocado. »

El suavísimo acento de compasión que acompaña sus palabras les da más fuerza... Queda vencido el negro... ¡é intenta tomar el bocado!... Pero no puede superar la repugnancia que toda clase de alimento le causa ya, y lo arroja en el acto.

« Hijo mío, le dice el Santo, hijo mío, ¡no es eso lo que debes hacer; un poquito más de valor, un poco de buena voluntad! Mira cómo hago yo... imítame... »

Toma el bocado que el negro acaba de desechar, y lo *come* para *animarle*.

Probablemente quedará herida la delicadeza de alguno de nuestros lectores por la narración de semejante hecho; pero sirva la desagradable impresión que causa á los sentidos la sola referencia de los actos de abnegación de nuestro santo, para probar hasta qué grado de heroísmo llegaba su caridad.

No se contentaba Claver con prestar esmerada asistencia y exquisitas atenciones á sus negros durante la vida; acompañábalos también más allá de la tumba. Cuando bajaban los esclavos al sepulcro, ofrecía cierto número de misas por sus almas. Aumentaba las penitencias, inventaba nuevas mortificaciones y ofrecía al Señor todas sus obras y trabajos en sufragio de los hijos difuntos... También solicitaba para éstos las oraciones de las personas piadosas y recomendaba encarecidamente á los otros negros que rogaran asiduamente por los hermanos pasados á mejor vida,

Séanos permitido, antes de concluír este capítulo, destinado á demostrar la inagotable caridad del héroe de Cartagena, referir también dos actos de admirable indulgencia en tolerar la debilidad é ignorancia de sus prójimos.

No es extraño que aquellos hombres brutos admitieran supersticiones bastantes ridículas. Si hoy se encuentran todavía muchos que afirman con toda seriedad que las *almas del purgatorio* se aparecen á sus parientes ó amigos, ya para descubrirles secretos importantes, ya para pedirles auxilios espirituales, ¿cómo nos admiraremos de que pobres salvajes nacidos y educados en las playas africanas creyeran en *apariciones de muertos?*

Siempre que fallecía algún miembro de familia, les parecía ver por la noche la tétrica sombra del *finado* y oírla pronunciar palabras incomprensibles.

Una vez corre al cuarto del Santo en altas horas de la noche uno de sus intérpretes despavorido, y le dice :

« Padre, yo tengo miedo ; oigo un ruido espantoso, no puedo explicarme lo que sea ; indudablemente las *almas del purgatorio* quieren algo de mí ; me pongo bajo la protección de vuestra reverencia. »

Comprendió el santo jesuíta que era imposible razonar en aquel instante con un espíritu tan impresionado. El temor no deja entender argumento alguno. Para tranquilizar, pues, al ignorante negro, le dijo :

« Pediré á Dios por ti, hijo mío querido, vuelve á acostarte, ya no oirás ruidos, tranquilízate. En adelante dormirás bien. »

Animado el intérprete con semejantes palabras, va á su cuarto y descansa perfectamente.

En otra ocasión un indio de una hacienda muy distante de la ciudad, se presenta al colegio, solicita por Claver y le dice con mucha seriedad :

« Padre mío, el alma del esclavo que murió últimamente en nuestra hacienda me ha pegado ya una vez, vengo á suplicarle que pida por ella para que no salga nuevamente á mortificarme de esa manera.

— ¿No habrá sido uno de tus compañeros con quien hayas tenido alguna cuestión ?

— No, padre ; estando en el bosque cortando leña, oí que me llamaban : *¡Domingo, Domingo !...* La voz misteriosa que profería mi nombre venía de un árbol. Traté de descubrir si había alguien, y no he visto absolutamente alma viviente. Tuve miedo é intenté escaparme ; pero entonces salió un negro muy fuerte con un látigo y me dió muchos golpes diciendo : *¿Por qué no llevas tu camándula? ¡Hay que llevarla siempre, hay que rezar incesantemente por las almas del purgatorio !* ¡Vuestra reverencia

comprenderá, pues, que era el difunto!... Todos dicen en la hacienda que el dueño le debía cuatro duros, y que si se hubieran mandado celebrar misas con ellos, el pobre Domingo no hubiera sido azotado.

— No eres tú el que tiene los cuatro duros; luego no había por qué castigarte.

— No, padre; pero no se atrevió á azotar al amo y lo ha hecho con el esclavo. ha escogido al pobre Domingo porque no tenía rosario...

— Bien, bien, yo te daré uno...

— Oh, padre, desde que fuí azotado llevo dos. pero con gusto llevaré *tres*.

— Sí, querido. lleva siempre tu camándula. reza fielmente el santo rosario, y yo te prometo aplicar unas misas por el esclavo que murió en estos días. Vive tranquilo. Si vuelves á ser azotado no será por ninguna alma del purgatorio.»

El negro plenamente satisfecho de esta promesa, besó la mano del Santo, le dió las más expresivas gracias y se retiró lleno de júbilo. Á un intérprete que encontró antes de salir del colegio le dijo :

« El *buen padre* me ha asegurado que si alguno me pega, no será alma del purgatorio. ¡Luego yo podré defenderme! »

Mucho trabajaba Claver para borrar de la mente de sus hijos esas ideas supersticiosas, mas á pesar de todos los esfuerzos que hacía no siempre lograba su objeto. Los infelices negros estaban demasiado aferrados á sus extravagantes tradiciones. El Santo se esmeraba en instruírlos é iluminarlos, pero algunos no podían persuadirse de que los difuntos no volvían para comunicar secretos importantes á sus deudos. ¡Cuánto cuesta arrancar de raíz falsas y erróneas creencias! Poco á poco iba, sin embargo, san Pedro

disipando las tinieblas de la ignorancia, y con caridad verdaderamente sobrehumana triunfaba de la pertinacia y obstinación de aquellos espíritus incultos, haciendo desaparecer todo género de supersticiones.

CAPÍTULO XXVI

Pruebas á que se vió sometida la virtud de san Pedro Claver. — Paciencia asombrosa con que las supo soportar y premio que Dios le concedió rodeándole de la estimación de todo el mundo.

1. *Christus fuit etiam in mundo ab hominibus despectus et in maxima necessitate a notis et amicis inter opprobria derelictus... Unde coronabitur patientia tua si nihil adversitatis occurrerit?... Si nihil contrarium vis pati, quomado eris amicus Christi?*

(Kempis, lib. II, c. I, v. 3.)

También Cristo fué despreciado en el mundo por los hombres y en medio de la mayor necesidad fué abandonado por conocidos y amigos entre todo género de oprobios... ¿Por qué ha de ser premiada tu paciencia si no sufres ninguna adversidad?... Si no quieres soportar ninguna contrariedad, ¿cómo serás amigo de Cristo?

2. *Si tu scis tacere et pati, videbis procul dubio auxilium Domini, Ipse novit tempus et modum liberandi te et ideo te debes illi resignare.*

(Kempis, lib. II, c. I, v, 1.)

Si sabes callar y sufrir tendrás sin duda el auxilio de Dios. Él conoce el tiempo y la manera de librarte, por consiguiente debes confiar en él.

3. *Quoniam servasti verbum patientiæ meæ, et ego servabo te ab hora tentationis, quæ ventura est in orbem universum tentare habitantes in terra.*

(Apoc., c. III, v. 10.)

Porque has tenido paciencia, observando mi precepto, yo te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo para probar á los moradores de la tierra.

Pasando por el crisol se purifica el oro, en las batallas se distingue el buen militar, descúbrese el sincero

amigo en las calamidades, y en las pruebas se declara el verdadero y fiel siervo de Dios. ¡Cuántos fueron reputados virtuosos en la prosperidad y demostraron en el infortunio lo contrario! Mientras todo marcha según nuestros deseos, no es difícil ser sumisos á la voluntad divina; cuando nadie nos ataca, cuando nadie ofende nuestro amor propio, es fácil conservar la calma; pero apenas nos visita una ligera desgracia, ya levantamos desesperados los ojos al cielo, y con inaudita rebeldía nos quejamos de la Providencia de nuestro bondadoso Padre Celestial que demasiado favor nos hace conservándonos la vida, pues si nos tratara según nuestros merecimientos, habría de redurcinos á la nada. Levántese una voz á reprocharnos uno solo de nuestros actos, una simple palabra nuestra, y al instante veráse cómo hierve nuestra sangre, cómo despierta nuestra dormida soberbia, cómo se excitan vivísimas nuestras pasiones.

¡No así acontece al que es verdaderamente virtuoso! Siempre se mantiene igual, siempre está contento, á todo se resigna. ¡En medio de los goces alaba y da gracias á su Señor; en medio de las aflicciones eleva igualmente férvida plegaria al Altísimo, y reverente besa la bendita mano que lo azota!

La prueba es el sello de la virtud. Todos los grandes santos han tenido *grandes pruebas*, y en *ellas* desplegaron sus admirables prendas espirituales: por *ellas* alcanzaron innumerables triunfos; por *ellas* consiguieron inmarcesibles coronas.

Hemos pasado revista á todas las preciosas virtudes de Claver, y admirado su heroísmo en practicarlas; pero aun nos falta examinar el ánimo y la constancia con que supo sostenerse en circunstancias muy críticas; nos falta ver cuánto esplendor añadió á sus virtudes con la serenidad en

las pruebas, nos falta ver cuán dignamente mereció los encomios que la Escritura santa hace del justo: « Bienaventurado el que sufre la tentación, pues después de probado recibirá la corona de la vida [1]. Bienaventurado el que pudiendo prevaricar no ha prevaricado [2]. »

¿Quiénes hubieran debido favorecer más la obra de evangelización emprendida por Claver para con los pobres esclavos? ¿Quiénes hubieran debido esmerarse más en prestarle mano fuerte para que los infelices negros asistieran á las pláticas del Santo, oyeran sus enseñanzas y se dejaran guiar por sus consejos? Los *amos*, puesto que en beneficio de ellos redundaban los cuidados que el apostólico varón tenía para cultivar los groseros espíritus de esas pobres gentes. Á semejantes señores, cuya fortuna en parte dependía de los negros que cultivaban sus terrenos y excavaban sus minas, tocaba principalmente considerar á Claver como ángel bajado del Cielo para protegerles sus propiedades. En efecto, ¿quién inspiraba á aquellas infelices criaturas, aburridas y desesperadas, el amor al trabajo, el respeto á la propiedad, la reverencia á los dueños, la paciencia y la resignación en los sufrimientos? Sin embargo, los *amos* fueron los primeros que proporcionaron grandes penas al santo jesuíta. Quejábanse unos de que los ejercicios piadosos quitaban tiempo á los esclavos. Se lamentaban otros de que los domingos y días de fiestas no se les permitía el trabajo servil. También llegaron algunos al punto de obligar al padre á suspender sus instrucciones catequísticas con el pretexto de que con éstas se entorpecían sus negocios y se perjudicaban sus intereses.

[1] *Beatus vir qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ.* (Jac., c. I, v. 12.)

[2] *Qui... potuit transgredi et non est transgressus.* (Eccli., c. XXXI, v. 10.)

¡Cuán aguda espada para el sensible corazón de san Pedro!

Todo lo soportaba siempre con resignación, mas impedirle la comunicación con sus negros, prohibirle que propagara entre ellos las máximas de la fe, ponerle obstáculos para predicar á Jesucristo era herir en demasía su celo y caridad. Aceptó, sin embargo, la *tremenda prueba* de manos de la Providencia y se sometió humildemente á los mandatos de tan bárbaros y crueles dueños. ¡Pero no desistía de elevar clamores al Cielo para obtener la suspensión de esas desatinadas disposiciones! No se daba por vencido en la prueba. Ya con penitencias, ya con oraciones, ya con súplicas á los mismos amos, ya con instancias á los amigos de éstos, triunfó al fin del infernal enemigo que con sus continuas asechanzas quería estorbar la obra regeneradora del Santo. Algunos desórdenes graves acontecidos en cortos días entre los negros abandonados á sí mismos, persuadieron á los dueños de que era preciso infundirles sanos principios basados en la moral cristiana. Así superó el digno apóstol la primera prueba. Mas otras muchas lo aguardaban; y permitió Dios que fueran en el interior mismo del colegio y que se le proporcionaran por los que hubieran debido rodearlo de amor y veneración.

Que los seglares y comerciantes vituperaran los procedimientos del padre Claver, no causa tanta extrañeza, pues acostumbrados ellos á considerar las cosas según las reglas del egoísmo, les parecía demencia la del santo apóstol que se consagraba con tanto empeño á catequizar á pobres salvajes; pero sí, asombra que algunos de los mismos padres del colegio desaprobaran el celo ardiente y la caridad inagotable de su colega. No atacaban directamente sus acciones virtuosas. ¡Bien astuto es el demonio

para sugerir á personas devotas y dedicadas al servicio de Dios que vituperen francamente la virtud! Lo que por lo regular hace el ángel de las tinieblas es esconder la verdad y representar las cosas bajo un aspecto muy distinto de aquel que les corresponde. Instiga, pues, á malas interpretaciones y hace parecer vituperables aun los actos más meritorios. Esto fué lo que aconteció en la comunidad religiosa en que vivía nuestro santo apóstol. Movidos algunos padres por un mal entendido deseo de querer siempre lo mejor, deseo que muchas veces es inspirado por el enemigo de las almas, ora se quejaban de Claver porque pasaba todo el día en las negrerías *y perdía* de esa manera un tiempo muy precioso que hubiera debido emplear en más provechosas tareas, ora le reprochaban que trataba con *exagerada amabilidad é indulgencia* á seres repugnantes, ora le vituperaban porque siempre ocupaba á los intérpretes para sus apostólicas obras, privando así la casa de muchos servicios importantes. Es indudable que tanto más hondamente se siente un reproche cuanto más querida es la persona de quien se recibe. Claver amaba entrañablemente á sus colegas, deseaba satisfacerlos siempre y en todo. ¡Cuánta tristeza le causarían aquellas observaciones! ¡Cuán vivo dolor experimentaría por esas malas interpretaciones! Pero la voluntad de Dios era manifiesta; no había duda de que el Señor quería que él promoviera la evangelización de los negros, pues los superiores le habían confiado tal misión: luego debía llevar con paciencia todas las contradicciones y dejar á la Providencia divina el cuidado de iluminar á sus hermanos, siguiendo adelante con confianza y decisión. Á la larga los padres que más se quejaban de Claver, reconocían la virtud de éste, y el primitivo menosprecio se cambiaba en admiración.

Las pruebas, sin embargo, debían continuar. La Sabiduría Eterna había determinado imponer á nuestro santo un sacrificio más grande que los anteriores. Ya le había exigido la renuncia de sus satisfacciones de apóstol, de su reputación, de su salud, de su descanso, y quería más aún. En efecto, cuando un alma procura aquella gloria del santo nombre divino á la cual se ha consagrado por entero, cuando intenta esparcir el reino de Jesucristo en la tierra y se ve contrariada, entonces sí la voluntad se abate. Sin embargo, también en semejantes casos es necesario que se sacrifique, que pronuncie el meritorio *fiat* de la resignación y soporte que por unos instantes se perjudique la causa del bien y sufran los intereses de las almas. El que desea ser santo debe despojarse en absoluto de la propia voluntad y dejar que los encargados de dirigirle *quieran* lo que juzgan oportuno. Nosotros nos engañamos frecuentemente ofreciendo al Señor lo que él no nos pide, al paso que le negamos lo que nos exige. El supremo grado de perfección consiste en ese aniquilamiento del propio *yo* que nos lleva á bendecir la invisible mano que nos abate y destruye, aun cuando pensemos estar en el camino más recto.

Nuestro santo jesuita no rechazó aquella adorable mano cuando la sintió pesar con terrible fuerza sobre sus hombros y le pareció que amenazaba entrabar la obra de salvación por años y años organizada con provecho entre sus negros. Un superior quiso examinar el método adoptado por Claver en la explicación de la doctrina, para ver si había alguna reforma útil que introducir. Poco conocedor de la ignorancia de aquellas gentes salvajes, creyó ridículas ciertas fórmulas usadas por el buen padre. También juzgó inconveniente el sistema de retablos que éste había introducido para hacer más accesibles á las obtusas inteli-

gencias de los esclavos los misterios divinos y las arduas verdades de la fe. Mandó, pues, al Santo que abandonara *tan ridículos medios* de enseñanza y le propuso un nuevo método, obligándole á seguirlo fielmente. ¿Quién podía conocer mejor que Claver el sistema más aparente para instruír á los esclavos? Los treinta años que había estado frecuentando las negrerías ¿no lo autorizaban para manifestar su opinión? Los innumerables ensayos hechos para descubrir la manera más fácil y más práctica para enseñar á los ignorantes africanos ¿no le daban derecho á protestar contra las innovaciones del superior y declarar que sus *fórmulas* y *retablos*, considerados como *ridiculeces*, le habían dado los más satisfactorios resultados? Por cierto que sí; pero el Santo se limitó á observar humildemente que se tuviera en consideración la ninguna cultura de los seres á quienes era preciso iluminar, y que se considerara igualmente el instinto de curiosidad de los pobres esclavos, para que se viera que se hacía indispensable ocurrir á medios materiales para hacerse entender. Mas el superior insistió; interpretó las respetuosas observaciones de nuestro santo como efecto de orgullo, mandó que las nuevas prescripciones fueran puestas en ejecución, y en virtud de la santa obediencia le impuso la suspensión del antiguo método.

La prueba era tremenda, era casi insuperable aun para un alma deseosa de promover el bien á todo trance. Sin embargo, el heroico jesuíta bajó el rostro, y con la mayor calma:

« Padre, contestó, su voz es para mí la del Cielo, haré cuanto me manda. »

Á veces acontece también á los más decididos siervos del Altísimo que sobrecogidos por terribles contratiempos ceden un instante á los desconsuelos del egoísmo, se dejan

dominar por cierto decaimiento de espíritu y desmayan en la vía santa de la virtud. Mas el demonio nunca pudo sorprender á Claver. Éste comprendió inmediatamente que si el Señor permitía tan perjudicial transtorno en la evangelización de sus hijos, era para purificar su alma, para destruír por entero cualquier resto de amor propio que pudiera quedar en ella, y lejos de entristecerse se alegró y dió gracias á su superior, cuando le impuso su voluntad *en virtud de la santa obediencia*. Á los colegas que le aconsejaban renovase sus observaciones, decía :

« ¡Oh no, Dios ha dispuesto lo que me está pasando, lo he merecido por mi orgullo! Pensaba saber más que los otros, y la Providencia quiso hacerme ver que soy un presuntuoso. »

Por bastantes días duró la prueba, pero al fin se reconoció que el primitivo sistema era superior á cualquiera otro. El mal éxito de la reforma convenció al mismo superior de que se había equivocado, y entonces fué acordada al Santo plena libertad de volver á *sus ridiculeces* con las cuales se habían obtenido anteriormente abundantes frutos.

En los últimos años de vida del apostólico varón, unos enemigos de la Compañía queriendo demeritar la comunidad de Cartagena y no hallando motivos de acusación contra los padres, pensaron calumniar á Claver y denunciaron al visitador general que éste reiteraba el bautismo. Engañado el visitador por las hipócritas palabras y maneras insinuantes de los viles detractores del Santo, prestó fe á la atroz calumnia, llamó al *buen padre*, lo reprendió duramente y le prohibió en adelante la administración del santo bautismo. Más fácil es imaginar que describir el profundo pesar que causó semejante castigo al celoso apóstol. Ciertamente no le importaría la infamia que sobre su res-

petado nombre caería, pero el daño que las almas sufrirían no podía serle indiferente. Sin embargo, no pronunció Claver una sola palabra para justificarse, recibió con humildad la reprensión y se sometió en el acto á la dura y precipitada resolución tomada por el visitador. Guardó silencio y obedeció escrupulosamente, hasta que el mismo superior eclesiástico reconoció su inocencia y se levantó la suspensión.

Otro superior, que quería probar la virtud del buen padre, aprovechó la ocasión de un falso denuncio recibido por un hermano portugués, para hacerle una severísima reprensión ante toda la comunidad. Le mandó además que permaneciera arrodillado en el refectorio durante la comida. Ya estaba Claver avanzado en edad y achacoso. Apresuróse á obedecer y estuvo más de media hora en semejante posición, sin que la dulce expresión de su semblante perdiera la celestial serenidad que en él siempre se veía estampada; y cuando se le concedió permiso para levantarse, besó la mano al superior y le dió las gracias por *haberle humillado como merecía*.

No faltaba tampoco algún padre que cuando preguntaba á los negros las verdades de nuestra religión, si no recibía inmediatas y exactas respuestas echaba la culpa al santo apóstol y le decía claramente que ni siquiera sabía enseñar la doctrina.

Á veces sucedía también que se presentaban á la mesa eucarística algunos recién convertidos sin la compostura y el recogimiento que tenían los demás cristianos acostumbrados á recibir los santos sacramentos. Era éste un nuevo pretexto para censurar al *buen padre*.

Se le reprochaba que no preparaba á los esclavos á recibir debidamente el pan de los ángeles. En semejantes ocasiones no decía Claver una sola palabra en defensa pro-

pia. Callaba, reconocía humildemente su ignorancia é incapacidad y lo soportaba todo con resignación.

Un padre provincial, que había venido á visitar la casa de Cartagena, oyó un día hablar del *negrito de Pedro Claver*. Interpretó muy falsamente esa sencilla é inocente expresión, y sin tomar previamente informes, mandó llamar al Santo y le hizo una severísima amonestación dejándole suponer que había quebrantado el más sagrado de los votos sacerdotales. Confundido el castísimo jesuíta, soportó con paciencia la terrible como inmerecida reprensión. No dijo nada para justificarse. Tuvo en seguida que arrepentirse el mismo provincial de su inconsiderada conducta, cuando al quejarse con el reverendo padre superior del colegio por el pretendido escándalo, supo que con el nombre de *negrito de Claver*, se llamaba un muchacho de pocos años admitido en la casa por las instancias del Santo.

Pero el que más atormentó al *buen padre* fué un hermano coadjutor, portugués, á quien tuvieron finalmente los superiores que expulsar de la Compañía por su insubordinación. Sin duda aquel impertinente mozo experimentaba un bárbaro placer en mortificar al apostólico varón. Cuando lo acompañaba á las visitas de los enfermos, se disgustaba de los heroicos actos de caridad que le veía ejecutar. Se demoraba cuando era tiempo de volver al colegio. Si se le llamaba para salir, se quejaba; en el camino se detenía, lanzaba insolentes palabras contra el Santo y lo obligaba á acceder á sus caprichos. Se permitía llamarle *hipócrita* y *visionario*. Sin embargo, jamás se quejó Claver de aquel hermano, jamás le dirigió una palabra áspera.

Un superior recientemente nombrado para el colegio, sorprendido de las extraordinarias cualidades que notaba en

el Santo, se propuso someterlo á prueba á fin de averiguar si realmente su virtud provenía del espíritu de Dios. Aprovechaba todas las ocasiones para humillarlo. Muchas veces la cosa más insignificante le servía de pretexto para hacer sufrir á Claver. Y no se crea que esto duró unos pocos meses; no, aquel superior estuvo por varios años á la cabeza del establecimiento y por varios años persiguió al sumiso padre. Pues, en tan largo tiempo de continuas molestias, éste no demostró la más leve pena; si hablaba de cuando en cuando de sus tribulaciones, era para humillarse, confesando su indignidad y alabando el celo del superior, á quien atribuía el loable deseo de corregir sus defectos.

Un día se discutía un punto de teología sobre el cual había divergencia entre los padres. También se obligó á nuestro santo á manifestar su parecer. Apenas hubo concluído éste de hablar, el superior le llamó ignorante y despreció su acertada resolución. No habló el paciente Claver, se ruborizó ligeramente, bajó la cabeza, pero no perdió su acostumbrada serenidad. Más tarde, al recordarle uno de los colegas semejante circunstancia y al manifestarle su maravilla porque no había dicho una palabra en su defensa:

« No importa, contestó el Santo, pasar por sabio ó ignorante, pero sí importa ser humilde y obediente. »

Continuas eran las derrotas que al demonio daba Claver. No podía ser de otro modo. Las máximas que había recibido de su querido hermano Alfonso se había propuesto practicarlas fielmente. Siempre las tenía presentes, y con ellas se consolaba y sostenía en las pruebas. He aquí esas preciosas enseñanzas llenas de verdadera y profunda sabiduría:

« MÁXIMA PRIMERA.

» Cuando se hable mal de mí, ó se me persiga, reflexionaré así : Ó lo he merecido, ó no le merecido.

» Si lo he merecido, ¿por qué he de quejarme ? Debo pedir á Dios perdón de mi falta y corregirme.

» Si no lo he merecido, he de regocijarme y dar gracias á Dios por haberme él proporcionado una ocasión de sufrir algo por su amor.

» Además, hay que callar y sufrir siempre. »

« MÁXIMA SEGUNDA.

» En las contrariedades que se me presenten ¿por qué no haré yo lo que hace *un burro?*

» Si se le ultraja, *está callado.*

» Si se le olvida, *está callado.*

» Si se le maltrata, *se queda callado.*

» Si se le niega el alimento, *se queda callado.*

» Si se le obliga á andar ligero, *permanece callado.*

» Si se le desprecia, *permanece callado.*

» Si se le impone excesiva carga, *siempre calla.*

» En suma, que se diga y se haga de él lo que cada cual quiere, nunca el manso animal se queja. Soporta todo muy pacientemente.

» El verdadero siervo de Dios debe hacer lo mismo y repetir con el real profeta : *Ut jumentum factus sum apud te* (yo me he vuelto delante de ti como un animal de carga) [1]. »

Y realmente inexplicable era la virtud de nuestro santo por esa sobrenatural paciencia con que soportaba todo.

[1] Psalm. LXXII, v. 23.

Por más que el acérrimo enemigo de la humanidad, el infernal Lucifer trabajara para rodearlo de insidias y tentaciones, siempre salía ileso el fuerte atleta. Por más esfuerzos que el príncipe de las tinieblas hiciera para vencerle, por más rudos ataques que le dirigiera, el esclavo de los esclavos permanecía firme en el cumplimiento de sus deberes y aprovechaba los contratiempos y las pruebas para adquirir nuevos méritos.

Viendo el demonio que todas sus tentativas para vencer al héroe de Cartagena le daban resultado enteramente opuesto al que se proponía, intentó acabar con la sólida virtud de Claver por medio de la vanidad. Creyó que alabándole y dándole pruebas de suma estimación, podría halagar su orgullo para posesionarse de tan noble alma. La grandeza, la gloria fácilmente alucinan, y muchos que han sabido superar otras pruebas, perecieron cuando se vieron colocados en alto, en medio de los mundanos esplendores de la lisonja.

Intentó, pues, Satanás colocar sobre un elevado trono de gloria al humilde hijo de Ignacio con la esperanza de ofuscarlo con los atractivos de la pasajera grandeza de la tierra y hacerlo caer después en un profundo abismo de miseria.

Entonces cambióse enteramente el horizonte. Si Claver era antes descuidado, despreciado y pisoteado, ahora se ve considerado, acatado y venerado por todos. Lo alaban los grandes, lo aclaman los pequeños, lo respetan los ricos, lo bendicen los pobres, lo aman los dueños, lo adoran los esclavos. Todos se afanan por honrar al santo jesuíta.

En la época de los armamentos y de la llegada de la flota, cuando cada uno se ocupaba ante todo de sus intereses, no se olvidaba al padre Claver, todo se dejaba por éste. Se abandonaban los negocios, se suspendían los con-

tratos para ir donde el *Santo*, postrársele á los pies y pedirle su bendición...

Lo asaltaban casi. No podía retirarse hasta que les hubiera satisfecho á todos. Recibida su preciosa bendición, cada cual se retiraba y volvía á sus quehaceres. Los mismos niños si al salir de las clases lo encontraban, lo rodeaban, se le arrodillaban delante, le besaban las manos y exclamaban :

« San Pedro Claver, ruegue por nosotros. »

Durante muchos años después de la peste de Cartagena, se oía cantar por las calles de todas las poblaciones de la provincia :

« Por *un Claver* ha salvado Dios á Cartagena. »

Tal era la veneración afectuosa que todos le profesaban.

Todos deseaban tener alguna reliquia de él, y era tanto el interés para conseguirla que se solicitaba hasta el pelo al hermano encargado de cortárselo. Los amos retiraban y guardaban como objetos sagrados los billetes de confesión que el Santo firmaba para sus esclavos.

En una enfermedad que tuvo el año de 1634, hubo necesidad de sangrarlo. Pues bien, fueron tantas las súplicas que los padres y los hermanos de la casa hicieron al superior, que éste se vió obligado á mandar recoger tan preciosa sangre. Hizo mojar en *ella* muchos pedacitos de género y los repartió entre sus religiosos, quienes los conservaron con el respeto y la veneración que se acostumbra tributar á reliquias de los santos.

Por cierto trabajaba incesantemente el demonio para hacer caer en la tentación á nuestro heroico sacerdote en medio de tantas ovaciones, pero también salió éste vencedor de la terrible lucha contra el orgullo y la soberbia. Y las asechanzas, que le eran tendidas por el acérrimo enemigo de su alma, servían para merecerle de Dios nue-

vos premios, puesto que eran continuos los triunfos que alcanzaba contra la prava inclinación natural del amor propio. Así en cambio de proporcionarle la ruina espiritual, las innumerables alabanzas recibidas eran una nueva fuente de bendiciones celestiales, pues la humildad profunda de su alma aumentaba cada día y se atraía las gracias más selectas del Dios grande que prometió ensalzar á sus oscuros siervos.

Así los honores tributados al Santo, en vez de ser tentaciones, fueron una recompensa muy justa y merecida de su admirable humildad, que siempre quedó inconcusa á pesar de los *hosannas* con que se le exaltaba continuamente. En efecto, cuanto más numerosas eran las pruebas de estimación que se le daban, más confundíase el generoso apóstol.

Cuando distinguidos prelados de la Iglesia, bizarros generales del ejército español, entendidos comandantes de la flota, ilustrados sacerdotes y elevados personajes de todas las clases sociales iban á visitarlo y á pedir su bendición antes de dar comienzo á alguna importante empresa, recurría el santo jesuíta con más fervor á la Virgen Santísima, suplicándola que le hiciera conocer su pequeñez y miseria. A todos los que le rodeaban de veneración, decía:

« ¡Oh, cómo se engañan los hombres! Muchos creen que yo sea virtuoso porque no me conocen. ¡Oh, á cuán miserable pecador están ensalzando! ¡Dios mío, cuán tremenda cuenta tendré que daros! Tiemblo... tiemblo... sólo pensando en el momento en que me presentaré á vuestra Majestad! »

Estando el marqués de Mancera, virrey del Perú, en Cartagena y teniendo que embarcarse para España, fué á visitar al padre Claver. Al despedirse, le besó la mano y

le pidió con instancia un objeto cualquiera para llevárselo como recuerdo. El humilde jesuíta le contestó :

« Yo no tengo absolutamente cosa alguna que pueda serle útil. »

El superior estaba presente. Adivinando el pensamiento del santo apóstol y queriendo satisfacer al virrey, llama á un hermano y le pregunta :

« ¿Tienes un objeto que pertenezca á Claver ?

— Padre mío, hay una cruz de madera que le sirve á menudo para los enfermos.

— Tráemela, la necesito. »

El hermano corre por la cruz, la entrega al padre rector, y éste la regala al virrey.

Estaba el precioso don adornado con algunas reliquias. Varios milagros había obrado el Santo con *él*. Le había servido también para la resurrección de un muerto.

Al recibir recuerdo tan espléndido, el virrey lo besó con profundo respeto. En seguida dió las gracias al rector, y con palabras sugeridas por un corazón verdaderamente ecto y lleno de viva fe, exclamó :

« Padre mío, protesto que más caso haré de esta cruz que de la del toisón de oro, condecoración que tengo el honor de poseer. »

Confundido el Santo por semejante prueba de veneración, dijo tristemente al marqués de Mancera :

« Señor mío, se lleva con esa cruz mi consuelo y mi recurso para los enfermos. »

El virrey no vió en semejante expresión de sentimiento sino un motivo más para apreciar el gran tesoro con que el padre superior lo había favorecido.

Cuanto más grandes eran las ocasiones que se presentaban á Claver para enorgullecerse, más adelantaba en la humildad. Las pruebas no hacían más que perfeccionar-

lo, las tentaciones eran motivo de progreso continuo en la virtud, los terribles asaltos que el infierno le dirigía lo hacían más caro á los divinos ojos por la firmeza y la constancia con que sabía resistir.

Así venció nuestro santo á sus enemigos espirituales, así sostuvo gloriosamente el gran combate impuesto al cristiano, así se mostró verdadero soldado de Jesucristo y bien pudo al terminar sus días exclamar con el Apóstol de las gentes : « He peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia que el Justo Juez me dará en aquel día[1]. »

CAPÍTULO XXVII

Espíritu profético de san Pedro. — Varios casos en que lo demostró.

1. *Quia non faciet Dominus Deus verbum, nisi revelaverit secretum suum ad servos suos prophetas.*
(Amos., c. III.)

Porque no cumplirá Dios su palabra sin revelar el secreto á sus siervos profetas.

2. *Plurima super sensum hominum ostensa sunt tibi.*
(Eccl., c. III, v. 25.)

Se te revelaron muchas cosas superiores á la humana inteligencia.

3. *Si tu esses intus bonus et purus, tunc omnia sine impedimento videres, et bene caperes. Cor purum penetrat cœlum et infernum.*
(Kempis, de Im. Chr., c, II, v. 4.)

Si eres puro é inocente, entonces lo verás todo sin dificultad y lo comprenderás bien. Un corazón puro penetra el Cielo y el infierno.

Las sublimes prendas espirituales de nuestro santo apóstol debían ser comprobadas por la misma Divinidad. Sí;

[1] *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex.* (Epist. II ad Timoth., c. IV, v. 7-8.)

á fin de disipar la más ligera duda acerca de la heroicidad de esas virtudes, quiso el Señor *marcarlas*, diremos así, con el sello de las profecías y de los milagros. Para que tanto á los contemporáneos como á los futuros admiradores de Claver, quedara solemne constancia del espíritu de verdadera santidad que en él reinaba, el Cielo mismo se encargó de proporcionarnos poderosas é inconcusas pruebas. En efecto, las muchas profecías que hizo el santo jesuíta y los estupendos milagros que obró, nos obligan á postrarnos á sus pies y exclamar : « Verdaderamente la Divina Sabiduría te asiste, la mano del Altísimo te acompaña ; tus acciones revelan el supremo poder que del Rey de los Cielos has recibido. »

Demasiado claro es que los milagros y las profecías son exclusivamente obras del Señor. Pues, ¿quién puede suspender las reglas de la naturaleza sino el que las ha establecido ? ¿Quién puede hacer variar las leyes con que está gobernado el mundo sino el mismo que las ha fijado? ¿Quién puede penetrar lo futuro y contingente sino aquel que abraza lo *pasado*, lo *presente* y lo *porvenir* con una mirada ? ¿Quién puede adivinar lo que ha de acontecer sino aquel para quien no hay distinción de tiempo, porque las horas, los días, los años, los siglos le están presentes como un solo instante ?

¿Y se podrá suponer que la Verdad Infinita obre tales maravillas para sostener la mentira? Imposible. Luego cuando la profecía y el milagro acompañan los actos de un espíritu noble, créase que allí está la mano de Dios ; cuando la profecía y el milagro confirman las virtudes de un alma, no se dude que ésta es pura y santa, pues está escrito : « Ninguno puede hacer prodigios, si Dios no está con él [1]. »

[1] *Nemo enim potest hæc signa facere... nisi fuerit Deus cum eo.* (S. Joan., c, III, v. 2.)

¿Escoge el Señor á Moisés, varón justo y recto, para dirigir á su pueblo? Pues bien, le comunica poder tan grande que le es fácil separar las olas del mar y contenerlas, hacer brotar de la estéril peña fuente abundante de saludables aguas, cambiar su vara en serpiente y obrar una serie de estupendos milagros. ¿Confía á los apóstoles la misión de convertir al mundo? Pues les da igualmente poder para comprender y hablar lenguas desconocidas, para tocar sin riesgo venenosos insectos, para romper fuertes cadenas de hierro y resistir al aceite hirviendo, para dominar con la ignorancia la más rebelde filosofía y conseguir en suma, sin medios aparentes, la regeneración del mundo entero. Siempre que Dios quiera llevar á cabo una grande empresa ó probar una gran verdad, ocurre á la profecía ó al milagro, á fin de demostrar á los hombres de una manera evidente su intervención suprema.

¿Qué de extraño, pues, que manifestara también el Señor por tan asombrosos medios la sublime misión encomendada á su gran siervo Claver? Como la vocación de este ínclito apóstol era enteramente sobrehumana, era preciso que el Cielo mismo se encargara de confirmarla solemnemente. Y por cierto que fué confirmada de un modo sorprendente, pues la profecías y los milagros abundaron.

Nos reservamos hablar de muchos y estupendos portentos que el santo varón hizo, además de los que conocemos ya, en él próximo capítulo. Veamos por ahora sus predicciones.

Un año lo acompañó á la visita de los negros esparcidos por los campos un joven jesuíta. Yendo juntos de una población á otra, Claver, como iluminado por súbita inspiración celestial, se dirige al compañero y le dice :

« Mi querido hermano, tú no perseverarás en la Compañía..»

Sonriéndose éste le contesta :

« Como que vuestra reverencia quiere echarla de profeta. Me parece que está equivocado. Le aseguro que si éste es él primer ensayo que hace para adquirir crédito en su nueva profesión, va á quedar desprestigiado de completo. »

Pero el Santo con sencillez repite :

« Mi querido hermano, tú no perseverarás en la Compañía.

— Jamás, replicó el joven religioso, he tenido la menor tentación á este repecto ; en un gran engaño está vuestra reverencia.

— No perseverarás en la Compañía », dijo por tercera vez Claver.

Á los cinco meses el joven jesuita cayó gravemente enfermo. Los especiales cuidados que le fueron prodigados y las fervientes oraciones que por su salud fueron elevadas al Cielo le prolongaron la vida. Pero en su convalecencia fué atacado por tan profunda hipocondría que nadie podía consolarlo. Se hicieron mil tentativas para curarlo de aquella perjudicial melancolía ; se le tenía siempre en compañía de jóvenes alegres y festivos ; no se le dejaba solo por un instante ; día y noche caritativos amigos le estaban al lado para distraerle, pero todo fué en vano. Dominado por la tristeza y la inquietud de espíritu, deseó tener distracciones incompatibles con la vida religiosa, y viendo que le eran rehusadas, salió de la Compañía para ir á buscar en el mundo goces que las reglas de san Ignacio le prohibían.

Así se verificó también una profecía que el santo sacerdote hizo á un joven Manuel Álvarez. Siempre que lo veía le instaba á que dejara el mundo.

« Dios te llama á sí, quiere que le sirvas en la religión. »

No se oponía Manuel, pero siempre difería para más tarde la resolución de oír la voz del Santo.

« No aguardes más, le dijo éste un día al encontrarle en la calle, porque morirás joven. »

Y le reveló en seguida el tiempo y el lugar en que acaecería su fallecimiento. Á nadie habló Manuel de la triste predicción. Fué á Santa Fe de Bogotá para concluír sus estudios, se graduó y volvió á Cartagena.

Ya el santo director de su conciencia había pasado á mejor vida. Manuel Álvarez no había olvivado, sin embargo, los consejos recibidos pocos años antes, y resolvió consagrarse á Dios, vistiendo el hábito de San Francisco de Asís. Pocos meses después de haber entrado en religión cayó enfermo. Como el mal no parecía grave y se creía que desaparecería más fácil y prontamente con cuidadosas atenciones, el superior le propuso que volviera por unos días á la familia.

« ¿Para qué? dijo el buen joven. Vanos serán todos los esfuerzos que se hagan para curarme. Yo tengo que morir *este año, aquí mismo*, á principios del mes entrante. Tiempo ha que mi santo padre Claver me lo predijo. Ciertamente sus palabras se cumplirán al pie de la letra. »

En efecto, el día primero del mes próximo al romper el alba, entregó Manuel su bella alma al Creador, después de haberse preparado á la muerte con sentimientos nobilísimos y sugeridos por un acendrado fervor cristiano. San Pedro Claver le estuvo sin duda contemplando desde su elevado trono de gloria en el Cielo, para protegerlo con su valiosa intercesión durante los últimos momentos.

Íntimas relaciones existían entre el santo jesuíta y la familia de doña Isabel de Urbina, dama respetabilísima por sus preciosas virtudes y angelical piedad. El admirable apóstol la honraba con su amistad, y ésta le correspondía

muy dignamente. Así pudo doña Isabel, más á menudo que ninguna otra persona, tener ocasión de reconocer el don de profecía y las maravillosas luces con que Dios favorecía á Claver.

Un día después de haber oído la confesión de doña Isabel, le recomienda el Santo que pida mucho por los esclavos empleados en una de sus haciendas muy distante de la ciudad, y sobrecogido por una fuerte impresión se conmueve hasta derramar lágrimas, y añade :

« ¡Ruegue especialmente por aquel pobre *mártir !...* ¡Oh sobre todo *por él !... ¡Pobre mártir !...*

Demasiado grande era la fe que doña Isabel tenía en las palabras del *buen padre* para no hacer caso de semejante recomendación. No se atrevió á preguntarle lo que éste juzgaba conveniente ocultar, pero sin ocuparse de pedir más informes, obedeció y elevó fervorosas oraciones al Cielo por los negros de su posesión, especialmente por el *pobre mártir* que á su santo director espiritual inspiraba tanta lástima.

Ocho días después, recibe doña Isabel noticias de la hacienda mencionada por Claver, y sabe que uno de sus esclavos está pereciendo en un oscuro calabozo sin que una mano benéfica le preste socorro.

Sintiéndose desfallecer, el infeliz se había retirado del trabajo... Vióle el superintendente, hombre de corazón duro, y atribuyendo inmediatamente á pereza el motivo de su retiro, mandó que se le pusiera en prisión. Aseguró el esclavo que estaba enfermo, rogó, suplicó que no se le castigara, pero sus clamores no fueron oídos y tuvo que sufrir la pena impuesta.

Doña Isabel recordó inmediatamente las palabras que el apóstol de Cartagena le había dirigido la semana anterior, después de la confesión : *Encomiende especialmente á*

ese pobre mártir, y deseosa de averiguar la profecía en todos sus detalles, preguntó cuándo había acontecido la dolorosa escena, y descubrió que precisamente el día y la hora en que el santo jesuíta le había hecho la recomendación. Está de más manifestar á los lectores que la piadosa señora de Urbina reprendió la dureza del superintendente y le dió una orden terminante para que soltara al pobre negro considerado por el santo padre Claver como mártir.

Sabía nuestro apostólico varón cuán adicta le era doña Isabel; conocía su gran celo por todas las buenas obras. En distintas ocasiones había tenido ya pruebas de que *ella* se prestaba á hacer todas las buenas acciones que se le exigían. Jamás se negaba la buena señora á prestar un servicio á la causa del bien. Visitábala, pues, el santo jesuíta con frecuencia, porque las continuas obras de caridad que tenía entre manos lo llevaban á su casa para solicitar su personal cooperación ó para pedirle auxilios pecuniarios.

Fué un día, y la encontró con doña Carmen, su hermana. Estaba muy cerca ya la cuaresma. Al momento de retirarse díjoles con aquel aire inspirado que hacía recoger sus palabras como verdaderos oráculos:

« Veo que en toda la cuaresma no habrá necesidad de insistir para que hagan penitencia. »

Las dos hermanas tampoco preguntaron qué significaban esas misteriosas palabras, y resignadas se prepararon á la prueba que Dios quisiera enviarles.

El primer domingo de cuaresma don Juan de Urbina, padre de Isabel y de Carmen, cayó gravemente enfermo.

Las dos señoras no podían abandonarlo un instante; la ciencia no encontraba remedios que calmaran, aunque fuera por pocas horas, los crueles sufrimientos del anciano. La enfermedad hacía rápidos progresos. Las dos hermanas

tenían ya cerca de un mes de estar velando con inquietud á la cabecera de su padre, cuando terribles desfallecimientos sobrevinieron á los otros dolores y causaron gran alarma. La muerte parecía inminente...

Doña Isabel manifiesta á los médicos sus tristes previsiones y el deseo de aconsejar al enfermo que reciba los santos sacramentos. Estos juzgan que puede diferirse todavía; pero doña Isabel temerosa siempre e intranquila va á consultar á su santo confesor:

« ¡Estoy desolada! Un desfallecimiento puede llevarse á mi querido padre, y los médicos sostienen que no hay peligro y que debe aplazarse la administración de los santos sacramentos. Decida vuestra reverencia. Le suplico encarecidamente que me dé un buen consejo.

— Tranquilícese, hija mía, contestó Claver, los médicos tienen razón, saben lo que dicen; aun no es tiempo. »

Consolada doña Isabel por estas palabras, vuelve á la casa y espera que llegue el momento oportuno para aliviar al padre con los consuelos religiosos. Pocos días después, frecuentes vomitos renovaron los temores de una próxima catástrofe. Doña Isabel va a la iglesia á rogar á Dios por su padre, y viendo que Claver está confesando, se acerca al confesionario y le dice al oído:

« Padre mío... está muy mal... pida por él.

— ¿Qué? ¿solicita usted oraciones para ese santo varón? Dios le tiene preparada una brillante corona en el Cielo, pero no la alcanzará hasta el principio de la semana mayor. »

Lo que había anunciado el padre Claver, aconteció. En efecto, el domingo de ramos espiró don Juan de Urbina.

Tanto doña Isabel como doña Carmen, en medio de su tristeza y dolor recordaban á menudo las palabras del santo jesuita: « Dios le tiene preparada una brillante corona en el Cielo », y se consolaban mutuamente pensando que

el alma de su padre estaba gozando de la bienaventuranza.

Doña Carmen de Estrada tenía tres hijos. El mayor estudiaba en el plantel dirigido por los jesuitas. Cansado de oír los continuos y merecidos reproches que sus superiores le dirigían, en un momento de despecho abandonó el colegio y fué á encerrarse en el convento de Santiago con el pensamiento de entrar en religión. Grande fué la aflicción de los padres, quienes comprendían que semejante resolución no había sido sino efecto de exaltación. Doña Carmen habló del asunto á nuestro santo y le consultó su parecer.

« Feliz me estimaría si uno de mis hijos abrazara tan santa vida, pero yo conozco á Isidoro. Sé que no tiene verdadera vocación. Además, es tan joven que aun no es capaz de comprender á cuán grandes pruebas debe someterse para ser buen religioso.

— No tema, díjole Claver, Isidoro no será nunca religioso. Pero sí, tendrá usted que resignarse al sacrificio de los otros dos hijos : pues los quiere Dios en la Compañía de Jesús. »

Poco tiempo después salió Isidoro del convento de Santiago, y sus dos hermanos solicitaron el permiso para ser admitidos en el noviciado de los jesuitas. Los superiores estaban dispuestos á recibirlos ; pero don Pedro de Estrada se opuso enérgicamente á la resolución de los hijos, y les prohibió que le hablaran de ese asunto. Quedaron, pues, las cosas en suspenso, y los dos jóvenes se resignaron á aguardar con confianza el momento en que Dios quisiera satisfacer sus anhelos, abriéndoles la puerta del noviciado.

Al cabo de unos meses tuvo don Pedro de Estrada que enviar á su hijo mayor á la isla de Santa Catalina para arreglar unos negocios que tenía pendientes allí. Embar-

cóse Isidoro en un buque llamado *la Capitana*. El viaje fué feliz. Pero ya al entrar al puerto, una falsa maniobra del piloto dirige el buque contra un escollo... se siente un horroroso crujido... y *la Capitana* queda destrozada... En breve los restos del buque se esparcen por las costas, se recogen, se reconocen... y la noticia del naufragio es comunicada á Cartagena...

Gran conmoción causa por cierto la nueva de ese desastre; por todas partes se oye repetir con acento de dolor: *Perdióse la Capitana, perecieron todos los que iban en ella.*

La madre del piloto corre llorando al colegio, llama al padre Claver, cae á sus pies y con voz interrumpida por los sollozos:

« Padre mío, exclama, padre mío, ¿qué hay de mi hijo? Vuestra reverencia solamente puede saber lo que ha acontecido, dígame si vive aún... manifiésteme si se ha salvado... ¡Oh pobre hijo mío!...

— Tranquilícese, contesta el Santo, no se ha perdido más que el buque, nadie ha muerto... »

Todavía estaba hablando, cuando llega doña Carmen, y con voz sofocada por el llanto, le suplica que le dé noticias de su hijo.

« Consuélese, consuélese usted también, señora, nadie ha perecido. Sólo el buque sufrió. Pasajeros y tripulantes están en salvo; presto abrazará usted nuevamente á su querido hijo. »

Estaba sin embargo la ciudad sumergida en profunda consternación, pues un sinnúmero de familias temían la pérdida de algún amigo ó pariente. La iglesia del colegio estaba constantemente llena de gentes que imploraban la misericordia divina.

Don Pedro de Estrada pasaba casi todo el día en el

templo, y no hallaba tranquilidad, á pesar de las afirmaciones del Santo... Una vez, mientras estaba rezando con gran fervor, prometió dar su consentimiento á los hijos menores, para que entraran á la Compañía el mismo día en que recibiera noticias ciertas de que Isidoro se había salvado. Al concluír su promesa, siéntese don Pedro inundado de un celestial goce, le parece oír una voz que le asegura que su primogénito vive... Levántase, sale de la iglesia animado por viva esperanza, y poco antes de llegar á la casa, se le presenta un desconocido y le entrega una carta... El corazón de don Pedro late fuertemente... las manos le tiemblan... casi no puede abrir el pliego... Pero apenas ve la letra, lanza un grito de júbilo : « *¡Isidoro está en salvo, Isidoro está en salvo!*... Es él mismo el que escribe... está en Portobelo... dice que nadie ha muerto... » Corre á mostrar la carta á la esposa, que profiere sencillamente estas palabras : « Así lo había predicho Claver » ; vuelve á la capilla de los jesuítas, y desecho en lágrimas de consuelo, renueva su promesa, y da las más sentidas gracias el Señor por aquel inmenso beneficio.

Por la noche había sermón ; la capilla estaba llena, como lo había estado los días anteriores, por el triste acontecimiento del naufragio de *la Capitana*. El orador comunica al público la buena noticia recibida poco antes por don Pedro.

En el acto los cantos en acción de gracias reemplazan á los gemidos ; los himnos de gloria hacen olvidar los crueles momentos de dolor. Entónase el *Te Deum*, y toda la concurrencia, con entusiasmo y devoción manifiesta al Altísimo su profunda gratitud.

Pocos días después los hijos de don Pedro entraron en la Compañía de Jesús. Por cierto se distinguieron ambos por su amor á la virtud y por su exactitud en el cumpli-

miento de las reglas, y perseveraron hasta la muerte en el santo camino de la perfección.

Más tarde hizo san Pedro otra predicción acerca de Isidoro, mientras estaba éste en España con las tropas que asediaban á Barcelona. Después de haber oído la confesión de doña Isabel de Urbina, le dijo:

« Prepárese, hija mía, á recibir una nueva desagradable en el mes de noviembre. »

Conociendo la buena señora el espíritu profético de su santo director, no dudó un instante de que se cumpliría el infausto anuncio, y comenzó desde entonces á pedir á Dios la fuerza necesaria para soportar con resignación la desgracia que la visitaría. Á los pocos días encuentra Claver á doña Isabel y doña Carmen en la calle, les da una mirada de compasión, y siguiendo su camino les dice:

« ¡Para octubre... para octubre!... »

Afligidas las dos hermanas, se preguntaban á quién tocaría más de cerca la próxima calamidad. Cada una la temía para sí. Prolongóse esta inquietud hasta que llegó la flota de España el mes de noviembre, y trajo á doña Carmen de Estrada la noticia que su hijo Isidoro había sido muerto el día *siete de octubre* en el sitio de Barcelona.

Un día, al volver el Santo al colegio, se para de repente delante de una casa, la contempla, entra y dice á los que la habitan:

« Si no queréis perecer todos debajo de los escombros de este edificio, apresuraos á salir, llevando lo más precioso que tenéis, pues la caída no tardará, y será terrible. »

Todos creían que la casa era muy sólida. Ninguna parte estaba tan deteriorada que amenazara ruina; sin embargo, siendo el padre Claver el que anunciaba la catástrofe, nadie osaba contradecir. Cada uno, pues, procuró salvar lo que pudo y abandonó la casa, á pesar de la apariencia

de solidez que ofrecía. Á los pocos momentos de haber sido desocupada... ¡cayó... con horrible estruendo!

Don Juan Iriarte y Araoz tenía una hija única, á quien amaba entrañablemente. Noble de nacimiento, rica de bienes de fortuna, adornada de las más bellas cualidades, la señorita Amelia reunía todo lo que el mundo aprecia y estima. Pero á tantas dotes añadía también una angelical piedad y el ejercicio de las más preciosas virtudes cristianas.

Atacada por una violenta fiebre, en breve se vió al borde del sepulcro. Inconsolable el padre, había mandado hacer oraciones en todos los conventos de la ciudad para obtener la curación de su querida Amelia. Mas la Providencia quería agregar á las celestiales filas un nuevo ángel. En vano, pues, se rogó; en vano se pidió. ¡El Señor no acordó la gracia solicitada con tanta insistencia y por tantas almas!...

« Aun nos queda una tabla de salvación, dice don Juan á su esposa, cuyas lágrimas le causaban tanta pena como la gravedad de la hija. ¡El padre Claver puede curar á nuestra Amelia!... Voy á buscarlo... él me oirá...

El señor Iriarte era penitente del santo jesuíta, y tenía un puesto privilegiado en su corazón.

Abandona, pues, por un instante á la amada enferma, y corre al colegio. Preséntase á Claver, pero éste, sin dejarle tiempo de hablar, le dice:

« No, no, ahora no conviene.

— Padre, no vengo á estorbarle para que me confiese. Deseo otra gracia. ¿Por qué tan perentoria negativa?

— Sé que usted quiere que yo pida por la salud de su hija; pero eso es contrario á los altos designios de la divina Sabiduría; bien puede usted dar gracias al Señor, pues va á sacarla de este peligroso destierro para llevársela á la patria celestial. Tampoco será necesario que yo le aplique

misas después de su muerte. Ya tiene preparada su corona inmarcesible de gloria. »

Quedó atónito el señor Iriarte al oír semejante contestación, no pudo replicar palabra alguna, se sometió al divino querer, y retiróse confundido y resignado al propio tiempo.

La joven Amelia falleció ese mismo día...

El padre y la madre, en medio de su profundo dolor, tuvieron sin embargo un gran motivo de consuelo en las palabras del santo jesuíta, quien había asegurado que Amelia sería admitida á gozar de la eterna bienaventuranza, apenas saliera de este mundo.

Don Agustín de Baraona tenía bastante tiempo de estar enfermo. Ya se había confesado varias veces; pero conociendo que se agravaba más y más y se acercaba el término de sus días, manifestó el deseo de tener á su lado al padre Claver, su íntimo amigo y director espiritual, para que lo preparara á morir santamente. El apóstol no se hizo de rogar : apenas se le comunicó el anhelo del enfermo, corrió á la casa de Baraona y se puso á la cabecera del piadoso don Agustín.

Doña Petrona no podía persuadirse de que su marido estaba tan próximo á la muerte. Tampoco lo creía su hijo Esteban. El uno y la otra, pues, recibieron á Claver como de ordinario, y le dejaron solo con don Agustín. Pero la confesión se prolongó mucho más que de costumbre.

« ¿Por qué tanta demora esta mañana? dice doña Petrona á su hijo. Hace una ora que el padre está con el enfermo... Comienzo á tener cierta inquietud... temo que haya algo extraordinario...

— Ciertamente, responde Esteban, nunca el santo padre se ha demorado tanto.

— Tu papá está afectado, mi querido Esteban, él cree

que la muerte le es inminente. Es seguro que está haciendo una confesión general.

— Pero ya hubiera hecho yo tres confesiones generales, en todo el tiempo que tiene el buen padre de haber venido. Más bien me inclino á creer que éste haya sido arrobado por uno de sus éxtasis, y haya comunicado tan ardiente fervor á papá que también lo haya dejado absorto en Dios.

— No sería una cosa improbable, vamos á averiguarlo.

— Aguardemos un instante; si el padre no sale presto, entraremos nosotros al cuarto. »

Esperan aún por media hora... pero viendo que el Santo no comparecía, Esteban dice á la madre :

« Ahora sí, podemos verificar lo que hay. Ya pasó hora y media. Esto revela que ha ocurrido algo...

— Dios mío... ¿Habrá muerto tu padre?... »

Levántase doña Petrona y se acerca á la puerta del cuarto para observar lo que adentro está pasando. Esteban la acompaña; pero avanza temeroso...

¡Lindo espectáculo!... El santo jesuíta estaba arrodillado delante de la cama, y decía el enfermo :

« Hijo mío querido, le suplico me encomiende á Dios apenas esté cerca de Él. Mañana verá usted sin duda á su Majestad : no me olvide.

— Se lo prometo, mi amado padre », contestó don Agustín.

Abrazó entonces Pedro á su amigo con particular ternura, le dió su última bendición, y húmedos los ojos, afligido el ánimo y el corazón despedazado, se retiró.

Hondamente impresionada doña Petrona por lo que acababa de *ver* y de *oir*, fué á otro cuarto para dar completo desahogo á su dolor, llorando más libremente la próxima separación del que había formado su felicidad por tantos años. Esteban, aunque estaba también sumamente afligido,

se esforzaba en calmar la pena de la madre, repitiéndole las consoladoras palabras del inspirado jesuíta : *Mañana verá usted sin duda á su Majestad.*

Al día siguiente entregó don Agustín de Baraona su alma al Creador, como lo había predicho el padre Claver.

La viuda y el hijo no dudaron un instante del premio eterno que había ido á recibir el amado esposo y padre.

¿Quién no sabía en Cartagena que Dios mismo hablaba por boca de su admirable apóstol ?

Ya hemos visto que los más elevados personajes no dejaban la ciudad sin despedirse de nuestro santo, no emprendían un viaje sin implorar su preciosa bendición. Don Gabriel de Méndez, gobernardor de Santa Marta, estaba al partir para España con la familia. Doña Teodora, su esposa, fué á visitar al buen padre y á encomendarse á sus oraciones. Recibióla con inefable bondad el santo jesuíta, y después de haberla bendecido :

« Señora, le dijo, que Dios la acompañe. Este viaje será muy feliz, pero poco después tendrá que hacer otro mucho más importante.

¿Qué otro viaje será ese de que me habla vuestra reverencia?...

— ¡Señora... será un gran viaje !...

— Pero, padre mío... explíquese... yo no tengo intención de emprender más viajes...

— Sí, mi señora; poco después de haber llegado á España, será preciso que haga su viaje á la eternidad... Dios la llama, sométase á su santísima voluntad. Mientras tanto, vaya preparándose con tiempo. »

Doña Teodora estaba joven todavía y llena de vigor, y gozaba de una perfecta salud... pero había visto ya tantos prodigios obrados por san Pedro, que no podía desentenderse de aquella revelación. Dió gracias á la Bondad Divi-

na por aquel aviso, y desde entonces duplicó su fervor para prepararse á morir santamente.

Tuvo un viaje muy próspero, como le había sido anunciado por el apostólico varón; desembarcó en España sin la menor novedad; pero á los pocos días fué sorprendida por un ataque apoplético, que la arrebató al tierno amor de sus parientes y amigos.

Llamado don Rodrigo de Villedo al servicio del rey de España, durante la guerra de Cataluña, había dejado á la mujer en Cartagena. Estaba ésta hacía algún tiempo sin noticias del amado esposo, cuando se esparció la noticia de que en la última batalla había *perecido el capitán Villedo*. Por más infundadas que se creyeran las tristes nuevas divulgadas entre el pueblo, mantenían á la pobre doña Mariana en continua agitación é inquietud. Una de sus amigas, deseosa de tranquilizarla, va á suplicar al padre Claver que se encargue él mismo de llevar algún consuelo á la buena dama. Mas el Santo iluminado por suprema luz:

« ¿Para qué he de ir? contesta. Nada favorable tengo que comunicarle. Toda esperanza está perdida. El pobre don Rodrigo ha pasado á la eternidad. »

Unos días después llegó un buque español con cartas que confirmaban la muerte del capitán Villedo.

Queriendo don Pedro Doriola dar á su hijo una instrucción esmerada y profunda, lo envió á la universidad de Salamanca. Pocos días después de su salida, fué á visitar al santo jesuíta, y:

« Padre mío, le dijo, acabo de mandar á mi hijo para España. Deseo que continúe sus estudios en Salamanca. Lo recomiendo mucho á sus oraciones. Prométame vuestra reverencia que pedirá por él durante tan largo y peligroso viaje.

— Era cabalmente lo que estaba haciendo en este instan-

te, porque los buques del rey se hallan en un difícil trance. Una horrorosa tempestad hace temer una catástrofe... pero con el auxilio divino no habrá desgracia... Dadle sentidas gracias al Señor... »

Don Pedro apuntó el día y la hora... y en la primera carta que recibió del hijo, averiguó que la flota había corrido un gran peligro de perderse en una borrasca que se había desatado precisamente en *la fecha* y en *el momento indicado por el santo jesuita.*

Nombrado el señor don Antonio de Betancourt gobernador de Jamaica, resolvió ir primero solo á la nueva destinación, á fin de arreglar debidamente una buena habitación para la familia, y volver en seguida á Cartagena por la esposa y los hijos. Pero afortunadamente, antes de poner en práctica su proyecto, fué á despedirse de Claver y á pedirle su bendición. Prometióle éste rogar mucho por él y su familiia, y después de haberle bendecido le dijo :

« ¡Señor mío, parta usted con Dios, pero llévese á todos los seres que le son caros!... No deje en Cartagena ni á la esposa ni á los hijos. »

Obedeció don Antonio al apostólico varón, y aunque no comprendiera el motivo de la recomendación, no vaciló en cumplirla fielmente. Apenas llegó el señor Betancourt á la nueva provincia cuya administración se le había confiado, supo que en Cartagena había estallado la peste y que estaba haciendo horribles estragos.

Á este don peculiarísimo de prever lo futuro, añadió Claver también el de leer en los corazones humanos, de adivinar los pensamientos. Ya tenemos pruebas de tan admirable privilegio concedido por Dios á nuestro santo; pero antes de concluír el presente capítulo, séanos permitido referir los dos acontecimientos siguientes.

Iba Claver de vez en cuando á un convento de monjas

donde estaban empleadas en la portería cuatro *negras*. El *buen padre* no dejaba nunca de hacerles una pequeña exhortación, por consiguiente se demoraba un poquito. Una religiosa notó el hecho, y movida por la curiosidad, quiso averiguar lo que el Santo hacía en la portería.

« Todas las veces, se decía, que Claver viene á la comunidad, pierde un cuarto de hora en la portería. ¿Qué hará?... »

Este pensamiento trabajaba en su interior, y lo comunicó á una de sus hermanas, quien le contestó :

« ¿Qué hace?... ¿No sabes que Claver es sobre todo el padre de los negros? Cuando viene á nuestra casa, lo primero que hace es dirigir unas palabras á sus buenas hijas.

— Yo quisiera oírlo, aunque sea solamente una vez. »

La joven religiosa era también hija de Eva. Su curiosidad estaba excitada, el deseo de saber era vehemente, no podía resistir á la tentación... Pronto debía el Santo volver al convento para la confesión extraordinaria que solían hacer las monjas. La hermana Ana calculó la hora de la llegada del buen padre, y fué á esconderse en un punto escogido ya de antemano como muy aparente para oír sin ser vista.

Á los pocos minutos llegó Claver, é hizo su exhortación á las negras como de costumbre.

Sor Ana se había figurado que el humilde apóstol sería más sublime que nunca, cuando hablaba á sus predilectos hijos. Pero notando una sencillez extraordinaria en sus palabras, no quedó satisfecha, y quejándose interiormente de sí misma, se decía :

« Francamente, no valía la pena de cometer un pecado de curiosidad para oír cosas tan comunes. No hay elocuencia alguna en este entretenimiento espiritual... »

En ese mismo instante, el Santo levantando la voz, exclamó en tono de reproche:

« ¡Yo no hablo *á las blancas!*... Hablo á pobres *negras*, y tengo que hacerlo de esta manera para ser entendido. »

Sorprendida la religiosa con aquella corrección inesperada, no pudo guardar el secreto sino por el tiempo necesario para ir á ver á la superiora. Lo ocurrido la había dejado tan admirada, que hubiera soportado diez veces la penitencia que merecía por su curiosidad, antes que callar esa nueva prueba de la santidad del padre Claver.

Hacía tiempo que un negocio importante preocupaba al señor Villegas y absorbía su atención hasta el punto de perjudicar á veces otras obligaciones que el deber le imponía. Varias razones le impedían consultar á personas amigas, y solo no hallaba manera de salir de ese laberinto.

Un día, saliendo de la capilla del colegio, se encontró con el santo apóstol, quien le echó una mirada y le dijo:

« Deje todas esas *preocupaciones*. Abandónese en manos de la Providencia.

— ¿Y de qué preocupaciones habla vuestra reverencia?... ¿Qué asunto debo abandonar en manos de la Providencia? »

El Santo se explicó clara y brevemente, y le descubrió el motivo de su inquietud. Lo exhortó también á tener confianza en Dios, y le aseguró que todo terminaría muy favorablemente.

Don Diego de Villegas había tenido siempre muy elevada opinión de la santidad del padre Claver: por consiguiente no extrañó aquella manifestación de las superiores luces con que el Señor lo favorecía.

El negocio que no había podido escapar á la penetración del Santo, tuvo al fin una solución muy favorable como éste lo había predicho.

Muchos otros hechos semejantes podríamos referir; pero bastan los citados para demostrar á nuestros lectores cuán grande era el espíritu profético del glorioso apóstol de Cartagena.

CAPÍTULO XXVIII

Asombrosos portentos obtenidos por la intercesión de san Pedro.

1. *Per manus autem Apostolorum fiebant signa et prodigia multa in plebe.* (Act. Apost., c. v, v. 12.)
Y por medio de los apóstoles se hacían muchos milagros y prodigios en el pueblo.

2. *Et exaudivit Dominus vocem Eliæ et reversa est anima pueri intra eum et revixit.*
(Lib. III Regum, c. XVII, v. 22.)
Y oyó el Señor la voz de Elías, y volvió el alma del niño á entrar en él y revivió.

3. *Infirmos curate, mortuos suscitate, leprosos mundate, dæmones ejicite; gratis accepistis, gratis date.*
(S. Mat., c. X, v. 8.)
Dad salud á los enfermos, resucitad á las muertos, curad á los leprosos, arrojad á los demonios; y hacedlo gratis, porque de la misma manera os fué comunicado el don de ejecutarlo.

Cuando Teodoreto se propuso escribir la vida de uno de los más grandes taumaturgos, vaciló al dar comienzo á la historia de prodigios que con tanta maestría ha narrado. El temor de exponer la verdad á las profanaciones de la falsa sabiduría mundana que no quiere admitir nada divino, y rechaza por consiguiente todo lo milagroso y sobrenatural, lo tenía perplejo. Mas al fin se decidió resueltamente á emprender su obra, en parte por la certidumbre de las cosas que había de referir, y en parte por el deseo de hacer el bien á los numerosos fieles que ins-

truídos en los divinos misterios, quedarían edificados al saber las maravillosas operaciones del Altísimo en las almas justas. Esos mismos motivos nos hacen despreciar las satíricas observaciones que los incrédulos ó los perversos pueden hacer al leer los innumerables portentos que nuestro santo ha obrado con el auxilio de lo alto; nos hacen olvidar el desdén que almas demasiado apegadas al mundo y á la carne pueden manifestar por todo lo sobrenatural que en estas páginas se encuentra consignado. Por eso no queremos sepultar en el olvido las glorias de El que es admirable en sus santos. De todas las cosas extraordinarias que la historia nos ha transmitido, no son las revelaciones, ni las profecías, ni los milagros, ni las directas manifestaciones del poder divino las más difíciles de admitir. Una constancia heroica que soporte sin queja incesantes trabajos, un espíritu abnegado que no se busque nunca á sí mismo, un corazón humilde que desee ardientemente ser olvidado y despreciado, un entendimiento sumiso que acepte como beneficios las mismas ofensas, deben parecer al que conozca la humana naturaleza cosas tan portentosas, que considere las demás como una consecuencia necesaria de una vida perfecta y sublime.

Estamos, sin embargo, tratando de una materia que exige gran discreción y suma prudencia. No haremos sino narrar los acontecimientos sometidos ya al escrupuloso y severo examen de los tribunales eclesiásticos y asegurados con deposiciones juradas de intachables testigos oculares.

Doña Carmen de Estrada, cuyas amistosas relaciones con el Santo hemos tenido ocasión de conocer en el capítulo anterior, había sido atacada por la viruela con tanta fuerza, que causaba grande inquietud á su hermana Isabel. Temiendo ésta que aconteciese una grave desgracia antes

que la enferma arreglara su conciencia, mandó al colegio dos hombres con una silla de mano por su santo director, que en ese tiempo no podía caminar á causa de sus achaques. El buen padre se dejó transportar á la casa de las amadas hijas espirituales, y apenas llegó ordenó á doña Isabel que preparara cierto alimento para la enferma, y le dijo:

« No tema; su hermana no continuará sufriendo mucho tiempo. Es cierto que la muerte ha pasado muy cerca de aquí, pero no ha entrado. »

Confesó á la buena Carmen, la consoló con suaves y dulces palabras, y se hizo llevar nuevamente al colegio.

Á los pocos instantes se presenta el médico, examina á la enferma y recomienda á doña Isabel que no pierda tiempo en proporcionarle los auxilios religiosos. Demasiado grande era la confianza que tenía la señora de Urbina en el dicho de su buen padre, para preferir la opinión del médico.

« El santo jesuíta Claver, contestó, acaba de confesarla y me ha asegurado que no había peligro. Sus palabras bastan para darme tranquilidad. »

Al día siguiente doña Carmen, completamente curada, abandonaba definitivamente la cama y se entregaba á los quehaceres de la casa.

Una pobre esclava que vivía cerca del colegio estaba moribunda, á consecuencia de una fuerte hemorragia que no se podía contener y que la tenía extenuada. Llaman al padre Claver... Corre inmediatamente el admirable apóstol, confiesa á la infeliz, le da la absolución y añade:

« Ahora levántate, Mariquita. »

¡Oh maravilla! Instantáneamente se para la sangre; María obedece á la orden del buen padre y se siente buena. Claver desaparece al momento para evitar las manifestaciones de gratitud y asombro de los presentes.

Una gran enfermedad tenía á don Vicente de Villalobos postrado en una cama hacía muchos días, y se temía por su preciosa existencia. Los médicos no omitían esfuerzo para salvarlo, pero ineficaces eran todos los remedios sugeridos por la ciencia. El mal iba progresando cada día... Ya don Vicente estaba desahuciado... Una amiga se presenta á la esposa con un remedio y le recomienda que se lo aplique al marido. Era una raíz bendecida por san Pedro.

« Tome, le dijo, haga lo que hizo el buen padre. Pulverice bien esta raíz, póngala á hervir en agua natural, déle el cocimiento á don Vicente, y verá que toda novedad desaparecerá. Así curó también Claver á un pobre esclavo. Pídale á Dios que haga eficaz la medicina del santo jesuíta. »

El consejo fué aceptado y seguido al pie de la letra. Apenas tomó el enfermo aquella bebida, durmió largo rato y al despertar se halló enteramente curado.

Un joven cirujano llamado Cipriano Casado, penitente del padre Claver, debía salir para Cuba á bordo de un buque que después de acompañar el que conducía al nuevo gobernador de Jamaica á su residencia, seguiría para aquella isla. Antes de embarcarse Cipriano fué á despedirse del Santo y á pedirle algunas reliquias. Entrególe éste un pequeño relicario y le dijo :

« Con mucho gusto satisfago sus deseos; éste le librará de todo peligro; tenga confianza en Dios; lleva usted un tesoro. »

Cipriano tomó el relicario con respeto y veneración, púsoselo al cuello, se arrodilló para recibir la bendición del apostólico varón y partió.

Divisábanse ya las costas de Jamaica... cuando aparece un navío pirata. El galeón del gobernador puede entrar

en el puerto, pero el otro destinado para Cuba no tiene tiempo de hacer lo mismo y es terriblemente atacado. A la descarga que le hace el enemigo contesta con el fuego de todas sus baterías. En breve se traba un reñido combate... En lo más fuerte de la lucha, una bala da en el pecho á Cipriano y lo tumba. Dos compañeros que tiene al lado lo cogen, lo llevan á la bodega, lo abandonan entre los heridos y muertos y vuelven á sus puestos. Después de una decidida pero inútil resistencia el buque cae en manos de los piratas. Satisfechos éstos con el botín, desembarcan á los pasajeros. El gobernador manda auxilios á los infelices y quiere que todos sean asistidos con el mayor esmero. Cuando los médicos llegaron á Cipriano...

« No tengo nada, les dijo éste, yo quedé aturdido por el golpe, pero no recibí herida alguna ; en efecto yo no experimento dolor.

— Es imposible, respondió el capitán del navío, yo le he visto caer ; he visto entrar la bala, ciertamente está usted herido ; tiene el vestido roto por el proyectil ; hay que registrarle. »

Entonces se descubre el pecho á Cipriano, y con gran sorpresa de todos se encuentra la bala en los vestidos. Veíase una señal sobre el relicario de Claver y en el pecho del joven se notaba una pequeña contusión... pero la piel estaba intacta... ¡ El milagro era evidente !

Apenas el gobernador y Cipriano volvieron á Cartagena publicaron el extraordinario prodigio, atribuyéndolo al santo apóstol de los negros. Cipriano especialmente, convencido de que debía la vida á su buen padre espiritual, fué á darle las más sentidas gracias, y deseando que la noticia del asombroso acontecimiento fuera transmitida á la posteridad, refirió todos los detalles al hermano González, suplicándole que los escribiera.

Una vez estaba el padre Claver catequizando á los negros de una habitación fuera de la ciudad, cuando se le anuncia que un esclavo, no bautizado todavía, está moribundo. Suspende la instrucción, ruega al hermano que lo reemplace por pocos minutos y corre á ver al enfermo. Al momento de entrar á la choza donde éste yacía, se le presenta el amo y le dice :

« Padre mío, ya es tarde ; inútil es su presencia ahora ; el negro está delirando. Yo conozco esta clase de enfermedades ; cuando sobreviene el delirio se acabó toda esperanza. Es el síntoma más seguro de una muerte inmediata. No pierda su tiempo, padre, vuelva á su interrumpida tarea ; nunca he sabido que un negro haya podido superar tan violenta enfermedad.

— Permítame que lo vea apenas, contesta el *buen padre* con su tradicional dulzura y suavidad.

— Entre, padre mío, entre... pero *le aseguro que no conseguirá nada.* »

Entra Claver y se acerca á la mísera yacija del enfermo, se arrodilla y pide fervorosamente á la Divina Misericordia la salvación de esa alma. Al cabo de un rato se levanta lleno de confianza, y con *voz alta llama* al esclavo que continuaba en su delirio. Era *aquélla la voz de un taumaturgo*, y no podía menos que obrar maravillas... Volvió en sí el enfermo... y solicitó el santo bautismo. Como ya tenía alguna instrucción religiosa y conocía los principios de la fe católica, el Santo lo excitó á hacer actos de caridad y le acordó la gracia deseada. Concluída la ceremonia, estando ya Claver al partir, se volteó hacia el negro y le dijo :

« Hijo mío, levántate, ven á asistir al catecismo con los otros. »

¡ Oh nuevo prodigio ! Salta de la cama el enfermo que

poco antes estaba al borde del sepulcro y acompaña á Claver al lugar en donde están reunidos los demás esclavos. quienes quedan estupefactos. Pero el humilde jesuíta antes que se hagan comentarios favorables á su persona, con motivo del milagroso acontecimiento que tanto asombro causa á todos, lo atribuye á la eficacia del santo bautismo.

Adriano era el mejor esclavo de doña Carlota de Banco. Inteligente, activo, dócil, obediente, cumplía exactamente con todos sus deberes; tenía un especial afecto por sus amos á quienes era adicto como un hijo á los propios padres. También se distinguía por su admirable piedad y devoción. Doña Carlota lo amaba entrañablemente.

Una grave enfermedad ataca al buen Adriano, y por más que hagan los amos para salvarlo, el mal toma cuerpo y hace temer próxima la muerte.

Movida la señora de Banco por una buena inspiración va á ver al querido esclavo y le dice :

« Adriano, es conveniente que te confieses, yo llamaré al padre Claver. y estoy convencida que si puedes tocar su camándula pidiendo con fervor á Dios que te cure por los méritos de tan santo varón, sanarás por completo. Si haces aquello con confianza, hijo mío, no dudes de tu salud. »

Adriano deseaba también ver á Claver y purificar su conciencia.

« Mi ama, contestó, mándelo llamar en el acto. Yo anhelo hablar con mi *buen padre*. Oh si él quiere, bien puede restituírme mis perdidas fuerzas. »

No tardó el apostólico varón en llegar, Adriano hizo su confesión, y apenas hubo terminado besó con viva fe y gran confianza el rosario de Claver. ¡ Estupendo milagro ! El esclavo se halló curado instantáneamente.

Una pobre negra del capitán Reyes estaba ya agonizando, cuando se presentó en la casa el Santo, movido sin duda por una de aquellas sobrenaturales inspiraciones con que Dios lo favorecía, pues nadie había ido á avisarle.

« ¿Cómo sigue la enferma? preguntó el buen padre al entrar.

— Oh, padre mío, cuánto siento que no haya llegado un momento antes; la infeliz está entregando el alma al Creador. No hay más esperanza. »

Así contestó el capitán.

« No, no se impresionen, repuso Claver; todo pasará. Denle una infusión de menta y se aliviará. »

Bien comprendían los presentes que nada podía hacer á la moribunda semejante remedio, pero conociendo la humildad del santo sacerdote, sospecharon que fuera un simple pretexto para atribuir á la eficacia de tan inocua bebida algún prodigio que iba á obrar. Sin demora, pues, se preparó la infusión y se la hizo tomar á la enferma. Inmediatamente se despejó la negra, y á la media hora pidió alimento. El día siguiente llena de vigor se levantó de la cama y volvió á sus habituales ocupaciones. Ningún rastro le había quedado de la gravísima enfermedad que poco antes la atormentaba cruelmente.

Pasando un día el Santo por delante de la casa de don Francisco Ortiz, encontró á éste que estaba conversando con el capitán Reyes con aire muy melancólico. La vista de aquel semblante triste causó gran impresión al caritativo padre. Acercóse á los amigos, y:

« Amado don Francisco, dijo, ¿qué novedad hay en la casa? ¿Por qué está usted tan afligido?

— Padre, mi pobre Mariquita, la esclava más inteligente y activa que tengo, se halla en gravísimo peligro. ¡Toda esperanza humana de salvarla ha desaparecido! La fami-

lia entera está sumergida en profundo dolor... ¡Mariquita era tan buena... tan atenta!...

— Pierda cuidado, señor mío, *pida á Dios por ella*, y se salvará. Que el capitán encomiende también al Señor la vida de la pobre Mariquita. »

Así contestó el buen padre y continuó su camino... Los dos amigos quedan bien impresionados por esas consoladoras palabras... Pocos minutos después un esclavo corre á anunciar á don Francisco que la criada había recobrado el habla y que estaba fuera de peligro, con gran sorpresa de los que la rodeaban. El señor Ortiz y el capitán Reyes no extrañaron la fausta noticia. Las palabras del santo apóstol les había infundido más que esperanza, *certidumbre* de la curación de Mariquita. Dieron gracias al Altísimo por el insigne beneficio y aumentaron su veneración por el admirable Claver.

Don Manuel López tenía una esclava muy adicta al hospital de San Lázaro. Siempre que le quedaban ratos desocupados, iba á prestar servicios á los enfermos. La caridad de la buena negra para con los desvalidos era un motivo más para que el *Santo* le tuviera un afecto verdaderamente paternal. Antonina cayó muy enferma. Los médicos le aplicaron todos los remedios sugeridos por la ciencia, pero no lograron curarla. Ya la pobre estaba desahuciada. El padre Claver viéndola tan grave, había pasado tres noches á su cabecera para prepararla á una santa muerte. Era el día tercero; no se aguardaba más que el último suspiro de Antonina, cuando el santo varón tomándola por la mano:

« Hija mía, le dijo con voz imperiosa, es hoy la fiesta de la resurrección de Lázaro, ¡levántate... y dale gracias al Altísimo por la curación que quiere concederte! »

Todavía no había concluído el buen padre de pronun-

ciar estas palabras y ya había desaparecido con la precipitación que acostumbraba en semejantes casos, para sustraerse á las manifestaciones de cariño y agradecimiento de los circunstantes.

Obediente á la orden del taumatargo, dejó Antonina la cama en el acto, y sintiéndose enteramente curada se entregó nuevamente á las ocupaciones de la casa. Todos los años, á fin de manifestar á Dios su vivísima gratitud por tamaña gracia, llevaba al hospital de los leprosos el día de la resurrección de Lázaro, los ahorros que durante el año había reunido.

El doctor Soto, que después de la muerte de san Pedro atestiguó con juramento muchos de los hechos acontecidos en el hospital de San Sebastián, aseguró que la presencia del apostólico varón muchas veces era tan útil al cuerpo como á las almas. En efecto, al pasar visita á los enfermos delante del buen padre le preguntaba con frecuencia su parecer. Pues siempre que éste le contestaba : *Cumpla usted con su deber y tenga confianza en Dios respecto del resultado*, el paciente se curaba infaliblemente.

Los secretos de la Divina Bondad y Omnipotencia son realmente inescrutables. No siempre se comprenden los motivos por los cuales hace ó permite Dios muchos acontecimientos. Sin embargo, es menester reconocer que su alta sabiduría tiene parte en ellos. Parece que descendiera de cuando en cuando á pequeñeces que los altivos y orgullosos mundanos juzgan indignas de su soberana grandeza, y sin embargo es preciso admitir que se manifiesta en tales *pequeñeces* la mano del Altísimo. Aunque los hombres carnales no lo entiendan ni quieran entenderlo, es cierto que el amor de las criaturas *enternece al Creador* y es correspondido por éste con admirable cari-

dad. Cuando el Señor se ve amado, todo lo hace en favor de sus buenos hijos, á todo está dispuesto con tal que redunde en beneficio de ellos. Parecen extrañas á veces ciertas cosas que se refieren en la vida de los santos; pero quien reflexiona y se esfuerza en penetrar los misterios de la Divina Bondad, fácilmente se acostumbra á verlo todo bajo un aspecto diferente del que los hombres le dan, y se persuade de que aun en las originalidades aparece un amor de sus siervos. Dios quiso dar también una extraordinaria prueba de su caridad á nuestro jesuíta, no solamente acordándole el poder de obrar los portentos que en parte conocemos, sino atribuyendo también á los objetos que éste usaba una peculiar y asombrosa virtud. Sí; aquel pobre manteo que tantas veces servía de sábana á los más asquerosos enfermos, aquel manteo que cubría con frecuencia á hediondos negros, aquel manteo sobre el cual se acostaban continuamente los más repugnantes seres ulcerados de pie á cabeza, aquel manteo que en distintas ocasiones quitaban los intérpretes de las manos del santo varón porque estaba manchado de pus, esparcía sin embargo el más suave olor, llenaba el aire de agradables perfumes, y aun era instrumento de grandes maravillas, que llenaban de asombro á los contemporáneos de nuestro taumaturgo.

Un día estaba éste ocupado en instruír á una partida de esclavos recién llegados á Cartagena, cuando se le avisa que una infeliz mujer se halla en el último trance. Concha era muy fervorosa cristiana y prestaba importantes servicios al Santo en el ejercicio de su apostolado, pues conociendo admirablemente el español y varias lenguas de los indios, reemplazaba con frecuencia á los intérpretes. Deja Claver á los otros esclavos y corre á visitar á la moribunda. Apenas llega al aposento, se quita el manteo, lo

pone sobre el cuerpo de Concha, hace una corta plegaria y se retira con gran prisa. Los circunstantes no osaron detenerlo; bien conocían su humildad; sabían que cuando el apóstol de los negros hacía un prodigio, huía incontinenti para sustraerse á las manifestaciones de gratitud y veneración de los presentes. Aquella fuga era, pues, señal cierta de una milagrosa curación.

En efecto, aun no ha salido Claver de la casa, cuando se oyen los gritos de júbilo que lanza Concha.

« ¡Ya estoy curada!... ¡estoy curada!... El buen padre me ha tocado con su manteo. ¡Gloria á Dios omnipotente... ¡Loor á su gran siervo Pedro Claver! »

La noticia de tan estupendo milagro se propaga presto entre los indios, llega también á oídos de los pobres salvajes que habían desembarcado por la mañana, y les causa tan profunda impresión, que todos piden con instancias abrazar la religión y la fe del que obra tales maravillas.

Claver dió gracias al Altísimo por haberse valido de aquel acontecimiento para convertir á tantos infieles. Los instruyó con esmero y obtuvo los más consoladores resultados.

El año de 1633 estalló en Cartagena la viruela con extraordinaria fuerza. Innumerables eran las víctimas que especialmente entre los negros hacía el contagioso morbo. Una esclava de doña María de Maza fué atacada con violencia. En breve se vió completamente desfigurada; su rostro no tenía ya forma humana. Para evitar la horrorosa vista de aquel monstruo, los amos mandaron transladar la enferma al cuarto más apartado, estrecho y oscuro de la casa. Así los encargados de asistirla tenían la ventaja de no ver los espantosos efectos producidos por la viruela en ese cuerpo. Rapidísimos fueron los progresos del mal... Juana se vió en breve en los últimos instantes... ya no

hablaba, había perdido enteramente el conocimiento... Su afanosa respiración anunciaba una muerte próxima... Se corre á buscar al apóstol de los negros...

El padre Claver no solamente había asistido á la buena Juana con el tradicional afecto y cariño que á todos profesaba, sino que le había prodigado más exquisitos cuidados por ser mayor la repugnancia que la infeliz á todos inspiraba.

Hallándola en ese último trance, el buen padre se conmueve... Toma su crucifijo, lo coloca ante aquellos ojos velados ya por la muerte y exclama :

« Hija mía, anímate. ¡ Aquí está tu Jesús !... ¡ Él viene para curarte !... »

¡ Oh maravilla ! Parece que Juana despierta de un largo y profundo sueño, abre grandemente los ojos, fíjalos primero en el crucifijo, después en el taumaturgo, da indicios de inefable alegría ; suelta la lengua y con voz clara dice :

« Padre mío, quiero purificar mi conciencia ; oígame en penitencia y obténgame de Dios el perdón de mis faltas. »

En el acto satisface el Santo los deseos de Juana. Concluída la confesión, se queja ésta de que la cama es demasiado dura.

« No te aflijas, le dice con amabilidad el buen padre, ahora se te dará una más blanda. »

Extiende su manteo, ruega al intérprete que le ayude á levantar la enferma y la pone sobre la misteriosa *capa* á fin de arreglar la cama. Cuando el intérprete intentó acostar nuevamente á la enferma en su yacija, Juana estaba curada...

El manteo de la caridad había hecho desaparecer todo mal.

Don Francisco de Caballero manda un día llamar al santo jesuíta para asistir á un esclavo enfermo. Corre en el acto el celoso apóstol, y halla al pobre negro espirando; sin embargo, ordena que se saque á Antonio de la húmeda y oscura pieza en que lo encuentra. Transladar á aquel infeliz, en brazos ya de atroz agonía, era darle segura muerte... pero así lo manda Claver, y todos obedecen... Dos robustos esclavos cogen al moribundo y lo llevan al jardín como el buen padre lo ha indicado... Entonces saca éste del bolsillo un frasco de esencias y lo aplica á las narices de Antonio, esperando aliviarlo con ese remedio que empleaba generalmente para hacer desaparecer los desfallecimientos de sus amados hijos. Esta vez se trataba de algo más que de un sencillo desmayo... el negro permanecía inmóvil, la medicina no le producía efecto alguno. Quítase Claver el manteo, forma con éste una especie de toldo para proteger á Antonio de los rayos del sol, y se pone en oración. Á los pocos minutos, con inmenso asombro de todos, abre el enfermo los ojos, recobra el primitivo vigor, dirige la palabra al buen padre, le da las más expresivas gracias por su bondad y abnegación, y sintiéndose curado deja su mísera yacija y va al trabajo con los demás esclavos. Parece faltara solamente el influjo del prodigioso manteo para que se manifestaran los efectos sorprendentes del poder sublime que Dios había acordado á nuestro santo... ¡Inexplicable misterio!...

Habiéndose presentado un fuerte huracán, mientras algunos esclavos estaban trabajando en una huerta, se apresuraron éstos á refugiarse en la choza más inmediata. De repente se oye una horrible detonación... Estalla el rayo sobre la choza, y los pobres refugiados caen todos al suelo. Se llama á los principales médicos de la ciudad, no se omiten tentativas para hacerlos volver en sí, pero todo

es en vano. Las víctimas de la centella no ofrecen esperanza alguna de vida... El padre Claver corre también al lugar de la desgracia... Á la vista de aquellos cuerpos tendidos, conmuévese su paternal corazón y experimenta tan gran dolor que derrama abundantes lágrimas... Después de este primer desahogo, alza los ojos al cielo, invoca al Padre de las misericordias, y le suplica que restituya la vida á sus queridos hijos. Semejante plegaria llegó pronto al Corazón divino y lo enterneció; pero antes de surtir su efecto se requería una formalidad. El nuevo portento debía verificarse por el contacto del famoso *manteo*.

En efecto, Claver se lo quita y toca con él á cada uno de los cadáveres. ¡Inaudito prodigio!... ¡Aquel contacto los reanima... les devuelve la vida!...

Cuando se levantaron los favorecidos esclavos y quisieron dar muestras de gratitud al taumaturgo, ya éste había desaparecido. Volvieron todos al trabajo después de la tormenta, y no experimentaron la menor consecuencia del fatal accidente que acababa de acontecerles.

Los mismos espíritus infernales tenían que ceder á la autoritativa palabra de san Pedro. ¡Cuantas veces los rebeldes ángeles de las tinieblas tuvieron que obedecer á los mandatos de nuestro héroe! En los informes jurídicos que se tomaron después de su muerte se hallan innumerables casos de poseídos, á quienes Claver libertó del tiránico dominio del demonio. Llevóse un día á San Sebastián un negro, pagano todavía, cuya enfermedad era desconocida. Sentía el pobre una voz interior que lo amenazaba con la muerte si se dejaba bautizar. Tenía también ataques de rabia que lo excitaban al suicidio. De repente olvidaba la propia lengua y hablaba otra que nadie comprendía. Los que habían pasado los años de la infancia con él y habían vivido siempre juntos, tampoco entendían lo que decía.

Llamóse al padre Claver para que lo viera y lo catequizara. Inmediatamente notó el santo jesuíta la presencia del demonio. Leyó varios trozos del Evangelio ante el misterioso enfermo teniéndole la mano puesta en la cabeza y rezó en seguida el *Credo* con voz alta. Antes de concluírse el *símbolo apostólico*, huyó confuso el príncipe de las tinieblas. Calmóse el negro, pidió el santo bautismo que hasta entonces había rehusado y se halló perfectamente curado.

Complacíase el Señor en acordar al apóstol de los esclavos cuanto la delicadeza de su corazón le excitaba á solicitar. No solamente le daba gran poder cuando había enfermos que sanar, obsesos que libertar, muertos que resucitar, sino que se mostraba sumamente pródigo é indulgente con él aun en cosas de menor importancia. Parecía que no pudiera negar favor alguno, por pequeño que fuera, á su fiel y amante siervo.

Celebrándose en el colegio una gran solemnidad, se preparó la mejor casulla que la capilla poseía para la misa cantada. Tocó á Claver celebrar en ese día, y desgraciadamente, terminado ya el oficio, tropezó al volver á la sacristía con una lámpara que estaba muy baja, y en la cual no se había fijado. Derramóse todo el aceite sobre la linda casulla y la manchó enteramente. El hermano encargado de cuidar los ornamentos dirigió al buen padre vivísimos reproches. El humilde jesuíta los recibió sin pronunciar una palabra siquiera. Callado se retiró á la iglesia á dar gracias al Altísimo por haberle humillado y á pedir con todo su corazón por el que todavía continuaba molestándole por tan involuntaria falta. Al día siguiente fué el hermano á quitar la casulla del lugar en donde la había colocado para que se secase, é iba murmurando aún: « ¡Qué lástima! ¡Un ornamento tan bonito!... ¡Bien

sabía yo que el padre Claver no se fija en nada!... ¡Con razón me había opuesto á ponerle tan hermosa casulla!... Pero ya no hay remedio... inútil es pensar en lo que ha pasado... ¡Veamos cómo ha quedado ahora! » Se acerca al ornamento, é interrumpiendo el soliloquio prorrumpe en esta exclamación de júbilo y de sorpresa: « ¡Dios mio!... ¿Será posible?... No existe ya mancha alguna. »

Toma la casulla, la lleva al superior, y lleno de contento repite: « ¿Será posible, será posible? » El ornamento no tenía rastro siquiera del aceite que le había caído encima, brillaba como si se acabara de tejer.

El buen hermano, vista tan extraordinaria maravilla, corre á encontrar al Santo y repara con afectuosas expresiones la indigna manera con que lo había tratado el día anterior.

Volviendo una noche al colegio el celoso sacerdote, sumamente cansado, se dió una caída que le causó una herida bastante grave en la cabeza. Púsose en manos de un cirujano poco hábil, y en vez de desaparecer el mal, iba aumentando. Llamóse entonces á un facultativo más entendido. Éste tuvo que cortar y abrir más la herida. El padre sufría grandemente... pero no tanto por los dolores que la herida le causaba cuanto porque se veía reducido á la inacción y no podía desplegar su ardiente celo en favor de los prójimos. Suplica á Dios que le aligere la cicatrización para atender á los grandes deberes de caridad que él mismo se había impuesto. Al día siguiente se presenta el médico para cambiarle el apósito... quita las vendas, descubre la herida, y con suma sorpresa la encuentra perfectamente cerrada. Una ligera y róseа cicatriz era el único rastro que la Divina Mano había dejado de una herida que la víspera infundía graves temores. El cirujano dijo á Claver: .

« Padre mío, por aquí ha pasado un médico infinitamente más hábil que yo. »

Y se llevó una de las vendas, dichoso de poseer aquel pedazo de género que había sido mojado con la sangre de un santo. Al llegar á la casa la aplicó á los ojos de su esposa que estaba sufriendo de la vista hacía mucho tiempo. La enfermedad de la señora era una oftalmia que resistía á todos los remedios humanos. Oculistas distinguidos de la ciudad la habían declarado incurable. Mas apenas estuvo la venda en contacto con los ojos de la dama, desapareció el dolor y cesó la inflamación.

Lo que siempre causa más viva impresión y aumenta la veneración para con los santos, son especialmente aquellos milagros de primer orden por los cuales ve uno restituir la vida á quien la había perdido, devolver la energía y la fuerza á quien ya era inanimado cadáver. Tampoco dejó Claver de probar el alto grado de santidad á que había llegado, con portentos de esta naturaleza.

Francisco López, ferviente cristiano, había aceptado el encargo de recoger las limosnas necesarias para el alumbrado de las funciones que hacía la cofradía del Santísimo Sacramento. A fin de encontrar con seguridad á las personas en sus casas, escogía los momentos de mayor calor para hacer la colecta. Los amigos le aconsejaban que no se expusiese demasiado á los abrasadores rayos de este sol tropical, pues no siendo hijo del país estaba más expuesto á los inconvenientes del fuerte clima de Cartagena; pero Francisco no hacía gran caso de semejantes observaciones. Atacado de una terrible insolación, se vió presto reducido al último extremo. Pedro Mercado, su tío, mandó llamar inmediatamente al *Santo*. Cuando éste llegó, Francisco no daba señal de vida. La familia estaba sumergida en el más profundo dolor.

Conmovido el buen padre con aquella triste escena:

« Consuélense, dice afectuosamente á los parientes. El Todopoderoso, que tanto ama á sus buenos hijos, puede remediar esta desgracia. El buen Francisco ha perdido la salud para servir al Rey del Cielo, nada de extraño tiene que éste se la devuelva. Probablemente ha permitido que el *peligro* fuera tan grande para dar más realce á su infinita misericordia. »

Mandó en seguida que se le aplicara un remedio que solía emplear para sus esclavos. El hijo, que estaba cerca de la cama donde yacía el difunto:

« Padre mío, le dijo, inútil es toda medicina, ya ha espirado. »

La familia toda lloraba la muerte de su querido Francisco.

« No, no ha muerto; hágase un nuevo esfuerzo. »

Así replica Claver y se retira. Vuelve de prisa al colegio, va directamente á la capilla y eleva fervientes plegarias al Altísimo por su amado penitente. Mientras nuestro apóstol estaba orando, los de la casa llenos de confianza en su palabra aplicaban el remedio que éste le había indicado, pero sin obtener resultado ninguno. Pedro Mercado deja á la desolada familia, vuelve á ver al Santo y le dice con lágrimas en los ojos:

« Se acabó, padre; el buen Francisco ha muerto. Nada de lo que se le ha hecho, pudo reanimarlo. Tampoco ha tenido éxito el remedio que vuestra reverencia ha sugerido.

— Y ¿por qué continúa usted creyéndole muerto? ¿Por qué llora usted de esa manera? Vamos á verlo nuevamente. Es posible que esta vez el remedio produzca el efecto que todos deseamos. »

Así contesta el santo jesuíta, y acompañado por Pedro

Mercado se dirige á la casa del difunto. Prepara él mismo la medicina, la bendice, empapa bien una esponja y moja suavemente con ella los labios de Francisco. En el acto lanza éste un quejido que llega á oídos de cuantos están presentes. Todos exclaman: ¡Milagro! ¡milagro!... y corren hacía la cama del que poco antes daban por muerto. Francisco abre los ojos, se sonríe y habla cariñosamente á los que lo rodean.

El padre Claver se retiró inmediatamente: pero todas las precauciones que su humildad tomó, no bastaron para esconder el prodigio. Se examinó la medicina de que se había valido para restituir los sentidos á Francisco y se encontró que era contraria á la enfermedad de éste. Si se había obtenido tan asombroso resultado, pues, era debido á los méritos del Santo.

¡Ese mismo día se levantó Francisco de la cama enteramente bueno! ¡El milagro era demasiado evidente!

Doña María Ana de Velilla acababa de perder una esclava á quien profesaba tierno amor de madre. Se estaban haciendo ya los preparativos para el entierro, cuando se presentó san Pedro Claver.

« Padre mío, le dijo una de las esclavas de la casa al verlo, la buena *Pepita* ha muerto.

— No, no, contestó el santo varón, ella no ha muerto y tampoco morirá de esta enfermedad. »

Y llamó dos veces á la negra con voz fuerte:

« ¡Pepita¡ ¡Pepita!

— Padre mío, contestó la que poco antes había rendido su alma al Creador.

— ¡Nuevo milagro de este ejemplar ministro de Dios! » exclaman todos los que rodeaban la cama de Pepita.

Claver confesó á la afortunada esclava, dejándola así curada espiritual y corporalmente.

Un día fueron á llamarle para asistir á un enfermo bastante grave. Se alista inmediatamente y corre á la casa del desvalido que necesita los auxilios de su ministerio. Pero ¡ay! ya era demasiado tarde: el enfermo había muerto... Toma entonces el buen padre su crucifijo, lo coloca sobre el pecho del cadáver, y retirándose con gran prisa dice á la familia.

« No desesperen; Dios puede curarlo aún. »

No había andado el Santo una cuadra cuando un mozo de la casa corre á llamarlo y le suplica que se devuelva. El hermano, descontento por semejante indiscreción regaña al inocente mensajero, y quejándose de la ninguna consideración que se guarda al buen padre dice:

« ¿Para qué necesitan ahora al sacerdote? Si el infeliz para el cual lo han llamado ha rendido ya su alma á Dios, ¿para qué quieren molestar más á un pobre clérigo que tantas ocupaciones tiene?

— El crucifijo del buen padre, exclama el mozo, ha hecho revivir al esclavo. Éste desea ver á su bienhechor y lo solicita con insistencia.

— Es imposible, dice el hermano calmándose y cambiando su indignación en asombro, ¡es imposible! Ese hombre estaba muerto, y bien muerto. »

El padre Claver no decía una palabra. El hermano no estaba muy dispuesto á creer lo que se le había dicho, y deseoso de averiguar el hecho, acompaña nuevamente al Santo á la casa. Grande fué su sorpresa cuando vió lleno de vigor y fuerza al negro que poco antes había dejado sin aliento. Pero no le causó menos extrañeza la humildad del santo apóstol, el cual no profirió una sola palabra ni cuando el esclavo le dió las más expresivas gracias ni cuando los demás se prosternaron para besarle los pies. Apenas volvió al colegio refirió á todos el feliz acon-

tecimiento del cual había sido testigo ocular, y no acababa nunca de alabar la admirable virtud de nuestro santo.

Cierto día se encontraba la familia de don Francisco Silva en gran agitación; se había hallado una pobre esclava tendida en el suelo, sin movimiento alguno. El médico declaró que había muerto á consecuencia de una apoplejía fulminante.

El padre Claver oye hablar del triste acontecimiento y corre en el acto á la casa de don Francisco, quien al verlo le dice:

« ¡Ah, padre mío, no estaba bautizada! ¡Qué calamidad! Y ¿quién hubiera podido preverla?

— ¿Qué, contestó el Santo, acaso el brazo de Dios no tiene poder bastante para restituír la vida á los muertos? ¡El es buen padre!... Vamos... tenga más fe y confianza en Él... ¿Dónde está la esclava?

— Venga, padre mío. »

Dijo don Francisco y llevó al Santo al lugar donde estaba el cadáver.

Conmovióse Claver á la vista de la difunta, se arrodilló, elevó al Cielo fervorosísimas plegarias, en seguida la interrogó como si hablara á una persona viva, de esta manera:

« ¿Hija mía, ¿deseas tú recibir el santo bautismo? »

Como si obedeciera á terminante orden de suprema autoridad, abre la negra inmediatamente los ojos, se voltea hacia el taumaturgo y le contesta:

« Sí; sé que es el bautismo la única puerta por la cual se puede entrar al Cielo. Yo suspiro por que se me administre inmediatamente. »

El buen padre la bautizó, comunicando así á esa dichosa criatura la vida del ama junto con la del cuerpo.

Todos los miembros de la familia quedaron en extre-

mo sorprendidos cuando vieron salir del cuarto á la esclava perfectamente curada.

Mas no bastaba tan espléndido prodigio : los méritos de san Pedro debían obtener otro no menos admirable.

En efecto, antes de retirarse había recomendado á los presentes que no botaran el algua que había servido para bautizar á la negra resucitada. Un criado que ignoraba semejante prohibición, la tomó para regar una planta que tenía cinco ó seis meses de estar seca. Pocos días después, el árbol reverdeció y produjo flores de rara belleza y exquisito perfume.

Terminaremos la serie de los numerosos milagros obrados por nuestro taumaturgo refiriendo uno por el cual tuvo que sufrir mucho su sincera y profunda humildad.

Al llegar á una hacienda donde era aguardado para la instrucción de los esclavos, oye que dos de éstos están á la muerte y rehusan el santo bautismo. Corre en el acto á la choza de aquellos pobres infieles y los exhorta á convertirse. Las persuasivas palabras del santo apóstol, tan eficaces en otros casos, no hacen impresión alguna en el ánimo de los dos infelices. Insiste sin embargo el *buen padre*, ruega, suplica, recurre á todos los medios que su inagotable caridad y celo le sugieren, mas los esfuerzos quedan sin efecto... Persisten los dos míseros paganos en querer morir en su infidelidad.

Viendo el apostólico varón que todas sus instancias son vanas, abandona la choza con el corazón despedazado. Pero el vehemente dolor que experimenta su noble alma por la obstinación de los dos esclavos no amortigua la esperanza de poder convertirlos.

Se retira á un lugar apartado, se postra y eleva á Dios fervientes oraciones para impedir la pérdida eterna de dos almas rescatadas con la sangre de Jesucristo. Promete au-

mentar sus penitencias, ofrece celebrar el santo sacrificio de la misa varias veces por esas almas tan caras á su corazón y derrama amargas lágrimas por tanta obstinación y ceguera.

Mientras está desahogándose así con la Divina Majestad, se le anuncia que uno de los indios ha fallecido y que se está sacando el cadáver de la habitación.

« No, no, exclama el Santo, aguárdense, voy á verlo. »

Y ordena se translade nuevamente el difunto á la choza al lado del compañero, cuya vida iba extinguiéndose á toda prisa. Hace salir á los demás y permanece solo entre el muerto y el agonizante...

Á los pocos instantes los esclavos que estaban afuera, deseosos de saber si el *buen padre* ha obrado uno de esos milagros con que tan frecuentemente los dejaba llenos de asombro, se asoman á la puerta, é impelidos por la curiosidad entran... ¡Cuán extraño cambio!... ¡Encuentran vivo al indio que poco antes habían visto muerto!... El Santo estaba á su lado con el crucifijo en la mano, lo aconsejaba, lo instruía y le había inspirado ya tan ardiente deseo de abrazar la religión católica, que el pobre negro solicitaba el bautismo con la misma insistencia con que lo había estado rechazando anteriormente. El moribundo maravillado por la resurrección del compañero, conmovido por el repentino cambio y vivamente impresionado por las palabras del apostólico Claver, pedía igualmente la gracia de morir cristiano.

El buen padre los bautizó á entrambos en presencia de los otros esclavos de la hacienda, quienes apenas podían creer lo que estaban contemplando con los propios ojos. Mas su admiración llegó al colmo cuando oyeron á los dos indios declararse curados por el saludable efecto del santo bautismo y los vieron levantarse para emprender

sus trabajos con la misma fuerza y brío que tenían antes de enfermarse.

Gran ruido hizo el nuevo prodigio. La fama no quedó entre los estrechos límites de la hacienda, sino se esparció pronto por todas partes... La población de Cartagena no hablaba más que de la portentosa resurrección y de las dos admirables curaciones obtenidas por la intercesión del humilde jesuíta. Como los dueños del lugar en donde se habían verificado tan sublimes maravillas habían estado ausentes y no podían por esto dar testimonio de lo ocurrido. el padre provincial de la Compañía, que deseaba averiguar la verdad, tuvo que interrogar al mismo padre Claver, obligándole á contestar en virtud de la santa obediencia.

Nuestro santo nunca había desobedecido y tampoco sabía vacilar cuando recibía una orden de sus superiores. Mas en semejantes casos su espíritu se afligía y se afligía profundamente... Se sometió sin embargo, y con su tradicional sencillez dió la siguiente respuesta :

« Es verdad que han ido á comunicarme la muerte de un esclavo ; es cierto también que yo me he transladado presto al lugar del infausto acontecimiento... y es igualmente seguro que Dios ha permitido que á ese esclavo se le hallase vivo. »

Muchos otros prodigios de esta clase ha obrado el gran apóstol de los negros, pero bastan los citados para probar el poder sublime comunicado por Dios á su fiel siervo, aun sobre las leyes de la naturaleza.

Veamos ahora otra clase de milagros no menos admirables que hizo, no tanto en provecho de los cuerpos cuanto de las almas.

CAPÍTULO XXIX

San Pedro obra portentosos cambios en las almas.

1. *Ad hoc... apparui tibi, ut constituam te ministrum... aperire oculos eorum, ut convertantur a tenebris ad lucem, et de potestate Satanæ ad Deum, ut accipiant remissionem peccatorum, et sortem inter sanctos per fidem quæ est in me.*

(Act. Apost., c. XXVI, v. 16, 18.)

Por esto te he aparecido para constituirte mi ministro... á fin de que abrieras los ojos á los ciegos y les convirtieses de las tinieblas á la luz y del poder de Satanás á Dios, para que consiguiesen perdón de sus pecados y la suerte de los santos por la fe, que es en mí.

2. *Scire debet quoniam qui convertì fecerit peccatorum ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus a morte et operiet multitudinem peccatorum.*

(S. Jac., c. V, v. 20.)

Es preciso saber que el que retrayese á un pecador del camino del error, salvará su alma y cubrirá la muchedumbre de los pecados.

3. *Et tu ergo cum videris alium egentem curatione vel corporis vel animæ, ne dicas apud temetipsum: Quare ille et ille eum non curaverunt? Sed illum tu a morbo libera... de fratribus collapsis cogita putatoque thesaurum te reperisse, nimirum curam illorum.*

(Com. S. Joan. Chrys. in Evang.)

Y tú cuando ves á otro que necesita curación del cuerpo ó del alma, no digas: «¿Por qué no lo curarán éstos ó aquéllos?» mas líbralo de su enfermedad... piensa y estima haber hallado un tesoro en tus hermanos caídos, á saber su curación.

Á los estupendos prodigios obrados por el insigne apóstol de Cartagena sobre los cuerpos hay que añadir también los obrados en favor de las almas. Si nos admiramos al verle devolver la salud á enfermos desahuciados, si quedamos sorprendidos al verle dar nueva vida á cadáveres próximos á la corrupción, no creamos por eso que

más fácil haya sido para nuestro santo hacer tales maravillas que someter al yugo suave y dulce de la religión católica espíritus enteramente rebeldes y obstinados en el error, que llevar á la senda de la virtud almas empedernidas en la perversidad, que aplacar y tranquilizar infelices víctimas abandonadas ya á la desesperación. Si á la narración de las curaciones instantáneas y de las resurrecciones que la virtud de Claver obtuvo, no pudimos menos que reconocer una especial protección del Todopoderoso para con su admirable siervo, al oír ahora las extraordinarias conversiones y preciosas conquistas de almas por él conseguidas, tendremos que exclamar : *Vere digitus Dei est hic* (realmente la poderosa mano del Altísimo está aquí). Por cierto que sí, Claver estaba con Dios, y Dios estaba con Claver. No es fácil iluminar una inteligencia ofuscada, no es fácil conquistar un corazón esclavo de las pasiones ; se requiere una fuerza superior á la humana, se necesita un impulso divino ; es menester un *verdadero milagro* de la gracia. Justo es, pues, que después de haber referido los *milagros* que nuestro santo hizo sobre los cuerpos, también hablemos de algunos *milagros* que obró sobre las almas.

Ya sabemos cuánto éxito tuvo el humilde jesuíta con numerosos extraviados, herejes y musulmanes, pero lo que todavía nos falta conocer, manifiesta más evidentemente aún los prodigiosos resultados de la insinuante palabra de Claver, porque no se trata de pequeñas victorias obtenidas sobre simples pecadores, sino sobre seres obstinados en la maldad, sobre corazones enteramente corrompidos, sobre almas asaltadas por la más terrible desesperación.

Cuando los religiosos de San Juan de Dios, que dirigían el hospital de San Sebastián, habían agotado ya todos

los medios para conducir á la buena senda alguno de esos desgraciados, mandaban llamar al apóstol de Cartagena, seguros de que Dios acordaría á la santidad de éste la conversión que ellos no habían podido obtener.

Llámanle un día para ver un enfermo que había resistido á todos sus esfuerzos y ruegos. Corre el Santo y encuentra á un infeliz cuyos brazos están cubiertos de úlceras. Primero cura aquellas llagas y las besa con profundo respeto, en seguida dirige la palabra al pobre enfermo, con extremada dulzura. ¿Quién hubiera resistido á tanta caridad? El insensible corazón de aquel pecador quedó vencido por el heroísmo de Claver y pidió ser admitido nuevamente en el seno de la religión que tan sublime amor del prójimo inspira á sus verdaderos ministros. Abrazó al santo varón, le confesó con dolor sincero todas cus culpas y le suplicó que no lo abandonara. ¡Recomendación inútil para éste que jamás desamparaba á un desvalido!... Continuó, pues, visitando al enfermo con el mismo cariño y afecto que le había demostrado el primer día. El fervor del recién convertido aumentaba más y más, pero también el mal se desarrollaba con rapidez. La muerte era inevitable: el buen padre lo administró, lo animó á ofrecer á Dios el sacrificio de su vida y lo preparó á comparecer al tribunal del Divino Juez. Una mañana que el paciente se sentía desfallecer, quiso que se llamara al santo jesuíta. Apenas éste llegó, le dijo:

« Padre mío, tengo unas pocas monedas que he guardado hasta ahora muy cuidadosamente. Suplico á vuestra reverencia que las tome para que celebre unas misas después de mi muerte.

— Guárdelas, le contestó san Pedro, usted no morirá. Mañana aplicaré la misa por su alma, y en seguida vendré á verle. Tranquilícese. »

En efecto, el día siguiente ofreció el santo sacrificio por el enfermo, como lo había prometido y fué á San Sebastián á visitarlo. Acercándose á la cama:

« Pierda cuidado, le dijo, Dios le ama; yo espero que volverá á recobrar sus fuerzas. No olvide al que tan espléndida gracia le va á conceder. Sobre todo, no peque más. El Señor en su bondad le quitará también la ocasión de ofenderle, porque lo quiere salvar. »

Desde aquel instante, el enfermo comenzó á mejorar; pero su vista iba disminuyendo á proporción que se reponía. Cuando estuvo perfectamente curado de aquella gravísima enfermedad, se halló ciego. Recordó las palabras del santo jesuita: « El Señor en su bondad le quitará también la ocasión de ofenderle, porque lo quiere salvar »; aceptó con resignación aquella saludable desgracia y profesó eterna gratitud á Claver á quien debía su conversión.

En la época de mayor tráfico estaba lleno siempre de extranjeros el hospital de San Sebastián. Un año, fué llevado al establecimiento un individuo, cuya enfermedad desconocida le causaba tan violentos accesos de furor, que era sumamente peligroso acercársele para asistirle. Apenas llegó, tuvo un espantoso ataque que por nada se podía calmar. Todos los remedios humanos se habían agotado sin éxito feliz. Se recurre á la oración y se intenta ponerle unas reliquias, pero el enfermo las rechaza con furibunda rabia, profiriendo horribles blasfemias. Se le presenta un crucifijo, pero retira la vista, voltea la cabeza y pronuncia execrables palabras. El prior piensa inmediatamente en Claver, y lo manda llamar. Se apresura el *buen padre* á ir al hospital, se acerca al enfermo y comienza á hablarle con su tradicional amabilidad. ¡Cosa extraña! Aquella alma, casi desesperada que á todos rechazaba con desdén, mira con benevolencia al Santo y presta atentamente oído á sus avi-

sos. Al fin toma la mano del buen padre, se la besa con afecto, pide confesión y llora arrepentido las graves culpas que le habían causado una doble enfermedad física y moral. Los accesos de desesperación y rabia desaparecieron por completo,

El pobre duró algunos días más, dando muestras de sentimientos de la mayor piedad y de la más sincera penitencia. Murió bendiciendo al buen padre por los cuidados que le había prodigado y por haberle abierto las puertas del Cielo.

Los médicos del hospital habían experimentado ya en tantas ocasiones la eficacia de la palabra del apostólico Claver, especialmente sobre ciertos enfermos, que cuando hallaban dificultades ó resistencias ocurrían á él. Su intervención siempre daba resultados brillantes.

Preséntase un día el doctor Adán Soto á nuestro santo y le suplica que vaya á consolar á un infeliz que le parecía enfermo más bien de espíritu que de cuerpo. El caso era bastante original. Aquel hombre no contestaba á ninguna pregunta, no hacía alarde de impiedad, pero se reía de todo lo sagrado y santo, llamaba la confesión una quimera y manifestaba por ella una especie de aborrecimiento. Se comprendía claramente que el desgraciado estaba devorado por interiores remordimientos que no hubieran tardado en llevarle al sepulcro, pues siempre lo tenían de humor triste y melancólico y en continua agitación.

El Santo va á visitarle, y con la tradicional dulzura que tenía con todos los enfermos empieza á aconsejarle. Las palabras que salen de su boca caen como bálsamo en el corazón del infeliz, el cual queda tan profundamente conmovido que manifiesta el deseo de confesarse. Claver entonces lo prepara y lo oye en penitencia. Era un pobre religioso apóstata atormentado por crueles remordimien-

tos que le hacían desesperar del perdón de sus pecados.

Dotado de mucho talento, se había dedicado desde el principio de su carrera á la predicación y había adquirido fama de buen orador sagrado. Pero desgraciadamente el buen éxito de sus discursos lo había llenado de orgullo; pronto se había dejado ofuscar por el humo del mundano incienso, y miserablemente engañado por el demonio de la soberbia, había abandonado la religión para entregarse á una vida criminal.

Su conversión fué sincera y doblemente benéfica, pues con la enfermedad espiritual desapareció también la corporal. Á todos manifestaba que solamente la santidad del padre Claver hubiera podido dominar su espíritu rebelde y hacer volver al redil su pobre alma descarriada.

El apóstol de Cartagena conquistó para Cristo á muchos otros desgraciados que habían caído también de gran altura y habían llevado en seguida una vida escandalosa. Tentados casi todos de desesperación, no abrigaban tampoco el deseo de volver al recto camino, pues les parecía imposible que su Divina Majestad, indignamente ofendida y ultrajada, pudiera ofrecerles el beso del perdón. Pero al encontrarse con nuestro santo, al hallar en él rasgos de sobrehumana bondad y compasión, se reanimaban, ya no dudaban de la infinita misericordia del Padre Celestial, y llenos de confianza lloraban con amargas lágrimas los pasados desvíos.

Así un sinnúmero de infelices apóstatas, después de haber comprendido que lejos de hallar en el vicio la felicidad enantes soñada, se encuentran inmensas penas y crueles desengaños, fueron llevados á la buena senda y restituídos á sus antiguos conventos por el prudente y dulce celo de san Pedro Claver.

Visitando un día el hospital de San Sebastián encontró

el apostólico varón á dos pobres pecadores excesivamente obstinados en sus culpas. El uno, dado desde su juventud al vicio impuro, nada dispuesto á dejar las malas costumbres contraídas, se resistía enérgicamente á todas las súplicas y ruegos del buen padre.

En el corazón del otro se albergaba encono tan profundo contra uno de sus prójimos, que ciego por la pasión no quería consentir en reconciliarse con Dios sino después de haberse vengado. Cuando el santo jesuíta se le acercaba y le decía que era preciso deponer los odios, furibundo gritaba aquel miserable :

« Ante todo debo defender mi honor : desaparezca del mundo el infame que tantos daños me ha causado, y después me confesaré. »

Todo lo que el caritativo padre le sugería no tocaba tan empedernido corazón. Antes á veces se desesperaba el infeliz, y :

« Doquiera lo encuentre, exclamaba como energúmeno, le daré la muerte. Tendrá que perecer por mi mano. »

No se desanimaba sin embargo el admirable Claver. Insistía nuevamente en su obra de salvación. Al fin conociendo el desgraciado la obstinación del compañero que tenía al lado, para librarse de las exhortaciones del buen padre, dijo :

« Bien, yo me convertiré cuando mi compañero lo haga también. Quiero compartir con él mi suerte. »

Retírase entonces el Santo, ruega encarecidamente al Altísimo que ilumine aquellas dos almas, que les haga comprender hacia cuán horrible abismo se encaminan y las convierta. Llega al trono divino la plegaria del ardiente misionero y obtiene la gracia suspirada... En efecto, á los pocos instantes se le acerca un enfermero y le avisa que uno de los obstinados pecadores lo llama llorando. Vuela

Claver á la cabecera del infeliz y lo encuentra enteramente cambiado, lo confiesa, y volteándose hacia el otro que poco antes había manifestado los más detestables sentimientos de venganza, con angelical dulzura le dice:

« Hijo mío. Dios quiere tu corazón; á ambos desea salvaros. ¿Te resistirás todavía á perdonar las ofensas recibidas y reconciliarte con tu prójimo? »

El enfermo estaba vencido y contestó sin vacilación alguna:

« Padre mío, quiero asegurar mi eterna felicidad: yo *perdono* y *perdono de todo corazón*. Olvido cuanto ha pasado, me pongo en manos de vuestra reverencia y estoy dispuesto á someterme á cualquiera penitencia que la ley divina me imponga. »

Siguiendo el ejemplo del compañero, se convirtió sinceramente.

El que fué vencido primero por la gracia, murió pocos días después con sentimientos de perfecta resignación al divino beneplácito; el otro recobró la salud, se reconcilió con la persona á quien detestaba cordialmente y llevó una vida en todo conforme á las máximas cristianas.

La edad del santo apóstol avanzaba, y con ella aumentaban los sublimes dones del Cielo, cuyos efectos maravillosos le granjeaban la estimación de toda la ciudad. Es incalculable el número de personas á quienes salvó de la desesperación por las sobrenaturales inspiraciones que recibía.

Doña Luisa de Marín había perdido al esposo en edad prematura. El único hijo que tenía, Carlos, se había levantado según las ideas del siglo y desde temprano se había acostumbrado á sacudir el yugo materno para satisfacer libremente su lujo inmoderado y sus ambiciosas miras. Hacía gastos muy superiores á sus fuerzas. Empleado en

la administración de los tesoros reales, despilfarraba extraordinariamente, aun disponiendo con gravísimo abuso de los bienes del gobierno. La pobre madre rogaba, suplicaba, lloraba, pero no podía poner freno á las locuras del hijo. Sin embargo, para conservar el honor de la familia, iba vendiendo poco á poco los bienes que poseía, con el objeto de reparar las dilapidaciones de Carlos. Mas el joven aumentaba sus deudas, no solamente con el erario, sino también con muchos comerciantes. Doña Luisa había agotado sus recursos y se veía perseguida continuamente por nuevos acreedores del hijo. El ánimo le faltaba, se le debilitaba la cabeza, un horrible pensamiento la acosaba... era el del suicidio... Resistió mucho tiempo la desdichada matrona á tan terrible tentación, pero al fin cedió...

Manda comprar un activísimo veneno, lo prepara de manera que el efecto sea seguro, y para que nadie pueda sorprenderla antes que la deseada muerte llegue, baja á cerrar la puerta de la casa, en donde se había retirado á vivir sola.

No pensaba la infeliz que en Cartagena vivía un santo ministro del altar, á quien Dios favorecía con inspiraciones de lo alto. Claver entraba al zaguán de la casa, precisamente en el instante en que *ella* bajaba para cerrar la puerta. El *buen padre* no hacía visitas sino á sus hijos enfermos y á sus penitentes afligidos... Doña Luisa queda atónita... reconoce en el Santo la presencia de un mensajero divino... inclina la frente... permanece inmóvil sin pronunciar una palabra... y empieza á temblar... Claver se siente hondamente conmovido... dirige una mirada celestial á la triste mujer y le dice :

« ¿Qué novedad es ésta, señora? »

La voz del santo religioso es tan afectuosa é inspira tan dulce confianza, que doña Luisa no puede resistir á la gra-

cia, se postra, abre las manos, enseña al santo jesuíta el veneno y exclama :

« ¡Ah padre mío, vuestra reverencia es un ángel que Dios me ha enviado para salvarme! ¡Yo iba á cometer un delito!...

— ¿Y por qué desesperarse, señora? ¿Por qué no recurrir á Dios? ¿No es Él nuestro padre? ¿No es sabido que á nadie abandona? ¿No nos ha dicho : Venid á mí, vosotros los que estáis bajo el peso de la calamidad[1]? Confiemos en Él, y seremos salvos. »

Y después de haberla consolado con otras santas y eficaces palabras, le hizo botar el veneno que tenía preparado para quitarse la vida, le ordenó que fuera á la capilla del colegio, la confesó y le inspiró tanta confianza que en seguida tuvo siempre varonil fuerza en todos los contratiempos de la vida.

Hasta la muerte conservó con gratitud el recuerdo de la inesperada aparición del padre Claver, que la había salvado de tamaño peligro.

En otra ocasión iba el santo religioso acompañado por un hermano á sus ordinarias visitas de enfermos, cuando se voltea de repente hacia el compañero y le dice :

« Hermano mío querido, volvamos sobre nuestros pasos, hay un alma que salvar. »

Y á toda prisa se encamina hacia donde el Espíritu de Dios lo lleva. Al llegar delante de una pobre choza, se para... y entra... Encuentra un desgraciado individuo que al verse reducido á la más cruel indigencia, intenta darse la muerte para acabar con los sufrimientos físicos y morales de la presente vida. Le dirige palabras suavísimas

[1] *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos.* (S. Mat., cap. XI, v. 28.)

el buen padre, lo consuela, lo anima á soportar sus penalidades con paciencia, lo confiesa y le inspira tal resignación que nunca aquel infeliz volvió á tener tentaciones de suicidio, á pesar de las gravísimas calamidades por las cuales fué visitado también después.

Á menudo despoja Dios á los hombres de los caducos bienes de fortuna, para infundirles al deseo de los bienes celestiales: pero hay pocos que sepan someterse humildemente á la voluntad suprema del Altísimo para imitar el heroico ejemplo de conformidad del santo Job. La mayor parte se hacen infelices en el tiempo para serlo todavía más en la eternidad. ¡Cuántos en Cartagena hubieran tenido tan funesta suerte, si no los hubiera salvado el celo y la caridad del padre Claver!

Lorenzo Albano, á causa de unos malos negocios, había perdido toda su fortuna. Tenía á su cargo una familia muy extensa y acostumbrada á ciertas comodidades. Los acreedores, sin embargo, no le guardaban consideración alguna: todos se fijaban en los propios intereses y se mostraban inexorables con el deudor. El pobre don Lorenzo se veía atacado continuamente... Desesperado por tan triste situación, olvida aquella providencia que á pesar de todas las ingratitudes nunca abandona al hombre. Olvida sus principios religiosos, cae en hondo abatimiento de espíritu y resuelve quitarse la vida. Uno de sus amigos advierte el estado anormal de exaltación de Lorenzo y recela lo que éste se propone. Quiere evitar á todo trance la terrible desgracia, pero ¿cómo hacerlo? Va á ver á Albano y le induce á acompañarle para una diligencia de mucha importancia. Se deja guiar maquinalmente el pobre Lorenzo, y en su perturbación mental, ni siquiera echa de ver que el amigo lo introduce al colegio de los jesuítas. De repente se halla ante el venerable padre Claver. La sola vista del

santo varón impresiona á don Lorenzo, lo hace reflexionar, le hace comprender la enormidad del delito que medita, y le inspira gran calma. El amigo lo presenta al buen padre y le dice :

« Yo no quiero perder á mi amado Lorenzo; por eso lo he traído aquí. Vuestra reverencia puede salvarlo. Antes de terminar el día, piensa suicidarse. »

El apostólico varón abraza al pobre desesperado, le pone al cuello una pequeña medalla de San Ignacio, le ordena que se arrodille y lo confiesa.

Transformado estaba don Lorenzo después de la entrevista con el padre Claver. No se reconocía á sí mismo. Se entregó nuevamente al comercio, con inauditos esfuerzos pudo reparar las anteriores pérdidas y logró reunir además un capital considerable. Nunca olvidó el insigne beneficio que la divina Providencia le había hecho, salvándole del abismo en el cual iba á precipitarse voluntariamente. También conservó eterna gratitud al amigo que tanto interés se había tomado por su bien, y á nuestro taumaturgo cuya presencia había bastado para tranquilizar su espíritu.

Una rica familia de Cartagena, distinguidísima por su gran piedad, no siempre acordaba á las numerosísimas esclavas que tenía libertad para salir á sus fiestas; pues la experiencia le había probado que en grave peligro se ponía la virtud de ellas en las bacanales que acostumbraban formar los negros. Una de esas esclavas no podía soportar tal medida de prudencia que los amos juzgaban no solamente conveniente sino necesaria. Cansada, pues, de aquella especie de encarcelamiento, según su corta manera de ver las cosas, se fugó y entregóse á una vida muy díscola, hasta que al fin, desprovista de toda clase de recursos, se sintió tentada al suicidio. Hubiera querido vol-

ver á sus amables amos, pero después de la falta cometida no se atrevía á presentárseles. Al fin, persuadida de que cortando sus días, pondría término á todas las penas y dolores, resolvió llevar á cabo su abominable pensamiento. Mas al instante de la ejecución, se perturba su conciencia; intenta suicidarse, pero en vano. Siente entonces una voz interior y misteriosa que le dice: *Ocurre al padre Claver*, recuerda los santos consejos del admirable jesuíta, recuerda su amabilidad, empieza á confiar, y sin reflexionar más, corre al colegio y cae á los pies del santo varón llorando amargamente. No da éste señal alguna de sorpresa, antes parece que la estuviese aguardando y la recibe con suma bondad. La pobre encuentra en el *buen padre* un verdadero ángel consolador; se reanima, confiesa sus extravíos y manifiesta un sincero arrepentimiento. En seguida vuelve á la antigua casa de su amos, pide perdón de la falta cometida y promete servir fielmente en adelante. Aquélia fué una magnífica lección también para las otras esclavas, pues vieron claramente que era mil veces preferible soportar el dulce yugo de dueños cristianos, que sufrir el tiránico dominio del mundo y las pasiones. La pobre negra conservó siempre vivo el recuerdo de su asombrosa conversión y de la santidad del que la había salvado.

Doña Leonor de Borda estaba sin noticias del marido, hacía mucho tiempo. Después que éste se había embarcado para Europa, no había recibido sino una carta escrita desde una de las islas españolas en donde hacían escala los buques, y en seguida no había tenido conocimiento ni de la salud de su amado esposo ni del velero en el cual había salido. Cargada de hijos, doña Leonor sentía aumentar su pena á medida que éstos iban creciendo. En breve cayó en un estado de marasmo que hizo temer por su existencia, ó á lo menos por su razón.

Un día que la pobre ya no podía soportar más el dolor que su decaimiento físico y moral le causaba, tuvo un feliz pensamiento, y fué el de ocurrir á Claver. Corrió á la capilla del colegio y mandó llamar al buen padre. Le manifestó el estado de desolación en que se hallaba por la incertidumbre acerca de la suerte del marido, y le suplicó encarecidamente que la librara de una terrible tentación de suicidio con que el demonio la estaba atormentando continuamente. El Santo procuró animarla y le dirigió palabras de consuelo como acostumbraba hacer con esas infelices almas desesperadas; pero su ternura y amabilidad que de ordinario eran tan poderosas no tuvieron éxito.

Doña Leonor prorrumpió en esta frase:

« ¡Padre mío, padre mío!... Todo lo que me está diciendo ninguna impresión causa á mi espíritu. El pensamiento de suicidio no se me quita... Me atormenta cruelmente... Yo le suplico que me dé un objeto cualquiera que le pertenezca y pueda yo llevar sobre mi persona... Estoy convencida de que así solamente se ahuyentará el demonio y me dejará tranquila. »

La humildad del santo religioso recibió un rudo golpe con semejante súplica, y la rechazó inmediatamente; pero la desdichada señora insistió:

« Padre mío, yo siento que esta tentación me domina. Jamás podré vencerla, si vuestra reverencia persiste en rehusarme el único medio que tengo para rechazarla; ¡esté seguro de que mis hijos, mis pobres hijos, muy pronto quedarán huérfanos!... »

El caritativo jesuíta no resistió más; se quitó la cruz que tenía sobre el pecho, y entregándosela á doña Leonor, le dijo:

« Bien, hija mía, póngase esta cruz sobre el corazón

mientras dure la misa que voy á celebrar según su intención ; ella le alcanzará de Dios lo que usted desea. »

Doña Leonor tomó la cruz con veneración, se la puso sobre el corazón y asistió con recogimiento al santo sacrificio. Durante la misa, se verificó lo que había dicho el buen padre, pues la tentación de suicidio que tanto mortificaba á doña Leonor, se alejó de su espíritu. La calma volvió á reinar en el alma de la señora ; ésta se hallaba transformada. Llena de regocijo por la gracia obtenida y temiendo que al quitarse la misteriosa cruz á la cual atribuía tan extraño cambio, se viera nuevamente asaltada por el demonio, no aguardó que el Santo concluyera su acción de gracias para devolvérsela, sino que se apresuró á salir del templo llevándosela como segura prenda de su tranquilidad.

Nuestro apostólico varón tenía gran interés en conservar esa cruz por medio de la cual Dios le había acordado ya muchos favores asombrosos. Cuando, pues, advirtió que doña Leonor había desaparecido y no le había dejado el interesante objeto, mandó un hermano para reclamarlo. Pero tuvo éste que volver con las manos vacías, pues doña Leonor no quería despojarse de aquella preciosísima prenda que consideraba como medio indispensable de salud.

No podía san Pedro ceder un objeto necesario también para otros ; sin embargo, demasiado penoso era para su corazón privar de la cruz á esa pobre alma que tanto había sufrido, antes de tener certidumbre de que la violenta tentación no volvería jamás. Se puso en oración... Pocos minutos después llamó al hermano á quien había enviado ya donde la señora de Borda, y :

« Hermano mío, le dijo, vuelva á la casa de doña Leonor, dígale que puede devolverme la cruz con toda confianza, porque en adelante no le será necesaria. »

Asegurada la buena dama por tan categórica y segura

promesa del padre Claver, no vaciló un instante en restituírla. Bien sabía, como todo el mundo en Cartagena, que la palabra del santo varón era palabra inspirada; y realmente no se engañó, porque la insistente tentación de suicidio que tan malos ratos le había proporcionado antes, no volvió nunca á presentarse.

Una joven viuda muy adicta al mundo é inclinada á los terrenales goces, despierta una mañana y nota en el cuarto un extraordinario desorden. Levántase, busca sus vestidos y no encuentra sino un miserable traje, que una mendiga hubiera rehusado ponerse. Los armarios, los guardarropas están todos vacíos... Todo su dinero, todas sus prendas han desaparecido...

Inmediatamente se acuerda de que la flota mercantil debía partir ese mismo día por la madrugada, le viene á la mente que un extranjero desconocido con quien tenía ilícitas relaciones había de aprovechar la oportunidad para volver á su país.

Por cierto que durante la estadía del inmoral huésped no había faltado ocasión á la joven señora para sospechar de su probidad, pero ciega por la pasión no había querido despedirlo... No quedaba, pues, duda... El infame la había despojado de todo durante la noche. Desolada la infeliz al verse en tan triste situación, se cubre con los harapos que le han quedado, y furibunda sale con la determinación de matarse, antes que soportar tan humillante miseria. La Divina Misericordia que había permitido aquella calamidad para salvar el alma de la infeliz joven, la acompañaba con su dulce mirada... Sin fijarse adónde va, entra la pobre á la calle del colegio de los jesuítas, precisamente en el instante en que pasa el padre Claver. Toma éste el lado por donde avanza la señora, y dirigiéndose á ella:

«¿Dónde va usted?» le pregunta con amabilidad.

Confundida la dama no contesta.

« Déme usted lo que tiene en el bolsillo », replica el santo apóstol.

Obedece la infeliz, saca del bolsillo una cuerda con que pensaba colgarse en el primer árbol que encontrara fuera de la ciudad, la entrega al *buen padre* y le manifiesta el motivo de su desesperación.

« Hija mía, ¿por qué quiere usted quitarse la vida? No estoy yo aquí dispuesto á proporcionarle todos los recursos que usted necesita? Vuelva en el acto á su casa; aguarde que yo le envíe lo preciso por el momento y mañana venga á verme. »

Apresuróse Claver á hacer una colecta para socorrer á la joven española, le compró los objetos de primera necesidad y se los mandó. Al día siguiente, habiendo pasado ya la primera exaltación, reflexionando la pobre señora sobre las palabras que le había dicho el Santo, comprendió la enormidad del crimen que había intentado consumar, arrepintióse sinceramente é hizo una confesión general. Fué ése el principio de un cambio radical de vida; desde entonces observó siempre una conducta intachable y reparó con muchas penitencias los pasados desórdenes.

Sabido es lo que son los odios, especialmente cuando son arraigados. Ofuscan la inteligencia, impiden todo raciocinio, endurecen el corazón y excitan al hombre á cometer enormes desatinos.

Tomás López no podía resignarse á perdonar al asesino de su hermano. También doña Pepa, su madre, á pesar de los buenos sentimientos que en su corazón se albergaban, no quería oír siquiera mentar el nombre del que había dado la muerte á un fruto de sus entrañas. Claver se había interesado para promover la paz en la familia, pero no había podido obtener el éxito suspirado.

Pepa cae enferma. Llega la noticia al conocimiento de nuestro caritativo apóstol, va á verla, y sabiendo que estaba en escasez de recursos le deja una suma bastante considerable para atender á los gastos que la enfermedad le cause. Cuando Tomás descubre la generosa oferta colocada en una mesita del cuarto, llénase de indignación, pues se figura que el *buen padre* ha querido comprar la reconciliación por la cual estaba trabajando hacía días. Ofuscado por la cólera, toma el dinero y va directamente al colegio. Apenas lo ve Claver, sin dejarle tiempo de hablar le dice :

« No, no, hijo mío ; está usted muy equivocado, mi intención era *dar una limosna* y no hacer una *compra.* »

Atónito se quedó Tomás al oír tales palabras, y penetrado de profunda admiración por la santidad de nuestro apóstol, que había adivinado su pensamiento, se postró á sus pies y le pidió humildemente perdón por las malas intenciones que contra él tenía. Se confesó, depuso los sentimientos de venganza que lo dominaban poco antes, y se reconcilió con su enemigo en ese mismo día.

Pepa tampoco pudo resistir á los ruegos del hijo convertido que le instaba continuamente para que diera el beso del perdón á su enemigo, olvidó cuanto había pasado y también purificó su conciencia con una santa confesión.

Las dos conversiones fueron duraderas, como generalmente eran las que el *santo apóstol de los negros* obtenía.

Daniel Álvarez era la deshonra de su familia. Aunque había tenido en su niñez una educación fina y esmerada, aunque había pasado muchos años en excelentes colegios, seducido después por malos compañeros, abandonóse á una vida enteramente disoluta. Amonestábale el padre, aconsejábale, corregíale, pero por nada podía retraerlo del

mal camino. Tampoco las lágrimas de la piadosa y desolada madre conmovían el duro corazón de Daniel. Las pasiones lo habían cegado. Cada día avanzaba hacia un insondable abismo. La madre, sin embargo, no dejaba de insistir con ruegos y lágrimas para que su desgraciado hijo volviese á la buena senda. Un día le suplicó tanto, que al fin le hizo prometer que se confesaría con el venerable padre Claver. El joven estaba cansado ya de las continuas reprimendas de sus padres, deseaba que le dejaran tranquilo, y para evitarse nuevas reprensiones, prometió aquello sin la menor intención de ponerlo en práctica. Pasaba, pues, el tiempo, y el adolescente no cumplía su promesa. Al fin cansada la enérgica doña Margarita de Álvarez de verse burlada, ejecutó un acto de autoridad materna, cogió á Daniel y lo llevó á la capilla del colegio. Pero el joven no tenía la menor disposición para recibir el santo sacramento de la penitencia y tampoco tenía voluntad para prepararse. Sin anterior examen, sin excitar en su corazón acto alguno de arrepentimiento, sin elevar una sola plegaria á Dios, preséntase al confesonario y dice á san Pedro:

« ¿Padre, quiere usted confesarme?

—¿Por qué no he de quererlo? le contesta éste. Pero usted, amiguito mío, viene tan mal dispuesto que no puede sacar fruto del gran sacramento de la penitencia... Vaya al pie del altar, póstrese ante la Divina Majestad que está voluntariamente encarcelada en aquel tabernáculo por el inmenso amor que nos profesa, y vuelva á este tribunal sagrado con mejores disposiciones... »

Obedece Daniel, va ante el altar, se arrodilla, allí permanece distraído por unos minutos, y se presenta nuevamente al santo sacerdote...

« Hijo mío, le dice Claver, no crea que puede burlarse de Dios. Usted vuelve menos preparado que antes. Apro-

veche la ocasión presente para llorar sus culpas, pues es posible que no se le ofrezca otra. ¿Por qué rehusa usted hacer el sacrificio que Dios le exige? »

Y toma al joven por una mano, lo lleva delante del santísimo sacramento, lo obliga á rezar cinco padrenuestros y tiene el consuelo de ablandar aquel duro corazón. Derrama el desdichado Daniel lágrimas de dolor, confiesa sus iniquidades con verdadera contrición y promete vivir cristianamente.

Si antes había sido éste el desdoro de la familia con su mala conducta, desde ese día fué su consuelo y felicidad.

¡Así transformaba Claver á los hombres!...

CAPÍTULO XXX

San Pedro trabaja sin descanso para preparar las poblaciones de la ciudad y de los campos á recibir la gracia del santo jubileo. — Peste en Cartagena. — El Santo cae enfermo: queda paralítico. — Gran celo que demuestra á pesar de sus males. — Su resignación y paciencia en la enfermedad.

1. *Animé d'une charité tendre, d'un zèle plus vif que jamais et d'un courage au-dessus de ses forces, après s'être déjà épuisé de travail à Carthagène... voulut parcourir les habitations répandues le long des côtes, pour y disposer les cœurs à profiter de la grâce du jubilé.* (Fleurjau, lib. IV.)

Animado por una tierna caridad, por un celo más vivo que nunca y por un valor superior á sus fuerzas, después de haberse aniquilado con el trabajo en Cartagena... quiso recorrer los pueblos esparcidos en las costas, para disponer los corazones á aprovecharse de la gracia del santo jubileo.

2. *Comme la peste continuait toujours, il redoubla ses prières, ses mortifications, ses jeûnes et ses disciplines,*

pour fléchir par la pénitence la colère du Ciel; et il le fit avec si peu de ménagements, qu'il fut enfin forcé d'y succomber. (Fleuriau, ibid.)

Como la peste continuaba, duplicó sus oraciones, ayunos y disciplinas para aplacar la cólera del Cielo por medio de la penitencia; y lo hizo con tanta abnegación que al fin tuvo que sucumbir.

3. *Quamquam varie morbis, doloribusque tentaretur, tamen corporis incommoda piis laboribus et perpetua lectione ac scriptione superabat.*

(Lect. v S. Hieronymi.)

Aunque fuera atormentado por muchas enfermedades y dolores, aliviaba, sin embargo, las penas del cuerpo con piadosos trabajos y asidua lectura.

Corría el año de 1649, y el sumo pontífice Inocencio, siguiendo las huellas de sus gloriosos predecesores, quienes deseosos de promover el bien de la Iglesia universal habían concedido cada cincuenta años extraordinarias gracias, anunció con solemnes bulas un jubileo para el próximo año de 1650.

Llenóse de júbilo el corazón de Pedro á la fausta noticia de tan peculiar beneficio divino. Intento siempre á la santificación de la propia alma y de la de sus prójimos, consideraba aquél como insigne favor que el Señor le hacía para que adelantara él mismo en la virtud y aprovechara la ocasión para convertir á los pecadores más obstinados que aun no se habían rendido á los esfuerzos de su admirable celo.

Entonces Claver estaba bastante avanzado en edad, por consiguiente empezaba á sentir los efectos de la vejez. No le faltaban achaques, el cuerpo se hacía pesado y no podía resistir á las continuas fatigas de su duro apostolado. La hora de la decadencia había sonado para el heroico siervo de Dios. Empero si la materia envejecía y estaba debilitada, el espíritu era siempre nuevo y conservaba su primitivo vigor. El fervor de nuestro santo se mantenía siempre el mismo, su deseo de salvar almas aumentaba

con los años, y su caridad inagotable comunicaba aún fuerza al cuerpo para atender al estricto cumplimiento de sus deberes.

Aunque anciano, achacoso y trémulo, no descansó un instante desde que principió el año santo del jubileo. Después de haber hecho todo lo prescrito por la Santa Sede con angelical devoción, después de haber ganado las indulgencias para la propia alma, se dedicó con ahinco á la predicación, á fin de disponer á los otros á aprovecharse también del precioso tesoro de gracias abierto por la Iglesia á todos los fieles.

Principió por Cartagena. Todos los días hacía una plática en la capilla del colegio. Era tanto el ardor con que excitaba á la penitencia, eran tan encendidas sus palabras, tan elocuentes sus exhortaciones, que enternecía á los oyentes, los conmovía hondamente, y transportándolos en espíritu al pie de la cruz, les hacía brotar copiosas lágrimas de dolor. Abundantísimos fueron los frutos que el santo varón cosechó de esas sencillas pero admirables pláticas; muchos lloraron sus culpas, muchos hicieron con santo entusiasmo los ejercicios mandados para ganar las indulgencias.

Las visitas á las diferentes iglesias se hacían públicamente en solemne procesión. Claver iba á la cabeza, mantenía el orden, rezaba en voz alta las preces prescritas é inspiraba á todos gran piedad y reverencia. Bello era el espectáculo que presentaban las espléndidas y devotas procesiones organizadas por el santo jesuíta. Iban delante las esclavas formando dos inmensas filas, seguían los negros también dispuestos con orden en hileras, y detrás acompañaban igualmente muchas nobles matronas y una escogida concurrencia de distinguidos caballeros y altos personajes.

Pero no conformándose el celoso ministro del altar con

los frutos cosechados con sus prédicas y ceremonias públicas. Iba también de casa en casa á preguntar si todos los miembros de la familia habían cuidado de su alma y recibido ya las gracias del jubileo. Si hallaba alguno que por enfermedad ó por negligencia ó por otro motivo cualquiera no había ganado las indulgencias, no dejaba de exhortarle hasta que le obligaba á cumplir con lo prescrito por el sumo pontífice.

El santo varón estaba postrado: los nuevos trabajos que su ardiente celo le había excitado á emprender, lo tenían casi aniquilado: pero lo animaba la bendición divina derramada sobre sus tareas apostólicas, y de la ciudad pasó inmediatamente al campo á desplegar la prodigiosa actividad que aun le quedaba á pesar de sus largos años y numerosos achaques. No dejó un solo pueblo sin visitar, no olvidó el caserío más insignificante habitado por negros, y doquiera recogió gran fruto. No salía de ninguna población sin que los habitantes todos hubieran ganado el santo jubileo. El sublime héroe añadía también á las fatigas del ministerio, terribles penitencias para desarmar la justicia divina, que precisamente en esa época azotaba con severidad y rigor á Cartagena y sus alrededores. La peste, después de haber hecho horrorosos estragos en la Habana, Puerto Rico y Veracruz, presentóse también en las costas del mar de las Antillas y en breve se desarrolló con violencia.

Cuando empezaron á sentirse los primeros síntomas, estaba Clavet en los campos predicando, confesando, catequizando, viajando por caminos impracticables, ora bajo torrenciales lluvias, ora bajo un sol abrasador. Iba á penetrar á la tierra de los *Chiquitos*, que todavía no había sido evangelizada, cuando la obediencia lo detuvo. Habiendo llegado conocimiento el superior del estado de postra-

ción en que se hallaba el *buen padre*, le mandó una orden perentoria para que volviera á Cartagena.

Fué aquélla una medida tomada muy en tiempo. El Santo hubiera ciertamente sucumbido si hubiera continuado unos pocos días más en sus duras faenas.

Al llegar á la ciudad encontró una espantosa mortandad. Muchos de sus mismos colegas habían perecido ya, víctimas del exacto cumplimiento de sus sagrados deberes. Fácil es imaginar, pero no describir, con cuánto celo se dedicaría nuestro santo apóstol á aliviar los dolores de los pestilentes. Desde que amanecía hasta que se ponía el sol, estaba á la cabecera de las infelices víctimas del fatal morbo. Tampoco descansaba en la noche. Habiendo pedido permiso para quedarse en el lazareto, aprovechaba aun las pocas horas que debía destinar al reposo para elevar férvidas plegarias al Altísimo, y asistir á los que infundían mayor temor de próxima muerte.

No podía resistir más un cuerpo; tenía al fin que rendirse. Así aconteció realmente. Enfermóse el Santo y fué atacado por la peste con tanta violencia que fué reducido á los extremos. Los padres creyeron necesario administrarle los últimos sacramentos. El venerable apóstol quería levantarse para recibir con mayor respeto el santo viático, pero se lo prohibió el superior temiendo que ese esfuerzo pudiera aligerar la temida catástrofe.

« Son mis pecados, decía el santo jesuíta, son mis pecados los que han traído la inmensa calamidad por la cual se ve la ciudad azotada. Dios no quiere servirse ya de mi persona porque he sido demasiado ingrato. »

Cuando recibió los últimos sacramentos edificó con su piedad, fervor y angelical devoción á todos los circunstantes.

Apenas se esparció en la ciudad la triste nueva de la

gravedad del *buen padre*, se conmovió la población entera. No había persona que no sintiera profundamente aquella desgracia. Todos lo consideraban como un miembro de la propia familia. Muchas lágrimas se derramaron, muchos clamores subieron al Cielo pidiendo la prolongación de tan preciosa existencia. Cada uno había recibido especiales favores del santo ministro de Dios, y lo consideraba como padre.

La comunidad rodeaba la yacija del Santo aguardando su postrer suspiro, cuando contra toda *esperanza humana* se notó una sensible mejoría que fué considerada como un milagro obrado por la Divina Bondad en beneficio de Cartagena.

Y por cierto era así. Todavía quiso el Altísimo acordar á esta afortunada ciudad la dicha de oír aquella dulce voz que tantos consuelos debía proporcionar aún á sus habitantes. Jóvenes robustos habían sucumbido, ¡y Claver, que antes de caer enfermo ya no tenía sino el aspecto de una sombra humana, resistió á tan rudo y violento ataque del mortífero morbo!... Era evidente que Dios tenía parte en la curación : no quería privar todavía á Cartagena de su ángel protector.

El padre Claver se vió obligado á guardar cama por algún tiempo; su debilidad era extrema, pero siempre tenía fuerza suficiente para vivir honrando á Dios y beneficiando á sus prójimos. El hermano González que lo curaba con mucha atención, cada vez que entraba al cuarto, lo hallaba pidiendo gracia y misericordia para su querida Cartagena.

« Padre mío, le decía, ruegue por los pestilentes.

— Era lo que estaba haciendo », contestaba el Santo enfermo.

Cuando se esparció por la ciudad la noticia de la cura-

ción del buen padre, celebróse una gran fiesta en acción de gracias.

Á la cabeza de aquella manifestación solemne de júbilo, estaban el gobernador y los más distinguidos personajes de la ciudad. Bien se preveía que el venerable apóstol quedaría malogrado y no podría atender á las duras labores en que había pasado su vida. Sin embargo, repetían todos éstas palabras :

« Sin duda es una gran calamidad que el Santo no quede enteramente curado, pero á lo menos lo tendremos con nosotros; sabremos que vive todavía, que ruega por nuestras familias, que continúa interesándose por nuestras almas. ¡ Que Dios nos lo conserve todavía por mucho tiempo ! »

Conservóle Dios en efecto ; pero los días de vida que le acordó fueron una larga y dura prueba para su sublime virtud. Acostumbrado á aplicar el suave bálsamo de su consoladora palabra á todo sufrimiento físico y moral del prójimo, deseaba ir á ejercer su inagotable caridad para con los infelices ; pero no podía moverse... ¡ Cuán indecibles delicias, cuán celestiales goces había experimentado siempre el santo sacerdote al pie de los altares en la celebración del santo sacrificio !... ¡ Mas ay ! ya no podía tampoco ofrecer la adorable Víctima ; no le era dable ir al templo á derramar tiernas lágrimas ante el santísimo sacramento.

¡ Cuánto había amado á sus queridos negros, y cuánto los amaba aún !... ¡ Pero ay ! ¡ ya no podía llevarles regalos, y no podía predicarles, no podía acompañarlos al templo para oír la misa ! ¡ El heroico celo que lo había devorado durante los treinta y seis años pasados en laboriosísimos trabajos apostólicos, lejos de disminuír, despertábase á veces más fuerte, dominaba el espíritu del santo varon,

excitábalo á hacer esfuerzos para emprender nuevamente sus ocupaciones!... Pero las fuerzas le faltaban... intentaba caminar, y se caía... Entorpecidos todos los movimientos del cuerpo por una parálisis general, estaba el apóstol de Cartagena reducido á una inacción tan meritoria como lo había sido hasta entonces la prodigiosa actividad de los años transcurridos. ¡Cuántos enfermos había que curar!... ¡Cuántos idólatras que convertir!... ¡Cuántos ignorantes que instruír!... ¡Cuántos afligidos que consolar!... ¡Cuántos herejes que llevar á la buena senda!... ¡Cuántos desamparados en los hospitales de la ciudad reclamaban los cuidados y la abnegada asistencia de un fiel siervo de Jesucristo!... Claver vivía aún... ¡y sin embargo, no podía proveer á estas necesidades! ¡Cuán profunda pena! ¡Cuán vivo sentimiento para su noble corazón! Parecíale que el Señor rechazaba sus servicios hasta entonces evidentemente bendecidos con prodigiosos acontecimientos. El sacrificio debía ser muy duro para Claver: mas éste deseaba con preferencia hacer la voluntad de Dios, llevaba por consiguiente con resignación su desgracia, añadiendo así nuevos méritos á los numerosísimos ya adquiridos.

Entre tanto la parálisis iba aumentando cada día. El temblor de los miembros se hacía más violento y continuo. En poco tiempo perdió el santo apóstol el uso de las manos y de los pies. Era preciso ponerle los alimentos en la boca, levantarlo, acostarlo, vestirlo y sostenerlo para que diera un paso. De esta manera el que había pasado su vida sirviendo y no había consentido en que nadie se molestara para atenderlo á él, se vió reducido á tal estado que forzosamente tenía que recibir toda clase de servicios de los demás. Volvióse así *esclavo en absoluto*. No gozaba siquiera de la libertad de un solo movimiento, de una sola

acción. Sin embargo, como había sido siempre el esclavo de Dios y esclavo voluntario, conservó en su enfermedad la perfecta libertad de alma y de corazón del justo y perfecto cristiano. El heroísmo que había tenido durante la vida religiosa, cuando estaba en pleno goce de sus fuerzas, tampoco dejó de manifestarlo en aquel deplorable estado de debilidad.

A pesar de estar inutilizado y necesitar el auxilio de ajenas manos para alimentarse, hallaba todavía en sus brazos el vigor suficiente para mortificarse. ¡Cuántas veces le encontró el hermano González con la disciplina en la mano!

Todos los días se hacía transladar á la iglesia. Allí ante el altar, consumido por el divino fuego que siempre había devorado su noble espíritu, vivificábase también el cuerpo de Claver. Encendíase su pálido rostro, animábanse sus ojos, electrizábase toda su persona. Se confesaba indispensablemente todas las mañanas y se acercaba en seguida con admirable piedad á la mesa eucarística, llevando la vieja estola que le había servido por tantos años en las misiones. Para dar gracias á su querido Jesús por el favor insigne que le hacía entrando á su corazón, se arrodillaba aunque le costara esto un esfuerzo sobrehumano y le causara agudísimos dolores. ¡Cuán seráficos ardores después de la comunión! ¡Cuán encendidos actos de amor para con su Dios! ¡Á veces permanecía una hora entera en sublime contemplación! En esos preciosos instantes no parecía hombre, sino tenía el aspecto de un ángel.

Cuando concluía su fervorosísima acción de gracias, sintiéndose fortificado por el cuerpo de Cristo y deseando trabajar algo todavía para la gloria de Dios y la salud de las almas, se hacía llevar al confesonario y oía en penitencia á las devotas personas que deseaban recibir la absolución sacramental de la mano del venerable sacerdote.

Como la muchedumbre que se acercaba al sagrado tribunal para tener la dicha de oír sus sabios consejos era numerosísima, no podía Claver resistir la importantísima tarea. Faltábanle las fuerzas, y al fin caía el heroico apóstol en un terrible desfallecimiento. Había que transportarle á su cuarto, acostarle y aplicarle enérgicos remedios para hacerle volver en sí. Apenas recobraba las fuerzas y podía pronunciar algunas palabras, recomendaba á su querido hermano González que hiciera subir al cuarto á las personas que deseaban purificar sus conciencias. ¡Cuán asombroso celo!

No se limitaba tampoco á este diario trabajo el anciano y paralítico jesuíta. Como *esclavo de los negros*, nunca se olvidaba de sus queridos hijos, siempre pensaba en ellos, y no obstante sus achaques no dejaba de prestarles importantes servicios. No pudiendo caminar, suplicaba á un hermano ó á un intérprete que lo llevara á ver á los esclavos más graves y abandonados. Á veces insistía en que lo condujeran á los hospitales para promover la conversión de obstinados pecadores que se resistían á reconciliarse con Dios. Se negaban los hermanos á hacerlo, temiendo que aquellos esfuerzos aumentaran los males del santo jesuíta; pero al fin debían ceder á sus ruegos y satisfacerlo llevándolo allá donde tenía él su corazón, donde encontraba nueva vida, donde se ensanchaba su espíritu, donde gozaba las puras delicias de la caridad cristiana.

Estando sumamente agobiado el *buen padre* por la parálisis, llegó á Cartagena un cargamento de negros pertenecientes á una tribu árabe muy salvaje y casi feroz. Ninguno había recibido el santo bautismo; los esfuerzos del capellán del buque para infundirles alguna idea religiosa y persuadirlos á abrazar el cristianismo, habían sido inútiles.

Apenas se comunica la nueva al santo sacerdote, parece

que desaparecen como por encanto sus males. Inflámase su pálido rostro, electrízase su cuerpo, recobra las perdidas fuerzas, ruega, suplica, insta á los que le rodean para que le busquen un intérprete conocedor de la lengua de aquella tribu, y lo lleven á la negrería donde se hallan los esclavos recién venidos.

Conmovidos los presentes al ver tanto entusiasmo y alegría del padre Claver, se apresuran á buscar el deseado intérprete; pero hacía treinta años que no se traían á la ciudad árabes... por más diligencias que se hicieron, no se pudo encontrar...

« Pierdan cuidado, dice Claver á los que le anuncian el desfavorable resultado de sus pesquisas, pierdan cuidado; Dios nos ayudará; continúen buscando. Yo voy á pedirle encarecidamente que nos mande al hombre indispensable para salvar tantas almas. »

En efecto, al cabo de un rato presentóse un viejo árabe que se puso á la disposición del Santo. Aprovechando éste la oportuna ocasión, se hizo transportar á la negrería donde estaban sus nuevos hijos.

Apenas divisan esos pobres salvajes al venerando anciano, movidos por sobrehumana fuerza corren á encontrarlo; parece que ven pintado en su demacrado semblante el más desinteresado amor por ellos. Lo rodean pues, lo reciben con júbilo y le dan evidentes muestras de afecto y confianza. Derrama Claver lágrimas de consuelo, los abraza á todos con tierno amor, y comienza á instruírlos.

Dios había dispuesto ya los corazones de los árabes. El grande apóstol debía transformarlos con su simple presencia. En breve aprendieron aquellos obtusos seres las principales verdades del catolicismo, y revelaron tan sincero y vehemente deseo de ser bautizados, que Claver no pudo negarles la solicitada gracia.

Fueron momentos de verdadera dicha los que pasó el Santo administrando el bautismo, aunque le costaba esto gran trabajo. Creía que no volvería á tener el inefable consuelo de ejercer las *caras funciones* de su apostolado, y Dios le había proporcionado todavía esa gracia por última vez. ¡Qué felicidad para Claver! Tan vivo afecto tomó á esos convertidos, últimos frutos de sus apostólicas labores, que acostumbrada llamarlos *hijos de su vejez*.

Las fuerzas de nuestro santo varón disminuían sensiblemente, y los achaques aumentaban en proporción. Previendo, pues, que estaba próximo su fin, quiso hacer una visita á los leprosos de San Lázaro para abrazarlos todavía una vez y darles el postrer adiós.

¡El heroísmo de *Claver* solamente debía acabar cuando se concluyera su vida!...

San Lázaro estaba fuera de la ciudad, á una distancia considerable; era imposible que el *buen padre*, en el estado de postración en que se hallaba, pudiera ir tan lejos. Pero él debía ser sublime hasta el término de sus días. No fijándose, pues, en las dificultades que se le presentaban, pidió prestado un viejo caballo que le había servido en los últimos tiempos de la peste para recoger con más prontitud limosnas destinadas á los desvalidos que gemían bajo el peso del terrible azote, y suplicó al hermano González que lo montara y lo asegurara bien, amarrándolo á la silla. Se resistía éste á ejecutar la orden del Santo, pero al fin tuvo que ceder á sus amorosas y vivísimas instancias.

Mal montado sobre aquel viejo pero fuerte animal, atraviesa Claver la ciudad sin inconveniente; mas al llegar á la puerta de la *Media luna*, empieza el caballo á encabritarse, se desboca y echa á correr á escape.

Recoge el venerando anciano las pocas fuerzas que aun le quedan, y se agarra lo mejor que puede de la crin. El

peligro es gravísimo... Lo advierten los negros que habitan las chozas de aquel paraje y corren para detener el caballo. Algunos españoles también se unen á éstos para salvar al Santo... Don Pedro de Estrada está á la cabeza del movimiento; pero todos los esfuerzos de esas buenas personas son vanos... Con los gritos, se aumenta el furor del caballo y la carrera se hace más precipitada.

Consternados los presentes, creyendo ya muerto al padre Claver, levantan las manos hacia el cielo y ruegan fervorosamente al Altísimo para que libre de tan gran peligro á su amado padre y protector. Sus súplicas son oídas.. pues al cabo de un instante párase de repente el fogoso animal por sí solo, como si hubiera obedecido á una mano invisible que lo contuviera. En el acto rodea al *buen padre* una gran muchedumbre deseosa de saber si en la impetuosa carrera había recibido graves daños causados por las fuertes sacudidas. Pero con gran sorpresa le encontraron tan tranquilo como si nada le hubiera acontecido. No había sufrido el venerable anciano la menor cosa...

Bajáronle del caballo y lo llevaron al hospital de San Lázaro. ¡Qué júbilo, qué consuelo para los leprosos! ¡Cuatro años habían transcurrido sin ver á su *buen padre!* ¡Cuatro años hacía que se hallaban privados de su paternal asistencia! ¡Notable falta les hacían sus exquisitos cuidados! Nadie había podido reemplazarlo dignamente en el ejercicio del santo ministerio. Aunque otros sacerdotes frecuentaban el establecimiento, no lo hacían con la heroica caridad de nuestro santo.

¡Fué una verdadera fiesta para los pobres lazarinos! Con la confianza que á los hijos inspira un amoroso padre, lo abrazaban, le estampaban afectuosos besos en las manos, lo halaban por los vestidos y lo festejaban con ruidosos clamores.

Pero si la más viva alegría había reinado en los instantes en que Claver se entretuvo con sus queridos leprosos, ¡cuán amargas lágrimas se derramaron en el momento de la despedida! Antes que se separara el *buen padre* de sus hijos, les dirigió estas últimas palabras:

« Hijos míos, ya no nos veremos en la tierra, es ésta nuestra postrer entrevista aquí. Será en la patria celestial donde nos volverémos á encontrar. Allá os aguardo á todos. Encomendadme á Dios apenas tengáis la nueva de mi muerte, á fin de que me sean aligeradas las penas del purgatorio, y más pronto me sea acordada la entrada al reino de la bienaventuranza. No olvidéis á vuestro antiguo padre, que os ha amado siempre y continúa amándoos todavía con especial ternura. Recibid mi bendición y rogad por mí. »

Á tan conmovedoras expresiones contestaron los enfermos con abundantes lágrimas. Arrodilláronse todos para recibir la última bendición de su anciano padre, y afligidos lo acompañaron hasta donde les era permitido llegar. ¡Debían tan dulces consuelos al santo sacerdote! ¡Habían recibido de él tan afectuosos y tiernos cuidados! Sabían que perdiendo á Claver perdían al más sincero amigo, al más benévolo protector, al más desinteresado bienhechor. Aquella escena fué desgarradora, así para el corazón del pastor como para el de cada una de las ovejas... Tanto para el uno como para las otras era un sacrificio, cuyo mérito solamente Dios podía calcular.

Pocos días después la piadosa doña Isabel de Urbina, hallándose indispuesta y temiendo agravarse, solicitó los santos sacramentos. Su confesor era el padre Claver; pero ¿cómo molestarlo en ese estado de postración? Doña Isabel halló el modo de satisfacer sus deseos sin perjuicio de la salud de su director, y mandó al colegio ocho robustos esclavos con un palanquín, para que lo trajeran cuidadosa-

mente á la casa. Con sumo gusto prestó el santo jesuíta el anhelado servicio á la fervorosa señora. Hacía años que la dirigía; siempre la había encontrado dócil á sus consejos, muy dispuesta á todas las obras de caridad que le proponía, y generosa en darle auxilios para los pobres. Ella veneraba á Claver como al más santo religioso que existiese en la tierra, y éste á su vez amaba á la buena dama con preferencia entre sus nobles hijas espirituales, pues desde su llegada á Cartagena había notado en ella gran sencillez y decisión verdadera para emprender toda clase de obras católicas. Precisamente porque desde el principio había hallado en doña Isabel más vivo fervor en la práctica de la santa ley de Dios, y había sido la primera de sus penitentes, la consideraba como su *primogénita*.

En aquella visita, el Santo dijo á su buena hija espiritual:

« La peste que acaba de azotar á Cartagena ha sido muy provechosa para multitud de almas; pero hay otras que todavía no han comprendido el motivo del terrible castigo, y aun están provocando la ira divina... ¡Volverá el cruel morbo el año próximo!... ¡Entonces se convertirán otros pecadores obstinados!... »

— ¿Qué, padre mío, qué? ¿De nuevo la peste en Cartagena? ¡Padre, pídale á Dios que tenga piedad de nosotros y aleje tan tremendo castigo!

— Usted lo verá en el mes de octubre. »

Había hablado el *Santo*, su palabra no podía faltar. En efecto, el año siguiente en el mes de octubre apareció nuevamente la peste en Cartagena. ¡Cuántos estragos! ¡Cuántas víctimas! ¡Cuántas muertes causó el terrible azote! Si la primera vez había diezmado la población, en la segunda la postró enteramente... Innumerables fueron los que perecieron en tan triste ocasión. Tampoco respetó el agudo

morbo á los ángeles protectores de la ciudad. Muchos jesuítas que se consagraron con admirable celo y abnegación sobrehumana á la asistencia de los apestados, fueron también atacados por la epidemia y cayeron víctimas de su virtud. La ciudad era un campo de desolación...

El número de padres que había en el colegio iba disminuyendo de día en día, y ya era insuficiente para la buena marcha del establecimiento. Las ocupaciones de cada uno se habían duplicado. Claver estaba inútil; no podía multiplicarse como lo hacía anteriormente, tomándose una parte del trabajo de los demás... ¡Cuán profunda pena para el santo varón contemplar á sus cofrades entregados de la mañana á la noche á duras fatigas, y verse en la imposibilidad de prestarles la más pequeña ayuda! ¡Cuántos méritos adquiriría, á pesar de su inacción, por los vehementes deseos de asistir á sus prójimos y aliviarlos de sus males! No siendo capaz de otra cosa, rogaba, suplicaba, pedía encarecidamente á su Divina Majestad que retirara de la ciudad la pesada mano de su justicia, tocara los corazones de los pecadores, los convirtiera á todos, diera paciencia á los enfermos y comunicara fuerza bastante á sus hermanos para atender á las urgentes necesidades de la población. Por cierto debían hacer violencia á la Divina Misericordia las fervientes plegarias de nuestro santo!... ¿No asegura la fe que las oraciones del justo llegan al trono del Altísimo y desarman su ira?... ¿Cómo dudar, pues, de que á las ferventísimas preces de Claver se debiera la desaparición de la peste?... Sin embargo, los hombres ya no hacían gran caso de su insigne bienhechor... Ya el venerando enfermo estaba casi completamente olvidado... Los padres, demasiado ocupados en el ejercicio del sagrado ministerio, á duras penas hallaban un rato para ir á visitarlo... El superior había encargado á un negro

que lo cuidara y lo atendiera en sus necesidades. El santo jesuíta no veía más que á ese negro, y raras veces á uno que otro de los pocos amigos fieles y sinceros admiradores de sus virtudes. Ya no dejaba su oscuro y reducido cuarto sino para hacerse transportar á la iglesia, ya no podía ir al confesonario, vivía simplemente con Dios. Ora por olvido, al cual está fácilmente sujeta la ligereza humana, ora por respeto á la gran santidad de Claver á quien se encontraba siempre absorto en Dios, ora por ingratitud, digna recompensa que generalmente da el mundo á los más beneméritos varones, el Santo fué abandonado por todos.

De vez en cuando se hacía llevar á la casa de los Urbina para confesar á doña Isabel y á su hermana. Era ésta la única distracción que le quedaba. Las buenas damas de Urbina continuaban entrambas pensando en su santo director.

Quiso el Altísimo probar la virtud de nuestro admirable apóstol hasta los últimos momentos de su vida, pues no solamente dispuso que su humildad y paciencia se resignaran al desagradecimiento de los hombres, sino que se sometieran también á los malos tratamientos de un indelicado y grosero esclavo. Joaquín, el negro que había sido destinado exclusivamente al servicio del paralítico héroe, era tan salvaje que parecía no haber tenido nunca roce con personas civilizadas. De carácter áspero, de modales sumamente bruscos, de un humor siempre negro, era violento en todos sus procedimientos. Aunque había pasado muchos años en el colegio, no había tenido la más pequeña reforma; su índole era siempre bárbara y feroz. En el fondo no dejaba de amar al *buen padre*, pero incapaz de comprender la sublimidad de sus virtudes y la sensibilidad de su nobilísimo corazón, abusaba de su paciencia y amabilidad.

Viendo que las enfermedades de Claver se prolongaban, sin esperanza de mejora ni de término, fastidiábase Joaquín y se volvía más y más grosero. Olvidando todas las obligaciones que tenía para con el buen padre, volvióse instrumento de su martirio, sin alcanzar á comprender las amarguras que á esa delicada alma causaba. Antes de llevarle la comida, tomaba para sí la parte que pensaba debía corresponderle y reservaba el resto para el venerable anciano. Creyendo superfluo el uso del cubierto, le daba los alimentos con sus manos que no tenía tampoco el cuidado de lavar primero. Á veces aguardaba la noche para llevarle la comida, casi siempre se la daba fría. Ningún esmero tenía en asearle el cuarto; rara vez lo barría. Así reinaba en aquel pobre aposento un olor tan desagradable, que hacía difícil la permanencia en él...

Generalmente se resistía á hacer lo que el Santo le pedía. Cuando iba á vestirlo, le daba terribles sacudidas que sus temblorosos miembros no podían resistir. Muchas veces, pues, caía al suelo el ilustre enfermo, recibiendo fuertes contusiones, y cuando tendido sobre el húmedo pavimento de su mezquino calabozo, impotente para levantarse, suplicaba humildemente á su negro que le tendiera la mano y le prestara caritativa ayuda, ese bárbaro é ingrato no le hacía caso, retirábase y dejaba al manso y paciente padre por muchas horas en tan triste posición.

Otras veces no iba por la mañana á levantarlo y vestirlo á fin de llevarlo luego al templo á oír la misa y recibir la sagrada comunión. Esforzábase entonces el débil anciano en levantarse solo; con inmenso trabajo lo lograba, pero cuando intentaba dar un paso para buscar los propios vestidos, faltábanle las fuerzas y caía al suelo recibiendo terribles golpes.

Oíase el ruido en la cámara inmediata y corría entonces

el caritativo cofrade que allí vivía para ayudarlo y acompañarlo á la capilla.

Parece que Dios hubiera escogido pera perfeccionar la virtud del heroico apóstol de Cartagena, un ser de la raza á que éste había prestado los mayores servicios y por la cual había hecho los más grandes sacrificios, como para convencerle de que ninguna recompensa debía esperar en el mundo por sus meritorios trabajos, y de que todo su premio le estaba reservado en el Cielo...

Á pesar de los malos tratamientos de Joaquín, nunca salió de la boca del santo varón una palabra de queja, nunca se le escapó una sola expresión de lamento. Todo lo soportaba con suma resignación y paciencia, y de cuando en cüando se le oía dar gracias á Dios por haberle proporcionado la ocasión de sufrir algo.

Cuando el superior de la casa ú otro padre echaba de ver la mala conducta de Joaquín y lo reprendia, Claver tomaba su defensa y decía :

« No, padre mío, no cause pena á mi querido hijo. ¡Pobre Joaquín !... ¡Es tan atento !... Él me sirve muy bien. ¡Yo sí merecería por mis pecados que me tratara mal, pero él es demasiado bueno conmigo, me prodiga atenciones verdaderamente inmerecidas ! »

¡Oh paciencia propia de un santo ! ¡Oh bondad que sólo podía albergarse en el corazón del *esclavo de los esclavos !*

CAPÍTULO XXXI

Consuelos de Claver en medio de sus males. — Velas que se mantienen encendidas milagrosamente. — El padre de La Farina. — Dolor que causa á Claver la nueva de la demolicion de una parte de la casa. — Predicciones. — La enfermedad se agrava. — La muerte se acerca.

1. *Fili, in tua infirmitate ne despicias teipsum, sed ora Dominum et ipse curabit te.*

(Eccl., c. XXXVIII, v. 9.)

Hijo, en tu enfermedad no te acobardes, ruega á Dios, y él te consolará.

2. *Venit Dominus, quum ad judicandum properat. Pulsat vero quum per ægritudinis molestias mortem vicinam denuntiat; cui confestim aperimus, si hunc cum amore suscipimus.* (S. Greg. Com. in Ev. S. Lucæ.)

Viene el Señor cuando se acerca para juzgarnos. Toca a nuestra puerta cuando anuncia próxima la muerte por medio de las molestias de la enfermedad. Le abrimos inmediatamente si lo recibimos con amor.

No era posible que en medio de tantas penas y sufrimientos no proporcionara Dios también algún consuelo á su fiel siervo. Si prueba el Señor la virtud de sus santos, visitándolos con dolores y contrariedades, también se encarga de acordarles de vez en cuando momentos de alivio. No puede ser que toda la vida esté acompañada de penalidades, es preciso que haya ratos de consuelo.

Después de tan grandes privaciones estaba reservada á nuestro santo jesuíta una preciosa gracia que debía inundar su alma de la más dulce y suave alegría.

Un religioso de la casa va un día á visitar al *buen padre*, lo saluda respetuosamente, le muestra un libro, y le dice :

« Traigo un tesoro para vuestra reverencia. Gran pla-

cer le causará ciertamente el poseerlo. ¡He aquí la vida de nuestro querido hermano Alfonso Rodríguez, á quien vuestra reverencia ha amado tanto! Acaba de publicarse en España. Es éste el primer ejemplar que se ha recibido en el colegio. Sin duda el buen hermano desde el Cielo está contemplando á vuestra reverencia, y quiere acordarle un inmenso consuelo antes que deje este valle de lágrimas para ir á gozar de la bienaventuranza en su compañía. »

Anímase el pálido semblante de san Pedro al oír semejantes palabras... una vivísima conmoción le impide hablar... Toma el libro, lo besa con reverencia, lo estrecha contra su corazón, lo pone sobre su cabeza como para implorar la bendición de su antiguo maestro espiritual, derrama copiosas lágrimas de júbilo, aprieta la mano del amado cofrade que le acaba de entregar tan precioso objeto, le da las más expresivas gracias, y elevando los ojos y las trémulas manos al cielo, exclama :

« ¡Bendito sea para siempre el Señor, que no obstante todos mis pecados me ha concedido al fin el gran favor de ver lo que deseaba hacía muchos años! »

Examinó en seguida el retrato del hermano Alfonso, puesto al principio del libro, y hallándolo enteramente parecido, renovó sus actos de admiración.

Aprovechó el padre aquellos instantes para aclarar ciertos puntos que habían quedado en la incertidumbre acerca de las relaciones que Claver había tenido con el hermano Rodríguez durante la estadía en Mallorca.

« Vaya, le dijo, vuestra reverencia quiere de todos modos que le deje la *Vida* de nuestro santo hermano; veo que tiene vehemente deseo de leerla.

— ¡Oh qué insigne favor sería ése!

— Estoy dispuesto á satisfacerle; dígame empero, si es cierto que el venerable Alfonso anunció á vuestra reverencia

que vendría á las Indias occidentales, á la Nueva Granada, y señaladamente á Cartagena.

— Sí, padre mío, no solamente me lo predijo una vez sino en distintas ocasiones, y me recomendaba constantemente que me preparara para el apostolado de los negros y correspondiera dignamente á las divinas gracias.

— Y ¿es también cierto que un día al salir vuestra reverencia de la casa, le dirigió la palabra, y al invocar la asistencia de la Santísima Trinidad se quedó absorto en Dios, y comunicó también á vuestra reverencia el espíritu divino, dejándole igualmente bajo la impresión de celestial éxtasis?

— Es muy cierto que el santo hermano Alfonso permaneció mucho tiempo en una sobrenatural contemplación... Oh sí, sí, es verdad... »

Y de repente, al levantar el Santo los ojos al cielo, dejó sin concluír la frase... Su cuerpo se elevó sobre el suelo, y radiante de luz permaneció inmóvil por largo rato. ¡El éxtasis de Mallorca se había renovado en aquel instante!

Entonces el padre que había traído el importante libro, temiendo que se perdiera, lo quitó de las manos de nuestro santo y lo entregó al hermano sacristán, que era gran admirador de las virtudes de Claver, para que lo guardara. Apenas volvió éste á su estado normal, no encontrando el caro recuerdo de su amadísimo hermano Alfonso, comenzó á buscarlo, pero habiéndosele dicho que lo tenía el sacristán, se hizo transportar á la sacristía para reclamarlo.

Presenció tan noble escena el señor de Betancourt, gobernador de Jamaica, que estando de paso en Cartagena había ido á hacer una visita al Santo, y quedó tan hondamente edificado por el tierno afecto y entusiástico cariño de éste para con su antiguo maestro espiritual, que no pudo dejar de manifestar su admiración.

« ¡Oh! no extrañe, le dijo el buen padre, no extrañe que tenga yo tanto interés por este libro. Oiga lo que era mi querido hermano Alfonso, y también se entusiasmará su excelencia. Yo tuve la dicha de conocerle, de recibir sus sabios consejos, y sé cuán grande es el mérito de esta obra. »

Y dirigiéndose al hermano González:

« Lea usted unas páginas, para que su excelencia vea cuánta virtud, cuánto heroísmo encerraba esa alma grande y generosa. »

El hermano González tuvo la delicadeza de escoger un capítulo que atrajera especialmente la atención del anciano taumaturgo hacia los gratos recuerdos de Mallorca, y éste interrumpía á menudo la lectura para confirmar la verdad de los hechos, de los cuales había sido testigo ocular durante su juventud, y para dar muestras del más sincero regocijo.

Jamás se había olvidado de su maestro, nunca había dejado de venerarlo ni de admirar su santidad. Cuando hablaba de él, se descubría; siempre que pronunciaba aquel nombre amado, daba muestras de profundo respeto. Llevaba consigo los avisos recibidos en su santa escuela, recogidos en un precioso manuscrito que formaba el más perfecto compendio de la sublime ciencia ascética. Los leía y releía todos los días para tenerlos continuamente presentes, y esmerarse en ponerlos en práctica con la docilidad y el fervor de un religioso novicio. El retrato del santo hermano nunca se lo quitaba, lo tenía colgado como escapulario y lo consideraba como su guía indispensable, su constante compañero, su valiosa ayuda en todas las obras apostólicas que emprendía.

Tan respetuosa ternura, tan alta admiración por su digno maestro, explican evidentemente el consuelo que la

noble alma de Claver experimentó al ver que se le había tributado el honor de publicar sus méritos y virtudes en un honroso volumen para edificación de los prójimos.

Aquellos instantes de verdadera dicha para nuestro ilustre enfermo aliviaron momentáneamente sus penas físicas, pero en breve se presentaron éstas nuevamente y con gran fuerza. Los progresos de la parálisis eran rápidos. Agudísimos dolores atormentaban al manso y humilde jesuíta. Casi no le dejaban descanso. ¿Cómo pasaba Claver esas horas de espasmo? En medio de la más perfecta resignación, elevando á Dios plegarias fervorosísimas, contemplando su crucifijo y repitiendo afectuosas jaculatorias.

Manifestó una vez á Joaquín el deseo de que se le mantuviera encendida una luz durante toda la noche, á fin de poder conservar siempre fija la mirada en la imagen de Cristo y animarse así á soportar sus dolores con paciencia. Mas el poco cuidadoso negro se olvidaba de cumplir la recomendación del *buen padre*, ó ponía una pequeña vela que no bastada sino para pocas horas. Cuando la luz iba apagándose, se veía obligado el Santo á llamar á Joaquín para suplicarle que reparara su negligencia, yendo á buscar otra vela.

Una noche despierta el áspero negro, y apercibiéndose de que no había preparado la vela de repuesto, se levanta para ir á tomarla. Lo siente Claver y le dice con su tradicional amabilidad:

« No te molestes, buen amigo, descansa tranquilo. »

Joaquín, que generalmente hacía lo contrario de lo que se le mandaba y que ciertamente hubiera murmurado largo rato si el padre le hubiera hecho levantarse para aquello, desde el momento en que oyó tales palabras se apresuró á ir por la vela. Antes de salir del cuarto, la luz se había extinguido ya... Corre Joaquín á la despensa, toma una

vela y vuelve al aposento del Santo... pero lo encuentra iluminado... No puede contener su admiración, y dirigiéndose á Claver le pregunta:

« ¿Qué es esto, padre? ¿Quién ha puesto aquí esta vela? ¿Quién la ha encendido?

— Acuéstate, hijo mío, no te preocupes... duerme... »

Ésta fué la contestación del *buen padre:* pero el negro, no obstante su corta inteligencia, comprendió que el acontecimiento era extraordinario y prodigioso, porque por una parte sabía bien que el venerando anciano no podía moverse, y por otra estaba seguro de que no había otra vela en la mesa... No era fácil, pues, explicar el asombroso hecho sin la intervención de una mano invisible... Deseoso de descubrir el misterio, Joaquín se fijó mucho desde aquel día en la duración de las velas, y con inmensa maravilla notó que en distintas ocasiones duraba una vela hasta por la mañana, mientras que generalmente se necesitaban dos y aun más para que hubiera luz durante toda la noche; y lo que es más extraño, observó que semejante fenómeno acontecía especialmente cuando él se olvidaba de preparar la segunda vela. Preguntaba á veces al *buen padre:*

« ¿Cómo es que esta mañana he encontrado la luz encendida, cuando yo no he preparado más que una vela? »

Claver evadía la contestación y le decía:

« Hijo mío, no te afanes por mí, estoy plenamente satisfecho de tus servicios; continúa siendo bueno. »

No quedaba satisfecho Joaquín de semejante contestación y no suspendía sus investigaciones, esperando siempre poder descubrir el secreto del *buen padre.*

Manifestó un día el extraño acontecimiento á un hermano, quien le explicó ser aquello un sobrenatural beneficio con que Dios quería indudablemente favorecer al buen pa-

dre, en recompensa de sus heroicas virtudes y del ardiente amor que siempre le había profesado. En adelante, tanto Joaquín como el hermano, observaron cuidadosamente aquel fenómeno, hasta que por fin descubrieron que *cuantas veces tocaba Claver las velas*, no se gastaban sino muy lentamente, y una sola bastaba para toda la noche: mas cuando no las tocaba, había que reponerlas. La caridad del santo varón estaba empeñada en aquello; hacía un prodigio para evitar á su negro la pena de levantarse.

Sentía el venerando anciano que las fuerzas iban disminuyendo; preveía su próximo fin. Hablando un día con el querido y atento hermano González, le dijo:

« Yo moriré pronto. Sin duda el día en que Dios quiera que le dé cuenta de todas mis acciones, será una fiesta de la Virgen Santísima. »

Fué ésta una verdadera profecía. Dentro de poco veremos cómo se cumplió al pie de la letra.

Otro consuelo tenía preparado Dios á nuestro santo. En el mes de agosto llegó la flota española á Cartagena, al mando del marqués de Montealegre. Apenas se verificó el desembarco, notó el ilustre enfermo un insólito movimiento en el colegio.

Como sabemos ya, Claver no se fijaba nunca en lo que pasaba en la casa, tanto que muchas veces no se daba cuenta de la llegada de nuevos padres. Pero en esa ocasión pareció que había tenido una de aquellas sobrenaturales inspiraciones que no eran raras en él. Reveló, pues, ardiente deseo de conocer el motivo del júbilo que se veía estampado en todos los semblantes.

Cuando entró á su cuarto el amado hermano González, preguntóle ansiosamente:

« ¿Qué buena noticia me trae? Experimento hoy una interior complacencia, para mí inexplicable. Mi espíritu

está sumamente contento y satisfecho. Algo consolador me va á anunciar usted.

— Padre mío, le contestó el buen hermano, ha venido en el navío del marqués de Montealegre el reverendo padre don Diego de La Farina, el afamado consejero y director espiritual de su majestad el rey. Su profunda humildad y celo inagotable lo han traído á estas playas. Solicitó de los superiores la gracia de ser destinado á la evangelización de los negros, y habiéndola obtenido viene á reemplazar á vuestra reverencia. Razón sobrada tiene, pues, para consolarse, porque al fin hay quien continúe su obra. Padre mío, ya tiene un sucesor en su heroico ministerio.

— ¡Oh Dios mío, alabada ser para siempre vuestra providencia, ensalzada sea vuestra bondad infinita!... Séame permitido contemplar al apóstol de los negros, y en seguida ciérrense mis ojos. Séame acordado el grande honor de besar sus pies, y después quitad, oh Señor, de este valle de lágrimas á vuestro siervo. Dadme el descanso que anhelo para unirme á Vos. »

En esas ardientes expresiones prorrumpió el Santo á tan fausta nueva, y quiso ir á visitar inmediatamente al padre de La Farina. Apoyado en el brazo del hermano González, arrastrándose como mejor podía, con inmenso trabajo se dirigió al aposento del digno ministro de Dios destinado á continuar su importantísima obra. ¿Quién podrá describir con la pluma el encuentro de esos dos espíritus elevados, de esas dos almas generosas? ¡Oh estupenda escena!... Apenas entra Claver al cuarto, cae á los pies del padre, y hondamente conmovido los besa afectuosamente, los baña con lágrimas y exclama :

« *Quam pulchri sunt evangelizantium pedes!* (¡Cuán hermoso es postrarse á los pies de los que evangelizan á las gentes!) Yo no soy digno de desatar las correas de vuestro

calzado, pero permitidme que os abrace, que os estrecho contra mi corazón. Bendito seais porque venís en nombre del Señor á salvar multitud de almas. Elevad vuestra sagrada diestra y alcanzadme del Cielo los favores que los apóstoles saben obtener para sus hijos. »

Queda maravillado, atónito el padre de La Farina por un acto de tan profunda humildad: dirige una mirada al venerable anciano que tiene postrado á los pies, y otra al hermano que lo acompaña; y conmovido hasta derramar lágrimas no se explica lo que está pasando. Conocía de fama á Claver, pero no de vista...

Un momento de silencio sucedió á las palabras del Santo... mas cuando González dijo: *Es éste el padre Claver*, postróse á su turno el padre de La Farina ante el gran héroe cuyas hazañas había oído referir tantas veces y cuya santidad admiraba hacía mucho tiempo. Protestó que lo consideraría siempre como su maestro y se estimaría feliz en recibir sus consejos.

Hondamente penetrados ambos por tan nobles sentimientos de mutua humildad y veneración, permanecieron en tal actitud respetuosa por largo rato, sin echar de ver la presencia de oculares testigos que llenos de asombro contemplaban el patético cuadro.

Don Diego de La Farina pertenecía á la alta aristocracia de España; su nombre era por consiguiente conocido en Cartagena. Las principales familias se apresuraron á visitarle. Varios personajes que habían llegado justamente en el solemne momento del encuentro de aquellos admirables apóstoles, se detenían al verlos y no osaban avanzar para no interrumpir aquella sublime comunicación recíproca, sino se quedaban admirando, deseosos de que se prolongara la edificante escena. Al fin el hermano González juzgó prudente prevenir al padre de La Farina, y levantar

á nuestro santo, cuyo júbilo fué presto perturbado por una triste nueva. En efecto, presentóse á pocos momentos el gobernador de la ciudad al superior, y le comunicó la orden recibida de la corte de España para abatir una parte del colegio.

Tanta pena causó al padre Claver la inesperada decisión, que pidió á Dios le retirara del mundo antes que se diera el primer golpe para la decretada demolición. Rogó también con angelical fervor para que le fuera acordada la gracia de morir en la cámara habitada por tan largos años, y en la cual había recibido insignes favores del Cielo. Las plegarias del santo varón fueron oídas.

Pasada la impresión desagradable que había causado á tan delicado corazón aquella nueva, se tranquilizó, y aguardando resignado la muerte se entregó con más fervor á la oración. También le favoreció el Señor, revelándole cuándo se verificaría su fallecimiento. Pocos días después, el *buen padre* mandó decir á doña Isabel de Urbina que le enviara el palanquín, pues deseaba ir á verla. ¡Era su última visita!... Al despedirse de la piadosa señora, le dijo con su ordinaria bondad :

« El padre de La Farina ha venido á reemplazarme, preciso es que también me reemplace con usted. De ahora en adelante él será su confesor.

— Padre mío, mientras viva vuestra reverencia, yo no quisiera cambiar...

— Hija mía, es ésta la última confesión que usted hace conmigo; yo moriré muy pronto. *Entraré á la eternidad el día de la natividad de la Virgen.* »

Doña Isabel fué sobrecogida por una tristeza indescriptible. Derramó copiosas lágrimas, dió un agudo grito de dolor y tuvo un fuerte desmayo. Cuando volvió á su estado normal exclamaba á cada instante :

« Dios mío, ¿qué será de nosotras? ¡Nuestro padre va á morir el mes entrante!... »

Se consolaba, sin embargo, pensando en las tiernas palabras que el Santo le había dirigido : « No me olvidaré de usted ni de su hermana ante Dios... rogaré por todos mis hijos... »

Ya no era solamente doña Isabel la que afligida é inconsolable no podía resignarse á perder al buen padre; los esclavos de la casa lloraban también amargamente. Á todos dirigía palabras de aliento el apostólico varón, á todos los animaba diciendo que no los abandonaría sino materialmente; que su separación sería momentánea y que un día se reunirían nuevamente en la patria celestial. Al fin les impartió su bendición y se despidió.

El día siguiente el padre de La Farina fué atacado por una fiebre violenta, que puso en peligro su vida. El superior del colegio estaba sumamente preocupado. Los demás colegas también se habían alarmado mucho. Doña Isabel tuvo conocimiento de la intranquilidad de los jesuítas, fué al colegio, llamó al padre rector y le dijo :

« Las predicciones que el padre Claver me ha hecho durante todo el tiempo que vive en Cartagena, siempre se han cumplido. He sabido que vuestra paternidad está algo inquieto por la enfermedad del reverendo de La Farina. Pues bien, pierda cuidado, porque el padre Claver me mandó que lo reemplazara con don Diego : luego éste no morirá. Yo estoy cierta, certísima que se curará pronto, pues la palabra de mi santo director tiene que cumplirse. »

No se equivocó la buena dama. En efecto, contra todas las humanas esperanzas, el sucesor de Claver recobró de nuevo sus fuerzas y sanó perfectamente.

La flota debía volver á España; el marqués de Montealegre, que la comandaba, sabiendo que los achaques de

Claver iban aumentando, no quiso embarcarse sin recibir por última vez su bendición. Le suplicó también que pidiera á Dios un feliz regreso para los navíos, pues temía encontrar buques hostiles en el viaje.

« Sí, le dijo el padre Claver, tendrá usted unos obstáculos que superar, pero no habrá novedad alguna; incólumes llegarán todos á España.

— Le doy gracias por tan favorable promesa, pero me permito pedirle una cosa más. Padre mío, no me la niegue.

— Señor comandante, estoy á sus órdenes; mande y haré cuanto esté de mi parte para satisfacer sus deseos.

— Cédame algo que le pertenezca y de que se haya servido vuestra reverencia, para guardarlo como un recuerdo.

— Señor comandante, ¿qué me pide usted? ¡Yo no tengo absolutamente nada que sea digno de tan distinguido personaje!

— Cualquier cosa; deseo que mi señora, nieta del venerable Francisco de Borja, tenga una memoria de uno de los más abnegados hijos de aquella sociedad, que fué dirigida por su tío.

— ¡Oh! ¡Su señora es nieta de nuestro santo padre general Francisco de Borja!... Bien, tome esta medalla. »

Y diciendo así, quitó Claver de su rosario una medalla, con la cual había obrado innumerables prodigios.

Don Pedro de Zapata, nuevo gobernador de la ciudad, estaba presente y suplicó al buen padre que lo recordara en sus oraciones.

« Oh, señor mío, con gusto lo recomendaré. Su inmediato predecesor obtuvo la orden de abatir una parte del colegio para embellecer la ciudad. Gran dolor causa á los padres esta medida. Proteja usted el establecimiento, in-

fluya con su autoridad para que deroguen semejante decreto. »

El gobernador prometió no omitir esfuerzo para conseguir la revocación del decreto. Y en realidad, trabajó mucho, pero no pudo lograr el fin que se había propuesto. La irrevocable sentencia de demolición dictada por el rey debía cumplirse, y se exigía que se diera comienzo á la obra lo más pronto.

Mientras tanto Claver iba agravándose. Su fin se preveía muy cercano. Cuando se esparció la triste y dolorosa noticia en Cartagena, despertóse en todos los corazones un vivo recuerdo de los méritos y virtudes del grande apóstol, que con culpable ingratitud ya se habían casi olvidado.

El día 6 de septiembre, un religioso franciscano, penitente del Santo, habiendo ido para recibir por última vez sus preciosos avisos, manifestóle la profunda pena que tenía porque se iba á abatir una parte del colegio.

« Yo no presenciaré la demolición.

— ¿Cómo ? dijo el franciscano, ¿no la presenciará vuestra reverencia ? Se ruge que pasado mañana se dará principio á los trabajos.

— He pedido á Dios que me ahorre ese pesar, y estoy seguro que me concederá la gracia deseada. »

No quedó más duda al buen religioso de que la muerte de su santo director era inminente. Con lágrimas en los ojos lo abrazó afectuosamente, le dió el último adiós y se retiró consternado.

Desde aquel momento Claver suplicó como favor que no se dejara entrar al cuarto más que á sus queridos hermanos, pues deseaba dedicar enteramente los últimos días á su Dios. No quería ocuparse sino de la eternidad, que estaba inmediata y cuyos inefables goces comenzaba ya á presentir. ¡Cuán profunda meditación ! ¡Cuántos actos de

amor salían del encendido pecho del moribundo apóstol! ¡Cuántos actos de esperanza! ¡Cuán férvidas jaculatorias se le oía pronunciar con débil y afanosa voz! ¡De cuando en cuando, fijos los ojos en un punto, con sereno rostro, hablaba cosas incomprensibles para los presentes! ¡Parecía que estuviera entretenido en familiar conversación con invisibles seres! En seguida permanecía inmóvil y absorto en éxtasis. ¡Oh preciosa agonía del justo!

Estando ocupado en Dios, de repente se le presenta un pensamiento... ¡su humildad se espanta!... Tiene guardado en un rincón una cajita llena de billetes de confesión firmados por él. Los había preparado con antelación para sus negros. Previendo que aquellas firmas hubieran podido considerarse como reliquias, siente la necesidad de hacerlas desaparecer. ¿Cómo? Entra en aquel instante el hermano Manuel López. El Santo aprovecha la ocasión y le dice:

« Hermano mío, ¡cuánto le agradecería si tuviera la bondad de hacerme un favor que necesito!

— Hable, padre, diga lo que desea, estoy dispuesto á servirle en todo.

— Tome aquella cajilla y ábrala... ¿Ve usted esos billetes de confesión?

— Sí, padre mío, ¿qué debo hacer?

— Esas papeletas eran para mis negros, estaban firmadas anticipadamente, ahora son inútiles; ya no podré hacer uso de ellas, yo voy á morir. Tenga la bondad de romper las firmas y botarlas entre los papeles viejos. »

El hermano López estaba ya para satisfacer los deseos del moribundo, cuando un interior sentimiento de repugnancia se apodera de su espíritu y lo detiene. Sale y corre á consultar al padre superior. Éste le sugiere que corte las firmas y se las lleve. Persuadido el hermano de que el

padre rector quiere guardarlas como reliquias, piensa tomar su parte para regalar á algunas personas que le habían pedido algún recuerdo del padre Claver. Cumple la orden del superior, y mientras corta las firmas y hace pasar á su bolsillo las que cree bastar para complacer á sus amigos, el humilde enfermo que lo observaba en silencio, adivina su intención y renueva la súplica de que se haga desaparecer su nombre. Pero López contesta que estaba haciendo lo que el superior le había ordenado, y la humildad de Pedro tuvo que soportar también esa última prueba.

Algunas horas después, hablando de su muerte con el hermano González, le manifestó el deseo de ser enterrado en la puerta de la iglesia, para ser pisado por todo el mundo como había deseado serlo en vida.

« No, no, padre mío, vuestra reverencia será enterrado en la capilla del Cristo; ya se ha decidido. ¡Cuando esté vuestra reverencia en presencia del Altísimo, ruegue por esta casa y por esta amada ciudad! Continúe protegiendo desde el Cielo un país que fué regado con sus sudores, que fué cultivado por su celo, donde ha conquistado vuestra reverencia tantas almas y adquirido tantos méritos.

— ¡No diga, hermano mío, no diga semejantes cosas! Yo lo he perdido todo con mis impaciencias durante esta larga enfermedad. »

¡Tales palabras salidas de la boca del manso y resignado Claver, que sabemos cómo excusaba aun los groseros modales del negro Joaquín, prueban cuán meritoria debió ser la forzada inacción de los últimos cuatro años de su vida! ¡Tanto había sufrido en no poder trabajar por la conversión de las almas, que se reprochaba aquella laudable pena como impaciencia!

« ¿Padre mío, le preguntó el hermano González, cuán-

tos esclavos ha bautizado vuestra reverencia durante su apostolado? »

Reflexionó un instante el Santo, y como obligado por la insistencia de su hermano:

« Yo creo, le contestó, que he bautizado cerca de trescientos mil. »

Indudablemente el número indicado por Claver era inferior al real, pero su profunda humildad siempre procuraba disminuír á los ojos de los hombres los méritos de sus apostólicas labores.

El santo jesuíta iba acabando poco á poco. La respiración se hacía afanosa, el semblante era cadavérico. Era el día 6 de septiembre, domingo. Pidió ser confortado con los auxilios de aquella bendita religión, que había practicado con heroísmo durante tantos años. Se le administró el santísimo viático entre los sollozos de todos los padres y hermanos de la casa. Reputándose la criatura más indigna de recibir á su Dios, quiso que lo colocaran en el suelo. Se oponían los padres, pero rogó y suplicó tanto, que finalmente accedieron á sus deseos. Cuando entró á la cámara el reverendo padre rector, llevando al Redentor del mundo escondido bajo la forma de pan, cambióse de repente el rostro de nuestro santo y encendióse en ardiente amor. Hizo un sobrehumano esfuerzo para sentarse, pero no pudiendo lograrlo, tendió las manos al hermano González indicándole que lo ayudara. Antes de recibir la hostia consagrada protestó que así como había vivido, así también quería morir en el seno de la Iglesia de Cristo. Hizo una solemne profesión de fe, en seguida pidió perdón á todos por las penas que involuntariamente les hubiera causado, y conmovió á los circunstantes hasta hacerles derramar lágrimas.

Después de la acción de gracias, lo acostaron nueva-

mente en su cama. Dirigiéndose entonces el santo moribundo á uno de los hermanos, le dijo :

« Voy á morir, ¿qué me pide usted para la otra vida?

— Padre mío, le pido que cuando esté vuestra reverencia en la eterna bienaventuranza, ruegue por Cartagena y por el colegio.

— Lo prometo. »

CAPÍTULO XXXII

Santa muerte de Claver. — Espléndido entierro y solemnes exequias que le hizo Cartagena.

1. *Scimus enim quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus, domum non manufactam, æternam in cœlis.* (Ep. II S. Paul. ad Corint., c. v, v. 1.)

Porque sabemos que si nuestra casa terrestre de esta morada fuere deshecha, tenemos de Dios un edificio que no es obra de mano alguna sino eterno en los Cielos.

2. *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex.*

(Ep. II ad Timoth., c. iv, v. 7-8.)

He sostenido un buen combate, he concluído mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está reservada la corona de la justicia que el Señor justo juez me dará en aquel dia.

3. *Iste homo perfecit omnia quæ locutus est ei Deus, et dixit ad eum : Ingredere in requiem meam, quia te vidi justum coram me ex omnibus gentibus.*

(Resp. de Conf.)

Este varón hizo todo lo que Dios le ordenó, y díjole éste : Entra á mi morada de descanso, por ue te he hallado justo ante mí entre todas las gentes.

Tan débil era la voz del ilustre enfermo, que se hacía preciso acercar mucho el oído para comprenderlo. Parecía

que tuviera concentrada toda su proverbial actividad en los ojos; brillaban éstos como dos estrellas y daban claros indicios de un alma encendida en fuego de divino amor. Aparecía la fuerza en la debilidad, y la vida en la muerte.

En la noche del día 6, viendo el padre superior que le había entrado un acceso de fiebre sobremanera alarmante, ordenó que llamaran al médico del colegio. Pero el santo enfermo aseguró que no era necesario, pues aun no había llegado el momento supremo, y recomendó á los padres y hermanos que rodeaban su cama que se acostaran. Obedecieron éstos, y tristes por la inevitable pérdida de tan santo miembro de la Compañía, se retiraron á los respectivos aposentos. El hermano González, ocupado en los quehaceres de la sacristía, no había podido ir á ver á Claver con los demás, pero era bien entendido que no se acostaría antes de hacer una visita al enfermo por quien tenía tanta predilección. Fué, pues, de último.

« Hermano, le dijo Claver, voy á darle este pequeño libro; tómelo antes que me lo quiten. »

Y le entregó un precioso manuscrito que contenía muchos y elevados pensamientos morales. González lo recibió y se lo llevó, pero creyendo que el buen padre viviría algún tiempo todavía. Tenía aquél una gran pena, porque el día siguiente debía comenzarse la demolición. Semejante idea lo afligía hasta el punto de quejarse tiernamente con la divina Providencia, porque permitía fuera sometido á esa prueba su venerable apóstol, después de cincuenta años de asiduo trabajo para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

En la mañana del día 7, el buen hermano fué temprano al cuarto del santo héroe. Ya los obreros habían comenzado el trabajo; los golpes de martillo podían ser oídos

por el delicado enfermo: se temía que la desagradable impresión precipitara su muerte... Pero Claver no debía ver aquella sensible destrucción. Dios se lo había revelado, y la divina revelación tenía que cumplirse... Cuando el hermano entró, encontró al buen padre ya sin movimiento. La serenidad del semblante, la conservación de las facciones, la calma de una dulce sonrisa estampada en sus labios, la expresión celestial que tomaba cuando se entregaba á la oración, hicieron creer que estaba absorto en éxtasis. Mas presto se convenció González de que Claver iba á abandonar la tierra. Avisó inmediatamente á la comunidad, y al cabo de pocos minutos se hallaban todos los padres al rededor de la cama del santo moribundo. El médico, que acababa de llegar en ese instante, aconsejó que se le administrara la extremaunción. Siguiendo el consejo del facultativo, el reverendo padre superior auxilió al buen padre con este último sacramento.

Ya no da el santo jesuíta señales de vida... sólo los débiles latidos del corazón indican que aun no ha espirado.

Los padres, los hermanos y unos pocos amigos de la casa que están presentes, se apresuran á recoger todos los objetos pertenecientes al admirable apóstol, para guardarlos como reliquias. ¡Ya era tiempo!

Al esparcirse la noticia de que el padre Claver estaba agonizando, como por encanto la puerta del colegio fué asaltada por la muchedumbre. ¡Todos los habitantes de Cartagena se dirigieron al colegio para ver una vez más al Santo! La muchedumbre iba aumentando cada instante. Temiéndose algún desorden, se cerró la puerta.

Hombres de Estado, altos personajes, santos religiosos, distinguidos eclesiásticos, confundidos entre innumerable pueblo, estaban aguardando que se les permitiera dar el

último adiós al moribundo. Los esclavos, esos hijos predilectos de Claver, gritaban :

« ¡Queremos ver á nuestro padre! ¡Queremos su bendición antes que se muera! Él nos pertenece, tenemos derecho de saludarlo por última vez. »

El superior hubiera deseado dejar entrar á las personas principales, al clero y á los empleados públicos; pero temiendo una invasión, mandó que se mantuvieran cerradas las puertas.

La muchedumbre crecía, los gritos se duplicaban, el descontento tomaba serias proporciones. Había peligro de que aquel tumulto se convirtiera en verdadero motín. El hermano portero manifestó al rector sus temores de que el pueblo echara abajo las puertas, pero éste confirmó su primera resolución.

La muchedumbre seguía creciendo, los últimos empujaban á los primeros. Los clamores : « Dejadnos ver á nuestro padre; queremos recoger su último suspiro », no cesaban. El reverendo padre rector, creyendo que tal aglomeración de personas en el cuarto del santo moribundo, podía serle molesta, se mostraba inexorable, no quería revocar su primitiva orden, no cedía.

Al fin la turba pierde la paciencia, se lanza contra la puerta y la abre violentamente. Así como las aguas de un impetuoso torrente, vencido el obstáculo de un dique que se les opone, rompen, destruyen é inundan, así aquella muchedumbre, superada la dificultad que la contenía, invadió precipitadamente el colegio. Todos se dirigieron de una vez á la cámara donde estaba Claver, todos aplicaban rosarios, medallas, estampas, pañuelos al cuerpo del Santo, le estampaban besos en la frente y en las manos, y se abandonaban al más triste llanto... Cada uno deseaba tener un recuerdo cualquiera del buen padre á quien ha-

bían amado y venerado tanto, y cogía lo que encontraba. Ya cortaban pedazos de la ropa, ya de la sotana. Aquella cámara fué literalmente saqueada.

¡Oh admirable espectáculo! ¡El santo apóstol en ese cuarto escueto, tendido en una vieja y pobre cama, tenía en movimiento toda una ciudad! ¡Conmovida estaba la nobleza, afligido el clero, consternado el pueblo! ¡Oh poder de la virtud! ¡Oh atractivo de la santidad!... En todas las calles de Cartagena exclamaban los niños y las mujeres desconsoladas: « Se muere el Santo, se muere el Santo! » y corrían al colegio, iban á postrarse ante el agonizante mártir, le besaban las manos y le suplicaban que rogara por ellos. Los negros le descubrían también los pies, se los besaban con un respeto y ternura indescriptibles, y se quejaban porque el buen padre iba á estar con Dios y no se los llevaba consigo.

Semejante concurrencia de todas las clases sociales duró hasta la noche. Quiso entonces el superior que se retirara, pero por más que recomendara, suplicara é insistiera, no pudo lograr su fin. ¡La población de Cartagena tenía un afecto demasiado intenso para con su insigne bienhechor, y sentía la necesidad de recoger su postrer suspiro! Algunos nobles, queriendo conservar la fisonomía de su director espiritual, llamaron á dos pintores para que lo retrataran.

Después de media noche se presentaron todos los síntomas de próxima muerte. El superior hizo la recomendación del alma, ceremonia que fué interrumpida frecuentemente por amargos sollozos. Al concluírse, estaban los presentes repitiendo los santos nombres de Jesús y María, cuando el padre Claver *entregó su bella alma á Dios.* Eran las dos de la madrugada del 8 de septiembre, fiesta de la natividad de la santísima Virgen, el año de 1654.

Tenía entonces el gran apóstol setenta y cuatro años, dos meses y catorce días de haber nacido, cincuenta y dos de haber entrado á la Compañía de Jesús, cuarenta de haberse entregado á la evangelización de los negros, treinta y ocho de haber sido elevado á la dignidad sacerdotal, y treinta y cuatro de haberse declarado por solemne voto siervo *de los etiopes para siempre.*

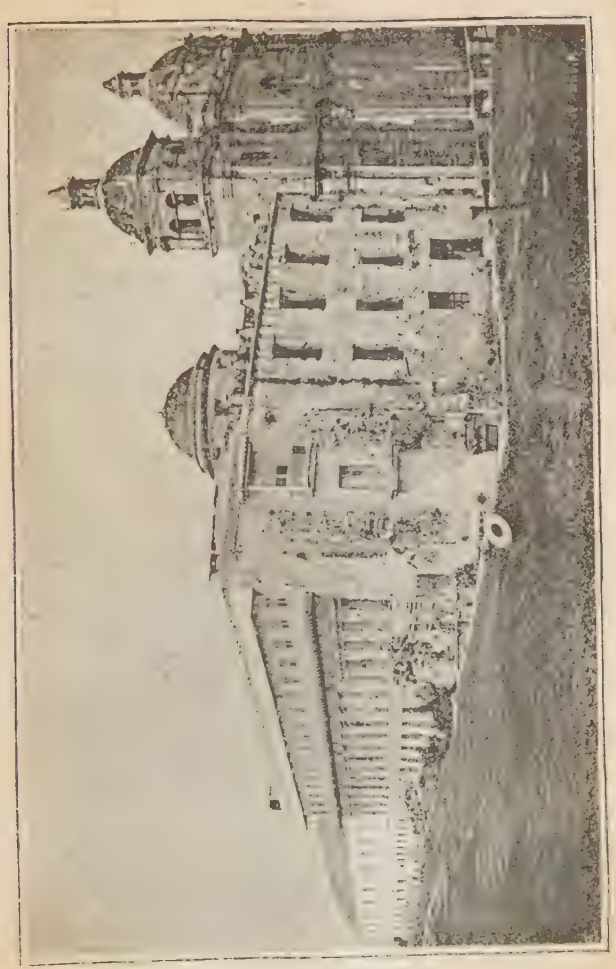
¡Llora, oh Cartagena, llora amargamente! sobrada razón tienes para afligirte. ¡La pérdida que has sufrido es irreparable por siglos enteros! ¡Ya no tendréis, oh nobles señores, al ángel de la paz, que os aconseje, que apacigüe vuestras iras, que os haga deponer vuestros odios, devuelva á vuestros hogares el inestimable bien de la concordia! ¡Ya no oiréis, oh estimables matronas, las suaves exhortaciones de vuestro padre! ¡ni se repetirán aquellas dulces reprensiones, que como benéfico bálsamo caían en vuestros corazones, especialmente en las horas de amargura espiritual, inundándolos de gozo! ¡Ya no hallaréis el paternal seno del gran apóstol en quien desahogar vuestros afanes y pesares! ¡Ya desapareció, oh viudas y pupilos, el enviado de la Providencia para vosotros; ya no besaréis aquella benéfica diestra que tantos favores os prodigaba; ya Claver no podrá enjugar vuestras lágrimas y proporcionaros los generosos socorros que tanto necesitáis! ¡Oh míseros esclavos, corred con fúnebres coronas á deplorar la inmensa calamidad que os ha tocado! ¡Ya no existe vuestro padre, maestro y protector! ¡No existe quien detenía la mano del amo que airado se lanzaba á descargar crueles golpes sobre vuestras carnes! ¡No existe, no, quien os instruía en las sublimes máximas católicas y os hacía suave el pesado yugo á que el nacimiento ó los reveses de la guerra os habían sometido! ¡No existe el que os aliviaba en vuestras pesadas cadenas, os asistía en vues-

tras enfermedades, os protegía en todas vuestras necesidades! ¡Entristézcanse también los infelices agobiados bajo el peso de las enfermedades, pues ya no verán renovarse los prodigios de abnegación que Claver obraba cotidianamente! ¡Llora, llora, Cartagena, pues en adelante no habrá quien inspire morales principios al inhumano musulmán que encierras en tus muros; no habrá quien ilumine con la antorcha de la fe las mentes extraviadas de los herejes y cismáticos que á tu puerta llegan; no habrá quien aleje del mal camino á aquellos de tus hijos que, alucinados por las engañadoras doctrinas del mundo, se entregan á escandalosa y desordenada vida!

Inmediatamente después de la muerte del santo apóstol, tomó su semblante un hermosísimo color de rosa que nunca había tenido en vida. También se desprendió de aquel sagrado cuerpo un suave y agradable olor, que causaba inmenso placer á los presentes. ¡Todos se arrodillaron en el acto en que el santo jesuíta dió el último suspiro, pero ninguno pensó en pedir por él: unánimes todos lo invocaron como santo!

Cuando se trató de ponerle los hábitos sacerdotales, fué una porfía de los más notables ciudadanos para tener la dicha de acercarse al venerado cadáver. Quitáronle lo que tenía puesto y se lo dividieron para formar reliquias. Cortáronle hasta el cabello para repartírselo.

La nobleza solicitó como favor poder contribuír á la pompa que la ciudad quería dar al entierro de su héroe. Diferentes personajes suplicaron al rector del colegio que les acordara la gracia de proporcionar el sarcófago que debía encerrar tan preciosos despojos; pero decidióse que semejante distinción tocaba á doña Isabel de Urbina, que siempre había conservado un sincero é invariable afecto á su santo director.



Lugar donde reposan los restos de San Pedro Claver y convento de los Jesuitas.

Jamás se vió tomar tanto empeño á toda una población para honrar á un hombre, como lo hubo en Cartagena con ocasión de la muerte de san Pedro. Jamás hubo tanta concurrencia, ni tan cordiales homenajes á un difunto ministro del altar, como entonces. El padre rector del colegio quedó tan satisfecho y admirado del entusiasmo de Cartagena en glorificar á Claver después de su muerte, que envió á Roma y á las principales casas de la Compañía una detallada y larga relación, la que felizmente se ha conservado y nos ofrece la oportunidad de reproducir aquí los mas importantes datos.

Apenas despuntó la aurora, el prior de los agustinos mandó tocar las campanas de su iglesia, y cerca de las ocho fué con toda la comunidad al colegio. Después de haber orado un instante en la cámara donde yacía el cadáver del santo padre Claver, bajaron los frailes á la iglesia y cantaron una misa solemne en sufragio del ilustre difunto.

La ciudad entera estaba sumamente conmovida; por las calles habia continuas oleadas de personas; unos corrian al colegio para ver una vez mas á su amado padre; otros, llorando, volvian después de haber cumplido con ese deber sagrado. De todos los puntos de Cartagena iban los afligidos habitantes á besar el cadáver del admirable apóstol. También se propagó rápidamente por los campos la noticia de la muerte del santo jesuita. Los aldeanos se dirigían en grupos á Cartagena. Los esclavos abandonaban el trabajo, pues querían ver de todos modos al buen padre, de quien habían recibido tantos y tan insignes beneficios. Besábanle los pies, ponían en contacto con el cadáver camándulas, medallas, libros y estampas, para tener siquiera algún objeto que hubiese recibido así la bendición de su buen padre.

Don Pedro de Zapata, gobernador de la ciudad, convocó á los magistrados y les propuso que en nombre y á costa del gobierno se hiciera al difunto el más espléndido entierro, á fin de darle de algún modo una prueba de su gratitud y veneración. Aprobóse unánimemente la proposición de don Pedro, y se enviaron dos comisionados al colegio para suplicar al reverendo padre superior que se difirieran las últimas ceremonias, que se colocara el cuerpo en la iglesia para satisfacer á la devoción pública, y se designara también un orador para una oración fúnebre en honor del apóstol de Cartagena. Accedió gustoso el rector á las súplicas de la comisión gubernativa y manifestó á los dignos magistrados su reconocimiento por los especiales honores que querían tributar á un miembro de la Compañía. Combinadas así todas las cosas, se invitó á las parroquias, á las comunidades religiosas, á los dignatarios, la marina, la nobleza y todos los cuerpos y órdenes existentes en la ciudad.

Doña Isabel de Urbina envió un ataúd de cedro, forrado de terciopelo y guarnecido de oro con exquisito gusto.

Don Pedro duque de Estrada, ofreció una riquísima araña, y algunas personas piadosas regalaron una preciosa palma ricamente adornada, en la que abundaban el oro y la plata, para colocar en la derecha del santo padre Claver como señal de las innumerables victorias obtenidas por él sobre el infierno. Todo el clero de la ciudad asistió á la conmovedora función del translado del cadáver. La primitiva intención fué bajarlo por la parte interior y llevarlo directamente del cuarto á la iglesia; pero como ésta estaba llena enteramente, y la muchedumbre que se hallaba en la plaza y calles vecinas no tenía esperanza de poder acercarse tan pronto al cadáver del buen padre, se resolvió hacer una pequeña procesión y llevar el cuerpo

por algunas calles. Hubo que obrar así, pára satisfacer muy justas exigencias. El alto clero y los magistrados lo recibieron en la puerta del templo. ¡Los venerados despojos eran conducidos por lo más escogido de la nobleza española! Depositados en el lugar destinado, comenzó una peregrinación que no cesó un instante hasta que el cadáver fué bajado al sepulcro.

Don Pedro duque de Estrada, á quien se había acordado el honor de poner la palma en la mano de su director y amigo, no pudo llegar á él sino á duras penas y después de haber trabajado una hora para abrirse paso en medio de la innumerable turba de gente. Al acercar don Pedro la palma, ábrese la mano del Santo, recibe el don y se cierra nuevamente por sí sola. Tan asombroso prodigio, hace postrar á todos los que rodean el abierto sarcófago exclamando: « ¡Milagro! ¡Milagro! » Pasada la conmoción causada por esa nueva maravilla, fué preciso hacer salir una parte de la concurrencia para poder recibir las corporaciones y comunidades que pensaban ir á rendir sus homenajes de veneración y dolor al popular héroe. El comendador de la orden de la Merced con sus religiosos fué el primero que se presentó á cumplir con esa obligación. El marqués de Montealegre, comandante de la flota, acompañado por la nobleza de la ciudad, tuvo la dicha de ser admitido en segundo lugar. Se sucedieron después las autoridades eclesiásticas, civiles y militares.

Todos se arrodillaban ante los preciosos restos del apóstol de Cartagena, y llorando le besaban las manos. No hubo clase social de la ciudad que no fuera á ver al *Santo*. ¡Se invocaba su nombre en alta voz con acento de profundo dolor!

Por la tarde tocó también su turno á los negros, á los pobres y al ínfimo pueblo. Persuadidos éstos de que el

buen padre les pertenecía á ellos, mucho más que á los ricos y á los grandes, consideraron el cadáver como su *propiedad* y se le echaron encima para besarlo y abrazarlo. También comenzaron á cortarle pedacitos del vestido para conservarlos como reliquia. Para evitar que lo despojaran enteramente fué necesario ocurrir á la fuerza. El gobernador envió un destacamento de tropa para impedir que se llevaran nuevas reliquias del apóstol y para proteger sus santos despojos de aquellos actos de amor groseramente ejecutados.

Conmovido el superior por tan tierna veneración de los predilectos hijos del Santo, mandó que se le quitaran el cáliz y la palma y se le dejaran caer los brazos á uno y otro lado para que fuera más fácil al pueblo besarlos sin tirarse sobre el cuerpo. Tan flexibles se habían conservado aquellos miembros, que no opusieron ninguna resistencia al doblarlos. Fácilmente, pues, se colocaron como el rector lo había dispuesto. Contentas las pobres gentes porque podían tocar y besar las manos de su *padre*, las inundaban de lágrimas, se las ponían sobre la cabeza y pedían una última bendición á quien tan frecuentemente los había bendecido en vida. Los enfermos le suplicaban en voz alta que los curara; todos le pedían que desde el Cielo les dirigiera una mirada de compasión y los protegiera como siempre lo había hecho en la tierra.

Los sollozos, las lágrimas de esos infelices hubieran enternecido al corazón más duro. ¿Cómo no se conmovería el tierno padre Claver allá en medio de los ángeles, en la mansión de los justos? Había acordado un insigne beneficio á don Pedro duque de Estrada, su íntimo amigo y cuñado de la buena doña Isabel de Urbina, abriendo la mano después de muerto, para demostrar cuán gratos le eran los regalos de esa cristiana familia. ¿Cómo no había

de dar á sus queridos negros, por quienes se había hecho *esclavo*, una prueba de que le eran gratas también sus demostraciones de afecto y sus actos de veneración? ¡Sí, el alma bendita del grande apóstol contempla desde el Cielo á sus hijos, oye los fervientes ruegos que le dirigen, y á los clamores: *Sed para siempre con nosotros el buen padre que fuisteis en vida*, no puede menos que invocar la Divina Omnipotencia y obtener de ella un nuevo prodigio! En efecto, un copioso sudor cubre el celestial semblante del difunto jesuíta y esparce en derredor suavísima fragancia...

Á una sola voz gritan los negros:

« ¡Viva el *buen padre*, también ha hecho un milagro para nosotros, también nos quiere demostrar la ternura de su amor! ¡El suda por nosotros! ¡Quiere que todos tengamos una memoria de él! ¡Se nos negaban sus reliquias, y él se encarga de proporcionárnoslas! ¡Nos prefiere, nos prefiere! ¡Bendito sea nuestro padre! »

Y así diciendo, enjugan con paños el venerando rosto, que continúa dando muestras del estupendo prodigio.

Los que no tenían paños, rompían sus pobres vestidos para recoger aquel precioso tesoro.

Ya se acercaba la noche, y la multitud en vez de disminuír aumentaba. Los jesuítas, que habían estado luchando todo el día contra ese torrente, se sentían sumamente fatigados: no tenían fuerzas, ni podían casi mantenerse en pie. Y sin embargo, era preciso continuar la lucha, pues la ciudad entera quería ver á su santo apóstol.

Los religiosos de San Agustín se ofrecieron á relevar á los jesuítas. El gobernador mandó un refuerzo para custodiar el cadáver é impedir que el pueblo se le acercara demasiado. La noche avanzaba, y se anunció á los fieles que

era menester salir para cerrar las puertas. Como se temía una insubordinada resistencia, determinóse cubrir el cuerpo, á fin de que la turba, no pudiendo ver ya al *Santo*, se retirara. ¡Mas cuando el pueblo vió traer el paño de terciopelo negro, elevó un grito universal de dolor! ¡Con ímpetu se lanzó contra la guardia, superó todos los obstáculos que se le oponían y descubrió al *buen padre!* ¡Hubo que ceder! La iglesia estuvo concurridísima toda la noche; las turbas declararon que no abandonarían á su amado *protector*.

« Él nos pertenece, repetían aquellas pobres gentes, nosotros perdemos más que los ricos. ¡Nos amaba tanto! ¡No lo dejaremos! »

Por más vigilancia que tuvieron las guardias y los religiosos, no pudieron impedir que el pueblo se llevara siempre algunos objetos. Se encendían grandes antorchas y se ponían ante los ojos de los que se acercaban al cuerpo á fin de contenerlos un poco; retrocedía por un instante la turba mas en seguida volvía al asalto con increíble perseverancia. Desaparecieron las medias y el bonete del santo jesuíta. Al día siguiente el tumulto fué más grande aún. Se sabía que el cadáver del *buen padre* sería enterrado temprano; apenas apuntó el alba, comenzó, pues, una verdadera procesión hacia la capilla. ¡Grandes y pequeños, ricos y pobres, sanos y enfermos, se dirigían allá donde tenían su *tesoro!* En breve la plaza y las calles inmediatas al templo se llenaron; ¡Cartagena estaba reunida en derredor de su héroe!

Á las siete cantaron una misa solemne los religiosos de San Juan de Dios, quienes debían tantos servicios al difunto. La función principal tuvo lugar á las nueve. Á los agustinos tocó el honor de oficiar. Asistieron á las exequias el gobernador y su secretario acompañados por los oficiales y todos los empleados de la ciudad. Bastante tra-

bajo les costó abrirse paso entre la concurrencia para entrar á la capilla y ocupar los puestos que les estaban preparados. Cuando llegaron delante de los venerandos despojos, se arrodillaron y acercáronse uno por uno á besar la mano del *Santo*. ¡Cuán bello, cuán edificante es ver al poder del mundo humillarse ante el de la virtud y dar muestras de su inmensa inferioridad!

La oración fúnebre fué pronunciada por un religioso mercedario, quien desarrolló con admirable maestría y verdadera elocuencia, el texto: *Qui credit in me etiam si mortuus fuerit, vivet* (el que cree en mí, vivirá aun después de muerto). Concluída la ceremonia, el clero y los más altos magistrados reclamaron el honor de cargar el cuerpo y llevarlo hasta la tumba abierta en la capilla del Cristo. ¡Solemne momento! Un grito general de dolor lanza el pueblo, y no bastando fuerza humana á contener estas afligidas almas, se precipitan los negros como furibunda ola sobre el cadáver de su padre. Casulla, estola, alba, sotana, fueron arrancadas, despedazadas y repartidas. Hasta los dedos de los pies querían cortarle.

Viendo la imposibilidad de contener á la turba, el buen hermano sacristán recurrió á una magnífica estratagema para impedir desórdenes. Corrió á tomar la almohada sobre la cual había reclinado el santo la cabeza al instante de expirar, hízola pedazos y salió por la puerta del colegio á la calle para distribuír esas reliquias. Apenas se apercibe la multitud, se le echa encima y casi lo sofoca. Oyendo los que estaban en la iglesia que afuera se distribuían recuerdos del buen padre, se apresuran á salir para alcanzar algo. Desocupado el templo en parte, abandona el buen hermano las reliquias, y para entretener á los que aun quedan en derredor del cadáver, sube al púlpito y tira las firmas de las papeletas de confesión que el reverendo pa-

MONSEÑOR EUGENIO BIFFI

OBISPO DE CARTAGENA

A QUIEN SE DEBE HABER RESTITUÍDO AL TEMPLO, EN DONDE ESTÁN LOS RESTOS DEL APÓSTOL DE LOS NEGROS, SU PRIMOROSO ESPLENDOR

dre rector había querido conservar contra la voluntad de Claver. ¡Feliz idea! Apíñanse todos debajo del púlpito para recoger aquellas preciosidades, y mientras tanto proceden los obreros á colocar los venerandos despojos en el muro del lado derecho de la capilla del Cristo. Fué sellada aquella tumba en presencia del gobernador, de los magistrados, de los oficiales y otros empleados del rey.

El séptimo día después de la muerte del admirable héroe de Cartagena, celebráronse solemnes exequias, especialmente á costa del católico gobierno de la ciudad. Don Pedro de Zapata quiso darles la mayor pompa posible, para honrar la memoria de un hombre tan benemérito de la religión y de la humanidad. Elevóse en el medio de la capilla un magnífico catafalco, trabajado con exquisito gusto artístico y embellecido con espléndidos paramentos. Se pusieron á la derecha las armas de la Compañía y á la izquierda las de Cartagena. El reverendo padre rector ofició, y un religioso agustino pronunció un bien elaborado elogio fúnebre. La orquesta de la catedral acompañó el canto.

No bastó sin embargo á don Pedro haber cumplido con su deber de magistrado; también sentía su corazón necesidad de dar muestras del cariño y afecto del sincero amigo. El noveno día después de la muerte de su amado padre, mandó hacer nuevamente pomposos funerales á su costa. Cantó la misa el vicario capitular de la diócesis, y el padre José Pacheco, agustino, predicó.

Los negros demostraron también el grande amor que profesaban á su *buen padre;* hicieron una colecta y recogieron más de lo necesario para rendirle los mayores honores. Para el día trigésimo de la muerte, invitaron al gobernador, á las autoridades y á la nobleza, y celebraron también con mucho brillo y esplendor nuevas exequias.

Hallábase entonces en Cartagena el canónigo tesorero de la diócesis de Popayán, quien había tenido grande amistad con el padre Claver y había tenido ocasión de conocer y admirar sus virtudes. Á él se dirigieron los hijos predilectos del *apóstol de los negros* para el discurso. No fué oración fúnebre la que el digno tesorero pronunció, sino un verdadero panegírico. Con elocuente dicción recordó los heroicos actos, la eminente santidad y los sorprendentes milagros del admirable apóstol de los negros. Tan fielmente representó sus méritos, que conmovió profundamente al auditorio y le arrancó abundantes lágrimas. No temiendo prevenir el juicio de la Iglesia, declaróle digno de los honores del altar. Nadie se atrevió á censurar al ardiente orador, ni observarle que había ido demasiado lejos, porque solamente á la Iglesia pertenece el derecho de proclamar la santidad de sus héroes.

No existía en Cartagena quien dudara de las sublimes virtudes de Claver. El pueblo parecía que quisiera adelantarse á la gran sentencia que después de más de dos siglos debía pronunciar la Iglesia por boca de su eminente jefe León XIII. ¡Cómo se revela la santidad!

CAPÍTULO XXXIII

Dios manifiesta la santidad de Claver por medio de numerosos milagros acontecidos después de su muerte.

1. *Postquam itaque sanctæ memoriæ Benedictus XIV, decreto lato octavo kalendas Oct. Anno MDCCXLVII, virtutes a* Venerabili Petro Claver *exercitas ad heroi citatis gradum pervenisse declaraverit, causæ hujus Po stulatores ad sanctitatem illius plenius comprobandam, quo Altarium honores assequi valeret, præter alia per-*

mnta signa a quibus perquirendis Delegati Judices abstinuerunt ex quadraginta in Processibus enumeratis, duo Miracula delegerunt, ut formiter ac de more probarentur.

(Ex Dec. Beat. et Can. ed. sexto kal. Sept. anno MDCCCL.)

Después que el papa Benedicto XIV de santa memoria declaró heroicas las virtudes ejercitadas por el venerable Pedro Claver, los postuladores de esta causa en la plena comprobación de su santidad para que pudiera conseguir el honor de los altares, fuera de muchos milagros que los jueces delegados se abstuvieron de examinar, entre cuarenta que están enumerados en los procesos, escogieron dos prodigios para que se aprobaran según las reglas y costumbres.

2. *Rite comprobatis virtutibus et miraculis fulgentem quum sanctæ memoriæ Summus Pontifex Pius IX, beatorum cœlitum honorum decorasset; placuit Deo servum suum novis illustrare prodigiis, ut ad Canonizationis honores in Ecclesia elevaretur.*

(Ex Dec. Can. edito kalendis Nov. anni MDCCCLXXXVII.)

Resplandeciendo por sus virtudes y milagros debidamente comprobados, tributóle los honores de los bienaventurados comprensores el sumo pontífice Pío IX, de santa memoria. Mas plugo á Dios enaltecer á su siervo con nuevos prodigios para que fuera elevado al honor de la canonización.

Las maravillas que en vida obraba el gran taumaturgo, no cesaron con su muerte. Entusiasmado el pueblo de Cartagena, continuó rodeando de veneración y respeto el sepulcro de su amado padre, de su decidido protector, de su benemérito bienhechor. Tan profundamente arraigada estaba en todos la convicción de que Claver era un santo, que se estableció una verdadera peregrinación á su tumba, para pedir gracias y favores. No había desdichado, no había infeliz que no ocurriera al buen padre para invocar consuelo y alivio en sus pesares y calamidades. Y Dios que ya había premiado en el Cielo los méritos de su fiel siervo con inmarcesible corona de gloria, quiso premiarlos con nueva y preciosa diadema en la tierra, confirmando por medio de estupendos milagros su gran santidad.

Nadie creía proceder imprudentemente en no aguardar la decisiva y autorizada voz de la Iglesia para rendir una especie de culto público al *santo apóstol de Cartagena*. Se encendían velas ante sus restos y con voz alta se imploraba su auxilio. Los enfermos que lo habían conocido exclamaban: « Santo padre Claver, no nos iremos de aquí hasta que vos nos curéis. Padre, acordaos del sacrosanto juramento que habéis hecho de servir á los míseros que sufren. Ahora podéis ayudarnos más que en vida, no nos abandonéis; cumplid con vuestra santa palabra. Echad sobre nosotros una mirada de compasión, rogad por nosotros. »

Muchos de esos infelices obtenían inmediatamente la gracia suspirada, y otros, aunque no tan presto, siempre la conseguían después de alguna insistencia.

Propagábase la noticia de los milagros y hacíase imposible impedir la devoción del pueblo. Ciertamente éste se hubiera sublevado contra toda autoridad que hubiera intentado oponerse á sus manifestaciones. Generalmente las masas no razonan mucho; más que con argumentos, se persuaden con hechos; y cuando tienen pruebas evidentes de una verdad, no es fácil disuadirlas. Y las pruebas de la santidad de Claver eran muchas... eran asombrosas... eran públicas...

El mismo día de su muerte, todos lo habían presenciado, el buen padre había abierto su diestra para recibir la palma, símbolo de sus virtudes... había derramado copiosísimo sudor...

Los habitantes de Cartagena no necesitaban más para rendir culto á su *santo padre*. Por otra parte, estos hechos portentosos no eran los únicos.

La señora Isabel de Betancourt tenía bastante tiempo de estar sufriendo de los ojos. Los médicos habían hecho

mil esfuerzos para aliviarla, pero al fin declararon que aquella oftalmía era incurable.

« Si sufriera menos, decía Isabel á la madre, iría á rezar al padre Claver mientras está expuesto: yo le pediría la curación, y estoy persuadida de que me oiría.

— Yo también lo creo, hija mía. ¿Por qué no haces un esfuerzo? Sepulta por un instante el dolor y ven conmigo á visitar al *Santo*. »

La hermana menor se mueve á la madre, y entrambas insisten con Isabel y la indican á ir á la iglesia. Con mucha pena y trabajo logra acercarse al cuerpo de Claver. Con viva fe se postra á sus pies, ruega con fervor por un instante, levántase, besa la mano, la toma y la pasa sobre sus ojos diciendo:

« ¡Santo padre! sanad á vuestra hija Isabel. »

Siente la niña suave frescura en los ojos, retira la santa mano y... ¡oh portento!... ¡desaparece el dolor!... ¡desaparece la enfermedad!... ¡ya la oftalmía no existe!

Bartolomé Sánchez estaba á la muerte. Su hermano desesperado, corre á buscar alguna reliquia de Claver para aplicársela y curarlo.

No consigue más que un arbusto de romero que había tocado el *buen padre*. La lleva á la casa, y al entrar al cuarto del enfermo dice:

« Bartolomé, con esto te curarás, es reliquia del santo apóstol Claver. »

Lo toma el moribundo y comienza á comer las hojas.

« No, hermanito, ¿qué hacés? Así te hará daño el remedio.

— El buen padre nunca ha causado daño á nadie; de esta manera sanaré, contesta el enfermo, y después de haber tragado las hojas, continúa: No sabían á romero, son dulces y agradables. »

Poco después se duerme Bartolomé, y al despertar se halla en perfecta salud.

Doña Luisa de Reina lanzaba gritos de desesperación; su hijita tenía una fiebre muy insistente, y todos los remedios que se empleaban para curarla eran inútiles. Afligida la pobre madre, toma á la criatura, la entrega á una esclava y le dice:

« ¡Llévala á la iglesia del colegio... que le recen los evangelios, que la bendigan... que me la sanen!... »

La esclava va directamente á la tumba de Claver, y:

« *Buen padre*, exclama, curad á esta niña para que su madre no se vuelva demente. »

El sacristán oye esta oración, se acerca á la devota esclava y le dice:

« Aguarda un instante, y la niñita será curada. »

Va á tomar el manteo del Santo y lo pone sobre la criatura. En el acto ésta revive, habla, juguetea y es restituída perfectamente buena á doña Luisa.

El señor don Vicente de Villalobos, primer comisario de Cartagena, amaba tan entrañablemente á su nieto Dominguito Betancourt, que lo había adoptado como hijo. Viéndole atacado por una violenta calentura, corre al colegio y pide una reliquia del padre Claver. El hermano sacristán se conmueve ante el dolor de un padre que llorando impetra un remedio para la curación de su hijo, y le entrega una estola que había servido en muchas ocasiones al Santo. Vuela don Vicente á la casa con el precioso tesoro y lo pone en contacto con el cuerpo de su nieto. ¡Oh maravilla!... Cesa la fiebre al instante, y el niño queda curado.

Una admiradora del grande apóstol llamada Agustina Talavera estaba sufriendo hacía algún tiempo agudos dolores. Un reumatismo descuidado, convertido en parálisis,

la había inutilizado completamente. Se aplicaba cuantos remedios le sugerían los facultativos, pero ninguno se mejoraba. Ocurrió al fin á su buen padre, con quien había tenido siempre mucha confianza. Le llevaba diariamente muchas piezas. Sentía inflarse su pecho, y á cada sobre su mano, pues creía que allí obtendría su doña la gracia de la curación. Se acordó una vez de un rosario que Claver le había dado poco antes de morir. Suplica á su servientá que se lo busque entre las prendas que tiene guardadas en un armario, y se lo pone al cuello.

¡Oh prodigio! El santo contacto de aquella reliquia del buen padre hizo pues recobrar la primitiva agilidad á los miembros de doña Agustina.

Una esclava de los Duques de Villena estaba sumamente enferma. Se manda al cobrizo á buscar un padre que la administre, pero ¡ó dolor! no permite que se le dé el santo Viático. El servidor lleva una reliquia del padre Claver y se la aplica á la enferma. Desaparece el mal como por encanto, la esclava se levanta y se entrega á sus ocupaciones ordinarias.

Don Simón de Anaya tenía una hija única, graciosísima criatura que daba fundadas esperanzas de un brillante porvenir. Dichosos se creían el buen don Simón y su consorte cuando contaban á la hermosa Teresita fabricaban sus castillos de futura dicha. Pero ¡ay! ¡no es en este valle de lágrimas donde puede uno encontrar felicidad! Todas las esperanzas de esos padres desvanecíanse pronto... ¡Teresita perdió la vista!... También se formó sobre la pupila una excrecencia, á la cual no se encontraba remedio. Sus ojos se hundían más y más... al fin se cerraron por entero. La criatura dulce y buena siempre, excitaba la mayor compasión.

Se presenta un día en la casa de don Simón una persona

devota del apóstol de las negros, toma á Teresita sobre las rodillas y le da unas velas diciéndole :

« Teresita, he aquí unas velas que tú misma llevarás al sepulcro del padre Claver, cuando éste te haya curado. Yo le pido constantemente que te cure los ojos, tus padres hacen lo mismo; veremos si se muestra insensible á las súplicas nuestras. ¡Yo estoy segura de que no!... »

Al paso que así hablaba la piadosa señora miraba á Teresita. ¡Qué sorpresa! Nota que se separan los párpados, se abren los ojos, y la pupila queda libre. La niñita exclama :

« ¡Estoy curada, veo claro, veo claro! »

Y llora de consuelo al reconocer á sus padres, que derramando también lágrimas, la acarician tiernamente. ¡Toda la familia está llena de júbilo!

« Presto, dice Teresita, presto, vamos á llevar las velas al sepulcro de Claver. Es el *buen padre* quien ha sanado mis ojos. Vamos á demostrarle toda nuestra gratitud. »

Y la niña, que desde hacía mucho tiempo no caminaba sino con lentitud y temor, anda, corre y brinca con la ligereza y prontitud propia de su edad.

Sabemos cuán grande era el celo del padre Claver por la conversión de los musulmanes; conocemos cuántos esfuerzos hacía para inspirarles el amor de Cristo; sabemos también cuántas victorias había obtenido durante su apostolado sobre los indolentes hijos de Mahoma. Pues bien, el único moro que obstinado y terco se había resistido siempre, debía ser su más espléndida conquista hecha desde el Cielo. Ahmed se creía invencible, y orgulloso se jactaba de ser el único entre los secuaces del Gran Profeta que había permanecido fiel á las patrias tradiciones, durante la vida de Claver. Insultaba á los otros que habían renegado de su fe para abrazar el cristianismo, y se esforzaba en desviarlos.

El día 30 de noviembre de 1856, dos años después de la muerte del buen padre, salió el hermano González de la iglesia del colegio en momentos en que pasaba Ahmed casualmente por allí. Por una súbita inspiración el buen hermano se dirige al bestiando musulmán:

« ¡Bien, Ahmed!

— Heme aquí, ¿qué quieres tú?

— Que te conviertas.

— Aun no es tiempo.

— Sí, siempre es tiempo para convertirse.

— Yo no quiero.

— No crees tú, pues, que la ley de los cristianos es mejor y más segura que la de Mahoma?

— La creo, pero no quiero someterme á ella.

— ¿Por qué?

— Es demasiado dura y penosa.

— Te engañas. ¿Cómo juzgas así, puesto que todavía no has hecho esfuerzos para practicarla? Haz la prueba y verás. Di simplemente que quieres, y todas las dificultades desaparecerán.

— ¡Jamás!...

— Extraño, mi querido Ahmed, que tú creas en nuestra religión y no quieras ser cristiano. Estoy convencido de que tú deseas convertirte. ¿Por qué, pues, resistes á la gracia?

— Porque soy hijo del Profeta, y al Profeta conservaré mi fidelidad.

— Bien, no quiero obligarte, solamente te suplico que repitas conmigo: *¡Jesus, iluminad mi espíritu, tocad mi corazón!*

— ¡Jamás! »

Y huyó Ahmed furibundo contra el celoso hermano González.

Al día siguiente, encuentra éste nuevamente al obstinado musulmán, lo lleva á la iglesia, hace que lo acompañe á la capilla del Cristo y le dice :

« ¡Aquí te convertirás !

— No, no, no quiero. »

Preséntale González una estampa que representa el infierno, y exclama :

« ¿Es posible que habiendo sufrido tanto ya en la esclavitud, quieras también padecer para siempre en el eterno tártaro ?

— Yo no quero ir, no.

— Abjura entonces la infame ley de Mahoma y abraza la religión de Jesucristo. »

Los que se hallaban en la capilla rodearon al momento á los que hablaban. Ahmed lleno de rabia al ver que era objeto de tanta curiosidad, en actitud amenazante da una terrible mirada al buen religioso é intenta escapar jurando no acercarse nunca á ese maldito cristiano. Pero éste lo detiene, lo lleva ante la tumba de Claver y con autoridad le dice :

« Ven, infeliz, ven. ¿No has conocido al padre Claver ? Sus despojos están aquí. ¿No recuerdas á cuántos ha convertido, más obstinados que tú ? ¡Mira su tumba sagrada ! Todos los enfermos que á él piden salud, aquí la obtienen. Los milagros que por su intercesión obra nuestro Dios son incesantes. ¿Cuáles son los portentos que Mahoma ha hecho ? Cítame las curaciones que por sus méritos se verifican. Á pesar de estar muerto, el padre Claver puede convertirte. Pídele luz. Veamos, estás vencido ; dí conmigo : *Buen padre, ilumina mi pobre mente, da fuerza á mi débil corazón.* »

El momento solemne de dominar aquel espíritu rebelde había llegado para Claver. Ahmed profiere las pala-

bras que González le sugiere, las repite, y de repente sintiéndose cambiado exclama :

« Dios mío, yo quiero ser cristiano, lo quiero con todo mi corazón. »

Entonces el hermano le presenta una cruz. Ahmed la adora humildemente, la besa con respeto, la estrecha á su pecho y dice :

« Quiero ser cristiano, lo quiero sinceramente. »

Todos exclaman : « ¡Milagro del padre Claver ! »

Pocos instantes después Ahmed se postra ante la tumba del santo apóstol de Cartagena, derrama copiosas lágrimas y así ruega :

« ¡Santo padre Claver, perdonadme, rogad por mí ! Reconozco al fin cuán verdadera es la religión de aquel Dios que con tanto celo predicasteis y amasteis ; por vuestros méritos me libró el Señor de la ceguera en que vivía. ¡Gracias infinitas os doy, oh santo padre ! Para siempre renuncio á la infame ley del lascivo Mahoma. Dispuesto estoy á derramar mi sangre por Jesús. Asistidme, padre, llevad á cabo la obra de mi salvación. »

Y al concluír esta plegaria en presencia de la turba que había aumentado considerablemente, rezó el símbolo de los apóstoles y pidió con instancias el santo bautismo.

Ahmed conocía los dogmas católicos hacía mucho tiempo ; bien comprendía á qué se obligaba abrazando la religión de Cristo. Quiso sin embargo el padre superior que el hermano González se asegurara mejor del grado de instrucción que el moro tenía, y se encargara de darle la que le faltara. Ahmed permaneció algunos días en el colegio para prepararse á recibir dignamente el sacramento que solicitaba. Solemnísima fué la ceremonia de su abjuración, que tuvo lugar en la catedral. Asistieron el rector y los demás padres del colegio ; también intervinieron

algunos teólogos distinguidos enviados por la autoridad eclesiástica. Ante todo, renovó Ahmed su renuncia absoluta á las doctrinas del Profeta, en seguida hizo una solemne profesión de fe católica, y fué regenerado al fin por las aguas bautismales.

El hermano González le preguntó después qué buena acción había hecho durante su vida que le hubiese merecido la gracia de la conversión.

« Querido hermano, contestóle el neófito, ninguna. He sido siempre acérrimo enemigo de la religión católica, hasta el momento en que usted me condujo al sepulcro del padre Claver. Recuerdo solamente que todas las semanas llevaba yo una pequeña limosna á los pobres de San Lázaro. Quizá el buen padre que tanto amaba ese hospital, rogó por mí y me consiguió este privilegiado favor. »

Imposible sería citar todos los milagros reconocidos, atestiguados y jurídicamente comprobados, que por intercesión del padre Claver se han obtenido. Los devotos peregrinos que frecuentemente iban á orar sobre su tumba, presenciaron un sinnúmero. Ora eran conversiones de obstinados pecadores, ora ciegos que veían, ora cojos que soltaban sus miembros contrahechos, ora muertos resucitados. Todos los días se verificaban nuevos prodigios. Continuaba el apóstol protegiendo desde el Cielo á sus queridos hijos, manifestando empero predilección siempre para con los pobres y los negros.

Como entre todos los milagros que obró Dios para exaltación de los méritos del *esclavo de los esclavos*, al tratarse de su beatificación, la sagrada Congregación de ritos escogió los dos siguientes para examinarlos y discutirlos, según las tradicionales reglas, pensamos hacer cosa grata á nuestros lectores reproduciendo fielmente la narración sacada de los procesos auténticos.

Don Sebastián de la Torre, hombre muy religioso y recto, tenía una preciosa niña de cuatro años, á quien idolatraba. Siempre es preciso moderar el excesivo apego á lo que no es Bien Eterno é Infinito; por esto el Todopoderoso visita á veces á sus almas amantes y fieles con la desgracia, á fin de que se persuadan de que las afecciones, aunque impuestas por leyes de naturaleza, si son desordenadas, siempre son viciosas. La alegre y linda María contrajo una gravísima enfermedad. Habiendo decidido los médicos que era indispensable una sangría, se llamó á un cirujano para que hiciera la operación. Pero éste, ya por poca pericia, ya por falta de cuidado, cortó inadvertidamente una arteria. Al retirar la lanceta salió con ímpetu por la herida un chorro de sangre que en breve hizo caer á la chica desfallecida. Se ocurrió á todos los medios para pararle la sangre, hasta que al fin vendando estrechamente el brazo, se logró suspender la hemorragía. Pero al día siguiente, examinan los facultativos la herida y notan una mancha negra que les da claros indicios de un incipiente tumor. Don Sebastián, dispuesto á cualquier sacrificio antes que perder á su querida hija, llama á los más doctos y afamados médicos de la ciudad para una consulta. Después de haber examinado escrupulosamente á María, decidieron todos aquellos discípulos de Hipócrates que era preciso cortar el brazo para salvar la vida á la niña. ¡Tal veredicto transpasó como aguda espada el afligido corazón del padre!

Perdida toda esperanza de parte de los hombres, ocurre con confianza á Dios el desdichado don Sebastián. Eleva fervorosas plegarias á varios santos, hace peregrinaciones á distintos santuarios é imágenes milagrosas, pero no obtiene la gracia suspirada. Quería el Señor concederla solamente por intercesión de san Pedro. Quería que la

asombrosa curación fuera atribuída á los méritos y virtudes del gran taumaturgo de Cartagena.

Agravábase cada día el terrible mal. Agudísimos dolores arrancaban continuos quejidos á la pobre chicuela. La ciencia se declaraba impotente para aliviarlos. ¿Qué hacer? Unos amigos aconsejan á don Sebastián que la lleve al sepulcro de Claver. En el acto sigue la acertada indicación. Dos veces conduce á la niña á aquella venerada tumba, y dos veces póstrase á rogar fervorosamente. María sentía una pequeña mejoría, pero no se curaba. Insiste el buen don Sebastián, ora con mayor fe y confianza, manda celebrar algunas misas, y vuelve por tercera vez al portentoso lugar que cual probática piscina estaba siempre rodeado de un sinnúmero de enfermos, deseosos de recobrar allí la salud perdida. Los dolores de María se hacen más intensos al entrar al templo. Llora desesperadamente la pobre y lanza lastimosos gritos. Cuando la exhortan á tender el brazo para tocar la lápida que cubre el sepulcro del buen padre, entra en sospechas y cree que van á cortárselo; se resiste, se retuerce y ensordece con sus clamores. Asegurada por el padre de que nada se le hará, presenta finalmente el brazo y lo coloca sobre la tumba, al paso que don Sebastián se lo cubría con una estola del Santo. ¡Oh maravilla! La niña empieza á reírse y á juguetear. ¡Está curada sin duda! Desapareció absolutamente el dolor, y al descubrir el brazo no se halló ningún rastro del terrible tumor. Estupefactos quedaron todos los que presenciaron tan gran prodigio, y rindieron las más humildes y afectuosas gracias á san Pedro. Don Sebastián volvió á su casa alabando y exaltando al Señor que siempre es admirable en sus santos.

El segundo milagro que la Congregación aprobó en los procesos de la beatificación de Claver, aconteció en 1718,

sesenta y cinco años después de su muerte, y es más asombroso aún.

Juan de Arnedo, natural de esta ciudad, teniendo urgentes negocios que reclamaban su presencia en Panamá, se había visto obligado á partir dejando á la esposa de tres meses de embarazo. Despachados pronto y con muy feliz éxito sus asuntos, volvió inmediatamente á Cartagena. Los amigos fueron á visitarlo y á darle los parabienes. En medio de la alegría que experimentaban esos buenos camaradas, dióse comienzo á un baile. Doña Micaela, esposa de Arnedo, joven aún, quiso también tomar parte en aquella diversión, retirándose solamente cuando se sintió sumamente cansada. Á error añadiendo error y á imprudencia imprudencia, empapada en sudor salió á tomar el fresco. Largo rato permaneció en un elevado balcón gozando de la agradable sensación que la brisa le causaba, pero no advertía la pobre el peligro á que se exponía. Al acostarse fué sobrecogida por un violento ataque que puso en peligro su existencia. Relajáronse interiormente los músculos, y poco á poco fué hinchándose desproporcionadamente. Los terribles síntomas que los médicos notaron revelaban diferentes enfermedades y todas mortales.

Crueles eran los dolores, frecuentes los delirios, el aliento y los humores pestilentes. El feto no daba señal alguna de vida; antes al voltearse la madre, ora sobre el costado derecho, ora sobre el izquierdo, lo sentía caer como frío é inmóvil plomo. Consternado don Sebastián, llamó al doctor Luzuriaga, protomédico del hospital de San Sebastián y muy entendido en su profesión, para que en asocio de los demás facultativos decidiera qué podía hacerse para conservar la vida de la esposa, ya que no era posible salvar la criatura. Después de haber reconocido el inteligente protomédico que el feto no solamente estaba sin vida sino ata-

cado ya por la gangrena, resolvió que era preciso extraerlo á pedazos del cuerpo de la madre. Pero dispuesta doña Micaela á morir antes que someterse á la dolorosa operación, mandó llamar á un sacerdote; muy compungida hizo una santa confesión, recibió los demás sacramentos, y resignada se preparó á entrar en la eternidad. Estando la enferma en el extremo, presentóse el doctor Juan de León, médico ordinario de la casa. Era éste muy piadoso y tenía especial devoción por el *buen padre*. Viendo que se habían agotado los humanos medios, pensó ocurrir al Cielo. Haciendo la señal de la cruz sobre la enferma, exclamó :

« Oh venerable Pedro Claver, haced en favor de esta señora un milagro como los muchos que habéis obrado, y auméntese así el número de los portentos que os *merezcan la aureola de bienaventurado.* »

Despertaron gran confianza en los circunstantes estas palabras; pero sobre todo en la enferma, quien pidió una imagen de Claver.

Apresuróse don Juan á conseguirla, y se la llevó inmediatamente á la enferma. Apenas ésta la vió, alegróse sobremanera, la besó afectuosamente y la estrechó contra su pecho, implorando con ardiente fe el auxilio del siervo de Dios. Desahogado su afecto así, hízola colocar en la pared del frente, de modo que siempre pudiera contemplarla. El día siguiente por la mañana volvió el protomédico Luzuriaga en la persuasión de encontrar ya muerta á la paciente. Pero ¡cuán sorprendido quedó al verla serena y alegre! ¡Habían cesado los espasmos, los fatales síntomas habían desaparecido! No creyéndose á sí mismo, quiso examinarla. La encontró perfectamente sana.

« ¿Qué es esto? exclamó lleno de asombro, ¿qué mano soberana ha restituído á esta señora la salud?

— La del *santo padre Claver*, contestó Micaela. Sí, á

ese caritativo y benemérito hijo de Ignacio debo la insigne gracia. Ya no siento indisposición alguna. »

Todavía el médico estaba preocupado por la infeliz criatura que la señora llevaba en su seno, y manifestó sus serios temores de que la gangrena ya comenzada en el feto, pusiera en nuevo peligro á la buena señora.

« Pierda cuidado, le dijo Micaela, los santos no hacen las cosas á medias: así como Claver me ha curado á mí gravemente enferma, así también ha dado vida á mi hijo, muerto antes de ver la luz del día. Ya no lo siento pesado é inmóvil como antes: espero por los méritos de mi gran protector, que se salve y viva.

— Será un nuevo milagro del padre Claver », repuso el médico.

Levantóse la señora y se entregó á sus quehaceres familiares como si no hubiera estado nunca enferma. Sin embargo, todos dudaban siempre de que la criatura estuviera viva. Pero Micaela gozó siempre de una salud envidiable, y el día 30 de noviembre, sin la más pequeña novedad dió á luz un graciosísimo niño, que no solamente estaba vivo, sino muy robusto, fuerte y sano. Mas semejante maravilla fué seguida por otra no menos sorprendente, pues era tanta la semejanza que entre el recién nacido y la imagen del siervo de Dios había, que las *facciones del un semblante no se distinguian de las del otro*, como afirmó doña Micaela en su deposición jurada ante la curia eclesiástica.

Pronto se esparció por toda la ciudad la noticia del fausto acontecimiento, y el pueblo llamó al chiquillo *el niño del milagro*. Fué bautizado con gran pompa y se le puso el nombre de *Pedro Claver*. Demostró Dios que á exaltación y gloria de su heroico santo había obrado semejante prodigio, pero celoso de la salvación eterna de aque-

lla alma inocente, no consintió en dejarla expuesta á los peligros del mundo, y algunos días después de su nacimiento se la llevó al Cielo, como cosa que le pertenecía.

Don Juan de León había pedido á Claver un milagro *que aumentara el número de los que debían coronarle con la aureola de bienaventurado*, y la Providencia divina dispuso que en los procesos para su beatificación escogieran éste precisamente para discutirlo los promotores de la causa, y que éste precisamente fuera aprobado por el gran Pío IX.

Á los portentos referidos hay que añadir otros dos no menos asombrosos, que acaban de ser autenticados por su santidad León XIII, felizmente reinante, con ocasión de la solemne ceremonia de la canonización.

El día 1.º de noviembre del año de 1887, fiesta de todos los santos, el augusto pontífice después de haber inmolado la hostia sagrada é implorado humildemente las luces del Espíritu Santo, reunió en la sala más notable del palacio Vaticano á los eminentísimos cardenales, el prefecto de la sagrada Congregación de ritos y el relator de la causa, y declaró por solemne decreto que *constan los dos siguientes milagros obrados por Dios, merced á la intercesión de san Pedro Claver.*

Bárbara Dressen, nacida en Tréveris el año de 1779, había tenido que dejar la Europa para acompañar á su marido que se había propuesto ir en busca de mejor fortuna á los Estados Unidos de América. Después de algún tiempo perdió al esposo y fijó su morada en Milwaukee. Aprovechando en parte los ahorros que el marido había hecho durante los años de su estadía en América, y ayudándose también con su trabajo, pudo llevar honestamente la vida hasta la edad de setenta años, sin haber tenido nunca la más pequeña enfermedad. Cierto día notó un

punto colorado en la mejilla derecha, que le causaba alguna molestia, pero no se ocupó de hacerse remedios suponiendo que aquello era una cosa pasajera. Mas en corto tiempo apareció una *verruga* ó pequeña excrecencia cutánea de forma redonda, que fué aumentando insensiblemente hasta llegar al tamaño de un *peso*, como está dicho en los expedientes del proceso. Comenzaba Bárbara á experimentar un dolor constante, y temerosa de que el mal fuera progresando, pues la verruga tomaba cierto color extraño, resolvió consultar á los facultativos. Presentóse pues al doctor Báyer, en cuya farmacia estaba sirviendo, y le suplicó que le hiciera un severo y diligente examen. La visitó con mucho esmero aquel inteligente médico, y sin ambajes le dijo que se trataba de un cáncer, enfermedad incurable que la llevaría sin duda al sepulcro.

Gran estimación tenía la buena señora por el doctor Báyer; por consiguiente consideró sus palabras como irrevocable sentencia de muerte dictada por la ciencia. Perdida, pues, toda esperanza de curarse con remedios terrenales, puso toda su confianza en Dios. Y por cierto no confió en vano. Cabalmente en esos días había llegado á Milwaukee el abnegado padre Francisco Javier Weníngeр, de la Compañía de Jesús, para dar misiones. Era éste sumamente devoto de Claver, y doquiera iba á predicar, se esforzaba en propagar el culto á nuestro santo. Muchas gracias había alcanzado ya del Cielo, merced á la intercesión del apóstol de Cartagena.

Bárbara era mujer piadosa y adicta á la santa religión católica que profesaba. Ocurrió, pues, al padre Weníngeр llena de esperanza, y le rogó con insistencia que le obtuviera de Dios, merced á la aplicación de una reliquia de san Pedro, la perfecta curación de su mal, ó un alivio por lo menos. El padre accedió á los ruegos de la infeliz

Dressen, la bendijo, puso la reliquia de Claver en contacto con la parte enferma, y la exhortó á poner toda su confianza en los méritos del Santo, sugiriéndole unas preces en honor de éste para que las rezara todos los días.

La buena señora practicó con mucha escrupulosidad el consejo del padre Weníngeр, y durante tres años fué mejorando continuamente de su mal. Ya tenía casi la esperanza de verse curada radicalmente, cuando Dios dispuso que apareciera de una manera más evidente la obra admirable de sus manos, para glorificar á su gran siervo Claver. En efecto, aunque continuaba Bárbara elevando férvidas plegarias á san Pedro, como se lo había indicado el padre Weníngeр, y como lo había estado practicando hasta entonces, echó de ver sin embargo que el cáncer, lejos de desaparecer, se manifestaba en toda su malignidad. La verruga se transformó en úlcera y comenzó á emitir bastante materia. Consolidándose ésta sobre la mejilla, formaba una escabrosidad, que despegándose de cuando en cuando, daba lugar á la formación de una segunda y de una tercera, sucediéndose las unas á las otras con crueles dolores. La pobre Bárbara sufría grandemente, y la impresión del aire ó el más leve contacto con la mejilla hacían insoportables los dolores. Con el tiempo aumentaba la ulceración y con ésta los espasmos de la paciente que excitaba la compasión de todos los que la veían.

Entre tanto el doctor Báyer, que desde el principio había examinado la enfermedad de la señora Dressen, y la había juzgado incurable, viendo los progresos que el mal hacía se esforzaba en aplicarle remedios que la aliviaran. Y no conformándose con las atenciones que le prodigaba, quiso asociarse á otro médico para proceder con mayor tino y certidumbre en la curación emprendida. Confirmó éste el parecer del doctor Báyer, y después de haber observado

muy detenidamente la úlcera de Bárbara, en presencia de muchos testigos declaró que se trataba de un *cáncer incurable*, ya por su índole maligna, ya por su progresiva extensión, ya por la avanzada edad de la señora.

Semejantes juicios de los médicos no afectaron sin embargo á la piadosa mujer, pues todavía estaba viva en su corazón la esperanza de verse curada por la intercesión de san Pedro Claver.

Dios, viendo en ella tanta fortaleza y resignación, unidas á tan grande fe, quiso recompensarla obrando un insigne milagro para darle perfecta salud.

He aquí de qué manera :

Ya habían transcurrido diez años desde que se le había presentado la pequeña verruga, principio de la terrible enfermedad, y durante ese largo espacio de tiempo la infeliz mujer sólo había tenido algun alivio después de haber recibido la bendición dada por el padre Weninger con la reliquia de san Pedro. Los remedios humanos, lejos de mitigar los dolores, los exacerbaban.

En el año de 1861 se anunció en la iglesia principal de Milwaukee la llegada del padre Weninger para dar misiones. Es imposible describir el contento de la buena Bárbara Dressen al oír semejante anuncio. Despertóse en su alma una insólita confianza en los méritos de san Pedro Claver, y casi cierta de obtener la gracia de la curación, haciendo lo que el padre Weninger le mandara, aguardaba ansiosamente su llegada. Apenas supo, pues, que éste se hallaba en Milwaukee, y que estaba alojado en la residencia de los padres de la Compañía, cerca de la iglesia de San Galo, llena de júbilo fué á visitarlo.

Le expuso la decenal historia de sus padecimientos, le refirió la mejoría experimentada durante los tres años después de haber sido bendecida con la reliquia del apóstol

de los negros, y la exacerbación del mal sobrevenida repentinamente en seguida, y concluyó diciendo :

« *Sólo el Santo puede ayudarme.* Yo tengo puesta toda mi confianza en él. Usted, padre, tome interés en que Claver me conceda la gracia. »

Y de una vez se arrodilló aguardando con vivísima fe que el padre Weninger la bendijera con las preciosas reliquias que siempre llevaba consigo, como lo había hecho la primera vez.

Lleno éste de caridad y compasión para con la pobre señora, sacó la reliquia del Santo, aplicóla primero á la mejilla derecha, precisamente en el lugar del cáncer, después bendijo también la frente y la mejilla izquierda, exhortando á Bárbara á que confiara en los méritos de san Pedro y que le suplicara con más fervorosas preces.

¡Admirable acontecimiento !... En el mismo instante en que se le aplicó la reliquia, cesó el dolor que molestaba incesantemente á la señora. Ésta se levantó radiante de júbilo creyéndose curada, dió las más expresivas gracias al padre y se retiró. Cuando se vió expuesta al aire libre, se persuadió de que había sanado perfectamente, pues no sintió la menor impresión á pesar de la fuerte brisa que soplaba. La misma infortunada mujer narra lo acontecido de la manera siguiente :

« Cuando salí afuera, no noté dolor ninguno ; el viento no me causaba la más pequeña molestia, al paso que antes al más ligero soplo veía una luz como de relámpago brillar delante de mis ojos, y sentía un dolor vehemente ; parecíame que se despegaban de mi rostro unas pequeñas escamas que desaparecían con el suave soplo de la brisa. Volví alegre á casa y en el camino perdí las últimas escamas. Desde aquel día siempre me he hallado bien, y no he notado rastro alguno del antiguo mal. »

Así depuso Bárbara Dressen, infinitamente agradecida por la gracia recibida de san Pedro Claver.

Tuvo lugar semejante portento en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo, el año de 1861, contando Bárbara ochenta y tres años de edad.

El asombro fué universal en todos los que la habían conocido. Y no por poco tiempo duró la gracia, sino continuó por largos años. En efecto, llamada Bárbara después de cinco años para ser sometida á un examen, se vió claramente por los jueces nombrados para el proceso canónico, que el morbo expelido una vez por virtud divina, no había osado volver más.

El otro milagro obrado por intercesión de nuestro santo, que mereció la aprobación de la Iglesia, después de severas y largas investigaciones, aconteció también en los Estados Unidos de América, en beneficio de un pobre obrero.

Ignacio Strécker, alemán, siguiendo la antigua costumbre de sus compatriotas, se transladó á América el año de 1853, llevando consigo á su esposa y á la única hija que tenía. Su objeto era buscar trabajo con que proporcionarse para sí y los suyos algunos recursos para pasar más desahogadamente la vida. Escogió, pues, la ciudad de San Luis para establecer allí su residencia. Al principio el cambio de temperatura no le convenía, pero poco á poco se acostumbró á ese clima, y aunque de constitución débil, llegó á la edad de cuarenta y cuatro años sin contraer grave enfermedad.

Estaba Ignacio empleado en una fábrica de jabón, en la cual ganaba el sustento para sí y su familia. Á fines del año setenta y uno, por uno de esos descuidos involuntarios que se tienen en el trabajo, se golpeó fuertemente el pecho contra un hierro un tanto agudo. La parte ofendida

fué principalmente el esternón, y aunque no se notaba una gran herida, sin embargo, el dolor y la hinchazón que siguió inmediatamente, eran claros indicios de grave lesión. Como sucede siempre, al principio juzgó el artesano su enfermedad mucho menos peligrosa de lo que era en realidad. Pero cuando notó á los dos meses que iba aumentando cada día el tumor que le había salido en el pecho, sin haber podido extraer nunca sus malignos humores, resolvió, de acuerdo con la esposa, ocurrir á los remedios del arte quirúrgico, y sin demora fué á consultar al médico José Héitzig. Conoció esté inmediatamente la gravedad del morbo; prescribió primero algunas aplicaciones exteriores, y pocos días después comenzó á trabajar con el hierro. Vió el médico que el esternón estaba ya afectado por el caries y mandó al enfermo que se pusiera emolientes sobre la parte ofendida, y que purificara también interiormente el tumor por medio de inyecciones.

Contra las esperanzas del doctor Héitzig, los remedios no dieron resultado alguno; antes la enfermedad se agravó bastante. La sangre se iba empobreciendo cada día, una terrible tos acompañada por abundante expectoración debilitaba más y más el organismo; el pobre Ignacio enflaquecía lentamente. La tos, que había sido juzgada reumática, degeneró en otra de carácter más serio, como se vió por la secreción purulenta. La respiración se hizo afanosa, y de cuando en cuando se presentaba la fiebre. Ignacio no solamente tenía que abstenerse de toda clase de trabajo, sino que se veía también obligado á guardar cama por semanas enteras, decayendo así continuamente, ya por el constante sudar de día y de noche, ya por no poder reparar las pérdidas físicas con las funciones de la nutrición, pues le repugnaba toda clase de alimento.

Después de nueve meses que el doctor Héitzig había tra-

bajado inútilmente para aliviar al enfermo, desesperó de su curación, y temiendo que la muerte estuviera próxima, quiso asociarse á otro médico para no cargar solo con la responsabilidad. Indicó á Ignacio que era preciso consultar á otro facultativo, y le sugirió al doctor Guillermo Schœnemann, quien por su ciencia y experiencia era considerado el primero del país. Ignacio aceptó el consejo del médico, y mandó llamar á Schœnemann. Apenas vió éste al enfermo, confirmó la gravedad del mal y no omitió esfuerzo para contener el caries que hacía rápidos progresos; pero á pesar de su reconocida habilidad no tuvo éxito feliz, pues ni pudo mitigar los terribles dolores del paciente ni contener la gran cantidad de humores que salían de la úlcera.

Entre tanto, la misera condición de Strécker, que bajo la dirección del doctor Héitzig había empeorado siempre, llegó al extremo con el régimen del doctor Schœnemann, pues continuando con obstinación el caries del esternón y de tres costillas, á las cuales se había extendido, tenían que aumentar, como en efecto sucedió, la anemia, la fiebre, la tos, el afán, el catarro, los sudores nocturnos y la aversión al alimento. El pobre Ignacio tenía un aspecto cadavérico. El doctor Schœnemann lo declaró incurable y lo abandonó. En la última visita le dijo claramente que se preparara á entrar en la eternidad, pues no le aseguraba dos semanas de vida.

Toda esperanza, pues, estaba perdida. Un día la esposa, que era mujer de mucha piedad, al volver del templo de San José, manifestó al marido que el padre Weninger había exaltado en un discurso el poderosísimo patrocinio de san Pedro Claver, exhortando á los fieles á ocurrir á él con viva fe. Añadió la religiosa mujer que el padre traía consigo preciosas reliquias del apóstol de las Indias, y

obraba con ellas muchas maravillas. Por lo tanto le aconsejó que se dirigiera á tan ínclito intercesor, é intentase ir á la iglesia de San José para suplicar al padre Weninger que le aplicara las portentosas reliquias. Nunca había oído hablar el enfermo de la importante intercesión de Claver, y tal vez ignoraba aun el nombre de ese santo. Sin embargo, siguió el consejo de la esposa y comenzó á implorar con férvidas preces el auxilio de *san Pedro.* Y como ya por natural deseo, ya por necesidad imperiosa de trabajar á fin de proveer al sustento de la familia, no anhelaba sino recuperar la propia salud, al día siguiente, sin demora, hizo un supremo esfuerzo, recogió todas las fuerzas que aun le quedaban, y ayudado por la esposa se arrastró como pudo hasta la iglesia de San José. Encontró al padre Weninger, que precisamente en ese momento estaba rodeado por una muchedumbre de enfermos deseosos de ser bendecidos y tocados con la reliquia de san Pedro. Semejante espectáculo aumentó la confianza en el corazón de Ignacio. Él tambien se unió á los otros enfermos, y se presentó para recibir la bendición.

El padre Weninger, que estaba lleno de caridad paternal para con todos, acercó la reliquia de Claver igualmente á la cabeza de Ignacio y se la presentó para besarla.

Apenas fué colocada la reliquia sobre la cabeza del enfermo, se produjo en éste un admirable efecto, tanto espiritual como materialmente. El alma de Ignacio se encendió en puro amor para con el Santo, y la esperanza de alcanzar la salud corporal por sus méritos se despertó con extraordinaria vehemencia. Como por encanto, tan agradable impresión del alma fué seguida por la instantánea curación del cuerpo. Cesó en el acto la supuración de la úlcera, y el dolor que antes era vivísimo desapareció por completo. El caries ya no existía. Cicatrizada la llaga y

curada perfectamente la enfermedad del esternón y de las tres costillas, todos los demás síntomas que revelaban una tisis avanzada, desaparecieron también. Al día siguiente, Ignacio, recuperado ya el primitivo vigor, se entregaba á sus trabajos ordinarios.

Fácil es imaginar cuánto asombro causó la curación de Ignacio en todos los que le conocían. El doctor Schonemann, que después de haberlo asistido por largo tiempo lo había abandonado, quedó sorprendido al verlo perfectamente sano; y aunque no era católico, confesó que semejante acontecimiento era un evidente milagro de la omnipotencia divina.

Concluiremos la narración de tantos milagros, refiriendo el admirable y portentoso triunfo que á nuestro héroe acordó el Altísimo casi tres años después de su muerte.

Viendo el padre provincial que las curaciones y los favores obtenidos por intercesión del padre Claver aumentaban de día en día, deseoso de guardar aquellos venerandos despojos con la mayor veneración posible, quiso ponerlos en un nuevo y hermoso ataúd. El día primero de marzo de 1657, pues, mandó abrir el sepulcro delante de toda la comunidad, de las autoridades de Cartagena y de dos expertos médicos. La humedad había causado bastantes daños. El sarcófago de cedro estaba casi podrido y la tela negra con que se había forrado estaba deshecha. También los galones de oro que lo adornaban se habían vuelto polvo.

Ábrese el ataúd, y con sorpresa de todos, hállase el cuerpo intacto. Solamente la cabeza había sido ligeramente atacada por la cal viva que se había puesto en la caja. Las carnes tenían la frescura y casi el vigor de la vida. No había la más pequeña señal de corrupción. Parecía que el precioso cuerpo se había puesto ese mismo día en la

tumba. La suave fragancia que había comenzado á esparcir en torno, á los pocos momentos de haber expirado, también se desprendía entonces y llenaba de un celestial perfume toda la capilla.

El doctor don Bartolomé Torres, uno de los médicos llamados á asistir á la ceremonia, examinó escrupulosamente todos los miembros y declaró en el proceso verbal, que el estado de ese cadáver, conservado tan admirablemente á pesar de la cal que lo cubría y de la humedad que penetraba en el sepulcro, por el largo espacio de casi tres años, era según su juicio, el más sorprendente milagro. Añadió, que le parecía aquel santo cuerpo formado con *blanda arcilla embebida en perfumado jugo.*

Se agrandó el reducido nicho que existía en la pared derecha de la capilla del Cristo; con gran respeto se colocaron los preciosos despojos en el nuevo sarcófago y volvieron á ponerse en su lugar. Cerrada la abertura, se aseguró con los sellos de las autoridades eclesiásticas y civiles.

El mismo año de 1657, don Pedro de Zapata, gobernador de Cartagena, elevó un estupendo memorial á la Curia, firmado por todos los magistrados, pidiendo se comenzaran á levantar informes jurídicos acerca de las numerosas y evidentes pruebas de santidad del heroico apóstol Claver. Llamado el mismo don Pedro á dar su atestación como jefe político de la ciudad, dijo lo siguiente:

« La reputación de santidad del padre Claver era tan grande y tan universalmente extendida, que e consideraba como firme columna para el sostenimiento del Estado. Todo el mundo lo colmaba de elogios; y en la ciudad, en donde los jesuitas tenían algunos enemigos, nunca he oído pronunciar una sola palabra contra él. Me es imposible recordar todos sus actos heroicos, que he tenido la dicha de presenciar. Tampoco es posible que refiera todos los

milagros que he visto durante su vida y los que aun después de su muerte se han obtenido por su intercesión.

» Pero cuanto he contemplado con mis propios ojos, cuanto he podido saber de ese humilde sacerdote, iguala sin duda á lo que se narra de los más grandes santos, á quienes la Iglesia tributa un culto especial. »

Tres años seguidos se emplearon en tomar informes y deposiciones. En 1660 todos los papeles fueron enviados á Roma, pero ochenta y siete años pasaron antes de que la maestra universal de la verdad pronunciara su infalible veredicto. Se examinaron mil veces los acontecimientos referidos en los expedientes de la curia de Cartagena, y finalmente, en octubre de 1774 el sumo pontífice Benedicto XIV, premitido un severo examen de las virtudes de Claver, las declaró heroicas. Casi un siglo después, el inmortal Pío IX elevó al ínclito apóstol al grado de beato, por decreto de 26 de mayo de 1850.

El 15 de enero del año de 1888, León XIII exaltó más aún á nuestro héroe, colocando sobre sus sienes la diadema brillantísima de santo.

¡Oh día memorable aquel en que se colmó de gloria al humilde esclavo de los esclavos! Al fin llegó el instante precioso en que los labios, interpretando los sentimientos de inmenso goce en que rebosan nuestros corazones, pudieron exclamar:

¡Viva, eternamente viva san Pedro Claver!

FIN

ÍNDICE

DEDICATORIA VII
APROBACIÓN ECLESIÁSTICA. VIII
INTRODUCCIÓN IX

CAPÍTULO PRIMERO. -- Nacimiento. — Infancia. — Primeros estudios del Santo 1
CAP. II. — Pedro recibe la tonsura y las órdenes menores. — Pide ser admitido en la Compañía de Jesús. — Entra al noviciado de Tarragona. 12
CAP. III. — Peregrinación al santuario de Monserrate. — Votos religiosos. — Estudios en Gerona. — Encuentro con san Alfonso Rodríguez en Mallorca. 21
CAP. IV. — Instrucciones del hermano Alfonso. — Máximas santas de Pedro Claver 31
CAP. V. — Progresos de Claver en los estudios y en la virtud. — Partida de Mallorca para la ciudad de Barcelona 37
CAP. VI. — Pedro estudia teología en Barcelona. — Insiste con los superiores para que le envíen á las misiones. — Parte para la Nueva Granada 46
CAP. VII. — San Pedro llega á Cartagena. — Va á Bogotá. — Es enviado á Tunja y de nuevo á Cartagena. — Descripción de esta ciudad. — Los esclavos. 57
CAP. VIII. — La esclavidud, sancionada por la filosofía y la religión pagana, fué combatida y abolida por la Iglesia católica. — El Santo empieza á trabajar en favor de los esclavos. — Es ordenado sacerdote. 72
CAP. IX. — El reverendo padre Sandoval. — El Santo se encarga definitivamente de la misión de los negros. — Va al puerto á recibirlos. 87
CAP. X. — Las habitaciones de los negros. — Método que tenía san Pedro para instruír á los esclavos 99
CAP. XI. — El Santo cultiva con esmero la almas conquistadas ya para Cristo. — Destruye varios abusos arraigados entre los negros. — Sus extraordinarios trabajos en la cuaresma. 115
CAP. XII. — San Pedro hace su profesión solemne. — Va en busca de los negros ancianos que estaban sin bautismo. — Es nombrado ministro del colegio, y en seguida maestro de los novicios. . . 136
CAP. XIII. — Cuidados que san Pedro prodiga á los enfermos. — Su preferencia por los más repugnantes 156
CAP. XIV. — Los leprosos. — Asistencia de san Pedro á los desdichados de San Lázaro 173
CAP. XV. — Consagración del Santo en asistir á los moribundos. — Gracia especial que Dios le concede, de prever la próxima muerte de algunos enfermos. Milagros estupendos con que el Señor le recompensa por su celo 189

Cap. XVI. — San Pedro presta atención á los presos. — Reforma de las cárceles. — Asombrosas conversiones de muchos condenados á muerte. 204
Cap. XVII. — El Santo trabaja incesantemente por destruír muchos abusos arraigados en Cartagena. — Medios de que se vale. 220
Cap. XVIII. — Llegan á Cartagena muchos herejes. — San Pedro los convierte. 240
Cap. XIX. — Los musulmanes y sus costumbres. — Abominaciones de Mahoma. — San Pedro triunfa de la obstinación de varios turcos. — Convierte á muchos sectarios del Gran Profeta . 241
Cap. XX. — San Pedro acompaña al muelle los esclavos que salen de Cartagena. — Consigue intérpretes para las misiones. — Sus trabajos apostólicos por los campos 275
Cap. XXI. — Espíritu de mortificación que tenía san Pedro Claver. — Severidad con que trataba su cuerpo. — Duras penitencias á que se sometía 297
Cap. XXII. — Ardiente amor de san Pedro para con Dios. — Su tierna devoción á la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, al sacramento de la eucaristía y á la Virgen Santísima. — Celo extraordinario que tenía por la salvación de las almas. 315
Cap. XXIII. — Humildad y mansedumbre de san Pedro. 332
Cap. XXIV. — Claver es el tipo del buen religioso. — Su amor á la pobreza, su pureza, su ciega obediencia y gran regularidad. 352
Cap. XXV. — Inmensa caridad de san Pedro Claver. 369
Cap. XXVI. — Pruebas á que se vió sometida la virtud de san Pedro Claver. — Paciencia asombrosa con que las supo soportar y premio que Dios le concedió rodeándole de la estimación de todo el mundo 383
Cap. XXVII. — Espíritu profético de san Pedro. — Varios casos en que lo demostró. 399
Cap. XXVIII. — Portentos obtenidos por la intercesión de san Pedro. 419
Cap. XXIX. — San Pedro obra portentosos cambios en las almas . 444
Cap. XXX. — San Pedro trabaja sin descanso para preparar las poblaciones de la ciudad y de los campos á recibir la gracia del santo jubileo. — Peste en Cartagena. — El Santo cae enfermo : queda paralítico. — Gran celo que demuestra á pesar de sus males. — Su resignación y paciencia en la enfermedad. 463
Cap. XXXI. — Consuelos de Claver en medio de sus males. — Velas que se mantienen encendidas milagrosamente. — El padre de La Farina. — Dolor que causa á Claver la nueva de la demolición de una parte de la casa. — Predicciones. — La enfermedad se agrava. — La muerte se acerca. 482
Cap. XXXII. — Santa muerte de Claver. — Espléndido entierro y solemnes exequias que le hizo Cartagena 498
Cap. XXXIII. — Dios manifiesta la santidad de Claver por medio de numerosos milagros acontecidos después de su muerte . . . 515

PARÍS — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES. 22108-12-8

2 00

060.97
C 577

21620

AUTHOR
Brioschi, Pedro A.

TITLE
Vida de San Pedro Claver

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	ROOM NUMBER
	STORAGE - COSA	

21620